



Javier Negrete

La Gran Aventura De Los griegos

PRIMERA PARTE

LA EDAD DE LAS BRUMAS

<u>1. LA CRETA MINOICA</u>	21
<u>La Saga del Minotauro</u>	21
<u>Esbozo de una historia minoica</u>	25
<u>Los palacios</u>	31
<u>¿Cómo eran los minoicos?</u>	33
<u>El final de los minoicos</u>	41
<u>La madre de (casi) todas las erupciones</u>	43
<u>II. LA GRECIA MICÉNICA</u>	51
<u>La Guerra de Troya</u>	51
<u>El Schliemann «bueno»</u>	55
<u>El Schliemann «malo»</u>	60
<u>El lineal B</u>	64

<u>La llegada de los griegos</u>	68
<u>Los reinos micénicos y un atisbo de su historia</u>	71
<u>La sociedad micénica</u>	76
<u>Arquitectura</u>	80
<u>La religión</u>	81
<u>La guerra</u>	83
<u>La guerra más famosa de los micénicos:Troya</u>	87

III LA CATÁSTROFE FINAL DE LA EDAD DE BRONCE: UN MISTERIO SIN RESOLVER

93

<u>Causas naturales</u>	96
<u>Causas humanas</u>	101

IV INTERMEDIO: EL ESTUDIO DE LA CRONOLOGÍA Y UNA HIPÓTESIS PROVOCADORA SOBRE LA EDAD OSCURA

107

<u>¿Cómo conocemos las fechas?</u>	107
<u>Ahora, la hipótesis provocadora</u>	112

SEGUNDA PARTE

LA ÉPOCA ARCAICA

<u>V LA IDENTIDAD DE LOS GRIEGOS</u>	119
<u>El comienzo de la historia griega</u>	119
<u>Los dialectos griegos</u>	120
<u>Un fashback a la Edad Oscura: invasiones, migraciones y cuestiones raciales</u>	122
<u>¿Qué les hacía sentirse griegos?</u>	131
<u>Elementos de identidad: los dioses</u>	134
<u>Elementos de identidad: santuarios y juegos panhelénicos</u>	143
<u>VI. INNOVACIONES DE LA ÉPOCA ARCAICA</u>	149
<u>El origen del alfabeto</u>	149
<u>Los poemas de Homero y la escritura</u>	151
<u>La aparición de la moneda</u>	155

<u>El origen del pensamiento científico</u>	157
<u>VII. PROBLEMAS SOCIALES Y SOLUCIONES: TIRANOS Y COLONIZADORES</u>	163
<u>Tensiones sociales</u>	163
<u>Las tiranías</u>	164
<u>La época de las colonizaciones</u>	168
<u>Colonias en Italia y Sicilia</u>	170
<u>Una mínima historia de Siracusa, la Atenas del oeste</u>	173
<u>El norte del Egeo, los estrechos y el mar Negro, con un viaje insospechado</u>	178
<u>El norte de África y el Mediterráneo oeste</u>	182
<u>VIII. LA GUERRA EN GRECIA 1</u>	83
<u>El arte de la guerra</u>	183
<u>La infantería</u>	187
<u>La guerra naval</u>	193
<u>Combate, victoria y derrota</u>	195
<u>IX. CIUDADES ARCAICAS: ESPARTA</u>	201
<u>Esparta y su espejismo</u>	201
<u>La forma de vida espartana</u>	206
<u>Sociedad y gobierno en Esparta</u>	215

<u>Situación de Esparta en vísperas de las Guerras Médicas</u>	223
--	-----

X. CIUDADES ARCAICAS: ATENAS 229

<u>Atenas y su población</u>	229
------------------------------------	-----

<u>Los primeros legisladores: Dracón y Solón</u>	232
--	-----

<u>La tiranía de Pisístrato</u>	236
---------------------------------------	-----

<u>La caída de la tiranía</u>	241
-------------------------------------	-----

<u>Clístenes y el germen de la democracia</u>	244
---	-----

<u>Intentos de derrocar el nuevo régimen</u>	249
--	-----

TERCERA PARTE

LA ÉPOCA CLÁSICA

XI. LAS GUERRAS MÉDICAS 255

<u>Introducción</u>	255
---------------------------	-----

<u>El Imperio persa</u>	256
-------------------------------	-----

<u>La revuelta jonia</u>	266
--------------------------------	-----

<u>Las represalias de Darío</u>	271
---------------------------------------	-----

<u>La campaña de Maratón</u>	273
------------------------------------	-----

<u>El periodo de entreguerras</u>	284
<u>La situación en Atenas</u>	288
<u>Movimientos diplomáticos y militares</u>	292
<u>Las Termópilas</u>	296
<u>Las batallas de Artemisio y la evacuación de Atenas</u>	305
<u>Divinal Salamina</u>	308
<u>Después de Salamina</u>	316
<u>La batalla de Platea</u>	320
<u>Epílogo: el botín</u>	330
<u>XII. LA PENTECONTECIA</u>	333
<u>El final del liderazgo espartano</u>	334

<u>La Liga de Delos</u>	339
<u>El ocaso de Temístocles</u>	344
<u>Cimón y la batalla del Eurimedonte</u>	346
<u>La ruptura con Esparta</u>	351
<u>Las guerras de Atenas</u>	353
<u>XIII. LA ATENAS DE PERICLES</u>	361
<u>Un paseo por Atenas, la capital del nuevo imperio</u>	362
<u>El ambiente intelectual de la Atenas de Pericles</u>	368
<u>Historias de matrimonio y moral</u>	373
<u>La democracia radical</u>	381
<u>XIV LA GUERRA DEL PELOPONESO</u>	385

<u>Causas</u>	386
<u>La invasión del Ática</u>	390
<u>La epidemia</u>	393
<u>El caso de Lesbos: cuando el imperio enseña las garras</u>	398
<u>Esfacteria: un inesperado regalo del enemigo</u>	402
<u>Alcibíades</u>	406
<u>Un ejemplo de batalla convencional: Mantinea</u>	409
<u>La campaña de Sicilia</u>	416
<u>La guerra en el Egeo</u>	425
<u>Un final poco glorioso</u>	434
<u>XV EL SIGLO IV: LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA</u>	439

<u>Panorama tras la Guerra del Peloponeso</u>	439
<u>El juicio del (nuevo) siglo</u>	443
<u>La sociedad de la primera mitad del siglo Iv</u>	450
<u>Los griegos occidentales</u>	457
<u>La lucha por la hegemonía</u>	460
<u>Epaminondas y la hegemonía tebana</u>	468

CUARTA PARTE

ALEJANDRO Y EL HELENISMO

<u>XVI. EL ASCENSO DE MACEDONIA</u>	479
<u>Una polémica para empezar</u>	479
<u>Macedonia</u>	483

<u>Filipo</u>	486
<u>XVII. ALEJANDRO MAGNO</u>	501
<u>La creación de un líder</u>	501
<u>Alejandro, rey</u>	505
<u>La conquista de Asia Menor</u>	507
<u>La batalla de Iso</u>	511
<u>El asedio de Tiro</u>	514
<u>Egipto y el oasis de Siwa</u>	516
<u>La batalla de Gaugamela</u>	520
<u>En el corazón del Imperio persa</u>	530

<u>La campaña de la India</u>	539
<u>El desastre de Gedrosia</u>	543
<u>Final en Babilonia</u>	546
<u>XVIII. Los DIÁDOCOSY ROMA</u>	553
<u>La lucha por la sucesión</u>	553
<u>El sitio de Rodas</u>	558
<u>El reparto (casi) definitivo</u>	560
<u>La sociedad helenística</u>	564
<u>La Biblioteca de Alejandría y la ciencia helenística</u>	571
<u>Roma entra en escena</u>	577
<u>La situación en Grecia a finales del siglo iii</u>	581

Final romano 584

Notas 595

Bibliografía 617

Todos somos griegos.

PERCY B. SHELLEY, HellaS.

Homo sum, humani nil a me alienum puto.

Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno.

TERENCIO, Heautontimoroumenos.

A mis amigos José Miguel Pallarés, David Moreno y Paco García Lo.renzana, que leyeron algunos capítulos y me animaron y orientaron con sus comentarios.

Por supuesto, a Marimar, que fue leyendo La gran aventura de los griegos pantalla a pantalla conforme iba surgiendo. Aparte del aliento que siempre me brinda, me ayudaron mucho sus correcciones y comentarios.

A mi hija Lydia, como siempre, por su paciencia con los cambios de planes a última hora por culpa del estrés tan típico en los escritores de inicios del siglo xxi. (Seguro que en Grecia me lo habría tomado todo con más calma).

A Manuel Calderón, por sus mapas e ilustraciones, que sin duda harán más colorida y vistosa esta historia.

A Guillermo Chico, por su confianza en mí para este proyecto y por su labor editorial. También al resto del equipo de La Esfera de los Libros.

A los griegos, a los hombres y mujeres de la Grecia de entonces y de la de ahora, por todo lo que les debemos. Y, sobre todo, por lo muchísimo que les debo yo. Que los dioses del Olimpo os acompañen.

LA SAGA DEL MINOTAURO

Europa era una joven princesa fenicia de la ciudad de Tiro. Un día fue a la playa a jugar con sus amigas, y allí encontró a un enorme toro que vagaba por la arena. Era tan manso y de una blancura tan inmaculada que Europa no se resistió a la tentación de jugar con él. Animada por sus compañeras, acabó montando sobre el lomo del animal, un gesto que no debía de ser muy natural en una época en la que aún no se conocía la equitación. En ese momento, el toro blanco se lanzó hacia el mar y, haciendo caso omiso tanto de los gritos de Europa como de sus compañeras, nadó con la potencia de una fueraborda hacia el oeste.

Una vez llegados a Creta, a más de mil kilómetros de distancia, a la sombra de unos frondosos plátanos, el toro se unió a la doncella y...

Un momento. Ésta no es una historia de zoofilia. Al menos todavía. El toro blanco no era otro que Zeus, que se había encaprichado de la joven Europa y que, como tantas veces había hecho y volvería a hacer, se transformó en una criatura diferente para recurrir al engaño. Así que suponemos, o queremos suponer, que el rey de los dioses no se dejó llevar por la impaciencia y, antes de consumar su deseo por Europa, tuvo la delicadeza de recuperar su propia forma.

Europa tuvo tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón. Se casó con el rey de Creta y éste adoptó a los niños, de manera que a su muerte Minos se convirtió en nuevo soberano de la isla. Pero no fue sin oposición, pues sus hermanos pretendían que se repartiera con ellos el poder. Minos afirmó que él era el elegido de los dioses, y para demostrar cuánto lo favorecían pidió a Poseidón que hiciera brotar de las aguas del mar un toro -de nuevo-, al que luego sacrificaría. El animal que salió de entre las olas era un ejemplar tan soberbio como el que raptó a Europa. A Minos se le ocurrió que, pudiendo usarlo como semental para fundar una nueva ganadería, era un desperdicio matarlo.

Los dioses no perdonan a quienes no cumplen sus promesas. Poseidón apeló a la ayuda de Afrodita, la diosa del amor. Ella decidió actuar sobre la esposa de Minos, Pasífae, y su venganza fue rebuscada y terrible: hizo que se enamorara del mismísimo toro que había surgido de las olas (ahora ya sí que hablamos de auténtica zoofilia). Pasífae acudió a Dédalo, un ingeniero ateniense que se había

refugiado en la corte de Minos para expiar un crimen cometido en su patria. Dédalo construyó una armazón de madera en forma de vaca, de tal realismo que el toro mordió el anzuelo. No entraré en más detalles; pero a quienes hayan visto *Top secret*, de los gamberros hermanos Zucker, todo esto les recordará una de las escenas más impactantes de la película.

De aquella unión nació un monstruo propio de la más aberrante ingeniería genética: el Minotauro, con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Para ocultar al mundo aquella vergüenza y sus cuernos, el rey Minos ordenó a Dédalo que, puesto que era en parte culpable de lo sucedido, fabricase una especie de trampa para encerrar al monstruo. Dédalo construyó el Labfrinthos o Laberinto, un gran palacio sembrado de innumerables salas y pasillos, con una planta tan complicada que sólo su arquitecto sabía orientarse en ella: entrar era fácil, pero salir resultaba imposible.

Minos encerró en el corazón del Laberinto al monstruo. Pero el Minotauro necesitaba carne humana para alimentarse, y el rey no estaba dispuesto a sacrificar a los súbditos de su propia isla. Como gracias a su flota ostentaba la talasocracia (la supremacía en el mar), decidió pedir un tributo humano a las islas y ciudades que se hallaban bajo su dominio. Así, a la ciudad de Atenas le correspondía enviar cada nueve años a siete hombres jóvenes y otras tantas doncellas para que entraran al Laberinto y sirvieran de alimento al Minotauro.

Pero un año, entre los jóvenes destinados al sacrificio vino el propio hijo del rey de Atenas: Teseo, matador de monstruos. Los días del Minotauro estaban contados...

La historia que los griegos conocían sobre su pasado más remoto consistía en mitos como el que acabo de narrar, o como los que en contraremos en el siguiente capítulo al hablar de los micénicos y la guerra de Troya. Ellos los creían, o al menos racionalizaban los elementos más fantásticos, como puede comprobar cualquiera que lea a Heródoto o a Tucídides. Pero los historiadores de épocas posteriores relegaron estas crónicas al terreno de la ficción, y la historia de Grecia antes de la primera Olimpiada quedó ocupada tan sólo por un vacío enorme y oscuro.

Ese hueco empezó a rellenarse durante el siglo xix en una apasionante aventura que todavía prosigue. El auténtico pionero en la arqueología de la Edad de Bronce en Grecia y el Egeo fue el alemán Heinrich Schliemann, de quien hablaremos en el siguiente capítulo, ya que la civilización micénica sobre la que trabajó es posterior en el tiempo a la de Creta. Pero si ésta surgió prácticamente de la nada a principios del siglo xx fue gracias a los trabajos del inglés Arthur Evans.

Evans poseía la formación académica oficial de la que carecía Schliemann. Como conservador de un museo de Oxford, el Ashmolean, viajaba a menudo a Grecia en busca de antigüedades. En Atenas, en 1894, encontró las llamadas «piedras de leche», unos amuletos muy apreciados por las mujeres, que les atribuían poderes mágicos para amamantar mejor a sus hijos.

Otra persona tal vez no habría dado demasiada importancia a esas piedras, que eran en realidad unos sellos grabados. Pero Evans era extremadamente miope. Un defecto de la vista que puede suponer un gran problema en la vida cotidiana, pero que también ofrece ventajas en condiciones muy determinadas. Un miope ve los objetos cercanos con gran claridad, aunque sean diminutos. Recuerdo a un catedrático de griego que tuve en la universidad -excelente profesor, por cierto-, que para leer los textos se levantaba las gafas y se acercaba el libro tanto que prácticamente tocaba las páginas con la nariz. Curiosamente, era un experto en paleografía, el estudio de la escritura antigua: una especialidad en la que hay que estar dotado de mucha agudeza visual y de una gran concentración para captar los mínimos detalles.

Como ese profesor, Evans examinó tan de cerca las piedras que pudo captar los delicados detalles de los grabados. Aparte de escenas de caza o navegación, encontró diminutas inscripciones en una especie de jeroglíficos desconocidos que lo intrigaron. Se dedicó a comprar las piedras de leche' y a seguirles el rastro, que lo condujo hasta Creta. Tras seis años de desesperantes negociaciones, consiguió permiso para excavar en Cnosos. Empezó en 1900 y siguió dedicado a ello prácticamente el resto de su vida. En 1911, como suele ocurrirles a todos los súbditos de Su Graciosa Majestad británica que hacen algo destacado, fue nombrado caballero: sir Arthur Evans.

En campañas de excavación sucesivas, Evans descubrió un palacio inmenso con más de mil quinientas habitaciones. Si se comparaba su complicadísima planta con la de los palacios de la Grecia continental, mucho más sencilla, es comprensible que los griegos crearan la leyenda del Laberinto. También se apreciaban por todas partes huellas del culto al toro, particularmente en los maravillosos frescos que Evans fue sacando a la luz. Uniendo todo eso, el excavador inglés se dejó arrastrar por el mito, y, recordando al rey Minos, denominó «minoica» a la cultura que estaba desenterrando.

La denominación puede resultar engañosa, porque ellos no se llamaban a sí mismos minoicos. Aunque es posible que el nombre de su rey, Minos, tenga alguna razón histórica, y hay quienes han especulado que pudiera tratarse de una especie

de título genérico para los soberanos de Cnosos, como el de César o zar. En cualquier caso, a falta de otro nombre mejor y ya que su idioma no se ha descifrado, en este libro seguiremos llamándolos minoicos' y refiriéndonos a sus ciudades y palacios por nombres que en realidad son muy posteriores

No se conoce con certeza la procedencia de los minoicos, si eran habitantes de la isla desde el Neolítico o habían llegado a ella en fecha más o menos reciente desde la península de Anatolia, lo que sí se sabe es que no eran griegos. Entonces ¿qué hacen entrometiéndose en esta historia? La influencia de Creta en la primera cultura griega fue fundamental. Los griegos de épocas posteriores miraban hacia esta isla como origen de sus mitos y de buena parte de sus costumbres, y atribuían a Creta la mejor de las constituciones políticas, precisamente por su antigüedad. Según el mito más extendido sobre el origen de Zeus, la diosa Rea lo alumbró en una cueva del monte Ida, el más alto de Creta, y fue allí donde el futuro rey de los dioses se crio y pasó su primera juventud. Para el gran historiador Tucídides, que escribió su obra en el siglo V a.C., el cretense Minos dominó el primer imperio marítimo en el Egeo.

ESBOZO DE UNA HISTORIA MINOICA

Los cálculos que los griegos hacían sobre su pasado hay que tomárselos con cierto cuidado. Situaban la guerra de Troya en el año 1183 a.C., una fecha bastante cercana a la que aceptan arqueólogos e historiadores. Pero a partir de ésta, el erudito Eratóstenes dató el reinado de Minos tres generaciones antes de dicha guerra. Eso significaría que el padre putativo del Minotauro reinó hacia el año 1260, época en que el palacio de Cnosos ya no estaba en poder de los minoicos. El problema es que los griegos posteriores concentraban en unas pocas décadas varios siglos de pasado nebuloso, que les habían llegado por tradición oral. Sus mitos son muy útiles como ilustración e inspiración, pero no se pueden tomar como guía histórica.

El arqueólogo griego Nicolás Platón propuso dividir la historia de la civilización minoica en cuatro periodos: el Prepalacial, hasta el año 2000; los Primeros Palacios, hasta 1700; los Segundos Palacios, hasta 1400; y el Postpalacial, que duró hasta el final de la Edad de Bronce, en torno al año 1100.

La época más interesante para nosotros transcurre entre los años 2000 y 1400, durante los Primeros y Segundos Palacios. Es mucho tiempo, y lo digo porque se tiende a manejar con cierta frivolidad los siglos cuando nos remontamos a épocas tan antiguas. Cnosos se construyó hacia el año 2000, y duró nada menos que

seiscientos años bajo el gobierno del mismo pueblo. Para contemplar esto con cierta perspectiva, pensemos que hace poco más de quinientos años que Colón descubrió América. Eso quiere decir que la civilización minoica perduró mucho tiempo.

¿Qué hito cronológico separa los Primeros de los Segundos Palacios? Hacia 1700 se produjo una oleada de destrucciones que afectó a las principales ciudades de la isla. Parece ser que se debió a un gran terremoto. Creta, como Grecia en general y Turquía, está situada en una zona proclive a los seísmos. Los arqueólogos tienen que afinar mucho sus observaciones para deducir cuándo se ha producido una destrucción catastrófica en una ciudad o edificio y si la causa ha sido natural o humana. Tanto en terremotos como en invasiones y saqueos suelen producirse incendios, por lo que ambos tipos de desastre pueden confundirse. En el caso de los seísmos el motivo es que las sacudidas del suelo derriban antorchas y lámparas de aceite, que caen sobre materiales inflamables. Las llamas que se producen dejan como vestigio estratos de materiales carbonizados y restos de cenizas. Pero, además, un terremoto puede dejar su impronta moviendo cimientos, rompiendo sólidos bloques de piedra y alterando estructuras arquitectónicas.

Después de 1700 los palacios fueron reconstruidos y la Creta minoica entró en su época de mayor esplendor. Durante el periodo de los Segundos Palacios la población de la isla aumentó, tal vez demasiado, hasta el punto de que, como hicieron los griegos del continente siglos más tarde, los minoicos fundaron colonias -o tal vez puestos comerciales- en el Egeo.

¿Cómo puede calcularse la población de una época en la que no existen censos escritos? El tamaño de los palacios y las ciudades nos brinda una pista. También es útil calcular el número de asentamientos, algo para lo que no es necesario excavar el terreno: basta con hacer prospecciones superficiales, que además salen más baratas (y a menudo son el germen de futuras excavaciones). En el caso de Creta, se han encontrado diques y terrazas en laderas con grandes desniveles que indican que los minoicos de los Segundos Palacios aprovechaban la tierra al máximo. De hecho, es posible que estuvieran ocupando y explotando todos los terrenos agrícolas de cierta calidad.

¿Qué se cultivaba en las tierras de Creta? La llamada tríada mediterránea: trigo, olivo y vid. Los dos últimos cultivos tenían la ventaja de no competir con los cereales por las tierras de labor. Además, su cuidado se podía alternar con las fechas de siembra y recogida del trigo y de la cebada.

El valor nutritivo de la aceituna y del aceite que se extrae de ella es bien

conocido. ¡Vivan las calorías!, pensaban los antiguos, cuyo problema no era precisamente la obesidad. Así, los atenienses consideraban que el olivo era un don de Atenea, y talar los olivos sagrados de la ciudad estaba castigado con la muerte.

¿Y qué decir del vino, regalo a su vez de Dioniso? Aparte de lo divertido que pueda resultar beberlo -siempre sin excederse, que no quiero que me multe Sanidad-, tenía otra utilidad. A raíz de diversas observaciones hechas durante una epidemia de cólera en París a finales del siglo XIX, ³ investigadores posteriores fueron realizando experimentos con vino y un surtido de bacterias. La conclusión es que el vino mata en pocos minutos los vibriones del cólera y, si se le da más tiempo, acaba también con la enterobacteria E. coli. Hay más microorganismos a los que les sienta mal una copita, pero he mencionado los que provocan diarrea, que, aparte de lo desagradable que resulta de por sí, es una auténtica asesina de los pueblos no desarrollados. Al parecer, el principal agente desinfectante no es el alcohol, sino la malvosida o enosida, un pigmento rojo del vino tinto (el vino blanco posee otro polifenol equivalente, así que también tiene su parte buena, aparte de que acompañe muy bien al pescado). No creo que los antiguos minoicos ni los griegos supieran que al mezclarla con el vino mataban los microorganismos infecciosos del agua. Pero sí se percataban de que a sus intestinos les sentaba mucho mejor. ¿Necesitaban más excusa para darle al jarro?

Para algunos autores, la tríada mediterránea explica en buena parte el apogeo de la civilización minoica. Entre los años 4000 y 2500, se calcula que en la Grecia norte, que se dedicaba casi en exclusiva al trigo y la cebada, el número de asentamientos creció un cincuenta por ciento. En cambio, durante ese mismo tiempo, en el sur del Egeo, donde se cultivaban también la vid y el olivo, la cifra de poblados aumentó diez veces más, hasta quintuplicarse. En el caso de Creta hay pruebas de que, ya en época tan temprana, sus habitantes empezaban a tomarse la producción de vino y aceite con criterios casi industriales. Se han encontrado grandes tinajas para ambos productos, prensas de aceite e infinidad de copas para el vino. En los almacenes del palacio de Cnosos podían guardarse unos 250.000 litros de aceite.

Mucho aceite, y en ocasiones, probablemente, mucho vino. Una agricultura como la minoica podía producir excedentes momentáneos.

¿Qué hacían con ellos? Canalizarlos en un sistema de redistribución centrado en los palacios (hoy día, cuando uno oye esta palabra se echa la mano a la cartera, a sabiendas de que le van a subir los impuestos). Parte de los productos almacenados se destinaba a alimentar a especialistas, artesanos que se instalaban en las ciudades

porque ya no tenían que dedicarse forzosamente a trabajar en el campo. Así ocurría con las mujeres que tejían lana en palacio y recibían raciones a cambio (la lana también abundaba, pues se calcula que casi la tercera parte de Creta se dedicaba al pastoreo). Otra parte se utilizaba para comerciar dentro de la isla o con el exterior. Pero para coordinar la redistribución y el comercio tenía que existir algún tipo de organización que se encargase del transporte y el almacenamiento, y también de calcular las compensaciones o, por expresarlo en palabras más llanas, los sueldos. Hay que añadir que estos últimos se pagaban en especie, ya que todavía no existía la moneda.

Esta organización se llevaba a cabo en los palacios. Nosotros tenemos la imagen de un palacio como una vivienda muy lujosa destinada a ofrecer mayor comodidad a sus moradores nobles o, simplemente, a la ostentación. Pero los primitivos palacios minoicos eran centros económicos donde se almacenaban los excedentes y se procedía, como decíamos, a su redistribución. Además eran centros de producción propia: aparte de almacenes, había diversos talleres donde los artesanos transformaban las materias primas y elaboraban con ellas productos manufacturados destinados al consumo propio, o bien al comercio. Y eran también, por último, lugares de culto, con salas destinadas a celebrar sacrificios y rituales. En suma, aquellos palacios constituían pequeñas ciudades dentro de otras ciudades.

Para comerciar con otros lugares, los cretenses necesitaban una flota. ¿Realmente llegaron a poseer un imperio naval? He mencionado antes al historiador ateniense Tucídides. Al principio de su obra *La Guerra del Peloponeso* habla del pasado más remoto de Grecia y comenta esto sobre los cretenses:

Minos fue el primero que sepamos que poseyó una flota. Llegó a ser el amo de las aguas griegas y sojuzgó las Cícladas [...]. Lógicamente, para recibir de modo más seguro sus tributos hizo todo lo que pudo para suprimir la piratería (Tucídides 8, 4).

Aunque en la parte del pasaje que he omitido hay ciertos errores, lo cierto es que los minoicos extendieron su influencia por el Egeo y lo dominaron. Sabemos que existían colonias cretenses en las islas de Citera, Melos, Rodas y Naxos. Por supuesto, también en la isla de Tera, la actual Santorini, a unos 100 kilómetros al norte de Creta, donde las excavaciones han descubierto una cultura hermana de la minoica, aunque con su propia personalidad. De ella y del volcán que la destruyó hablaremos más adelante.

Que los minoicos tuviesen colonias no implica automáticamente que fuesen

imperialistas. Es posible que esas colonias fuesen en realidad puestos comerciales en los que sólo había unos cuantos cretenses mezclados con los habitantes originales, y que éstos hubieran construido sus ciudades al estilo de las minoicas imitando de forma consciente a una cultura superior. O que la isla de Creta hubiese llegado a la superpoblación y las colonias sirvieran para aliviarla de excedentes humanos. ¿La colonización se produjo de forma pacífica, o los minoicos recurrieron a la fuerza? Es posible que ocuparan algunos lugares de forma violenta, pero aún lo ignoramos. Aunque la saga del Minotauro cuenta que los atenienses estaban obligados a enviar a Creta un tributo humano, no podemos tomar ese mito como una fuente histórica válida.

Fuesen imperialistas o no, está claro que los cretenses comerciaban con todo el Mediterráneo oriental. Exportaban materias primas, como el aceite y el vino de los que hemos hablado. Sin duda, también vendían lana de su abundante cabaña ovina. Y madera: por aquel entonces los montes de la isla estaban muy poblados de árboles, sobre todo de cipreses. La madera de ciprés, que resiste a la putrefacción aunque se moje, servía para construir los barcos minoicos, pero había de sobra para exportarla a otros lugares. (Los barcos de la Antigüedad se construían preferentemente de maderas ligeras, como pino, abeto, cedro o el mencionado ciprés. No es casualidad que siglos más tarde dominara el mar otro pueblo con fácil acceso a bosques de coníferas: los fenicios. Sus ciudades se hallaban al pie de la cordillera del Líbano, célebre por sus antiguos bosques de cedros).

En cuanto a productos manufacturados, los cretenses exportaban cerámica principalmente. Corrijamos: sobre todo nos ha llegado su cerámica.⁴ Durante esta época de los Segundos Palacios no sólo se encuentra cerámica minoica en Grecia, sino que la que se fabrica en la propia Grecia imita el estilo cretense. También aparece la influencia minoica en dagas encontradas en las tumbas micénicas y en otros objetos de lujo, como las copas de oro de Vafeio: la superioridad cultural de Creta sobre la Grecia continental era total.

¿Qué importaban los minoicos? La propia isla les abastecía de productos básicos. Pero había una importante excepción: para obtener bronce necesitaban cobre -en una proporción de un noventa por ciento o más- y también estaño o, en su defecto, cinc. El cobre lo traían principalmente de la isla de Chipre, mientras que el estaño había que importarlo de más lejos: las montañas de Afganistán, España o lugares aún más remotos.

Conforme la civilización cretense fue refinándose, empezó a adquirir materias exóticas con las que se fabricaban objetos de lujo y obras de arte: obsidiana,

lapislázuli, mármol, esmeril de Naxos para pulimentar sus copas de piedra, basalto del sur de Grecia. Se ha encontrado ámbar, lo que evidencia que existía comercio con la Europa del Báltico. Aunque la gran distancia que hay entre esta región y Creta hace suponer que dicho comercio no se realizaba directamente entre bálticos y cretenses, sino a través de otros pueblos que ejercían de intermediarios.

De Egipto o a través de Egipto llegaban a Creta productos de África, como plumas y huevos de avestruz. Pero los minoicos también compraban directamente productos manufacturados en el país del Nilo, como escarabeos (amuletos con forma de escarabajo) y tallas de marfil, que ejercieron una gran influencia sobre el arte cretense. De alguna manera, igual que los habitantes de Grecia consideraban culturalmente superiores a los minoicos y se dejaban influir por ellos, éstos reconocían la superioridad del arte egipcio y en cierto modo lo imitaban. En el país del Nilo se han encontrado restos arqueológicos e inscripciones que confirman sus contactos culturales y comerciales con Creta. Existe bastante acuerdo entre los historiadores en que los textos egipcios que hablan del país de Keftiu se refieren a Creta.

¿Cómo se comerciaba en aquella época? Hay que tener en cuenta un importante detalle: la moneda no apareció hasta el siglo vii en el reino de Lidia, en Anatolia. La economía de la Edad de Bronce debía de ser de intercambio, aunque se utilizaban metales preciosos como el oro o la plata, y existían pesos con unidades muy similares a los de Egipto y Babilonia. En cierto modo, se trataba de una economía casi monetaria: un comercio tan complejo como el de la época no podría haber funcionado sin unas reglas elaboradas y cierto grado de confianza mutua entre los mercaderes que cerraban los tratos.

LOS PALACIOS

La activa economía minoica se centraba en los palacios. Podríamos hablar de una economía estatal si conociéramos algo más sobre la organización de su Estado. Al menos, sabemos que la sociedad cretense se hallaba estratificada: en los enterramientos, que son un buen indicador, se observan las diferencias entre las diversas clases sociales. Pero los minoicos no llegaron a los excesos de los faraones y las élites dirigentes de Egipto con sus monumentales pirámides y mastabas, o de los micénicos de Grecia continental con sus grandes cúpulas de bloques de piedra. Si juzgamos por los restos materiales que nos han dejado, entre los minoicos no había grandes ambiciones personales. En cierto modo, para nosotros es una sociedad anónima. Sobre todo, si la comparamos con otras coetáneas, por ejemplo Egipto o el imperio hitita, cuyos faraones y reyes alardeaban de sus victorias y se hacían

representar como auténticos gigantes en comparación con sus diminutos súbditos.

Como consecuencia, ignoramos quién mandaba de verdad en Creta. Se sabe tan poco de los gobernantes minoicos que incluso algún autor propone la hipótesis de que los palacios eran en realidad templos y de que Creta era una teocracia dirigida por una casta sacerdotal (Castleden,1993).

Fuesen palacios o templos, lo cierto es que aquellos edificios eran espectaculares. Los más conocidos y mejor excavados son los de Cnosos, Festos, Malla y Zacros. El de Cnosos, con sus mil quinientas estancias, era el mayor de todos. Por comparación con los planos mucho más sencillos de las viviendas en Grecia, no es raro imaginar que un visitante micénico que tuviera que realizar una gestión burocrática en Cnosos acabara perdiéndose en la otra punta del palacio: de ahí nació seguramente el mito del Laberinto. Otra cosa bien distinta, y harto improbable, es que lo diseñara un arquitecto venido de Atenas. Me temo que aquí tenemos un ejemplo de chovinismo ateniense.

La arquitectura minoica es muy característica y se reconoce por la forma de sus columnas: mientras que las columnas clásicas se estrechaban conforme ascendían, las cretenses eran como un tronco de árbol invertido, con la parte más estrecha en la base y la ancha en contacto con el capitel. Normalmente, se pintaban de rojo y tenían la superficie pulida, pero a veces presentaban estrías verticales o incluso espirales, lo que las hacía parecer pirulís gigantes.

Las paredes, al menos las del primer piso, eran de sillares de piedra, labrados con sierras de cobre o de bronce y mucha paciencia. ¡El mundo de la construcción era incluso más duro que ahora! Es de suponer que, a partir de la primera planta, las paredes eran de adobe. En general, como suele ocurrir con edificios tan antiguos, nos ha llegado poco más que la planta de los palacios. Pero podemos hacernos cierta idea de cómo era su alzado por algunos restos aislados, por las casas de la isla de Tera -conservadas bajo capas de ceniza volcánica, como las de Pompeya-, y también por pinturas y maquetas de terracota que representaban edificios a pequeña escala.

Debo añadir que la imagen que recibimos del palacio de Cnosos al ver fotografías o reconstrucciones está algo falseada. No son las ruinas originales: Arthur Evans restauró ciertas zonas del palacio tal como él creía que debían ser. Lo mismo ocurre con muchos frescos minoicos. Al contemplarlos, es fácil apreciar zonas que mantienen el brillo de los colores, mientras que otras se ven mates y están mucho más resquebrajadas. Estas últimas son las partes auténticas: las demás han

sido restauradas.

Los arqueólogos actuales critican este tipo de reconstrucción y prefieren dejar las ruinas prácticamente tal como las encuentran, con las intervenciones mínimas para que no se deterioren más. Pero antes de censurar a Evans, pensemos que algunos excavadores antes que él no sólo no reconstruyeron nada, sino que destruyeron mucho, como Schliemann. De no ser por Evans, otros arqueólogos tal vez habrían excavado, medido, cartografiado y tomado fotos, pero ahora no quedaría prácticamente nada en pie, y las ruinas de Cnosos no comunicarían gran cosa a quienes las contemplamos sin ser expertos.

Los palacios no eran edificios aislados, sino que a su alrededor crecían auténticas ciudades, con mansiones y casas de varios pisos. Por las pinturas donde aparecen edificios, parece que en la planta baja no había ventanas, pero sí en las superiores: una inteligente medida de precaución contra los cacos. También se aprecian pequeñas habitaciones construidas sobre los tejados, quizá para dormir en las noches más calurosas del verano, como se sigue haciendo en algunos pueblos de España cuando aprieta la canícula.

Las ciudades cretenses eran populosas. La mayor era Cnosos, con más de veinte mil habitantes: una gran urbe para los estándares de aquella época, y más avanzada que las ciudades griegas mil años posteriores. Un ejemplo lo tenemos en su fontanería. Se han encontrado conos truncados de terracota que, al encajar unos con otros, formaban un ingenioso sistema de conducción para llevar el agua potable. En el palacio de Cnosos existía una compleja red de drenaje, con conductos y cisternas que descargaban el agua de la lluvia y la llevaban a otros canales subterráneos de piedra, revestidos de yeso y provistos de bocas de inspección. Incluso había retretes conectados a este sistema.' Consideremos el confort de un edificio así cuando todavía en los años setenta en muchos pueblos de España el consabido recurso para tales menesteres era ir al corral.

No sólo los palacios disfrutaban de estos lujos: se han encontrado las mismas instalaciones en las casas de Tera, las mejor conservadas del mundo minoico. Un ciudadano de la Atenas clásica, cuyas calles no destacaban por su limpieza, se habría quedado muy sorprendido si una máquina del tiempo lo hubiese transportado al pasado, a Cnosos o a cualquier otra ciudad minoica.

¿CÓMO ERAN LOS MINOICOS?

El interior de los palacios y de muchas casas estaba decorado con frescos.

Gracias a estas pinturas conocemos el aspecto de los minoicos, o al menos cómo se veían a sí mismos. Obviamente, consideraban que en un varón unos hombros anchos y una cintura estrecha resultaban atractivos, del mismo modo que en una mujer lo eran unos pechos abundantes y erguidos. Pero una cosa es que pintaran así las figuras y otra bien distinta que todos los cretenses parecieran modelos de pasarela. Del mismo modo, nadie se creería que los minoicos miraban siempre de perfil pero con los ojos de frente, tal como aparecen en sus pinturas (es de suponer que por influencia egipcia).

En su Historia de los griegos, Indro Montanelli comenta que los varones minoicos tenían la piel bronceada y las mujeres pálida, como si existiese una diferencia genética entre ambos sexos (Montanelli, 1980, p. 13). En realidad, se trata de una convención artística. En tiempos pasados se apreciaba la blancura de la piel femenina, hasta extremos que a nosotros nos llamarían la atención, pues unos brazos de una palidez «lechosa» no nos parecerían hoy demasiado atractivos, y sin embargo decirle eso a una mujer griega era hacerle un gran cumplido.

Si lo pensamos bien, lo que más se valora en el aspecto es aquello que demuestra la pertenencia a una clase superior. En aquellos tiempos, el trabajo más duro se hacía al aire libre, de modo que la piel blanca de una mujer indicaba que no tenía que salir de casa para ganarse la vida. Hoy día una piel bronceada significa que se dispone de más tiempo y de más ingresos para escapar de nuestros trabajos, la mayoría de ellos en espacios cerrados, y disfrutar del sol y la montaña (o de los rayos UVA).

La ropa femenina es muy característica: falda de volantes en forma de campana y chaquetilla ceñida a la cintura, con una abertura central que se podía separar para dejar al descubierto los pechos. En general, nadie piensa que las mujeres fuesen todo el día haciendo topless, sino que desnudaban sus senos en ceremonias rituales. Pero, en cualquier caso, no eran las ropas de alguien que quiera ocultar las formas de su cuerpo, sino «las de mujeres que esperaban ocupar el centro de la escena social» (Castleden, 1993, p. 13). Y, añadiría yo, orgullosas de sus cuerpos.

Los hombres suelen aparecer con muy poca ropa: a menudo no llevan más que un taparrabos enrollado en la cintura o sujeto por un cinturón. Según la moda, esa prenda tapaba la parte superior de los muslos o no. En el centro, muchos llevaban una coquilla o bragueta, «marcando» atributos al estilo de los caballeros del siglo xvi: una característica que, aunque no sea tan exagerada, recuerda al estuche para el pene o koteka que llevan ciertas tribus de Nueva Guinea.

Cuando hablemos de los griegos micénicos, comprobaremos que no se sabe mucho de su religión, pero al menos conocemos los nombres de los dioses a los que adoraban. Con los minoicos no disponemos ni siquiera de esa información. Su religión tenemos que reconstruirla a partir de las estatuillas o de las imágenes que aparecen en frescos, vasos y sellos. Es como si, en el futuro, alguien tuviera que deducir cómo era el cristianismo sin la Biblia ni ningún otro texto, simplemente recorriendo una catedral destrozada por un bombardeo e interpretando los fragmentos de los retablos y relieves. Se trata de una tarea muy complicada en la que, como pasa siempre al estudiar épocas tan antiguas, uno se topa con tantas opiniones como autores.

La primera característica que salta a la vista en la religión cretense es el papel tan importante que desempeñaba la mujer. En casi todas las representaciones aparece una diosa rodeada de sacerdotisas. Tanto una como otras visten de la manera descrita, con los pechos al aire, y están muy maquilladas. Muchas de esas imágenes poseen un refinado erotismo, pero no creo que fuera ésa la (única) intención al descubrir los senos. Se cree que la diosa sin nombre representaba la naturaleza y la fecundidad, de modo que al revelar sus pechos estaría mostrándonos, literalmente, sus poderes: impulso sexual y, al mismo tiempo, fuerza nutricia.

En las imágenes encontramos a menudo escenas de epifanía. Con esta palabra no me refiero a la adoración de los Reyes Magos: en sentido técnico, una epifanía es la aparición o manifestación visible de una divinidad ante los humanos. Normalmente, la divinidad parece bajar desde las alturas. Para verla, los fieles -más a menudo las fieles- danzan alrededor de un árbol, en una cueva o incluso en el interior de un palacio.

¿Se producían realmente estas epifanías? Es de sospechar que la diosa a la que esperaban se manifestara a la gente «poseyendo» la persona de la sacerdotisa. El trance de ésta podría obedecer a la autosugestión, reforzada por la música y la danza. Pero también debían recurrir a las drogas. Una estatuilla muestra a una diosa que lleva una diadema, decorada con cápsulas de adormidera en las que se han practicado cortes para extraer el opio.

Un elemento inconfundible de la religión cretense es el toro. Los mitos que hemos narrado al principio reflejan una percepción distorsionada de algunos rituales relacionados con este animal, que aparece representado constantemente en pinturas y en vasos con forma de cabeza de toro, denominados ritones, que se utilizaban en los sacrificios. Como parte de la captura ritual del toro, debían llevarse

a cabo unas acrobacias que recuerdan a las de los forcados portugueses.

Parece que en ellas participaban jóvenes de ambos sexos. En un fresco muy célebre, un joven de piel cobriza da una voltereta sobre el lomo de un toro, flanqueado por dos muchachas vestidas tan sólo con taparrabos. Se sabe que ambas son mujeres por su piel blanca, ya que los pechos no se acaban de distinguir. Una de ellas aguarda junto a la cola del animal, con los brazos extendidos como para recibir al acróbata. La otra agarra los cuernos, bien sea para saltar cuando le llegue el turno o porque esté sujetando al toro. Sin duda, este ritual era un espectáculo que atraía a mucha gente; pero, como prácticamente todas las actividades antiguas, poseía un significado religioso.

Hay una imagen idílica de los minoicos bastante extendida. Es indudable que las mujeres desempeñaban un papel social muy importante, y en el caso de la religión este papel superaba incluso al de los hombres. También resulta evidente que eran más libres y que no ocultaban su cuerpo, como ocurre en muchas sociedades que obligan a la mujer no ya a esconder o disimular sus formas, sino incluso a taparse los cabellos, no sea que desaten pasiones incontrolables en los varones y los lleven a la perdición.

Por otra parte, parece que los minoicos sentían un gran amor por la naturaleza y que llevaban una vida bastante relajada, disfrutando de placeres sencillos, sin grandes ambiciones personalistas ni demasiados instintos agresivos.

Las pinturas son responsables, en buena parte, de esta visión utópica. Las escenas que representan los frescos son luminosas, alegres, y en ellas se encuentran abundantes elementos naturales: antílopes, delfines, jardines, paisajes enteros. La violencia, cuando la hay, parece ritual o deportiva, como en un fresco en que dos niños boxean vestidos tan sólo con taparrabos. Si combinamos estas imágenes con la ausencia de murallas alrededor de los palacios, todo hace pensar en una sociedad prácticamente pacifista.

Así lo ven, por ejemplo, dos estudiosos españoles. Para Bernardo Souvirón, autor del sugerente libro *Hijos de Hornero*, la minoica era una civilización en que existía igualdad entre hombres y mujeres, y que sabía resolver sus problemas sin recurrir a la violencia. Serían los griegos micénicos, indoeuropeos que llegaron al Egeo durante el segundo milenio, quienes aprendieron a utilizar las armas para conseguir lo que querían, esto es, las tierras ajenas. La clase de los guerreros sería una creación indoeuropea, y una sociedad de ese tipo tenía por fuerza que sojuzgar a las mujeres y prácticamente esconderlas para apartarlas del primer plano de la

sociedad.

Para Francisco Villar, experto en lenguas indoeuropeas, los minoicos serían representantes de lo que, siguiendo la denominación acuñada por la arqueóloga Marija Gimbutas, se ha dado en llamar «la Vieja Europa»: una cultura situada en las costas del Mediterráneo central y oriental, asentada allí desde el Neolítico, pacífica, matriarcal y con pocas diferencias sociales. Como señala Villar, «todo un continente cultural que se hundió sin dejar apenas el recuerdo» cuando los indoeuropeos entraron en escena a partir del año 4400 (Villar, 1996, p. 73). Entre los últimos enclaves de la Vieja Europa estarían los etruscos en Italia y los minoicos en Creta.

Es comprensible la tentación de proyectar en estas civilizaciones antiguas los rasgos de personalidad que queremos encontrar. Pero si uno rasca con el estropajo siempre acaba saliendo suciedad; o, en este caso, ciertas manchas que enturbian la visión casi utópica de la civilización minoica.

Pondré el ejemplo de una ciudad estado muy posterior, del primer milenio antes de Cristo. En ella, según nos cuenta Aristóteles, las mujeres prácticamente gobernaban (hecho que él critica: no es que fuera el más feminista del mundo). Además, no tenía murallas. Si sólo supiéramos eso, pensaríamos que tal vez dicha ciudad era otra superviviente de la Vieja Europa, un remanso de paz incrustado en el mundo belicoso de los griegos. Insisto, si sólo supiéramos eso. Porque estoy hablando nada más y nada menos que de Esparta, la ciudad que convirtió la guerra en una forma de vida.

Es peligroso fiarse del argumento *ex silentio*: que no encontremos algo no quiere decir que no exista. No podemos negar, a favor de la cultura minoica, que las mujeres tenían un papel muy importante, ya que hay muchas evidencias materiales que las representan en igualdad con los hombres -si no con cierta superioridad-. Pero es más arriesgado extraer conclusiones del hecho de que no se encuentren fortificaciones ni apenas armas.

Poco a poco aparecen algunas pruebas sospechosas. Por ejemplo, entre los frescos de la isla de Tera se encuentra un friso excepcional. En él figura una flota que viaja de una ciudad a otra. Hay unos hombres desnudos en el agua -otra convención pictórica, que en este caso representa a los derrotados- que no parece que se estén ahogando por propia voluntad. Este fresco ha suscitado muchas interpretaciones distintas, pero lo que está claro es que se ven soldados armados en él, y que los cuerpos desnudos deben de ser las víctimas de una batalla naval.

Aparte de las representaciones, se han encontrado armas depositadas como ofrendas en santuarios y cuevas, y muchos bellos puñales hallados en Grecia son de factura minoica. Aunque parece evidente que a los cretenses no les gustaban demasiado las escenas bélicas a las que tan aficionados eran otros pueblos como los asirios -manos y cabezas cortadas, cuerpos empalados-, eso no quiere decir que estuvieran inermes ante posibles enemigos.

Hay algunos hallazgos más siniestros que hacen replantearse un poco la imagen bucólica de los minoicos. El templo de Anemospilia, situado en la ladera de un monte, a unos 7 kilómetros del palacio de Cnosos, fue destruido por un temblor de tierra que a su vez provocó un incendio. Por los hallazgos de cerámica, se ha fechado este seísmo en torno al año 1700. Entre las ruinas se han encontrado cuatro cadáveres. Uno de ellos está apartado de los demás, cerca de la salida. Al parecer, el hombre huía del terremoto que destruyó el templo, pero no fue lo bastante rápido: una gran roca lo aplastó.

En la sala occidental del templo hay dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno pertenece a una mujer, de algo menos de treinta años, y el otro a un varón mayor que ella, muy alto y de complexión fuerte. El terremoto también acabó con ellos, parece que mientras realizaban un ritual. ¿Cuál?

Los arqueólogos Yianni y Efi Sakellarakis hallaron la respuesta en esa misma sala. Sobre el altar yacía otro cuerpo, el de un joven de diecisiete o dieciocho años. Estaba tendido de costado, en posición fetal y con los talones tocando casi los muslos, lo que indica que debía tener los atados. Entre sus huesos se encontraba un cuchillo. Parte de los huesos se veían blancos y otra parte negros, lo cual significa que la mitad superior del cuerpo se había vaciado de sangre antes de arder (un diagnóstico digno del CSI). Lo más probable es que los sacerdotes' le cortaran la garganta con el cuchillo y que recogieran casi la mitad de su sangre en una vasija.

La interpretación más habitual es que los sacerdotes habían recurrido a un sacrificio humano para rogar a las divinidades que detuvieran los seísmos que, como ya hemos visto, destruyeron los Primeros Palacios.' Que en Anemospilia se produjo un sacrificio humano es indudable. Ahora bien, que se tratase de un hecho extraordinario me resulta menos convincente. El argumento que se aduce para ello es que, como había terremotos en Creta, el sacerdote y la sacerdotisa decidieron recurrir a procedimientos drásticos y sacrificar a un joven. Pero ¿cómo sabemos que se produjeron terremotos antes del sacrificio y que fueron la causa por la que se celebró el ritual? Porque un terremoto que empezó justo después del sacrificio mató a los oficiantes. ¿Y si el temblor de tierra fuera una casualidad, un accidente que

congeló aquella escena en una especie de foto eterna? ¿Y si los sacrificios humanos eran más frecuentes de lo que creemos? Los aztecas también eran amantes de la naturaleza, cultivaban flores y tenían una cultura refinada. Pero arrancaban corazones en sus teocalis.

El mismo año en que salió a la luz el sacrificio de Anemospilia, el arqueólogo británico Peter Warren encontró un montón de huesos de niños en Cnosos, a poca distancia del palacio. En ellos se veían marcas de cuchillos, utilizados para arrancarles la carne. El propio Warren interpreta que allí se produjo un acto de canibalismo ritual: de nuevo nos viene a la cabeza la comparación con los aztecas, y sospechamos por qué el Laberinto de Cnosos llegó a tener una reputación tan siniestra entre los griegos.

Existe una interpretación alternativa: quizá se trataba de un segundo entierro. Todavía en el siglo XIX, en algunos lugares de Grecia los aldeanos desenterraban los huesos de sus parientes fallecidos varios años antes, limpiaban los restos de carne con cuchillos, los frotaban con sosa cáustica y cuando estaban bien mondos y relucientes los volvían a sepultar (Castleden, 1993, p. 173). Una forma algo macabra de ganar espacio.

Tal vez estos sacrificios fueran hechos aislados, o tal vez no. Quizá se llevaron a cabo en determinadas épocas. Mi intención es simplemente relativizar la visión idílica sobre los minoicos, no echar por tierra su reputación. Tengamos en cuenta que esta brillante civilización duró más de seiscientos años, y eso sin contar con la época Prepalacial. En tanto tiempo, es imposible evitar algunas sombras.

Durante mucho tiempo se creyó que la civilización minoica era deudora de la egipcia, pero cada vez se aprecia más su propia originalidad. Sospecho que Creta no era una hermana menor, sino que competía en igualdad en todos los aspectos con Egipto, el imperio hitita o las culturas de Mesopotamia. Como todos estos pueblos, los minoicos conocían la escritura. El problema es que aún no la hemos descifrado.

Cuando Evans desenterró Cnosos, encontró hasta tres escrituras diferentes. Había una grabada con signos que él consideró jeroglíficos.' A la segunda, que tiene más de 200 signos, la denominó lineal A, y a una tercera más reciente y con unos 90 signos la llamó lineal B.

Por lo que sabemos del lineal B, que sí está descifrado, suponemos que el A se utilizó durante la época de los Segundos Palacios con el mismo propósito: las

tablillas de barro eran documentos burocráticos en los que se reflejaba la compleja contabilidad de la economía palaciega. En principio esas tablillas no estaban destinadas a sobrevivir tanto tiempo, pero se cocieron de forma accidental en diversos incendios y eso las endureció lo suficiente para que hayan llegado a nuestros días.

Pese a que ha transcurrido más de un siglo desde su descubrimiento, el lineal A sigue resistiéndose a los intentos de descifrarlo. No es la única lengua antigua con la que ocurre esto: el etrusco continúa siendo un misterio, así como las inscripciones ibéricas, aunque los lingüistas van realizando avances paulatinos en ellas.

En el caso del idioma del lineal A, se ha intentado relacionar con las lenguas semíticas. También se ha pensado que se trataría de una lengua diferente, que no pertenecía a ningún gran grupo: una superviviente de la cultura de la Vieja Europa. En los últimos años, Gareth Owens, un filólogo inglés nacionalizado griego, ha publicado varios artículos que ofrecen un intento de desciframiento. Aunque los resultados no son concluyentes, apuntan a que el idioma minoico estaba relacionado con el Invita, una lengua indoeuropea de Anatolia. Si esto fuera así, el panorama cambiaría mucho. En vez de una cultura de la Vieja Europa asentada en Creta desde los tiempos del Neolítico, tendríamos a unos invasores indoeuropeos llegados de Anatolia. Pero, aunque la interpretación de Owens ha despertado bastante interés, eso no significa que se acepte de forma generalizada. La procedencia de los minoicos y su idioma siguen envueltos en el misterio.

EL FINAL DE LOS MINOICOS

¿Cómo llegó a su fin esta brillante civilización? He de confesarlo: no lo sé.

Por supuesto, los lectores podrán protestar: «¡Pues no seas tan zángano! ¡Entérate, y nos lo cuentas!». Pero la cosa no es tan sencilla. Ya hablé de la cronología propuesta por Nicolás Platón. En ella, el esplendor de los Segundos Palacios llega hasta el año 1400. Después de esto, y hasta finales de la Edad de Bronce, se extiende el periodo llamado Postpalacial. ¿Qué sucedió en Creta entre los años 1400 y 1100?

En teoría, en el año 1400 se produjo una segunda oleada de destrucción, más brutal todavía que la que en 1700 antes había supuesto el tránsito de los Primeros a los Segundos Palacios. Pero ocurre que no todos están de acuerdo en la fecha, y hay quienes la adelantan a 1450, o incluso a 1470. Tampoco hay consenso en las causas de dicha destrucción: es tentador atribuirle a terremotos y tsunamis provocados por la erupción de la isla de Tera, pero existen ciertas dificultades para relacionar ésta

con el declive de los minoicos. (Pido un poco de paciencia a los lectores aficionados a las novelas y películas de catástrofes -yo no me pierdo una desde que vi, de niño, Cuando los mundos chocan. En breve comentaremos lo que se sabe sobre Tera y su volcán).

Después de esta destrucción, los palacios fueron reconstruidos, aunque no todos. Cnosos siguió siendo el centro de la isla. En esta época, la escritura lineal B sustituyó a la lineal A, lo cual parece significar que en el Postpalacial los micénicos dominaron Creta, o al menos el palacio de Cnosos. Ésa es, por ejemplo, la opinión de Nicolás Platón, y también la de autoridades como el arqueólogo Spyridon Marinatos o J. V. Luce: la catástrofe de Tera dejó tan «tocada» a la civilización minoica -sus palacios destruidos, la mayoría de la flota hundida por el tsunami- que fue presa fácil de los invasores griegos. De modo que el Postpalacial sería una época de hegemonía griega en Creta.

Por último, el palacio de Cnosos sufrió un incendio devastador hacia el año 1380, y ya no volvió a ser ocupado. La cultura minoica entró en declive, los griegos se apoderaron paulatinamente del resto de la isla, y entre 1200 y 1100 -según las fechas que prefieran los arqueólogos- se produjo una nueva oleada de destrucciones que supusieron el final definitivo de los minoicos. No obstante, algunas de sus tradiciones se conservaron, mezcladas con las griegas, y el proceso de helenización tardó en completarse. Por ejemplo, en los poemas de Homero, que podrían reflejar el estado de la isla hacia el siglo VIII, se habla de que en Creta se mezclan los dialectos griegos con otras lenguas, como el cidonio, el pelago o el eteocretense. Sin entrar en más detalles, estas últimas podrían ser nativas de la isla de Creta, y alguna de ellas se correspondería con la misteriosa escritura del lineal A.

¿Por qué antes dije «no lo sé» refiriéndome al final de los minoicos? Porque, como vemos, las fechas parecen bailar, y hay tantas destrucciones que uno las acaba confundiendo. Algunos autores relacionan la catástrofe de Tera con la caída de los Segundos Palacios, mientras que otros la llevan más atrás en el tiempo y la vinculan con los terremotos del fin de los Primeros Palacios y el sacrificio humano de Anemospilia. En cuanto a las tablillas de lineal B escritas en lengua micénica, hay quien ha propuesto que no implican un dominio de los griegos del continente, sino que el micénico se había convertido en una especie de lengua franca en las relaciones comerciales, y que los cretenses de Cnosos, que seguían siendo minoicos, lo utilizaban como los ejecutivos españoles usan el inglés.

Por no quedar, ni siquiera queda claro cuándo se produjo la destrucción final de Cnosos, con una horquilla que va desde el año 1380, tal como he dicho antes,

hasta casi 1200.

Igual que Sócrates, uno acaba pensando: «Sólo sé que no sé nada». Esperemos que en el futuro se hagan avances en la estratigrafía de los palacios minoicos y, con un poco de suerte, se acaben descifrando las tablillas escritas en lineal A. Quizá así podamos precisar las fechas y conocer un poco mejor cómo era esta fascinante y misteriosa civilización, la primera de Europa.

Pero un momento todavía. Antes de pasar a hablar de los griegos micénicos, es hora de hacer un pequeño viaje. Son sólo unos cien kilómetros a vuelo de pájaro, hasta llegar a la isla de Tera.

LA MADRE DE (CASI) TODAS LAS ERUPCIONES

En realidad, no se trata de una sola isla, sino de un diminuto archipiélago. El nombre del conjunto es Santorini, a menudo españolizado en Santorín. Esta denominación es relativamente reciente: proviene del nombre de Santa Irene con el que lo bautizaron los venecianos cuando lo dominaron a finales de la Edad Media. El archipiélago se compone de una isla mayor, Tera, de algo más de 70 kilómetros cuadrados, otra más reducida, Terasia, y tres islotes llamados Aspronisi, Nea Kameni y Palea Kameni.

Santorini es un conocido destino turístico debido a la belleza de su paisaje. En su centro se abre una gran bahía, sobre la que se alzan espectaculares acantilados que superan los 400 metros de altura. La profundidad de la ensenada, que llega a 300 metros, se explica porque todo el conjunto es una caldera volcánica de forma elíptica cuyos ejes miden 11 y 6 kilómetros. Ya el enorme tamaño de esta caldera nos habla de una erupción de proporciones colosales. El diminuto archipiélago sigue siendo volcánicamente activo (la isla de Nea Kameni surgió a principios del siglo XVIII de nuestra era), y también sufre el azote de los terremotos. El último grave se produjo en 1956 y causó decenas de muertos.

Tera ha experimentado muchas erupciones a lo largo de su historia. La más violenta se produjo en los últimos siglos de la Edad de Bronce y es la responsable de la forma actual de la caldera. Antes de ella, la isla tenía una bahía interior en su parte sur, pero de dimensiones mucho más reducidas: toda la tierra que falta ahora voló literalmente por los aires. ¿Cómo se sabe? La historia nos la cuentan los sedimentos depositados en la isla de Tera y los que se han extraído del fondo del Mediterráneo. En la erupción, el volcán arrojó ingentes cantidades de tefra, nombre con que se conocen los materiales sólidos eyectados: cenizas, piedra pómez y pe

queñas bombas de lava llamadas «lapilli». Buena parte cayó sobre la isla, donde se encuentran capas de tefra de hasta 60 metros de espesor. ¡La lluvia volcánica provocada por la erupción habría bastado para sepultar un edificio de 20 pisos! Como podemos suponer, las viviendas de Tera no alcanzaban ni de lejos esa altura, y las que no volaron acabaron enterradas.

Según los cálculos más conservadores sobre la magnitud de la erupción, el volcán expulsó 25 kilómetros cúbicos de material. Tracemos en el suelo un cuadrado de 5 kilómetros de lado, excavemos hasta 1.000 metros de profundidad, y después ¡lancémoslo todo por los aires! Pero, como acabo de decir, ése es el cálculo más bajo. Hay investigaciones más recientes que demuestran que la indigestión del volcán pudo ser mucho mayor, de modo que habría vomitado hasta 60 kilómetros cúbicos de magma y otros desechos.

Para hacernos idea, comparemos con otras erupciones más cercanas en el tiempo, de las que se conocen más datos y se tienen testimonios. En 1883, en el estrecho de Sonda, entre las islas de Java y Sumatra, el Krakatoa expulsó 10 kilómetros cúbicos de material volcánico. La erupción mató a más de 36.000 personas, la mayoría por culpa de los tsunamis. Una cañonera con una dotación de 28 personas, la Berouw, apareció dos kilómetros tierra adentro. No es necesario decir que no sobrevivió ningún tripulante.

Pues bien, la erupción de Tera pudo ser seis veces mayor en volumen de material expulsado. Existe una especie de escala de Richter para los volcanes, el índice de explosividad volcánica o VEI. En el caso del Krakatoa el VEI fue de 6 puntos, mientras que en Tera pudo acercarse al 7. Hablamos de escalas exponenciales: cada grado supone multiplicar por 10 el anterior. Tera se acercaría por tanto a la magnitud de la mayor erupción de época histórica, la del Tambora.

El Tambora está al este de Java, cerca del Krakatoa en términos relativos. Esa región sufre mucha actividad sísmica y volcánica: el reciente y devastador maremoto del año 2004, que mató a más de 200.000 personas y cuyos efectos llegaron hasta África, se originó en esa misma zona de choque de placas tectónicas.

La erupción del Tambora se produjo en 1815. No está tan bien documentada como la del Krakatoa, pues las comunicaciones de principios del siglo XIX eran mucho más primitivas. Pero se sabe que expulsó unos 100 kilómetros cúbicos de material y que causó más de 70.000 muertes en las inmediaciones. Y eso, sólo para empezar.¹⁰

Los volcanes conocen muchas formas de matar. Durante su erupción, el Tambora no sólo expulsó lava, cenizas y piedra pómez. También arrojó a la atmósfera una vasta columna de materiales más ligeros: polvo, aerosoles y gases que inyectó a 30 kilómetros de altura como una inmensa jeringa a presión. Allí, en la estratosfera, por encima de las nubes y las lluvias, todo ese polvo quedó flotando en suspensión durante meses e incluso años. El Tambora tejió sobre toda la Tierra una mortaja gris, una especie de sombrilla gigantesca que redujo la cantidad de radiación solar que llegaba a la superficie del planeta.

Como resultado, las temperaturas bajaron en todo el mundo, lo cual afectó también a las lluvias, creando un cambio climático a corto plazo de efectos dramáticos. El año siguiente, 1816, fue conocido como «el año sin verano»: hubo nevadas y heladas en julio y agosto, lo que provocó hambrunas en países como Irlanda. En Estados Unidos el precio del trigo alcanzó un récord que tardaría más de cien años en superarse.

En Hungría cayeron nevadas de color marrón por culpa del polvo volcánico que empezaba a precipitarse poco a poco. En Italia fueron amarillas, y además cayeron en rincones del sur donde la gente sólo conocía la nieve de oídas. En algunos lugares las temperaturas llegaron a bajar casi diez grados. Es imposible calcular el número exacto de víctimas, pero millones de personas en todo el mundo debieron morir por culpa de la erupción del Tambora. Por falta de comunicaciones, en Occidente se ignoraba que el responsable era el Tambora, y siguió sin saberse hasta que la erupción del Krakatoa aumentó el conocimiento sobre los efectos de las grandes erupciones.

La historia tiene un curioso efecto secundario, o colateral que diríamos ahora. En el verano de 1816, lord Byron y sus amigos Percy y Mary Shelley alquilaron una casa de campo junto al lago Ginebra, en Suiza. Hacía tan mal tiempo que apenas podían salir de la casa, y para entretenerse -y tal vez inspirados por la deprimente mortaja del monte Tambora-, lord Byron propuso que cada uno de ellos escribiera una historia de terror. El relato que creó Mary Shelley y que luego alargó hasta convertirlo en novela es bien conocido: Frankenstein."

Los efectos de la erupción del Krakatoa y del Tambora pueden servirnos de guía para imaginar qué pudo pasar cuando media isla de Tera voló por los aires.

En 1939 el arqueólogo griego Spyridon Marinatos -de nombre tan sonoro como arrolladora era su personalidad- propuso la hipótesis de que la erupción de Tera había provocado el fin de la civilización minoica. Él mismo empezó a excavar

en la isla en 1967, cerca del pueblo de Akrotiri, y desenterró una ciudad maravillosamente conservada por las cenizas del volcán. Aquella población, a la que llamaremos también Akrotiri a falta de conocer su antiguo nombre, había corrido el mismo destino que Pompeya. Sólo que en Akrotiri no se han encontrado cadáveres. Al menos, de momento: las excavaciones progresan a un ritmo muy lento, como mandan los cánones actuales.

Una explicación para la ausencia de cadáveres es que, ante los síntomas de aviso que suelen preceder a una erupción, los habitantes evacuaran la ciudad. Existen indicios de que lo hicieron al menos una vez, poco antes de la gran explosión final. Después regresaron e incluso tuvieron tiempo de efectuar reparaciones en sus casas antes de la evacuación definitiva. Pero alejarse del volcán para huir a alguna isla de las cercanas Cícladas o incluso a Creta tal vez no fue la solución: es muy posible que los fugitivos encontraran la muerte en el mar, o incluso cuando ya se creían a salvo en tierra firme.

Mientras los aterrorizados habitantes de Tera huían, los minoicos de Creta debieron ver una negra columna que se alzaba hacia el cielo, a más de 30 kilómetros de altura. En casos así se producen tormentas en el interior de la columna de polvo y gases, como se puede apreciar en filmaciones de la erupción del Pinatubo. No sería raro que los minoicos, y también los griegos micénicos del continente, se imaginaran a un dios de los rayos -lo llamaran Zeus o no- combatiendo contra un monstruoso gigante que quería asaltar el cielo. Así hicieron en el mito griego los llamados Alóadas, o el Ullikummi del relato hitita, un coloso de basalto que intentó llegar hasta el palacio celeste y luchó contra Teshub, el dios de la tormenta. Es muy posible que algunos de estos mitos se crearan a partir de la erupción de Tera o de otras anteriores.

Al igual que el gigante Ullikummi acabó desplomándose y no alcanzó el cielo, la altísima columna volcánica de Tera se colapsó cuando la pre Sión de la cámara de magma ya no pudo sostener su enorme peso. En ese momento, unas nubes ardientes conocidas como flujos piroclásticos arrasaron la isla a más de 100 kilómetros por hora: nadie habría podido huir de ellos. Después, el mar se precipitó en la caldera del volcán, y la explosión fue tan brutal que debió oírse en todo el Mediterráneo oriental (hay noticias de que el estallido del Krakatoa se escuchó a 4.000 kilómetros de distancia).

A continuación se produjo un tsunami. Ya hemos visto lo que le pasó a aquella infortunada cañonera cerca del Krakatoa, así que imaginemos el destino que correrían los pequeños barcos de madera de la flota minoica. Es posible que

alguna nave sobreviviera en alta mar, aunque sus pasajeros debieron vomitar hasta sus primeras gachas. Pero las naves que se encontraban cerca de tierra o ancladas en el puerto quedaron reducidas a astillas. ¡El poder marítimo de Minos, destruido en un solo golpe devastador!

En la isla de Tera, desde luego, no quedaría gran cosa en pie. Sospecho que parte de la montaña que voló estaba habitada, y allí debía haber casas, palacios, maravillosas pinturas... Todo desintegrado, como si jamás hubiese existido. Pero, por suerte para nosotros, al menos una ciudad o parte de ella quedó sepultada en cenizas: el mismo volcán que destruyó Akrotiri la protegió después en una cámara de tiempo.

¿Cómo afectó la convulsión final a los palacios de Creta? Todo lo que estuviera a poca distancia del mar quedaría arrasado por el maremoto: aún tenemos frescas en la retina las terribles imágenes del tsunami de las navidades de 2004 en el Sudeste Asiático. Muchos edificios que se encontraban tierra adentro también resultaron destruidos. ¿Por qué, si allí no pudo llegar la ola? Hay autores que achacan esa devastación a los terremotos que acompañaron a la erupción. Como ya he dicho antes, un seísmo puede provocar incendios: en 1755, el tsunami que destruyó Lisboa y dejó 60.000 muertos provocó un incendio aún más devastador que la propia ola.

Pero el tsunami de Lisboa se debió a un terremoto «de verdad» relacionado con movimientos tectónicos. Los seísmos asociados a las erupciones volcánicas no suelen ser tan fuertes, así que no podrían haber causado los incendios que asolaron los palacios cretenses. Sin embargo, existe otra explicación posible. La explosión del Krakatoa provocó un estampido sólo nico tan brutal que la onda de choque resultante rompió cristales y agrietó paredes a 150 kilómetros de distancia. Creta sólo está a 100 kilómetros de Tera. La onda expansiva de la explosión pudo reventar puertas y ventanas, volcar braseros y candiles sobre materiales inflamables y desatar incendios. Por no hablar de perforar unos cuantos tímpanos.

Destruídos sus palacios y sus casas por las olas o por el fuego, a los minoicos les tocaba empezar la reconstrucción. Pero no les iba a ser fácil. Buena parte de la prosperidad de la sociedad minoica dependía del comercio, y éste a su vez de la flota, que había quedado prácticamente destruida por el tsunami. Además, sus barcos eran su auténtica muralla de madera: sin ellos, los minoicos estaban inermes, a merced de invasores exteriores.

Por otra parte, la erupción depositó una gran capa de cenizas sobre Creta.

Las cenizas volcánicas pueden crear un terreno fértil a largo plazo, pero de entrada debieron acabar con todas las cosechas, sepultadas bajo una capa de más de medio metro en algunos lugares. Para colmo, los estudios han revelado que el contenido en sulfato y cloro de las cenizas de Tera era muy alto, por lo que serían incluso más tóxicas para el suelo. Perdidas las cosechas, los animales murieron también por falta de pastos y se desató una terrible hambruna en la isla. Se cree que la erupción se produjo en verano. Ese invierno los minoicos no pudieron recolectar ni la vid ni el olivo, pero al menos confiaban en que, con trabajo duro, cosecharían algo al año siguiente. No sospechaban que el verano tardaría mucho en volver a la isla.

Y fue entonces cuando aparecieron los micénicos con sus barcos...

Hasta aquí el cuadro que han pintado Marinatos y otros autores que han seguido sus teorías, como Luce o el exitoso divulgador americano Michael Pellegrino. Según ellos, la catástrofe de Tera acabó con toda una cultura: la Creta minoica ya no levantaría cabeza. El recuerdo de una isla que desapareció -en parte- para convertirse en una humeante bahía y del fin de una civilización se transformó en una oscura tradición que, siglos más tarde, Platón magnificaría para relatar el mito de la Atlántida, el continente que se hundió bajo las aguas.

El problema es establecer con precisión las fechas. Ya hemos visto que hay mucho debate sobre cuándo se produjo cada oleada de destrucción en Creta. Si aceptamos que Tera estalló en torno al año 1470, o más tarde, podría explicar el final de los Segundos Palacios y, por tanto, la decadencia de los minoicos. Pero hay muchas pruebas que apuntan a una fecha anterior, en torno al año 1626. Eso significaría que la civilización minoica consiguió sobrevivir a la erupción y resurgió incluso con mayor esplendor que antes.

¿Qué argumentos hay para llevar la erupción a una fecha tan temprana? En 2006, varios científicos publicaron en Science un artículo en el que databan la erupción entre 1626 y 1600 (Friedrich et al., 2006). Se basaban en las pruebas de Carbono 14 de un olivo que se encontró en la gran capa de ceniza de 60 metros y que debía estar vivo en el momento de la erupción. Otras mediciones por radiocarbono se mueven en ese rango. Pero existen varios problemas con las mediciones de Carbono 14. En primer lugar, no está claro que la proporción de este isótopo en la atmósfera hace 3.600 años fuese la misma que ahora. Y, en segundo lugar, la misma erupción, con sus emisiones de gases, pudo contaminar las muestras.

El Carbono 14 no es la única prueba que apunta a una erupción en el siglo

xvii. En pinos de California y robles de Irlanda se han encontrado anillos de crecimiento reducidos, correspondientes al año 1626, lo que habla de un clima más frío. También se han extraído muestras del hielo de Groenlandia, y en la capa correspondiente al año 1645 se han hallado restos químicos que deben de haberse depositado por causa de una gran erupción volcánica. Como se ve, ambas fechas no concuerdan, y muchos suponen que el pico de acidez detectado en el hielo se debe a otra erupción.

Mi fecha favorita, por motivos más emocionales que racionales, es la de 1470, que podría explicar el final de los minoicos. Pero no sería honrado si no añadiera que los científicos tienden a situar la erupción más bien hacia el año 1626.

En general, el problema de la fecha de la erupción de Tera se relaciona con el de la datación general de toda la Edad de Bronce en el Egeo. Es posible que nuevos datos sobre el volcán revolucionen todo el panorama histórico de esta época. Cuanto más se conozca sobre su erupción, más se podrá precisar cómo fue el auge y el declive de la fabulosa civilización minoica.

LA GUERRA DE TROYA

Gea, la gran madre Tierra, no podía soportar ya el peso de la humanidad. Como algunos ecologistas un tanto extremos, pensaba que los hombres eran la peor plaga que había sufrido en toda su existencia, y le pidió a Zeus que la librara de ellos, o que al menos los diezmará con una buena guerra. Para complacer a su abuela, el rey de los dioses trazó complicados planes. Por un lado, organizó el enlace entre Peleo, rey de los un r1,111* dones, y la bellísima ninfa marina Tetis. Fue la boda del siglo, a la que asistieron todas las personalidades divinas y humanas de la época, excepto Eris, la Discordia, a la que alguien se olvidó de invitar. Eris se escondió tras un seto y arrojó rodando por el suelo una manzana de oro con la inscripción «Para la más bella».

Las divinidades griegas no destacaban por su madurez emocional. Como tres adolescentes celosas, Hera, Atenea y Afrodita se tiraron de los pelos por ver a quién le correspondía la manzana de la Discordia. Ni Zeus ni ninguno de los demás dioses quiso ejercer de árbitro, pues sabían que se ganarían al menos dos enemigas de por vida, así que le pasaron el muerto a un humano: Paris, hijo del rey de Troya. Paris sin duda sabía que se metía en un lío, pero al menos aprovechó la excusa de este concurso de belleza improvisado para que las diosas se desnudaran ante él. Mientras hacían de strippers, cada una le prometió una recompensa si resultaba elegida. Hera le ofreció el dominio de toda Asia; Atenea, convertirlo en un guerrero invencible, y Afrodita le garantizó el amor de la mujer más hermosa del mundo. Paris, demasiado joven o romántico, quién sabe, escogió a Afrodita. Desde ese momento, Hera y Atenea les juraron odio eterno a él y a su ciudad, Troya.

En la segunda parte del plan para desatar la gran guerra, Zeus se había encargado personalmente de engendrar a la mujer más hermosa del mundo. Para qué dejárselo a un subordinado, cuando además se trataba de su afición favorita: la procreación y las actividades que la rodean. Tras transformarse en cisne, dejó embarazada a Leda, de la que nació, entre otros hijos, Helena. Ésta era tan bella que muchos reyes y nobles aqueos quisieron casarse con ella. Para evitar peleas, los pretendientes prometieron que respetarían la elección de la propia Helena y que si alguien intentaba raptarla -un procedimiento muy habitual en aquella época-, todos los demás acudirían en auxilio del marido. Helena escogió a Menelao, rey de Esparta y hermano de Agamenón, quien a su vez gobernaba la ciudad más

importante del mundo aqueo, Micenas.

Mientras visitaba Esparta en misión diplomática, Paris sedujo a Helena con la ayuda de Afrodita y se la llevó a Troya. Para recuperarla y salvar su honor, Menelao recurrió al juramento ya mencionado, y todos los príncipes aqueos tuvieron que acudir en su ayuda. Allí estaban entre otros su hermano Agamenón, los dos Áyax -el grande y el pequeño-, Ulises, Néstor, Diomedes. Y, por supuesto, Aquiles, que era hijo de Tetis y Peleo, dicho sea de paso.

La expedición, repartida en más de mil naves, se dirigió hacia Troya, situada en las inmediaciones del estrecho de los Dardanelos, el primero de los dos que separan Asia de Europa. Intentaron tomar la ciudad al asalto, pero las murallas de Troya -también llamada Ilios o Ilión: de ahí el título de *Ilíada*- eran muy sólidas y resistieron el primer embate. Durante diez años, los aqueos la asediaron, y en ese tiempo se produjeron incontables batallas y duelos singulares. Por fin, en el décimo año de la guerra, las cosas cambiaron cuando Aquiles, por un quítame allá esa esclava, se enfureció tanto contra Agamenón que se declaró en huelga. A partir de ese momento, los troyanos, conducidos por su gran héroe Héctor, empezaron a superar en los combates a los aqueos. Compadecido de ellos, Patroclo, el mejor amigo de Aquiles, le pidió a éste la armadura y se hizo pasar por él. Tuvo la mala suerte de dar con Héctor, que era el número dos en la clasificación de guerreros del momento, sólo superado por Aquiles. Héctor mató a Patroclo creyendo que acababa con el hijo de Tetis y Peleo, error del que no tardó en salir.

Loco de dolor por la muerte de su amigo, Aquiles decidió volver a los combates. Tras provocar una masacre entre los troyanos, finalmente desafió en duelo singular a Héctor, al que mató con la ayuda de la diosa Atenea. Tal como se lee en la *Ilíada*, no parece un combate muy limpio, ya que de entrada Aquiles era superior. Pero para los antiguos recibir auxilio de una divinidad no era ningún descrédito, sino que acrecentaba todavía más el mérito de una victoria. Hay un caso parecido en la épica del héroe sumerio Gilgamesh, cuando él y su amigo Enkidu matan al gigante Humbaba con la ayuda de los dioses.

Tras la muerte de Héctor, Aquiles aún acabó con otros héroes, como la amazona Penthesilea o Memnón, hijo de la Aurora. Pero Paris lanzó una flecha que, guiada por Apolo, acabó con él.'

Pese a la muerte de los dos héroes principales, la guerra proseguía. Para acabar con ella, a Ulises se le ocurrió construir un gran caballo de madera hueco, en cuyo interior se escondió un grupo selecto de guerreros. El resto del ejército evacuó

el campamento y fingió volver a Grecia. Los troyanos pensaron que el caballo era una ofrenda a los dioses, en concreto a Atenea (también habría tenido lógica pensar que lo habían dejado para Poseidón, dios de los caballos y de las aguas saladas, ya que los aqueos tenían que regresar por mar). Discutieron si meterlo en la ciudad. Por un lado, una profecía recién inventada para la ocasión aseguraba que si llevaban el caballo a Troya, ésta sería inexpugnable. Por otro, la princesa Casandra, que poseía el don de ver el futuro y sufría la maldición de que nadie la creyera, les avisó para que no lo hicieran: eso decidió a los troyanos, finalmente, a meter el caballo. Por supuesto, Casandra podía haberlo previsto y haber profetizado lo contrario de lo que en realidad pensaba. Pero, o bien no conocía la psicología inversa, o era de esas personas a las que les encanta comentar a toro pasado «mirad que os lo dije...».

Después de diez años de sitio, es de imaginar que la juerga que se organizó en Troya aquella noche fue apoteósica. Por fin, cuando los troyanos dormían la borrachera, los guerreros ocultos en el caballo salieron de él y abrieron las puertas de la ciudad a sus compañeros, que habían regresado al amparo de la oscuridad.

El resto fue una masacre. De los nobles importantes, sólo se salvó Eneas, al que avisó su madre Afrodita para que huyera por las puertas. Es ceas junto con los suyos.' Los aqueos mataron a los hombres, esclavizaron a las mujeres, saquearon todo lo que pudieron e incendiaron la ciudad.

¿Cuál fue el destino de la mujer que había provocado la guerra, aunque fuese como simple peón de los dioses? Con Paris ya muerto, Menelao se dispuso a atravesar con la espada a la adúltera Helena. Ésta se abrió la túnica y le dijo: «Ya que me vas a acuchillar, te lo pondré fácil». Al verle los pechos desnudos, Menelao debió de pensar que era un desperdicio no volver a disfrutar de aquellos encantos y la perdonó. De hecho, en la Odisea, que narra acontecimientos diez años posteriores, vemos a Helena de vuelta en Esparta, reinando feliz junto con Menelao, como si nada hubiera pasado. Paradojas de la leyenda que, sin embargo, no suenan del todo inverosímiles.'

El regreso de los destructores de Troya no fue fácil. Algunos murieron por el camino, como Áyax de Oileo. Otros, al llegar a su casa, como Agamenón, al que asesinaron su mujer Clitemnestra y su amante, Egisto.⁵ Ulises tardó diez años en regresar a Ítaca, y una vez allí sólo pudo recuperar su trono y a su esposa Penélope tras masacrar a la horda de nobles gorriones que se habían aposentado en su palacio y, con la excusa de pretender la mano de Penélope, se bebían su vino, se comían sus ovejas y sus cochinitos y se acostaban con sus esclavas.

Los reinos aqueos no sobrevivieron demasiado tiempo a la destrucción de Troya. También ellos sufrirían una invasión, en este caso de los Heráclidas, los descendientes del semidiós Heracles. Habían sido expulsados del Peloponeso por Euristeo, el rey que mandó a Heracles los célebres doce trabajos. Pero tres generaciones después, tras algunos intentos infructuosos, los Heráclidas consiguieron destruir los reinos aqueos y se instalaron como soberanos del Peloponeso. Sus descendientes serían conocidos como dorios.

Como en el capítulo anterior, he empezado narrando mitos, ya que era lo que los griegos posteriores conocían de su propio pasado en la Edad de Bronce. Fueron estos mitos los que inspiraron a Heinrich Schliemann a excavar las ciudades de Troya, Micenas y Tirinto.

La primera noticia que tuve de Heinrich Schliemann fue por lo que leí en un clásico del año 1949, el libro que debe haber inspirado a más personas a dedicarse a la arqueología: *Dioses, tumbas y sabios*, del alemán C.W. Ceram. En realidad, Ceram es seudónimo de Kurt Wilhelm Marek: cambió cada K de su nombre por una C y le dio la vuelta a su apellido. Quizá pensó que, tan reciente la Segunda Guerra Mundial, si quería colocar su obra fuera de Alemania no le convenía usar un nombre tan teutón. Y acertó, desde luego, pues de su libro se vendieron millones de ejemplares en todo el mundo.

Tal vez por ser compatriota, la admiración que siente Ceram por Schliemann se respira en cada página. La imagen que nos brinda es la que llamaré el «Schliemann bueno». Enseguida veremos que existe otra. Y el debate entre los defensores de ambas es encendido.

EL SCHLIEMANN «BUENO»

Heinrich Schliemann nació en 1822 en Mecklemburgo, ciudad del norte de Alemania. Era hijo de Ernst, un pastor luterano, y de Louise, una mujer de refinada educación que murió en 1831 al dar a luz a su noveno hijo. Ernst, por lo que sabemos, no era precisamente el padre ideal: bebedor, acosador de criadas y poco amante del trabajo. Pero al menos le compró a Heinrich, cuando éste tenía siete años, una historia universal en la que aparecía un grabado de Eneas sacando a su padre y a su hijo de Troya por las puertas Esceas, mientras la ciudad ardía en segundo plano. Schliemann preguntó dónde estaba Troya, y cuando el padre respondió que nadie lo sabía, el pequeño contestó muy serio: «Cuando sea mayor, yo la descubriré».

Schliemann no pudo hacer estudios formales de arqueología, que por entonces apenas existían. Además, no le quedó más remedio que empezar a trabajar a los catorce años en una tienda de ultramarinos: siendo el quinto entre nueve hermanos, y dada la poca disposición de su padre para el trabajo, no había mucho dinero que repartir. De momento, su gran sueño tenía que esperar.

A los diecinueve años, Schliemann embarcó para América, pero el navío naufragó, y él acabó en Ámsterdam, donde trabajó como contable. Por aquella época ya se había revelado su fantástica facilidad para aprender idiomas. Llegaría a dominar, aparte del alemán, los siguientes: francés, inglés, español, danés, sueco, holandés, italiano, portugués, polaco, ruso, árabe, turco, hebreo, latín y griego, tanto clásico como moderno. Tenía la costumbre de escribir su diario en el idioma del país que visitaba, de modo que leerlo sin recurrir a traducciones es toda una proeza.

En 1846 visitó Rusia por primera vez, enviado por su empresa. Pero no tardó en establecerse por su cuenta y empezó a prosperar, aprovechando coyunturas favorables para hacer negocio, como la fiebre del oro de California, la guerra de Crimea o la guerra de Secesión.

En 1851 visitó Estados Unidos y fue recibido nada menos que por el presidente Fillmore, que charló hora y media con él. ¡Y eso que Schliemann aún no había cumplido los treinta años!

Por fin, pasados los cuarenta, Schliemann decidió que ya había ganado bastante dinero y que era hora de cumplir sus sueños. Estudió arqueología en París y en 1868 excavó por primera vez en la isla de Ítaca, patria de Ulises. Tan sólo era una preparación para lo que en realidad deseaba: descubrir la mítica Troya.

En la época de Schliemann reinaba un gran escepticismo sobre la obra de Homero. En la *Ilíada* y la *Odisea* vemos grandes palacios, guerreros que intercambian ricos presentes en los que abunda el oro, lujosos carros de combate y objetos tan exóticos como un casco hecho con colmillos de jabalí. Pero la Grecia de Homero era un país mucho más pobre, que hasta después de las Guerras Médicas no llegó a alcanzar un nivel de desarrollo como el que describe Homero. Eso hace pensar que sus poemas no son más que una idealización fantástica del pasado, pues los griegos tendían a creer que «cualquier tiempo pasado fue mejor».

Schliemann, sin embargo, estaba convencido de que lo que contaba Homero era cierto. Probablemente, la enorme riqueza de detalles que hay en la *liada* lo

convenció de que aquel mundo poblado de miles de nombres no podía haber salido tan sólo de la imaginación de un poeta. Así que, armado con los textos de Homero, marchó hacia Turquía.

En el ínterin, hay que añadir que se divorció de su primera mujer y volvió a casarse con una joven griega, Sofia Engastrómenos, que lo acompañaría con entusiasmo en sus aventuras arqueológicas. En 1870, Schliemann se plantó por primera vez en la Tróade, la comarca que rodeaba Troya. Primero visitó Bunarbashi, la aldea donde, según algunos estudiosos, era posible que se encontrase la ciudad. Bunarbashi no lo convenció, porque ni la topografía del lugar ni las fuentes que lo rodeaban cuadraban con la descripción de la *Ilíada*.

Schliemann se volvió entonces hacia otro emplazamiento: la colina de Hissarlik, una meseta de unos 250 metros de lado. Como cuenta Ceram:

Fue reuniendo pruebas. Y descubrió que no era sólo él quien tenía tal convicción, aunque la compartían muy pocos. Por ejemplo, uno de ellos era Frank Calvert, vicedónsul americano, inglés de nacimiento, dueño de una parte de la colina de Hissarlik [...]¹ que había realizado algunas excavaciones que le habían llevado a la misma teoría de Schliemann, pero sin llegar a otras consecuencias (Ceram, 1995, p. 47. La cursiva es mía).

Schliemann empezó a excavar ese mismo año, todavía sin permiso de las autoridades turcas. Las tres campañas oficiales se desarrollaron entre 1871 y 1873. Bajo las ruinas de la ciudad romana y helenística halló hasta siete estratos, que investigaciones posteriores ampliarían a nueve. Excavaba con cien hombres y en varios emplazamientos a la vez, por lo que es dudoso que, pese a su capacidad de trabajo, consiguiera controlar a todos sus operarios. Durante estas campañas sufrió terribles fríos en invierno, y en verano picaduras de mosquitos que le producían fiebres palúdicas agravadas por el calor abrasador y la falta de agua. Pero siempre con la compañía de su fiel Sofia.

En las capas inferiores Schliemann encontró restos de fortificaciones, y también huellas de incendios que demostrarían que se produjo un saqueo. Convencido de hallarse ante la Troya de Homero, fue bautizando los lugares que encontraba: puertas Esceas, palacio de Príamo...

El 15 de junio de 1873, Schliemann, tras haber removido 250.000 metros cúbicos de tierra, iba a dar por terminadas las excavaciones. Aunque había encontrado unas cuantas antigüedades, Troya no había ofrecido las pruebas que

buscaba. Aquello parecía tan sólo una ciudad sin nombre, demasiado pequeña y pobre para el esplendor que le atribuía Homero. Así que decidió marcharse de Turquía y excavar en Micenas.

Pero entonces se produjo el milagro. Cuando él y Sofia, en una última ronda de despedida, paseaban al pie de la muralla del supuesto palacio de Príamo, Schliemann vio algo que le llamó la atención. Era un gran objeto de cobre, pero tras él se adivinaba el inconfundible brillo del oro. Aunque eran las ocho de la mañana y las labores acababan de empezar, Sofia se encargó de despedir a los trabajadores con la excusa de que su esposo tenía que celebrar una fiesta.

El hallazgo estaba incrustado en una capa de cenizas, y además, al escarbar para sacarlo, Schliemann corría el riesgo de que la muralla se derrumbara sobre él. Con mucho cuidado, sacó de allí un escudo de cobre, varias vasijas y copas de oro, barras de plata, puntas de lanza, espadas, etc. Después descubriría que dentro de una gran copa de plata había incontables joyas de oro. Como todo el montón tenía forma cuadrangular, Schliemann dedujo que había estado contenido dentro de una gran caja de madera, y que ésta se había podrido con el tiempo. Para él, la historia estaba clara: al ver que los aqueos entraban en la ciudad, algún familiar de Príamo había guardado aquel tesoro en un arcón. Después, en el incendio de Troya, las cenizas cubrieron la caja y la ocultaron de los saqueadores.

De noche, mientras examinaban aquellos valiosos objetos en la soledad de su cabaña, Schliemann le puso las joyas a su mujer y, sin poder evitarlo, exclamó: «¡Helena!».

Por el pacto que había firmado con las autoridades, Schliemann tenía derecho a la mitad de aquel tesoro, mientras que la otra mitad pertenecía al estado turco. Pero él, por temor al destino que pudieran sufrir las piezas en un régimen tan corrupto como el otomano de aquella época, lo sacó todo del país y se lo llevó a Grecia. Durante un tiempo pleiteó con Turquía, a la que finalmente compensó pagando 50.000 francos. Pero los turcos ya no confiaban en él, por lo que decidió abandonar Troya de momento y dedicarse a excavar en Micenas.

La dorada Micenas de Homero era una ciudad incluso más rica que Troya. En este caso, el emplazamiento estaba claro: la célebre Puerta de los Leones aún seguía en pie, aunque medio enterrada entre escombros. Pero lo que buscaba Schliemann, de nuevo, era oro. Esta vez se guió por el geógrafo Pausanias, autor del siglo II d.C., quien afirmaba que en el interior de las murallas se hallaban las tumbas reales de Agamenón y de su padre Atreo. Los eruditos creían que debían

encontrarse fuera -lo normal es que los enterramientos se celebren en el exterior de las ciudades por cuestiones sanitarias fáciles de entender-, pero Schliemann insistió en hacerlo intramuros.

Y acertó. Entre noviembre y diciembre de 1876 desenterró hasta seis tumbas de pozo. En ellas encontró esqueletos rodeados de armas y cargados de oro y joyas. El hallazgo más espectacular, y el más conocido hoy día por los estudiantes de historia del arte, es el de las máscaras funerarias de oro. La más célebre se sigue llamando «máscara de Agamenón», aunque, como las tumbas, pertenece a una época más antigua, el Siglo XVI.⁶

Schliemann se había convertido en una celebridad mediática, y gracias a sus descubrimientos lo nombraron miembro honorario de un sinfín de sociedades culturales. Después de Micenas, excavó otra ciudad de la época más antigua de Grecia, Tirinto, donde descubrió una impresionante fortaleza de muros ciclópeos. Todavía quería seguir excavando, en esta ocasión en Creta. Las primeras negociaciones para adquirir la propiedad donde se encontraba el palacio de Cnosos fracasaron: esta tarea estaba reservada, como ya hemos visto, a Arthur Evans. En 1890, mientras se encontraba en Nápoles, Schliemann murió de repente a los sesenta y ocho años.

Por deseo de Schliemann, la mayor parte de las antigüedades troyanas que poseía en el momento de su muerte -las que encontró en Micenas se quedaron en Grecia- viajaron a Berlín, donde se exhibieron en el Museo de Prehistoria y Protohistoria. A finales de la Segunda Guerra Mundial, el tesoro de Príamo fue evacuado a un refugio antiaéreo construido en el zoológico de la ciudad. Cuando los soviéticos tomaron Berlín en 1945, el director del museo les entregó las cajas con las antigüedades. Éstas tomaron el camino de Moscú, pero en algún momento se perdieron. El tesoro de Príamo había vuelto a hundirse en la oscuridad. Al menos, quedaban las fotografías, como la que Schliemann le había tomado a Sofía con la diadema, los zarcillos y varios collares. Muchos arqueólogos critican como poco profesional este retrato, pero ¡qué evocadora es la foto!

Ésta es la historia que contaba a mis alumnos hace veinte años, cuando empecé a dar clase de griego. Luego, en 1993, se produjo una noticia sorprendente, y también positiva para quienes creían que las piezas de oro habían acabado fundidas: el gobierno ruso reconoció que el tesoro de Troya estaba en Moscú, en los sótanos del Museo Pushkin, y tras acondicionar la sala 7 las autoridades decidieron exponerlo allí.

Desde entonces, ha habido acaloradas discusiones entre Rusia y Alemania. Ésta pide que se le devuelva el tesoro; pero las autoridades rusas se niegan, alegando que se lo quedan como compensación por la gran cantidad de obras de arte que los nazis expoliaron al invadir la Unión Soviética. Ya se sabe, quien roba a un ladrón... Por su parte, el gobierno turco también reclama el tesoro, denunciando el trato firmado con Schliemann, y hasta Grecia pide que las piezas se exhiban en Atenas durante un tiempo. De momento, quien quiera ver el tesoro tendrá que hacer un viaje a Moscú.

Pero, aparte de la asombrosa reaparición del tesoro, empecé a introducir cambios en la narración que ofrecía a mis alumnos en clase cuando leí, y también escuché en varios documentales, otras versiones de la vida de Schliemann. El escepticismo hacia su obra empezó sobre todo en los años setenta. Ésta es la historia de...

EL SCHLIEMANN «MALO»

Por inspiradora que sea la historia de Schliemann niño viendo el grabado de Eneas y asegurando a su padre que descubrirá Troya, es posible que haya que desecharla. La primera vez que Schliemann escribió sobre su sueño infantil de encontrar Troya fue después de excavar la ciudad y encontrar el tesoro de Príamo. Considerando que Schliemann llevaba un diario muy prolijo y redactó una enorme cantidad de cartas, es difícil creer que no hubiera mencionado nunca el móvil principal que alentaba toda su vida. ¿No será que descubrió su verdadera vocación a una edad tardía, y luego embelleció su pasado con este relato para demostrar que estaba cumpliendo un destino inexorable?

Según su biógrafo y crítico, David Traill (Traill, 1995), Schliemann tenía cierta tendencia a embellecer la realidad, cuando no a falsearla directamente. Podría decirse que había en él algo de mentiroso patológico.

Como muestra, Traill ofrece algunos ejemplos. Schliemann asegura que el 21 de febrero de 1851 el presidente Fillmore lo recibió durante hora y media. Resulta llamativo que un presidente de Estados Unidos reciba a un joven extranjero (veintinueve años recién cumplidos), como si fuera un amigo de toda la vida. Lo cierto es que tal día no hubo ninguna recepción, sino una sesión del Senado. Schliemann pudo asistir a ella, y tal vez ver de lejos al presidente. Con el tiempo, se haría tan famoso que podría reunirse con hombres de Estado; pero aún era demasiado pronto para ello.

Hay otra invención suya más llamativa por su inutilidad. En su diario, Schliemann afirma que en el mes de junio presenció un pavoroso incendio en San Francisco, y añade detalles muy concretos y vívidos. Sin embargo, dicho incendio se produjo en mayo. Los detalles están calcados de un periódico de Sacramento -donde se encontraba Schliemann en aquellos días-, y la página del diario en el que el alemán cuenta el incidente no está cosida en su lugar, sino pegada después.

¿Qué ganaba Schliemann con inventar algo así? En cierto modo, se trataba de una mentirijilla como las que se cuentan a los amigos en los bares: siempre impresiona más decir «yo estuve allí y lo he visto» que «me lo han contado». Parece evidente que a Schliemann le encantaba rodearse de un halo novelesco, sentirse protagonista de grandes aventuras -algo que realmente consiguió con el tiempo-, y es posible que se creyera sus propias exageraciones.

Hay mentiras menos inocentes. También falseó la verdad al asegurar que consiguió la nacionalidad estadounidense en 1850, pues en realidad lo hizo en 1869. Para ello tuvo que declarar bajo juramento que había vivido cinco años seguidos en el país. Afirmación falaz, pues había estado en Europa la mayor parte de ese tiempo. Por cierto, se nacionalizó americano, entre otras razones, para poder divorciarse de su primera esposa en Indiana, estado que tenía unas leyes sobre el divorcio tan laxas que la gente acudía allí a romper su matrimonio con la misma alegría con que hoy viaja a Las Vegas para casarse.

Como vemos, las relaciones de Schliemann con la verdad eran, por decirlo con suavidad, algo tortuosas. ¿Afectó ese rasgo de su personalidad a sus descubrimientos? Parece que así fue.

El ejemplo más claro es el del tesoro de Príamo. En primer lugar, el dramático relato del hallazgo no puede ser cierto: la otra gran protagonista, Sofía, no se encontraba en Troya, sino en Atenas, adonde había ido por la muerte de su padre. La famosa foto, por tanto, debió tomarse un tiempo después. En segundo lugar, muchos indicios apuntan a que parte de las joyas y vasos de oro y plata se encontraron semanas antes del dramático hallazgo, y que Schliemann tenía escondidos todos esos objetos. Además, muchos de ellos no estaban bajo la muralla, sino fuera del recinto: posiblemente en una tumba. Pero el relato del cofre reunido a toda prisa mientras los aqueos saqueaban la ciudad, por supuesto, poseía mucha más fuerza. Schliemann consiguió lo que quería: despertar el interés del público de todo el mundo.

Los críticos de Schliemann también encuentran irregularidades en sus

excavaciones en Micenas. En las últimas dos semanas de campaña, el alemán encontró una asombrosa cantidad de oro y plata, casi todo ello concentrado en sólo tres tumbas. De nuevo un triunfo dramático y al filo del tiempo reglamentario, como diría un cronista deportivo.

Los hallazgos de estas tumbas difieren mucho entre sí en calidad y en estilo; incluso dentro de la misma tumba y con el mismo tipo de objeto. La teoría de Traill es que «Schliemann pudo complementar los hallazgos auténticos de las tumbas con otros objetos» (Traill, 1995, p. 170). ¿Cómo lo habría hecho? Con hallazgos encontrados en las inmediaciones, con antigüedades compradas a la gente del lugar -las excavaciones clandestinas eran habituales-, o incluso con duplicados falsos. Años antes, excavando en Troya, Schliemann encargó a su agente en París que le buscara un buen orfebre para fabricar piezas que parecieran antiguas, de modo que pudiera engañar a las autoridades turcas, ya que le exigían la mitad del tesoro. Parece que al final no llegó a requerir los servicios del orfebre, pero el caso es que estaba dispuesto a recurrir a las falsificaciones. Las sospechas recaen sobre muchos objetos, como los cientos de discos de oro que se cree iban cosidos a la ropa de los muertos, y que tal vez no fueran tan numerosos: muchos de ellos podrían ser falsos.

Ni la célebre máscara de Agamenón escapa a las dudas.⁷ Los más críticos, como el filólogo clásico William Calder, opinan que puede ser una falsificación encargada por Schliemann. Otros piensan más bien en un pastiche: una máscara auténtica a la que retocaron tallándole un bigote de guías levantadas para darle un aspecto más majestuoso, ya que las otras máscaras halladas en las tumbas, desde el punto de vista moderno, no dan una imagen tan digna (algunos parecen enanos sacados de *El Señor de los Anillos*).

Por supuesto, hay muchos defensores de su autenticidad. Por ejemplo, la antigua directora del Museo Arqueológico de Atenas, Katie Demakopoulou, rechaza las dudas de Traill y Calder y afirma que no es necesario hacer pruebas a la máscara, ya que no hay razones para dudar de ella. De hecho, las autoridades competentes se han negado hasta ahora a realizar esas pruebas. Es comprensible: la perspectiva de que una de las piezas más valiosas del museo pudiera ser falsa debe ponerles los pelos de punta.

Es de suponer que tarde o temprano, puesto que cada vez se desarrollan técnicas menos agresivas para estudiar los materiales antiguos, se acceda a examinar en profundidad la máscara de Agamenón, así como otros hallazgos de la época. No creo que dichos exámenes vayan a echar por tierra todo el edificio de la arqueología micénica, pero podrían aclarar algo más el panorama y corregir los

errores cometidos, de buena o mala fe, por Schliemann.

Sin duda, el genial y controvertido Schliemann desempeñó un papel crucial en la arqueología de la prehistoria de Grecia. Es cierto que en Troya arrambló con todo lo que no le interesaba en su empeño por llegar al estrato «homérico» y abrió una zanja en la que casi se hubiera podido construir una autovía, algo que hoy día no se le habría consentido. Pero también es verdad que, de haber seguido los protocolos actuales, tal vez no habríamos descubierto todavía las ruinas más antiguas de la ciudad. Creo que es justo cerrar este apartado con las palabras que le dedica David Traill al final de su libro:

Se esforzó por convertirse en un héroe. Aunque los interrogantes se mantienen, y cada vez son más insistentes, es probable que Heinrich Schliemann, gracias a sus asombrosos éxitos, siga siendo el arqueólogo más emblemático de todos los tiempos (Traill, 1995, p. 306).

«La prehistoria de Grecia», he dicho hace tan sólo unas líneas. ¿Prehistoria? Así la define el DRAE: «Periodo de la vida de la humanidad anterior a todo documento escrito y que sólo se conoce por determinados vestigios, como las construcciones, los instrumentos, los huesos humanos o de animales, etc.» (la cursiva es mía).

Cuando Schliemann excavó en Micenas y Tirinto, estaba indagando en la Grecia prehistórica, anterior a la escritura. En épocas así, sólo la arqueología sirve para conocer el pasado. Pero el panorama cambió radicalmente en los años cincuenta.

EL LINEAL B

En el capítulo precedente hablamos de las escrituras cretenses y de los intentos, tentativos hasta ahora, de descifrar el lineal A. En 1900, en el palacio de Cnosos, y décadas después en otros emplazamientos de Grecia, como Micenas, Tirinto y, sobre todo, en Tebas y Pilos, aparecieron millares de tablillas de barro grabadas con unos signos que se parecían a los del lineal A, aunque eran posteriores y se diferenciaban en algunos rasgos.

Diversas pistas hacen pensar que eran inventarios anuales que se guardaban en grandes cestos de esparto sobre estanterías de madera, y que, cumplido el año, se borraban para escribir en ellas de nuevo. Pero, aunque esas tablillas no estaban destinadas a permanecer, los incendios que destruyeron los palacios las cocieron de

forma accidental, de modo que sobrevivieron hasta nuestros días.

Cuando Evans, con una lentitud que desesperaba a los expertos, empezó a publicar los textos, un ejército de descifradores se abalanzó sobre ellas. El premio: una gloria comparable a la de Champollion, el francés que había desentrañado el secreto de los jeroglíficos egipcios.

Los intentos fueron variopintos. Algunos estudiosos relacionaron el lineal B con el vasco, idioma al que suele recurrirse en estos casos: se trata de una de las pocas lenguas no indoeuropeas que hay en Europa, y se pensaba que el idioma que se hablaba en Creta tampoco era indoeuropeo. Otros lo compararon con el hitita o con las lenguas semitas. Por desgracia, los resultados solían ofrecer textos absurdos, como éste para el disco de Festos: «[...] el perro vaciando con las patas los pichelos de agua, subiendo por el sendero redondo, resecaando los pellejos de vino» (Chadwick, 1973, p. 44). Más o menos como las traducciones «creativas» con que a veces nos regalan los alumnos de griego y latín. Mi ejemplo favorito es uno que apareció en la celebérrima Antología del disparate:

Ave Caesar, morituri te salutant.

«Las aves de César murieron por falta de salud».

Hay que reconocer que esta traducción tenía más lógica que la del disco de Festos: la falta de salud puede resultar muy peligrosa, incluso para las aves de César. Pero, como insisto a mis alumnos, con independencia de lo que opinen sobre la inteligencia -o la falta de ella- de su profesor de griego, los antiguos no solían ser tan estúpidos como para escribir galimatías sin sentido.

El caso es que pasaban los años y el lineal B se resistía al desciframiento. En 1936, en Londres, un muchacho inglés de catorce años llamado Michael Ventris escuchó una conferencia de sir Arthur Evans sobre las excavaciones en Creta y las misteriosas tablillas de barro. Al parecer, Ventris quedó tan fascinado por ellas que decidió que algún día las descifraría -nos fiaremos de sus recuerdos: todo indica que era más sincero que Schliemann. Curiosamente, y pese a que también poseía un gran talento para los idiomas, se decantó por las ciencias y no por las letras, y estudió arquitectura.

Aunando su pasión por la Antigüedad, su conocimiento de los idiomas, incluido el griego clásico, y su dominio de las disciplinas matemáticas, Ventris se enfrentó con aquel desafío que se había resistido a expertos académicamente más

capacitados.

Ventris tenía ante sí 87 símbolos. Eran demasiados para que cada uno representara un fonema distinto, de modo que no podía ser un alfabeto. El griego, por ejemplo, tiene 24 letras. Otros alfabetos andan alrededor de ese número. Por otra parte, 87 signos eran muy pocos para tratarse de una escritura de pictogramas o ideogramas, como ocurre con el cuneiforme, el jeroglífico o, por buscar un ejemplo de nuestros días, el chino. Estos sistemas requieren miles de signos. (Como me comentó un buen amigo, profesor de historia antigua, para defenderse con los jeroglíficos egipcios basta con conocer tan sólo unos 700 signos. Se supone que lo decía por animarme).

Ahora bien, ¿cuál es la unidad que media entre la palabra y el fonema? La sílaba. Hay más sílabas posibles que fonemas, y menos que palabras. De ello se deducía que el lineal B debía ser un silabario; deducción a la que ya habían llegado otros antes que él, entre otras cosas porque ya se conocía una escritura silábica de la isla de Chipre.

Ventris empezó a trabajar a principios de los cincuenta, ayudado por su facilidad para el dibujo, propia de un arquitecto, su buena memoria visual y sus conocimientos de estadística y combinatoria. Gracias a eso y a robarle horas al sueño -seguía ganándose el porridge como arquitecto- construyó laboriosamente un casillero de signos al que fue atribuyendo valores silábicos. Conforme los iba aplicando, empezaron a aparecer cada vez más palabras que se parecían sospechosamente al idioma que menos cabía esperar.

Griego.

¿Cómo? ¿Griegos escribiendo tablillas de barro en el palacio de Cnosos? En la época de Ventris, aquello parecía una herejía. ¿Acaso el gran palacio que inspiró la leyenda del Laberinto, el principal centro de la cultura minoica y de la poderosa talasocracia cretense había caído en poder de los atrasados griegos de la época?

Cuando Ventris anunció su descubrimiento, el filólogo clásico John Chadwick lo escuchó, se interesó por la teoría y se puso en contacto con Ventris para colaborar con él. Es precisamente a Chadwick a quien debemos el relato de cómo se produjo el desciframiento, gracias a su apasionante libro *El enigma micénico*.

En 1953 se produjo una confirmación independiente, gracias a una tablilla

con la que Ventris no había podido trabajar. Aplicando los valores propuestos por el arquitecto inglés, el arqueólogo Blegen leyó las sílabas en la primera línea de la tablilla, junto al dibujo inconfundible de un trípode. Antes de sacar conclusiones sobre las similitudes entre el lineal B y el castellano, añadiré que la palabra española trípode procede del griego, cuyo plural trípodes es exactamente igual al nuestro.

Gracias a la confirmación de Blegen, poco a poco los expertos fueron aceptando que Ventris había dado en el clavo. Hoy los que se oponen a considerar el lineal B como griego son sólo algunos recalcitrantes un tanto excéntricos.

Ventris no pudo disfrutar demasiado tiempo de su éxito, pues en 1956 se mató en un accidente de coche. Pero Chadwick primero y muchos otros lingüistas después continuaron su obra. Hoy la Micenología es una especialidad dentro de la Filología Griega, y hay innumerables libros y revistas dedicados a ella.

El sistema del lineal B, todo hay que decirlo, resultaba un tanto torpe. El signo ka, por ejemplo, se utilizaba tanto para la sílaba «ka» como para «ga» y «kha». Ra puede representar «ra» o «la». Para colmo, las consonantes finales de sílaba no se anotaban, de tal modo que podríamos encontrarnos con que ese signo significa «kal», «kan», «gas», etc. Mi propio nombre, por ejemplo, se transcribiría así:

SPECIAL_IMAGE-page0066

La transcripción literal de las tablillas ofrece resultados que a los que estudiábamos Micénico en Filología Clásica nos resultaban divertidos. Por ejemplo, en una famosa tablilla se lee wa-na-ka-te-ro te-me-no y luego rawa-ke-si-yo te-me-no. Pronúnciese con cierto énfasis gutural y aporreando el suelo con los pies, y uno ya está listo para lanzarse a un combate de sumo. Pero la cosa cambia al rellenar los huecos que deja este sistema de notación silábica: wanákeron témenos y lawagésion témenos. Respectivamente, «el terreno del rey» y «el terreno del general» (o «conductor del pueblo en armas», literalmente).

Ya sabemos, pues, que las tablillas encontradas en Cnosos, Pilos, Tebas y otros lugares estaban redactadas en griego. De repente, la prehistoria se convierte en historia, y el griego en un idioma que posee cerca de 3.500 años de tradición escrita, algo de lo que pocas lenguas pueden alardear. ¿Qué apasionantes secretos nos desvelan las tablillas del lineal B?

Por desgracia, no demasiados. En primer lugar, son tan sólo unas cinco mil,

una cifra muy reducida comparada con los centenares de miles de tablillas cuneiformes de Mesopotamia. Pero lo peor es el contenido. No hay escenas cotidianas, como la del padre sumerio que regaña a su hijo por estar todo el día con sus amigotes -Los jóvenes de hoy día, podría titularse-, ni epopeyas como la del héroe Gilgamesh en su búsqueda de la inmortalidad. No encontramos crónicas de reyes con nombre propio que nos informen sobre sus dinastías, o que al menos fanfarroneen sobre sus grandes victorias al estilo de un Ramsés o un Darío. Ni poemas ni canciones, ni siquiera rituales mágicos como el ensalmo sumerio contra el gusano de la caries. Tan sólo son documentos de contabilidad en los que se enumeran listas de personas según su ocupación, sus posesiones y los bienes que reciben o que aportan. Tantos kilos de trigo para el rey, tantos litros de aceite para la sacerdotisa, tantas vasijas de tres asas, tantos ejes para los carros, ¡una lectura interesantísima para la sala de espera del dentista!

Después del gran esfuerzo que se hizo para descifrar el lineal B, el resultado puede parecer decepcionante. Pero, combinando las tablillas con los hallazgos arqueológicos y estableciendo comparaciones con los documentos de las principales potencias de la época -a saber, Egipto y el imperio hitita- y los mismos poemas de Homero que sirvieron de inspiración a Schliemann, los estudiosos de la Grecia micénica han podido extraer muchas conclusiones. Ahora nos olvidaremos por fin de nuestros (casi) contemporáneos y trataremos de conocer mejor a estos primeros griegos.

LA LLEGADA DE LOS GRIEGOS

Es hora de contar quiénes eran, o quiénes se cree que eran, los constructores de las fortalezas ciclópeas de Micenas, Tirinto, Orcómeno y otras ciudades; y si es posible que fueran ellos quienes atacaron Troya.

Desgraciadamente, no podemos ofrecer un relato ordenado, pues las tablillas no nos ofrecen narrativa, sólo papeleo burocrático. Todo son deducciones a partir de los restos materiales y de los documentos en lineal B, y no hay prácticamente nada que no se halle sometido a crítica y polémica. ¿Les suena del capítulo anterior?

La primera duda sobre los griegos es cuándo llegaron a la Grecia continental. El abanico de fechas y explicaciones es amplio. Según muchos autores, los primeros hablantes de griego entraron en la península hacia el año 1900. Se basan, entre otras pruebas, en la introducción de un nuevo tipo de vasijas grises con cierto aspecto metálico, la llamada cerámica miniana.

Para otros, los griegos llegaron varios siglos más tarde. Entre ellos está el historiador Robert Drews, que propone una compleja teoría sobre la relación entre las sociedades antiguas y la introducción de nuevas tácticas militares (Drews, 1989). Drews cree que, en torno a 1600, comunidades de hablantes de lenguas indoeuropeas empezaron a abandonar sus tierras nativas, probablemente en el este de la actual Turquía. Pero no se trataba de las clásicas invasiones, migraciones completas de pueblos, sino de élites guerreras que se movían en campañas planificadas. Con su superioridad en armamento, se apoderaban de otras sociedades más vulnerables, a las que podían explotar. Es lo mismo que habrían hecho, por ejemplo, los hicsos en Egipto o los arios en el noroeste de la India; en cierto modo, una situación parecida a la de los visigodos que se apoderaron de la Hispania romana.

Para los invasores, la clave era el carro de guerra, la gran innovación táctica de la época, que siguió siendo el arma decisiva hasta el final de la Edad de Bronce. Al entrar en Grecia estos primeros hablantes de griego no transformaron étnicamente el país, sino que se superpusieron como pequeña minoría dominante sobre una población preexistente. Los estudios antropométricos revelan que los hombres enterrados en las tumbas de pozo del interior de Micenas eran unos 6 centímetros más altos que los sepultados fuera, en tumbas menos ricas. Para Drews, eso se debería a una diferencia étnica (en realidad, no es necesario: podríamos pensar en diferencias sociales, ya que el crecimiento y la alimentación están claramente relacionados).

Es posible que en arqueología se haya abusado de la teoría de las invasiones. Cualquier cambio en la forma de tornear o pintar las vasijas, o de enterrar o incinerar a los muertos, se atribuye a la invasión de un pueblo diferente. Es como pensar que la misma gente no puede cambiar de costumbres a menos que llegue alguien de fuera a imponérselas a sangre y fuego. Imaginemos a unos arqueólogos del futuro examinando nuestros restos: «Mira, esta gente cambió del vídeo VHS al disco DVD. ¡Está claro que alguien los invadió!».

Por eso, otros arqueólogos, siguiendo las teorías de Gordon Childe, prefieren recurrir a la teoría de los cambios culturales por difusión. Quizá el más conocido de ellos sea el prestigioso arqueólogo inglés Colin Renfrew. En su opinión, el griego se desarrolló en la propia Grecia como evolución de una especie de «protogriego» descendiente de la familia indoeuropea. Estos hablantes llevarían en la península balcánica desde antes de 6000 a.C., cuando se produjo la difusión de la revolución neolítica (Renfrew, 1990).

El problema es que, si hacemos caso a Renfrew -cuya especialidad, recuerdo, es la arqueología-, el origen del indoeuropeo se retrotrae muchísimo en el tiempo.⁹ Esto lo han criticado con dureza lingüistas como los españoles Adrados y Villar. Uno de los argumentos en contra de Renfrew es que, si las lenguas indoeuropeas se hubieran desgajado tan pronto de su tronco común, antes del año 6000 las diferencias entre ellas serían mucho mayores, tanto que los lingüistas nunca habrían reparado en las semejanzas que existen entre griego, latín y antiguo indio, y por tanto no habrían podido desarrollar la teoría del indoeuropeo.

Personalmente, me resulta difícil creer la teoría de Renfrew. Quizá por ser filólogo, me convence más la hipótesis de Francisco Villar (Villar, 1996). Al igual que otros autores, sostiene que los primeros griegos entraron en la zona que conocemos como Grecia entre 1900 y 1600: la lingüística no permite precisar más las fechas. Pero, a diferencia de otros autores, propone como lugar de procedencia el Epiro, una región situada al noroeste de Grecia y cuyo antiguo territorio se reparte ahora entre Grecia y Albania. La principal razón que aduce Villar es la toponimia, una disciplina bastante árida, pero que ofrece resultados muy interesantes a falta de otros documentos o pruebas: los nombres de lugar se mantienen mucho tiempo, incluso cuando la lengua en que se crearon ya ha desaparecido.

Curiosamente, los topónimos del Epiro, una comarca que los griegos de época histórica consideraban como bárbara, son helénicos. Y, al contrario, muchos lugares de la Grecia clásica mantenían nombres antiguos: aquellos que terminan en -ssos, -ttos o -nthos (Parnassós, «Parnaso»; Hymettós, «Himeto»; Kórynthos, «Corinto») son anteriores a la llegada de los griegos, una especie de restos arqueológicos de la lengua o lenguas que hablaban los primitivos moradores de Grecia.

Como digo, la teoría de Villar me parece convincente. Ahora bien, no siendo ni de lejos un experto en estos campos, no me atrevo a precisar más el momento concreto de la llegada de los griegos, si se trató de una migración en masa o varias, o fue la invasión de una élite guerrera.

LOS REINOS MICÉNICOS Y UN ATISBO DE SU HISTORIA

Tras los descubrimientos de Schliemann, durante un tiempo se creyó que Micenas era la capital de un poderoso reino que dominó prácticamente toda la Grecia continental. Ahora, gracias sobre todo a las tablillas, se sabe que el mundo micénico se componía de reinos independientes, cada uno centrado en una fortaleza y rodeado por un área de influencia más o menos extensa.

El nombre «micénicos» es tan engañoso como el de «minoicos». Ha triunfado en parte por las excavaciones de Schliemann en Micenas y en parte por el papel preponderante que se cree desempeñó Micenas entre los demás reinos: así lo refleja el hecho de que su rey Agamenón sea el líder supremo en la expedición contra Troya. Pero es seguro que ellos nunca se llamaron así.

Los nombres con que Homero designa a los griegos que atacan Troya son tres: argivos, dánaos y, el más frecuente, aqueos. Argivos sería una denominación extendida a partir del nombre de la importante ciudad de Argos, situada cerca de Micenas. Los aqueos parecen corresponderse con el pueblo de los Ahhiyawa, que aparecen en numerosos documentos hititas. Si los lectores encuentran poca semejanza entre ambos términos -«Sí, los dos empiezan por "a", ¿y qué?»-, hay que tener en cuenta que la pronunciación más probable del gentilicio griego hacia el año 1400 sería Akhaiwói, mientras que el término hitita sonaría parecido a Akhiyawa. Los filólogos consideramos eso un parecido más que razonable. Pensemos que los griegos, al escuchar el nombre persa Darayavahus, lo pasaban a Dareios, y nosotros a Darío. Los préstamos de nombres entre lenguas dan resultados curiosos.

Para Joachim Latacz, experto en Homero y en la guerra de Troya (Latacz, 2003), los aqueos eran un pueblo que controlaba la parte este de Grecia, incluidas Beocia, Tesalia y la gran isla de Eubea, así como las islas del Egeo cercanas a la costa de Turquía. El centro de esta unidad política era la ciudad de Tebas, bien conocida por el mito de Edipo, el infortunado héroe que sin saberlo mató a su padre y se casó con su madre.

A principios de los noventa se encontraron en Tebas más de doscientas nuevas tablillas de lineal B. Según sus editores, éstas revelan que en el siglo xiii Tebas habría sido el más poderoso de los estados griegos, mucho más extenso que Micenas, Tirinto y Pilos, y con más influencia política, como revela el hecho de las constantes menciones a los Ahhiyawa en los documentos hititas.

En cuanto a los dánaos, también tienen su correlato en fuentes extranjeras: en una inscripción egipcia de la época de Amenofis III aparece el país de Danaya. Y dentro de ese país se encuentran nombres de ciudades como Mukana, que se corresponde claramente con Mukcnai, forma griega más antigua de Micenas.

Para Latacz, los dánaos serían un linaje noble que se adueñó del Peloponeso, aquellos a los que llamamos micénicos con más propiedad. Por cierto, esto suena similar a la hipótesis de la élite guerrera de Drews.

De modo que tendríamos a los aqueos en Tebas, Eubea y Tesalia, y a los dánaos en el Peloponeso, alrededor de Micenas. Siglos más tarde, Homero utilizó como sinónimos estos dos nombres y también el de argivos, eligiendo entre los tres el que mejor le cuadraba para componer cada verso.

Cabe hacerse aquí una pregunta. ¿Cuándo empezaron los griegos a llamarse griegos? La respuesta es: nunca. Cuando siglos más tarde, sobre todo a raíz de las Guerras Médicas, tomaron conciencia de pueblo, se llamaron a sí mismos «helenos», y «Hélade» a su país. Denominaciones que mantienen todavía hoy. El nombre de griegos se lo dieron los romanos por un primer contacto con una tribu determinada, los graikoi, graeci en latín, griegos en castellano. En una metonimia parecida -nombrar al todo por la parte-, en muchos lugares de Hispanoamérica se nos conoce a los españoles como «gallegos».

En la cronología de la Grecia micénica no hay hitos claros, como batallas o muertes de personajes importantes. Para establecer fases y periodos, los historiadores y arqueólogos se basan en estilos cerámicos, formas de enterramiento y otros cambios en los restos materiales. Básicamente, desde 1600 hasta 1500 se extiende el periodo de las llamadas tumbas de pozo: las mismas que excavó Schliemann, con las máscaras de oro de las que ya hemos hablado. Entre 1500 y 1400 los micénicos empezaron a expandirse por el Egeo, y lo cruzaron para instalarse en lugares de Asia como Mileto. De esta época datan los primeros thóloi, las tumbas en forma de cúpula. Hacia el año 1400, los griegos ocuparon el gran palacio de Cnosos. Al hacerlo, imitaron los modos de gobierno de los cretenses a los que habían conquistado. En particular, tomaron de ellos la burocracia palaciega con archivos exhaustivos y registrados en una forma de escritura adaptada de la cretense, el lineal B del que ya hemos hablado.

Entre 1400 y 1200 la cultura micénica llegó a su esplendor. Los palacios crecieron aún más y se rodearon de las grandes fortificaciones que todavía nos asombran. Fue entonces cuando se construyeron los thóloi de mayor tamaño, como el denominado Tesoro de Atreo.

En este momento de auge, los micénicos comerciaban con todo el Egeo, y más allá. Para los griegos siempre ha sido más cómodo y barato transportar sus mercancías por mar que por tierra. Aunque los micénicos disponían de buenas redes de caminos, las montañas de Grecia segmentan el país en regiones apartadas que hacen difícil acceder de unas a otras. Era más fácil lanzarse al mar, y además bastante seguro: se podía cruzar desde Grecia hasta Anatolia saltando de isla en isla sin perder de vista la tierra firme en ningún momento. Los barcos micénicos, como

los de la Época Clásica, tenían poco calado, de modo que podían vararse en la playa para pasar la noche. En ese sentido, es muy gráfica una escena panorámica de la película Troya en la que se ve a los aqueos halando de sogas atadas a sus naves para subirlas a la arena.

EL MEDIO FÍSICO GRIEGO

Gracias al estudio de los autores clásicos, se cree que el clima y la vegetación de la Grecia antigua, tanto la micénica como luego la clásica, eran bastante parecidos al de ahora. En general, el clima es el típico mediterráneo, con veranos secos y muy calurosos -es mejor no ir a ver el Partenón a mediodía en agosto, porque las máximas se acercan a los 40 grados-, e inviernos lluviosos de octubre a marzo, con temperaturas que no suelen bajar de 4 grados. La zona este y las islas son más secas, mientras que en el noroeste las precipitaciones son mucho más abundantes. De todos modos, Grecia tiende a sufrir más sequías que exceso de lluvias, como España.

En las llanuras se cultivaba trigo y cebada, aunque de vez en cuando las cosechas se perdían en algunos lugares por falta de precipitaciones. Los griegos también se dedicaban a la vid y al olivo, menos exigentes con la humedad. Para complementar su dieta, recurrían a miel, legumbres, frutos secos y queso de cabra y oveja (este último era algo más que un complemento, pues podía conservarse durante bastante tiempo y proporcionaba tantas calorías como los cereales y más proteínas). La carne solía reservarse para los sacrificios de los días de fiesta. El pescado era uno de los manjares más apreciados, aunque no abundaba tanto como podría suponerse en un país de tantas costas: en Atenas, por ejemplo, se convirtió casi en un producto de lujo (Davidson, 1998).

Las montañas, más húmedas, frías y boscosas que las llanuras, determinan el paisaje griego en muchos sentidos. Una serie de cadenas montañosas atraviesan el país de noroeste a sureste, creando valles entre ellas y, sobre todo, dividiendo Grecia. Eso explica en parte por qué el país no llegó a unirse políticamente, a no ser que fuese bajo potencias extranjeras. Las comunicaciones por tierra eran difíciles, de modo que los griegos no tardaron en dedicarse a la navegación. Además, no hay ningún punto del país que diste más de 80 kilómetros del mar. En las montañas había pinos y abetos, árboles de madera ligera útiles para construir barcos. La variedad preferida para los trirremes de guerra era el abeto blanco, *Abies alba*, que crecía en las tierras altas de Macedonia.

Las montañas proporcionaban caliza para construir y diversas variedades de mármol. Había minas de plata, plomo y hierro, y en el norte se explotaban yacimientos de oro. El cobre, en cambio, había que buscarlo en la isla de Chipre.

Las placas tectónicas de África y Eurasia entran en contacto al sur de Grecia. Eso explica la alta actividad sísmica, y también la volcánica, que ha formado el arco de islas conocidas como las Cícladas que unen Grecia y Turquía.

Los micénicos también se arriesgaban en travesías más largas, cruzando el mar de Creta que, como comprobé personalmente durante la cena de gala de un crucero -no llegué al segundo plato-, puede ponerse bastante movido. Se han encontrado cerámicas griegas en Egipto y también en Siria, e incluso al oeste, en Sicilia y el sur de Italia, lugares adonde siglos más tarde se dirigiría la gran colonización.

¿Qué mercancías intercambiaban los micénicos? Hay pruebas sorprendentes: dos barcos naufragados en las costas del sur de Turquía cuyos pecios se han fechado en la época micénica. Ahora los restos de ambos se exponen en el Museo de Arqueología Submarina, en Butrum, la antigua Halicarnaso.

Del primero de ellos, hundido junto al cabo Gelidonia, se calcula que medía unos 10 metros de eslora. Digo «se calcula» porque a la nave le pasó lo mismo que al supuesto cofre de Schliemann: la madera se pudrió, pero la distribución de la carga en el suelo da idea de la forma que tenía el barco. En cualquier caso, por muy tranquilo que parezca el Mediterráneo comparado con el Cantábrico, hacía falta tener valor para arriesgarse a afrontar sus olas dentro de un cascarón así. Este pequeño barco transportaba lingotes de cobre de unos 20 kilos cada uno, y también de bronce ya aleado. La forma de estos lingotes es la típica de la época, conocida como «piel de toro»: un rectángulo extendido con un saliente en cada ángulo para manejarlo mejor.

La segunda nave, hundida junto a un lugar llamado Uluburun, tenía unos 15 metros de eslora, y se ha conservado algo de su casco, construido en madera de cedro. Cargaba unas 10 toneladas de cobre y también algunos lingotes de estaño. Como es bien sabido, al fundir estaño con cobre en una proporción aproximada de 1 a 9 se obtiene bronce, un metal mucho más duro que cualquiera de ambos por separado. La principal fuente de cobre era Chipre, y el estaño se obtenía de rutas comerciales más lejanas: por oriente venía de Afganistán, y por occidente de España, Gran Bretaña, Bohemia y Sajonia (Aitchison, 1960).

Entre los restos del barco hay mercancías más exóticas: ámbar del Báltico, colmillos de elefante y de hipopótamo, cáscaras de huevos de avestruz para hacer cuentas, madera de ébano -africano, no el auténtico de la India-, lingotes de vidrio fundido con cobalto o cobre para darles un tinte azul o turquesa. También productos ya manufacturados: copas de oro, joyas de oro y plata, herramientas de bronce y un escarabeo con el nombre de la célebre Nefertiti, la esposa del faraón hereje Akenatón. Entre las armas, bien fueran para comerciar o para defenderse, se encuentra una magnífica espada micénica de bronce.

Estos dos pecios son una ventana que nos permite asomarnos a una época refinada y compleja cuyo esplendor no volvería a igualarse durante varios siglos. Los grandes reinos del final de la Edad del Bronce, Egipto y el imperio hitita, rivalizaban entre sí por controlar la zona conocida como Levante (hoy día Israel, Siria y Líbano). A veces combatían, como en la batalla de Kadesh, que enfrentó al gran faraón Ramsés II contra el rey Muwatali II y en la que participaron casi 6.000 carros de combate. Más a menudo tenían contactos diplomáticos, y gracias a la correspondencia entre ambos nos ha llegado el nombre de los Ahhiyawa. Pues los aqueos comerciaban con las dos potencias, y sabemos que en esta época de su auge llegaron a competir con los hititas por el control de la costa occidental de Turquía.

Prácticamente al final de esta época, como parte de la expansión micénica, se libró la guerra de Troya..., si es que en verdad sucedió. Hablaremos de ello más adelante. Pero en torno al año 1200, este mundo espléndido y complejo llegó de súbito a su fin. Se trata de uno de los mayores misterios de la historia, que Robert Drews, autor al que ya hemos mencionado, denomina simplemente como «La Catástrofe» (Drews, 1993). Las principales ciudades micénicas sufrieron una oleada de incendios y devastación, y ya no levantaron cabeza. Pero no fueron nuestros primeros griegos los únicos en padecer tribulaciones. El poderoso imperio hitita se hundió en un olvido del que no resucitaría hasta el siglo xx, muchas ciudades del próspero Levante fueron destruidas e incluso Egipto recibió el ataque de los misteriosos «pueblos del mar». Se abrió una época a la que los historiadores, por analogía con el principio del Medievo, han denominado Edad Oscura. De este apasionante enigma hablaremos en el capítulo siguiente.

LA SOCIEDAD MICÉNICA

¿Cómo eran físicamente los primeros griegos? Los esqueletos hallados en las tumbas de Micenas y otros emplazamientos revelan que los hombres tenían una estatura media de 1,67 metros, y las mujeres de 1,55. No es como para jugar al baloncesto, pero considerando que se han encontrado esqueletos de casi 1,80, dista

mucho de la idea tan extendida de que los hombres de la Antigüedad eran unos enanos comparados con los de nuestros tiempos. Por otra parte, como ya he comentado antes, la estatura del pueblo llano era unos seis centímetros inferior.

La edad media de los varones enterrados parece ser de treinta y cinco años, y la de las mujeres de poco más de treinta. Eso no quiere decir que envejecieran tan pronto, como también se suele suponer equivocadamente de los hombres de la Antigüedad. Refiriéndome ahora a los griegos clásicos, de los que sabemos mucho más y cuya calidad de vida no debía ser sustancialmente distinta de la de los micénicos, ¿cómo es posible que pensarán que la akmé o plenitud de un hombre estaba en torno a los cuarenta años? A los treinta un varón alcanzaba la madurez necesaria para participar activamente en la política de la ciudad, y parecía ser una edad apropiada para casarse. Todo eso se compagina mal con la imagen de treintañeros sin dientes, envejecidos y encorvados que he escuchado en más de una discusión.

La clave está en que hablamos de medias estadísticas, y también de riesgos. La mortalidad infantil sin duda era muy alta, así como la que se producía entre las mujeres al dar a luz o en el puerperio. Por otra parte, hombres y mujeres perfectamente sanos podían sucumbir de repente ante cualquier enfermedad o infección que hoy se solucionaría con antibióticos o una breve visita al quirófano. Entre las afecciones que se encuentran en los esqueletos, aparte de problemas dentales (por más miedo que les tengamos a los dentistas, no quiero pensar cómo debía ser la vida antes de ellos), hay algunas reveladoras, como la artritis que sufrían varios sujetos en el hombro izquierdo. ¿Por sostener un escudo pesado?

Hasta aquí los cuerpos desnudos. La ropa típica era una túnica de mangas cortas y ceñida a la cintura, no muy diferente a la que llevaban sus descendientes en la Época Clásica. Si había que trabajar, puesto que en Grecia suele hacer calor, se quitaban la túnica y se quedaban tan sólo con un taparrabos o un faldellín. Los tejidos eran el hilo y la lana. El algodón aún tardaría en llegar, y de la seda no se sabría nada hasta el siglo v, cuando los griegos entraron en contacto con los persas.

La moda femenina se basaba en la minoica. Se encuentra la típica falda de volantes cretense, y en una figurita de marfil que representa a dos mujeres compartiendo un largo chal de borlas también se aprecia el corpiño ajustado, que se podía abrir en la parte superior para descubrir los pechos, como en Creta. ¿Lo hacían también en los rituales, es una convención pictórica o a las mujeres micénicas les parecía que quedaba fino enseñar los senos imitando a las minoicas?

La producción de ropa y tejidos llegó a un grado de industrialización superior al de épocas posteriores, entre otras razones porque la economía estaba más centralizada y burocratizada en torno a los grandes palacios. En el reino de Pilos, por ejemplo, había hasta 600 mujeres trabajando en el sector textil. En cambio, en la Atenas clásica la confección de ropa era una ocupación más bien casera.

Encima de la ropa podían llevar todo tipo de adornos: cuentas, placas de oro cosidas como las que encontró Schliemann en las tumbas ya hemos visto que quizá encontró demasiadas-, lentejuelas, adornos de oro en los dobladillos, etc. También se ponían pendientes, brazaletes, tiaras y collares, y grandes sellos de oro al estilo minoico.

Este refinamiento nos hace evocar una cultura sofisticada y próspera, con una considerable influencia de Creta. No conocemos exactamente en qué consistía dicha influencia ni hasta qué punto los micénicos y los minoicos se llevaban bien o albergaban desconfianzas mutuas. Es posible que los minoicos, incluso cuando dominaban una Creta ya en decadencia, siguieran considerándola culturalmente superior. Las relaciones ambivalentes entre pueblos no son infrecuentes: sin ir más lejos, pensemos en la extraña relación que tenemos los españoles con los norteamericanos, a los que imitamos en todo a la vez que los odiamos y les achacamos la mayoría de los males del mundo.

Los documentos en lineal B no permiten poner nombres a los gobernantes micénicos; pero tanto la rigurosa burocracia de las tablillas como la arquitectura monumental o las obras públicas nos permiten imaginar una sociedad compleja y con una estructura jerarquizada. Todas las actividades se organizaban en torno a los grandes palacios, que a diferencia de los de Creta disponían de unas defensas imponentes, con muros que los griegos posteriores llamarían «ciclópeos», pues creían que sólo los gigantes cíclopes podían haberlos construido con piedras de tal tamaño. Eso quiere decir que debía existir rivalidad entre los diversos centros palaciales, a los que llamaremos reinos.

A la cabeza de cada reino había un rey o wanax, título que se corresponde con el de áanax andrón" que recibe en la *Ilíada* Agamenón, rey supremo de la expedición contra Troya. La siguiente figura en poder y honores parece ser el lawagetas, literalmente «conductor del pueblo en armas», si nos atenemos de nuevo al lenguaje homérico. Sabemos que tanto el rey como esta especie de lugarteniente poseían extensos terrenos y se beneficiaban de su producción. Poco más se puede añadir sobre ellos.

Los nobles que rodeaban al rey eran conocidos como hequetai, «seguidores», un término que recuerda por su significado al latino convites, «acompañantes», del que proviene el título nobiliario «conde». Serían sus caballeros en la guerra y sus compañeros de cacería y banquetes en la paz.

El damos -en el dialecto jónico de Atenas se convertiría en dámos, de donde procede nuestro término «democracia»- debía de ser el pueblo libre. Se trataría de campesinos que poseían sus propias tierras, aunque a cambio debían rendir cuentas a los escribas de palacio y, sin duda, entregar una parte de su producción. También había esclavos o docroi. Es difícil saber cuál era su estatus exacto: ¿estaban vinculados a la tierra como los ilotas espartanos, o se los podía vender? N.s./n.c.

Ya las llevaran a cabo los miembros del damos, los esclavos o todos juntos, en el mundo micénico había obras públicas que debían emplear a cientos de hombres a la vez. Así lo atestiguan las murallas ciclópeas o las grandiosas tumbas de thólos. El dintel del Tesoro de Atreo, por ejemplo, es un enorme bloque de piedra de 120 toneladas ante el que los visitantes levantan la cabeza y piensan: «¿Cómo demonios habrán subido eso ahí arriba?».

Los caminos eran mejores que los de la Época Clásica. Alrededor de Micenas, por ejemplo, se han encontrado huellas de una red de calzadas que salían de ella en todas direcciones. Tenían hasta cuatro metros de anchura, con cuestas reducidas para que pudieran circular por ellos tanto los carretones tirados por bueyes y cargados de mercancías como los ligeros carros de guerra de los nobles. Una red así implicaría algún tipo de trabajo público y un Estado centralizado que se encargara de mantenerla en condiciones.

Otra obra que demuestra la ambición de los micénicos fue el drenaje del lago Copais, a poca distancia de Tebas, que consiguió ganar para la agricultura y la ganadería 90 kilómetros cuadrados de terreno mediante un sistema de canales de 40 metros de anchura e incluso un túnel de más de 2 kilómetros de longitud que llevaba las aguas drenadas hasta el mar. En la Época Clásica esta región volvió a inundarse; a cambio de las tierras «perdidas», los habitantes del lugar podían consolarse con las anguilas del lago, un manjar muy apreciado también en Atenas.

ARQUITECTURA

Ya hemos mencionado las tumbas de thólos, la manifestación más grandiosa, casi megalómana, de la arquitectura micénica. Al ser el ejemplo más conocido y el de mayores dimensiones, describiremos el denominado Tesoro de Atreo, que pudo

construirse a finales del siglo xiv o durante el siglo xiii."

La tumba estaba construida en la ladera de una colina, no muy lejos de Micenas. Los turistas que se acercan a ella tienen que recorrer antes el drómos, un corredor de 39 metros formado por paredes que se levantan poco a poco a ambos lados como para empuñecer al visitante. Sobre la puerta hay un dintel cuyo peso se calcula en 120 toneladas. Por encima de él se encuentra algo muy característico de la arquitectura micénica. Las hileras de piedras superiores no se apoyan sobre el centro del monolito: están cortadas con bordes oblicuos, de forma que conforme se sube las hiladas se acercan más, hasta juntarse en la décima fila. El hueco que forman así encima del dintel tiene forma triangular, por lo que se denomina «triángulo de descarga»: si todo el peso de esas diez hiladas recayera sobre el centro de la piedra de 120 toneladas, ésta se partiría. El triángulo estaba tapado por una losa decorada, como en la Puerta de los Leones de la ciudadela de Micenas.

Tras cruzar un pasillo, nos encontramos bajo una bóveda de 15 metros de diámetro y casi 14 de altura. Se la suele llamar «falsa», porque una cúpula «de verdad» es un arco al que se hace describir una rotación completa, y como arco que es sus elementos transmiten empujes horizontales. En cambio, en la bóveda del Tesoro de Atreo todas las fuerzas son verticales. ¿Cómo se consigue que no se venga abajo todo el conjunto? Por un sistema de voladizos. Al igual que ocurre en el triángulo de descarga, cada hilada de piedra de la cúpula sobresale un poco sobre la anterior, de modo que se va acercando a la pared de enfrente hasta que convergen arriba. Además, las piedras son más pequeñas conforme nos acercamos al techo y las paredes se hacen más delgadas, mientras que en una cúpula auténtica tienen el mismo grosor en todo momento. Construir un arco o cúpula en voladizo es como colocar un montón de libros al borde de la mesa, cada uno un poco más fuera que el de abajo: la única forma de que la pila no se caiga es que los libros de arriba sean cada vez más pequeños. (Pero al final los libros se caen. Mi mesilla de noche da fe de ello).

Auténtica o no en el sentido arquitectónico, la cúpula sigue impresionando. Imaginémosla cuando la construyeron, con rosetas de bronce adornando las losas de piedra, y llena de tesoros que, por desgracia, cayeron en manos de los saqueadores de tumbas hace mucho tiempo. Sic transit gloria mundi!

En cuanto a los palacios, su arquitectura era mucho más simple que la del Laberinto de Cnosos. El núcleo era el mégaron o salón del trono: una estancia de planta cuadrada, con un gran fuego circular en el centro. En cierto modo, el mégaron recuerda a construcciones más propias del norte, como el Heorot que

aparece en Beowulfo el palacio del rey Théoden en El Señor de los Anillos.

Otra diferencia con Creta es que los palacios estaban rodeados de murallas de hasta seis metros de grosor, construidas con bloques de piedra tan grandes que, como hemos comentado ya antes, los griegos posteriores las llamarían «ciclópeas». El ejemplo más imponente y mejor conservado es la ciudadela de Micenas, y en particular su entrada, la famosa Puerta de los Leones.

LA RELIGIÓN

Como ya he dicho, los griegos creían que buena parte de su religión provenía de Creta, y lo cierto es que las representaciones de las divinidades micénicas recuerdan mucho a la cultura minoica. Según ciertas teorías, es posible que en Grecia los micénicos convivieran con una población anterior que todavía mantendría su lengua y una religión similar a la cretense: la de la Vieja Europa.

Aparte de esas influencias previas, los micénicos ya adoraban a muchos dioses del panteón clásico. Gracias a las tablillas en lineal B, sabemos que rendían culto a Zeus y su esposa Hera, a Poseidón, a Dioniso -fue una sorpresa encontrarlo en las tablillas, porque se creía que su aparición en Grecia era mucho más tardía-, a Hermes, a Ares y a Ártemis. Es posible que ya reconocieran a Apolo en la forma de Paiawon, que luego se convierte en Peán. Hay también un Hefesto, pero da la impresión de ser un nombre de persona, no de divinidad. Deméter no aparece con tal nombre, pero es evidente que tenían diosas equivalentes, encargadas de mantener la fertilidad de los campos, aunque no se llamaran como ella.

Ahora bien, ¿poseían estos dioses los mismos rasgos que en la Época Clásica? ¿El Zeus micénico arrojaba el rayo, su Hermes tenía alitas en los pies? Por desgracia, todo lo que nos cuentan las tablillas es cuántos litros de aceite o kilos de grano había que ofrendar a cada dios. De representaciones andamos escasos, y como no las acompañan nombres escritos no se puede saber más sobre estas protodivindades olímpicas.

Los dioses antiguos necesitaban sacrificios, y de brindárselos se encargaban personas específicas: los términos e representarían el griego hieréus y hiéieia, «sacerdote» y «sacerdotisa» respectivamente. ¿En qué lugares oficiaban los ritos? En la Grecia de mil años después queda muy claro cuándo un edificio es un templo. De hecho, el templo es el elemento más típico de la arquitectura clásica. Pero no ocurre así cuando examinamos restos de construcciones micénicas. Por las ofrendas que se han hallado en algunos lugares, se cree que son centros de culto, y parece

claro que en los grandes palacios también se celebraban sacrificios. Por otra parte, se han encontrado restos micénicos en santuarios que luego serían centrales en la religión clásica, como Olimpia o Delfos, lo que demuestra que ya existían en la Edad de Bronce.

¿Qué se ofrecía a los dioses? Aceite, trigo y miel, amén de vasijas valiosas. Pero también había sacrificios cruentos. Aparte de representaciones artísticas de toros, jabalíes o cabras muertos en honor de las divinidades, se han encontrado en algunos lugares restos de huesos y cenizas animales.

¿Qué hay del sacrificio humano? Ya hemos hablado de él en el capítulo relativo a Creta. En Homero aparece como una necesidad horrible: así ocurre en el caso de Agamenón, que mata a Ifigenia para conseguir vientos propicios. Sobre esta cuestión, las tablillas son ambiguas: aunque nos indican que a veces se ofrendan a los dioses hombres y mujeres, no tiene por qué significar que son víctimas, sino que sus personas se consagran al servicio de la divinidad. La historia de Ifigenia apunta a que, quizá de forma extraordinaria, cuando la comunidad corría un grave peligro, se acudía al sacrificio humano como último recurso. Según Plutarco, lo mismo ocurrió siglos después, justo antes de la batalla de Salamina, cuando los griegos sacrificaron a dos jóvenes persas.

LA GUERRA

En un interesante documental de la serie Civilizaciones perdidas, de Time Life, uno de los especialistas que intervenía comparaba a los micénicos, por contraste con los pacíficos cretenses, con una pandilla de matones belicistas. Ya hemos visto que esa imagen de los minoicos con una ramita de olivo en la boca y cantando Dadle una oportunidad a la paz es un tanto optimista. Pero resulta evidente que a los micénicos les iba la marcha guerrera tanto como nos cuenta Homero: así lo confirman las tablillas, las numerosas armas encontradas y las representaciones artísticas.

Se han encontrado corazas y yelmos, y sabemos que tenían el mismo nombre que en griego posterior: to-ra-ka y ko-ru respectivamente (clásicos thórax y kory). Hablando de cascos, entre los descritos por Romero en la Ilíada hay una rareza, un yelmo fabricado con colmillos de jabalí. Durante mucho tiempo se consideró una invención del poeta, pues en la Época Clásica no existía nada similar. Sin embargo, hoy día el casco de colmillos de jabalí está más que atestiguado: se han encontrado ejemplares, y también hay representaciones en frescos, sellos, figurillas de marfil y cerámica. Es el típico ejemplo que nos recuerda que debemos fiarnos un poco más

de Homero y que existe mucha más continuidad entre las Grecias micénica y arcaica de lo que se creía en un principio.

En las pinturas se ven representaciones de escudos en forma de ocho y también del tipo alargado, que debe de ser el que Homero denomina «de torre». Cubrían del cuello a los pies, y parece que estaban hechos con mimbre tejido sobre una armazón de madera, y forrados de piel, probablemente de vaca -en las imágenes de algunos frescos se ve que eran moteados-. Debían pesar bastante, así que se colgaban con una correa en diagonal del hombro izquierdo, dejando ambas manos libres; aunque a finales del periodo micénico se redujo el tamaño de los escudos y la longitud de la lanza, lo que posibilitaría combatir con más agilidad.

Según Homero, el escudo de Áyax tenía ocho capas de piel y también chapa de bronce. Es posible que aquí se trate de una exageración, como la lanza del mismo personaje, que se supone que medía diez metros: Áyax representa el prototipo del guerrero forzado, y todo lo relativo a él es desmesurado.

Se han encontrado bastantes espadas. Como es de esperar por la época, están forjadas en bronce. Muchas han aparecido rotas por la empuñadura, porque el problema era que si recibían un golpe de plano en la hoja podían quebrarse. Pero eso no significa que no fueran eficaces para asestar estocadas al enemigo. Las primeras espadas llegaban hasta un metro de longitud, pero a finales del periodo micénico se preferían otras más cortas.

Hablando de armas, la auténtica estrella en la Edad de Bronce era el carro de guerra. Por aquel entonces, los caballos eran demasiado pequeños para que una fuerza montada resultara eficaz, pero en tiros de dos podían remolcar un carro. Éste, lógicamente, tenía que ser muy ligero: consistía en una gran cesta, abierta por detrás y unida directamente con una larga lanza al yugo central. El suelo era de correas de cuero entrelazadas. A la vez que aportaba poco peso, este suelo era un primitivo sistema de amortiguación para los ocupantes del carro. Otra de las claves estaba en las ruedas: si las más primitivas eran discos de madera maciza, las de los carros de guerra ya tenían radios, con lo que se reducía mucho el peso.

Hay abundantes pruebas de la importancia del carro en el mundo micénico. En las tablillas de Pilos se habla de pares de ruedas en gran número y en Cnosos hay inventarios en los que aparecen carros sin ruedas, bastidores y también vehículos completos. En las tumbas de foso de Micenas, Schliemann desenterró varias estelas funerarias. Quien elige un epitafio para su propia tumba pretende resumir lo que cree más importante de su vida. ¿Qué grababan los nobles micénicos

en estas estelas? En cinco de las seis mejor conservadas aparecen escenas de cacería... sobre carros de combate. La pasión que sentían por esos vehículos parece superar incluso la de algunos ricos de hoy por sus Rolls Royces o sus yates.

Se suele alegar que el carro de guerra era un arma inadecuada para un lugar como Grecia, con un relieve tan accidentado,¹⁴ pero no sería la última vez que los griegos desarrollaran una táctica poco propicia a las características de su suelo: la falange de hoplitas también requería un terreno llano.

Por otra parte, ya hemos visto que se han encontrado muchos restos de una extensa red de caminos en el mundo micénico. Es lógico pensar que si los gobernantes aqueos estaban más preocupados de construir calzadas que sus descendientes de la Época Clásica, es porque las necesitaban para el transporte de vehículos con ruedas.

Las tablillas asignan dos corazas a cada carro, lo que implicaba utilizar una para el auriga y otra para el guerrero que arrojaba la lanza o disparaba el arco. Esto explicaría el hallazgo de una espectacular armadura de cuerpo completo en Dendra. Alguien ataviado con ella apenas habría podido caminar, ni prácticamente doblarse por la cintura. Pero brindaba protección suficiente como para no necesitar escudo y poder manejar una larga lanza con ambas manos. Imaginemos el efecto psicológico sobre un enemigo a pie que viera embestir contra él a dos caballos tirando de un carro, y sobre éste a una especie de criatura invulnerable de bronce armada con una pica.

El papel que desempeña el carro en la *Iliada* es curioso. En general, los héroes lo utilizan como una especie de taxi para ir del campamento griego al campo de batalla, como hace Aquiles-Brad Pitt en la película (por lo menos no contaminaba). Una vez llegados allí, desmontan y se lían a mamporros a pie. Los estudiosos suelen interpretar esto como que Homero había oído campanas y no sabía dónde: le había llegado la tradición del carro de guerra, pero como en su época, hacia el año 700 a.C., ya no se utilizaba, el poeta redujo su papel al de mero transporte.

Sin embargo, en una escena de la *Iliada* los aqueos Diomedes y Néstor luchan contra los troyanos Héctor y Eniopeo montados en carro, y Diomedes lanza desde su vehículo una jabalina que mata al auriga Eniopeo (*Iliada* 8, 115 y ss.). También hay otro pasaje en el que los griegos cavan zanjas y levantan empalizadas alrededor de su campamento (*Iliada* 7, 440 y ss.). Aunque no se explique la razón, resulta tentador pensar que lo hacen para impedir el avance de vehículos rodados.

Fuese cual fuese su papel en el combate, el carro de guerra era un objeto de estatus, como ahora puedan serlo el coche o el yate. Lo mismo sucedía con el resto de las armas, y por eso los nobles se hacían enterrar con ellas. En la *Iliada*, los guerreros se lanzan a arrebatarse la armadura del héroe caído, y cuando se quieren honrar unos a otros intercambian sus armas, como hacen en pleno campo de batalla el griego Diomedes y el troyano Glaucón. El casco de colmillos de jabalí debía de ser una de las armas más valiosas, pues para fabricar uno solo había que matar varias decenas de ejemplares.

Una ocupación relacionada con la guerra era la caza, tanto por el armamento utilizado como porque daba ocasión para mejorar el estatus o presumir de él. Las numerosas representaciones artísticas que han llegado, incluyendo las estelas funerarias, demuestran que era una pasión de los nobles micénicos. Muchos mitos hablan de cacerías colectivas, como la del jabalí de Caudón. Uno de los trabajos de Heracles consistió en capturar al gigantesco jabalí de Erimanto, y también fue un verraco salvaje el que clavó sus colmillos en la pantorrilla de Ulises y le dejó una cicatriz para toda la vida.

En aquella época en que la ocupación humana era relativamente reciente y no estaba tan extendida, había muchas especies animales a disposición de los cazadores: los citados jabalíes, liebres, conejos, ciervos de diversas especies, íbices, zorros, tejones, osos, castores, linceos, nutrias... En muchas escenas de cacería aparece la que debía de ser la pieza más codiciada: el león. ¿Leones en Grecia? Parece que sí. Se han encontrado huesos de este animal en yacimientos micénicos. Siglos más tarde, en Época Clásica, todavía quedaban leones en las montañas de Macedonia. No hace falta añadir quién es el competidor por el nicho ecológico que ha acabado arrinconando al león a las sabanas de África.

LA GUERRA MÁS FAMOSA DE LOS MICÉNICOS: TROYA

Schliemann estaba convencido de que la guerra que cantó Homero era una realidad histórica, y también de que había encontrado la ciudad de Troya. Veamos cuál es hoy el estado de la cuestión, tratando de responder a los interrogantes principales: ¿Cómo saber si la ciudad de Hissarlik es la Troya que cantó Homero? ¿Es posible que una población tan pequeña justificara una guerra tan importante, cuyo recuerdo ha perdurado miles de años? ¿Hay algo de histórico en las tradiciones que cuenta Homero, o son todas invenciones de la época en que se compusieron los poemas? ¿Cuál fue el verdadero motivo de la guerra de Troya?

En cuanto a la primera cuestión, es cierto que no encontramos carteles en la

ciudad anunciando «Bienvenidos a Troya». Sin embargo, ciertos indicios sugieren cuál podía ser su nombre.

Hissarlik está situada en el noroeste de Turquía, una zona que no pertenecía propiamente al poderoso imperio hitita, pero sí a su zona de influencia. Los hititas nos han dejado abundantes documentos. Entre ellos hay un tratado entre el rey hitita Muwatali II y un tal Alaksandu de Wilusa. Alaksandu recuerda bastante a Aléxandros, forma griega de Alejandro y nombre alternativo que recibe el troyano Paris en la tradición. La presencia de un nombre griego en Wilusa no sería tan extraña: es bien conocida la costumbre de las élites gobernantes de contraer pactos matrimoniales con familias nobles de otras ciudades y países. Así, el tal Alaksandu podría ser hijo de un noble troyano y una princesa griega, o viceversa.

Que Wilusa tenga algo que ver con Troya parece más raro, pero también hay una explicación. El otro nombre de la ciudad era Ilión, del que procede el título de la *Iliada*, «las gestas de Ilión». Ciertos indicios métricos indican que la Ilión de Homero era en realidad Wilión o Wilios, antes de que esa «w» inicial desapareciera en la pronunciación. Ambas terminaciones, -ion y -ios, están adaptadas a la morfología del griego, y la de Wilusa a la morfología del hitita.

¿Dónde estaba Wilusa? Para el hititólogo Trevor Bryce, en el noroeste de Anatolia (Bryce, 2001, pp. 279 y 441). La prueba está en la carta escrita por un tal Manapa-Tarhunda, gobernante del llamado País del Río Seha y vasallo de los hititas. En ella habla del reino de Wilusa y deja claro que se halla al norte de su propio país y cerca de la isla de Lazpa, conocida en griego como Lesbos. Eso no deja muchas dudas: el reino de Wilusa-Wilios-Ilión estaba situado en la región conocida en tiempos clásicos como Tróade.

Ahora bien, ¿una ciudadela tan pequeña como la que excavó Schliemann en Hissarlik podía ser la capital de Wilusa? En 25.000 metros cuadrados no cabrían muchas personas. Por mucho que Homero exagerara para embellecer su narración, una guerra contra un ejército de poco más de 100 soldados no justificaba una expedición tan ambiciosa como la que acaudilló Agamenón. ¿Tendremos que buscar otra ciudad más grande en algún sitio cercano para encontrar la capital del reino de Wilusa?

Hay una ciudad más grande, de hecho, y está muy cerca de Hissarlik. Tan cerca que se encuentra al pie de la colina: durante los años noventa, el arqueólogo alemán Manfred Korfinann descubrió que Troya tenía un barrio bajo, y no me refiero con ello a un distrito dedicado a la prostitución y la delincuencia. En

Hissarlik estaba situada la ciudadela donde vivían las élites gobernantes, rodeada por una gruesa muralla. Pero en dirección suroeste, ya colina abajo, se extendía el resto de Troya. Korfinann encontró restos de una segunda muralla, y también de una zanja de cuatro metros de anchura y dos de profundidad, que serviría para impedir el avance de los carros de guerra enemigos. Estas protecciones enmarcaban un recinto entre diez y quince veces mayor de lo que se había pensado. El mismo Korfmann calculó que, con estas dimensiones, la ciudad podría haber tenido más de 7.000 habitantes. Si los apelonamos un poco estoy convencido de que la gente de la Antigüedad no era tan melindrosa con la intimidad personal como nosotros-, podemos subir hasta 10.000 o incluso 15.000 habitantes: una ciudad más que considerable según los estándares antiguos, y seguramente la más poblada de la zona. De modo que podemos afirmar con cierta seguridad que la ciudad que encontró Schliemann es la Wilusa de los documentos hititas y la (W)Ilión-Troya de Homero.

¿Sufrió esta Troya guerras y destrucciones? En los estratos del final de la Edad de Bronce se han encontrado huellas de incendios, esqueletos con fracturas, puntas de flechas, proyectiles de hondas, y también indicios de que los habitantes hicieron acopio de provisiones para resistir un asedio. Todo parece indicar que la ciudad fue destruida en estas fechas, pero lo que se ignora es la identidad de los atacantes. ¿Habrían podido ser griegos? De momento, no se sabe. Sin embargo, existen ciertas pistas en las tablillas hititas. Durante todo el siglo xiii, Wilusa sufrió ataques en los que estaban involucrados los micénicos. Es posible que el recuerdo haya condensado todos estos conflictos y ataques en una sola campaña, nuestra guerra de Troya.

Existen pruebas de que parte del contenido de la *Iliada* procede directamente de la época micénica. En el canto II de la *Iliada* hay un largo pasaje de unos 400 versos conocido como el «Catálogo de las naves», que enumera ciudad por ciudad los contingentes griegos que acudieron a Troya. Si alguien quiere leer la *Iliada* sólo por placer, le recomiendo que se lo salte: para un lector normal, el Catálogo es un tostón que tan sólo puede servirle para soltar el libro en la mesilla.

Ahora bien, para los estudiosos resulta un pasaje de lo más interesante. Como señala Joachim Latacz, el Catálogo es un documento auténtico, una ventana que nos permite asomarnos directamente a la época micénica (Latacz, 2003, p. 300 y ss.). ¿La razón? En él aparecen todos los lugares poblados por los griegos hacia 1200 a.C., incluso algunos que en época de Homero estaban abandonados y debían de ser poco más que un recuerdo nebuloso. A cambio, el poeta no menciona otros lugares que fueron colonizados a partir del año 1050: no aparecen ni las Cícladas ni

la costa de Asia entre Troya y Halicarnaso ni las grandes islas de Lesbos, Samos y Quíos.

En suma, el Catálogo refleja cuál era la población griega de los estados micénicos hacia el siglo xiii, una información que a Homero le llegó por tradición oral. ¿De boca en boca, a través de una brecha de medio milenio? Eso sí que es cruzar «océanos de tiempo», como dice mi frase favorita del Drácula de Coppola.

Algunos expertos piensan que las tradiciones orales se deforman a partir de tres generaciones hasta hacerse irreconocibles. Cuando son relatos en prosa hablada es normal que pase, porque la persona que los repite dispone de cierta libertad para contar las cosas de otra manera y acaba distorsionándolos. Pero no sucede así cuando se trata de repetir poemas o incluso oraciones: pensemos en el avemaría y el padrenuestro, por ejemplo, y en cómo se quedan grabados en la memoria.

La poesía épica griega se componía en un verso llamado hexámetro dactílico, cuya precisión y disciplina no permitían demasiados errores en la transmisión. De hecho, hay palabras en la Ilíada que los griegos de la Época Clásica ya no entendían, y aun así las seguían repitiendo. Creo que no hay que subestimar la capacidad de la poesía oral para sobrevivir a lo largo de muchos siglos.

Ya hemos visto que Hissarlik era Troya o Ilión, una ciudad rica y poblada que debió sostener conflictos bélicos con los micénicos durante el siglo xiii. Ahora bien, ¿cuál fue la razón de esas guerras? Siempre se ha considerado que el rapto de Helena era una explicación pueril. Yo no diría tanto. En primer lugar, el rapto de mujeres era una práctica tan frecuente en los mitos -recordemos a Zeus convertido en toro para secuestrar a Europa- que debía esconder alguna realidad. Cuando los griegos tomaron por fin Troya, mataron a los hombres y raptaron a las mujeres. Los esclavos, y en particular las esclavas, eran un bien muy preciado. Una mujer tan bella como Helena poseería un valor muy alto. Si a alguien le suena escandaloso, pensemos en los futbolistas: hablamos con la mayor tranquilidad del mundo de que un Cristiano Ronaldo tiene un precio de casi cien millones de euros, como si fuera un objeto.

Además, creo que se pasa por alto algo importante. Hoy día, si en una película o en una novela los personajes actúan siguiendo unas motivaciones que nos parecen ilógicas o pueriles, nos choca enseguida, le achacamos esa puerilidad al guionista o escritor y cambiamos de canal o cerramos el libro. No parece que, en general, los poemas homéricos dieran esa impresión a las personas que los oían recitar. Los motivos de Menelao y Agamenón debían parecerles creíbles en una

ficción, lo que indica que alguna verosimilitud les encontrarían también en la realidad.

Aun así, si queremos buscar explicaciones complementarias al rapto de Helena, no es difícil hallarlas. Troya dominaba el estrecho de los Dardanelos, pues en aquel entonces la ciudad estaba más cerca del mar. Ahora Hissarlik se encuentra a unos ocho kilómetros del Egeo, debido a que los ríos de la zona han rellenado de aluvión la bahía que dominaba Troya. No es un caso extraño: el paso de las Termópilas, antaño un angosto desfiladero entre la montaña y el mar, tiene ahora varios kilómetros de ancho.

Troya no disponía de una base en la otra orilla para controlar por completo el estrecho, pero tampoco lo necesitaba. Durante la temporada de navegación, desde mediada la primavera hasta que entran los primeros fríos otoñales, en toda esa parte del Egeo soplan los llamados vientos etesios -literalmente, «anuales»-, con dirección predominante del nordeste. Es decir, que los barcos que intentaban penetrar en los Dardanelos de camino al mar Negro se encontraban la mayoría de los días con viento de frente. Agravado todavía más por la corriente superficial, que en el estrecho fluye del mar Negro al Mediterráneo (la corriente en profundidad circula en sentido inverso).

La bahía de Troya era un lugar donde esperar a buen resguardo hasta que los etesios amainaran. Pero una vez allí varados, los barcos estaban a merced de los troyanos. Si nos guiamos por las prácticas habituales en el mundo griego posterior, como por ejemplo lo que hacían los atenienses en el puerto del Pireo, los troyanos, a cambio de permitir a los extranjeros refugiarse en la ensenada y reponer provisiones y agua potable, les pedirían un porcentaje de su cargamento.

Todo esto quiere decir que, entre las tasas portuarias y las transacciones comerciales con los viajeros, la ciudad debía de gozar de una más que apreciable prosperidad económica. Motivo suficiente para despertar la codicia de los príncipes guerreros de la Grecia micénica.

En resumen, mi opinión sobre la guerra de Troya y los poemas de Homero es que éstos se basan en una poesía épica ya habitual en la Grecia micénica. Muchos de los combatientes que aparecen en la *Ilíada* pueden ser auténticos personajes de la época. Otra cosa es que se mezclen hechos y héroes de siglos diversos en una sola y grandiosa campaña." Pero tiendo a creer que, dejando aparte exageraciones y toques de fantasía, es muy posible que un gran porcentaje de los caudillos de la *Ilíada* coexistieran, e incluso que participaran en campañas en Asia Menor.

Al principio del capítulo comenté que el regreso de Troya fue muy accidentado. También hablé del retorno de los Heráclidas, que arrebataron el poder a las dinastías que reinaban en el Peloponeso. Esos mitos parecen reflejar una época convulsa: poco después del año 1200, los reinos micénicos cayeron uno a uno en el espacio de unos pocos años, y esta brillante época llegó a su fin de forma sorprendente y repentina.

Nos enfrentamos aquí a uno de los mayores misterios de la historia. La Edad de Bronce terminó con una oleada de destrucciones sin precedentes que aniquiló de raíz varias civilizaciones y dejó tras su paso una larga época de penurias y oscuridad conocida como la Edad Oscura. A continuación hablaremos de esta enigmática catástrofe.



Con cierta libertad, transcribo aquí un relato de Hesíodo, autor beocio que vivió en el siglo vii antes de Cristo. Pertenece a su poema didáctico Trabajos y días:

Al principio los dioses inmortales que moran en el Olimpo crearon una raza de hombres de oro. En aquel entonces Cronos reinaba en el cielo. Aquellos hombres vivían como dioses, sin preocupaciones ni trabajos. Vivían entre fiestas, sin sufrir la enojosa vejez. La tierra fértil les brindaba por sí sola sus frutos. Eran hombres ricos en rebaños y queridos por los dioses. Cuando desaparecieron, se convirtieron en espíritus benignos de la tierra, protectores de los mortales.

Tras ellos vino una segunda raza: los hombres de plata, inferiores a los de oro en inteligencia y aspecto. Se quedaban cien años con sus madres sin llegar a madurar, y cuando se hacían hombres vivían poco tiempo por culpa de su ignorancia. Enojado porque no hacían los sacrificios debidos a los dioses, Zeus los sepultó bajo tierra.

Después Zeus creó una tercera raza: los hombres de bronce, nacidos de los fresnos, vigorosos y temibles. Sólo les interesaba la guerra. Sus armas y sus casas eran de bronce, y con el bronce trabajaban, pues no existía todavía el oscuro hierro. Acabaron matándose entre ellos y se hundieron en la inmensa mansión de Hades.

Tras esta raza creó Zeus a una cuarta, más justa: la de los héroes llamados semidioses, la misma que nos precedió sobre la tierra. Pero unos murieron víctimas de la aciaga guerra en Tebas, la ciudad de las siete puertas, o bien tras cruzar el mar hacia Troya por culpa de Helena, la de hermosos cabellos.

¡Ojalá yo hubiera muerto antes o hubiese nacido después! Pues ahora existe la raza de los hombres de hierro. El padre no se parece a sus hijos, ni los hijos a su padre. El anfitrión no respeta al huésped ni el amigo al amigo. Estos hombres de hierro desprecian a sus padres en la vejez. No reconocen al que cumple sus promesas ni al justo ni al hombre honrado. La justicia se cobra por la fuerza de las manos.

En esta era, lo único que tendrán los mortales serán penosos dolores, y sus males no conocerán remedio.

Esta historia rezuma pesimismo. Hesíodo, hay que decirlo, era un cascarrabias. No le faltaban razones: su hermano Perses, al que dedicó Trabajos y días sin demasiado cariño, se había quedado con la herencia de su padre sobornando a los jueces, aristócratas «devoradores de regalos». Además, nuestro poeta trabajaba en el campo, una existencia muy dura que acaba infundiendo en la gente una filosofía fatalista de la vida. Para Hesíodo, Ascra, la aldea de Beocia donde vivía, era «mala en invierno, insoportable en verano y buena jamás».

Con un estado de ánimo así, no es raro que el tópico de «cualquier tiempo pasado fue mejor» salga a relucir constantemente en sus versos. Pero el mito de las edades encierra algo más que un simple tópico. Habitualmente se considera que las de oro y plata son metáforas para referirse a una especie de paraíso terrenal que se fue perdiendo poco a poco. Pero detrás de las de bronce y hierro puede esconderse una realidad arqueológica. «No existía aún el oscuro hierro», afirma Hesíodo de la tercera raza de hombres. Creo que aquí nos encontramos con una tradición genuina, la del paso de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro. A Hesíodo debió de llegarle el recuerdo de una época más esplendorosa que la suya, la de la civilización micénica, que se correspondía con una metalurgia basada todavía en el bronce. Aunque la tecnología del hierro fuese más avanzada, los primeros siglos que siguieron al final de la Grecia micénica supusieron un retroceso general en las condiciones de vida.

Los hombres de bronce, según Hesíodo, a los que sólo les interesaba la guerra, se mataron combatiendo entre sí. Curiosamente, el poeta intercaló después de ellos la edad de los héroes. Aunque en realidad estos héroes, los protagonistas de las principales sagas mitológicas, pertenecían a la Edad de Bronce, su prestigio era tanto que Hesíodo no podía despacharlos sin más bajo tierra como a los demás hombres bronceos.

No es casualidad que la guerra de Troya, en la que perecieron tantos héroes, fuese una campaña de las postrimerías de la civilización micénica. Como ya hemos adelantado, aquélla fue una época de caos y destrucción.

¿De verdad fue tan traumático el final de la Edad de Bronce? El registro arqueológico indica que sí. Hasta tal punto lo fue que, como ya he comentado, algunos autores hablan de la «Catástrofe» con mayúscula, y hay muchos libros dedicados a elucidar esta misteriosa cuestión. Sabemos más o menos lo que ocurrió, pero existen muchas dudas sobre las causas. Una oleada de destrucción sacudió

como un tsunami todo el Mediterráneo oriental, y acabó de forma devastadora con aquel mundo próspero y refinado y con las redes de comercio y relaciones diplomáticas que se habían tejido entre Egipto, Siria, el imperio hitita y la Grecia micénica. Los hechos son éstos:

En Anatolia, sede del imperio hitita, los principales asentamientos sufrieron una serie de ataques y destrucciones hacia el año 1200. En la capital imperial, Hattusas, se ha encontrado una gran capa de cenizas, madera carbonizada y restos de ladrillos de adobe fundidos por las altísimas temperaturas que debió alcanzar el incendio.

En Chipre, las ciudades principales, como Citión y Sinda, resultaron destruidas hasta dos veces en unas pocas décadas. Otros poblados menores fueron abandonados por sus habitantes.

En Siria, la ciudad de Ugarit, que había llegado a convertirse en un emporio comercial y que incluso tenía un barrio griego, fue arrasada por las llamas y nunca volvió a ser rehabilitada: la destrucción llevada al grado extremo.

En cuanto a Egipto, en torno al año 1200, los faraones Merneptah y Ramsés III tuvieron que luchar en repetidas ocasiones contra ejércitos de invasores que amenazaban con destruir su reino. En sus inscripciones los enemigos aparecen mencionados como «pueblos del mar», una denominación que ha alcanzado cierta popularidad -dentro de lo popular que pueda llegar a ser la historia antigua-. Egipto logró sobrevivir, pero no sin sufrir daños. Apenas unas décadas después del esplendor conocido durante el reinado de Ramsés II, el país del Nilo fue entrando en una larga decadencia de la que nunca se recuperó.

¿Qué ocurrió en Grecia, el lugar que más nos interesa? Casi todos los grandes centros del continente fueron devastados por las llamas, y algunos de ellos quedaron despoblados para siempre. En el norte, las huellas de destrucción llegan hasta Yolco, cuna del mito de Jasón y los Argonautas. Descendiendo hacia el sur, Tebas fue saqueada hasta dos veces, y tardó mucho tiempo en recuperarse. Al llegar al istmo de Corinto, que separa el Peloponeso del resto de Grecia, encontramos los restos de un muro de fortificación que pretendía atravesarlo de mar a mar, pero que no debió completarse. Resulta curioso que setecientos años más tarde los griegos volvieran a construir otra muralla en el mismo punto, en esta ocasión para defenderse de la invasión de Jerjes. ¿Temían en el año 1200 una amenaza tan terrible como la de los persas?

Micenas sufrió ataques que al principio sólo afectaron a las casas situadas fuera de las murallas de la ciudadela. Pero en una segunda oleada, ni siquiera la Puerta de los Leones pudo resistir, y la dorada Micenas fue saqueada e incendiada. Lo mismo sucedió con Tirinto, Dendra y Midea. Hay huellas de destrucción en las cercanías de Esparta. El llamado «palacio de Néstor» de Pilos también sucumbió a las llamas, y la mayoría de las poblaciones de las cercanías fueron abandonadas por sus moradores.

Todavía faltan por excavar muchos lugares en Grecia. Aun así, podemos hacernos una idea de los resultados de esta destrucción: de 500 asentamientos localizados por los arqueólogos en la Grecia continental durante el periodo micénico, la mitad desaparecieron en este convulso final de época. Algunos autores -los más extremistas, cierto es- calculan que hacia el año 1100 el número de habitantes se había reducido a la décima parte de los que poblaban Grecia en 1200.

Después de la llamada Catástrofe, Grecia entró en una larga y silenciosa edad oscura de la que no saldría hasta el siglo viii. ¿Qué pudo motivar esta catástrofe que acabó con los estados micénicos y provocó un retraso de varios siglos en la civilización de todo el Mediterráneo oriental?

CAUSAS NATURALES

Según algunos autores, no fueron causas humanas las que provocaron toda esta destrucción, sino la furia de la naturaleza. Existen varias de estas hipótesis que podríamos llamar genuinamente «catastrofistas», algunas más verosímiles y otras menos.

Varios arqueólogos proponen que una serie de terremotos devastadores arrasó estas culturas de la Edad de Bronce. En principio, no se trata de una teoría descabellada.

Tanto Grecia como Turquía se encuentran muy cerca de la zona de contacto entre dos grandes placas tectónicas: la africana y la euroasiática. La primera se desplaza en sentido contrario a las agujas del reloj y se hunde bajo la europea en una zona de subducción. Lo hace a razón de tres centímetros anuales: un ritmo que no puede calificarse de vertiginoso, pero suficiente para acumular tensiones que, cuando se liberan, lo hacen de forma brutal. Algo así como dos esposos que llevan años sin hablarse y que, cuando por fin discuten, dan tales voces que retiembla todo el bloque. Se calcula que en esta zona del Egeo se libera el cinco por ciento de toda la energía sísmica del mundo. Por eso los terremotos son tan frecuentes en Grecia,

así como en Anatolia. Sin apenas remontarnos en el tiempo, en agosto de 1999, un seísmo en el noroeste de Turquía provocó 17.000 muertes. No muchos días después, en septiembre, 138 personas murieron en Grecia por otro temblor de tierra.'

Sin embargo, por muy aterrador y destructivo que pueda resultar un terremoto, no hay ejemplos del pasado en que haya acabado con toda una civilización. En la historia de Grecia se da algún caso extremo, como el destino que sufrió la ciudad de Hélice, situada al norte del Peloponeso. En una noche del año 373 a.C. sufrió un seísmo que, según los cálculos de los expertos actuales, superó los 7 grados Richter. Los habitantes de las ciudades cercanas que acudieron al rescate al día siguiente no encontraron cadáveres ni edificios ni nada: Hélice había desaparecido literalmente del mapa junto con sus moradores. Aunque estaba situada a unos dos kilómetros del mar, las aguas del golfo de Corinto la habían engullido. Es de suponer que se produjo un tsunami, pero eso no bastaría para explicar lo sucedido. Debió abrirse una falla al sur de la ciudad, y todo el terreno que había entre dicha fractura y el golfo cayó de golpe varios metros hasta quedar bajo el nivel del mar.

Después de aquello, los pescadores procuraban evitar aquel sitio, pues las redes que arrojaban al agua se enganchaban con la punta del tridente de una estatua de Poseidón, que antes se alzaba en la ciudad y ahora estaba sumergida. Irónicamente, Hélice era conocida por ese santuario de Poseidón, dios... de los terremotos.

Exceptuando este ejemplo tan dramático, lo habitual era que los supervivientes enterraran a sus muertos, reconstruyeran las casas y las murallas y siguieran con sus vidas. En el año 464 a.C., Esparta, por ejemplo, sufrió un terremoto que, según el historiador Diodoro, mató a 20.000 personas. La sacudida provocó además una revuelta de los ilotas, los siervos sometidos por Esparta, de modo que la ciudad tuvo que enfrentarse a dos calamidades juntas. Y sin embargo, sobrevivió y siguió siendo lo bastante poderosa como para enfrentarse a Atenas en una larga guerra no muchos años después.

Hay más objeciones a esta teoría. La primera parece de sentido común: ¿una oleada de terremotos devastadores y prácticamente simultáneos en lugares tan alejados? No parece demasiado verosímil. Una segunda: ¿dónde están los cadáveres? Cuando se produce una catástrofe de este tipo, se encuentran cuerpos in situ. Ocurre así incluso con los volcanes, que avisan antes que los terremotos: los cuerpos hallados en Pompeya y Herculano lo demuestran. También resulta llamativo que las grandes tumbas de thólos salieran intactas de sacudidas tan

fuertes. En mi opinión, podemos descartar los terremotos.

Una teoría que a primera vista parece más creíble, y que podría gozar de más aprecio en una época como la nuestra, tan preocupada por el clima, es la de la sequía. En el año 1966 el arqueólogo estadounidense Rhys Carpenter propuso la hipótesis de que la Grecia micénica había sucumbido a los efectos catastróficos de una larga e intensa sequía que afectó también a Grecia y Anatolia.

En España, un país con zonas muy secas, somos conscientes en las ciudades, vagamente conscientes- de que el campo sufre cuando no llueve; pero en general, una sequía significa para nosotros incomodidades y cortes de agua en verano. En cambio, para los antiguos griegos la lluvia podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. En buena parte de Grecia las precipitaciones son muy escasas, como también lo eran en la Antigüedad. Si las lluvias no superaban los 300 milímetros anuales (equivalentes a 300 litros por metro cuadrado), la cosecha de trigo se perdía. La de cebada todavía podía salvarse, pero por debajo de los 200 milímetros también quedaba arruinada. Peter Garnsey, especialista en este campo, calcula que en Atenas se perdía la cosecha de trigo uno de cada cuatro años, y la de cebada uno de cada veinte (Garnsey, 1999). En otros lugares de Grecia las cifras variaban, pero no demasiado. Por suerte, las sequías no solían afectar a todo el Egeo, de modo que en la Época Clásica una ciudad como Atenas podía importar grano de la isla de Eubea o, más lejos, del mar Negro o de Egipto.

Supongamos que se desató una sequía más prolongada. Las reservas de cereales almacenados se habrían agotado al segundo o como mucho al tercer año. Los pastos, secos, no habrían podido alimentar al ganado. Si la sequía afectó tanto a Grecia como a Anatolia, los micénicos debieron tenerlo muy difícil para encontrar cereal en otros lugares. La escasez se convirtió en hambruna, y los habitantes del campo atacaron las ciudades para saquear los almacenes de la aristocracia gobernante. De modo que, según Carpenter, no fueron invasores del exterior quienes destruyeron las fortalezas micénicas o las hititas, sino la propia gente de dentro.

¿Existen pruebas de una sequía tan larga? Se cree que el clima de Grecia en la Antigüedad era muy parecido al de ahora, así que algunos científicos han intentado encontrar paralelos actuales de aquella supuesta sequía. Tres climatólogos descubrieron que entre noviembre de 1954 y marzo de 1955 se produjeron en el Peloponeso unas condiciones inusitadas y muy similares a las propuestas por Carpenter: una reducción de las lluvias de un cuarenta por ciento en una tierra ya de por sí bastante seca (Fagan, 2005). La escasez de precipitaciones afectó también a

Turquía, donde estaba centrado el anticiclón invernal causante de la situación anómala, pero no tanto a Atenas ni al noroeste de Grecia. Curiosamente, Atenas no sufrió los efectos de la Catástrofe.

Lo que los tres climatólogos sugieren es que existe un modelo anticiclónico que podría producir las condiciones precisas para causar sequía en la Grecia micénica y a la vez en el imperio hitita. De haberse repetido ese modelo varios años seguidos, habría provocado una hambruna. ¿Cómo se explicarían las destrucciones en Siria o los ataques a Egipto, que no sufrieron la sequía? Muchos habitantes de Grecia o de Anatolia, en lugar de resignarse a morir de hambre, se habrían reunido en hordas de saqueadores o piratas para dirigirse al sur y atacar otras ciudades más lejanas, cuyos graneros debían de estar llenos de trigo y cebada.

En su libro *Collapse of the Bronze Age*, el erudito independiente Manuel Robbins añade una siniestra guinda a la teoría de la sequía. «Para empeorar las cosas, a la sequía y la hambruna pudo seguirles un azote aún peor: la peste. Ningún otro hecho natural tiene el poder de devastar poblaciones, romper los vínculos sociales y evitar la recuperación» (Robbins, 2001, p. 141).

Las grandes epidemias son relativamente recientes, pues requieren que haya aglomeraciones humanas muy concentradas para que los microbios causantes puedan «saltar» vivos de una persona a otra.

¿Podría haber llegado la peste a Europa hacia el año 1200 a.C.? Es posible, pero también hay otras enfermedades infecciosas que podrían haber diezmando a la población de la Edad de Bronce. Sin abandonar la Antigüedad, en el año 430 a.C. una epidemia cayó sobre la ciudad de Atenas, que en aquel momento se hallaba abarrotada por culpa del asedio al que la sometían los espartanos. Muchos autores calculan que mató a la tercera parte de la población, y aunque durante mucho tiempo se pensó que se trataba de la peste, en los últimos años se han propuesto otras enfermedades infecciosas, como la fiebre tifoidea, la gripe, la viruela, el ántrax o una forma de Ébola.

Los efectos de una epidemia devastadora, bien fuera peste o cualquier otra, habrían agravado los de la sequía propuesta por Carpenter. El historiador Tucídides, testigo y sufridor en su propia carne de lo que pasó en Atenas en 430, cuenta cómo la plaga supuso una revolución moral, pues la gente, convencida de que podía morir al día siguiente, no reparaba en las consecuencias de sus actos y vivía «el momento», como diríamos ahora, sin respetar las leyes.

Multipliquemos esos efectos por muchas más ciudades, o comparemos con lo que ocurrió en la Peste Negra de 1348. El Decamerón es una recopilación de relatos contados por nobles que han abandonado la ciudad de Florencia para escapar de la epidemia. Igual que estos nobles, muchos habitantes de las ciudades micénicas huirían de ellas, en algunos casos para no regresar jamás. Alguien podría preguntar a qué se debieron los incendios. La respuesta sería: algaradas populares y ataques de hordas de refugiados que huían, a su vez, de otros lugares infectados.

La hipótesis de la sequía combinada con una epidemia es tentadora. Pero la Europa del siglo xiv consiguió recuperarse de la Peste Negra,' y no hay constancia de ataques generalizados contra las grandes ciudades, ni por parte de invasores externos ni de descontentos internos. Lo mismo podríamos decir de Atenas en 430 a.C. Hay ejemplos históricos de multitudes hambrientas organizando motines, pero no destruyendo ciudades. De nuevo, estamos ante una teoría que explica algunos hechos, pero no todos.

Existe una fuerza natural que no es de esta tierra, y que puede resultar más destructiva que volcanes, terremotos o sequías. Me refiero al impacto de asteroides o meteoritos. Los astrónomos Victor Clube y Bill Napier presentan esta hipótesis en un libro que los aficionados al catastrofismo no pueden perderse: El invierno cósmico. Recurriendo a la vez a la arqueología y a la mitología comparada, afirman que los incendios del final de la Edad de Bronce se debieron a lluvias de meteoros, resultado de la desintegración paulatina en su órbita del gran cometa Encke.

El libro de Clube y Napier es apasionante y está muy bien documentado. Es cierto que la Tierra ha recibido fuertes impactos de meteoritos en el pasado. El más reciente fue el de 1908 en Tunguska, Siberia, que devastó el bosque en 60 kilómetros a la redonda. De haber caído sobre una ciudad, la habría aniquilado. Pero ¿es posible imaginar un meteorito individual apuntando a todas y cada una de las ciudades de la Edad de Bronce que acabaron incendiadas? Además, aparte de los cráteres, los impactos de este tipo dejan unos residuos característicos, como el iridio que llevó a los Álvarez a postular la teoría del asteroide que cayó en Yucatán y exterminó a los dinosaurios. No parece que se hayan encontrado restos de ese tipo en estratos correspondientes a 1200 a.C.

CAUSAS HUMANAS

La explicación más extendida para la Catástrofe de finales del Bronce tiene que ver con lo que los políticos actuales llamarían «flujos migratorios masivos». Estos flujos se relacionan en parte con causas discutidas en el apartado anterior, ya

que de haberse producido una sequía prolongada con su consiguiente hambruna, o incluso una epidemia, habría provocado una auténtica marca humana, como sabemos que ocurre hoy día en numerosos lugares de África.

Ya comentamos antes que hay una denominación que se ha hecho popular para esta migración en masa: los pueblos del mar. Este nombre aparece en dos inscripciones egipcias, una del reinado de Merneptah y otra del de Ramsés III.

El primero de los dos faraones se enfrentó en el año 1208 contra un tal rey Merire de Libia, que invadió la parte occidental del delta del Nilo con un ejército en el que había aliados o mercenarios de tierras del norte. Entre dichos aliados estaban los ekwesh, los tursha, los shekelesh y los shardana. Los egiptólogos han tratado de identificar estos nombres. Los ekwesh serían los aqueos, nuestros ya conocidos ahhiyawa de las fuentes hititas; los tursha los tirsenos o tirrenos, naturales del oeste de Italia; los shekeles provendrían de Sicilia; y los shardana de Sardinia, nombre antiguo de Cerdeña.'

Conocemos sus nombres por la minuciosa lista de bajas que nos ofrecen los escribas de Merneptah. Un detalle escabroso: para contar el número de enemigos muertos, los egipcios les cortaban el miembro viril y la mano derecha. Al imaginarse a un bravo soldado egipcio presentándose ante su oficial con un manojo de penes para recibir su recompensa, a uno se le tambalea un poco la imagen de la avanzada civilización egipcia.

(Por alguna razón, sólo valían los penes con prepucio. Si estaban circuncidados, no les convencían. Se ve que estos egipcios eran unos remilgados).

En cuanto a Ramsés III, tuvo que enfrentarse nada menos que con tres invasiones. En su inscripción aparece el siguiente párrafo, en el que se basa la teoría de la migración masiva de los pueblos del mar:

Las naciones extranjeras tramaron una conspiración en sus islas.' Todos los pueblos fueron desalojados y dispersados de sus tierras al mismo tiempo por la batalla. Ningún país podía resistir a sus armas, desde Hatti, Kode, Karkemish, Yereh y Yeres [...].Avanzaban, precedidos por el fuego, hacia Egipto.

Estaban aliados los peleset, los theker, los shekelesh, los denye y los weshesh. Estos pueblos estaban unidos, y pusieron sus manos sobre los territorios hasta el círculo de la tierra. En sus corazones confiaban en el éxito de sus planes.

Este texto está grabado en el templo de Medina Habu, junto con el relato de

las batallas. En los relieves que lo ilustran aparecen los invasores acompañados por carretas en las que viajan sus mujeres y sus hijos, lo que demuestra que no se trataba de una incursión de saqueo al estilo de los vikingos, sino de una migración con todas las de la ley. Los guerreros llevan en la cabeza unos tocados que deben ser de plumas, pero que vistos de lejos parecen más bien crestas al estilo punki.

Ramsés logró derrotar a esta confederación de pueblos y salvó a Egipto de la destrucción que habían sufrido otros lugares, como Hatti -el imperio hitita- o la importante ciudad siria de Karkemish. Pero a cambio perdió sus enclaves en el Levante, donde se asentaron los peleset. Sobre este pueblo, y por una vez, hay bastante consenso entre los expertos: se trataría de los filisteos, que se instalaron en la tierra que por ellos recibió el nombre de Palestina. Estos peleset tendrían poco que ver con los actuales palestinos: probablemente procedían de la Creta minoica.

En otros detalles hay mucho menos consenso. Para algunos historiadores, los pueblos del mar fueron los responsables de toda la oleada de saqueos y destrucciones de la Catástrofe. Para otros, los cinco pueblos mencionados eran en realidad víctimas del conflicto: otros atacantes -entre ellos nuestros micénicos-, habrían destruido sus asentamientos en Anatolia, Chipre y Siria. Sin hogar, los peleset y el resto de la troupe se pusieron en camino hacia el sur, repitiendo con otros pueblos las mismas atrocidades que les habían hecho a ellos.

Esto último no es en absoluto inverosímil, pues existen paralelos históricos. Los pueblos germánicos que atacaron el Imperio romano y precipitaron la caída de su mitad occidental habían sido expulsados de sus tierras por otro pueblo aún más bruto y pendenciero que ellos: los tristemente célebres hunos. Pero que la hipótesis sea verosímil no significa que también sea cierta. Sobre todo, en lo que afecta a nuestra historia, no parece que los pueblos del mar fueran los responsables de la destrucción de la civilización micénica. Al contrario, los micénicos serían los villanos de esta historia. Aunque hubieran actuado como matones con otros pueblos, todavía queda por saber: ¿quién los atacó a ellos en su propio suelo?

Durante algún tiempo se pensó que los micénicos podrían haber sufrido la invasión de los dorios, otra etnia helénica. Según las propias tradiciones griegas, los dorios fueron los últimos en llegar a Grecia, y su entrada en la península se identificaba con el mito del retorno de los Heráclidas. Heracles era un héroe de todos los griegos, ciertamente, pero sobre todo de los dorios, que se jactaban de ser sus descendientes. De modo que el mito en cuestión sería una justificación a posteriori para disfrazar como regreso lo que en realidad habría sido una invasión.

Pero la mayoría de los expertos creen que la entrada de los dorios se produjo al menos un siglo después de la Catástrofe: más que crear un vacío de poder, los dorios se aprovecharon de él.

Otra posibilidad es que, mientras los micénicos se dedicaban a incordiar a los vecinos de Anatolia -y en este contexto podría tal vez situarse la guerra de Troya-, estallara una revuelta popular en los reinos de Grecia. ¿El motivo? Una crisis económica. Ésta se pudo desencadenar o bien por la sequía de la que ya hemos hablado, o bien por problemas en las redes comerciales internacionales de las que dependía cada vez más una economía tan compleja y especializada como la de los reinos micénicos (la globalización de la época).

También pudiera ser que, como decía Hesíodo, los hombres de bronce se mataran entre ellos: las impresionantes fortificaciones micénicas, levantadas sobre todo en la época inmediatamente anterior a la Catástrofe, representarían una especie de carrera de armamentos entre los estados micénicos, cuyas relaciones se habrían vuelto cada vez más hostiles. Aquí tampoco faltan ejemplos posteriores: durante el siglo iv Atenas, Esparta y Tebas se enfrentaron en constantes guerras por el control de Grecia. El desgaste que sufrieron las tres ciudades fue tan grande que al final Grecia cayó en manos de Filipo y su hijo Alejandro Magno como una fruta madura. Del mismo modo, los micénicos podrían haber agotado sus fuerzas en estériles luchas internas.

El historiador americano Robert Drews, al que ya mencionamos al hablar de la procedencia del pueblo micénico, sostiene otra hipótesis interesante. Drews es aficionado a explicar este tipo de crisis mediante cambios en las tácticas militares. Para él, los micénicos eran una élite indoeuropea que se asentó en Grecia y la conquistó gracias a sus carros de combate. Durante los siglos de su dominio, quienes hicieron la guerra fueron especialistas, y prácticamente nunca se recurrió a reclutamientos en masa. Pero al final de la Edad de Bronce, según Drews, apareció una nueva táctica que dejó obsoleto al carro: grandes contingentes de infantería, armados con lanzas y espadas y expertos en el combate cuerpo a cuerpo (Drews, 1993). Así combatían los pueblos del mar que atacaron Egipto y que fueron derrotados. Pero otras bandas de saqueadores y mercenarios tuvieron más éxito contra los hititas o las ciudades del Levante.

¿Qué les ocurrió en concreto a los micénicos? ¿Quién los atacó? Para Drews, los invasores también serían griegos, pero que habitaban en las montañas situadas al norte y al oeste del país. Mientras que los micénicos se habían civilizado y refinado por el contacto con los minoicos, estos griegos de las montañas serían más

bárbaros y belicosos. Además combatían a pie y, lo que es más importante, lo hacían todos, no sólo los miembros de la élite guerrera. Eso les habría dado la superioridad militar necesaria para derrotar a los señores de la guerra micénicos con sus carros.

Hoy día están apareciendo otras explicaciones más complejas que no recurren a una única causa y que podríamos llamar «multifactoriales». Gómez Espelosín lo resume muy bien:

El grado de sofisticación alcanzado por la civilización micénica dependía para su correcto funcionamiento de una serie de factores que guardaban una estrecha relación de dependencia mutua. Nos referimos a factores como la agricultura y el mantenimiento de nivel de producción de alimentos, la metalurgia y la obtención de las materias primas adecuadas, la especialización artesanal y el consumo de una élite en estrecha dependencia del mantenimiento de las rutas y circuitos comerciales con Oriente [...].

La buena marcha del sistema exigía una armonía interna entre todos ellos y su adecuación a las condiciones del medio ambiente. Un fallo o un imprevisto en uno de ellos acarrearía, sin duda, una serie de reacciones en cadena que iría incidiendo en el desarrollo de todos los demás (Espelosín, 2001, p. 49).

Estas reacciones en cadena provocarían una crisis cuyo origen apenas comprenderían los propios afectados. Pensemos en las actuales, tan difíciles de explicar y de resolver en una época en la que precisamente no nos faltan economistas. La crisis mencionada habría provocado desórdenes sociales y una situación perfecta para que invasores del exterior -tal vez ayudados por descontentos del interior- atacaran las ciudades micénicas, las saquearan y las incendiaran. Ahora bien, en lugar de conquistar los reinos micénicos y sustituir a los antiguos gobernantes, estos invasores sembraron el caos en toda Grecia y la sumieron en un atrasado letargo del que tardaría varios siglos en despertar.

¿CÓMO CONOCEMOS LAS FECHAS?

Sin cronología, los hechos históricos están tan desordenados como alimentos arrojados al azar en bolsas opacas dentro del arcón congelador de un soltero. Y son igual de inútiles. Por eso los profesores seguimos insistiendo en las fechas históricas. Aunque no se exija a los alumnos hoy día memorizar listas inmensas de fechas, al menos deben conocer algunas, porque son los tornillos con los que se monta en sus cabezas la armazón metálica del conocimiento histórico, un esqueleto que luego tratamos de rellenar con relatos más enjundiosos.'

Hay una típica prueba de ingenio con trampa que les propongo a mis alumnos. Es un tanto boba, pero suelen picar. Un aficionado a caminar por el campo encuentra una moneda de oro con el perfil de un hombre sin barba. Como nuestro aficionado tiene su cultura, es capaz de leer el nombre en griego: Aléxandros basileús. Alejandro rey. En la moneda, algo gastada por el tiempo, se ve una fecha: 330 antes de Cristo. El protagonista de la historieta lleva la moneda a un museo, pero una vez allí el conservador lo echa con cajas destempladas y le dice: «Es una falsificación». ¿Por qué?

Tras discutir si Alejandro era rey en esas fechas, si tenía barba o si existían monedas de oro, por fin algún alumno se pega una palmada en la frente y dice:

-¿Cómo iban a saber que estaban en el año 330 antes de Cristo si Cristo no había nacido?

Muy sencillo, pero hay que caer en la cuenta. Estamos tan acostumbrados a que los años tengan número que damos por supuesto que siempre ha sido así. Más que número, antes tenían nombre. Así, los atenienses decían «en el año del arcontado de Temístocles», lo cual, después de comprobar fuentes y datos, nos informa de que estamos en el año 493 a.C. Los habitantes de Argos decían «en el séptimo año de la sacerdotisa Crísida», refiriéndose a la mujer que desempeñaba el sacerdocio de la diosa Hera, mientras que los romanos nombraban los años por sus cónsules.

Los griegos no llegaron a tener calendarios comunes para todos. Cada ciudad llevaba mejor o peor la cuenta de sus años, y los nombres de los meses eran

distintos según cada polis, algunos tan sonoros como metagitnión, targelión, hecatompedón, etc. Tampoco había un acuerdo exacto sobre cuándo empezaba y terminaba cada año: cada comunidad lo hacía un poco por libre, así que estaban a salvo de creencias milenaristas sobre el fin del mundo.

Con el tiempo, los griegos se fueron acostumbrando a utilizar una base común para su datación: los primeros juegos Olímpicos, que tradicionalmente se sitúan en el año 776 a.C. Aun así, las fechas de esta etapa tan temprana son muy dudosas. No empiezan a ser realmente fiables hasta el siglo v.

Gracias a las listas de arcontes, cónsules, etc., y a la datación olímpica, podemos localizar muchos hechos que nos cuentan los historiadores. Pero ¿qué ocurre con minoicos y micénicos, cuyos documentos no sirven para datar sus ciudades ni sus palacios? Aquí son los arqueólogos quienes se encargan de asignar fechas.

El primer principio básico es el de la estratigrafía. Al excavar un yacimiento, como dicta el sentido común, lo que está debajo es más antiguo y lo que se halla encima es más moderno, mientras que de dos objetos que se encuentran en el mismo nivel, dentro del mismo depósito, puede decirse que son contemporáneos... con muchísimas salvedades, claro. La primera, que el yacimiento no se haya visto demasiado alterado por la acción del hombre o de la naturaleza.

La segunda salvedad también es fácil de comprender. A veces un objeto ya es antiguo cuando queda enterrado. Si hay un cataclismo que hunde mi casa junto con el resto de la civilización, ya que nos ponemos a ello-, y unos arqueólogos la excavan dentro de un par de milenios, podrían encontrar juntos los siguientes objetos: una pipa de espuma de mar que era de mi padre; el viejo arcón de roble de mi bisabuela, que tiene cien años; una pequeña ánfora griega del año 500 a.C. -en realidad la compré en una colección de quiosco, pero imaginemos que yo comprara antigüedades de verdad-; y una consola inalámbrica de videojuegos cuyo nombre no mencionaré por no hacer publicidad. Si para los arqueólogos futuros todos esos objetos fueran desconocidos, podrían deducir que pertenecen a una misma época y una misma cultura.

Un problema que se da con ciertos hallazgos arqueológicos es que se han extraído sin ningún cuidado, sin anotar dónde estaban. Recuerdo una excavación en la cueva del Pendo a la que me invitó su codirector, mi amigo Juan Sanguino. Los arqueólogos, en posiciones incómodas y a veces inverosímiles para no echar abajo las paredes de los pozos que abrían, iban marcándolas meticulosamente con

chinchetas de colores, y cada fragmento que hallaban -un hueso, una piedra tallada, un diente- lo introducían en una bolsa etiquetada, de modo que se supiera perfectamente en qué posición y a qué profundidad estaba cuando lo encontraron.

Cuando un objeto no se puede relacionar con otros ni con un estrato determinado, se dice que está fuera de contexto. Puede ser una pieza maravillosa labrada en marfil, por ejemplo, pero su valor arqueológico es próximo a cero, pues se ignora a qué época pertenece y con qué cultura relacionarla. Por eso la mayoría de los arqueólogos no le tienen demasiado cariño a Schliemann, ya que a veces sus métodos se parecían a los de un elefante en una cacharrería. (Prometo dejar en paz a Schliemann a partir de ahora).

¿Qué hay de la datación absoluta? Uno de los objetos encontrados en la excavación de mi casa, el arcón de roble, podría fecharse así, siempre que no se pudriera. Y ello por dos razones: por ser de madera y por ser orgánico.

En el primer caso, se trata de la dendrocronología, que proviene de la palabra griega *déndron*, «árbol». A lo largo de su vida, un árbol produce anillos de crecimiento a razón de uno por año, como se puede apreciar observando un tocón. Los anillos varían en su anchura: según las zonas, un año más húmedo -o más soleado, o más cálido, depende de la especie- provocará más crecimiento del árbol, y por tanto un anillo más grueso, mientras que un año con las condiciones contrarias nos deparará un anillo más fino.

Esa sucesión de anillos de diversos grosores forma un patrón similar al de un código de barras, y al igual que éste identifica el libro que el lector tiene entre sus manos, los anillos pueden servir para identificar a un árbol. Árboles de la misma especie y la misma región, por ejemplo robles irlandeses, muestran un «código de barras» similar, dependiendo de su edad. Podemos hacer corresponderse el código de barras de un árbol vivo con el de otro cien años más viejo, éste con el de un roble muerto y aún más antiguo, y así sucesivamente... hasta llegar, en el caso del mencionado roble irlandés, nada menos que a 5300 a.C.

¿En qué casos sirve la dendrocronología? En el ejemplo que comentábamos antes, si el roble del arcón pertenece a una serie que se ha datado, podría saberse que fue talado en 1900. Otra cosa es averiguar durante cuánto tiempo se utilizó.

La dendrocronología griega ha avanzado mucho en los últimos años. Por ejemplo, para el primer milenio antes de Cristo hay unas secuencias bastante completas de cedro, pino, enebro y roble. Aun así, su utilidad depende de que se

encuentren en los yacimientos restos de madera lo bastante bien conservados para estudiar sus anillos; algo que no siempre sucede, porque la madera, como otros restos orgánicos, tiene la mala costumbre de pudrirse.

Otro mecanismo utilizado para datar de forma absoluta restos del pasado es el reloj radiactivo. El más conocido de ellos, y el más apropiado para estudiar restos orgánicos de la época que nos interesa, es el Carbono 14. Se trata de un isótopo del carbono que, en lugar de tener seis protones y seis neutrones en su núcleo, posee seis protones y ocho neutrones, lo que lo hace más pesado. El Carbono 14, como todas las materias radiactivas, es inestable. Pasado un tiempo, uno de los ocho neutrones se convierte en protón, emitiendo en el proceso un electrón y una débil radiación beta. El resultado es que el antiguo átomo de Carbono 14 se convierte en otro de nitrógeno, con siete protones y siete neutrones.

Este proceso ocurre con cierta lentitud y obedece a criterios estadísticos, como todos los procesos cuánticos. Pasados algo más de 5.700 años, la mitad de los átomos de C14 presentes en un cuerpo se convierten en nitrógeno. Transcurridos otros 5.700 años, se desintegra otra mitad de la muestra, y así sucesivamente, hasta que, pasados algo más de cuarenta mil años, los restos son tan insignificantes que el método empieza a perder validez (aunque los espectrómetros más modernos permiten estudiar muestras cada vez más reducidas).

¿Cómo se aplica esto a la arqueología? Dado que la proporción de C14 en la atmósfera se mantiene constante y que los seres vivos lo absorbemos y renovamos por medio del famoso CO₂ que tantas discusiones suscita últimamente, la proporción de C14 que tenemos en nuestro organismo también es constante. Pero al morir dejamos de absorber dióxido de carbono -y cualquier otra cosa, obviamente-. Los isótopos inestables de C14 de nuestro cuerpo empiezan poco a poco a desintegrarse sin que haya renovación posible hasta que, pasados suficientes millares de años, apenas quedarán en nuestros restos. Midiendo la proporción entre C14 y carbono normal en, por ejemplo, un fémur humano, se puede conocer la fecha aproximada en que murió su propietario. La regla es sencilla: cuanto menos C14 haya, más antiguo es ese hueso.

Este procedimiento tiene sus problemas. Los arqueólogos no llevan en el bolsillo un pequeño medidor de isótopos que les diga: «El dueño de este cráneo murió el 3 de enero de 1203 antes de Cristo por la mañana». Es un procedimiento caro al que no se puede recurrir siempre que se quiere. En España existen algunos laboratorios que practican la prueba para muestras grandes, y hace poco el Centro Nacional de Aceleradores de Sevilla ha empezado a hacer pruebas con un

espectrómetro. Pero normalmente hay que enviar las muestras pequeñas a laboratorios internacionales que, obviamente, cobran un ojo de la cara.

Además, se da un grado de holgura en los resultados, ya que todos los procesos cuánticos están sometidos a una cierta incertidumbre (perdón por el oxímoron). Una desviación de más o menos cien años puede ser aceptable estudiando un yacimiento neolítico en Inglaterra, pero cuando se trata de determinar la fecha exacta de la guerra de Troya resulta un inconveniente bastante grave.

Y eso por no añadir otra pega. Decíamos antes: «Dado que la proporción de C14 en la atmósfera se mantiene constante...». Por desgracia, se ha demostrado que antes del año 1000 a.C. la proporción de C14 en la atmósfera era mayor que ahora, por lo que ha habido que modificarlo, como dicen los arqueólogos, recalibrar los datos, poniéndolos de acuerdo con las secuencias de anillos arbóreos mejor estudiadas. Un proceso que no es tan sencillo y sobre el que aún existen serias discrepancias.

Todo esto quiere decir que, cuando tratamos de establecer fechas para nuestra «Edad de las Brumas», se recurre más a la datación relativa que a la absoluta. La idea es que si sabemos que tal faraón reinó a la vez que tal rey hitita, y a su vez este rey hitita le escribió una carta a un gobernante de Troya, el gobernante de Troya y el faraón deben ser contemporáneos, al menos parcialmente. Si conocemos las fechas exactas de alguno de estos individuos, podríamos datar al resto.

La cronología mejor establecida es la de Egipto, y gracias a ella se pueden reconstruir todas las demás. Pero... Sí, tenemos un pero, como siempre. Veamos cuál.

AHORA, LA HIPÓTESIS PROVOCADORA

En 1991 apareció un libro titulado *Ages of Darkness*, que aquí se tradujo en 1993 como *Siglos de oscuridad*. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo. Su autor principal es Peter James, arqueólogo especializado en el mundo Egeo. James es aficionado a publicar libros polémicos y sobre temas que a primera vista pueden hacer pensar que se trata de un autor sensacionalista. Así, ha escrito un estudio sobre la Atlántida, y también, junto con Nick Thorpe, un libro dedicado a misterios antiguos como la construcción de las pirámides de Egipto o las líneas de Nazca. Pero al leer esos libros uno se encuentra ante un científico serio y escéptico que rechaza de plano las teorías sobre extraterrestres influyendo en la historia o

civilizaciones ultra desarrolladas y asentadas en la Antártida.

¿Cuál es la teoría de Siglos de oscuridad? Que la Edad Oscura, ese «atrasado letargo del que Grecia tardaría varios siglos en despertar» que acabamos de mencionar no existió en realidad. El problema es de fechas. Aunque a veces se ha comparado con un castillo de naipes, la cronología antigua es más bien como una construcción de dominó que me enseñó un marino cuando yo era niño, y que se sostenía sobre una única ficha. Si esa ficha se quita o tan sólo se tambalea, la construcción entera se viene abajo.

En nuestro caso, ¿cuál es la pieza de dominó? Ya lo hemos anticipado: Egipto. En su cronología se basan, por comparación, las fechas de la Grecia micénica, la Creta minoica, el imperio hitita y muchos otros pueblos y culturas. Si modificáramos las fechas de la historia de Egipto, tendríamos que hacer lo mismo con todas las demás.

Las fechas egipcias se basan en el ciclo anual de Sirio, la estrella más brillante del firmamento, y en su orto helíaco. Reconozco que, si me dijeran en la consulta del médico que tengo un «orto helíaco», me llevaría un buen susto. En realidad, este término astronómico se refiere al momento en que un astro, en este caso Sirio, se levanta por el horizonte justo antes que el Sol, de tal manera que si saliera sólo unos instantes después ya no podría verse. Para la astronomía moderna una medición así no es el colmo de la precisión, pero a los antiguos les bastaba, y los egipcios basaban en eso su calendario y, sobre todo, preveían la crecida del Nilo, tan beneficiosa para sus campos.

Aunque los egipcios conocían con gran precisión la duración del año, nunca introdujeron en su calendario civil un año bisiesto. Como el año dura más o menos 365 días y un cuarto, eso quiere decir que cada cuatro años el calendario civil egipcio se desfasaba un día con respecto al astronómico. ¿Cuándo volvía a coincidir? Multipliquemos esos cuatro años por los 365 días que habría que «recorrer» para volver a ponerse en fase, y tenemos 1.460 años, un lapso de tiempo que los egipcios conocían y al que denominaban «ciclo sotíaco» por Sotis, nombre griego de Sirio.

Censorino, un autor latino del siglo iii d.C., dejó escrito que en el año 139 d.C. el orto helíaco de Sirio coincidió con el día de Año Nuevo. ¿De qué sirve eso? Si restamos de esa fecha los 1.460 años del ciclo sotíaco, nos sale que el orto helíaco de Sirio había coincidido con el Año Nuevo también en el año 1321 a.C. Este año en concreto es nuestra pieza de dominó, la fecha en la que se basan las demás de la cronología egipcia, sobre todo para la parte final de la Edad de Bronce.

Por ejemplo, sabemos que en 1274 los carros de guerra del faraón Ramsés II se enfrentaron contra los del rey hitita Muwatali II en la batalla de Kadesh. Eso nos da un anclaje para desarrollar la cronología de los reyes hititas: tras Muwatali vienen Uri-Teshub y Hattusili III. Este último tiene a su vez anclajes con el rey asirio Salmanasar, etc.

Se trata de construir un complicado andamiaje en el que se relacionan Egipto, Asiria, Babilonia, el imperio hitita... y la Grecia micénica. Y todo ese andamiaje depende de las fechas astronómicas establecidas, como hemos dicho, según el calendario sotíaco.

¿Qué dicen Peter James y sus compañeros de libro? Que entre 1321 a.C. y 139 d.C., y concretamente en la época anterior a la dinastía macedonia de los Ptolomeos, se llevaron a cabo unos ajustes en el calendario egipcio. Esos ajustes echarían por tierra todos los cálculos que podamos hacer sobre fechas anteriores basándonos en el ciclo de Sirio 0 Sotis.

A partir de ahí, Peter James y sus colaboradores estudian cada una de las culturas implicadas en la catástrofe. En resumen, los autores de AoD -como es conocido en círculos anglosajones el libro- proponen cambiar las fechas de los faraones egipcios de las postrimerías del Bronce, acercándolas más a nuestro tiempo. Eso supone recortar la cronología entera del mundo antiguo. Hemos hablado en todo momento de un final calamitoso de la Edad de Bronce hacia el año 1200 a.C. Para Peter James, sería mejor cambiar la fecha al año 950 a.C. Estamos hablando de 250 años: ¡por mucho menos me suspendían en el colegio!

¿Cómo afecta la teoría de AoD a Grecia? La Catástrofe no habría sido tan sumamente grave, pues las sociedades del Egeo no habrían tardado tanto tiempo en recuperarse. Los siglos de caos, atraso y oscuridad se recortarían mucho. Las tradiciones mitológicas de los griegos podrían resultar más fiables de lo que se cree: cuando Hesíodo cuenta el mito de las edades y del final de los hombres de bronce, ya no se referiría a hechos acaecidos quinientos años antes, sino tan sólo -es un decir- doscientos cincuenta. Los poemas homéricos relatarían una guerra más cercana en el tiempo. Grecia no habría estado tantos siglos sumida en el analfabetismo: a lo sumo, unos doscientos años. Y, sobre todo, existiría más continuidad entre la civilización micénica y su heredera, la cultura griega que conocemos.

La hipótesis de AoD resulta fascinante y está muy bien argumentada, aunque sus críticos han contraatacado con argumentos también muy sólidos, como

suele ocurrir en estas disputas académicas.' Desde el punto de vista «oficial», seguiré hablando de la Edad Oscura y del año 1200 a.C. como fecha más probable para esa Catástrofe que sigue haciendo correr ríos de tinta. Y con esos siglos oscuros, sean cuatro y medio o tan sólo dos, corremos el telón sobre la Grecia más antigua. Cuando lo descubramos de nuevo, el panorama que encontremos nos resultará mucho más familiar.

page0117

EL COMIENZO DE LA HISTORIA GRIEGA

A menudo se hace empezar la historia griega en 776 a.C., año en que se celebró la primera Olimpiada. No es que en esa fecha se reuniera un comité para dejar acta de su sesión fundacional y empezar a partir de entonces la cuenta olímpica. Fue mucho después, durante el siglo v, cuando Hippias, un sofista o sabio profesional, propuso la fecha de 776. Hippias era natural de Élida, que no estaba muy lejos de Olimpia, así que debía tener acceso a archivos e inscripciones del santuario. Para echar las cuentas, se remontó en el tiempo siguiendo una lista en la que aparecían los nombres de todos los atletas que habían vencido en la carrera del estadio. De este modo, llegó hasta un cocinero llamado Corebo, también de Élida. A Hippias no le debió resultar muy difícil encontrar su nombre en los registros, ya que en aquella época sólo se corría el estadio, una prueba de velocidad de unos 170 o 180 metros.

A partir del estudio de Hippias, otros autores posteriores confeccionaron más listas de vencedores, y los juegos Olímpicos se convirtieron en una especie de calendario o cronología panhelénicos (término que utilizaré más de una vez y que proviene de pan(t)-, «todo» y de helen, «griego»). Bastaba con decir «en el año 2º de la 95a Olimpiada» para fechar los acontecimientos: en este caso nos referimos al 399, año en que murió Sócrates.

La fecha propuesta por Hippias se ha discutido, como no podía ser menos, y hay autores modernos que la consideran demasiado tardía o demasiado temprana. Pero como punto de partida para empezar la historia propiamente dicha de los griegos no es del todo inadecuada. Por aquel entonces se empieza a extender, muy despacio al principio, el uso del alfabeto, y el mundo que nos encontramos es el de la llamada Época Arcaica, muy distinto del micénico. Los griegos con los que nos hallamos más familiarizados tienen ya un pie en la línea de salida, a punto de lanzarse a colonizar el Mediterráneo y entrar en la historia.

LOS DIALECTOS GRIEGOS

Se trata de un mapa muy distinto del que podíamos trazar del mundo micénico. Aquí ya hay más certezas. Se conoce con bastante precisión cuál era el reparto de las diversas etnias griegas gracias a los dialectos que hablaban.

Que un idioma se divida en dialectos no es nada extraño. Lo innatural es la situación contraria. Pensemos en el caso del español: hay muchas variantes dialectales, más o menos marcadas, pero existe un español estándar y unificado. Tenemos una institución que vela por la unidad del idioma, la Real Academia de la Lengua, un sistema de enseñanza obligatoria y oficial que enseña una misma lengua a nuestros niños -allí donde lo hace, claro- y, sobre todo, unos medios de comunicación que, como su mismo nombre indica, nos ponen a todos en común y nos hacen compartir un mismo español (que éste sea maltratado a menudo por esos mismos medios es otro asunto).'

Muy distinta era la situación del griego, que no se convertiría en una lengua más o menos unificada de cultura, la llamada koiné, hasta Época Helenística. He dicho «de cultura»: los hablantes seguían manteniendo sus variantes dialectales entre ellos, pero a la hora de escribir o tratar con interlocutores de otras zonas recurrían a la koiné, basada sobre todo en el dialecto de Atenas. Digamos que era para ellos como el famoso inglés de la BBC.

Pero eso vendría siglos más tarde. De momento, en la Época Arcaica, como también en la Clásica, había cuatro grupos de dialectos principales:

1. Dorio y dialectos del Noroeste.

El dorio ocupaba buena parte del Peloponeso, incluyendo, por supuesto, Esparta. También se hablaba en el sur del Egeo. Al norte del golfo de Corinto se hablaban otras lenguas de este grupo, a las que conocemos colectivamente como dialectos del noroeste, y que han dejado pocos testimonios escritos. En general, los pueblos de aquella zona, que en época histórica seguían organizados por éthnc (tribus) y no por póleis (ciudades), eran los más atrasados de Grecia.

2. Jónico.

En este grupo se incluye el jónico ático, variedad que se hablaba en Atenas y con el que hoy día procuramos familiarizar en tan sólo dos años a nuestros alumnos de bachillerato. También se usaba el jónico en las Cícladas, exceptuando las del sur; en la extensa isla de Eubea, que conoció una gran prosperidad durante el periodo arcaico, y en la zona de Asia Menor conocida como Jonia. (Por extensión, a veces se aplica el nombre de Jonia a toda la franja de ciudades griegas de Asia Menor, fueran propiamente jomas o no).

3. Eólico.

Con este bonito nombre, relacionado con Eolo, dios de los vientos, nos referimos a una serie de dialectos hablados en las llanuras de Tesalia, célebre por sus caballos; en la región de Beocia, cuya ciudad más importante era Tebas; en la costa noroeste de Asia Menor, incluidos Troya y sus alrededores; y en la isla de Lesbos, patria de la poetisa Safo, quizá la representante literaria más ilustre de este dialecto.

4. Arcado chipriota.

Como su nombre indica, se hablaba en Arcadia, el corazón montañoso y más atrasado del Peloponeso, y también en la lejana isla de Chipre.

Se aprecia a simple vista que es un mapa bastante complicado. La situación del arcado chipriota sirve de ejemplo: tenemos dos ramas de un mismo dialecto separadas por más de mil kilómetros. ¿Cómo se pudo llegar a una situación tan fragmentada?

Lingüistas y arqueólogos han de ejercer de detectives y remontarse a la Edad Oscura para averiguar cuáles fueron los movimientos de población que dieron como resultado el mapa de los dialectos griegos. Hay que añadir que, a veces, estos detectives se llevan tan mal como los policías locales y los agentes del FBI en las películas americanas. Arqueólogos y lingüistas se tiran los platos a la cabeza y se acusan mutuamente de ignorar el campo de los otros.

Personalmente, la síntesis postulada por el filólogo y académico español Rodríguez Adrados me convence bastante (Adrados, 1998 y 1999). Quizá influya en eso la autoridad docente: quien ha sido tu profesor, lo sigue siendo toda la vida y conserva una especie de autoridad moral. Y de la otra. Aún recuerdo con escalofríos aquel día, en segundo de carrera, cuando Adrados me miró fijamente, torció un poco la cabeza y, pronunciando la «y» como una «u» francesa tal como mandan los cánones, me preguntó: «¿Qué significa xyla?». «Madera», debería haber contestado yo; entre otras cosas porque, como dicen los alumnos, ésa me la sabía. Pero el terror que nos infundían aquellos catedráticos de la vieja escuela era tal que la madera de la respuesta se convirtió en un auténtico bloque de serrín dentro de mi boca, y fui incapaz de contestar. Clavé los ojos en la mesa esperando que el rayo de Zeus se abatiera sobre mi cabeza, hasta que una compañera piadosa me dijo: «Tranquilo, ya ha dejado de mirarte». Creo que sólo entonces respiré.

UN FLASHBACK A LA EDAD OSCURA: INVASIONES, MIGRACIONES Y CUESTIONES RACIALES

Si queremos explicar el mapa de los dialectos, tenemos que remontarnos en el tiempo y usar la linterna de la ciencia para alumbrar las espesas sombras de la Edad Oscura. Tras tan poética frase, recordaré que en el capítulo anterior ya hablamos de la invasión de los dorios. Ellos mismos aseguraban ser descendientes de los Heráclidas, lo que legitimaba que regresaran al Peloponeso y se convirtieran en sus amos.

En una visión algo anticuada, se dice que hacia 1200 los dorios entraron en el Peloponeso desde las montañas del norte como una horda de bárbaros, arrasándolo todo a su paso y aplastando la civilización micénica. He dicho que es una visión anticuada, pero sigue estando muy extendida, ya que es la versión que se ofrece en libros de divulgación tan populares y reeditados como la Historia de los griegos de Indro Montanelli o Los griegos: una gran aventura de Isaac Asimov, e incluso la que aparece resumida si uno teclea la entrada «Dorios» en la Encarta.

Aun confesando mi admiración por Asimov y Montanelli, aquí no tengo más remedio que criticarlos. Para el periodista italiano, los dorios eran hombres más altos que el resto de los griegos, braquicéfalos y de ojos azules. No dice que fuesen rubios, pero se sobreentiende, porque añade: «una raza nórdica» (Montanelli, 1980, p. 31). Aquí el autor italiano sigue las ideas de Karl Otfried Müller en su obra *Die Dorier*, con su visión romántica y nacionalista del siglo XIX que acabaría derivando en la locura nazi: Hitler y sus secuaces sentían una fascinación reconocida por la ciudad doria de Esparta. Aunque Montanelli no habla así de los dorios por admiración. Bien al contrario, los critica por su racismo y afirma que jamás se mezclaron con otras poblaciones. Me temo que al escribir su libro, estando tan reciente la Segunda Guerra Mundial, Montanelli cerraba los ojos y no podía evitar imaginarse a los dorios ataviados con uniformes de las SS.

No hay nada que pruebe que los dorios fueran racialmente diferentes de los demás griegos. Aquí se ha entrometido el delirio sobre la supuesta raza aria y su no menos presunta superioridad física y espiritual. En realidad los arios eran un pueblo indoeuropeo concreto que se aposentó en el norte de la India, valiéndose de los famosos carros de guerra que les conferían superioridad táctica sobre sus rivales. Del nombre de «arios» proviene el del país de Irán: el antiguo persa y el antiguo indio eran idiomas muy próximos. Pero los arios -ahora se los suele llamar indo-iranios para evitar connotaciones racistas-, los germanos y los dorios no tenían otra cosa en común que su pertenencia a la familia lingüística indoeuropea. Así que entre los dorios no debía haber demasiados rubios como Hitler.

(Vaya, pero si Hitler tampoco era rubio).

Por su parte, Asimov asegura que los dorios barrieron de los campos de batalla a los micénicos porque traían con ellos el hierro, cuyo secreto habían aprendido de los hititas. «Las espadas de hierro podían atravesar fácilmente los escudos de bronce. Las lanzas con puntas de bronce y las espadas de bronce rebotaban, melladas e inocuas, en los escudos de hierro» (Asimov, 1981, p.11). Una visión un tanto exagerada de la superioridad del hierro sobre el bronce. ¡Ni que las espadas dorias fueran los sables de luz de los caballeros Jedi!

Pelear con un escudo de hierro habría sido como intentar hacerlo con la tapa de una alcantarilla. Los escudos de los hoplitas griegos de siglos posteriores eran de madera, y cuando los forraban de metal usaban una fina chapa de bronce: la combinación, al parecer, no se dejaba atravesar con tanta facilidad. Y algunas puntas de lanza siguieron siendo de bronce en época muy posterior a la que describe Asimov, lo que demuestra que no era un metal tan inferior.

LAS ETNIAS GRIEGAS

¿En qué se diferenciaban las etnias griegas?

Para empezar, cada etnia compartía algunas costumbres. Por ejemplo, las mujeres dorias tendían a usar peplo y las jonias quitón (eran dos tipos distintos de túnica), aunque por supuesto las modas podían cambiar. Las fiestas Carneas en honor de Apolo eran propias de los dorios, mientras que las Apaturias eran típicamente jonias; de nuevo, con excepciones, como Argos, ciudad doria donde parece que no había Carneas. Los pueblos dorios se organizaban en tres tribus ancestrales, y los jonios en cuatro, etcétera.

La gente reconocía a los demás por su acento y por su dialecto. Por ejemplo, para dirigirse a su madre los jonios atenienses decían O métery los dorios espartanos, que además seseaban, decían O máter. Existían bastantes diferencias entre dialectos: aunque en teoría cualquier griego se podía entender con otro, probablemente había hablantes con acentos muy cerrados que resultaban casi ininteligibles para los demás.

Pero, sobre todo, los diferentes grupos apelaban a tradiciones de fundadores comunes -Ión para los jonios y Doro para los dorios- y a que, supuestamente, habían vivido juntos en el pasado. Esos relatos sobre antepasados míticos y territorios primordiales, algunos o muchos de los cuales contendrían un pequeño

núcleo histórico, no se transmitían de forma pasiva, sino que crecían, se adornaban y modificaban con el paso de los siglos para construir una «conciencia étnica» (retocar el pasado es una afición muy humana, y no sólo en nuestros días).

Un ejemplo es el de Atenas y su relación con los jonios. En el siglo vi, a partir de Solón, los atenienses afirmaron que ellos mismos eran jonios, pues por aquel entonces admiraban la refinada cultura de ciudades como Mileto o Éfeso. Después, tras la expulsión de los tiranos, se sintieron más seguros de sí mismos y empezaron a considerarse autóctonos: afirmaban que eran descendientes de Erecteo, nacido de la tierra, y que siempre habían vivido en el Ática. Fue entonces cuando los atenienses abolieron el sistema tradicional de las cuatro tribus jonias y las sustituyeron por diez de nueva creación.

A lo largo del siglo v, debido a la rivalidad con Esparta, las tensiones étnicas se polarizaron en torno a las dos grandes ciudades. A los atenienses les convenía de nuevo estrechar lazos con los jonios, para lo cual aseguraron que éstos eran descendientes suyos. Para sembrar la idea se hacía propaganda incluso en las tragedias, como en el Ión de Eurípides, que mediante un giro argumental convertía a Ión en antepasado de los jonios sin ser él mismo jonio, sino nieto del ateniense autóctono Erecteo (Hall, 2000).

Así pues, ni los dorios eran superhombres arios ni traían con ellos un arma secreta. Ahora bien, ¿invadieron el Peloponeso en algún momento?

Lo que atormenta a los arqueólogos es que esa supuesta invasión doria no dejó cambios materiales apreciables: ni tumbas espectaculares ni nuevas fortalezas ni una cerámica digna de tal nombre. Como mucho, se les atribuía un tipo concreto de espada y una fibula -una especie de horquilla- en forma de arco. Por esa escasez de pruebas, algunos arqueólogos niegan del todo que se produjera una invasión.

Adrados, en cambio, cree que los dorios entraron desde el noroeste, pero no dejaron apenas huellas en el registro arqueológico porque tenían una cultura material muy pobre. Hay ejemplos de invasiones atestiguadas por la historia que, sin embargo, no se detectan arqueológicamente (Adrados, 1998, p. 71). Si no fuera porque nos lo relatan textos históricos fiables, tal vez no sabríamos que en el siglo in a.C. cerca de 10.000 guerreros galos con sus familias invadieron Asia Menor, saquearon todo lo que pudieron y, a pesar de ser derrotados en el campo de batalla, acabaron fundando un pequeño reino conocido como Galacia.

La solución más verosímil es que los dorios llegaron al Peloponeso después

de la caída de los reinos micénicos, aprovechando un vacío de poder y de población. ¿Por qué es tan necesario suponer que los dorios aparecieron en un momento dado? Porque, aparte de lo fiables que puedan ser los mitos sobre el retorno de los Heráclidas -se trataba de propaganda dórica, sin duda, pero con una pizca de verdad-, sólo una invasión puede explicar el complicado mapa de los dialectos griegos.

Partamos de la época micénica. En aquel entonces en Grecia no podía existir una lengua única, porque ya hemos visto que ésta no es una situación natural. Pero sí habría un griego al que Adrados llama «oriental», con pocas diferencias dialectales, que se extendería desde el sur de Grecia hasta Tesalia en una especie de continuum.

Supongamos que a partir del año 1100 o 1050 los dorios y otros pueblos, hablantes de un griego «occidental», bajaron desde las montañas del noroeste. No es necesario imaginar que lo hicieron como Gengis Kan o Tamerlán, apilando montones de cabezas y arrasándolo todo a su paso: pensemos simplemente en una emigración en masa, con las mujeres, los niños, las cabras, los escasos enseres domésticos, a veces por las buenas y a veces por las malas. El caso es que los dorios se introdujeron como cuñas entre poblaciones que ya estaban allí antes que ellos, separando Arcadia del Ática y Tesalia, una situación, salvando las distancias, similar a la de los territorios palestinos separados por Israel.

Esto explicaría la división en dialectos del continente. El dorio ya traía diferencias con los demás dialectos, y éstos las habrían agrandado entre sí al quedar separados: el jonio en torno a la zona de Atenas, el arcadio en Arcadia y el eolio en Tesalia. Pero ¿cómo se explica el dibujo de la división dialectal en las islas del Egeo y en las costas de Asia Menor?

Durante la Edad Oscura hubo muchos más movimientos de población. Según diversas tradiciones, los jonios eran refugiados de los reinos micénicos que llegaron a Atenas y desde ahí se dirigieron a Asia Menor, colonizando de paso las islas por las que iban «saltando». ¿De qué huían? Podemos pensar que de la invasión de los dorios, pero tal vez abandonaban unas tierras que habían quedado arruinadas por la Catástrofe y en las que ahora reinaba el caos. La zona de Asia Menor que escogieron sería, con el tiempo, la más próspera del Egeo, y las ciudades jonias formaron una especie de confederación conocida como Dodecápolis -doce ciudades- entre las que destacaron Éfeso, la marinera Focea y Mileto, la cuna de la filosofía.

Los dorios, como se comprueba por el mapa, se ciñeron a las islas situadas más al sur y a la costa suroeste de Asia Menor, como si se movieran en una línea casi recta desde el extremo sur del Peloponeso en su «salto» allende el Egeo. No sería tan raro que la colonización jonia y la doria hubieran avanzado en paralelo, y que en más de una isla hubiesen chocado violentamente.

En cuanto a los hablantes del dialecto eolio, su paso a Asia Menor debió producirse por el norte del Egeo, como corresponde también a su situación más al norte de Grecia. La tradición atribuye esta primera migración a un tal Pentilo, que colonizó la comarca de Troya y la isla de Lesbos.

Como vemos, estos movimientos poseen cierta lógica geográfica. Tiempo después los jonios, más emprendedores, plantarían colonias en la costa norte del Egeo, estropeando de alguna manera el bonito dibujo de líneas paralelas que cruzan este mar.

¿Y a qué se deben los elementos comunes entre los dialectos de Arcadia y Chipre? Serían arcaísmos. Los arcadios quedaron aislados de los movimientos del resto de Grecia porque vivían en una región pobre y difícilmente accesible, mientras que Chipre, donde ya había asentamientos griegos desde época micénica, se encontraba demasiado lejos para sufrir las convulsiones que afectaron a Grecia. Ambos dialectos evolucionaron poco, y por eso se parecen.

Éste es un resumen que, aunque no lo parezca, intenta ser simplificado, y en el que, como es habitual, no existe acuerdo. Con todo, a mí me parece una explicación verosímil. Un panorama similar de migraciones y convulsiones debía de ser el que tenía en mente Tucídides cuando escribió el siguiente pasaje:

Da la impresión de que la que hoy se llama Grecia no estaba habitada de forma estable. Al contrario, al principio se producían migraciones, ya que todos abandonaban con facilidad su residencia, forzados por otros pueblos siempre superiores en número. No existía comercio y era difícil relacionarse unos con otros tanto por tierra como por mar. Cada uno trabajaba en lo suyo lo justo para sobrevivir, y no tenían excedentes de bienes ni cultivaban la tierra, ya que nadie sabía cuándo podía aparecer cualquiera a arrebatarse lo suyo, pues no tenían murallas. Como, además, pensaban que podían encontrar en cualquier parte el sustento cotidiano, para ellos no era ningún problema emigrar [...]. En el Ática, sin disputas internas debido sobre todo a la pobreza de su suelo, habitaron siempre los mismos hombres [...]. De la gente que, por culpa de la guerra o de las luchas internas civiles, se veía expulsada del resto de Grecia, los más dinámicos se

refugiaban entre los atenienses con la idea de que allí estaban seguros, y convirtiéndose enseguida en ciudadanos acrecentaron aún más la población de la ciudad, de modo que más tarde enviaron colonias a Jonia, ya que el Ática no era suficiente para ellos (Tucídides 1, 2).

En realidad, la intención de Tucídides es reflejar la situación previa a la Creta de Minos. Me temo que condensó demasiado en el tiempo las tradiciones orales que le llegaron, porque casi unía el esplendor de la Creta minoica con la época de la guerra de Troya, cuando había varios siglos de separación. En mi opinión, esta descripción refleja una situación auténtica, pero posterior a lo que creía Tucídides:3 es ni más ni menos que lo que ocurría en la Edad Oscura.

La autoridad se había desintegrado con la caída de los palacios; excepto, parece, en lugares como el Ática, que se convirtió en una especie de refugio y de trampolín para saltar a Asia Menor. La economía se centró en el pastoreo y en una vida semisedentaria o seminómada, según queramos verlo. Habría agricultura, por supuesto, pero no con explotaciones intensivas como antes. Sin autoridad central, la red de caminos quedó abandonada y nunca se reconstruyó del todo. Las aguas volvieron a empantanar los terrenos del lago Copais, y así debió de ocurrir en muchos otros lugares que sólo se habían mantenido secos y salubres a fuerza de mucho trabajo. Algunos autores sugieren que la población llegó a reducirse al diez por ciento de la que había en época micénica. Aunque me resulte un dato exagerado, hay muchas zonas que debieron de quedar deshabitadas, y la naturaleza seguramente reclamó de nuevo lugares que habían estado poblados y cultivados. (Llama la atención que muchos trabajos de Heracles tengan que ver con el exterminio de monstruos y animales salvajes en las tierras del Peloponeso que antaño fueron el reino de los micénicos. Quizá reflejen la lenta reconquista de esos terrenos a partir del año 1000 a.C.).

No es extraño que en una época tan agitada se recurriera más a la incineración de los cadáveres que a su entierro. No sólo porque resultaba más barato, sino también porque podía ser más cómodo llevarse las cenizas del difunto si había que cambiar de asentamiento constantemente. No se volvieron a levantar grandes sepulturas como las de los señores micénicos. El resto de la cultura material era tan humilde como las prácticas funerarias. No se construyeron más palacios, ni se encuentran apenas objetos de lujo en los yacimientos: adiós a los puñales con incrustaciones, los sellos de oro, las joyas, las paredes decoradas con frescos, etcétera.

Tan sólo la cerámica se mantuvo. Poco a poco, a partir de piezas muy

humildes y, por qué no decirlo, más bien feas, se desarrolló un nuevo estilo: el geométrico. Al principio la decoración de las vasijas era muy simple, círculos y poco más. Pero los artistas se fueron animando con motivos más complicados, como meandros, grecas y zigzags que rodeaban el vaso en bandas. Llevados por un horror vacui muy típico de esa época y de los siglos siguientes, no dejaban prácticamente un rincón del ánfora sin decorar. Por fin, hacia el siglo ix se animaron a pintar de nuevo seres humanos. Lo hacían de forma muy estilizada, con la cabeza de perfil, el cuerpo triangular y una estrechísima cintura que contrastaba con unos glúteos y unos muslos de corredores de 100 metros. Donde se encuentran más y mejores muestras de este arte geométrico es en Atenas, sobre todo en el Dipilón, con algunas ánforas que llegan casi a los dos metros de altura.

Como hemos visto, Atenas sobrevivió a la Catástrofe mucho mejor que otros lugares: no se aprecian allí huellas de destrucción, ni tampoco de ruptura o despoblación. Hubo otros sitios, como Lefkandi, en la costa occidental de Eubea, que también prosperaron en la Edad Oscura. Allí se ha encontrado el primer gran monumento funerario en honor a los héroes, un edificio de casi 50 metros de longitud por 10 de ancho, rematado por un ábside. Pero, en general, el panorama es de atraso y desolación.

Es posible que si no hubieran caído los palacios, y con ellos la minuciosa burocracia micénica que, en cierto modo, recuerda a la de las llamadas civilizaciones hidráulicas -Egipto y Mesopotamia-, la Grecia que tanto admiramos no hubiera llegado a existir. Quizá la polis griega, que ya no dependía de un palacio central y que se basaba en una fuerte cohesión social y en cierta tendencia a igualar a los ciudadanos, nació a partir de una reacción muy antigua contra las élites micénicas.

EL CULTO A LOS HÉROES

Aunque nosotros llamamos héroe a alguien que realiza grandes hazañas, para los griegos los héroes eran muertos poderosos, espíritus de un nivel intermedio entre los dioses y los hombres. Se cree que su culto no existía en la época micénica y que apareció más tarde, quizá por el asombro que despertaban en los griegos de la Edad Oscura las grandes tumbas micénicas.

El culto a los héroes estaba teñido de un matiz siniestro que los asemejaba a los rituales funerarios y a la adoración a las divinidades ctónicas -propias de la

tierra, para entendernos-. Solía practicarse de noche, ofreciendo animales de color negro a los que se quemaba por completo sobre el altar en un sacrificio conocido como «holocausto», literalmente «todo quemado». En el culto normal a los dioses, la mayor parte de la carne se repartía entre los asistentes y se comía durante la fiesta, pero se ve que a los griegos no les agradaba compartir alimentos con los muertos ni con los dioses infernales. ¡Mal fario!

Sería tentador pensar que, de alguna manera, los atenienses y otros pueblos griegos hicieron con sus reyes algo parecido a los romanos que fundaron la República, y que esa rebelión contra la autoridad central tuvo que ver con la convulsión final de la época micénica. Sin hacer más historia ficción, creo que, si no se hubieran desintegrado las grandes unidades políticas de la Grecia micénica, no habría nacido la polis que conocemos, con sus peculiares y nuevos sistemas de gobierno y su pensamiento independiente. Tal vez sin una edad oscura no habría sido posible el milagro griego.

¿QUÉ LES HACÍA SENTIRSE GRIEGOS?

La primera cuestión que se plantea es si todos los griegos se sentían griegos. Después de las Guerras Médicas una ola de patriotismo invadió Grecia continental, las islas del Egeo y la costa de Asia Menor, y ese patriotismo les hizo reinterpretar su pasado convirtiéndolo en más «griego» de lo que realmente era. Ahora bien, una prueba de que los helenos creían tener algo en común, al menos a finales de la Época Arcaica, es que se unieron contra la invasión de los persas.

Para sentirse unidos no hay nada como encontrar un «otro», un espejo negativo que en vez de devolvernos nuestro reflejo nos enseña una contraimagen. Si ese otro, además, se convierte en enemigo -como pasó con los persas-, nos sentiremos mucho más unidos todavía a los que consideramos como «los nuestros». Bien lo saben los nacionalistas, que buscan enemigos por todas partes para cohesionar sus filas.

En el caso de los griegos, ellos tomaron contacto con muchísimos pueblos de «otros» a raíz de la gran colonización entre los siglos VIII y VI. Al encontrar culturas tan diferentes de la suya, se dieron cuenta de que ellos, fueran jonios, dorios o eolios, se parecían más entre sí de lo que habían creído hasta entonces. Además, en muchísimos casos pudieron sentirse culturalmente superiores.' La mayoría de los pueblos con los que se encontraban en las orillas del Mediterráneo o del mar Negro eran nómadas o seminómadas, mientras que ellos poseían sus polis y una civilización urbana. Como mucho, esas gentes habitaban en pequeñas aldeas, y

llevaban armas y vivían de la piratería y el saqueo, actividades que los griegos del siglo viii empezaban a considerar poco honorables. Sobre todo, los demás pueblos tenían costumbres diferentes, tanto a la hora de vestir, comer y beber como de adorar a sus dioses, honrar a sus muertos, tratar a sus mujeres, etc. Y los griegos, como se aprecia en los entretenidos relatos etnográficos de Heródoto, se fijaban especialmente en las diferencias para así reafirmar su propia personalidad.

LA POLIS

¿Qué caracterizaba a una polis griega?

Se trataba de una comunidad políticamente independiente de cualquier otra, con sus propias estructuras de gobierno basadas en un cuerpo cívico. Este conjunto de ciudadanos podía estructurarse en grupos con más o menos derechos. Cuando sólo un grupo reducido de ciudadanos gozaba de todos los derechos políticos, se trataba de una oligarquía. Si los derechos se extendían a capas más amplias, incluyendo artesanos, jornaleros, pequeños campesinos, etc., podía definirse como una democracia, estadio al que llegaron algunas ciudades al final de la Época Arcaica. Eso no quiere decir que los derechos cívicos alcanzaran a todos, ni siquiera en una democracia: había que excluir a los extranjeros, estuvieran de paso o ya asentados en la polis, y a los esclavos. Además, el cincuenta por ciento de la población, las mujeres, poseía derechos cívicos reducidos, restringidos a ciertos ámbitos como el religioso o el familiar (aunque en algunas ciudades, como Esparta, gozaban de derechos de propiedad sobre la tierra igual que los hombres).

Físicamente, la polis se organizaba alrededor de un centro urbano, amurallado o no. Desde el punto de vista griego, lo importante para distinguir una polis de una aldea bárbara era que en la polis el espacio estaba organizado. Dentro de esa organización había terrenos y edificios públicos construidos alrededor de la plaza, el ágora, cuyo significado etimológico es «lugar de reunión». Los ciudadanos se congregaban allí para las tareas de gobierno o para llevar a cabo diversas actividades y rituales que ayudaban a crear vínculos de unión entre la comunidad, como se hacía también en los gimnasios, auténticos centros de vida social. A diferencia de las ciudades micénicas, en las que dominaban los palacios, el principal edificio de la polis griega era el templo. Alrededor de él -y no dentro- se organizaban el culto religioso y las fiestas que servían para reforzar su identidad. Con el tiempo, conforme prosperaron, las polis griegas compitieron por construir templos más lujosos y elegantes.

Las polis solían ser pequeñas. Incluyendo las tierras que las rodeaban, su extensión media era de unos 80 kilómetros cuadrados, y muchas apenas llegaban al millar de habitantes. Por supuesto, existían ciudades mucho mayores, como Tebas, Corinto o las ciudades de Jonia. Un caso extremo era el del Ática, una polis de 2.500 kilómetros cuadrados, cuyo núcleo urbano era la ciudad de Atenas. Se calcula que llegó a haber unas 700 polis en Grecia.

Los griegos no tenían esa preocupación por aprender lenguas extranjeras que tanto nos tortura a los españoles (alguien ha definido al español como un señor que se pasa toda su vida intentando aprender inglés). Ni siquiera se tomaron muchas molestias por aprender latín cuando se convirtieron en súbditos de Roma: la lengua del Imperio romano de Oriente era el griego. Para los helenos, todos los que no hablaban su idioma eran bárbaros. El significado de esta palabra era al principio puramente lingüístico, pues lo usaban también para pueblos más avanzados que ellos, como los egipcios o los persas. Las connotaciones que para nosotros tiene el término «barbarie» llegarían más tarde.

Literalmente, el término bárbaro; se refería a gente que al hablar hacía bar-bar-bar, una onomatopeya similar a nuestro «bla-bla-bla», tan utilizado en los finales de las historietas de Mortadelo. En realidad, tanto la onomatopeya griega como la nuestra son vestigios antiquísimos, ya que ambos provienen del indoeuropeo. Así lo atestiguan el término sánscrito barbarah, «balbuceante», y cambiando la «r» por «b», algo típico en las consonantes líquidas, el latín balbus, «tartamudo», de donde proviene nuestro propio término «balbucear».

ELEMENTOS DE IDENTIDAD: LOS DIOSES

Además de hablar una lengua igual o muy parecida, los griegos también adoraban a los mismos dioses. Sin duda, uno de los aspectos más conocidos de la cultura griega es su mitología. Me apresuro a añadir que nunca fue un bloque inmóvil, pues los griegos no poseían nada parecido a una Biblia: la mitología se reinventaba y crecía constantemente. Muchas historias míticas poseen gran antigüedad, pues aparecen ya en Homero o Hesíodo, pero otros elementos son posteriores, como la invulnerabilidad de Aquiles -salvo en el talón- o el triste final de la historia de Jasón y Medea.

En la mitología griega encontramos criaturas fabulosas, como centauros, sirenas aladas, gigantes de todo pelaje, licántropos, dragones de múltiples cabezas o enormes bestias marinas. Pero en la imaginación griega estos seres poco a poco quedaron relegados a los rincones de la Tierra, al inframundo, a bosques profundos

o mares apartados. En ocasiones los cazaban héroes como Heracles y Teseo, y a veces eran los mismos dioses quienes acababan con ellos.

En ese proceso de limpiar de monstruos su mundo imaginario, los griegos humanizaron cada vez más a sus divinidades. Por eso, aunque en la mitología griega encontramos muchos elementos fantásticos, es más realista que otras, como la sumeria, la egipcia o la nórdica. Los dioses principales de su panteón mostraban un aspecto igual que el nuestro, sólo que muy mejorado. La frase «el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza» de Nietzsche se aplica perfectamente a los griegos. Entre ellos mismos ya había quienes observaban esa creciente humanización con ironía, como el filósofo y poeta jonio Jenófanes, quien dijo que si los bueyes representaran a sus dioses, seguramente los pintarían con cuernos como ellos.

En cierto modo, al humanizar a sus dioses, los griegos buscaban tranquilizarse y creer que el universo que los rodeaba estaba regido por fuerzas racionales. Quienes gobernaban las aguas, el cielo o el ciclo vital de las plantas no eran monstruos primordiales, ciegos y estúpidos, sino (súper)individuos como Poseidón, Zeus o Deméter, cuya conducta podía ser más o menos previsible y con los que se podía negociar ofreciéndoles abundantes sacrificios.

Pero sólo hasta cierto punto. Los dioses poseían un temperamento más visceral que los humanos, y su ira resultaba terrible y a veces arbitraria. Si alguien en una ciudad cometía un sacrilegio, aun de forma involuntaria, el dios Apolo podía castigar a toda la comunidad disparando a discreción sus flechas invisibles y desatando mortíferas epidemias. Más ejemplos: cuando la reina Casiopea presumió de que su hija Andrómeda era más guapa que las mismísimas Nereidas, éstas, en lugar de tomar represalias directamente contra Casiopea, convencieron a Poseidón de que enviara contra Etiopía un monstruo marino que mató a muchísimos súbditos inocentes. Ya hemos visto cómo la decisión de Paris de elegir a Afrodita provocó que Hera y Atenea se convirtieran en enemigas mortales de Troya, y aquello también acabó en muerte y destrucción. No es que los troyanos no tuvieran la culpa, es que ni siquiera la tenía Paris, pues le obligaron a ejercer de juez en contra de su voluntad.

En el fondo, las pasiones intensas y a menudo mezquinas y pueriles de los dioses representaban el carácter imprevisible de la naturaleza que, cuando creemos tenerla controlada, nos sorprende con algún zarpazo devastador en forma de sequía, temporal o tsunami. Así que unos dioses dotados de razón humana, pero caprichosos, se correspondían con un universo a medias comprensible y a medias aterrador.

No resulta extraño, por tanto, que los griegos recelaran de sus dioses y procuraran no acercarse demasiado a ellos. El templo griego no era un centro de reunión, sino el lugar donde se alojaba la divinidad, representada por su imagen; en algunos casos, tan grande como la Atenea del Partenón, que medía doce metros de altura. Ante aquella presencia imponente, los fieles se sentían sobrecogidos -la palabra griega para ese temor era thámbos-, y preferían quedarse fuera y hacer los sacrificios en el exterior.

En ese tránsito de lo monstruoso a lo humano, los griegos crearon un curioso y a veces salvaje relato de sucesión dinástica, del que se han encontrado numerosos paralelos y antecedentes orientales.

El primer dios fue una entidad impersonal, una especie de vacío primordial conocido como Caos (el significado de Caos = desorden es posterior). De Caos surgió Gea, la Tierra; para muchos, se trataba de la gran diosa madre adorada en la Vieja Europa. Gea y su hijo Urano -el cielo estrellado- se unieron y alumbraron una serie de vástagos. De más monstruosos a menos, eran los Centimanos, los Cíclopes y los Titanes. El más joven de éstos, Cronos, reemplazó a su padre como soberano del mundo mediante un procedimiento de lo más tajante: lo castró con una hoz.'

Cronos se casó con su hermana Rea. Para evitar que alguno de los hijos que engendraba tuviera tentaciones de castrarlo o gastarle alguna broma semejante, Cronos se dedicó a devorarlos según nacían. Cuando llegó el momento de alumbrar por sexta vez, harta de parir en balde, Rea tomó una piedra, la envolvió en pañales y se la dio a Cronos, que se la tragó sin rechistar (no sé por qué, pero cuando pienso en esto siempre me imagino a Cronos sentado delante de la tele para ver un partido de fútbol con los amigotes y echando mano al plato de ganchitos sin mirar lo que come).

Rea bajó a Creta y allí dio a luz a su último hijo. El recién nacido, Zeus, se crió en una gruta del monte Ida, y cuando se hizo mayor subió a los cielos para desafiar a su padre. Disfrazado de copero, vertió un emético en su copa, y Cronos vomitó a los cinco dioses que se había tragado. También expulsó la piedra: aquello fue un cólico titánico en el sentido literal. Los hermanos de Zeus, ya aseados, le ayudaron a combatir contra su padre y el resto de los Titanes. Por fin, tras diez años de luchas, Zeus venció, se convirtió en soberano supremo de los dioses y se repartió el mundo con sus hermanos varones: los cielos para él, el inframundo para Hades y las vastas aguas saladas para Poseidón. ¿Y la tierra? En ella mangoneaban todos los dioses.

Estos conflictos dinásticos entre seres primigenios y a menudo monstruosos contra dioses cada vez más humanos parecen representar la propia lucha del hombre por doblegar a la naturaleza. Pero no cesaron con la guerra contra los Titanes: ya convertido en soberano de los dioses, Zeus todavía hubo de enfrentarse a los ataques de los Gigantes y de una monstruosa criatura denominada Tifón.

Tanto los Gigantes como Tifón eran seres nacidos de Gea, la Tierra. También lo era Pitón, el dragón monstruoso al que Apolo mató para apoderarse del oráculo de Delfos. Hay autores que ven en las luchas de Zeus y Apolo contra estos monstruos nacidos de Gea el reflejo de un antiguo enfrentamiento entre pueblos. A un lado estarían los invasores griegos, que traían con ellos sus costumbres patriarcales y sus dioses celestiales y bastante machistas. Al otro, la cultura de la Vieja Europa, matriarcal y dominada por poderosas diosas femeninas de carácter terrestre.

Algo de cierto puede haber. Pero las diosas no quedaron arrinconadas: seguían teniendo un papel básico en la religión griega, más incluso en el ritual que en la mitología. Los habitantes de Argos, como ya quedó dicho, fechaban sus acontecimientos por los años que llevaba en el cargo la sacerdotisa de Hera. Cuando Poseidón y Atenea compitieron por convertirse en patronos de Atenas, ganó la diosa, como es fácil deducir del nombre de la ciudad. Antes de la batalla de Maratón, los atenienses se encomendaron a Ártemis la cazadora. Y aunque Apolo fuese un dios varón, quien adivinaba el porvenir en su oráculo era una mujer, la Pitia.

Una vez sentado en su trono, del que era más difícil arrancarlo que a un ministro, Zeus gobernaba el mundo y trataba de hacer lo mismo con su familia, que a veces se le desmandaba. En una ocasión, le regalaron un trono con unas argollas que se cerraron mágicamente sobre sus muñecas. «¡Feliz día del padre!», debieron decirle mientras él rumiaba su venganza, que efectivamente llevó a cabo.

La familia de Zeus era muy numerosa, porque se casó varias veces -con Temis, Metis y Mnemósine-, hasta contraer matrimonio definitivo con su hermana Hera. Además, mantuvo infinitas relaciones extraconyugales, de forma que casi todos los dioses jóvenes eran sus hijos, y la mayoría de los linajes nobles de Grecia y parte del extranjero descendían de él. Se le representaba con un rayo, el arma definitiva de poder con el que solventaba todas las discusiones a fuerza de megavoltios, y en compañía de un águila, animal simbólico de la realeza. Poseía santuarios por toda Grecia, entre los que destacaba el de Olimpia, y un importante oráculo en Dódona donde los sacerdotes adivinaban el futuro escuchando el

susurro del viento en las hojas de un roble sagrado.

CURIOSIDADES ETIMOLÓGICAS

El nombre de Zeus proviene de una raíz indoeuropea con tres vocalismos posibles, *Dieu-/Diou-/Diu-, que según las lenguas dio resultados fonéticos muy distintos. El nominativo griego era *Dieu-s, Zeus, pronunciado más o menos «dseus», pero en la exclamación en acusativo Ma ton Día el nombre cambiaba de forma irreconocible (al principio fue Díwa, pero esa w se perdió, como ya comentamos al hablar de Homero).

En latín, la forma de dirigirse a él como padre, evolucionó a Iuppiter, que ha dado nuestro Júpiter. Mientras que del genitivo *(D)Iou-is, aplicado al día consagrado a este dios y su planeta, proviene nuestro jueves. Como el temperamento que se le atribuye a este dios, <jovial>. ¿Quién habría pensado que «Zeus», <Júpiter> y <jovial> provienen de la misma raíz?

Su esposa Hera protegía el matrimonio, y bastante trabajo tenía manteniendo el suyo a flote con un marido tan aficionado a mujeres y diosas. A Hera le corresponde un papel antipático en la literatura mitológica: siempre procura vengarse de las amantes de Zeus y de sus hijos, como en el caso de Heracles, al que le metió dos serpientes en la cuna cuando era un bebé. (Se ve que a la Disney este mito le parecía poco adecuado para el público familiar, así que convirtieron a Hera en la amantísima madre de Heracles. ¿Adulterio en las salas de cine? ¡De ninguna manera!). Pero su función en la vida religiosa era muy distinta, pues recibía una gran veneración con el epíteto de Potnia. Asimilada a la diosa Ilitía, también protegía a las mujeres en el parto, el peligro más terrible de la época: estadísticamente, una mujer a punto de dar a luz tenía más probabilidades de morir que su marido combatiendo en una falange de hoplitas.⁶

Poseidón era el dios del mar, aunque en su carácter se adivinan rasgos más antiguos relacionados con la tierra. Su animal era el caballo y su arma el tridente, con el que provocaba los terremotos tan frecuentes en Grecia. Algo debía fallarle en el ADN, porque cada vez que se acostaba con una diosa o mujer engendraba criaturas extrañas que no se parecían ni al padre ni a la madre: lo mismo le salía un cíclope gruñón y antropófago como Polifemo, que un dios con cuerpo de pez como Tritón o un caballo alado como Pegaso (!).

Hades gobernaba el infierno, adonde iban a parar todos los muertos. ¡En Grecia no había ni cielos poblados de ángeles ni paraísos con huríes! El inframundo griego era un lugar gris y aburrido, pero en general no se torturaba a nadie, salvo que hubiese cometido algún delito especialmente ofensivo para los dioses. Sísifo, que engañó a la muerte, tenía que hacer rodar una piedra eternamente por una pendiente, y Tántalo, que ofreció carne humana a los dioses, se veía condenado a sufrir hambre y sed a pesar de que tenía succulentos manjares al alcance de la mano.

Con el tiempo, aquellas perspectivas de ultratumba tan deprimentes dejaron de satisfacer a los griegos. Por eso desarrollaron cultos llamados «místicos», como los que se celebraban en Eleusis, en los que los iniciados realizaban rituales de purificación y aprendían secretos destinados a conseguirles un lugar mejor en el más allá, una especie de pequeño paraíso dentro del reino de Hades. A este dios, por cierto, apenas se le rendía culto. Su propio nombre significaba algo así como «invisible», y no tanto por el yelmo que lo convertía en tal, sino porque el nombre era una declaración de intenciones: «¡Que no lo veamos!», venían a decir. Y enseguida lo sustituyeron por el de Plutón, otro nombre eufemístico que significa «rico» y que se explica por los tesoros que se almacenan bajo tierra.

Hestia, hermana de los anteriores, era la diosa virgen del fuego del hogar, y no tenía en Grecia la relevancia que poseía en Roma bajo el nombre de Vesta. Mucho más importante era Deméter, diosa que garantizaba la fertilidad de los campos y que, con su hija Perséfone o Core, presidía los Misterios de Eleusis, rituales secretos relacionados con la inmortalidad del alma. Deméter, de algún modo, era la heredera de la Gran Diosa Madre que adoraban los minoicos y otros pueblos de la Vieja Europa.

Aparte de los seis hermanos, moraban en el Olimpo otros dioses, la mayoría hijos de Zeus. La excepción era Afrodita, divinidad del sexo y el amor, que no descendía del rey de los dioses. Según la versión más extendida, nació de la blanca espuma que se levantó cuando el miembro mutilado de Urano cayó al mar -me temo que lo de la blanca espuma era un eufemismo-. El célebre cuadro de Botticelli la inmortaliza poco después de este momento, cuando los vientos la arrastraron a la isla de Chipre. Su epíteto «Cipris» la relacionaba con esta isla, y es posible que su culto llegara a Grecia desde allí: Chipre era un lugar de contacto con Oriente, y los rasgos de Afrodita la relacionan con la diosa sumeria Inana o con la babilonia Ishtar. Como ellas, Afrodita era una auténtica fuerza de la naturaleza a la que nadie se resistía, y cuando decidía que alguien se enamorara las consecuencias podían ser terribles, como sucedió en Troya.

Entre los dioses varones más jóvenes, el principal tanto en el mito como en el culto era Apolo. Este dios reunía en su personalidad rasgos muy complejos. Con el epíteto de «Febo», «resplandeciente», a veces se identificaba con el sol, y también con la luz de la razón. Como dios de la profecía tenía consagrado el oráculo de Delfos, que había conquistado a golpe de flecha, su arma infalible. Era el dios de la curación física -su hijo, Asclepio, patrocinaba la medicina- y también de la sanación moral, pues cuando había que purificar culpas se recurría a su consejo. Pero a él mismo a veces se le cruzaban los cables, como cuando exterminó a flechazos a los Cíclopes, lo cual le costó un año de trabajos forzados apacentando ganado.

Apolo era también el dios de la música, y nadie en el mundo tocaba la lira mejor que él. Considerando que además era el más guapo de los dioses, de donde procede el adjetivo «apolíneo», debería haber tenido un nutrido club de groupies. Sin embargo, coleccionó tantos rechazos que podría haber montado un puesto de calabazas en el mercado: Dafne, Casandra, Marpesa... El de esta última fue especialmente hiriente, pues Apolo le dio a elegir entre él y un mortal llamado Idas, y la joven escogió a Idas. Por una vez, y sin que sirviera de precedente en un dios, Apolo se tragó su orgullo de dios y aceptó la decisión sin tomar represalias (pero Marpesa, mujer, ¿no sabías lo insoportables que nos ponemos los hombres cuando nos entra la crisis de los cuarenta?).

Tan poderosa como Apolo era la diosa virgen, Atenea. Había nacido de la cabeza de Zeus, y, siendo hija de la mente, su principal virtud era la inteligencia, representada en la mirada viva y penetrante de la lechuza que le estaba consagrada. Por eso su favorito entre los héroes era el astuto Ulises, al que protege a lo largo de toda la Odisea. Era una diosa un tanto varonil -la virginidad parecía ser una negación de su condición femenina-, que cuando se calaba el yelmo y empuñaba la lanza podía poner en fuga al mismísimo Ares, dios de la guerra. Para compensarlo, los griegos la convirtieron también en una gran tejedora. En general, era muy hábil con las manos, y Platón la imaginó en uno de sus mitos compartiendo un taller de inventos y artesanía con Hefesto.

Hefesto era el patrón de los herreros, pero no sólo forjaba armas, sino que fabricaba todo tipo de objetos fabulosos, incluyendo unos robots que le ayudaban en la fragua. Cojeaba, porque en una ocasión Zeus lo tiró del Olimpo y era el más feo de los inmortales. Paradójicamente, lo casaron con Afrodita, diosa de la belleza. Hefesto era el único dios que se levantaba cuando todavía no había amanecido para ir a la fragua. De hecho, era prácticamente el único dios que trabajaba. ¿Qué recompensa obtuvo por su laboriosidad? Que su esposa Afrodita aprovechara sus ausencias para calentar la cama con el musculoso cuerpo de Ares. El cuadro de

Velázquez La J`ragua de Vulcano refleja el momento en que Hefesto se entera de que su propio hermano le ha adornado la cabeza con dos apéndices óseos.

De Ares hablaremos poco: violento, irracional, engañaba a su hermano Hefesto y, aunque era el dios de la guerra, en Troya lo derrotaron Atenea y, algo incluso más humillante, el mortal Diomedes. A los griegos no les caía bien, y a mí tampoco. Entre él y Atenea existía una gran diferencia. Atenea era una diosa guerrera, que en caso de necesidad recurría a la violencia. Ares era la guerra y la violencia.

Más simpático resultaba Hermes, hijo de Zeus y Maya. Resultaba tan difícil de atrapar como el metal de su nombre latino, Mercurio. El mismo día en que nació, se libró de sus pañales, que en aquellos tiempos eran más bien como una camisa de fuerza. Tras esta proeza digna de Houdini, le robó unas vacas a Apolo y se las llevó a una cueva. Después sacrificó una de ellas y, aprovechando que pasaba una tortuga por allí, la mató y usó su caparazón y las tripas de la vaca para fabricar la primera lira. Por último, volvió a su cuna y, cuando le reprocharon sus fechorías, puso la misma cara de inocencia que un jugador de baloncesto al que le pitan personal después de arrancarle un brazo al contrario.

A Hermes se lo representaba con alas en los pies o en el sombrero y con el caduceo, un bastón que tenía dos serpientes enrolladas. Su velocidad lo convirtió en recadero de su padre Zeus, y por ese motivo protegía a los heraldos, los mensajeros sagrados que llevaban correos y embajadas de ciudad en ciudad. También era el encargado de escoltar las almas de los muertos hasta el inframundo.

No hemos hablado de la hermana melliza de Apolo, Ártemis. Esta diosa virgen, la tercera de nuestra lista junto con Atenea y Hestia, vivía en las montañas y los bosques, acompañada por sus ninfas. Era tan certera con su arco de cazadora como Apolo, y en cierto modo representaba su envés: si a Apolo se lo identificaba con el sol, Ártemis era una diosa lunar. Curiosamente, en Asia Menor se la representaba de una forma muy distinta, como una diosa madre con un montón de pechos. En la ciudad de Éfeso le levantaron un templo gigantesco, considerado una de las Siete Maravillas: cuando los jonios se ponían a construir, eran más exagerados que sus primos del continente.

Hay quien sitúa fuera del Olimpo a Dioniso, hijo de Zeus y una mujer mortal llamada Sémele, y durante mucho tiempo se consideró que su culto había entrado en Grecia desde Oriente y en una época relativamente tardía. Pero ya hemos visto que su nombre aparecía en las tablillas micénicas. Tal vez se quería creer que

provenía del extranjero porque rompía la imagen luminosa y racional que se tenía de los griegos. Era el dios del vino, la embriaguez y la inspiración, de las fuerzas desatadas y reproductivas de la naturaleza. En sus ceremonias participaban sátiros y unas ninfas salvajes conocidas como ménades, entre danzas, cánticos y éxtasis. Esos rituales podían convertirse en auténticas orgías, por lo que las autoridades a veces intentaban prohibirlos. En el mito, así lo pretendió el rey Penteo, pero cuando quiso ejercer de antidisturbios, las mujeres que asistían al festejo -entre ellas su madre y su esposa- lo despedazaron literalmente con las manos. Nietzsche escribió que la religión griega era como una moneda, con una cara luminosa y racional, la apolínea, y un reverso oscuro, el dionisiaco (léase tarareando el tema musical de DarthVader).

Había muchas otras divinidades, cientos, miles de ellas. Algunas astronómicas, como Helios el Sol o Selene la Luna. Otras de la naturaleza silvestre, como Pan, Sileno o una infinidad de ninfas de los bosques y de las aguas. También las abstracciones se convertían en dioses: la Noche, el Engaño, la Escasez. En tiempos clásicos se crearon algunas nuevas, como la Persuasión, a la que se rendía culto en la Atenas democrática. Además, existían unas criaturas intermedias entre dioses y hombres, los daímones, una especie de genios que pululaban por el mundo (del diminutivo daimónion procede nuestra palabra «demonio»).

En suma, para los griegos todo estaba lleno de presencias sobrenaturales a las que se podía ofender en cualquier momento y cuyo favor había que ganarse. Eso explica que la religión impregnase cada actividad humana y que todo fuese un ritual: las labores agrícolas, el teatro, el matrimonio. Incluso la guerra: ningún general se atrevía a lanzar a sus hombres a la batalla si antes no ofrecía los sacrificios pertinentes y comprobaba que las vísceras de las víctimas tenían buen aspecto. Antes de tomar cualquier decisión importante, se consultaba a los oráculos de los dioses, lugares sagrados que hacían de puente entre el mundo divino y el humano.

ELEMENTOS DE IDENTIDAD: SANTUARIOS Y JUEGOS PANHELÉNICOS

Otro motivo de unión e identidad para los griegos era el respeto que sentían por unos santuarios determinados. Los más importantes eran el de Delfos, consagrado a Apolo, y el de Zeus en Olimpia, pero también consiguieron una gran reputación el de Poseidón en el istmo y el de Asclepio, dios de la curación, en Epidauro.

El oráculo de Delfos se hallaba en Grecia central, en una comarca conocida como Fócide. Era, y sigue siendo, un lugar bellísimo situado en las laderas del monte Parnaso y a poca distancia de las aguas del golfo de Corinto. En su origen perteneció a la diosa Gea, pero al dios Apolo le gustaron las vistas y decidió apoderarse de él, para lo cual tuvo que matar a Pitón, el dragón que lo custodiaba. El núcleo del poder místico de aquel lugar era el khásma, una grieta en el suelo de la que emanaban vapores. Unas cabras que pasaban por allí empezaron a balar con voz humana y a predecir el futuro, por lo que los pastores comprendieron que esos vapores eran el aliento de la diosa Gea, madre de todas las profecías.

Alrededor de la grieta se construyó el primer templo (hubo varios a lo largo de la historia de Delfos). La zona de suelo donde se encontraba la abertura se dejó sin pavimentar y encima de ella se colocó el trípode de bronce sobre el que se sentaba la adivina, una mujer conocida como Pitia o Pitonisa. Los días que se abría el oráculo a los fieles, la Pitia masticaba laurel y, ayudada por los vapores del khásma, entraba en trance. A veces ella misma profetizaba en hexámetros, y en otras ocasiones emitía palabras casi ininteligibles que los sacerdotes auxiliares del templo tenían que interpretar. Sobre este asunto hay controversia entre los expertos, como también en lo relativo al resto del proceso. Por ejemplo, no se le conocen propiedades psicotrópicas al laurel. ¿Sería de una variedad ya extinguida?

En cuanto al khásma, los autores clásicos hablan de esa grieta, pero los arqueólogos no han hallado rastro de ella. Se ha pensado que el santuario original no estuviera donde ahora se encuentran las ruinas. También es posible que en el templo se quemaran otras hierbas con propiedades alucinógenas, y que los consultantes interpretaran la humareda que se organizaba como los vapores proféticos de Gea. Por otra parte, lo más probable es que eligieran como sacerdotisas a mujeres propensas a la sugestión que podían entrar en trance autoinducido.

Los griegos aceptaban las palabras que salían de boca de la Pitia como si las pronunciara el mismo Apolo. Pero las profecías no salían gratis. El camino en zigzag que subía al oráculo estaba sembrado de «tesoros», pequeños templos que contenían las ofrendas enviadas por ciudades de toda Grecia y por reinos extranjeros. Entre las más valiosas se hallaban las que mandó Cresos, rey de los lidios, cuando quiso saber qué ocurriría si hacía la guerra contra los persas. A cambio, los donantes conseguían un gran prestigio y el derecho de promanteía, es decir, de ser atendidos por la Pitia antes que los demás.

La influencia de Delfos significaba poder, tan grande como el que tienen hoy

día los grandes grupos de comunicación pro o antigubernamentales. Como no se podía permitir que una sola ciudad monopolizara ese poder, el oráculo se hallaba bajo la administración de una organización que podríamos llamar internacional, la Anfitionía de Delfos, formada por doce ciudades. A pesar de eso, desde principios del siglo vi y hasta la época de Filipo y Alejandro estallaron hasta cuatro grandes conflictos por el control del oráculo, conocidos como Guerras Sagradas.

Otro santuario panhelénico era el de Olimpia, en la comarca de Élida, situada en la costa oeste del Peloponeso. Como Delfos, era y es un paraje de gran belleza natural. Lo recuerdo con cariño porque, después de dar miles de curvas en autobús mientras atravesábamos las montañas del Peloponeso, cuando llegamos por fin al valle del río Alfeo pensé que estaba en el paraíso y, con el mareo que tenía, sólo me faltó besar el suelo, como Juan Pablo II.

Olimpia estaba consagrada a Zeus, como supremo señor del Olimpo. Desde muy pronto se celebraron allí pruebas deportivas, típicas de la mentalidad competitiva de los griegos, pero mezcladas con el culto religioso. Esas competiciones, locales al principio, se hicieron más populares a partir del siglo viii, hasta que acabaron participando en ellas atletas de todo el mundo griego, incluidas las colonias de Occidente.

Al principio sólo corrían. Empezaron con el estadio, distancia que equivalía a unos 170 metros. Después fueron añadiendo otras distancias hasta llegar a la más larga, la carrera de 20 estadios, que hoy consideraríamos de medio fondo. También se agregaron pruebas de combate, graduadas de menor a mayor brutalidad. En la lucha, antepasada de la grecorromana, se trataba de derribar al adversario por medio de presas y llaves. En el pugilato, de dejarlo K.O. a puñetazos. En lugar de guantes, los boxeadores se enrollaban en las muñecas y los dedos unas tiras de cuero, no se sabe si para protegerse, para hacer más daño al contrario o para ambas cosas a la vez. Por último, el pancracio era como el full-contact de la época. Sabemos que estaba prohibido morder al contrario y sacarle los ojos. ¡No vayamos a pensar que eran unos bárbaros!

Los griegos practicaban el salto de longitud, modalidad cuyos detalles concretos han hecho correr mucha tinta. Las escasas marcas que nos han transmitido los autores antiguos superan los 15 metros. Si los atletas de hoy, con mejor alimentación, preparación más científica, zapatillas de clavos y suelos de tartán, no son capaces de pasar todavía de los 9 metros, es evidente que no podemos tomarnos en serio los récords griegos. Se ha especulado con que el salto fuese triple -la plusmarca actual supera los 18 metros, así que en teoría no sería

imposible-, que se contase el salto desde el arranque de la (breve) carrera para tomar impulso, o que haya errores de escritura en las cifras: los números se anotaban utilizando letras, y entre algunas de ellas existían semejanzas que a veces hacían equivocarse a los copistas.

Los saltadores utilizaban unas pesas de piedra o de plomo de unos dos kilos, con forma de teléfono antiguo, que balanceaban hacia delante al saltar y hacia atrás al caer de pie. Supuestamente, esas halteras servían para ganar distancia, aunque no está muy claro cómo lo conseguían.

Como todo el mundo sabe por la archiconocida estatua del Discóbolo, los griegos practicaban el lanzamiento de disco. A veces se producían accidentes: según el mito, en unos juegos celebrados en Tesalia a Perseo se le escapó el disco, que fue a parar a las gradas y le abrió la crisma a su abuelo Acrisio, sentado de incógnito entre el público. Se cumplía así una de esas tí picas profecías -«el hijo que nazca de tu hija te matará»- que los personajes de los mitos y los cuentos intentaban burlar, siempre en vano.

Había también lanzamiento de jabalina, una disciplina con aplicaciones prácticas en la guerra y en la caza. Sin embargo, la jabalina se fabricaba con maderas más ligeras que las pesadas lanzas de cornejo o de fresno utilizadas en combate. Al arrojarla se utilizaba una correa de cuero de más de un palmo de longitud, que añadía un impulso extra al brazo y además producía un efecto parecido a las estrías del cañón de un rifle: la lanza describía un movimiento rotatorio en el aire, lo que daba más estabilidad a su vuelo.

Para los atletas más completos existía una serie de pruebas combinadas, el pentatlón: los deportistas competían en jabalina y disco, salto de longitud, lucha y una carrera de un estadio.

Mucho se ha hablado de la desnudez de los atletas. De hecho, la palabra *gymnasia* proviene del adjetivo *gymnós*, «desnudo». ¿Qué hay de verdad? Es cierto que los griegos, con -os de masculino, tenían mucha facilidad para desnudarse, como puede apreciarse por las numerosas imágenes pintadas en vasos y ánforas. Según la tradición, el origen de esta desnudez se remontaba a la 14a Olimpiada, cuando Orsipo de Mégara dejó caer la ropa durante la carrera y llegó el primero a la meta. Desde entonces, se supone que todos los deportistas corrían en cueros. Sin embargo, este texto de Tucídides afirma lo contrario: «Antaño, incluso en los juegos Olímpicos, los atletas competían tapándose las partes pudendas con un taparrabos, y no han pasado demasiados años desde que dejaron de hacerlo» (Tucídides 1, 6).

De modo que la desnudez total debió de practicarse sobre todo en la Época Clásica. A los varones suelen chocarnos ciertos aspectos prácticos, relativos a los movimientos pendulares que acompañan a una carrera, pero parece que algunos atletas los solucionaban atándose el pene a la cintura con un cordel.

Con tanto hombre desnudo por las pistas, ¿se permitía que las mujeres asistieran a los juegos? En teoría no, y hasta podían ser condenadas a muerte por quebrantar la prohibición. Existe una curiosa historia a este respecto. Una mujer llamada Calipátira, hija de un legendario deportista, quería ver competir a su hijo Pisírrodo en la prueba de boxeo, así que se disfrazó de entrenador y se colocó tras la valla de separación. Cuando vio que su hijo vencía en la final, se dejó llevar por la alegría y saltó la valla, con tan mala suerte que se le enganchó el manto y se quedó completamente desnuda, o tal vez con una túnica interior que dejaba poco a la imaginación. A Calipátira se la perdonó en honor de su padre, pero desde entonces se estableció la norma de que los entrenadores también debían asistir sin ropa para evitar engaños.

Anécdotas aparte, sigue sin quedar claro si todas las mujeres, tanto solteras como casadas, tenían prohibido presenciar las pruebas deportivas, y si ocurrió así en todas las épocas.

Además de las pruebas con deportistas humanos, en Olimpia había carreras de carros y también de caballos. La de cuádrigas era la más espectacular y peligrosa, aunque no debía de llegar a los extremos de Ben-Hur. Las pruebas hípicas eran el deporte aristocrático por excelencia, pues la cría de caballos no estaba al alcance de todo el mundo. Entre los vencedores olímpicos aparecen nombres muy conocidos de la historia griega: los políticos atenienses Cimón y Alcibíades -que batió todos los récords copando con sus carros los cuatro primeros puestos en una Olimpiada-, los tiranos de Siracusa Gelón y Hierón, o Filipo de Macedonia, quien recibió la noticia de la victoria de sus caballos el mismo día en que nació su hijo Alejandro.

En los certámenes hípicos la gloria se la llevaban los propietarios, no los aurigas de los carros ni los jinetes. En las demás pruebas, en cambio, el premio era personal. No se repartían medallas: tan sólo el ganador recibía el galardón, una corona trenzada con las ramas de un olivo consagrado a Zeus. Un premio modesto; pero, a cambio, la fama de los atletas era imperecedera. Se les consagraban estatuas en Olimpia y, con suerte, poetas como Píndaro cantaban sus glorias en los poemas triunfales conocidos como «epinicios». Y a su regreso a casa les esperaban otras recompensas. Por ejemplo, la ciudad de Atenas mantenía a los vencedores de por vida cenando en el edificio del Pritaneo. Lo mismo, por cierto, que solicitó Sócrates

en su juicio cuando se le pidió que propusiera una alternativa a la pena de muerte. Es evidente que a los jueces no les hizo mucha gracia: todos sabemos cómo acabó Sócrates.

Los juegos Olímpicos modernos se han visto interrumpidos por las dos guerras mundiales y boicoteados por las superpotencias en un par de ocasiones. Sin embargo, en Grecia eran los juegos deportivos los que interrumpían las guerras. Unos meses antes de celebrarse, tres heraldos recorrían Grecia para anunciar que había llegado el momento de la tregua sagrada, la ekekheiría (literalmente, «las manos quietas»). De este modo podía acudir a Olimpia gente de todos los lugares. El santuario se enriqueció tanto gracias a los visitantes que pudo construirse un templo magnífico en honor de Zeus, y en el siglo v Fidias esculpió para él una gigantesca imagen del dios, una estatua de núcleo de madera con incrustaciones de oro y marfil que, sentada en su trono, superaba los 12 metros de altura.

Había otros juegos casi tan importantes como los Olímpicos: los Píticos, que se celebraban en Delfos, los de Nemea y los Ístmicos. Pero eran los juegos Olímpicos los que mejor representaban la identidad helena. Los deportistas participaban en ellos por el hecho de ser griegos y, a la vez, el hecho de ser admitido implicaba que uno era reconocido como griego. Así ocurrió, por ejemplo, con Alejandro 1 de Macedonia, conocido como «el Filohelena».

EL ORIGEN DEL ALFABETO

En el siglo VIII a.C., en algún lugar del Egeo se produjo un hecho revolucionario. A alguien, quizá un comerciante de gran iniciativa que tenía tratos con mercaderes del Levante, se le ocurrió una feliz idea. ¿Por qué no adaptar los 22 signos del abjad fenicio para representar los sonidos de su propio idioma? Pero no podía hacerlo de forma automática. En el consonantario fenicio había signos para sonidos que no existían en griego, así que aparentemente sobraban. Por otra parte, en las lenguas semíticas como el propio fenicio, el hebreo o el arameo no era necesario escribir las vocales, pues podían deducirse del contexto. Pero en las lenguas indoeuropeas, y en griego en concreto, las vocales eran básicas, así que se necesitaba algún signo para representarlas.

¿Qué hizo nuestro avisado comerciante? Tomó las letras fenicias que le sobraban, como la aleto la yod, y se las asignó a las vocales del griego -en este caso, a la «a» y la «i»-. Así se creó el primer alfabeto auténtico de la historia, en el que cada fonema de la lengua griega se representaba con un signo diferente.

Acabo de contar una versión muy abreviada sobre el origen del alfabeto, pero las cosas no debieron de ser tan sencillas. Ni la fecha ni el lugar de su creación están claras, aunque existe cierto consenso en que el alfabeto empezó a extenderse por el mundo griego a partir del año 750.

En cuanto al creador, he hablado de un comerciante griego. ¿Por qué no fenicio? Aquí nos traiciona nuestro punto de vista eurocentrista. Sin duda había muchos navegantes y mercaderes semitas que conocían varios idiomas. Es más natural pensar en un fenicio con conocimientos de escritura transcribiendo lo que le dictaba un mercader griego, que no había escrito en su vida, y luego enseñándole cómo lo había hecho. Pero, claro, los fenicios nunca han tenido tan buena prensa como los griegos. ¿Hay profesor de fenicio en mi instituto? No.

Se puede objetar que los fenicios no escribían las vocales y que, por tanto, no pudieron inventarlas.

Pero en los alfabetos semíticos de esta época -no sólo existía el fenicio- se utilizaban cada vez más las llamadas *matres lectionis*. Estas «madres de lectura»

son signos que sirven de guía para señalar dónde está una vocal. Los fenicios utilizaron como *matres lectionis* la alef la waw y la yod. Las mismas letras que los griegos usaron para representar la «a», la «u» y la «i». ¿Casualidad?

Los propios griegos reconocían su deuda con los fenicios, pues llamaban a sus letras *grámmata phoinikeía*, o sea, «fenicias». Hay versiones míticas en las que se atribuye su invención al fenicio Cadmo, que vino a Grecia buscando a Europa, la princesa raptada por Zeus -la del toro fueraborda-, y que acabó instalándose en Tebas.

En realidad, también se duda de si el alfabeto griego fue una invención única, debida a un individuo concreto, o si se adaptó simultáneamente en varios sitios.

No obstante, la hipótesis de un único creador es verosímil, ya que existen otros ejemplos históricos. En el siglo iv d.C., el obispo Ulfilas inventó el alfabeto gótico para traducir la Biblia a este idioma. En el ix, san Cirilo creó el alfabeto cirílico para las lenguas eslavas. Por cierto, san Cirilo era bizantino y se basó en su alfabeto, el griego, para inventarle uno a un pueblo que no lo tenía. Exactamente el mismo favor que podría haber hecho nuestro anónimo creador fenicio a los griegos de la Época Arcaica.

Al principio la escritura griega era torpe y vacilante. No es sólo que muchos se torcieran, como los niños cuando se les quitan los renglones, sino que ni siquiera tenían muy claro qué dirección seguir. Se empezó escribiendo de derecha a izquierda, como los semitas, pero también en bustrófedon, que significa «el camino del buey al arar». Del mismo modo que al llegar al extremo del campo el agricultor y su buey daban la vuelta y araban un nuevo surco en sentido contrario -actuar de otro modo habría sido una pérdida de tiempo-, los primeros amanuenses llegaban al margen izquierdo de la página, giraban las letras, escribían hasta el de recho, volvían a girarlas, seguían de nuevo hasta el margen izquierdo... Leerlo debía de ser una juerga. Evidentemente, los textos primitivos eran bastante breves.

LOS POEMAS DE HOMERO Y LA ESCRITURA

En algún momento se creyó que Homero era autor de una serie de Himnos en honor de los dioses, y también de la *Batracomiomaquia* (si lo han leído de un tirón y sin trabucarse, enhorabuena), una parodia épica protagonizada por ratones y ranas. Pero ni siquiera en la Antigüedad se tomaron demasiado en serio estas atribuciones. De modo que nos conformaremos con hablar de la *Ilíada* y la *Odisea*.

La primera de ambas obras es un poema de unos 15.600 versos, divididos en 24 cantos. Su núcleo es la cólera de Aquiles, de la que ya hemos hablado en el apartado dedicado a la Grecia micénica. En cuanto a la Odisea, cuenta en unos 12.000 versos el azaroso regreso a su casa del héroe Ulises -variante latinizada del nombre original Odiseo- tras la guerra de Troya.

Recomiendo a quienes no conozcan la obra homérica que empiecen por la Odisea. En griego su estilo no posee la tensión dramática de la *Iliada*, pero su estructura es superior, con recursos narrativos que parecen propios de una novela moderna. Por ejemplo, las célebres aventuras de Ulises con Polifemo, con las Sirenas o con la maga Circe, que convertía a los hombres en cerdos -sí, sé que hay mujeres que opinan que los hombres ya somos unos cerdos de entrada- se nos cuentan en flashback y en primera persona. A Ulises tardamos varios capítulos en encontrarlo, pero al oír hablar a diversos personajes sobre él, cada uno con su propio punto de vista, nuestra curiosidad por conocerlo va creciendo. Y el desenlace, la lucha contra los pretendientes, es espectacular, aunque no apto para estómagos delicados. (Hay una escena espeluznante en la que al traidor Melantio le cortan la nariz, las orejas y los genitales, y se los tiran a los perros para que se los coman).

En la Antigüedad, estos poemas eran para los griegos como la Biblia para algunos estadounidenses hoy: en ellos lo encontraban todo, y ya en la Época Clásica se enseñaba a leer a los niños con ellos. Así, se podía afirmar con razón que Homero era el educador de Grecia.

¿Qué se sabe de Homero? Ciertas tradiciones contaban de él que era ciego, y en la isla de Quíos existía una especie de gremio, el de los llamados «homéridas», que se decían descendientes de él y se dedicaban a recitar sus poemas. Se tardaría al menos veinticuatro horas en interpretar cada poema, pero no creo que esto fuera demasiado problema en una época sin televisión ni otros entretenimientos. Del mismo modo que nos plantamos ante la tele a cierta hora para ver nuestra serie favorita, los antiguos griegos se sentarían en el ágora de su ciudad delante de un rapsoda o un aedo para escuchar el tercer o cuarto episodio de las aventuras de Ulises.

Existe cierto consenso para fechar los poemas a mediados del siglo viii, entre el año 750 y, como muy tarde, el 700. Como se trata de la misma época en que se empezó a difundir el alfabeto, se ha llegado a la siguiente solución de compromiso: los poemas homéricos se compusieron de forma oral, pero con el apoyo de la escritura.

¿Qué quiere decir esto? Que se compusieron oralmente es algo que admite poca discusión. Los poemas están llenos de repeticiones a todos los niveles, un recurso típico de la poesía oral, pues favorece la memorización primero y la reproducción después. Tenemos, por ejemplo, los epítetos constantes para los personajes divinos o humanos: «Aquiles el de los pies ligeros», «Zeus el amontonador de nubes», «Atenea la de ojos de lechuza», etc. Sin entrar en la función métrica, es evidente que cuando el rapsoda soltaba una retahíla de éstas conseguía algo de tiempo para pensar en el verso siguiente. A menudo las repeticiones afectan a varios versos. Si Zeus le da a su hijo Hermes, mensajero de los dioses, un largo recado para que se lo lleve a alguien, no pensemos que Homero resume luego: «Y Hermes se lo dijo». No: volvemos a escuchar el mismo mensaje, palabra por palabra.

Todo esto, como digo, es propio de la poesía oral. El americano Milman Parry comprobó en los años treinta que los guslari, una especie de rapsodas serbios, utilizaban los mismos trucos para componer e incluso improvisar sus larguísimos poemas épicos, acompañados por un violín de una sola cuerda (sospecho que para nuestros oídos no acostumbrados debía sonar como si alguien pisara un gato).

Pero la *Iliada* y la *Odisea* siguen siendo obras muy largas y de estructura demasiado compleja como para guardarlas todas en la memoria RAM del cerebro. Así que muchos estudiosos creen que Homero necesitó el apoyo de la escritura a modo de disco duro. O bien él mismo escribía sus versos después de componerlos o se los dictaba a alguien.

Ahora bien, ya he dicho que los primeros textos escritos demuestran cierta torpeza técnica, y además son siempre muy breves. En aquella época se utilizaba la llamada *scriptio continua*: no había comas ni puntos ni separación entre palabras. No por ponerle las cosas difíciles al lector, sino porque a nadie se le había ocurrido la brillante idea de hacerlo de otro modo. Los textos, más que leerse, se descifraban. De hecho, la palabra latina para «leer» es *lego*, la misma que en griego significa «decir, hablar»: sabemos que los antiguos leían en voz alta, y con cierto esfuerzo.

Resulta difícil de creer que allá por el año 700 se escribieran los casi 16.000 versos de la *Iliada* y los 12.000 de la *Odisea*. Con una escritura en pañales de recién nacido, habría supuesto una labor titánica. ¿Y para qué? Nadie habría sido capaz de leer aún un texto tan largo, y todavía no existían talleres de copistas. Sin embargo, se sabe que siglo y medio después, hacia 540, Pisístrato ordenó que se hicieran copias unificadas y «oficiales» de los poemas homéricos. Para el filólogo español Signes Codoñer, éste pudo ser el momento en que se pusieron por escrito por

primera vez y adquirieron la forma que ahora conocemos. Los poemas homéricos representan una vasta corriente de tiempo, que se extiende casi mil años. En ellos hay elementos genuinos de la época micénica que ya debieron componerse en verso por aquel entonces, como el «Catálogo de las naves». A ese núcleo original se le fue añadiendo más y más material a lo largo de la Edad Oscura y a principios de la Edad Arcaica, y por eso en la *Ilíada* y la *Odisea* conviven en alegre camaradería costumbres y objetos de épocas diversas, como incineraciones y enterramientos, falanges y carros de combate, o armas de hierro y armas de bronce. Es posible que hacia el año 700 los poemas homéricos tuvieran una forma similar a la que conocemos ahora, pero hasta su plasmación por escrito en la época de Pisístrato seguían abiertos a las «aportaciones» de los rapsodas y aedos que seguían recitándolos.

Entonces, ¿qué pasa con Homero? ¿Existió o no existió? Me temo que hubo muchos Homeros, desde la época micénica hasta la Atenas de Pisístrato. Entre ellos, los principales, los de mayor talento, serían quienes estructuraron el material épico para convertirlo en dos larguísimos relatos unitarios, la *Ilíada* y la *Odisea*. Dicho esto, por comodidad seguiremos hablando de «poemas homéricos» y de «Romero». ¿Para qué vamos a cambiarle el nombre si no tenemos otro mejor?

Cerrando el capítulo de Homero y de la escritura, aunque haya puesto en duda que el alfabeto sea obra exclusiva de los griegos, lo que no se puede subestimar es la importancia de esta creación. La escritura, una vez que se extendió por todo el mundo griego, supuso una auténtica revolución intelectual.

Después de varios siglos de tradición oral, gracias al alfabeto por fin había algo que quedaba grabado y no se transformaba. El relato que se transmite sólo de forma oral, mientras no se está reproduciendo, permanece en una especie de limbo, flotando entre las conexiones de las neuronas de aquellos que lo conocen, pero sin llegar a concretarse. Es como si en los largos intermedios entre las sesiones narrativas al calor de la lumbre, esa información existiera sólo de forma virtual... y en el momento en que se plasmaba de nuevo por boca de alguien era muy fácil que sufriese alteraciones. Incluso los rígidos hexámetros de la poesía épica admitían improvisaciones o cambios.

Sin embargo, un texto escrito puede permanecer escondido, enterrado durante miles de años sin que nadie lo altere. Así, en el año 1890 apareció de la nada en Egipto la Constitución de Atenas de Aristóteles, obra que había estado perdida hasta entonces.

No es casual que, poco después de extenderse una escritura que ya no es monopolio de una casta de escribas, apareciera en las ciudades jonias el pensamiento crítico y racional. En la Antigüedad solía leerse en grupo, principalmente por economía de tiempo y dinero: las copias eran muy caras, y ya que alguien se tomaba la molestia de leer en voz alta, era lógico que otras personas se aprovecharan de su esfuerzo. Pero, aun así, y a diferencia de la tradición oral, la escritura permitía encerrarse a solas con la información que transmitía. En esa soledad el pensamiento podía convertirse en individual y volar con libertad, sin las trabas de la tradición establecida. No es exagerado decir que la escritura permitió el nacimiento de la ciencia, la filosofía e incluso la democracia.

LA APARICIÓN DE LA MONEDA

Otra de las grandes innovaciones de la Época Arcaica es la acuñación de moneda. Creada hacia el año 600, su uso se extendió durante las siguientes décadas por todo el mundo griego. En aquel tiempo se estaban alcanzando de nuevo los niveles de prosperidad a los que se había llegado en la casi olvidada época micénica.

Según la tradición, las primeras monedas se acuñaron en Lidia. Dicho reino estaba situado en la zona occidental de Asia Menor, limitado al oeste por las ciudades griegas de la costa y al este por Frigia. A los lidios se les atribuía una gran riqueza, y con razón. El río Pactolo, afluente del que atravesaba Sardes, la capital de Lidia, arrastraba entre sus arenas pepitas de electro, una aleación natural de oro y plata. El mito explicaba la razón de esta riqueza natural: en el vecino país de Frigia gobernaba el codicioso rey Midas. Por ciertos servicios prestados, Dioniso le prometió otorgarle el don que quisiera, algo que siempre da mal resultado en mitos y cuentos. Midas pidió que todo aquello que tocara se convirtiera en oro. Como es bien sabido, no tardó en arrepentirse, pues descubrió que el oro no se puede comer. (Algunos restaurantes ofrecen platos decorados con minúsculas láminas de oro, pero me temo que es poco alimenticio. Excepto para el dueño del local, claro). Tratando de purificarse, Midas se lavó en las aguas del río Pactolo, que desde entonces quedaron cargadas de oro.

Esta vez, la arqueología da la razón a la tradición. No me refiero a la proverbial historia del rey Midas, por supuesto, sino a que se han encontrado monedas lidias fabricadas en torno al año 600. ¿Por qué motivo se acuñaron? Los metales preciosos llevaban usándose mucho tiempo como bien de intercambio o de almacenamiento de riquezas. Pero cuando el rey lidio Giges ordenaba troquelar las imágenes de un toro y un león sobre un disco de electro o de oro quería decir algo

así como: «No hace falta que le deis un bocado a esta moneda para ver si se dobla ni que la frotéis contra una piedra de toque. Mi sello y mi autoridad garantizan que es auténtica».

¿Para qué querría un rey fabricar tantos pequeños trozos de oro exactamente del mismo peso? No para grandes transacciones: de haber querido hacer un solo pago por, supongamos, una entrega de marfil procedente de Egipto, le habría sido más cómodo hacerlo en lingotes de varios kilos. Pero ¿y si tenía que hacer muchos pagos a la vez y asegurarse de que todos los que le habían prestado servicios recibían la misma cantidad, y en un material que fuese pequeño y fácil de transportar? Además, como hemos dicho, se trataba de una paga garantizada: esos trabajadores no eran cualquier cosa y podían tomarse muy a mal que alguien intentara timarlos. Estamos hablando de mercenarios.

Sabemos que había mercenarios en Asia Menor desde mucho antes de la aparición de la moneda: en la primera mitad del siglo vii el poeta Arquíloco ya se ganaba el pan con su lanza, como él mismo afirma en uno de sus poemas. Si hubiera vivido un poco más tarde, seguro que le habría dedicado unos versos ingeniosos al brillo ambarino del electro.

No debía de ser fácil convencer a los mercenarios de que el electro era de ley, pues muchas monedas primitivas presentan perforaciones de punzón practicadas para examinar el material de su interior. No obstante, aquel nuevo invento tuvo éxito y se extendió primero a las ciudades jonias de Asia Menor. Las primeras monedas griegas eran normalmente de plata. El oro era un lujo que no todas las ciudades se podían permitir, salvo algunas excepciones, como Mitilene, la principal ciudad de la isla de Lesbos, o Focea.

Allá por el año 550, varias ciudades griegas del continente imitaron el ejemplo de los lidios y acuñaron su propia moneda. Así lo hizo Corinto, polis que había logrado prosperar gracias a su situación estratégica: todo viajero que quisiera entrar en el Peloponeso o salir de él debía atravesar territorio de Corinto, y la ciudad disponía además de puertos en ambos lados del istmo. También la isla de Egina, rival comercial de Atenas, acuñó su propio dinero.

En Atenas, a finales del siglo vi se empezaron a acuñar monedas en las que aparecía representada el ave asociada a la diosa Atenea: la lechuza, que le dio su nombre también a la moneda. Junto a ella, grababan las iniciales AOE por Athenai, el nombre de la ciudad (debería ser AOH, con la letra «eta», que representa una «e» larga, pero todavía no se diferenciaban en la escritura la breve de la larga).

EL SISTEMA MONETARIO ATENIENSE

En realidad, el sistema de monedas era equivalente al de pesos, reglamentado, según la tradición, por el sabio Solón.

SPECIAL_IMAGE-page0161

El término óbolo se refería a un espetón de bronce o de cobre, pues originalmente se utilizaban brochetas como bien de intercambio. La mina y el talento se utilizaban más como unidades de cálculo, aunque también podían fundirse lingotes de plata de ese peso y, en ocasiones, estamparlos con un sello.

Es muy difícil calcular el poder adquisitivo de estas monedas comparándolo con el que podrían tener hoy. Pero, básicamente, una dracma suponía el salario diario de un artesano especializado.

En cierto modo, la moneda, como la escritura, influyó en el desarrollo de la democracia. El dinero facilitaba la acumulación de riquezas para aquellos cuyos ingresos no dependían de la tierra, es decir, la clase de mercaderes y artesanos prósperos que le disputaban el poder a la aristocracia terrateniente y tradicional. Más adelante, durante la segunda mitad del siglo v y todo el siglo iv, la moneda suponía una forma cómoda de pagar a los ciudadanos humildes -a todos, en realidad, pero los pobres eran los que más se beneficiaban- por formar parte de los jurados populares, por asistir a la asamblea o por participar de alguna otra forma en el gobierno de la ciudad.

EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO CIENTÍFICO

Los grandes logros de la ciencia griega no llegarían hasta la Época Helenística, pero las semillas de lo que algunos autores han denominado la «revolución científica» de los griegos se sembraron en siglos anteriores, durante la Época Arcaica. Curiosamente, estas semillas aparecieron en las márgenes del mundo griego, primero en Asia Menor y después en Italia.

Oficialmente, el primer filósofo es Tales de Mileto, a quien le corresponde el honor de aparecer en todas las listas de los Siete Sabios. No podemos contar nada demasiado fiable de él, como tampoco de los demás filósofos de estos tiempos. Las fuentes para estos primeros científicos son normalmente otros autores muy posteriores, como el biógrafo, o más bien anecdotista, Diógenes Laercio. De las

obras de los pensadores sólo conservamos fragmentos, tan breves y dispersos que en muchas ocasiones resultan muy difíciles de interpretar.

Tales «floreció»³ en Mileto, la ciudad más boyante de Jonia, una polis cuya tradición griega venía ya de muy antiguo: en los textos hititas aparece mencionada como Milawanda, una posesión de los micénicos. Durante la Época Arcaica, Mileto prosperó como otras ciudades jónicas gracias al comercio y a la navegación, y se convirtió en lo que ahora, y ruego se me perdone el tópico, podríamos llamar «crisol de culturas». Como ya he señalado en otro pasaje, durante estos años la influencia de Oriente en Grecia fue enorme, algo que se aprecia especialmente en las artes plásticas.

Tales, como los demás pioneros de la ciencia griega, se apartó de la simple explicación mítica del mundo para buscar la arkhé. Esta arkhé era a la vez la materia prima del universo y la fuerza rectora que lo domina, el principio de todas las cosas: algo similar a la partícula única que los físicos llevan buscando desde principios del siglo xx, o a la superfuerza que se espera que algún día unifique las cuatro fuerzas fundamentales de la física.

Pero arkhé también significa «origen». Tales y los demás pensadores querían comprender de dónde viene el universo que nos rodea, de dónde procedemos nosotros los humanos y cómo nos relacionamos con el resto de la realidad. ¿Dónde encontró Tales la arkhé y qué tiene que ver con Oriente? Las llamadas civilizaciones hidráulicas basaban su prosperidad en los grandes ríos, el Tigris y el Éufrates en Mesopotamia, y el Nilo en Egipto. Tales, influido tal vez por ellas, o llevado por su pura lógica, pensó que el agua era la arkhé. Los demás estados de la materia no serían sino transformaciones del agua, lo cual tiene cierta lógica: es fácil comprobar que el agua puede adquirir el estado sólido y el gaseoso. Se trataba de una materia plástica y versátil, imprescindible para la vida de plantas y animales, y además llenaba todo el horizonte que contemplaba Tales cuando se asomaba al oeste y veía las aguas del Egeo. ¿Qué mejor candidato?

Su discípulo Anaximandro, que floreció en torno al año 570, siguió los pasos de su maestro Tales, pero llevó un paso más lejos la abstracción y llamó a la arkhé del universo *tó ápeiron*, «lo indeterminado». Es como decir que la materia prima de la cerámica es el barro amorfo, que tiene la posibilidad de convertirse en formas concretas bajo la mano del alfarero. Fue Anaximandro el primero en componer un tratado en prosa titulado *Acerca de la naturaleza*, y también dibujó un mapa de las tierras conocidas. Este pensador se imaginaba la Tierra como un cilindro aplanado, una especie de tarta gruesa en cuya parte superior nos encontramos nosotros como

muñequitos de boda. Pero en vez de afirmar que dicho cilindro se sostenía sobre el lomo de una tortuga gigante o algo similar, intentó racionalizar, buscar causas internas y coherentes que no necesitasen recurrir a fuerzas ni divinidades externas a la naturaleza.

Anaxímenes, discípulo a su vez de Anaximandro, volvió a concretar más la arkhé al postular que el elemento primario era el aire. Es un poco más complicado defender que el aire puede convertirse en objetos sólidos, pues los griegos no disponían de temperaturas ni presiones para solidificar gases, pero Anaxímenes lo hizo. Agua, ápeiron, aire: así nos aprendíamos la lista estudiando filosofía en bachillerato, y así se sigue haciendo.

Hemos hablado de maestros y discípulos, y se suele agrupar a estos tres pensadores en la llamada escuela milesia. Seguramente se conocieron, pues por cosmopolita que fuera Mileto no hablamos de una urbe con millones de habitantes como Nueva York. Pero no debemos fiarnos mucho cuando los biógrafos griegos nos hablan de este tipo de vínculos -maestro y discípulo, amigo y enemigo, amante y amado-, sobre todo si son muy posteriores a los hechos que narran, pues tienden a inventarse relaciones y además se centran casi exclusivamente en las anécdotas.

Por ejemplo, se nos cuenta que Tales era el típico sabio despistado que, por andar con la mirada puesta en el cielo para contemplar las estrellas, se cayó en un pozo. La esclava que lo sacó de allí se burló de él preguntándole para qué le servía ser tan inteligente si no sabía ni dónde pisaba; lo cual me recuerda a un número genial de Faemino y Cansado sobre la muerte de un supuesto Fary, físico nuclear: «Tantos estudios y cruza la calle sin mirar. ¡Será gili...!». Para desquitarse, Tales demostró las aplicaciones de la ciencia estudiando las estrellas y deduciendo que iba a haber una buena cosecha de aceitunas, por lo que invirtió parte de su fortuna en prensas de aceite y se forró especulando. Por su parte, Anaximandro fue capaz de predecir un terremoto. ¿Tendría un sismógrafo casero?

Se ve que en la Antigüedad la gente les exigía a los científicos los mismos imposibles que ahora: predecir sequías y terremotos mirando las constelaciones o vaya uno a saber cómo. En cualquier caso, si cuento estas anécdotas es para demostrar lo poco fiables que son las tradiciones sobre los primeros filósofos.

En la segunda mitad del siglo vi, tras la conquista persa, Jonia entró en decadencia, algunos filósofos emigraron al oeste y esparcieron en Italia y Sicilia las semillas del pensamiento. Fue el caso de Jenófanes de Colofón, crítico de Homero y Hesíodo, que visitó la ciudad de Elea. Allí, en el siglo v, escribió Parménides el

poema filosófico sobre el ser que tantos quebraderos de cabeza sigue dando a sus intérpretes. También Pitágoras emigró desde Samos para instalarse en la ciudad italiana de Crotona, donde fundó su secta. Durante un tiempo, el centro de gravedad de la filosofía se situó en Italia. Después, ya en la Época Clásica, el auge de Atenas como centro cultural (y económico, que *primum vivere deinde philosophari*) atrajo a muchos pensadores, incluidos los sabios profesionales conocidos como «sofistas».

Por aquel entonces, se habían ido separando ciertas tendencias en el pensamiento griego. Algunos filósofos mezclaban rasgos de místicos y de científicos, como Pitágoras, Parménides y Empédocles. Otros prosiguieron por la vertiente puramente científica, como Anaxágoras, amigo personal de Pericles. Y hubo quienes se centraron sobre todo en el estudio del hombre: es el caso de Sócrates, quien confesaba que en su juventud se había dedicado a estudiar los fenómenos físicos y los astros, pero que en su madurez apenas salía fuera de las murallas de Atenas porque nada le enseñaban los árboles ni las piedras en el campo, sino los hombres en la ciudad. Todavía Platón y Aristóteles combinaron los intereses científicos con los morales y metafísicos, pero después de ellos los caminos se apartaron cada vez más.

Por desgracia, cuando se estudia a los sabios griegos en nuestros planes de filosofía prácticamente se deja de lado a los verdaderos sucesores de Tales, Anaximandro y Anaxímenes, es decir, a los científicos de la Época Helenística. Así, se quedan fuera de los manuales o, como mucho, se convierten en una mera nota a pie de página nombres como Eratóstenes, Eudoxo, Hiparco, Aristarco (creador de la primera teoría heliocéntrica), o incluso, el gran Arquímedes, un genio que merece un sitio de honor al lado de Newton, Gauss, Darwin o Einstein. La separación artificial y absurda entre las culturas humanística y científica tiene buena parte de culpa de ello. Es esa misma separación por la que mucha gente con una gran formación en lo que se consideran «letras» presume casi con orgullo de su ignorancia científica.

Esta actitud habría extrañado a los primeros pensadores de Mileto. No hablaban latín, pero estoy seguro de que habrían dicho algo parecido a aquel verso de Terencio que cité al principio de este libro: *Homo sum, humani nil a me alienum puto*. «Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno».

TENSIONES SOCIALES

En las ciudades griegas de las épocas arcaica y clásica había un mal endémico, la stásis, que podría traducirse como «conflicto interno» y que historiadores marxistas como Struve o Sainte-Croix interpretan como «lucha de clases». La stásis podía limitarse en ocasiones a peleas callejeras, pero a menudo desembocaba en revueltas y auténticas guerras civiles que producían un fenómeno muy típico del mundo griego: el exiliado político.

¿Por qué se producían esos conflictos? Las polis que encontramos a principios de la Época Arcaica estaban gobernadas por élites de terratenientes que, o bien eran herederos de las grandes familias de antaño -al menos, eso afirmaban ellos-, o habían adquirido más tierras que los demás durante los tiempos revueltos de la Edad Oscura. Los miembros de estas élites se hacían llamar a sí mismos áristoi, «los mejores», y de tan modesta denominación proviene el término «aristocracia», literalmente «gobierno de los mejores». Para los que no eran aristócratas reservaban lindezas como «los peores», «la chusma» o, cuando no tenían ganas de ofenderlos mucho, simplemente «la mayoría».

Los valores morales de estos aristócratas eran los mismos que los de la poesía homérica y se resumían en una consigna: ser los mejores en todo. El griego, idioma muy preciso y condensado, tenía un verbo para lo que nosotros necesitamos traducir con una perífrasis, proteúo, «ser el primero». En esta sociedad ferozmente competitiva, los diversos clanes aristocráticos luchaban entre ellos por dominar las ciudades. Aunque la palabra «aristócrata» posee connotaciones de sofisticación, no puedo evitar imaginarme las luchas entre estas familias al estilo de Los Soprano o El padrino. A veces los nobles se partían la crisma entre sí, pero más a menudo sus partidarios lo hacían por ellos.

A esta lucha entre élites se unieron pronto nuevos elementos en discordia. Gracias al despertar económico del siglo viii, los comerciantes y los artesanos más cualificados empezaron a enriquecerse. Además, con la aparición de la táctica de la falange -hablaremos de ella en el capítulo siguiente-, esta emergente clase media también empuñó las armas para defender la ciudad. Lógicamente, ya que arriesgaban la vida por la polis, querían participar en su gobierno, pero los aristócratas se oponían: más garbanzos para la burbujeante olla donde se cocía la

stásis.

¿Qué ocurría con los que no eran ni aristócratas ni de la clase media? Las parcelas que poseían los terratenientes no tenían demasiada extensión, así que es fácil imaginar que las de los pequeños propietarios serían poco más que minifundios. Cuando venía una mala cosecha, esos campesinos se veían obligados a pedir grano prestado a los nobles que, al tener más terreno, disponían de excedentes y reservas. Si el año siguiente las cosas volvían a salir mal, los pequeños propietarios tenían que pedir prestado de nuevo. Al final, respondían de estos créditos primero con sus tierras y luego con sus propias personas. Quien no podía pagar sus deudas se convertía en esclavo del acreedor y trabajaba para él, como ocurrió en Atenas hasta que Solón lo prohibió a principios del siglo vi (no sé por qué, pero esto de trabajar para el prestamista me hace pensar en ciertas hipotecas de por vida).

Para complicar las cosas, reinaba la costumbre del mayorazgo. Como las propiedades no eran muy grandes, para no fraccionarlas más el primogénito se lo quedaba todo o casi todo. Los segundones empobrecidos, lógicamente, no estaban muy felices con la situación. Para comprobarlo, basta con leer los ácidos comentarios de Hesíodo en Trabajos y días.

Con tantas tensiones, era normal que el puchero reventara. Durante los siglos vii y vi, en muchas ciudades se produjeron revoluciones violentas que acabaron con el gobierno de la aristocracia y lo sustituyeron por el de unos personajes conocidos como «tiranos».

LAS TIRANÍAS

Al principio el término no tenía connotaciones negativas. La palabra tyrannos, tal vez de origen lidio, se aplicaba a una persona que gobernaba como rey, pero que había llegado al poder por la fuerza. ¿Por qué la palabra adquirió el sentido peyorativo con que ha llegado a nuestros días? Ciertamente es que muchos tiranos abusaron de su poder. Pero además sufrieron muy mala prensa entre los poetas líricos de su época, que eran en general defensores de la vieja aristocracia. El ejemplo más característico es Teognis, que decía:

SPECIAL_IMAGE-page0169

El término que usa Teognis para «inferiores» es kakoí, que suele traducirse por «malo» o «malvado», como en la palabra «cacofónico», «malsonante». Pero es

obvio que el poeta no lo utiliza sólo como juicio moral, sino como distintivo de clase social, pues vuelve a emplearlo aquí:

SPECIAL_IMAGE-page0169_0001.svg-REPLACE_ME

Si personas con tantos prejuicios a favor de la sangre azul censuraban a los tiranos, es obvio que no lo hacían por razones progresistas. También los criticó con dureza Platón, que no era el hombre más demócrata del mundo. Incluso su discípulo Aristóteles, más moderado, aseguraba que la tiranía era la peor forma de gobierno existente. Con enemigos tan influyentes, era inevitable que el término «tirano» cayera en el descrédito.

Todo esto no significa que las tiranías no gozaran de sustento popular. Muchos tiranos provenían de la nobleza, pero llegaban al poder con el apoyo de las clases medias y bajas, que estaban hartas de las luchas entre las facciones aristocráticas. Y su política, por lo general, intentaba favorecer a aquellos que los habían aupado a lo más alto.

Las tiranías acrecentaron la prosperidad de la mayoría de las ciudades. Así pasó, por ejemplo, con la de Periandro en Corinto. De este tirano, que sucedió a su padre Cipselo hacia el año 627, nos han llegado algunas noticias favorables y otras no tanto. Empezaremos con lo bueno: su nombre solía aparecer en las listas de los Siete Sabios junto con personajes como Tales y Solón. Se dice que acabó con la piratería y que arbitró en una grave disputa entre Atenas y Mitilene. Eso debe ser buena señal, porque los griegos sólo nombraban como árbitros o jueces de paz a personas conocidas por su inteligencia y su ecuanimidad.

Durante el gobierno de Periandro, la ciudad de Corinto supo aprovechar su situación estratégica. Si ya era un lugar de paso entre el Peloponeso y el resto de Grecia, el tirano consiguió unir también las aguas del golfo de Corinto con las del Saronico, o lo que es lo mismo, el mar Jónico con el Egeo. El sistema, denominado diólkos -que ya existía de forma rudimentaria, pero que Periandro pavimentó y terminó-, consistía en una especie de carril de unos siete kilómetros de longitud, con dos surcos separados por metro y medio a modo de raíles. Por el diólkos, construido de tal manera que se evitaban grandes desniveles, circulaban grandes vagones con ruedas remolcados por bueyes o por tracción humana. Sobre esos vagones viajaba la carga o, directamente, barcos de pequeño tamaño. De esta manera, las naves evitaban un largo rodeo circunnavegando el Peloponeso, periplo que resultaba peligroso por las traicioneras tormentas del cabo Malea, en su extremo sur.

El diólkos también se utilizó con fines militares. Aunque transportar trirremes de guerra por él debía de ser difícil y no se hacía a menudo, bastaba con la propia tripulación del trirreme, menos de 200 hombres, para remolcar la nave de golfo a golfo en una operación que llevaría entre tres y cuatro horas. ¡Sin duda, era mejor que rodear el Peloponeso a golpe de remo! Todos los viajeros que usaban el diólkos pagaban tasas a la ciudad de Corinto, así que ésta se enriqueció mucho más gracias al tirano.'

Las tradiciones contrarias a Periandro son abundantes. Este tirano suprimió literalmente a sus adversarios políticos, y por temor a las represalias se rodeó de guardaespaldas, algo que no había hecho su padre. Durante la perpetua lucha que Corinto sostenía contra Corcira, su antigua colonia, Periandro se apoderó de 300 jóvenes de la isla y los envió al reino de Lidia para que los castraran y los vendieran como eunucos en los harenes orientales. Por suerte para los muchachos, en el camino hicieron escala en la isla de Samos, donde sus habitantes los liberaron, salvándolos de la emasculación.

Las anécdotas más escabrosas sobre Periandro se refieren a su conducta sexual. Se le acusaba de haber cometido incesto con su madre, bien fuera por voluntad propia o engañado por ella. Pero lo de su propia esposa, Melisa, fue peor. Se cuenta que él mismo la mató golpeándola cuando estaba embarazada, como hizo el emperador Nerón con Popea (casualmente, de Nerón también se decía que se acostaba con su madre Agripina). Una vez muerta, Periandro quiso consultar con ella para averiguar dónde estaba guardada cierta suma de dinero que no aparecía por ninguna parte. Para ello recurrió al oráculo de los muertos, situado en un lugar siniestro, el río Aqueronte. El espíritu de Melisa contestó que no diría nada hasta que Periandro remediara su situación: estaba desnuda y pasaba mucho frío en el reino infernal, porque su marido no había hecho incinerar sus ropas. (La razón es que los vestidos seguían existiendo de forma material, y Melisa sólo podía usarlos en su forma inmaterial, para lo cual tenían que ser previamente destruidos).

Lo más macabro es la prueba que dio Melisa de que era su propio espíritu el que se comunicaba con su viudo, pues dijo a los enviados que Periandro había introducido su barra de pan en un horno frío. El tirano pilló al vuelo a qué se refería, ya que había mantenido relaciones sexuales con el cadáver de su mujer recién muerta. Pero como lo que le importaba era saber dónde estaba el dinero, y para eso necesitaba aplacar a Melisa, ordenó que todas las mujeres de Corinto se congregaran en el templo de Hera. Una vez reunidas, les ordenó que se desnudaran, como si se tratara de hacerse una foto colectiva con Spencer Tunick, y luego hizo quemar los vestidos. De esta manera, las ropas pasaron mágicamente a poder de

Melisa, cuyo espíritu confesó por fin dónde se escondía el dinero.

Lo siento por la memoria de Periandro, de quien no sabemos si fue realmente tan cruel y perverso como cuenta Heródoto. Pero, como comprenderán los lectores, no podía omitir una historia así.

Otro tirano célebre fue Polícrates, que consiguió el poder en la isla de Samos hacia el año 535. También enriqueció a sus súbditos y atrajo a su corte a numerosos artistas, como Anacreonte, que se hizo famoso por sus alegres poemas destinados a cantarse en los banquetes. Pero la fuente de la riqueza de Samos no era del todo honrada: Polícrates la convirtió en una potencia naval y se dedicó a la piratería. Como Periandro, también llevó a cabo grandes obras públicas. Entre otras, un acueducto subterráneo que llevaba agua a la capital y que atravesaba una montaña de un kilómetro. Los obreros empezaron a excavar por ambos lados del monte Castro hasta encontrarse en el centro, con tan sólo una ligerísima desviación, gracias al procedimiento ideado por el ingeniero megarenses Eupalino. El túnel, del que habla Heródoto, fue redescubierto en el siglo xix y puede visitarse hoy día.

Pero Polícrates se dedicó a intrigar con las diversas potencias de la época, incluyendo el Imperio persa, y no acabó bien. En el año 522, el sátrapa Oroetes lo engañó para atraerlo al continente y, una vez allí, hizo que lo crucificaran por conspirar contra el rey Darío.

LA ÉPOCA DE LAS COLONIZACIONES

Había otra salida más pacífica que las tiranías y que durante mucho tiempo sirvió de vía de escape para la stásis y también para la creciente superpoblación. Consistía en fundar colonias en algún lugar lejano y enviar allí a los descontentos, a los campesinos arruinados y a los hijos segundones.

Ya hemos visto cómo los griegos del continente cruzaron el Egeo durante la Edad Oscura y se establecieron en la costa de Asia Menor. Pero a partir del siglo viii se produjo una expansión mucho mayor, que se prolongó hasta el vi y llevó a los griegos a fundar ciudades por todo el Mediterráneo y el mar Negro.

El término «colonización» puede inducir a error, porque uno piensa automáticamente en el colonialismo europeo del siglo xix en África, o en el de siglos anteriores en América. La metrópolis griega' no ejercía ningún control político ni económico sobre su colonia, fundamentalmente porque las dificultades en las comunicaciones no lo permitían. Por ejemplo, Corinto intentó mantener su

influencia sobre la isla de Corcira, la actual Corfú, que era una colonia suya fundada en el siglo viii. Pero Corcira no tardó en convertirse en una potencia marítima por derecho propio: ya en el año 660 derrotó a su metrópolis en una batalla naval, y su rivalidad con ella duró tanto tiempo que fue el detonante de la Guerra del Peloponeso en el año 431.

La palabra con que definían los griegos a las colonias era apoikía, «mudanza». A veces una colonia era el resultado del crecimiento de un empóron o puesto comercial, pero en muchas otras ocasiones nacía directamente como apoikía. Por supuesto, los colonizadores no viajaban a ciegas, y antes de partir de la metrópolis ya tenían decidido el lugar donde asentarse. En el siglo VIII el comercio y la navegación habían recuperado niveles similares a los de la época micénica, y las costas del Mediterráneo eran bien conocidas para los griegos, al menos hasta Italia.

Los sitios elegidos por los exploradores debían cumplir ciertas condiciones defensivas y de supervivencia. Por precaución, los colonos griegos solían instalarse primero en islas a poca distancia de la costa o en promontorios alargados que, a todos los efectos, podían defender como si fueran islas. Después, cuando iban adquiriendo confianza con los lugareños (o se sentían más fuertes que ellos), cruzaban a tierra firme o extendían sus asentamientos más allá de la península ocupada. Así ocurrió, por ejemplo, en la colonia más antigua de Italia: la establecieron los eubeos en la pequeña isla de Pitecusas, situada en la bahía de Nápoles, antes de decidirse a pisar el continente. Lo mismo sucedió en Siracusa, donde los colonos ocuparon y fortificaron primero la isla de Ortigia.

En lo posible, las apoikías debían tener a su alrededor tierras fértiles. Aunque los colonos vivían sobre todo de comerciar con los nativos, necesitaban abastecerse de cereales. Algunas colonias, como Cirene, poseían territorios muy amplios. Otras, como Focea -fundada en la primera oleada, la de la Edad Oscura-, andaban mal de tierra cultivable, lo cual explica que se dedicaran sobre todo al comercio y a implantar otras apoikías, en una especie de metacolonialismo.

Una vez elegido el emplazamiento de la colonia, se consultaba a los dioses, y en particular al oráculo de Delfos, para saber si se mostraban propicios a la empresa. Después se elegía a un fundador, el oikistés, como jefe de la expedición, y se seleccionaba a las personas que iban a partir llevando el fuego sagrado de la ciudad. Siempre aparecían voluntarios, pero también se recurría al sorteo o, directamente, al viejo procedimiento de reclutarlos a la fuerza. Al principio los viajeros no eran muchos, pero si la fundación tenía éxito no tardaban en arribar nuevos colonos desde la metrópolis, y también desde otras ciudades.

El trazado de las colonias solía ser menos caótico que el de las ciudades madre, y las parcelas de terreno tendían a ser regulares para que todos los colonos recibieran la misma superficie, pues una de las razones para fundar una apoikía era huir de las desigualdades de la metrópolis. Tiempo había, por supuesto, de que dichas desigualdades volvieran a aparecer y de que algunos se enriquecieran, bien fuera a costa de los demás o bien porque eran más hábiles y tenían más iniciativa: al final, siempre aparecían élites locales. El primer candidato a formar parte de esta élite, por supuesto, era el fundador, que a su muerte recibía culto de héroe.

Gracias a la colonización los griegos tomaron contacto con culturas de todo el Mediterráneo y el mar Negro. Las que estaban menos desarrolladas se dejaron helenizar: adoptaron costumbres griegas, imitaron su cerámica y su alfabeto o acuñaron su propia moneda. En otros lugares donde había pueblos tan avanzados como ellos o más ni se les ocurrió fundar colonias: no se acercaron a la costa de Fenicia, ni a las de Etruria y el Lacio, controladas por los etruscos (aunque la influencia griega llegó a este pueblo por otros conductos). Por su parte, los egipcios se limitaron a permitir que los helenos se establecieran en un enclave, Náucratis, para comerciar con ellos.

COLONIAS EN ITALIA Y SICILIA

La primera fundación fue la de Pitecusas, más que colonia un pequeño puesto comercial situado en una isla de la bahía de Nápoles. La comarca de Nápoles, la Campania, era muy fértil, aunque esta fertilidad, por tratarse de tierra volcánica, también suponía una amenaza. Los griegos tuvieron suerte de no sufrir la ira del Vesubio, que siglos más tarde sepultaría a Pompeya y Herculano.

A partir de la isla de Pitecusas, los colonos de Eubea se animaron a pisar el continente, y hacia 730 fundaron la ciudad de Cumas, que se hizo muy célebre por su oráculo, en el que la profetisa conocida como Sibila vaticinaba el futuro. Las colonias instauraban sus propias colonias, y así Cumas fundó Neápolis o «ciudad nueva», la actual Nápoles, hacia el año 600.

En la punta de la bota italiana, los habitantes de Calcis fundaron Regio, un enclave estratégico para dominar el estrecho que separa Italia de Sicilia. En el arco de la suela, los aqueos fundaron las ciudades de Síbaris y Crotona, que estaban destinadas a convertirse en enemigas encarnizadas.

Todo el mundo conoce la palabra «sibarita», que define a una persona de gustos exquisitos y hedonistas. Los auténticos sibaritas prosperaron mucho gracias

a que dominaban la llanura del río Cratis, con un suelo fértil y rico en sedimentos. Pero su riqueza los volvió extravagantes. Se dice, por ejemplo, que dormían en lechos de rosas. Esmindirides, un tipo particularmente delicado, no pudo pegar ojo una noche porque un pétalo estaba arrugado, así que hizo azotar al esclavo que le había hecho la cama. La anécdota recuerda a ese cuento de Andersen en que una joven demostraba ser una auténtica princesa porque se daba cuenta de que debajo de un montón de colchones le habían puesto un garbanzo (sospecho que Andersen se inspiró en la historia de Esmindirides).

Otro ciudadano de Síbaris aseguraba que en veinte años no había visto amanecer ni ponerse el sol, pues vivía de noche, como un vampiro o como un adolescente los fines de semana. Los sibaritas habían dictado ordenanzas municipales para evitar los ruidos en la calle, de modo que a las industrias escandalosas, como herrerías y carpinterías, las habían desterrado fuera de la ciudad. ¿Qué habrían pensado de las motos a escape libre, del botellón o de los camiones de la basura? Sus fiestas también eran proverbiales. Para hacerlas más vistosas, habían enseñado a bailar a sus caballos al son de la flauta. En los banquetes, fueron los primeros en introducir el orinal para que los invitados no tuvieran que levantarse al retrete con el consiguiente peligro de partirse la crisma si habían bebido mucho.

Además, invitaban a las fiestas a las mujeres casadas; algo que en las ciudades griegas de la Época Clásica se veía muy mal, pues en lugares como Atenas, sólo admitían en los banquetes a las cortesanas conocidas como hetairas y a las jóvenes que tocaban la flauta más bien ligeras de ropa para amenizar la reunión.

En el año 510, Síbaris entró en guerra con la vecina ciudad de Crotona. Cuando llegó el momento de la batalla, los crotoniatas hicieron sonar las flautas, la caballería de los sibaritas se puso a bailar descabalgando a sus jinetes y la batalla acabó en desastre para Síbaris.

Estas anécdotas proceden de Ateneo, un autor del siglo iii d.C. que escribió una obra probablemente intragable para un lector moderno, los Deipnosofistas o La cena de los sabios, auténtica exhibición de erudición o de pedantería, según se quiera ver, y en la que se encuentran miles de historias curiosas, aunque poco fiables. Personalmente, me parece que los sibaritas, como su ciudad ya estaba destruida y no podían defenderse de las acusaciones, se habían convertido en un exagerado paradigma del hedonismo. En particular, la historia de los caballos danzando en mitad de la batalla me convence muy poco.

Con flautas o sin ellas, Crotona derrotó a Síbaris y luego procedió a destruirla con una saña inigualable. En la guerra antigua no solía llegarse a la aniquilación total del enemigo. Pero los crotoniatas tomaron Síbaris, derribaron sus murallas, sus templos y sus casas, y desviaron el río Cratis para que pasara por el emplazamiento de la antigua ciudad y se lo llevara todo. Una triste ironía: el fundador de Síbaris provenía de la ciudad de Hélice, la misma que siglo y medio después también desaparecería de la faz de la tierra, borrada por aquel terremoto del que hablamos en un capítulo anterior.

Antes de su destrucción, los sibaritas habían fundado la ciudad de Posidonia, al sur de Neápolis y la Campana. Llamada más tarde Paestum, es conocida sobre todo por las ruinas de sus tres grandes templos, que se han conservado en un estado excelente y son una muestra magnífica del estilo dórico.

En la parte interna del tacón de Italia -más o menos por donde se parten los de aguja en el momento más inoportuno- se hallaba Tarento. Su historia es muy peculiar. Fue la única colonia de los espartanos, que nunca destacaron por su tradición marinera ni por su iniciativa comercial. ¿Por qué, entonces, fundaron Tarento? En aquel momento, a finales del siglo viii, Esparta se encontró con que le sobraba población. Pero lo realmente curioso es cómo apareció este excedente.

Los varones espartanos llevaban muchos años alejados de la ciudad y guerreando contra los mesemos, a los que acabaron conquistando y con virtiendo en siervos. Sus mujeres, atendiendo a la llamada de la naturaleza, decidieron calentar los lechos vacíos recurriendo a otros varones, y les daba igual que fueran no ciudadanos o incluso esclavos. Cuando los espartanos regresaron por fin a casa, muchos de ellos se encontraron con que habían sido padres. Aunque tenían cierta fama de brutos entre los demás griegos, al menos sabían contar meses con los dedos, así que tenían claro que aquellos críos no eran hijos suyos.

A esos bastardos se los llamó partheníai, literalmente «hijos de las vírgenes», aunque estaba claro que no los había engendrado ningún espíritu, santo o no santo. Para librarse de ellos, los espartanos los mandaron a fundar Tarento. El emplazamiento de la ciudad resultaba perfecto -en su origen era prácticamente una isla-, y llegó a prosperar mucho, entre otras razones gracias a que allí abundaban los múrices. Este molusco tiene la virtud de segregar un tinte de color púrpura. Aunque el más apreciado en la Antigüedad era el de la ciudad fenicia de Tiro, conocido como «púrpura real» y que valía más de su peso en plata, el tinte de Tarento, llamado tarantinon, también gozaba de una gran reputación. De este modo, Tarento se enriqueció tanto que acabó encargando de su defensa a soldados

mercenarios: estos descendientes de los belicosos espartanos habían cambiado mucho.

Por supuesto, los historiadores actuales no se creen esta historia un tanto folclórica, y piensan que los espartanos a los que enviaron a Tarento debían de ser, como en otras ciudades, descontentos o segundones.

UNA MÍNIMA HISTORIA DE SIRACUSA, LA ATENAS DEL OESTE

En la isla de Sicilia, los griegos se limitaron al principio a la parte oriental, ya que en la occidental habrían chocado con los intereses de Cartago. De hecho, griegos y cartagineses libraron en Sicilia y en el Mediterráneo occidental luchas tan sangrientas y encarnizadas como las propias Guerras Médicas. La isla en aquel entonces era muy fértil, y se decía que el ganado que se apacentaba en las laderas del Etna engordaba tanto que había que abrirle heridas en las orejas para que sangrara y no reventara (¡que no se enteren en las clínicas de adelgazamiento!).

La mayor ciudad de Sicilia fue Siracusa. La fundaron los corintios hacia el año 734: era, por tanto, doria. Al principio los colonos se asentaron en la isla de Ortigia, donde había una fuente de agua potable, la célebre Aretusa. Poco a poco la ciudad creció, hasta que sus habitantes decidieron unir Ortigia con el resto de la isla y convertirla en península. El emplazamiento estratégico era excelente, como se demostraría cuando tres siglos después la ciudad resistió un largo asedio ateniense.

Los siracusanos no tardaron en apoderarse de la fértil llanura del río Anapo. Gracias a eso, la ciudad prosperó tanto que fundó sus propias colonias y extendió su influencia sobre el resto de la isla. En el año 485 una revolución democrática expulsó a los llamados gamóroi o «propietarios de tierras». Estos terratenientes llamaron en su auxilio a Gelón, un militar profesional que ya se había convertido en el amo de la ciudad de Gela (la similitud entre ambos nombres no es casualidad: se llamaba así porque descendía de los fundadores de la misma). Gelón entró en Siracusa, sorprendió a los revolucionarios desorganizados, acaso discutiendo por cómo se iban a repartir los cargos y las comisiones, y los derrotó sin mayor problema. A partir de ese momento, se convirtió también en tirano de Siracusa, donde estableció la sede de su poder, ya que el lugar, con sus dos puertos, le pareció mucho mejor que Gela.

En la época de Gelón, las tiranías ya habían pasado de moda en la Grecia oriental. Pero la situación en Sicilia era muy distinta. Por una parte, Gelón no había utilizado a la clase media para arrebatarse el poder a los aristócratas, sino que había

obrado justo al contrario. Por otra, la amenaza constante de la cercana Cartago requería un poder más centralizado que en Grecia continental. En realidad, los tiranos de Sicilia, personajes ambiciosos dispuestos a embarcarse en grandes empresas de conquista, recuerdan más a los reyes guerreros del periodo helenístico que a los tiranos del resto de Grecia.

Al igual que el tirano Pisístrato engrandeció Atenas en la segunda mitad del siglo vi, el gobierno de Gelón supuso el auge de Siracusa. En primer lugar, deportó a toda la población de Camarina y la obligó a instalarse en Siracusa, y después hizo lo mismo con la mitad de la población de Gela y con parte de la de Mégara. (Supongo que en ese momento algunos ya empezarían a llamarlo «tirano» en sentido tan peyorativo como nosotros). Gracias al aumento (forzoso) de población, Gelón dispuso de una fuerza de trabajo con la que crear una gran flota y, por supuesto, de abundantes reclutas para su ejército de tierra.

Puede decirse que a principios del siglo v, Gelón, que ya había conocido la gloria de triunfar con un carro en Olimpia, era el individuo más poderoso del mundo griego. Las fortificaciones que hizo construir en Siracusa eran tan sólidas que pasaron casi trescientos años hasta que un ejército enemigo en este caso el romano- consiguió tomarla. La propia ciudad tenía seguramente más población que el núcleo urbano de Atenas.

Tanto poder y tanto afán de aumentarlo despertaron el recelo de los griegos que habitaban en la parte noroeste de la isla. Sobre todo, de la ciudad de Hímera, fundada por jonios, con lo que a esa desconfianza ante Gelón se sumaba la rivalidad étnica. De modo que las ciudades de Hímera y Selinunte recurrieron a la ayuda de la gran potencia marítima del Mediterráneo occidental, Cartago.

Cartago había sido fundada por los fenicios de Tiro a finales del siglo ix. Al igual que Siracusa, disponía de dos excelentes puertos naturales y de tierra fértil en abundancia. Cartago no tardó en independizarse de su metrópolis y, como todas las urbes fenicias, se dedicó a la exploración y el comercio. Gracias a ello prosperó tanto que pudo disponer desde muy pronto de un ejército de mercenarios y de una flota muy poderosa. En el año 535 se alió con los etruscos para combatir contra los griegos del Mediterráneo occidental, a los que derrotaron en Alalia, en la isla de Córcega.

A partir de ese momento, Cartago dominó la isla de Cerdeña y también parte del sur de España. Ya poseía intereses en Sicilia, en concreto en el extremo oeste, y cuando los habitantes de Hímera y Selinunte pidieron su ayuda, el senado

oligárquico de Cartago aceptó encantado y empezó a hacer preparativos para invadir la isla.

Por esa misma época, las ciudades de la Grecia continental se veían amenazadas por otra invasión, la del rey persa Jerjes. Los griegos orientales pidieron ayuda a Gelón como líder de los occidentales. El tirano les ofreció unos refuerzos considerables: 200 barcos de guerra y 20.000 hoplitas, más caballería e infantería ligera. La única condición que ponía era que le concedieran el mando supremo de la alianza. Los espartanos, como era de esperar, le contestaron que verdes las habían segado. No queda claro si es que Gelón no tenía el menor interés en ayudar a sus parientes del oeste, o si realmente pretendía convertirse en el amo de todo el mundo griego y los del continente no se lo permitieron.

En cualquier caso, no podría haber enviado la ayuda prometida, pues en el mismo año en que Jerjes lanzaba su invasión, un ejército al mando del general cartaginés Amílcar³ desembarcó en Sicilia. ¿Casualidad? Diodoro de Sicilia cuenta en el libro XI de su Biblioteca histórica que Jerjes envió una embajada a los cartagineses para convencerlos de que atacaran a Gelón al mismo tiempo que él invadía Grecia. Muchos historiadores actuales niegan que existiera este acuerdo y atribuyen al azar que ambas campañas se desarrollaran a la vez. Es cierto que los autores griegos tenían una gran tendencia al dramatismo y que exageraron todavía más al afirmar que las batallas de Hímera y Salamina se libraron el mismo día. Pero tampoco parece lógico pensar que no existiera ningún contacto entre Cartago y Persia, máxime cuando ésta tenía como súbditos a los fenicios, hermanos de raza de los cartagineses. Seguramente cartagineses y persas habían trazado sus propios planes de invasión, pero no les venía mal actuar más o menos a la vez -es decir, el mismo año, sin precisar más las fechas- para evitar que los griegos del oeste ayudaran a los del este o viceversa.

Según Heródoto, Amílcar tenía bajo su mando a 300.000 hombres. Pero, como veremos al hablar de las Guerras Médicas, no se puede confiar mucho en sus cifras. Para ser sinceros, no se puede confiar nada en ellas. Como suele ocurrir cuando los números que nos ofrecen los autores antiguos no son fiables, sólo nos queda hacer conjeturas. Entre 20.000 y 40.000 hombres podría ser una cifra razonable. Entre ellos había cartagineses, pero sobre todo mercenarios de Libia -en esta época recibía ese nombre casi todo el norte de África-, de España y de Italia. Tras el desembarco Amílcar concedió tres días de descanso a sus tropas para reponerse de la travesía, que había sido agitada, y después se dirigió a Hímera. Ésta se hallaba en poder de los partidarios de otro tirano, Terón de Acragante, aliado de Gelón: precisamente, la toma de Hímera había sido el *casus belli* de toda la

campaña.

Terón no tardó en acudir a defender Hímera, y poco después de él llegó Gelón, con un ejército que no debía ser inferior en número al de los cartagineses. Entre ellos había unas tropas peculiares, los hammípoi, literalmente «semicaballos»: soldados de infantería ligera que corrían al mismo paso que la caballería y que a veces montaban a la grupa detrás de los jinetes.

Amílcar había levantado un campamento fortificado para asediar la ciudad de Hímera. Gelón logró entrar en él gracias a una mezcla de suerte y astucia. Como hemos dicho, los habitantes de Selinunte preferían depender de los cartagineses antes que de Gelón, de modo que Amílcar les envió un mensajero pidiendo refuerzos de caballería. Los hombres de Gelón interceptaron el correo, una forma neutra de decir que le sacaron la información a palos y luego lo mataron. Después, el día en que debían llegar a Hímera los jinetes solicitados, quienes se presentaron fueron los de Siracusa. Los cartagineses les abrieron las puertas de la empalizada, y ya podemos imaginar lo que pasó a continuación. La caballería de Gelón prendió fuego a los barcos varados en la playa, la infantería pesada griega se sumó al ataque y, en medio del caos, Amílcar resultó muerto. Como solía ocurrir en la Antigüedad cuando un ejército perdía a su general, sus hombres se desmoralizaron y la batalla acabó en desastre para ellos.

Es imposible saber cuántas bajas sufrieron realmente los cartagineses. Pero debieron quedar muy dañados por la derrota, pues se dice que Cartago pagó una cuantiosa indemnización de 2.000 talentos, cerca de 50 toneladas de plata.

El prestigio de Gelón ascendió hasta las nubes gracias a la victoria de Hímera, que el siciliano Diodoro consideró tan importante como las de Salamina o Platea. Durante setenta años los cartagineses no volvieron a suponer una amenaza para Sicilia, y merced a la indemnización y el botín Gelón pudo embellecer con hermosos templos la ciudad de Hímera y, sobre todo, la de Siracusa. Cuando Gelón murió dos años después, en el 478, su régimen estaba tan consolidado que su hermano Hierón lo sucedió sin problemas. Hierón prosiguió la política expansionista de Gelón, y además se convirtió en un mecenas que invitó a su corte a poetas como Píndaro, Simónides o Esquilo.⁴ A Hierón lo sucedió a su vez su hermano Trasíbulo, que endureció su régimen para aplastar toda oposición. Como resultado, los siracusanos se levantaron contra él, y en el año 466 lo expulsaron e instauraron una democracia. La ciudad siguió siendo próspera, pero perdió el imperio que había adquirido en el resto de la isla.

Cincuenta años más tarde, Siracusa se enfrentó contra otra democracia, la más poderosa de Grecia: Atenas. De esa lucha, que alcanzó increíbles niveles de crueldad, hablaremos cuando llegue el momento de narrar la Guerra del Peloponeso.

EL NORTE DEL EGEO, LOS ESTRECHOS Y EL MAR NEGRO, CON UN VIAJE INSOSPECHADO

Como ya hemos visto, durante la Edad Oscura dorios, jonios y eolios, de sur a norte, cruzaron el Egeo casi en paralelo, para asentarse en el litoral de Anatolia. Pero aún quedaba la costa norte de aquel mar, que era conocida con el nombre genérico de Tracia y se extendía desde Macedonia hasta los estrechos que separan Asia de Europa. Allí había valiosos recursos naturales: bosques madereros en los montes Ródope, ríos de curso más caudaloso y regular que los griegos, llanuras fluviales aptas para la agricultura y metales preciosos.

Los habitantes de aquel lugar eran conocidos colectivamente como tracios, aunque había muchas tribus entre ellos. Los griegos los consideraban bárbaros en el sentido actual del término -entre otras cosas, llevaban tatuajes, algo que horrorizaba a los helenos-, y los acusaban de ser unos borrachuzos que bebían vino puro.

La colonización griega empezó por el este, en la península Calcídica, formada por tres largos promontorios que recuerdan otros tantos dedos. Fue obra, de nuevo, de las ciudades de Eubea, Calcis y Eretria. Después, en el siglo vii, los griegos de Paros ocuparon la isla de Tasos, a muy poca distancia del continente, rica en bosques y también en metales preciosos. Años después, los colonos de Tasos cruzaron los pocos kilómetros de agua que los separaban de Tracia y se establecieron en el Pangeo, un sistema montañoso que llega casi a los 2.000 metros en su cima más alta. En el Pangeo había ricas minas de oro y de plata, y los tracios que las explotaban ofrecieron resistencia a los tasios. Éstos los expulsaron por fin y trabajaron las minas hasta que los atenienses, a su vez, se las quitaron. Quien más provecho sacó a la larga del monte Pangeo fue Filipo de Macedonia, que pudo financiar sus falanges con el oro y la plata extraídos de sus minas y del cauce de sus ríos.

En los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo también se fundaron ciudades, tanto en el lado europeo como en el asiático: Cícico y Calcedonia entre otras, y también Bizancio, que pasados muchos siglos daría su nombre a una cultura entera. Atenas también tenía intereses allí, y en el siglo vi, cuando empezó a dar muestras de su carácter expansivo, fundó la colonia de Sigeo.

Pasados los estrechos, se extendía el mar Negro, al que los griegos llamaban Ponto Euxino o, simplemente, Ponto. Era un entorno más bien hostil, cuyos peligros se reflejan en el mito de Jasón y los Argonautas, que viajaron hasta la comarca de la Cólquide, en la orilla oriental del mar Negro, para recuperar el fabuloso vellocino de oro. Los primeros que se decidieron a colonizar esta región fueron los habitantes de Mileto, que ya en el siglo VIII fundaron entre otras ciudades Sínope y Trapezunte, en la orilla sur del Ponto.

Después, durante el vii, los griegos se lanzaron a las orillas norte y oeste, y fundaron colonias en los estuarios de los grandes ríos: entre otras, Istro en la desembocadura del Danubio y Olbia cerca de la del Dniéper. El clima era más frío y húmedo que el del Egeo, y a los griegos debía resultarles un poco deprimente (al menos si nos guiamos por el ejemplo del poeta latino Ovidio, que fue desterrado a las orillas del mar Negro en el siglo i d.C. y, llevado por su estado de ánimo, escribió allí las composiciones conocidas como Tristia). Pero los colonos disponían de muchas oportunidades para enriquecerse comerciando. En aquellos parajes se encontraba pesca abundante, que luego se llevaba a Grecia en salazón, y además los colonos tenían la posibilidad de tratar con tribus del interior. Por los ríos llegaban hierro, plata, pieles y esclavos.

Sobre todo, las llanuras situadas al norte del Ponto, en la actual Ucrania, eran un auténtico granero natural. No sólo estaban regadas por grandes ríos, sino que el suelo de aquella zona era una tierra negra, conocida hoy día como chernozem, muy rica en humus. Con el tiempo y precisamente por esta riqueza cerealística, Atenas, que pasaba dificultades para alimentar a una población cada vez más numerosa, se dedicó a establecer puestos en las rutas que llevaban al mar Negro y controlar los estrechos.'

En aquellas regiones, los griegos tomaron contacto con pueblos bárbaros conocidos colectivamente como escitas. Había entre ellos tribus nómadas que vivían prácticamente a lomos de sus caballos, y otros grupos casi sedentarios. Los escitas destacaban particularmente en el uso del arco: en el siglo v, los atenienses incorporaron dotaciones de arqueros escitas en sus barcos, y lo más parecido a un cuerpo de policía que había en la ciudad de Atenas estaba formado por esclavos públicos de esta etnia.

Es posible que el contacto con los escitas acarrearra otras consecuencias más espirituales, pues entre ellos se practicaba el chamanismo. Este término proviene de una palabra siberiana, «chamán», que ha pasado a varios idiomas y que se refiere a una especie de mago o curandero intermediario entre nuestro mundo y el más allá,

con el que se comunica haciendo viajes astrales. Para alcanzar las experiencias extracorpóreas, el chamán debe someterse a una estricta disciplina, que incluye retiros prolongados -a menudo encerrarse en cuevas, en una especie de privación sensorial- y también ayuno. Gracias a su entrenamiento, el chamán puede desdoblarse y hablar con los espíritus: no es que éstos lo posean, sino que su alma abandona su cuerpo y puede ponerse en contacto con ellos. Como explica E. R. Dodds en su ya clásico *Los griegos y lo irracional*: «A un chamán puede de hecho vérselo simultáneamente en diferentes sitios; tiene el poder de la bilocación» (Dodds, 1989, p. 138).

Esta creencia parece muy ajena al espíritu heleno tal como, generalmente, se nos ha inculcado que era. Pero, a raíz del contacto con los pueblos del Ponto, también empezaron a aparecer chamanes entre los griegos. El más conocido en la tradición era Epiménides el cretense. Este personaje del siglo vi' nació en Cnosos, lo cual ya lo haría heredero de la ancestral sabiduría de los minoicos. Me voy a permitir copiar aquí un supuesto diálogo entre Aristóteles y un médico, extraído de mi novela *Alejandro Magno y las águilas de Roma*, en el que hablan de Epiménides. Aristóteles dice:

-Cuentan que cuando era niño su padre lo envió a buscar una oveja a una cueva. Al entrar en ella se quedó dormido, y su letargo duró durante cin cuenta y siete años. Cuando despertó, sus padres habían muerto y su hermano pequeño era un viejo.

-Se ve que era una cueva encantada -contestó Néstor.

-Algunos dicen que se trataba de la gruta donde había nacido Zeus. El caso es que Epiménides viajó por otros mundos durante esos cincuenta y siete años y así adquirió la sabiduría de muchas vidas. Por cierto, él tampoco comía carne, sólo vegetales con los que se preparaba un caldo que comía dentro de una pezuña de buey.

SPECIAL_IMAGE-page0185

-Cuando murió y fueron a enterrarlo -prosiguió el sabio-, se descubrió que tenía toda la piel tatuada. Según la opinión de algunos, eso significa que era un esclavo. Yo más bien creo que si estaba tatuado era porque había tenido trato con los tracios y los escitas, o incluso porque él mismo era un escita. Pues sé que al norte del

Ponto y del mar Hircanio habitan pueblos donde ciertos hombres sabios, que también se tatúan el cuerpo, se ejercitan en prácticas ascéticas largas y severas. De ese modo consiguen que su cuerpo no tenga poder sobre su alma y pueden soltar a su antojo las cadenas que sujetan su espíritu.

-Chamanes -dijo Néstor.

Aparte de que en la fecha en que transcurre la acción de la novela Aristóteles ya no vivía, la otra libertad que me tomo es que un griego no podía conocer el término «chamán», que, como ya he dicho, es siberiano. Pero, básicamente, lo que cuento es lo que los griegos sabían o creían saber sobre Epiménides. El ayuno y el larguísimo retiro en una cueva -cincuenta y siete años, al estilo de Rip Van Winkle- le habrían otorgado la capacidad para hacer viajes astrales.

De Epiménides se duda si existió. Pero, como señala Dodds, hay otro chamán griego del siglo vi del que sí se tiene noticia histórica: Pitágoras. Este filósofo y matemático fundó una orden cuyos miembros tenían que someterse a prácticas muy estrictas, entre ellas la del ayuno, y también se abstenían de comer carne y de ciertos alimentos, todo con el fin de alcanzar una mayor claridad mental (quien haya dado cuenta de un chuletón con patatas podrá dar fe de que durante las nx horas que dura su digestión, el cerebro no está como para comprender la teoría de la relatividad). Pi tágoras creía en la transmigración de las almas o, con un nombre más popular hoy, en la reencarnación. Entre las muchas leyendas que crecieron a su alrededor, había una según la cual se le había visto a la vez en dos ciudades, Crotona y Metaponto: la bilocación propia de los chamanes.

Pitágoras no es el único filósofo al que hemos estudiado en nuestros libros de texto como alguien tan racional y formalito y que, sin embargo, tenía experiencias extrasensoriales y se ponía en contacto con el mundo inmaterial. Dodds también atribuye rasgos propios de un chamán al filósofo del siglo v Empédocles, autor de la teoría de los cuatro elementos -a saber, que todo se compone de agua, tierra, fuego y aire-. Algo similar piensa de Parménides el polémico filósofo y, a su manera, chamán Peter Kingsley (Kingsley, 2003). Como ya comentamos en su momento, bajo la denominación de filosofía griega agrupamos a un colectivo muy heterogéneo, en el que hay científicos, pensadores, moralistas y místicos.

EL NORTE DE ÁFRICA Y EL MEDITERRÁNEO OESTE

En el año 630, los habitantes de Tera -que obviamente llevaba mucho tiempo repoblada después de la megaerupción- se enfrentaron con uno de los problemas

crónicos de la isla: la falta de agua. Si ahora se arregla haciendo venir buques cisterna de fuera, en aquel entonces la solución era mandar los barcos fuera y cargados de gente.

Los colonos de Tera llegaron hasta la actual Libia y allí intentaron asentarse dos veces. A la tercera fue la vencida, y fundaron Cirene en una zona con abundante agua potable. Pronto se les unieron más colonos, en su mayoría dorios, como los habitantes de Tera. La ciudad fundó otras colonias como Barca o Apolonia -que servía de puerto para Cirene-, y se convirtió en la capital de una región conocida como Cirenaica.

La extensión de la Cirenaica era mucho mayor de la habitual en las polis griegas. Su suelo era fértil, tenía una zona norte con lluvias moderadas, numerosos oasis y en la zona colindante con el desierto se podía practicar el pastoreo. Todo ello la convirtió en una ciudad muy rica. En esa misma franja semidesértica era donde crecía el silfo, una especie de hinojo gigante ya extinguida a la que los antiguos le atribuían tantas pro piedades como nosotros al áloe vera: se usaba como alimento tanto para el ganado como para humanos, y también servía de laxante, de especia y de panacea para todo tipo de males.

En cuanto a su historia política, Cirene representaba un caso peculiar. Su fundador, un tal Aristóteles Bato, gobernó como rey, e instauró una dinastía que, a pesar de las numerosas revueltas, logró sobrevivir durante cien años. En 525, Cirene se sometió a la autoridad de los persas como estado vasallo, pero los Batíadas siguieron gobernando con bastante autonomía. En el siglo v Cirene volvió a independizarse y después, hacia el año 440, una revolución abolió la monarquía e instauró una democracia.

La ciudad griega más destacada del Mediterráneo occidental fue Masalia, la actual Marsella. La fundaron hacia el año 600 los focenses, aunque se han encontrado huellas de que los rodios estuvieron allí antes. Como era habitual, los colonos buscaron una zona protegida y se instalaron en la zona que les cedió una tribu ligur, en una península que dominaba una pequeña llanura y un excelente puerto natural. Masalia se enriqueció durante el siglo vi comerciando con las tribus celtas del interior, y gracias al corredor que abría el cercano río Ródano le llegaban productos del norte de Europa, como ámbar o estaño. Los masaliotas, o bien los mismos griegos de Focea, fundaron sus propias factorías comerciales en España, como Emporion -que significa precisamente «puesto comercial» y que se convirtió en la actual Ampurias- o Hemeroscopeion. Más al sur, cerca de Málaga, los griegos tuvieron un asentamiento en Mainake, pero no tardaron en perderlo a manos de los

cartagineses.

En la zona de Andalucía, los focenses entraron en contacto con los tartesios. Según cuenta Heródoto, allí conocieron a Argantonio, un rey de una longevidad proverbial: se supone que vivió ciento veinte años, de los cuales reinó nada menos que ochenta. Argantonio entabló tanta amistad con ellos que les entregó dinero (más bien, serían metales preciosos sin acuñar) para que fortificaran su ciudad con un muro. Como dice Heródoto: «Y se lo dio en abundancia, pues el contorno de la muralla mide bastantes estadios, y está construida con sillares grandes y bien ensamblados» (Heródoto 1, 163).

Cuando los persas conquistaron Jonia, los focenses, pese a su muralla, decidieron embarcarse en masa y partir hacia el oeste. Muchos de ellos se instalaron en la ciudad de Alalia, en la costa este de Córcega. La presencia de tanto inmigrante griego en su zona de influencia debió alarmar a los cartagineses, que se aliaron con los etruscos para echarlos de allí. Hacia el año 535 se libró una gran batalla naval en Alalia. Según Heródoto, los focenses vencieron, pero fue una victoria «cadmea», que era la forma antigua de referirse a una victoria pírrica, en la que el ganador sufre tantos daños que su triunfo no le reporta ningún beneficio. Al ver que aquel vecindario era peligroso, los focenses volvieron a recoger sus enseres y se dirigieron al suroeste de Italia.

Aunque las excavaciones arqueológicas han descubierto que tanto en Córcega como en la misma Alalia siguió habiendo griegos, éstos se hallaban mezclados con etruscos y con población nativa, y dejaron de ser la población dominante. Lo cierto es que tras la batalla de Alalia, fuera una victoria pírrica o una derrota -lo cual parece más probable-, no habría apenas más presencia griega en el Mediterráneo occidental que la de la próspera ciudad de Masalia.

EL ARTE DE LA GUERRA

La guerra era el estado natural de los griegos. Así lo entendía el filósofo Heráclito de Éfeso, conocido como El Oscuro, cuando afirmó: «La guerra es la madre de todo». En realidad, él dijo «padre», porque el término griego para guerra, πόλεμος, es masculino. Los guionistas de cine o de series de televisión aseguran que la base de una historia es el conflicto entre los personajes. En el fondo, Heráclito opinaba lo mismo, sólo que entre los antiguos el conflicto solía llegar a las manos y a las armas.

Grecia estaba dividida en centenares de ciudades estado, lo que suponía multiplicar hasta el infinito los enfrentamientos potenciales por cuestiones de fronteras (visto el tamaño de algunas polis, casi habría que hablar de lindes). No existían organismos internacionales como la ONU que mediaran en dichos enfrentamientos, pero los propios griegos comprendían la necesidad de fundarlos, o al menos de crear mecanismos de arbitraje. Ya hemos mencionado una de las organizaciones más antiguas, la Anficiónía de Delfos, que gestionaba la administración del santuario.

Con el tiempo, también se crearon alianzas militares, como la Liga de Corinto, que se fundó para enfrentarse a la invasión persa de 480 y que incluía a más de treinta estados. Sus miembros tenían que renunciar a toda hostilidad entre ellos, lo que ya suponía cierto progreso hacia un orden internacional. Tras la gran guerra se creó la Liga de Delos, una alianza marítima que empezó siendo de índole defensiva y acabó convirtiéndose en una especie de imperio ateniense. Pero lo cierto es que Grecia no se unió realmente hasta que se convirtió en una provincia romana.

Los griegos eran conscientes de que la guerra era una especie de arte, una práctica en la que se podía mejorar mediante el adiestramiento físico, e incluso mediante el estudio intelectual. Por eso redactaron tratados sobre ella. El más temprano, escrito por Eneas Táctico, data del siglo iv y trata sobre los asedios. En él descubrimos, entre otros detalles, cuántas formas tenían los griegos de traicionar a los suyos y abrir las puertas de una ciudad desde dentro. También disponemos de una monografía del siglo i d.C. escrita por un tal Onasandro sobre las características de un buen general.

Acaso influidos por el propio Onasandro y por otros autores antiguos que tenían tendencia a buscar al «gran hombre» en cada batalla, hoy solemos exagerar el papel del general o strategós en la Antigüedad. En un diálogo escrito por Luciano intervienen como personajes Aníbal, Escipión y Alejandro, debatiendo entre ellos quién ha sido el mejor general de todos los tiempos. Pues bien, en muchos foros especializados de discusión se siguen repitiendo estas discusiones con un ardor casi más propio de forofos futboleros.

Quizá esto se debe al afán casi novelístico de centrar la historia en personajes individuales. Yo mismo lo hago en esta obra, que no es la historia de Grecia, un ente abstracto, sino de personas concretas, los griegos. Pero hay que tener cuidado de no exagerar, pues se acaba otorgando un papel casi taumatúrgico a los generales. Se les acaba suponiendo capaces de improvisar sobre la marcha y de imponer instantáneamente su voluntad a los soldados en terrenos nunca tan lisos y despejados como los imaginamos, y todo ello en medio del griterío de la batalla y de nubes de polvo. Para colmo, los jefes griegos no podían ver gran cosa, puesto que combatían en primera fila, en el puesto más arriesgado, lo que explica que a menudo los generales de un ejército vencido no sobrevivieran a la derrota. Más de uno, como fue el caso de Epaminondas o de Ciro el Joven, ni siquiera sobrevivió a la victoria.

El papel táctico fundamental de un general consistía en colocar las tropas antes de la batalla. Si introducía alguna innovación en la formación de los hoplitas, como hizo Epaminondas en la batalla de Leuctra, y el resultado salía bien, ya se le podía considerar un genio. Pero lo cierto era que una vez desatados los perros de la guerra, que diría Shakespeare, poco tenía ya que hacer el general.

La función moral del strategós era tan importante como la táctica, o quizá más. Justo antes de la batalla arengaba a los hombres para inspirarles ardor y coraje, y durante ella combatía al frente para demostrarles que compartía su destino. Buena parte del carisma de Alejandro Magno se basaba en que él mismo encabezaba las cargas de su caballería: de no haber actuado así, es dudoso que sus hombres lo hubiesen seguido hasta la India.

LA INFANTERÍA

Al igual que todos identificamos a los ejércitos romanos con la imagen del legionario, la guerra en Grecia tenía un protagonista indudable: el hoplita. Este soldado de infantería pesada combatía en una formación cerrada conocida como falange, que en griego significa «rodillo»: pensemos en la forma de rodillo de las

falanges de nuestros dedos.

En los poemas de Homero encontramos combates individuales entre héroes, apoyados por grupos de partidarios que luchan de forma un tanto desordenada -aunque bien es cierto que también hay movimientos colectivos-. Entonces, ¿en qué momento se introdujo la táctica de la falange, esa muralla de escudos con un fondo de ocho o más filas? La interpretación más tradicional es que surgió a principios de la Edad Arcaica, en el siglo viii. Otros autores retrasan su origen muchos años, llevándolo incluso a las vísperas de las Guerras Médicas. Pero por representaciones en ánforas pintadas, como el vaso Chigi, fechado hacia el año 640, da la impresión de que esta táctica ya se utilizaba en el siglo vii.

La cuestión no sólo tiene un interés militar, sino también político y social. Con la táctica hoplítica, ya no eran exclusivamente los aristócratas quienes defendían la ciudad con su sangre, sino toda la clase media de campesinos, artesanos y comerciantes que podían permitirse el considerable gasto de las armas de un hoplita. Al compartir la defensa de la polis, estos hombres que arriesgaban su vida no tardaron en exigir una participación equivalente en el gobierno: eso explica en buena parte las revueltas civiles, la llegada de los tiranos e incluso la creación de la democracia. La relación entre el servicio con las armas y la democracia resulta extraña en nuestros días, cuando la abolición de la mili obligatoria se considera un avance. Pero si pensamos en que ese servicio militar se introdujo a partir de la Revolución Francesa, tal vez contemplemos las cosas de otro modo.

Un ejemplo modélico es el de Atenas. En esta ciudad, la defensa no estaba a cargo sólo de los miembros de la clase media. Incluso los humildes thétai, jornaleros y asalariados sin apenas ingresos combatieron en la batalla de Salamina y a partir de entonces formaron la columna vertebral de la flota. No es extraño que el régimen ateniense derivara con el tiempo hacia lo que se ha dado en llamar «democracia radical», con derechos cívicos y políticos que se extendieron paulatinamente a todas las clases sociales.

El elemento básico de la falange era el hoplita. Su nombre derivaba de hóplon, «arma», que aparece también en el compuesto «panoplia» -literalmente, «todas las armas». El equipo de un hoplita se caracterizaba por tres elementos siempre presentes, escudo, yelmo y lanza, y por otros que dependían del patrimonio del soldado o de las costumbres y modas de la época, como la coraza, las grebas y la espada.

El escudo (aspís) era el arma imprescindible del hoplita y la base de la

falange. Redondo, más o menos de un metro de diámetro y de forma cóncava, se fabricaba con capas de madera encoladas y, en muchas ocasiones, recubiertas por una fina chapa de bronce. Sobre esta capa exterior se pintaban motivos decorativos personales: gorgonas, gallos, esfinges, etcétera. El ateniense Alcibíades, siempre deseoso de llamar la atención, se hizo fabricar un escudo con un Eros que portaba un relámpago. También había emblemas colectivos, como la célebre lambda de los espartanos.

Para sujetarlo, el escudo tenía en el centro una argolla por la que se pasaba el antebrazo, y asas de cuerda cerca del borde para las manos. Gracias a que el interior del escudo tenía forma de cuenco, podía apoyarse en el hombro para descargar en él sus entre siete y diez kilos de peso: sostenerlo en vilo durante demasiado rato habría dormido incluso el brazo izquierdo de Rafa Nadal.

Dada su forma circular y la argolla situada en el centro, buena parte del escudo sobraba por la parte izquierda de su portador. Eso no significaba que quedara desaprovechado: a ese lado el hoplita tenía a otro compañero de formación, y el sobrante de aspís le protegía el costado que empuñaba la lanza, el más indefenso.'

Eso significa que si alguien arrojaba el escudo en la batalla, no sólo perdía su principal protección, sino que dejaba vendido al compañero que tenía a la izquierda. Por tanto, suponía una falta muy grave, pues quebrantaba la solidaridad que era el pegamento de la falange. Tal comportamiento tenía incluso un nombre, ripsaspía, y podía ser castigado con la pérdida de derechos cívicos, el aislamiento social o incluso la muerte. Es célebre el dicho de aquella madre espartana que despidió a su hijo diciendo: E tan e epí tán, que se traduce más o menos, «con él o sobre él», ya que los lacedemonios debían regresar de la guerra con el escudo o tendidos sobre él a modo de camilla.

Otra cosa era que la formación se rompiera al grito de ¡sálvese quien pueda! y se produjera la retirada. Entonces -si uno no era espartano, claro-, muchos hoplitas tiraban el escudo, porque, como en el viejo chiste del tipo que lleva un yunque por el desierto, sin él corrían más. El poeta Arquíloco, que se ganó la vida como mercenario, lo cuenta en unos célebres versos:

SPECIAL_IMAGE-page0193

El yelmo (kórys) más conocido es el denominado corintio, una especie de campana de una sola pieza que cubría la nariz y las mejillas y confería al hoplita, del que apenas se veían los ojos, un aire siniestro. Es el yelmo con el que aparece representado Pericles -parece que tenía la cabeza en forma de pepino y el hombre, coqueto, usaba el casco para disimular este defecto-, y muy a menudo la diosa Atenea. Había otros yelmos con formas diferentes, como el calcídico o el beocio, y con el tiempo la tendencia fue a reducir la protección dejando más parte del rostro al descubierto o incluyendo carrilleras móviles. Pues el casco, si bien protegía la cabeza de su portador, acarreaba varias desventajas. El bronce se recalentaba bajo el sol y con los oídos tapados debía de resultar difícil entender las órdenes de los mandos. Por eso los soldados no se calaban el yelmo hasta el último momento, cuando casi tenían al enemigo al alcance de sus lanzas.

Para amortiguar el contacto del yelmo, se llevaba una cofia debajo o se acolchaba el interior: de no ser así, el impacto del propio metal habría podido matar a su dueño. La mayoría de los soldados decoraban el casco con penachos fabricados con crines de caballo, que los hacían parecer más altos y formidables a ojos de los enemigos.

La lanza (dóry) medía más de dos metros de longitud, y a veces hasta tres. Dado su tamaño, no se usaba como arma arrojada, sino para el combate cuerpo a cuerpo. El asta se fabricaba con una madera dura y a la vez flexible, habitualmente fresno. La punta o moharra era de hierro, y la contera o regatón, de hierro o bronce, estaba rematada en un pincho para clavarlo en el suelo, usarlo como arma de emergencia si el ástil se partía o rematar a enemigos caídos. Normalmente se empuñaba por encima del hombro, aunque en ocasiones el agarre podía ser al revés, con el arma pegada a la cadera.

Con escudo, yelmo y lanza un soldado ya podía afirmar que era un hoplita. Pero lo más habitual era que llevase también una coraza (thórax). Las primeras que se utilizaron en la Época Arcaica eran de bronce, tenían forma de campana y se cerraban por el costado. Sin duda, ofrecían una buena protección, pero su peso sumado al del escudo entorpecía mucho al guerrero. En la época de las Guerras Médicas se había extendido ya el llamado linothórax, un peto de capas de lino encoladas, y a veces reforzado en zonas estratégicas con láminas de metal cosidas. El lino así preparado quedaba tan rígido que las hombreras, antes de abrocharlas, se levantaban como una especie de alas, tal como vemos representado en algunas ánforas. La coraza se prolongaba en un faldar de tiras de cuero para proteger las ingles, uno de los blancos más codiciados (junto con lo que había entre ellas, obviamente) por los soldados enemigos.

Como el escudo llegaba hasta las rodillas y los griegos no tenían prohibidos los golpes bajos, unas piernas desprotegidas habrían supuesto un blanco demasiado tentador. Quien se haya golpeado en la espinilla con la esquina de la mesita de café y haya jurado en arameo comprenderá que un lanzazo en esa zona debía de ser una sensación de todo menos placentera. Además, el hoplita así inutilizado no podría mantenerse en pie y sería una presa fácil. Por eso, aunque incomodaran bastante, muchos soldados usaban grebas (knemides), unas espinilleras que podían ser de cuero, fieltro o metal. En cuanto a éstas, las había rígidas, que se ataban con correas, y otras con cierta elasticidad que se ajustaban por sí solas alrededor de la pantorrilla.

Por último, como segunda arma ofensiva en caso de que la lanza se rompiese o se perdiera, los hoplitas llevaban una espada (xíphos). Normalmente era recta y de doble filo, y se utilizaba tanto para dar tajos como para asestar estocadas. La longitud de su hoja oscilaba entre 50 y 60 centímetros y se colgaba al costado izquierdo con un tahalí atravesado desde el hombro. Pero también había otras espadas curvas, llamadas kopídes, apropiadas sobre todo para la caballería.

Un hoplita con el equipo completo podía cargar entre 25 y 30 kilos. Es comprensible que los soldados fueran reacios a armarse del todo hasta el último momento, justo antes de la batalla, y que durante las marchas no llevaran encima el equipo completo. La mayoría de los hoplitas no eran soldados profesionales: se trataba de campesinos, artesanos, comerciantes, rentistas como Sócrates o aristócratas adinerados como Alcibíades, que empuñaban las armas para defender su ciudad. Por tanto, no se les podía exigir el mismo adiestramiento que siglos después haría casi invencibles a los legionarios de Mario y César.

Sin embargo, esta milicia ciudadana sabía defender bien lo suyo. En primer lugar, los griegos solían estar en buena forma, pues su educación hacía un hincapié especial en la gimnasia. La mayoría de los deportes que practicaban -carrera, lanzamientos, lucha- tenían como fin prepararlos para la guerra. Además, los ideales que los griegos mamaban desde la cuna eran una mezcla de areté, ese valor aristocrático y competitivo al estilo de los guerreros homéricos, y amor a su polis. Una polis que no era una abstracción, sino una presencia bien concreta que lo abarcaba todo: conciudadanos, familiares, templos, tumbas de los antepasados, el propio suelo patrio. Cuando los ciudadanos combatían por ella, lo hicieron como leones.

El de los espartanos era otro caso. Su agogé, la estricta disciplina en que se educaban desde los siete años y de la que hablaremos en el siguiente capítulo, era lo

más parecido a una milicia profesional que existía en aquel tiempo. Normalmente los espartanos vencían a los hoplitas de las demás ciudades por varias razones. Para empezar, entrenaban constante mente maniobras que les permitían no romper la formación cerrada incluso en las circunstancias más difíciles -por ejemplo, retiradas fingidas-, mientras que otras falanges se desorganizaban con más facilidad. Su férrea disciplina hacía que temieran más a la ley o, por expresarlo de otra forma, a la presión que el resto de su sociedad ejercía sobre ellos, que a la propia muerte. El adiestramiento constante endurecía tanto sus cuerpos que, probablemente, disponían de un punto más de forma física que sus rivales. Por último, la moral: los espartanos se sabían superiores, y con esa expectativa combatían sin duda al ciento diez por ciento; mientras que muchos rivales se sentían inferiores a ellos y algunos salían ya prácticamente derrotados antes de enfundarse las armas.

Con el tiempo, las cosas cambiaron. La Guerra del Peloponeso fue un conflicto tan largo, casi treinta años de hostilidades continuas, que creó en muchas ciudades una clase de soldados profesionales. Durante la guerra muchos se convirtieron en mercenarios, y al finalizar tuvieron que buscarse otros conflictos en los que ganarse el pan. Nada menos que 10.000 soldados de fortuna formaban el ejército que en el año 401 se internó en el corazón del Imperio persa para apoyar al príncipe Ciro el Joven contra su hermano, el rey Artajerjes. El mismo Alejandro se enfrentó contra mercenarios griegos cuando combatió contra Darío.

Aparte de los hoplitas, los griegos disponían de infantería ligera. Estaban los peltastas, llamados así por la pélta, un escudo de mimbre trenzado y recubierto de piel, que combatían armados con jabalinas. También había arqueros y honderos. De los primeros, los más apreciados eran los cretenses, mientras que los mejores honderos eran los de Rodas, que arrojaban bolas de plomo que volaban como relámpagos a más de 100 metros y que los enemigos apenas veían venir.

En las batallas clásicas, los soldados de infantería ligera rompían las hostilidades y trataban de quebrar las líneas enemigas, o al menos su moral, y luego se retiraban para dejar que los hoplitas combatieran. Más adelante, conforme las tácticas militares se volvieron más flexibles y variadas, la infantería ligera cobró más importancia. Así, a principios del siglo iv, el ateniense Ificrates se convirtió en un experto en estas lides, hasta el punto de que derrotó a todo un batallón de espartanos hostigándolos con su infantería ligera en las proximidades de Corinto.

Los griegos también conocían y usaban la caballería. Sin embargo, ésta desempeñó un papel muy secundario en Atenas, e incluso más en Esparta. En las Guerras Médicas, por ejemplo, no parece que hubiera existido siquiera un cuerpo

de caballería en Atenas. Cuando empezó a utilizarse más adelante, era en labores de reconocimiento, para perseguir a un enemigo en desbandada o tender emboscadas.

Sin embargo, más al norte, en las llanuras de Tesalia, existía una tradición de caballería que compartían los macedonios. Éstos la convirtieron en un arma fundamental, sobre todo en manos de Alejandro Magno, que combatía cargando al frente de su caballería y la utilizó para asestar golpes definitivos en batallas como las de Iso o Gaugamela.

Hay que tener en cuenta que los caballos de la época, a juzgar por las representaciones, tenían una alzada muy inferior a la de los de ahora. Tampoco se usaba el estribo, aunque a veces se ha sobrevalorado su ausencia: incluso sin estribo, los jinetes antiguos poseían la habilidad suficiente para convertir a sus monturas en eficaces armas de guerra.

LA GUERRA NAVAL

La guerra en el mar desempeñó un papel tan importante como la terrestre desde los albores de la historia griega. Como ya hemos visto, la leyenda del Minotauro y del tributo que los atenienses y otros griegos debían rendir a los minoicos puede ser un reflejo de la talasocracia cretense, el dominio del mar que menciona el historiador Tucídides al hablar del rey Minos.

Es evidente que los minoicos poseían flotas, como demuestran los espectaculares frescos hallados en Tera. Tras el declive de Creta, otros pueblos dominaron los mares. Los griegos, tan obsesionados con sus listas de vencedores como nosotros con las de películas más taquilleras o libros más vendidos, confeccionaron un catálogo con los nombres de los pueblos que controlaron el Egeo a partir de entonces: lidios, pelasgos, tracios, rodios, eretrios... Tras la batalla de Salamina, en 480, los atenienses se convirtieron en los amos del mar durante casi todo el resto del periodo clásico.

El núcleo de una flota de guerra lo constituía el trirreme. Su nombre se debe a las tres filas de remos superpuestas que le otorgaban el triple de impulso que a una nave de igual eslora provista tan sólo de una fila. A cambio, los talamitas, hipozigitas y tranitas -nombres que recibían los hombres de cada una de las tres bancadas- debían remar hacinados en la bodega del trirreme, poco más ancha que un autobús. Por las pruebas de la Olympias, una reconstrucción moderna que navegó por las aguas del Egeo hace unos años y ahora se halla en dique seco (sufrió un problema en la quilla), sabemos que entre las principales miserias que

soportaban los remeros estaban los codazos y patadas de los compañeros, la atmósfera enrarecida y el mal olor.

El trirreme medía entre 30 y 35 metros de longitud o eslora, y unos 6 de anchura o manga. En total contaba con más de 170 remos. Disponía también de dos velas que se aprovechaban para viajar cuando el viento era favorable; pero antes de la batalla, los tripulantes las recogían y abatían los palos, que incluso dejaban en tierra si podían. Llegado el momento de luchar, tan sólo confiaban en sus remos, sin dejar nada al albur de un inoportuno golpe de viento.

Existían dos formas básicas de combate. La que Tucídides denomina «tradicional» consistía en abordarse mediante garfios y pelear sobre la cubierta, hasta que los hoplitas de la dotación de un barco -conocidos como epibátai- conseguían neutralizar a los enemigos y apoderarse de su nave. A veces tomaban prisioneros a los remeros, y en otras ocasiones, como hizo el general espartano Lisandro en la Guerra del Peloponeso, los ejecutaban. La otra manera, que desde el punto de vista griego sería la «moderna», consistía en embestir al barco enemigo para clavarle el espolón o émbolos, una prolongación de la proa reforzada con chapas de bronce. Tras abrir un boquete en el casco de la otra nave, el trirreme atacante ciaba hacia atrás para dejar que el agua entrara por la vía recién abierta. El barco así atacado empezaba a hundirse. No llegaría a hacerlo del todo, puesto que los trirremes no llevaban lastre y todas las piezas eran de madera.' Pero sí se anegaba, con lo que buena parte de los remeros se ahogaban antes de conseguir escapar, y en cualquier caso el trirreme quedaba inutilizado. Habitualmente, los vencedores cortaban el espolón de proa y el mascarón de la nave enemiga y se los llevaban como trofeo.

Los atenienses llegaron a dominar la forma de combate moderna hasta tal punto que durante la Guerra del Peloponeso una flota de 20 barcos mandada por el almirante Formión derrotó a otra espartana que contaba con 47. Además, Formión tuvo la osadía de vencer con una maniobra envolvente.

El trirreme dominó el Mediterráneo oriental durante más de dos siglos. Después de Alejandro, en la Época Helenística, con estados que poseían recursos muy superiores a los de las polis clásicas y soberanos un tanto megalómanos, se empezaron a construir barcos más grandes. De la trirreme se pasó a la quinquerreme y a modelos cada vez mayores, en una auténtica carrera armamentística. Llegó a haber naves enormes, como la Leontóforos de Lisímaco, un general de Alejandro Magno, que tenía 1.600 remeros y 1.200 combatientes de cubierta. El mayor leviatán de los mares fue una nave construida por el rey de

Egipto Ptolomeo Filópator, que alcanzaba 125 metros de eslora y 45 de manga y tenía 4.000 remeros. Este monstruo inmanejable, destinado a la exhibición, nunca debió de entrar en combate. Pero es de suponer que, por asombroso que nos resulte, otras naves menores como la Leontóforos sí tomaron parte en auténticas batallas. El experto Lionel Casson, autor de un libro clásico en la materia, aventura la hipótesis de que tales barcos fueran en realidad catamaranes, naves compuestas por dos cascos unidos con una sola cubierta (Casson, 1995, p. 107 y ss.).

COMBATE, VICTORIA Y DERROTA

El combate entre dos falanges de hoplitas era prácticamente un ritual. Pero, como suele ocurrir con estas cosas, dicho ritual evolucionó con el tiempo y muchas convenciones dejaron de respetarse. Precisamente, los generales que más se saltaban las normas, como el espartano Lisandro, los atenienses Alcibíades e Ificrates, el tebano Epaminondas o, por supuesto, Alejandro, eran quienes alcanzaban éxitos más inesperados y espectaculares.

Veamos cómo sería una batalla clásica. Los dos ejércitos enemigos formaban frente a frente el día convenido, en un campo más o menos llano y despejado (es una paradoja que la táctica hoplítica, que necesita este tipo de terreno, apareciera en una tierra tan montañosa como Grecia). Los generales repartían a sus hombres en un frente amplio, normalmente con ocho filas de fondo. En la primera formaban los más aguerridos y, probablemente, provistos de mejor armamento. La última fila también era importante: allí el general colocaba a gente de confianza para evitar que los soldados de las filas intermedias se dejaran llevar por el pánico y huyeran en mitad del combate. Pues los griegos sabían bien que Fobo, el Miedo, es la más contagiosa de las emociones.

Una vez dispuestas las tropas, el general las arengaba. Después, se hacían los oportunos sacrificios a los dioses. Cuando el propio general degollaba a la víctima, él y los adivinos examinaban sus vísceras e incluso interpretaban el flujo de su sangre sobre el suelo. Si todo mostraba un aspecto normal, significaba que los dioses eran propicios. Si no, se procedía a otro sacrificio hasta encontrar mejor suerte. Hubo generales que pusieron en peligro la victoria por seguir haciendo sacrificios mientras los enemigos ya estaban a menos de 200 metros de ellos (por ejemplo, Pausanias en Platea). Pero no hay que olvidar que los dioses eran una presencia real para los griegos. Para ellos, saltarse el sacrificio antes de la batalla habría sido como para un cirujano operar sin guantes y con las manos sucias.

Por fin, los ejércitos avanzaban de frente. Imaginemos lo templados que

debían tener los nervios los hoplitas para aguantar en el puesto al ver cómo sus enemigos aumentaban de tamaño. De joven practicaba karate. Cuando nos cambiábamos en el vestuario antes de una competición, los karatekas del equipo contrario nos parecían gigantes musculosos que nos sacaban la cabeza. En el caso de los hoplitas griegos, para colmo, los rivales tenían armas afiladas. Muchos ciudadanos conocían en carne propia o en la de algún amigo o familiar los estragos que la punta de una lanza causaba. No es de extrañar que, a menudo, el vino sirviera de refuerzo al valor. Aunque también podía resultar contraproducente. El rey espartano Cléombroto y sus oficiales empujaron demasiado el codo antes de la batalla de Leuctra, y aquél no fue el mejor día para su ciudad.

A cierta distancia, los hoplitas cargaban entonando el Peán, un canto guerrero. Lo hacían no sólo por ganar impulso, sino porque en una situación tan tensa una carrera era la mejor forma de descargar la adrenalina.' Heródoto cuenta que los atenienses fueron los primeros en embestir a la carrera en la batalla de Maratón, en 490. Sea cierto o no, lo que no se puede admitir es la desmesurada longitud de dicha carga: 10 estadios, más de kilómetro y medio. Los griegos practicaban entre sus pruebas deportivas el «hoplitódromo», una carrera de dos estadios con armas, pero no llevaban a cuestas todo el equipo. Dejemos, pues, la acometida en unos 200 metros y, teniendo en cuenta el estorbo del escudo y de las grebas, al paso ligero más que a la carrera. En cualquier caso, el corazón debía de acelerarse a cerca de 180 pulsaciones por minuto, que sonarían como golpes de tambor en los oídos, tapados por el casco.

A veces, uno de los dos ejércitos no era capaz de aguantar la tensión y huía antes de que se produjera el choque. Así ocurrió en la batalla de Cunaxa, narrada por Jenofonte en la Anábasis, aunque en este caso los contrincantes eran soldados persas. Pero si los dos bandos aguantaban, se producía el choque. ¿Era tan estrepitoso como cabe imaginar? Algunos autores creen que los hoplitas se frenaban un tanto antes del impacto, de modo parecido a como sucedía en las cargas de caballería de los siglos XVIII y XIX. Si no, el encontronazo habría resultado desastroso.

En cualquier caso, las primeras filas de ambas falanges entraban en contacto. A partir de ese momento se producía el othismós, que los autores anglosajones traducen como melée. Lo cierto es que debía parecerse en algunos momentos a la melée de un partido de rugby, con ambos bandos empujando y presionando. Sobre el mecanismo exacto del othismós han corrido ríos de tinta. Tanto los especialistas como los miembros de asociaciones de reconstrucción histórica discuten sobre si habría contacto de escudo con escudo, si los hoplitas

combatirían a cierta distancia como esgrimistas, si realmente los escudos de la primera fila formaban un muro o reinaba cierto desorden entre los hombres, etcétera.

En esta primera fase del combate no se producían demasiado bajas, ya que no era fácil encontrar un hueco por el que introducir la lanza entre la pared de escudos y yelmos enemigos. Además, no todo el mundo posee la agresividad y el arrojo necesarios para lanzarse a fondo a ensartar las tripas de otro ser humano o cortarle la carótida, máxime cuando acercarse demasiado supone el riesgo de recibir el contraataque del enemigo. Según los estudios de S. L. A. Marshall en la Segunda Guerra Mundial, menos del veinticinco por ciento de los soldados estadounidenses usaban sus armas de forma eficaz con la intención de matar al enemigo, y muchos se limitaban a disparar al aire. Los griegos antiguos debían de tener las entrañas mucho más duras que los occidentales de los siglos xx y xxi, pero no creo que todos ellos fuesen asesinos natos como Aquiles.'

Las dudas sobre este tipo de combate alcanzan también al papel de las filas posteriores. ¿Empujaban con sus escudos las espaldas de sus compañeros, arriesgándose, por cierto, a que les saltaran un ojo con la contera de la lanza? ¿Se mantenían un poco apartados y los jaleaban como en una pelea de barrio? ¿Reemplazaban a los combatientes de primera fila cuando éstos quedaban exhaustos o caían heridos o muertos? Es un campo en el que hay muchas discusiones, más apasionadas por el hecho de que los estudiosos del arte militar de la Antigüedad son, a su manera, una especie de frikis, aunque con doctorados y cátedras. Lo cierto es que en este campo cada vez hay más interés, con portales y foros de Internet, sociedades de reconstrucción histórica, abundantes estudios y monografías, y revistas especializadas como *Ancient Warfare*. Si la agresividad que los varones griegos desataban en sus combates se encauza hoy de esta manera, bien está.

Después de cierto rato de othismós, uno de los dos bandos cedía por fin, bien fuera porque estaba sufriendo más bajas o porque la moral de sus hombres se desplomaba. En el momento en que las filas se desordenaban, cundía el pánico y se producía la desbandada. Si hasta el momento las bajas habían sido limitadas y más o menos parejas, ahora se multiplicaban durante la persecución, cuando los que huían ofrecían sus espaldas a los vencedores. Se calcula que el ejército victorioso sufría una media de un cinco por ciento de bajas, y el perdedor en torno al quince por ciento. Había excepciones: una maniobra envolvente, como la que sufrieron los persas en Maratón o los romanos en Cannas, provocaría mortandades mucho más altas, superiores incluso al cincuenta por ciento. En cualquier caso, algunas

descripciones novelísticas de unidades enteras aniquiladas, pilas de cadáveres de varios metros y terreno enlodado por la sangre pueden resultar eficaces, pero bastante exageradas.

Cuando cesaba la persecución, el ejército vencedor levantaba un trofeo en el lugar donde el enemigo había emprendido la huida. Después, se pactaba una tregua mediante heraldos y los derrotados podían volver para recoger a sus muertos y enterrarlos de forma debida. Precisamente el hecho de conceder este permiso determinaba quién era el vencedor de la batalla. Durante la Guerra del Peloponeso, el general Nicias derrotó a los corintios y mató incluso a su general. Pero al volver a Atenas se dio cuenta de que le faltaban dos cadáveres. Como cuenta Plutarco, «detuvo al ejército y, enviando un heraldo a los enemigos, les pidió permiso para recogerlos» (Nicias 6, 5). De este modo perdió «oficialmente» la batalla: Nicias era un ejemplo de hombre religioso que prefería renunciar a la gloria antes que cometer una impiedad.

Después de la batalla, en ocasiones señaladas, se concedían premios individuales al valor, o incluso colectivos si eran varias las ciudades que combatían aliadas. Así, en la batalla de Salamina aunque fuera naval, para el caso es lo mismo: el galardón individual lo recibió Temístocles y el colectivo la ciudad de Egina.

ESPARTA Y SU ESPEJISMO

Esparta es la más singular entre las polis griegas, incluso más que Atenas. No se puede negar que ésta era especial en bastantes aspectos, pero siguió un desarrollo político parecido al de otras polis de la Época Arcaica: tras una monarquía ancestral, perdida en las brumas del recuerdo, Atenas atravesó un periodo de dominio de la oligarquía aristocrática, sufrió o en su caso más bien disfrutó- una tiranía y conoció la democracia.

En cambio, la historia de Esparta no encuentra apenas paralelos. En cierto modo, su constitución se parecía a la de Creta: la sociedad cretense también conservaba costumbres muy arcaicas, un sistema de clases de edades, siervos oprimidos y banquetes comunales. Pero no conocemos demasiado de Creta, debido a que permaneció prácticamente aislada del resto de Grecia.

¿Acaso sabemos más de Esparta? Sí, pero nuestro conocimiento es engañoso, pues no depende de los propios espartanos, sino de la forma en que los veían los demás griegos. Esparta no produjo apenas literatura, salvo los poemas de Tirteo en el siglo vii. Sin embargo, despertaba tanta curiosidad que los demás griegos le dedicaron abundantes textos. Ya en la Época Clásica Jenofonte, hombre de acción y literato que escribía sobre lo divino y lo humano, le consagró, entre otras obras, una breve monografía, *La república de los lacedemonios*. Platón se basó en ella como modelo para las ciudades ideales de *La república* y *Las leyes*.

Estos dos admiradores, curiosamente, eran ciudadanos de Atenas, la polis que competía con Esparta por el liderazgo de Grecia. Tiene su explicación: como los demás filoespartanos atenienses, ni Jenofonte ni Platón sentían demasiado cariño por el régimen democrático de la ciudad. El primero llegó a combatir en la batalla de Coronea (394 a.C.) en el bando espartano y contra sus compatriotas. Aquello le costó el destierro de Atenas; a cambio, los espartanos lo recompensaron regalándole una hermosa finca cerca de Olimpia, donde Jenofonte pasó cerca de veinticinco años y escribió su abundante producción literaria.

En cuanto a Platón, provenía de una familia aristocrática en la que se debían de contar relatos sobre los buenos tiempos del pasado, cuando los nobles no tenían que soportar las insolencias del pueblo llano. Su tío Critias, que inspiró a Platón un

diálogo en el que se habla de la Atlántida, escribió dos obras sobre la constitución espartana, una en prosa y otra en verso, aunque ambas se han perdido.

A finales del siglo v y principios del iv, durante el breve tiempo en que extendió su dominio fuera del Peloponeso, Esparta demostró a los demás griegos la verdad de su áspera naturaleza. Pese a ello, siguió siendo admirada por la posteridad, y varios autores de época romana redactaron obras sobre ella. Sobre todo Plutarco, que en torno al año 100 d. C. escribió varias biografías de espartanos ilustres dentro de su serie *Vidas paralelas*.

En aquella época se vivía en el Imperio romano un renacimiento griego, un nuevo despertar del interés por la cultura helena. Pocas décadas después de Plutarco, el geógrafo Pausanias compuso su amplia *Descripción de Grecia*. Se trataba de una auténtica guía turística, escrita en la época de los Antoninos, la más brillante de la historia de Roma: un tiempo en que la prosperidad y la paz generalizada permitían hacer turismo, al menos a las personas más acomodadas. El turismo es una actividad a la que estamos tan acostumbrados que no comprendemos su valor.' Muchos viajeros del imperio visitaban Grecia, y en concreto Esparta. Esta ciudad se había convertido en una especie de imitación de sí misma, una reliquia del pasado, como una reserva india o como ese pueblo castellano de ¡Bienvenido, Mister Marshall! que de pronto se convierte en un gigantesco tablao flamenco. Como señala Pavel Oliva, en la época romana «Las formas tradicionales habían perdido su sentido original. El mantenimiento de las antiguas apariencias no era más que una ficción colorista para los visitantes, particularmente los ciudadanos ricos que veían a Esparta como una de las ciudades más famosas de la historia griega» (Oliva, 1973,p. 318).

Todo esto significa que, por desgracia para nosotros, la información que poseemos sobre el peculiar sistema espartano proviene de fuentes ajenas a la propia Esparta, y a menudo muy posteriores en el tiempo a la época de esplendor de la ciudad. Lo que podían ver los autores de época romana era un revival de costumbres antiguas... que tal vez nunca habían existido, o que al menos no habían llegado a coexistir en una misma época. No es raro, por tanto, que la mayoría de los autores actuales que han escrito sobre la historia de esta ciudad hablen del mirage o «espejismo» espartano.

Esparta es el nombre del pequeño núcleo urbano' que funcionaba como capital de un estado más amplio conocido por los griegos como Lacedemonia. Lacedemonios, por tanto, era el nombre que recibían los espartanos, y su lambda inicial aparecía en el escudo de sus hoplitas durante la *Época Clásica*. Otra

denominación para la región era la de Laconia -nombre actual de la prefectura de Esparta-, y de ahí nuestro adjetivo «lacónico», «conciso, escueto», pues se atribuía a los espartanos un humor seco y de pocas palabras. Ahora bien, por comodidad seguiré llamándolos espartanos, gentilicio más familiar para los lectores actuales.

Hay que tener en cuenta que cuando hablamos, por ejemplo, de un ejército de 5.000 espartanos, a menudo tan sólo una parte de ellos eran espartanos auténticos, «de pata negra», los miembros de la élite social y guerrera conocidos también como espartiatas. Los demás eran periecos, literalmente «los que habitan alrededor», ciudadanos de segunda clase del estado espartano. E incluso a veces servían con ellos los ilotas, auténticos siervos de la gleba. En realidad, los espartanos procuraban arriesgar a pocos de sus ciudadanos de primera en la guerra, pues tenían un problema crónico que se agravó con el paso de los años: la oliganthropía, o escasez de hombres. La razón la comprenderemos al examinar su peculiar sistema social y político.

Hemos visto los problemas de la stásis en otras ciudades griegas, y de esos conflictos sociales, como las tiranías o la colonización. La originalidad de Esparta es que resolvió sus problemas de espacio expandiéndose en busca de nuevas tierras que repartir entre sus ciudadanos descontentos.

Las cinco aldeas que formaban el núcleo original del estado espartano se encontraban a orillas del Eurotas, un río que nace en las montañas de Arcadia y corre hacia el sur hasta desembocar en el golfo de Laconia. En su camino, atraviesa un valle tectónico, encajonado entre dos formaciones montañosas paralelas: al oeste se levanta el Parnón, cuyas cumbres más altas llegan casi a los 2.000 metros, y al este el imponente Taigeto, que alcanza 2.400. Rodeada por esas montañas, Esparta se hallaba en una especie de fortaleza natural, y cualquier ejército que intentara invadirla tenía que hacerlo a través de las tierras de Arcadia: por eso los espartanos se empeñaron siempre en controlar a sus vecinos del norte.

El valle del Eurotas es muy fértil, gracias a los sedimentos depositados por el río y por los torrentes que bajan del Taigeto. Pero también es relativamente estrecho, ya que tiene unos 10 kilómetros de ancho y menos de 20 de longitud. Ahora bien, al otro lado del Taigeto se encuentra Mesenia, comarca del antiguo reino micénico de Pilos, con llanuras más extensas y fértiles que la del Eurotas.

A finales del siglo VIII, los espartanos se decidieron a atravesar los estrechos senderos que recorren el monte Taigeto y conquistar Mesenia (Paul Cartledge, experto en historia de Esparta, cree que lo hicieron por la costa, donde era menos

probable que sufrieran emboscadas: Cartledge, 2003, p. 98). Según la leyenda, la ausencia de los guerreros fue tan larga que, como ya hemos mencionado, las mujeres espartanas acabaron teniendo hijos bastardos a los que después instalaron en la colonia de Tarento. Pero el caso es que consiguieron apoderarse de Mesenia, lo que hizo que dominaran en total un territorio de más de 5.000 kilómetros cuadrados, el doble del Ática. ¿Qué hicieron con la población de Mesenia? No la asimilaron, pero tampoco la aniquilaron, pues a los espartanos no les interesaba cultivar ellos mismos las tierras que habían confiscado. No sólo querían aprovecharse de las tierras de los mesemos, sino también de su trabajo. Por eso los convirtieron en una clase de siervos, los ilotas.

También había ilotas en Laconia, la primera región conquistada por los espartanos. En realidad, los ilotas constituían la mayor parte de la población de su estado. Trabajaban las tierras y atendían al ganado, y tenían que pagar a sus amos espartanos una parte de los productos de los terrenos que cultivaban. No eran exactamente esclavos, puesto que ni se podían vender ni sus señores alquilaban sus servicios. Pero tampoco eran libres, ya que no gozaban de libertad de movimientos: como los siervos de la Edad Media, estaban atados a la tierra.

Unos señores dominando sobre una gran mayoría. Para mantener este régimen similar a un apartheid, los espartanos tuvieron que convertirse en una máquina militar, una gigantesca fuerza de antidisturbios. Según la tradición, el artífice de esa transformación fue el legislador Licurgo. Ahora bien, el mismo Plutarco dice en su biografía:

Sobre el legislador Licurgo, en conjunto, no puede afirmarse nada fuera de dudas, ya que su ascendencia, viajes y muerte, además de la actividad concerniente a sus leyes y a su labor política, cuentan con historias varias. Pero todavía menos consenso encuentran las fechas en que vivió este hombre (Licurgo 1, traducción de A. Pérez Jiménez para Gredos).

Si un autor de la Antigüedad como Plutarco se mostraba escéptico con lo que le contaban de Licurgo, imaginemos qué opinarán los expertos actuales. Como a Solón, a Licurgo se le atribuyeron leyes y reformas que en realidad debieron promulgarse a lo largo de mucho tiempo. La diferencia es que sabemos de buena tinta que Solón existió, mientras que Licurgo podría ser una figura completamente mítica.

En cualquier caso, los espartanos y los griegos creían que Licurgo era el creador de la *rhétra*, el peculiar sistema político espartano. Aunque he dicho

«político» tal vez debería decir «vital»: Esparta era el sueño de cualquier totalitario,' un Estado que se inmiscuía prácticamente en todas las facetas de la vida de sus ciudadanos. Esa injerencia empezaba ya desde el nacimiento, y duraba toda la vida. El sistema de disciplina se aplicaba con más dureza a los varones, de tal modo que tiranizaba a sus propios beneficiarios, y era conocido como agogé. Hablaré de ella y de la sociedad espartana, aunque he de añadir que todo lo que cuente está sometido a discusión y en muchos casos nos ha llegado distorsionado por el «espejismo» espartano. Además, un sistema que duró tantos siglos debió de estar sometido a muchos cambios a lo largo del tiempo.

LA FORMA DE VIDA ESPARTANA

El espartano de pura sangre estaba sometido a la autoridad del Estado desde que nacía. En Atenas, era el padre quien decidía si aceptaba al hijo en el ritual denominado Amphidrómia: cuando el bebé tenía cinco días, su padre, desnudo según ciertos textos, lo tomaba en brazos y daba varias vueltas al fuego sagrado del hogar para demostrar que lo aceptaba. Es posible que se hiciera también con las niñas, pero existen dudas. Tal vez algunos padres sí celebraban las Amphidrómia con sus hijas, y otros no: dependería de la actitud personal que tuvieran hacia ellas y a las mujeres en general.

En cambio, al varón recién nacido en Esparta lo examinaban unos ancianos para comprobar que estuviera sano y no sufriera deformaciones. De no pasar la prueba, se lo llevaban a un lugar del monte Taigeto conocido como Apótetas -literalmente, «depósito, vertedero»- y lo abandonaban allí. Sin derramamiento de sangre, pues habría supuesto una mancha ritual: los griegos eran muy mirados con esas cosas. Por bárbara que parezca la costumbre de exponer a los recién nacidos, no creo que estuviera más extendida que en otras ciudades griegas; la diferencia, como digo, es que en Esparta era competencia del Estado y no del padre.

En caso de pasar la prueba, el niño se quedaba viviendo los primeros años con su madre y el resto de las mujeres de la casa -los padres no pasaban demasiado tiempo en el hogar. Las espartanas, tanto madres como sirvientas, tenían fama de ser muy eficaces como criadoras, y en otros lugares las contrataban como nodrizas por la calidad de su leche. Por ejemplo, al célebre Alcibíades lo amamantó una laconia llamada Amidas. Es evidente que la leche de la tal Amidas no sería muy diferente de otras, pero los griegos tenían ideas peculiares sobre la eugenesia. Y los espartanos todavía más, como no tardaremos en comprobar.

A los siete años, la ciudad se encargaba de la educación de los niños,

llevándose los de casa de sus padres. En cierto modo, un espartano empezaba su servicio militar a esa edad, y ya no lo abandonaba nunca, pues incluso los ancianos formaban parte del ejército en la medida de sus posibilidades (el rey Agesilao II siguió mandando tropas hasta los ochenta y cinco años). Durante los primeros años, a los jóvenes los repartían en grupos de edad, al mando de líderes escogidos entre ellos mismos que, mucho me temo por mis recuerdos del patio del colegio, debían de ser unos auténticos matones.

Casi todas las actividades estaban destinadas a endurecer sus cuerpos y convertirlos en soldados disciplinados, quebrantando la rebeldía natural de los niños. Si hacemos caso a Plutarco, los pelaban al rape, les hacían andar descalzos y ejercitarse casi siempre desnudos. La única prenda que les entregaban era un manto de lana, y tan sólo se lo cambiaban por otro cuando crecían tanto que se les veían táidoía (dejo a la imaginación de los lectores la traducción). También les hacían pasar hambre, como si estuvieran en unas maniobras de supervivencia perpetuas. Así se acostumbraban a robar gallinas y lo que fuera menester en las fincas cercanas, y si los sorprendían los azotaban no por mangantes, sino por torpes. Una de las anécdotas más conocidas a este respecto la narra Plutarco: «Tanto cuidado ponen los niños en sus robos, que, según se cuenta, uno que había robado ya un cachorro de zorra y lo llevaba cubierto con su tribónion, arañado en el vientre por el animal con las uñas y los dientes, murió a pie firme con tal de que nadie se diera cuenta» (Licurgo 18,1, trad. citada). O el niño quería al cachorro de mascota, o es que tenía más hambre que el famoso perro del afilador que se comió las chispas por tragar algo caliente.

Todo esto se veía aderezado con frecuentes castigos, órdenes arbitrarias, etc. Para muchos autores, no se trataba tanto de una preparación estrictamente militar como de ritos de paso y de iniciación, viejas pervivencias tribales que se pueden encontrar hoy día en diversos pueblos de África. A partir de la adolescencia, los muchachos pasaban a un nuevo ciclo en el que desarrollaban relaciones homosexuales con jóvenes adultos, que se convertían a la vez en sus amantes y en mentores. Dejando aparte los vínculos sentimentales que pudieran establecerse, el amante era un espejo para su amado, un modelo de disciplina y de virtudes.

LA HOMOSEXUALIDAD EN GRECIA

Es bien sabido hoy día -en otros tiempos se intentó disimular- que la homosexualidad masculina estaba muy extendida en el mundo griego. En una

cultura que valoraba la belleza física, y en particular la del hombre, y que practicaba el deporte en completa o casi completa desnudez, no se encontraba vergonzoso que a un hombre lo excitara tanto el hermoso cuerpo untado de aceite de un joven efebo como el de una bella mujer.

Pero la visión de la homosexualidad era muy distinta de la nuestra, al menos teóricamente. En una relación, lo importante no era tanto el sexo de cada miembro de la pareja, sino el rol que se desempeñaba, activo o pasivo. El adolescente imberbe era el erómenos, participio pasivo que significa «el que es amado», y casi sin darse cuenta ejercía un potente atractivo sexual sobre el adulto activo, el erastés, «el que ama». Esto se aplicaba a todos los ámbitos, tanto al acercamiento y al cortejo, que debía iniciar el erastés por medio de regalos -un gallo o una liebre, por ejemplo- como al sexo. Es decir, el erastés era el penetrador y el erómenos el penetrado.

Como las imágenes eróticas que aparecen en las vasijas son explícitas, pero no tanto -las figuras están de perfil-, se ha discutido si el sexo entre hombres era anal o no. Para algunos autores, sería intercrural; es decir, que el erastés introducía su pene entre los muslos del erómenos. (Según la información que ofrece Alan Moore en su cómic *From Hell*, ésta era la modalidad que practicaban las prostitutas londineses con sus clientes en la época de Jack el Destripador, pero de frente y no por detrás).

Las motivaciones en una relación pederástica también eran diferentes para cada miembro de la pareja. En teoría, el erastés se sentía atraído por la belleza del muchacho en un auténtico enamoramiento. En cambio, el erómenos debía buscar en su amante adulto un ejemplo, o podía sentir afecto y admiración por él, pero nunca ese amor loco inspirado por Afrodita.

Todo esto, como digo, es la teoría. Por diversas anécdotas y por bromas que se encuentran en las comedias, está claro que el coito anal se practicaba (por ejemplo, Aristófanes utiliza el término eurypr(>ktos, «de culo ensanchado»). Otra cosa es que lo hicieran todas las parejas o no. En cuanto al grado de actividad o de pasividad, que un erastés tuviera que fingir que su amante no lo excitaba sexualmente, y dejara al adulto darse placer usando su cuerpo mientras él mantenía las manos lejos de sus propios genitales.. sinceramente, me parece que va contra el instinto sexual.

En una sociedad que representaba la homosexualidad y la pederastia con tanta libertad en sus artes, y que en casos como el de Esparta o Creta las practicaba de forma ritual, reinaba sin embargo cierta hipocresía. Un hombre casado podía

seguir teniendo relaciones homosexuales siempre que fuese con jovencitos. Teóricamente, una relación de por vida no estaba bien vista. Si dos adultos seguían juntos, eso significaba que uno de los dos desempeñaba un rol pasivo, o que los dos intercambiaban papeles. Para los adultos pasivos se utilizaban epítetos despectivos como *katapygón* o *kínaidos*, equivalentes a «sodomita» o «maricón».

En realidad, hasta ahora hemos hablado más de bisexualidad, pues las relaciones con muchachos no interferían con el matrimonio. Pero ¿qué hacían los varones que eran realmente homosexuales, que no sólo se sentían atraídos por otros hombres, sin importar la edad, sino que creaban vínculos afectivos duraderos con ellos? Me temo que, como en tantas otras épocas, a las parejas estables les tocaría disimular.

¿Qué habrían opinado los griegos clásicos del matrimonio gay? Supongo que les habría extrañado mucho y habrían pensado que hoy día juntamos churras con merinas, o rólex con setas. El matrimonio para ellos era un deber, a menudo fastidioso, encaminado tan sólo a perpetuar su linaje engendrando hijos legítimos -o «sembrándolos» en la traducción literal de una fórmula de esponsales-. Romanticismo, como vemos, lo mínimo. Para el amor y el placer tenían a las concubinas, a las cortesanas, y también a los bellos muchachos. (Como siempre, es injusto generalizar, pues hay ejemplos conmovedores de amor conyugal, como el de Penélope y Ulises. Y parece que después de la Época Clásica el concepto de amor en el matrimonio evolucionó hasta parecerse más al nuestro).

En suma, tal vez los griegos de la Época Clásica habrían tildado el matrimonio homosexual de antinatural, pero seguramente habrían hecho lo mismo con nuestro matrimonio heterosexual. No porque ahora existan divorcios -también los había entonces-, sino porque las expectativas de felicidad, amor, respeto mutuo, etc., que albergan hoy día dos personas que se casan son muy distintas de las que tenían ellos. Por eso me parece un error llevar el debate de las bodas homosexuales al terreno de cuál es la verdadera naturaleza de la unión conyugal y todavía más obtuso agarrarse como a un clavo ardiendo a la raíz etimológica de la palabra «matrimonio» para negar ese derecho a los gays.

¿Qué hay de la homosexualidad femenina? Aunque está mucho más tapada, tanto en las fuentes literarias como en las representaciones cerámicas, se encuentran algunas muestras. Por ejemplo, en la poesía de Alemán o, sobre todo, en la de Safo de Lesbos (por cierto, para los antiguos griegos el sexo lésbico se refería a la felación, no a la homosexualidad femenina). También Platón hace alguna referencia al amor entre mujeres en el Banquete, pero sin entrar en muchos detalles. Da la impresión

de que en esto, como en tantas otras cosas, a los autores varones el mundo femenino les pillaba tan lejos como la Luna.

En este ciclo empezaba el entrenamiento propiamente militar. Es posible que algunos jóvenes que se acercaban al final de su adiestramiento fueran seleccionados para la llamada *krypteia*. Si hacemos caso a Plutarco, sus jefes los sacaban del campamento y, armados con simples puñales y con raciones muy cortas de comida, los soltaban en territorio de los ilotas, probablemente en Mesenia. Durante el día estos jóvenes espartanos se escondían, pero al caer la noche salían a los caminos y bajaban a las aldeas para matar ilotas.

El mismo Plutarco no creía que la *krypteia* fuese una institución muy antigua, sino que databa de la segunda mitad del siglo V, después del gran terremoto que asoló Esparta, diezmó su población y provocó una revuelta de los ilotas. Si es así, esta cacería humana cumpliría dos funciones. Por una parte, sería un ritual de iniciación tribal que implicaba a la vez una prueba de supervivencia en el bosque y la muerte de un enemigo o un esclavo. Por otra parte, serviría como una especie de policía secreta para controlar a los elementos más levantiscos de los ilotas y, además, mantenerlos aterrorizados con tácticas propias del Ku Klux Klan.

Por último, antes de terminar su etapa de iniciación, los jóvenes debían pasar por un ritual sangriento, el de la flagelación ante el altar de Ártemis Ortia. No se sabe mucho de ella, pues en época de Plutarco esta flagelación se había convertido prácticamente en un espectáculo para los turistas. Pero a una sociedad tan tribal y arcaica como la espartana le cuadran estos rituales dolorosos y con efusión de sangre que se encuentran en muchas otras culturas, como la circuncisión a lo bruto que soportan los muchachos masai... o, todavía peor, las muchachas.

Llegados a los veinte años, los jóvenes espartanos se integraban ya en el ejército. A partir de ese momento podían dejarse crecer el pelo, y también la barba; el bigote se lo afeitaban normalmente, lo que les daba un aspecto muy característico. Los cabellos largos eran motivo de orgullo para un espartano, que se los peinaba cuidadosamente antes de la batalla: así los sorprendió un espía persa horas antes del último combate en las Termópilas.

Sin embargo, seguían sin ser ciudadanos de pleno derecho. Mientras eran jóvenes, se les inculcaba tanto el respeto a sus mayores que agachaban la mirada cuando se cruzaban con ellos y no podían hablarles si ellos no les dirigían la palabra previamente. Podían, eso sí, unirse a los banquetes comunes, los llamados *syssitia*.

Estos syssítia se celebraban al anochecer, pues la cena era la comida principal de los griegos, mientras que el almuerzo era muy ligero. (Lo contrario de lo que recomiendan los médicos, pero la noche suponía para los griegos el momento de relajarse con sus amigos y disfrutar de una copa de vino. Además, con el ejercicio físico que hacían, su metabolismo debía quemar la cena antes de que llegara la hora de dormir). En cada uno de estos banquetes participaban unos quince o veinte guerreros, y para que un joven fuera admitido los miembros del syssítion votaban de una forma muy peculiar, depositando en una urna bolitas de pan redondeadas si lo aceptaban y aplastadas si lo rechazaban.

Los syssítia eran una forma de integración social, pues reforzaban los lazos entre los guerreros, de la misma forma en que los clubes deportivos intentan fomentar la unión entre sus jugadores guerreros modernos, no lo olvidemos- con cenas y concentraciones. Los alimentos que se servían en la mesa no los aportaba el Estado, como se hacía en Creta, sino cada uno de los comensales. Para ello, traía los productos de su kláros, el lote de tierra que se había asignado a sus antepasados, bien en Laconia o bien en Mesenia, y que cultivaban sus ilotas.

Aunque en teoría eran cenas frugales, se ha calculado, por las cantidades de cebada, vino, higos y queso reflejadas en Plutarco, que la aportación mensual de cada guerrero al banquete comunal suponía más de un tercio de la producción de una parcela media espartana. En esas parcelas vivían y trabajaban ilotas que tenían que comer de lo que le arrancaban a la tierra: si tomamos en cuenta que debían entregar al amo espartano no sólo lo necesario para el syssítion, sino también alimentos para su esposa, sus hijos y los sirvientes de su casa, a los ilotas debía de quedarles bastante menos de la mitad de lo que producían. Sometidos a una explotación tal, no es raro que se sublevaran contra Esparta cada vez que se les presentaba la ocasión.

Un espartano podía perder su estatus por culpa de los syssítia. Si alguien no aportaba a la mesa común la cantidad de alimentos estipulada, se le dejaba de considerar entre los hómoioi, los «iguales» o espartiatas de primera. Esto ocurrió cada vez con mayor frecuencia durante la historia de la ciudad. Algunos espartanos, más «iguales» que los demás, terminaron acaparando las tierras de otros, y muchos se empobrecieron hasta el punto de convertirse en ciudadanos de segunda fila. Ésa era la verdadera razón de la oliganthropía, la escasez de hombres que mencioné anteriormente: no es que la población de Esparta se redujera -salvo en catástrofes como el terremoto de 464-, sino que los miembros de la casta superior, los auténticos y temidos espartanos, cada vez eran menos.

A los treinta años, el espartano se convertía en un ciudadano de pleno derecho, que podía participar en la asamblea y recibir nombramientos políticos y militares. Era también a esta edad cuando, más o menos, los varones se casaban. Una obligación que, precisamente porque el número de espartanos de primera no dejaba de menguar, el Estado les recordaba imponiendo multas y otras pequeñas humillaciones a los solteros. Ahora que por fin el varón lacedemonio tomaba contacto con el sexo femenino, veamos qué vida habían llevado hasta entonces las mujeres.

Al contrario que los espartanos, encadenados por normas férreas desde niños, las espartanas gozaban de más libertad que otras griegas, y en concreto que las atenienses. Entre los demás griegos eso suscitaba críticas, como las que se leen en el libro 2 de la Política de Aristóteles, pero se ve que también despertaba ciertas fantasías sexuales. Las jóvenes de Esparta hacían ejercicio físico al aire libre y, según unos versos de la tragedia Andrómaca de Eurípides, lo hacían con los peplos abiertos. Tal como era la ropa griega, eso equivale a decir que lo enseñaban todo, como demuestra el epíteto tradicional para las muchachas lacedemonias: *fainomerídes*, «las que enseñan los muslos».

La razón de que las mujeres practicasen tanto deporte era que los espartanos suponían que al fortalecerse resistirían mejor el parto, algo en lo que probablemente tenían razón, y que sus hijos también saldrían más atléticos, en lo cual se equivocaban. Desde Darwin se sabe que los caracteres adquiridos no se heredan: por más que vayamos a la playa o tomemos rayos UVA, nuestros hijos no van a nacer más morenos.

Pero no era el desnudo público de las mujeres espartanas lo único que irritaba a otros griegos -aparte de excitar su imaginación, claro-. También les parecía escandaloso que recibieran educación en campos que ellos consideraban monopolio de los varones, como ciertas formas de retórica, filosofía y alta cultura en general.

Un nuevo motivo para la crítica era que las espartanas se casaban más tarde que las demás griegas, en torno a los dieciocho o incluso los veinte años. Se consideraba ésta una edad peligrosa, puesto que una muchacha ya había madurado sexualmente y tenía unos cuantos años de peligrosas tentaciones para perder la castidad.

En cualquier caso, la muchacha que llegaba virgen al matrimonio -se supone que era la norma, pero sospecho que en Esparta no siempre se cumplía-, debía

sufrir cierto trauma el día de la boda, aunque es de suponer que ya estaba avisada. En vez de ir a la peluquería a hacerse un peinado fashion, ponerse un carísimo vestido de novia y disfrutar de la noche de bodas en una lujosa suite, a la joven le ponían ropa de hombre -un manto de lana áspera y unas sandalias-, le rapaban la cabeza al cero, la metían en un cuartucho a oscuras y la hacían tumbarse sobre un camastro de paja. Quien se encargaba de todo esto era una mujer, pero no sé si eso conseguiría quitarle el miedo del cuerpo a la joven desposada.

Una razón que se suele dar es que el varón no estaba acostumbrado a tener relaciones sexuales con mujeres, así que había que ir poco a poco. Con la novia rapada y vestida con un manto, el recién casado podía imaginarse que estaba en el campamento y acostándose con otro hombre. Una explicación alternativa es que el corte de pelo de la mujer fuese la señal de que acababa de pasar de un estado a otro; un camino inverso que el del varón, quien se dejaba el pelo largo al convertirse en adulto.

Supuestamente, durante los primeros meses los recién casados se podían ver muy poco, y lo hacían en secreto, ya que el varón debía seguir compartiendo alojamiento con sus compañeros. La razón también es de eugenesia: si ambos acumulaban suficiente deseo sexual, los coitos entre ellos serían tan ardientes que el posible hijo que engendraran sería mucho más sano y fuerte. Tenían un ejemplo en el mito. Cuando Zeus consiguió acostarse con Alcmena, tomando el aspecto de su marido Anfitrión, mandó al Sol tres días de vacaciones. Como resultado de una cópula tan intensa y prolongada, nació el más poderoso de todos los héroes: Heracles.

La maternidad gozaba de una consideración muy alta en Esparta, tanto que en torno al año 500 se legisló que las mujeres que muriesen de parto tenían derecho a lápidas con nombre, al contrario que el resto de la población, a la que se enterraba de forma anónima. Los espartanos, sabiamente, trataban a estas madres como si fueran héroes de guerra. De todos modos, es posible que las mujeres de Lacedemonia vivieran más años como promedio que las demás griegas, gracias al ejercicio y, sobre todo, a que retrasaban la edad de la maternidad unos años, los justos para que sus cuerpos estuvieran más preparados para el parto (Pomeroy, 2002, p. 68).

Era tan importante tener hijos para el Estado que la moral tradicional en otras ciudades griegas quedaba en segundo plano. Como cuentan Plutarco y Jenofonte, si un hombre ya mayor tenía una esposa a la que sacaba muchos años y no se veía capacitado para engendrar hijos con ella, podía escoger entre los

guerreros más jóvenes al que le pareciera más apropiado por su físico y su forma de ser para que se acostara con su esposa. Era como acudir al banco de semen, con la ventaja de que la mujer podía pasar un buen rato.

En esta y en otras prácticas similares que nos transmiten los autores antiguos es posible que se haya colado algo de fantasía masculina, del mismo modo que para los varones españoles de los sesenta y los setenta las liberadas mujeres suecas eran un auténtico mito (¡ah, esas películas de Alfredo Landa y José Luis López Vázquez!). Pero, en cualquier caso, todos los testimonios literarios coinciden en que las espartanas gozaban de más libertad. No sólo en el terreno sexual, sino también en el económico. Otra de las críticas que hace Aristóteles a Esparta es que, en su época -el siglo iv- las mujeres eran dueñas de dos quintas partes del territorio espartano. Considerando que en la mayoría de las ciudades griegas eran menores de edad perpetuas, que no podían hacer negocios por su cuenta ni tener propiedades, la situación de Esparta resulta llamativa.

Una de las razones para esta libertad es que los hombres pasaban la mayor parte del tiempo en campamentos militares, maniobras y guerras. Las mujeres eran literalmente las amas de la casa, y en muchas ocasiones administraban toda la hacienda, incluyendo las parcelas cultivada por los ilotas, pues los hombres no tenían tiempo para ello ni debían de estar preparados. En cierto modo, la guerra perpetua era una bendición para ellas: también las mujeres atenienses ganaron algo de libertad durante la larga Guerra del Peloponeso, y es bien sabido que la Segunda Guerra Mundial influyó de forma decisiva en la liberación de la mujer.

Un colofón para este apartado: suelo comentar en mis clases que, si hubiese nacido en Grecia, como varón habría preferido vivir en Atenas antes que en Esparta. Pero si fuese mujer, sin duda elegiría ser una espartana.

Segundo colofón: cuenta Plutarco que una mujer ateniense le preguntó a otra lacedemonia: «¿Cómo es que vosotras las espartanas sois las únicas que dais órdenes a los hombres?». A lo que la espartana respondió: «Porque somos las únicas que parimos hombres de verdad».

SOCIEDAD Y GOBIERNO EN ESPARTA

La sociedad en Esparta formaba el diseño de la clásica pirámide. La base, más amplia y en contacto literal con la tierra, ya que eran ellos quienes la trabajaban, la formaban los ilotas. Su nombre en griego, heilótai, parece derivar de una raíz que significa «capturar», y en cierto modo eran prisioneros de una guerra perpetua

declarada contra ellos. La condición de los ilotas se diferenciaba del estatus de los esclavos normales. No eran una mercancía que se pudiera vender, sino que estaban unidos como un solo lote a la parcela de tierra que trabajaban. Eran más siervos de la gleba que auténticos esclavos.

Hay que distinguir entre los ilotas de Laconia -la comarca de Esparta-, y los de Mesenia. Los primeros podían sentir rencor contra sus señores por estar sometidos a ellos, pero se consideraban lacedemonios, acompañaban a los espartanos a la guerra como sirvientes y como tropas de infantería ligera, y cuando Esparta se vio amenazada llegaron a tomar las armas como hoplitas. Esto ocurrió sobre todo durante la Guerra del Peloponeso, y muchos de los ilotas que lucharon con los espartanos consiguieron la liberación, con lo cual se convirtieron en neodamódeis, «ciudadanos nuevos». Eran de segunda clase, como los periecos y como los espartiatas empobrecidos que perdían sus derechos, pero al menos gozaban de muchas más libertades que el auténtico ganado humano formado por el resto de los ilotas.

En cambio, los ilotas de Mesenia, sojuzgados entre los siglos viii y vii, poseían conciencia nacional y se sentían un pueblo oprimido al que le habían arrebatado lo suyo unos extranjeros del otro lado de las montañas. Sospecho que la *krypteia* se dirigía más contra ellos que contra los ilotas de Laconia, y al reprimirlos los espartanos actuaban con cierta lógica, aunque fuese una lógica perversa y brutal. A la primera ocasión que tenían los mesemos, se levantaban en armas, como hicieron en 464 cuando Esparta sufrió un terremoto catastrófico que mató a miles de ciudadanos. Eso explica que los espartanos fueran reacios a enviar muchas tropas fuera del Peloponeso, pues tenían que controlar de cerca a la población sometida. Esta amenaza se sentía incluso en la vida cotidiana, y por eso los espartanos procuraban andar siempre con lanza y no dejar armas al alcance de los ilotas. Lo malo de gobernar por el miedo es que al final tú mismo acabas viviendo con miedo; una idea similar a la que expresa aquel replicante de *Blade Runner* cuando está a punto de sacarle los ojos a Harrison Ford.

El siguiente escalón de la pirámide era el de los periecos, cuyo nombre, como ya he comentado, significa «los que viven alrededor». Se trataba de los habitantes de las aldeas y ciudades de Laconia y Mesenia, que no habían sido sometidas por la fuerza, probablemente porque habían optado por rendirse a Esparta y firmar algún tipo de pacto o fuero con ella. Los periecos, repartidos en un centenar de poblaciones, tenían sus propias instituciones y se gobernaban a sí mismos a nivel local. Además de cultivar sus tierras, se dedicaban a trabajos que los espartanos consideraban indignos, como el comercio y la artesanía.

Si bien los periecos gozaban de autonomía en sus aldeas, su política exterior y militar dependía de Esparta. Es decir, si los espartanos les ordenaban ir a la guerra, los periecos adoptaban el primer tiempo de saludo y desfilaban. En algunas épocas tal vez formaron batallones separados, pero acabaron mezclándose en las filas con los espartanos. En el año 479, en la batalla que libraron contra los persas en Platea, la mitad de los hoplitas de Esparta eran periecos, proporción que no dejó de aumentar durante las décadas siguientes.

Había otros ciudadanos de condición inferior, similares a los periecos. Conocemos diversas denominaciones, pero no está demasiado claro cuál era el estatus de cada clase. Los llamados hypomeiones o «inferiores» debían de ser espartiatas empobrecidos que ya no podían cumplir con la cuota de alimento que se les pedía en los banquetes comunales, y es posible que aquí haya que incluir a los hijos segundones. También se descendía en la escala por la atimía o pérdida de derechos, algo que en una sociedad tan reglamentada como la espartana no debía de ser raro. Lo más castigado era mostrar cobardía en el combate, y los culpables eran denominados trésantes, «temblorosos». En teoría no hacía falta huir, sino que para ser despreciado como cobarde bastaba con salir vivo después de una derrota del ejército lacedemonio. Pero esa norma se suavizó con el tiempo, conforme el «banquillo» de los espartanos se redujo tanto que no podían permitirse el lujo de prescindir de los jugadores titulares.

Había otro subgrupo, el de los llamados móthakes o bastardos, que más que hijos ilegítimos debían de ser vástagos de ciudadanos que habían perdido sus derechos, pues en Grecia la legitimidad se relacionaba más con la condición social de los padres que con el hecho de que estuvieran casados o no. Y, por último, en este escalón intermedio estaban también los neodamódeis o ciudadanos nuevos, ilotas ascendidos en la escala social gracias a sus servicios militares o porque se habían emancipado con su propio peculio.

Por último, tenemos a los espartiatas, que una vez superadas las duras pruebas de la agogé y cumplidos los treinta años, se convertían en Iguales, ciudadanos de pleno derecho. Al vivir de los alimentos que los ilotas producían para ellos en sus parcelas de Laconia y Mesenia, puede decirse que formaban una clase parasitaria. Como tales, por fuerza tenían que ser menos numerosos, del mismo modo que los animales carnívoros que se encuentran en la cúspide de la pirámide alimentaria son muchos menos que los herbívoros.

Según Plutarco, cuando Licurgo reformó la constitución espartana había 9.000 ciudadanos de primera que recibieron los mejores lotes de tierra, con sus

correspondientes ilotas a modo de animales de labor, mientras que los periecos eran 30.000. Si es cierto que llegó a haber tantos Iguales, su número no dejó de bajar desde entonces. En el año 480, durante las Guerras Médicas, eran 8.000, de los que 5.000 acudieron a la batalla de Platea. Después, en el año 464 se produjo el gran terremoto que destruyó la ciudad y mató a un número difícil de precisar de ciudadanos -Diodoro habla de 20.000 muertos lacedemonios, sin diferenciar clases sociales-. En el año 418 los Iguales debían de ser unos 3.600, y su número todavía descendería más durante los siglos siguientes, hasta que en el año 244 quedaban apenas 700 espartiatas.

Las explicaciones que se dan para este fenómeno son variadas: la edad tardía en que contraían matrimonio, las víctimas mortales que se producían en las constantes guerras, el terremoto. Sin embargo, se trataba más de una cuestión económica que demográfica. Básicamente, con todos los rodeos que queramos darle a la cuestión, Esparta era una oligarquía, como señala el historiador marxista G. E. M. de Sainte-Croix -qué nombre más aristocrático, por cierto-, en su ya clásico *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, las clases privilegiadas que forman las oligarquías tienden a reducirse en número, pues practican la endogamia y al hacerlo concentran la riqueza cada vez más, mientras que algunos de sus miembros, los que se empobrecen descienden de clase social y pasan a engrosar las filas de los ciudadanos de segunda. Eso es lo que pasó en Esparta, donde, parafraseando a George Orwell en *Rebelión en la granja*, podía decirse que todos los espartanos eran iguales, pero unos más iguales que otros.

Curiosamente, esta oligarquía parásita de los Iguales no hacía ostentación de su riqueza, sino que se enorgullecía de todo lo contrario. Las normas sociales dictaban que los espartanos vistieran de forma sobria, casi uniforme, para que no se apreciaran las diferencias entre pobres y ricos. En la muerte también se igualaban, ya que tenían prohibido grabar sus nombres en las lápidas, a no ser que se tratara de mujeres fallecidas en el parto o guerreros que perecían en la batalla: en esto se diferenciaban de las élites de otras ciudades, que intentaban mostrarse superiores a los demás incluso después de la muerte.

Supuestamente los espartanos comían con gran sobriedad, y el plato más célebre de la comida espartana era el caldo negro, un guisote que constaba de sangre, vinagre y carne de cerdo entre sus ingredientes principales. Se cuenta que un sibarita que lo probó dijo: «Con razón vais tan contentos a la muerte, espartanos, con tal de no volver a probar esto». Un rey del Ponto contrató a un cocinero de Esparta para que le preparase el caldo, pero al probarlo le dieron arcadas. «Para comer esto», le explicó el cocinero, «antes hay que haberse bañado en las aguas del

Eurotas».

Otra muestra de su estilo de vida frugal es que tenían prohibido acuñar monedas, y se cuenta que utilizaban pesados lingotes de hierro en su lugar. Pero no hay que dejarse engañar. Por un lado, una oligarquía terrateniente al estilo tradicional no necesitaría dinero, medio de enriquecimiento de los artesanos y los comerciantes. Y por otro, que Esparta no acuñara monedas hasta el año 300 no significa que no utilizara las de otras ciudades griegas.

El sistema político de los espartanos era el típico de una oligarquía, pero con una peculiaridad muy especial. Empezaré primero por las características comunes con el resto de los regímenes oligárquicos.

En primer lugar, un cuerpo reducido de ciudadanos. Como hemos visto, quienes pertenecían a los Iguales debían poseer tierras suficientes para que los alimentos obtenidos de ellas superaran una cuota mínima. Se puede disimular todo lo que se quiera hablando de la camaradería de los banquetes comunales, el espíritu de cuerpo, etcétera, pero lo cierto era que quien no podía justificar que tenía determinadas propiedades se quedaba fuera.

Este grupo reducido, que en la segunda mitad del siglo V debía de agrupar a unos 5.000 ciudadanos, se reunía en una asamblea. En los libros de texto se la suele denominar apella, aunque este parece ser un nombre tardío. A ella asistían los ciudadanos mayores de treinta años, y se celebraba a mediados de mes, cuando había luna llena. A diferencia de la asamblea ateniense, donde realmente se deliberaba, la apella tenía algo de tribal, de reunión del pueblo en armas (algo parecido ocurría en Macedonia). No todos los ciudadanos podían hablar: tan sólo hacían uso de la palabra los magistrados, los miembros del consejo de ancianos y los reyes. Las decisiones se tomaban por aclamación, y el bando que más fuerte gritaba o aplaudía ganaba la votación. Un profesor de literatura que tuvimos en BUP nos contó que en el Parlamento de Perú se había aprobado la propuesta de fundar una universidad en Piura de forma parecida: los diputados levantaban la tapa del pupitre que tenían en el escaño y la dejaban caer de forma sonora, «Ra-ta-ta-plán». Como se ve, un procedimiento muy espartano. Y, me temo, bastante fácil de manipular.

Dentro de una oligarquía suele haber otra más reducida, el núcleo interno. Algo así como el comité ejecutivo de los partidos políticos, una de nuestras oligarquías modernas. En el caso de Esparta, era la llamada Gerousía -léase «ou» como «u» o consejo de ancianos. Se trataba de una especie de senado en miniatura,

y no utilizo esta palabra a la ligera, ya que «senado» deriva de la raíz latina sen-, que significa «anciano, mayor», como en «senil» o «sénior». Lo componían veintiocho miembros, mayores de sesenta años y elegidos entre las familias más destacadas... lo que siempre acaba significando las más ricas. La manera de escogerlos también era por aclamación, como cabría esperar.

Este consejo actuaba de forma parecida al de Atenas: en él se preparaba el orden del día de la asamblea, discutiendo las propuestas cuya aprobación se sometía luego al griterío de los ciudadanos. Funcionaba además como tribunal supremo de justicia, y también de censura, pues vigilaba para que los espartanos no se apartaran de sus rígidas costumbres.

Había dos miembros más en la Gerousía, lo cual elevaba su número a treinta. ¿Quiénes eran? La particularidad especial del régimen espartano que anticipé antes: sus dos reyes.

Esparta era original entre las demás ciudades griegas por un par de razones. En primer lugar, porque mantuvo la antigua realeza, que en otras polis, como Atenas, tan sólo era un recuerdo de la época micénica. Y en segundo lugar porque no se trataba de una monarquía, sino de una diarquía. Existían dos dinastías, los Agíadas y los Euripóntidas, que descendían de dos hermanos gemelos, Agis y Euriponte. Imaginemos que la guerra de Sucesión española de principios del XVIII hubiese quedado en empate, y ahora tuviésemos reinando a la vez a los Austrias y los Borbones (las revistas del corazón se forrarían sacando fotos de ambas familias reales, y los independentistas no darían abasto a quemarlas).

Ambas dinastías llevaban su propia sucesión de forma separada. Cuando moría un Agíada o un Euripóntida, le sustituía en el trono el siguiente en la línea. Se dice que seguían el curioso procedimiento de la «porfirogénesis», «nacimiento en la púrpura»: si un rey dejaba dos hijos varones al morir, se elegía a ser posible el que había nacido cuando ya era monarca (perdón, diarca). Los testimonios de esta práctica son escasos y, personalmente, no me convencen.

Los reyes estaban exentos de pasar la educación que debían sufrir todos los demás.' Su función principal era mandar el ejército. Al principio lo hacían los dos juntos. Pero en el año 506, cuando Cleómenes y Damarato⁵ discutieron en plena campaña para acabar con la democracia en Atenas, se decretó que a partir de entonces sólo uno de los reyes iría a la guerra. En la batalla, el rey llevaba una guardia personal, formada por 300 hombres a los que se conocía como hippicís o «caballeros», un título honorífico que no implicaba combatir como jinete, pues los

espartanos nunca lo hacían (es muy probable que los famosos 300 que acompañaron a Leónidas en las Termópilas fueran su guardia personal). También disfrutaban de otros honores, como ración doble en los banquetes comunales. No para que engordaran, sino para que pudieran compartir su plato con aquellos ciudadanos a los que quisieran honrar.

Se ha discutido mucho el origen de una institución tan extraña como la diarquía. Lo más verosímil es que provenga de la época en que se creó Esparta, con la fusión de varias aldeas. Según Cartledge, la casa de los Agíadas procedería de la aldea de Pitana, donde enterraba a sus muertos, y la de los Euripóntidas de Limnas (Cartledge, 2003, p. 90). Lo normal sería que ambas dinastías hubiesen acabado fundiéndose en una, pero no sucedió así. La tradición romana cuenta algo similar: cuando romanos y sabinos se unieron en un solo pueblo, sus respectivos reyes, Rómulo y Tito Tacio, gobernaron juntos. Pero esta supuesta diarquía romana se extinguió con ellos dos.

Nos queda hablar de una institución muy importante: los éforos. Eran cinco magistrados, elegidos anualmente del conjunto de ciudadanos que formaban la asamblea (¡nada que ver con esas extrañas criaturas, entre mutantes y leprosos, que aparecen en 300!). El mayor de ellos ejercía de epónimo y le daba su nombre al año. Los éforos tenían muchas competencias. Por ejemplo, convocaban las reuniones de la asamblea y la presidían. También eran guardianes de las leyes y de las costumbres, y como tales podían juzgar incluso a los reyes. En realidad, su función básica parecía ser la de controlar a los diarcas. Simbólicamente, esto se manifestaba por el hecho de que eran los únicos que no tenían que ponerse en pie cuando los reyes entraban en un sitio. En la práctica, porque los éforos podían juzgarlos, como ya he comentado, y de hecho lo hicieron muy a menudo y con sumo placer. A algunos reyes les impusieron multas, (así le pasó a Agis II por no acudir al banquete comunal), y a otros llegaron a desposeerlos del cargo (Damarato) e incluso a ordenar su ejecución (Agis IV). Dos éforos acompañaban al rey a la guerra, en parte para vigilarlo y en parte porque tenían competencias sobre política exterior: de hecho, eran ellos y no los reyes quienes recibían en primer lugar a los embajadores de otras ciudades.

La religión, como siempre en Grecia, se mezclaba con todas las facetas de la vida espartana. Los reyes, por ejemplo, celebraban los sacrificios y consultaban a los oráculos en nombre de la ciudad. En cuanto a los éforos, conservaban una función religiosa muy especial: cada nueve años contemplaban el firmamento en busca de cometas o estrellas fugaces para decidir el destino de los reyes (Fornis, 2003, p. 47). Aunque parece que sólo depusieron a uno, Leónidas II, y ya en el siglo iii, ésta debía

de ser una reliquia de tiempos muy antiguos. Según los autores de *El invierno cósmico*, libro que cité al hablar de la catástrofe final de la Edad de Bronce, el firmamento a finales del segundo milenio y principios del primero era mucho más espectacular que el que conocieron los griegos de la Época Clásica y que el cielo que vemos nosotros, pues todavía podían observarse en él los restos del gran cometa Encke y se producían muchísimas más lluvias de meteoritos. En este contexto se explicaría el origen de los éforos, cuyo nombre significa «vigilantes»: no habrían aparecido para ser guardianes de los reyes, sino de los cielos.

SITUACIÓN DE ESPARTA EN VÍSPERAS DE LAS GUERRAS MÉDICAS

Desde mediados del siglo vi, Esparta había afianzado su dominio no sólo en Laconia y Mesenia, sino también en otros lugares del Peloponeso. Su principal rival por la hegemonía en el sur de Grecia era la orgullosa ciudad de Argos, cuya historia se remontaba a la época micénica. Argos dominaba la llanura conocida como Argólide y se jactaba de haber sido la potencia dominante del Peloponeso durante el siglo vii gracias a su rey Fidón (típica figura semilegendaria a la que incluso le atribuían haber introducido la moneda en Grecia, algo imposible en fecha tan temprana).

Desde entonces, ambas ciudades habían luchado en numerosas guerras. Pero si en los primeros enfrentamientos Argos llevó las de ganar, a partir del siglo vi no hizo más que encajar derrotas. El principal *casus belli* entre ambas ciudades era Cinuria, una llanura costera situada al sur de Argos y al nordeste de Esparta. Aunque no demasiado extensa, Cinuria era muy fértil y suponía unos excedentes de cereales más que interesantes para la potencia que consiguiera dominarla.

Hacia el año 545, Argos y Esparta decidieron dirimir su conflicto en la llamada «batalla de los campeones». Trescientos guerreros de cada bando se presentaron en el lugar acordado, un paraje solitario para evitar que cualquiera de los dos ejércitos enviase refuerzos a los suyos. Allí combatieron durante todo el día, hasta que sólo quedaron en pie dos hoplitas argivos llamados Cromio y Alcenor. Al caer la noche, se dirigieron a Argos para anunciar su victoria. Pero cuando volvieron con el resto del ejército, descubrieron que un espartano llamado Otríadas, pese a estar malherido, se las había arreglado para despojar de sus armaduras a varios enemigos y levantar con ellos un trofeo.

Argivos y espartanos empezaron a discutir de quién era la victoria. Los de Argos alegaban que tenían más supervivientes, mientras que los de Esparta aducían que Otríadas había quedado dueño del campo de batalla y erigido un

trofeo, lo que según las convenciones bélicas lo convertía en vencedor. Como no se ponían de acuerdo, llegaron a las manos y a las armas en una batalla generalizada, y los espartanos aplastaron a los argivos.

¿Qué hay de cierto en esta historia? Es difícil saberlo. Por naturaleza, la guerra hoplítica era muy ritual, y no sería extraño que, para resolver disputas territoriales sin provocar demasiados muertos entre los ciudadanos, dos polis acordaran librar un combate entre contingentes limitados e iguales en número.' No obstante, que de los 600 hombres implicados en la contienda murieran 597 resulta menos verosímil (en el capítulo del arte de la guerra ya hemos hablado de porcentajes de bajas), y el resto de los detalles tienen un toque folclórico/legendario que los hace sospechosos.

Fuere como fuere, Esparta amplió su dominio a casi todo el Peloponeso. Ya antes de la batalla de los campeones había iniciado una guerra contra Tegea, la principal ciudad de Arcadia. Como hemos visto, le interesaba mucho controlarla. Esta región atrasada y montañosa, donde se hablaba el dialecto que menos había evolucionado desde la época micénica, era la entrada natural al valle del Eurotas. Si los espartanos lograban dominar Arcadia al norte, rodeados como estaban al este y al oeste por montañas y al sur por el mar, serían casi invulnerables.

Al final, en lugar de conquistar Tegea, los espartanos llegaron con ella a un pacto que reconocía la supremacía de Esparta. Tegea mantenía su independencia, pero se comprometía a no ayudar a los mesemos, como al parecer había hecho en una revuelta anterior, y a ayudar a Esparta en la guerra si ésta lo solicitaba.

Siguiendo el modelo de Tegea, Esparta firmó alianzas con las principales ciudades de Arcadia, y después con las de Élide, e incluso con estados que se hallaban en el límite entre el Peloponeso y la Grecia central, como Corinto, Mégara o la isla de Egina. Este conjunto de tratados formaban una especie de red centralizada de autopistas en que todos los caminos llevaban a Esparta, pero no unían a las demás ciudades entre sí. Es decir, cada uno de los estados tenía un pacto bilateral sólo con Esparta, no con los demás. Pero si Esparta les decía «¡a la guerra, muchachos!», acudían todos juntos, lo que puede dar la idea de que se trataba de una alianza convencional como la OTAN. De ahí que los historiadores le hayan dado el nombre de «Liga del Peloponeso», aunque un autor de la época como Tucídides se refería a esta agrupación como «los lacedemonios y sus aliados».

Pese a la derrota en la batalla por Cinuria, Argos seguía oponiéndose a la hegemonía de Esparta. Pero en el año 494 -la fecha es dudosa-, el rey Cleómenes

obtuvo una rotunda victoria sobre Argos en la batalla de Sepea, un lugar situado en la misma Argólide. Según Heródoto, perecieron 6.000 argivos, una cifra que habría dejado a la ciudad prácticamente sin hoplitas. Lo más probable es que Heródoto exagere los números, como en él es habitual. Aun así, Argos perdió tantos hombres que cuando los espartanos atacaron sus murallas tuvieron que acudir a defenderlas sus mujeres; entre ellas, según la tradición, la poetisa argiva Telesila.

Finalmente Cleómenes no consiguió entrar en la ciudad, pero Argos tuvo que conceder la independencia a las vecinas Micenas y Tirinto, que se aliaron con Esparta. Hay que añadir que ambas polis eran sólo una sombra del esplendor que habían conocido en época micénica.

Durante muchos años Argos no levantó cabeza. Aplastado su principal enemigo, el activo Cleómenes se alió con los atenienses en una campaña contra Egina, basándose en que esta isla griega había entregado a los persas el agua y la tierra, señales de sumisión. Pero su colega en el reinado, Damarato, de la dinastía Euripóntida, se opuso a él. No era la primera vez que Damarato boicoteaba las actuaciones de Cleómenes, pues ya lo había hecho en 506 en la fracasada invasión de Atenas. En este caso, la conducta posterior de Damarato -se convirtió en asesor del Gran Rey- sugiere que tal vez era pro persa, o simplemente un derrotista que se resignaba a caer tarde o temprano bajo el yugo del imperio.

Cleómenes no era hombre al que se pudiera contrariar dos veces, y no destacaba precisamente por sus escrúpulos, así que decidió librarse de su colega como fuese. La embrollada historia del nacimiento de Damarato le dio la ocasión.

Tenemos que remontarnos unas décadas, hacia el año 540. Aristón, anterior rey de los Euripóntidas, se había casado ya dos veces y no conseguía tener hijos. Un amigo suyo, Ageto, estaba casado con una mujer cuyo nombre calla Heródoto, pero que era considerada la más bella de la ciudad. (De niña había sido la más fea, pero gracias a que su nodriza la presentó en el santuario de Helena, ésta le concedió a la criatura la misma belleza que ella había poseído en vida y que ocasionó la Guerra de Troya. Un relato al estilo de El patito feo que no me he resistido a incluir). Aristón, con una treta bastante sucia, consiguió que su amigo le entregara a la bellísima mujer. Después repudió a la suya, se casó en terceras nupcias y engendró a Damarato... sólo que el niño nació siete meses antes, y al propio padre se le escapó delante de los éforos «¡no puede ser mío!», aunque luego se lo pensó mejor y se calló.

Es posible que el rey Aristón reconociese en su fuero interno que quien no

podía engendrar vástagos era él, y no sus anteriores esposas, y que supiese desde el principio que Damarato era hijo de su amigo Ageto. Lo que más le importaba a él era dejar un sucesor para su dinastía, aunque fuese de simiente ajena (ya hemos visto que para esto los lacedemonios eran muy tolerantes). Tanto deseaban todos los espartanos que engendrara por fin un hijo que el nombre que se le puso, Damarato, significa «amado por el pueblo».

Damarato se convirtió en rey en torno al año 515, y el asunto de su dudoso origen se olvidó o se silenció. Pero cuando se enfrentó por segunda vez a Cleómenes, éste se dedicó a arrojar dudas sobre el padre de Damarato.

El caso llegó hasta el oráculo de Delfos. La sacerdotisa Perialo, después de su consabido trance de laurel y vapores proféticos, dijo que, efectivamente, Damarato no era hijo de Aristón. Como el dictamen de Delfos se consideraba infalible, los éforos le quitaron el trono a Damarato y se lo entregaron a su primo Leotíquidas.

Damarato acudió a su propia madre para saber la verdad, pues corría un rumor todavía peor sobre él: que ni siquiera era hijo del primer esposo de esta hermosa mujer, sino que ella lo había engendrado acostándose con un esclavo, el mozo de mulas. «Si has hecho esto», dijo Damarato, «no habrías sido la única, sino que has imitado a muchas mujeres [se entiende espar (Heródoto 6, 68)]. Ya hemos hablado de la libertad con que vivían las lacedemonias, y que otros griegos consideraban más bien libertinaje.

Bajar de estatus siempre es duro, y más en una sociedad como la griega, donde la consideración que de alguien tenían los demás lo era todo. Damarato no pudo soportar las humillaciones a que lo sometían, se fue de Esparta y se refugió en el mismo lugar donde acababan tantos otros descontentos y resentidos: la corte del Gran Rey persa.

Cleómenes debió frotarse las manos tras librarse de su enemigo, pero la alegría no le duró demasiado tiempo. Poco antes o después de la batalla de Maratón se descubrió el pastel. A la sacerdotisa Perialo la expulsaron de Delfos por corrupta, y Cleómenes, temiendo que lo juzgaran en Esparta por el mismo motivo, huyó a Arcadia. Allí empezó a intrigar para organizar una confederación de las ciudades arcadias, a las que quiso convencer haciendo que juraran por la Estigia para que se unieran contra Esparta. Temiendo que sus maquinaciones llegaran a buen puerto, los éforos le prometieron que si regresaba a Esparta le devolverían el poder.

Cleómenes lo hizo, pero cuando llegó a la ciudad empezó a comportarse

como un demente, y cada vez que se cruzaba con otro espartiatas le arreaba con el bastón en la cara (Hérodoto deja bien claro que pegaba a los espartiatas: si se hubiese limitado a los ilotas, seguro que nadie habría reparado en ello). Por fin, los mismos parientes de Cleómenes lo encadenaron a un cepo y lo dejaron encerrado y vigilado por un ilota que no tenía otra arma que un puñal. Cleómenes, recurriendo a amenazas que debían poner los pelos de punta, consiguió que el ilota le entregara el cuchillo, y él mismo se dedicó a arrancarse tajadas de carne, primero de las pantorrillas, después de los muslos y por fin del vientre. Obviamente, murió. Heródoto atribuye su locura, en parte, a que bebía vino puro sin mezclarlo con agua, una costumbre propia de pueblos bárbaros como tracios y escitas.'

Los historiadores sospechan de este relato. El comportamiento de Cleómenes no parece imposible en un esquizofrénico, pero la muerte del rey resultaba muy oportuna para las autoridades espartanas. Dejando aparte que su temperamento no debía despertar muchas simpatías, Cleómenes estaba empeñado en embarcar a Esparta en aventuras fuera del Peloponeso. Ciertas pistas, como la ausencia de los espartanos en Maratón, indican que tal vez en aquel momento la ciudad volvía a tener problemas con los ilotas de Mesenia (Cartledge, 2003, p. 132). De ser así, Esparta no podría permitirse el lujo de emplear a sus ciudadanos-guerreros, siempre escasos, lejos de sus fronteras. Era mejor acabar con la política imperialista de Cleómenes, y para ello nada mejor que liquidarlo a él directamente.

A Cleómenes le sucedió su hermanastro, quien además se casó con su hija Gorgo. Sin quererlo, se convirtió en el más célebre de los reyes espartanos: Leónidas. Volveremos a encontrarlo.

ATENAS Y SU POBLACIÓN

Los atenienses conservaban varias tradiciones sobre su origen más remoto. Al contrario que otros pueblos griegos, estaban convencidos de que habían ocupado siempre el mismo lugar, el Ática. Se trata de una península triangular de unos 2.500 kilómetros cuadrados. El lado este del triángulo está bañado por el Egeo, y el oeste por las aguas del golfo Sarónico -que en realidad también es el Egeo-. Por el norte, las montañas del Parnes y del Citerón la separan de la vecina Beocia.

En el interior del Ática se forma otro triángulo menor, una cuenca delimitada al este por los montes Himeto y Pentélico, célebres por su mármol, y al oeste por el Egáleo. A través de ese triángulo que se abre conforme se acerca al mar corre el río Céfiso, que ha tapado con sus sedimentos aluviales el suelo original de margas. Sobre éstas se levanta un gran bloque de caliza gris, la Acrópolis. Los primeros atenienses ya comprendieron las posibilidades defensivas de aquella mole de roca, y la rodearon con murallas en la época micénica.

Los atenienses siempre se quejaron de que el suelo del Ática no era poco fértil. Platón, en un diálogo en que habla de la Atlántida y las catástrofes del pasado, comparaba el Ática con «el esqueleto de un cuerpo devorado por la enfermedad. El suelo blando y fértil se ha escapado, y a la tierra no le quedan más que la piel y los huesos» (Critias 111 b). En opinión del historiador Tucídides, eso los había salvado de invasiones en los tiempos más antiguos. Puesto que su terreno no era tan apto para los cereales como otros lugares de Grecia, los atenienses dedicaron muchos esfuerzos al olivo. Para ellos era tan importante que le atribuían un origen mítico: en una ocasión, Atenea y Poseidón compitieron por ver quién de los dos había de convertirse en patrón de la ciudad. La diosa clavó su lanza en lo alto de la Acrópolis, y de la herida abierta en la roca brotó un olivo. Poseidón, por su parte, hincó el tridente e hizo surgir un manantial de agua salada. Después, hicieron votar a los ciudadanos por el regalo que consideraban más útil. Obviamente, la gente se decantó por el olivo: ¿para qué iban a querer un pozo de agua, máxime teniendo el mar al lado?

Quizá se ha tendido a exagerar la pobreza del suelo del Ática. El estudioso Robert Sallares ofrece diversos cálculos sobre la población del Ática y la producción de cereales por hectárea (Sallares, 1991, p. 79). Según la estimación más pesimista, el

Ática podía producir grano para alimentar a 84.000 personas, y según la más optimista hasta 124.000. En la época de las Guerras Médicas, Atenas tendría entre 120.000 y 150.000 habitantes, lo que significa que ya se veía obligada a importar del exterior parte de su grano, pero no en tanta cantidad como podría creerse leyendo ciertos libros. El problema mayor era la falta de lluvias. Como ya señalamos, por debajo de 300 milímetros al año la cosecha de trigo se perdía, algo que sucedía como promedio un año de cada cuatro -si es que el clima no ha cambiado demasiado desde la Antigüedad-. Es posible que en esos casos, si los atenienses guardaban excedentes de aceite con los que comerciar, estuvieran más dispuestos a cambiarlos por trigo del exterior que a comer sólo pan de cebada. Y también es lógico pensar que las importaciones de grano se dirigían sobre todo a la ciudad, donde se concentraba mayor número de artesanos especializados que no producían alimentos.

Mi insistencia sobre la población se debe a que, como comprobamos una y otra vez al hablar de las guerras en Grecia, el poder de una polis se basaba sobre todo en un activo: su número de habitantes. En Grecia había más de 700 polis, dejando aparte las regiones más atrasadas, que estaban organizadas en tribus o étnic.² Pero la mayoría de estas ciudades estado eran pequeñas, algunas diminutas. Sólo las grandes podían aspirar a la hegemonía sobre las demás. Entre ellas se encontraban Atenas y Esparta, por supuesto. También la comarca de Beocia tenía posibilidades, pero nunca llegó a ser una gran polis unificada como Atenas. Entre otras razones, porque ésta, temiendo que su vecina se hiciera demasiado poderosa, intrigaba constantemente para sembrar el recelo contra Tebas, la principal ciudad de Beocia. Sin embargo, Tebas acabó demostrando su potencial en el siglo V, cuando, durante un breve tiempo, se convirtió en la polis hegemónica de Grecia.

Volviendo a Atenas, si la entendemos como el territorio donde vivían todos los ciudadanos atenienses, es decir, como el Ática en su momento de mayor auge -año 431-, tal vez llegó a los 200.000-250.000 habitantes. Pero el ásty, la ciudad propiamente dicha, tenía un tamaño reducido, e incluso en un cálculo optimista no creo que llegara a albergar en ningún momento más de la quinta parte de la población. Los demás habitantes del Ática vivían dispersos por sus 140 demos, la mayoría de ellos dedicados a la agricultura y la ganadería (excluyo los momentos de la Guerra del Peloponeso en que toda la población tuvo que refugiarse hacinada tras las murallas).

Pero todos ellos, moraran o no en el ásty, eran atenienses. No se trataba del mismo caso que el de Beocia, donde una ciudad, Tebas, intentaba predominar sobre las demás. El Ática constituía una gran polis de 2.500 kilómetros cuadrados, y por

muy lejos que viviera un ciudadano, eso no significaba que su estatus fuese inferior: no había súbditos ni ilotas en el Ática, y en eso residía buena parte del secreto de su éxito.

¿En qué momento se unificó el Ática? Los atenienses atribuían el sinecismo (literalmente, «cohabitación») al mítico rey Teseo, pero probablemente la unificación se produjo durante la Edad Oscura. En cualquier caso, los atenienses recordaban haber tenido una monarquía en el pasado, y conservaban ese recuerdo en el título de uno de sus magistrados, el llamado «arconte rey».

A principios de la Época Arcaica, dicho arconte compartía el poder con otros dos: el polemarcha y el epónimo. El arconte rey había heredado sobre todo funciones religiosas, mientras que el polemarcha era en los primeros tiempos jefe del ejército, y el epónimo, que daba nombre al año, debía ocuparse de otras labores administrativas. Estos cargos anuales quedaban reservados a los nobles terratenientes y, además, los magistrados salientes pasaban a formar parte del consejo del Areópago, una especie de senado vitalicio que dominaba la política ateniense. Con el tiempo a esos tres magistrados se les unieron otros seis, los nomotetes o legisladores, pero esos cargos siguieron siendo monopolio de la aristocracia.

Una prueba de que aunque el terreno del Ática no diera el pan más sabroso del mundo, bastaba al principio para alimentar a su población, es que los atenienses no fundaron colonias en la época en que otras ciudades griegas se lanzaron al frenesí explorador. Con todo, en Atenas también aparecieron las tensiones sociales. Muchos campesinos se empobrecían porque sus propiedades eran pequeñas y no podían resistir las malas cosechas, y por el mayorazgo. Por otra parte, en la ciudad se iban reuniendo cada vez más artesanos especializados que prosperaban con el comercio y que querían participar en la toma de decisiones. Pero los nobles atenienses, conocidos con el nombre colectivo de Eupátridas -«los de buenos padres»- se lo impedían.

LOS PRIMEROS LEGISLADORES: DRAGÓN Y SOLÓN

Sabemos poco de lo que sucedió en los primeros tiempos de Atenas. En el año 632 un aristócrata llamado Cílón intentó dar un golpe de Estado y convertirse en tirano. Para ello contó con la ayuda de su suegro Megacles, tirano de la vecina ciudad de Mégara, que le prestó tropas. Cílón tomó el núcleo sagrado de la ciudad de Atenas, la Acrópolis. Pero si esperaba que el pueblo llano apoyara su intentona, la jugada no le salió bien: debió poder más la xenofobia que el odio a los aristócratas,

y la Acrópolis fue asediada.

Cilón y su hermano lograron escapar, pero el resto de sus partidarios quedaron abandonados a su suerte. Los sitiadores aguardaron a que los partidarios de Cilón se rindiesen por hambre. Por fin, el arconte Megacles, miembro del poderoso clan de los Alcmeónidas, subió a la Acrópolis con los suyos y dio muerte a los golpistas, pese a que se habían acogido a la protección de Atenea. En muchos lugares de Grecia, y también en Atenas, se vio aquello como un sacrilegio por el que doscientos años más tarde todavía pedían cuentas a Pericles, que también era Alcmeónida.

Como la agitación social persistía, los atenienses decidieron recurrir a una práctica habitual en aquella época: redactar un código de leyes. Hasta entonces, los jueces se atenían al derecho consuetudinario, basado en las costumbres tradicionales (la palabra griega *nómos* se traduce «ley» o «cos tumbre» según el contexto). El problema era que la tradición se podía reinterpretar o, directamente, falsear. Y esto solía ocurrir a beneficio de los aristócratas, que ejercían de jueces «devoradores de regalos», como los llamó Hesíodo.

Aunque los atenienses no llegaron a desarrollar una teoría de la división de poderes como Montesquieu, tenían muy claro que todos los ciudadanos debían participar en la administración de la justicia, pues en ello les iban sus intereses económicos y sociales, y a veces su vida. Nosotros pensamos en la democracia aplicada sobre todo al poder legislativo, y a partir de éste al ejecutivo. Pero ya veremos que la democracia ateniense se extendía también a los juzgados.

De redactar este código, o acaso de coordinar su redacción, se encargó un tal Dracón, hacia el año 621.³ En realidad, parece que no inventó nada nuevo, sino que recopiló viejas normas, así que el único avance real era que, por lo menos, los aristócratas ya no podían trampear con ellas. Sabemos poco de estas leyes, salvo que eran tan severas que Plutarco dijo que estaban escritas con sangre. En español todavía conservamos el término «draconiano» aplicado a medidas muy duras. Cualquier hurto se castigaba con la muerte. En cuanto a los homicidios, el código de Dracón superaba el viejo derecho de sangre, pero sólo a medias: para que la familia del homicida se reconciliara con la de la víctima, debían dar su conformidad todos sus miembros. Una ciudad que quisiera elevarse por encima del antiguo nivel de la tribu necesitaba algo más.

De ello se encargó en el año 594 Solón, considerado uno de los Siete Sabios⁴ de Grecia (los Siete Sabios eran bastantes más, porque había muchas listas, pero

Solón aparecía en casi todas). Se le eligió de forma unánime, y no sólo por su prestigio, sino porque la situación en Atenas se agravaba. Los más pobres, como cuenta Aristóteles, se habían sublevado contra los ricos, y éstos, viendo el ejemplo de la cercana Corinto, donde el tirano Periandro había hecho una escabechina entre los aristócratas, debieron pensar que convenía ceder un poco.

Como primera medida, Solón prohibió que en lo sucesivo pudiese esclavizarse a alguien por sus deudas. Esta norma tuvo carácter retroactivo, pues se devolvió la libertad a los que la habían perdido, y el estado ateniense se esforzó por traer de regreso a casa a las personas a las que se había vendido fuera del Ática: el mismo Solón, en sus poemas, consideraba esto uno de sus mayores logros. También abolió parte de las deudas existentes, aunque los detalles no están claros. Por otra parte, Solón se negó a hacer un nuevo reparto de tierras, la reforma agraria que le solicitaban los más desfavorecidos.

Aunque no llegara al extremo de confiscar las tierras de los nobles, por lo que sabemos del espíritu de las leyes de Solón, éstas iban en contra de los intereses aristocráticos. Solón nombró nuevos tribunales de justicia, que podríamos llamar «populares» porque ya no dependían de los nobles del Areópago, y además introdujo el derecho de apelación ante ellos. Se le atribuyen además algunas medidas contra el lujo, sobre todo en los funerales en particular, que también atacaban al orgullo y la ostentación de los nobles.

Otras normas beneficiaron a la naciente clase media, como la reforma y unificación de los pesos y medidas que se usaban en el Ática. De esta manera Solón favorecía el comercio, que era mirado con gran desprecio por los aristócratas, pero del que se enriquecían sus rivales de clase, los artesanos especializados y los mercaderes. Algunos textos le atribuyen también reformas monetarias, pero esto es imposible: ya hemos visto que no se empezaron a acuñar monedas en Atenas hasta mediados del siglo vi. En general, hay que tener precaución con las supuestas medidas solonianas, pues el prestigio de este hombre era tal que los atenienses le acabaron adjudicando leyes y normas que debieron decretarse en época de Pisístrato, o incluso después.

Ahora bien, parece fuera de duda que fue Solón quien ordenó un nuevo censo en el que los ciudadanos se inscribían en cuatro clases según sus propiedades. Fuera casualidad o no, los nombres de estas clases eran cada vez más largos y rimbombantes conforme se ascendía en la escala social. Los asalariados que apenas tenían nada eran los llamados «tetes». Los pequeños propietarios que poseían una yunta de bueyes eran los «zeugitas». ¡Si tiene usted dos bueyes, le ponemos una

sílaba más!, parecía decir Solón. Después venían los «triacosiomedimnos» o «caballeros», que acreditaban una renta anual equivalente a más de 300 medimnos de grano (los cálculos sobre la capacidad de un medimno varían, pero podría traducirse en unos 40 kilos de trigo). Por último, los impresionantes y octosi lábicos «pentacosiomedimnos»,⁵ que ingresaban más de 500 medimnos al año, una cantidad equivalente a unas 20 toneladas de grano.

Las magistraturas superiores, que daban acceso al senado del Areópago, se reservaban para las dos primeras clases, cuyos miembros servían como hoplitas en el ejército. (A veces se dice que los de la segunda lo hacían como jinetes, pero por aquel entonces Atenas no poseía una caballería digna de tal nombre: el título de «caballero» era más bien honorífico). En cuanto a los zeugitas, que también se pagaban sus armas como todo buen hoplita, podían desempeñar cargos administrativos menores. Por último, los humildes tetes de la cuarta clase se conformaban con asistir a la asamblea, y combatían como infantería ligera o, una vez que se creó la flota, como remeros.

Clasificar a la gente por su patrimonio puede parecernos hoy una idea aborrecible que muchos, con la sutileza de conceptos propias de nuestra época, tildarían de fascista. Pero se trataba de un gran progreso, porque hasta entonces los cargos políticos eran monopolio de unas cuantas familias aristocráticas y se hallaban vetados a todos los demás, fuesen ricos o pobres. El siguiente avance, que se produjo durante el siglo v, consistió en conceder igualdad de derechos a las cuatro clases.

Las leyes de Solón encerraban el germen de futuros cambios, pero se suele decir que no satisficieron a nadie. No estoy del todo de acuerdo: sin duda, los aristócratas que veían peligrar sus privilegios y los pequeños campesinos que habían soñado con un nuevo reparto de tierras estaban descontentos. Pero la clase media, que ahora engrosaba las filas de los zeugitas, los triacosiomedimnos y, en algunos casos, de los pentacosiomedimnos, se sentiría mucho más complacida. Gracias a esas leyes, los mercaderes y profesionales podían participar en la política de Atenas de forma decisiva.

Pero la gente importunaba mucho a Solón con sus reformas. Yo vivo en Plasencia, una ciudad de unos 40.000 habitantes, y he comprobado cómo los vecinos se acercan a los concejales o incluso al alcalde de turno -alcaldesa en el momento en que escribo esto- para decirles: «Pero ¿cómo se os ocurre extender la zona azul? ¿Os dais cuenta de cuánto habéis subido el recibo del agua? Pero ¿es que tenéis que hacer obra justo en mi calle? ¿Cómo me quitáis el coche con la grúa, si

sólo había bajado para recoger a los críos del cole?». Esa cercanía, que en el núcleo urbano de Atenas debía de ser aún más íntima, acarrea ventajas, pero también inconvenientes. Solón, harto de que le solicitaran cambios en sus leyes, dijo a los atenienses que iba a ausentarse durante diez años, y les hizo prometer que durante ese tiempo no modificarían ni una coma de sus leyes (es un decir; ya he comentado que no tenían todavía signos de puntuación). Su idea era que los atenienses se acabarían acostumbrando a ellas y, pasada esa década, ya no le incordiarían con sus sugerencias.

Durante esos diez años, se cuenta que Solón visitó Egipto, donde unos sacerdotes le narraron el mito de la Atlántida. Supuestamente, Solón decidió escribir un poema épico sobre el tema, pero se dio cuenta de que la empresa superaba su capacidad. Vuelvo a insistir en «supuestamente», porque la única fuente que tenemos para toda esta historia es Platón. También se le atribuye a Solón un viaje al próspero país de los lidios, inventores de la moneda. Allí conoció a su rey, Creso, ocasión que inmortalizó Heródoto. Hay muchas probabilidades de que este encuentro también sea apócrifo, porque Solón y Creso difícilmente pudieron coincidir en el tiempo, pero en cualquier caso lo contaré con más detalle en el capítulo sobre las Guerras Médicas.

LA TIRANÍA DE PISÍSTRATO

Las reformas de Solón aliviaron las tensiones y evitaron una sangrienta guerra civil. Pero no acabaron con los conflictos entre las diversas facciones. Durante el siglo vi, si atendemos a fuentes como Aristóteles, los intereses de los diversos grupos se polarizaron alrededor de tres grupos: la Llanura, que comprendía a los aristócratas más conservadores y dueños de las mejores tierras del Ática, las llanuras aluviales; la Montaña -que más bien sería un piedemonte-, con los pequeños propietarios, insatisfechos porque Solón no había hecho un nuevo reparto de tierras; y la Costa, que aglutinaba a los mercaderes y los artesanos especializados, o sea, la clase media recién enriquecida.

Es posible que estas denominaciones, aunque no sean muy exactas, signifiquen que los intereses políticos en aquel momento eran sobre todo locales. Aunque el Ática era una ciudad estado de tamaño desmesurado, da la impresión de que los aristócratas controlaban parcelas de poder en las aldeas y los campos, a modo de auténticos caciques. Más tarde, veremos cómo Clístenes, el gran reformador de Atenas, trató de luchar contra estos intereses locales. Pero mucho antes que él apareció un personaje ambicioso, dispuesto a cambiar la faz de Atenas: Pisístrato.

Pisístrato ganó mucho prestigio durante la guerra contra Mégara en que los atenienses conquistaron -o reconquistaron, según ellos- la isla de Salamina, que tan importante sería para su futuro. Cuando Salamina estuvo en su poder, los atenienses fundaron en ella un tipo de colonia especial llamada «cleruquía». La colonia normal, la apoikía, era una ciudad independiente de la metrópolis a todos los efectos, salvo ciertos vínculos religiosos y afectivos. En cambio, la cleruquía estaba poblada por atenienses que mantenían su ciudadanía, seguían gobernándose por sus leyes y sus magistrados, y, llegado el momento, empuñaban las armas con los demás para defender Atenas.

Al igual que había hecho Periandro en Corinto, Pisístrato procuró rodearse de una pequeña tropa de guardaespaldas. Pero él consiguió hacerlo antes de convertirse en tirano, lo cual tiene su mérito: parece que dotes de persuasión nunca le faltaron. La excusa fue que sus adversarios políticos, los Eupátridas más conservadores -en el sentido de que querían conservar lo suyo- intentaban asesinarlo.

Gracias a su pequeño ejército privado, Pisístrato se apoderó de la Acrópolis en el año 560. Con más éxito que Ción, pues se convirtió en tirano de la ciudad. Sin embargo, en 554 las familias nobles se aliaron entre ellas y lo expulsaron de Atenas. Pisístrato no tardó en regresar, y se convirtió de nuevo en tirano recurriendo a un ardid que despertó el escepticismo incluso de Heródoto, habitualmente bastante ingenuo. Como un antiguo señor micénico, Pisístrato entró en la ciudad montado en un carro de guerra y escoltado por la mismísima Atenea. Se trataba de una mujer a la que habían elegido por su estatura y su gran belleza, y debía de ser todo un espectáculo cubierta con el yelmo y armada con la lanza. Si todo ocurrió así (cuando las fuentes antiguas nos cuentan algo con detalles tan concretos, tiendo a creer que hay algo de verdad detrás), es posible que algunos se dejaran engañar, y que otros, simplemente, pensaran que Pisístrato sabía hacer entradas dramáticas y aplaudieran su astucia.

El tirano había vuelto a Atenas, entre otros motivos, porque se había aliado con los poderosos Alcmeónidas, y en particular con Megacles, que era el jefe del clan en aquel momento. Para ello, se había casado con su hija. Pero luego no debió de darle a su suegro tanta participación en el poder como él quería, y los Alcmeónidas se volvieron de nuevo contra él. Por segunda vez, Pisístrato recibió la tarjeta roja en 556.

Esta vez Pisístrato estuvo más años apartado del poder, diez nada menos. Durante ese tiempo, se instaló en Tracia, junto al monte Pangeo, y se enriqueció

gracias a las minas de metales preciosos, como demuestra el hecho de que acuñara allí monedas de cuatro dracmas. Para su siguiente entrada en Atenas no recurrió a la ayuda de los dioses, sino de hombres armados, incluyendo mercenarios de la ciudad de Argos. Pasó primero por la isla de Eubea, y luego desembarcó en Maratón, donde debía tener muchos partidarios. Desde allí se dirigió a la ciudad, dispuesto a combatir a sus rivales si era necesario. Durante el camino se le fueron sumando más y más partidarios, hasta que, cuando se enfrentó a sus adversarios en la llamada batalla de Palene, no hubo color. Pisístrato entró victorioso en la ciudad, que se entregó a él y, como se suele decir, a la tercera fue la vencida.

El gobierno de Pisístrato -fundiremos sus tres tiranías en una- fue un periodo decisivo para la historia de Atenas. Ya hemos visto que otros tiranos, como Periandro en Corinto o Polícrates en Samos, engrandecieron sus ciudades. Lo mismo procuró hacer Pisístrato. En primer lugar, se esforzó en conseguirlo desde el punto de vista físico. Mejoró las conducciones de agua de la ciudad y la red de caminos en general, con lo que convirtió de verdad al Ática en una polis gigante. También construyó un gran templo de Atenea en la Acrópolis, y empezó a levantar otro en honor de Zeus.

Pisístrato no sólo se ocupó de la religión material colocando piedras, sino que también se preocupó por el espíritu, para lo cual otorgó mayor esplendor a las fiestas tradicionales. Éstas, por cierto, eran muy numerosas, mucho más que las nuestras. Pero no vayamos a pensar que los atenienses o el resto de los griegos no trabajaban: a cambio, no tenían una semana con descansos fijos como nosotros.

La preocupación de Pisístrato por los festivales no era ninguna tontería, pues sabía bien que, con su combinación de elementos religiosos y de diversión, servían para descargar tensiones y unir a los ciudadanos. Las principales fiestas se celebraban en la ciudad, que con sus templos nuevos y sus edificios embellecidos se convirtió en un centro de atracción para aquellos habitantes del Ática que vivían más apartados. Lo que pretendía Pisístrato era crear vínculos afectivos con el núcleo urbano de Atenas, de modo que los campesinos de Eleusis, los leñadores y carboneros de Acarnas o los mineros de Laurión sintieran que esa ciudad era suya.

Es evidente que no le asustaba el «reverso oscuro» dionisiaco: Pisístrato tuvo el buen tino de hacerlo oficial y así, de alguna manera, lo domó. Había numerosas fiestas en honor de Dioniso, pero las principales eran las Leneas, las Dionisias Rurales y las Dionisias Urbanas. Si estas tres son más conocidas es porque en ellas se celebraban certámenes poéticos y corales de los que en poco tiempo surgió la tragedia, y algo más tarde la comedia.

¿Cómo apareció el teatro en Grecia? Se cuenta que un tal Tespis sacó a un solista del coro para enfrentarlo con el resto en una especie de duelo o conflicto verbal llamado en griego agón (recordemos que la base del teatro, y después de la novela y del cine, es el conflicto). Al ser el primero -prótos- en este agón, dicho solista recibiría el nombre de protagonistés. Es evidente qué palabra española proviene de ahí. Con el tiempo, a este actor se le añadieron compañeros: un segundo en tiempos de Esquilo y un tercero con Sófocles.

Pisístrato también reorganizó las Panateneas, en honor de la diosa Atenea (casi era innecesario decirlo). Cada cuatro años se festejaban con gran esplendor y se conocían como las Grandes Panateneas, una ocasión especial para estrechar lazos entre los atenienses. Durante estas fiestas, que se celebraban en pleno verano, había concursos de recitación entre los aedos. Para darles mayor prestigio, Pisístrato ordenó que se copiaran los textos de Homero. Según el filólogo Signes Codoñer (Signes, 2004), no es que se recopilaran diversas versiones escritas de la *Ilíada* y la *Odisea* para ponerlas de acuerdo entre sí y conseguir un texto oficial: él cree que, posiblemente, fue la primera vez que se pusieron por escrito. Personalmente, me convence su teoría. No parece verosímil que durante el siglo viii, cuando el arte de la escritura era todavía tan rudimentario, pudieran copiarse enteras unas obras de dimensiones tan monumentales.

Codoñer añade que el propio Pisístrato puso algo de su cosecha en la redacción definitiva de la *Ilíada*. Encender los ánimos de los atenienses con una epopeya asiática venía bien cuando la intención del tirano era emprender una política exterior muy activa. Precisamente, el campo de combate de aqueos y troyanos se hallaba en el estrecho de los Dardanelos, que interesaba sobremanera a Pisístrato. Durante su destierro, había estado en las tierras del norte del Egeo y sabía que allí había grandes riquezas, como el oro del monte Pangeo.

Ya hemos dicho antes que se tiende a exagerar cuando se dice que Atenas dependía por completo de las importaciones de cereales. Aun así, si Pisístrato era un hombre previsor, que parece que lo era, comprendería que, si sus medidas políticas y económicas traían más prosperidad al Ática, la población debía aumentar por fuerza. No sólo porque las condiciones de vida de los atenienses iban a mejorar, sino también porque Atenas se convertiría en un centro de atracción para emigrantes de otros lugares. Eso significaba que necesitarían más grano para alimentar al excedente de población. No era posible expandir más los cultivos, y además en esto Pisístrato siguió las directrices de Solón y decidió concentrarse sobre todo en el olivo, pues las exportaciones de aceite reforzaban también otra importante industria de Atenas, la cerámica.'

De modo que convenía controlar las rutas marítimas, y en particular la que llevaba al mar Negro. Para asegurarse de dominar el lado asiático del estrecho de los Dardanelos, Pisístrato arrebató la ciudad de Sigeo a los habitantes de Mitilene, y nombró como gobernador a su hijo Hegesístrato.

En cuanto al lado europeo, en esta misma época un ateniense de la prestigiosa familia de los Filaidas se apoderó del Quersoneso, la península alargada que cierra ese estrecho. Se trataba de Milcíades, tío de otro Milcíades al que conoceremos en Maratón. Se suele decir que esta maniobra también formaba parte de la política exterior de Pisístrato, pero no se puede descartar que la toma del Quersoneso fuese una aventura personal de Milcíades, que se convirtió en tirano, emparentó con las élites tracias locales y fundó su propia dinastía. En cualquier caso, seguía manteniendo relaciones con Atenas, a la que le vino muy bien tener un aliado al otro lado del estrecho.

Pisístrato no introdujo grandes reformas legales. Era un hombre eminentemente práctico, y no consta que abusara de su poder en ningún momento: una vez establecido definitivamente en la tiranía, ni siquiera entró en grandes conflictos con los aristócratas. Su gobierno fue especialmente positivo para los campesinos, a los que benefició con préstamos a cuenta del erario público para que no se endeudaran de nuevo con los terratenientes. También creó unos tribunales de justicia locales, de modo que los habitantes de los demos no se trasladaran a Atenas cada vez que debían solventar un pleito. Esto parece contradecir su interés por vincular a todos los ciudadanos del Ática con el centro urbano, pero tiene una explicación. Su medida era más práctica y ahorra muchas jornadas de trabajo, que luego repercutían positivamente en el gobierno del propio Pisístrato, pues cobraba un cinco por ciento de los ingresos agrarios. (Una tasa muy moderada, dicho sea de paso. Bien es cierto que el Estado ateniense no ofrecía las prestaciones del nuestro, pero tampoco tenía televisiones públicas, asesores a millares, subvenciones para los amigos, etcétera). Además, sospecho que Pisístrato quería atraer a la gente a la ciudad para todo lo que significara concordia y unidad, como las fiestas Panateneas, y no le interesaba que los atenienses identificaran «ciudad = jueces, conflictos y pleitos».

En general, los atenienses de épocas posteriores consideraban que la tiranía de Pisístrato había supuesto un momento de esplendor, una especie de edad de oro regida por un Cronos benévolo.' Gracias a Pisístrato Atenas ganó influencia en el exterior y se convirtió en un importante centro cultural, que desde entonces sería lugar de paso obligado para poetas, filósofos e intelectuales en general. La ciudad también se embelleció, sobre todo en el Ágora y la Acrópolis: el resto de los distritos

siguieron siendo un pequeño caos. La futura democracia ateniense le debería buena parte de su grandeza a Pisístrato, que murió en el año 527. Como epitafio para el tirano, sirva este texto de Aristóteles: «Por lo general, [Pisístrato] era humanitario, educado e indulgente con los que cometían errores. Además, prestaba dinero a los pobres para su trabajo, de modo que pudieran mantenerse como campesinos» (Const. Atenas 16).

LA CAÍDA DE LA TIRANÍA

A Pisístrato lo sucedió su hijo Hippias. Hiparco, su hermano, tuvo que colaborar con él, y parece que la relación de ambos era muy buena. Tal vez por eso se ha dicho que los dos reinaron juntos como tiranos, pero se habría tratado de una rara excepción en el funcionamiento habitual de este régimen. Seguramente la razón de que se considere también gobernante a Hiparco es que así se adornaba con un halo revolucionario y casi romántico la caída de la tiranía. A Hiparco le correspondía el papel más amable dentro del dúo, pues ejerció como un mecenas siguiendo la política cultural de su padre. Mientras, Hippias se encargaba de los asuntos prácticos, también respetando el legado de Pisístrato.

Pero todo cambió en el año 514. Los detalles no están nada claros. Sabemos que dos ciudadanos, Harmodio y Aristogitón, atentaron contra Hiparco durante las fiestas Panateneas. El hecho de que lo eligieran a él, y no a Hippias, hace pensar que Hiparco no gozaba de la misma protección que su hermano y que, en realidad, llamarlo tirano también es impropio. Como fuere, lo mataron. Los guardias de Hippias actuaron rápidamente y acabaron allí mismo con Harmodio (mis dedos han tecleado solos «rápidamente», y luego mi cerebro les ha recordado que, si hubiesen sido tan rápidos, habrían impedido también la muerte de Hiparco). A Aristogitón lo apresaron, lo torturaron para que confesara si tenía cómplices y finalmente lo ejecutaron.

¿Por qué he dicho que los detalles no están claros? La tradición posterior vendió el asesinato de Hiparco como una revolución frustrada, y a Harmodio y Aristogitón se les erigieron sendas estatuas en el Ágora, conocidas como «los tiranicidas». Eso implicaría que eran la punta de lanza de una conspiración destinada a acabar con los dos tiranos, y que sólo la mala suerte impidió que tuvieran éxito. Pero Tucídides asegura que el atentado iba dirigido tan sólo contra Hiparco, y la razón no era realmente política, sino una disputa privada. Harmodio era un bello adolescente, el erómenos o amado de Aristogitón, pero Hiparco también estaba encaprichado de él. Esta rivalidad amorosa habría sido la verdadera razón de lo que se conoció como «tiranicidio», aunque, como insiste Tucídides, el

verdadero gobernante era Hippias, y no Hiparco (Tucídides y y ss.).

Aunque Hiparco no fuese el tirano, su muerte provocó que Hippias se volviera más receloso y endureciera su gobierno, algo comprensible.

Mientras tanto, los Alcmeónidas, que habían sido desterrados por Pisístrato, conspiraban en el exterior dirigidos por el actual jefe de su clan, Clístenes, hijo de Megacles.⁸ Para ello Clístenes utilizó el lobby de opinión más poderoso de su tiempo: el oráculo de Delfos. Tiempo atrás, en el año 548, el templo de Apolo se había incendiado. Un accidente habitual en un lugar donde ardían tantos fuegos -pebeteros, antorchas, sacrificios-, máxime si tenemos en cuenta que los primitivos templos tenían más madera que piedra. Clístenes y los Alcmeónidas patrocinaron la reconstrucción del templo. Seguramente no se encargaron de la obra, que ya debía de estar en marcha desde hacía tiempo, ni fueron los únicos promotores. Pero se había estipulado que los revestimientos iban a ser de toba, una piedra porosa, y ellos la sustituyeron por mármol de Paros, de más calidad y mucho más elegante, pero también más caro. Indudablemente, el dios Apolo se sintió muy satisfecho con la mejora en los materiales.

Gracias a la influencia así obtenida por de Clístenes, cada vez que un espartano aparecía por Delfos pidiendo un oráculo para su ciudad, lo primero que les decía la Pitia era que debían liberar a los atenienses de la tiranía. Según Heródoto, la sacerdotisa lo hacía porque la habían sobornado; pero, si los Alcmeónidas habían empleado parte de su fortuna en la reconstrucción del templo, no creo que sea necesario buscar más soborno que éste.

¿Qué interés podían tener los espartanos en «liberar» Atenas? En el capítulo anterior ya vimos que su constitución no era un modelo de democracia. Sin embargo, tampoco les gustaban las tiranías, pues éstas favorecían a las clases medias, que en Esparta prácticamente no existían. Su régimen favorito era la oligarquía aristocrática, y era el que preferían instalar en todas las ciudades. Lo que deseaban los espartanos era congelar la situación de las demás polis griegas tal como estaban al principio de la Época Arcaica y acabar de una vez por todas con aquella peligrosa enfermedad de las tiranías.

Los espartanos, tras un primer intento fallido por mar, enviaron en el año 510 un poderoso ejército mandado por Cleómenes, el más activo y carismático de los dos reyes que gobernaban la ciudad. Ante la amenaza, Hippias hizo lo mismo que todos los que querían protegerse en Atenas: se refugió en la Acrópolis. Tal vez habría aguantado allí, porque a los espartanos no les gustaban los asedios: lo que se

les daba bien era liarse a mam porros en el campo de batalla, y no tenían demasiada paciencia. (Muchos años después, pedirían la ayuda de los atenienses para someter a los ilotas que se habían refugiado en el monte Itome). Pero cuando los partidarios de Hippias intentaban sacar en secreto a sus hijos de la ciudad, los sitiadores los pillaron. Al ver a sus hijos convertidos en rehenes, Hippias no tuvo más remedio que rendirse. Le otorgaron un salvoconducto para salir de la ciudad, y se retiró a Sigeo, la ciudad que gobernaba su hermano Hegesítrato en el estrecho de los Dardanelos.

Así terminó la tiranía en Atenas. Pero no fue el fin de Hippias, que aún tendría algunas cosas que decir.

CLÍSTENES Y EL GERMEN DE LA DEMOCRACIA

Democracia: doctrina política favorable a la intervención del pueblo en el gobierno. Predominio del pueblo en el gobierno político de un estado.

Así la define el Diccionario de la Lengua Española. Pero vamos a intentarlo de nuevo.

Democracia: el poder del pueblo.

Esto ya suena más griego. Nada de «predominio» o «intervención». La palabra griega krátos, segundo elemento del compuesto, implica fuerza, poder, dominio, soberanía efectiva. ¿Cómo se llegó a ella?

Tras la caída de Hippias, los Alcmeónidas, encabezados por Clístenes, regresaron a Atenas, y las luchas entre los clanes de la aristocracia se renovaron. Entonces, en palabras de Aristóteles, «Clístenes se ganó al pueblo, entregando el gobierno a la mayoría» (Const. Atenas 20).

¿Por qué hizo tal cosa Clístenes? ¿En qué estaba pensando cuando dio el poder a toda la masa de ciudadanos atenienses? Podemos pensar que era un visionario de ideas avanzadas. O bien que se trataba de un político calculador y un tanto cínico, y que al ver que iba perdiendo en la lucha de poder contra Iságoras, caudillo de las principales facciones aristocráticas, decidió vencerlo por la pura fuerza del número.

Personalmente, no sé si era altruista, cínico o ambas cosas a la vez, pues se trata de rasgos aparentemente contradictorios que, sin embargo, se funden en muchos políticos. Pero Clístenes tenía un plan en mente, y de bía de saber por fuerza que las cosas no volverían a ser iguales. Se demuestra en su principal

reforma, la más farragosa de entender para nosotros, pero que acarreó enormes consecuencias.

Hasta entonces, como otros pueblos jonios, los atenienses se dividían en cuatro *phylai*,⁹ término que suele traducirse por «tribus». Estas tribus, de origen ancestral, aglutinaban a los diversos clanes, pero además tenían una base territorial y estaban controladas por las aristocracias locales. En cada tribu existían una serie de fraternías o hermandades en las que se inscribían los ciudadanos, dominadas también por los nobles terratenientes de cada pequeña localidad -los caciques, para entendernos-, de tal modo que eran ellos los que decidían a quién se inscribía en la fraternía y en la tribu y a quién no, que era como decir quién se convertía en ciudadano ateniense y quién se quedaba fuera. Antes de registrar a alguien se investigaba a conciencia quiénes eran sus antepasados, pero el procedimiento permitía muchas arbitrariedades: todo ateniense que incordiará al cacique local podía tener problemas para inscribir a sus hijos en las listas, o incluso ver cómo lo borraban a él mismo.

Clístenes realizó un censo completamente nuevo. La base era el *demo*, una especie de distrito o pequeño municipio. Donde había poblaciones mayores, como Acarnas o el centro urbano de Atenas, Clístenes las fraccionó en *demos* más reducidos. Los ciudadanos se inscribieron en el censo de tal manera que a su nombre lo acompañaba el del *demo*, que era el mismo para pobres y ricos, para jornaleros y aristócratas. Así, en vez de verse juntos Pericles el Alcmeónida, con todas las connotaciones que tenía un nombre tan ilustre, y Dinarco el *donnadie*, que no pertenecía a ningún clan del que jactarse, ahora eran simplemente Pericles del *demo* de Colargo y Dinarco del *demo* de Colargo, convecinos. La vecindad, y no el parentesco tribal, fuera real o ficticio, se convertía en la base del censo. Los Corleones y Sopranos del Ática empezaban a perder influencia (las fraternías y los clanes siguieron existiendo, pero ahora sólo como instituciones religiosas y sociales, sin influir para nada en la política).

En ese censo entró mucha gente nueva, y también se volvió a inscribir a quienes habían sido borrados de los anteriores registros con la excusa de que eran hijos de supuestos esclavos o extranjeros. Pero los *demos* seguían teniendo base local, mientras que lo que pretendía Clístenes era crear vínculos de unión en toda el Ática. Ésta tenía, recordemos, 2.500 kilómetros cuadrados, una extensión superior a la de la provincia de Vizcaya, y las distancias se recorrían casi siempre a pie, por lo que en la práctica había lugares separados por más de una jornada de camino.

Clístenes empezó por abolir las cuatro tribus tradicionales y crear diez

nuevas. Los atenienses propusieron cien nombres de héroes locales que se enviaron al oráculo de Delfos, y la Pitia eligió los diez que se convirtieron en oficiales." Estas tribus eran arbitrarias, no tenían nada que ver con viejos parentescos, y había que «rellenarlas» de ciudadanos. ¿Cómo lo hizo Clístenes?

Tras crear las tribus, organizó los demos en tres grandes grupos según su situación geográfica: la Ciudad (que comprendía Atenas y alrededores), la Costa y el Interior. Dentro de cada una de esas tres zonas estableció diez subdivisiones, a las que llamó trittyes. A cada trittys le asignó cierto número de demos, según su tamaño, de 1 a 10. Así tenía repartidos los demos en 30 grupos o trittyes, 10 de cada zona geográfica.

¿Qué tiene esto que ver con las tribus? Clístenes tomó una trittys de cada zona para rellenar cada tribu. Es decir, una tribu como la Ayántide constaba de una trittys de la Ciudad -formada por el demo de Falero-, otra trittys de la Costa -con los demos de Maratón, Énoe, Ramnunte y Tricorinto-, y una tercera trittys del Interior -con el demo de Afidna-. He elegido para este ejemplo la tribu Ayántide porque tenía menos demos que otras.

Me imagino que cuando Clístenes le explicó todo esto al pueblo ateniense, se levantó más de un dolor de cabeza. En suma, lo que tenemos hasta ahora son diez tribus artificiales en las que se mezclan habitantes de municipios pertenecientes a diversas zonas del Ática. Ahora bien, aunque las tribus fuesen artificiales en su creación, a partir de ese momento funcionaron como auténticas entidades políticas. Los miembros de cada tribu tenían que reunirse para tomar una serie de decisiones conjuntas: los soldados se alistaban en batallones por tribus, elegían a los diez generales del ejército ateniense por tribus, y hacían lo mismo con los miembros del consejo.

Con esto se acabó de desintegrar el poder de los clanes locales. Si los Corleone de turno poseían mucha influencia en la zona de la bahía de Maratón, por ejemplo, esa influencia quedaba en nada cuando tenían que reunirse con sus compañeros de tribu que provenían de Afidna, a unos 10 kilómetros, y de Falero, que estaba a más de 40. De esta manera, en sus deliberaciones los miembros de las tribus no tomaban ya en cuenta tanto los intereses locales como los del Ática en su conjunto.

Puede parecer que este embrollado sistema tiene poco que ver con la democracia. Pero no es así: servía para crear vínculos de unión entre todos los atenienses, como ya he dicho, y para acostumarlos a trabajar juntos en un gran

proyecto común llamado Atenas, olvidándose de tribus perdidas de la Edad Oscura. (¡Ay, si algunos hicieran lo mismo hoy día!). Era un gran paso para convertirlos en iguales, al menos en su condición de ciudadanos.

Pero aún se dieron más pasos. En las ciudades griegas solía haber un consejo denominado boulé que se encargaba del gobierno día a día. En los estados gobernados por los aristócratas, sólo ellos podían formar parte de este organismo. Clístenes creó un nuevo consejo de quinientos miembros, cincuenta por cada una de las tribus. Los miembros eran elegidos en los demos por sorteo, pues se consideraba que cualquier ciudadano estaba capacitado para ser consejero siempre que tuviera más de treinta años; la única limitación era que no se podía formar parte del consejo más de dos veces en la vida.

Al principio, sólo los miembros de las tres clases superiores podían pertenecer a la boulé, pero durante el siglo V los tetes también entraron en el sorteo: la prueba es que con el tiempo se instituyó una paga para los consejeros, mucho más necesaria para los miembros de la cuarta clase que para los demás, que tenían el riñón bien cubierto.

Para ser más operativo, el consejo se dividía en diez grupos llamados «pritanías», uno por tribu. Cada pritanía se convertía en una especie de comisión permanente durante un periodo de 36 días. Además, todos los días se elegía por sorteo a un presidente para la pritanía, llamado epistátes. Como en cada pritanía había 50 consejeros y 36 días, las probabilidades de salir elegido tarde o temprano eran muy altas.

El epistátes presidía la reunión de su pritanía, y también del consejo o de la asamblea si tocaba sesión. Además, estaba de guardia las veinticuatro horas en un edificio público llamado thólos,¹² encargado de guardar el sello oficial de la ciudad y de las llaves del tesoro y de los archivos. Si llegaban embajadores, cartas de otras ciudades, mensajes de ejércitos enviados fuera de Atenas, etc., todo pasaba por manos del epistátes. Se ha calculado que la mitad o más de los ciudadanos del Ática desfilaron por este cargo, que equivalía en cierto modo a ser el presidente de la república de Atenas... por un día.

La principal función del consejo era preparar el orden del día para la asamblea, verdadera sede del poder popular. En ella se reunían los atenienses y votaban las cuestiones que les interesaban directamente, sin necesidad de representantes: era, así pues, una democracia directa. Clístenes garantizó que todos los ciudadanos pudieran asistir a sus reuniones, que solían celebrarse en la colina

de la Pnix, al suroeste de la Acrópolis. Había al menos cuarenta sesiones de la asamblea al año, más algunas extraordinarias. Los ciudadanos no se limitaban a votar, sino que cualquiera podía hablar en público para proponer un decreto o bien oponerse a él. Obviamente, había que tener preparación y cierto valor para encaramarse a la tribuna, así que en la práctica los que hablaban casi siempre eran los mismos (como ocurre ahora en las reuniones de vecinos, los claustros de profesores y cualquier otro tipo de asambleas). Eran conocidos colectivamente como *rhétores*, «los oradores», y solían representar a grupos de opinión. Puesto que era importante tener una voz potente y saber estructurar el discurso para convencer a los votantes, no es extraño que con el tiempo se desarrollara el arte de la retórica, y que los maestros que la enseñaban estuviesen muy cotizados.

Todo esto tenía un «pero». Las reuniones se convocaban en la ciudad de Atenas. Para los ciudadanos de los demos alejados, ir a la ciudad suponía una buena caminata en el mejor de los casos, y en el peor suponía pernoctar durante el viaje. Como es lógico, a las asambleas asistía más gente de la zona de la Ciudad, donde Clístenes tenía su principal clientela política. Entre otros motivos, porque era donde se había naturalizado a más ciudadanos de procedencia dudosa -el puerto y la ciudad actuaban como focos de atracción para los emigrantes- que, lógicamente, le estaban agradecidos a Clístenes por haberlos convertido en atenienses.

El caso es que, aunque el número de ciudadanos atenienses osciló durante los siglos v y iv entre 20.000 y 40.000, la cifra media de asistentes a la asamblea era de unos 6.000. Con el tiempo se introdujeron iniciativas para fomentar la asistencia, como una pequeña paga diaria. Alguna otra medida era tan curiosa como el cordel teñido de rojo con que los ar queros escitas que ejercían de policía «pastoreaban» a los ciudadanos que andaban zanganeando por el Ágora y se los llevaban hasta la Pnix: la gente, parece, se dejaba llevar para que no le mancharan el manto. Así, al menos, lo cuenta Aristófanes en su comedia *Los acarnienses*.

En cualquier caso, uno de los inconvenientes de este sistema era que si los intereses de la zona urbana del Ática chocaban con los del campo, éste perdía siempre. Así ocurrió, por ejemplo, en la Guerra del Peloponeso, que perjudicó sobre todo a los agricultores y terratenientes atenienses. Pero también es cierto que la zona más dinámica era la de la ciudad, donde las ideas volaban y se comunicaban a toda prisa.

INTENTOS DE DERROCAR EL NUEVO RÉGIMEN

No todo lo que he contado apareció de golpe en tiempos de Clístenes, sino

que fue evolucionando hasta llegar a la llamada «democracia radical» de Efiltes y Pericles, que acabó definitivamente con las competencias del Areópago, el último reducto de poder aristocrático. Al principio, el régimen no se llamaba democracia, nombre que se empezó a usar ya a mediados del siglo v. Pero Clístenes, como ya he dicho, sentó las bases del sistema, y además garantizó los principios de fisonomía, «igualdad ante la ley», e isegoría, «libertad de palabra».

Mientras Clístenes llevaba a cabo sus medidas se produjeron diversos sobresaltos. Iságoras, su rival político, recurrió a Esparta. Cleómenes debió de pensar que él no había echado al tirano Hippias para que los atenienses eligieran un gobierno aún más revolucionario. De modo que exigió el destierro de Clístenes y el resto de los Alcmeónidas por el viejo asunto del sacrilegio cometido por su antepasado Megacles, y después se dirigió a Atenas con un pequeño contingente de tropas. Clístenes se exilió, pensando que ya le llegaría la ocasión de volver. Cleómenes, nada más entrar en Atenas, expulsó a las 700 familias que le indicó Iságoras. Éste, por su parte, trató de instaurar un gobierno oligárquico de 300 aristócratas. Pero el pueblo ateniense se rebeló, y Cleómenes e Iságoras se vieron de pronto encerrados en la Acrópolis. Paradójicamente, el mismo rey espartano que había sitiado a Hippias se convertía ahora en el asediado.

Pasados un par de días, Cleómenes e Iságoras consiguieron un salvoconducto para marcharse del Ática con el rabo entre las piernas, mientras que muchos de sus partidarios fueron ejecutados. Clístenes, que no tardó en regresar a la ciudad, envió embajadores a Persia para solicitar una alianza por temor a las represalias de Esparta. La cosa quedó en agua de borrajas, pero siempre se echó en cara a los Alcmeónidas ser «medizantes», es decir, partidarios de los persas.

Cleómenes no era hombre al que se pudiera humillar así como así. En el año 506 reunió un ejército mucho más numeroso recurriendo a los aliados forzosos de la Liga del Peloponeso, y además se puso de acuerdo con los vecinos de Atenas para lanzar una ofensiva desde tres puntos a la vez: los espartanos atacarían por el este, los tebanos por el noroeste y los de Calcis por la costa nordeste (tanto tebanos como calcidios guardaban viejas cuentas que saldar con Atenas). Ante un ataque así, a los atenienses sólo les quedaba rendirse, pues no tenían murallas o, si las tenían, no se hallaban en condiciones de resistir a una invasión de tal magnitud. Sin embargo, decidieron formar el ejército y salir al paso del atacante más peligroso: la coalición de Esparta y los demás estados del Peloponeso.

Parecía que el nuevo régimen iba a gozar de una vida muy breve, pues los atenienses no tenían la menor posibilidad de superar a un ejército superior en

número y que, además, contaba con un núcleo de espartanos de élite. Pero ocurrió algo inesperado. Cuando las tropas del Peloponeso entraban en el Ática y empezaban a causar daños en el demo de Eleusis, los corintios, que en aquel momento se llevaban bien con los atenienses -luego se convertirían en enemigos acérrimos-, se retiraron. Cleómenes los había convocado para la expedición, sin explicarles los verdaderos motivos, que a los corintios no les parecieron justificados. Tras la retirada de Corinto, el otro rey de Esparta, Damarato, manifestó que tampoco estaba de acuerdo con su colega al mando, y al oírlo el resto de los aliados se dispersaron. Cleómenes se la juró a Damarato y no dejó de intrigar hasta que consiguió deponerlo del cargo, pero por el momento no le quedó más remedio que tragarse la humillación y volver a Esparta.

Sin perder tiempo, los atenienses se dirigieron hacia el este para marchar contra los calcidios. Los beocios acudieron en ayuda de sus aliados al estrecho del Euripo, que separa la isla de Eubea de las costas del Ática, pero lo que consiguieron fue que el ejército ateniense se volviera primero contra ellos. No conocemos los detalles de la batalla, pero fue una gran victoria de los atenienses, que mataron a muchos enemigos e hicieron 700 prisioneros, lo que debía representar más del diez por ciento del ejército beocio. Mientras, los calcidios, que no debían de traer un ejército muy numeroso, decidieron que aquel lío no iba con ellos y cruzaron el estrecho, confiados a la protección de su isla. Pero los atenienses fueron tras ellos, pasaron a Eubea -estaba tan cerca que, aun sin tener muchos barcos, con unos cuantos viajes de ida y vuelta bastaba para cruzar-, y en el mismo día en que habían vencido a los beocios, si creemos a Heródoto, infligieron una estrepitosa derrota a los calcidios.

Aquella jornada de gloria les valió a los atenienses el elogio del historiador, que también hace una alabanza de la democracia: «Salta a la vista [...] que la igualdad de derechos políticos es un bien muy valioso, si consideramos que los atenienses, mientras los gobernó una tiranía, no destacaban sobre sus vecinos en lo militar, pero cuando se libraron de sus tiranos consiguieron una evidente superioridad en ese terreno» (Heródoto 5, 78).

Después de aquello, los atenienses arrebataron a los oligarcas de Calcis una amplia llanura donde fundaron una cleruquía como la de Salamina e instalaron, según Heródoto, a 4.000 ciudadanos como colonos. Una cifra inverosímil, tanto por la extensión de esa llanura como por el número de ciudadanos que había en Atenas: como mucho, serían 4.000 personas en total, incluyendo familias y esclavos, e incluso así no creo que llegaran a tal número.

Por cada prisionero, los atenienses cobraron 200 dracmas, casi un kilo de plata. Como ofrenda a los dioses, colgaron en la Acrópolis los grilletes con los que habían mantenido prisioneros a los enemigos, y usaron la décima parte del dinero que les habían pagado beocios y calcidios para forjar una cuadriga de bronce que también consagraron.

La joven democracia, que ni siquiera tenía ese nombre, había entrado pisando fuerte en la historia. Pero se acercaba una amenaza mucho peor que aquellas tres invasiones juntas, y su origen se hallaba a miles de kilómetros, en las altiplanicies de Persia.

page0258

INTRODUCCIÓN

Las Guerras Médicas fueron el acontecimiento más importante de la historia de Grecia, y así lo entendieron sus habitantes, que salieron de este conflicto más convencidos que nunca de que eran griegos. La guerra dejó restos perdurables en todas sus manifestaciones culturales, sobre todo en Atenas. Durante más de un siglo no hubo apenas discursos políticos en que no se mencionaran las glorias de Maratón y Salamina. Escenas de luchas entre griegos y persas aparecen en infinidad de piezas cerámicas, y gracias a ellas podemos imaginar cómo eran el atuendo y las armas de los asiáticos. Si la gran pintura griega se hubiera conservado, habríamos podido contemplar aquellas batallas en grandiosas escenas murales: por ejemplo, las que adornaban el pórtico pintado de la Acrópolis y representaban la batalla de Maratón. En obras filosóficas, históricas y morales se resaltaban las diferencias entre ambos pueblos. Los persas eran gente bárbara y a la vez afeminada por el lujo, una vulgar masa de esclavos conducida por el látigo de un déspota. Por el contrario, los griegos eran tipos austeros, de vida sencilla, amantes de la libertad, etcétera.

Pero ni el fervor patriótico ni el complejo de superioridad aparecerían hasta después de la guerra. Antes de ella, a los persas los rodeaba un aura de invencibles que despertaba pánico entre los griegos. Dos ejemplos lo ilustran.

Hacia el año 540, Harpago, general de Ciro el Grande, envió un ultimátum a Focea, la ciudad más emprendedora en la gran colonización. Los focenses poseían una sólida muralla que habían pagado con plata del mítico Argantonio, rey de Tartessos. Pese a ello, en una sola noche recogieron todos sus enseres de valor, se embarcaron con sus familias y abandonaron la ciudad para dirigirse hacia el oeste, en una arriesgada odisea de miles de kilómetros que los llevaría hasta la isla de Córcega. Ciertamente los focenses disponían de pocas tierras cultivables alrededor de la ciudad, lo que los autores anglosajones denominan *hinterland*. Su mayor activo eran ellos mismos, sus conocimientos geográficos y marinos y sus barcos, lo cual ayuda a explicar un comportamiento tan intrépido.

Dos generaciones después, Atenas sufrió una evacuación general. La amenaza persa debía de sentirse muy real para que los atenienses abandonaran no sólo la ciudad, sino toda la región del Ática. Hablamos quizá de 150.000 personas:

un movimiento así, que en nuestros días los periodistas llamarían sin duda «catástrofe o crisis humanitaria», sólo puede obedecer a un profundo pavor.

A posteriori, la victoria griega parece inevitable. Para muchos estrategas de salón, los soldados persas eran tan inferiores en armamento y disciplina que estaban condenados a perder contra los griegos. Pero lo que los atenienses veían en 490, en vísperas de Maratón, era muy diferente. Ningún ejército griego había derrotado a otro persa. Su mayor éxito contra ellos, la toma de Sardes, se produjo por sorpresa, y después de ella las represalias persas fueron terribles. En cierto modo, en aquel momento los griegos eran los bárbaros atrasados, como los galos que mucho tiempo después sufrirían la invasión de julio César.

Pero hay una gran diferencia. Cuando los galos por fin se unieron, lo hicieron bajo el mando de Vercingetórix, caudillo que no ha pasado a la historia del arte de la guerra. En cambio, los griegos tuvieron la suerte de contar con un personaje excepcional: Temístocles el ateniense. Mas no adelantemos acontecimientos.

EL IMPERIO PERSA

El Imperio persa fue fundado por Ciro, conocido como el Grande. Los persas habitaban ya entonces el país de altiplanos que hoy conocemos como Irán o Persia. Hablaban una lengua indoeuropea, estrechamente emparentada con el antiguo indio. De ella descende en línea directa el persa actual, también llamado farsi (añado esto porque existe cierta tendencia a creer que en Irán, por ser un país islámico, se habla árabe).

Los iraníes actuales se enorgullecen de su larga historia, que se remonta hasta la época de Ciro, pero en realidad no se sabe tanto de ella como querríamos. Los pocos textos de la época Aqueménida -con este término nos referimos a la dinastía de Ciro y sus sucesores, que descendían de un tal Aquemenes- son sobre todo espectaculares inscripciones en piedra. Grabadas a menudo en sitios casi inaccesibles, cantan las hazañas bélicas y constructoras de los soberanos, pero aportan pocos detalles históricos, y no nos cuentan nada sobre la vida cotidiana de la gente.

Irónicamente, para conocer mejor a los persas debemos recurrir, al retrato que de ellos nos dejaron sus enemigos los griegos, tanto por escrito como en sus vasijas pintadas. Y, sobre todo, a lo que nos cuenta el hombre que narró con todo lujo de detalles la gran guerra entre persas y griegos, el llamado «padre de la

historia»: Heródoto.

DOTO

Nació hacia el año 484 en Halicarnaso, una ciudad situada en la costa oeste de Asia Menor, a la altura de las Cícladas. Halicarnaso se hallaba sometida al control persa y sus habitantes, supuestamente dorios, hablaban un dialecto jonio y estaban muy mezclados con la población original caria. Cuando Heródoto era niño, aún debía gobernar la reina -o tirana- Artemisia, lo cual explica el gran protagonismo que otorgó a esta mujer en su relato de las Guerras Médicas.

Por su oposición a Ligdamis, hijo y sucesor de Artemisia, Heródoto fue desterrado de la ciudad. Como exiliado, tuvo la ocasión de viajar por numerosos países, incluyendo Egipto y la parte occidental del Imperio persa. Más tarde se instaló en Atenas, donde su prestigio hizo que se le incluyera entre los elegidos que fundaron la colonia de Turios.

Heródoto es autor de la primera gran obra histórica que conocemos. Su título en griego, *Historía*, significa «investigación», pues así consideraba él mismo las indagaciones que había realizado sobre el gran conflicto entre Grecia y Persia.

El motivo de Heródoto para escribir puede parecer un tanto ingenuo desde el punto de vista de la historiografía contemporánea: evitar que las grandes hazañas de los hombres caigan en el olvido. Se le ha tildado de superficial y de no escharbar lo suficiente en las verdaderas causas de los hechos. A menudo atribuye los acontecimientos a la voluntad de los dioses: por ejemplo, cuando cuenta cómo una tormenta destruyó buena parte de la flota persa antes de la batalla de Artemisio, como si los dioses quisieran igualar la proporción entre ambos ejércitos. En cambio, el historiador posterior Tucídides indaga de forma más profunda y racional, y casi siempre encuentra causas humanas en los hechos.

En cierto modo el tiempo ha reivindicado a Heródoto. Su historia no es una mera sucesión de batallas, tratados de paz e intrigas políticas -aunque de todo esto hay en las *Historias*-. En su libro se encuentra mucho de etnografía y de geografía, y por sus páginas asoman los personajes de la vida cotidiana que durante siglos, tal vez por influencia de Tucídides, permanecieron en las sombras, apartados de los libros de la «gran historia», hasta que han vuelto a ser recuperados en nuestros tiempos.

Además, con todos sus defectos, ya querríamos tener un Heródoto en el bando enemigo. Pero si había alguien entre los persas con la curiosidad, el tiempo libre y el talento para escribir un relato histórico, por desgracia su obra no nos ha llegado. Aunque sospecho que jamás se escribió. Pues eran las características de la polis griega -curiosidad, individualismo y cierto atrevimiento-, las que explican que personajes como Heródoto se dedicaran a empeños literarios que hoy nos parecen muy normales, pero que durante la mayor parte de la historia de la humanidad no lo han sido.

Ciro -en persa Kurush- llegó al poder en 558, y unos años más tarde derrocó a Astiages, su abuelo según Heródoto. Este tal Astiages era rey de los medos, un pueblo tan estrechamente emparentado con los persas que los griegos tendían a confundirlos a ambos en un único término. De ahí viene el nombre Guerras Médicas para el conflicto que con más propiedad deberíamos llamar «Guerras Pérsicas». Pero la tradición pesa mucho.

Al suceder a los medos, los persas se convirtieron a su vez en herederos de una tradición imperial que se remontaba siglos atrás, hasta Asiria. Los asirios, cuyos monarcas más célebres fueron Senaquerib y Asurbanipal, crearon por primera vez una máquina militar y burocrática con fines expansionistas y elevaron el arte de la guerra a niveles desconocidos hasta entonces. Ellos fueron los primeros en asediar ciudades enemigas de forma metódica, y también desarrollaron ciertos procedimientos que nos suenan tristemente contemporáneos, como la deportación de pueblos enteros. Parece, además, que eran auténticos expertos en el arte del empalamiento.

Los asirios, a su vez, eran herederos de las antiguas culturas de Mesopotamia: babilonios, acadios y los antiquísimos sumerios. Pero retroceder hasta ellos nos llevaría demasiado lejos. Baste decir que la máquina imperial persa conservó muchas influencias de los asirios y de todo su conglomerado cultural. En lo bélico, los persas también deportaron poblaciones y es casi seguro que utilizaron los conocimientos asirios sobre la poliorcética o arte del asedio.

En lo político, los persas heredaron de Asiria el complicado protocolo que tanto extrañaba y molestaba a los griegos, sobre todo cuando llegaba la hora de la proskynesis, o sea, de inclinarse, arrodillarse o incluso tumbarse ante el Gran Rey. Pues todo ese ritual, así como el enrevesado escalafón de chambelanes, eunucos, secretarios, etc., no parece propio de los persas, que tan sólo unas generaciones anteriores vivían como nómadas y prácticamente no se habían bajado del caballo. Siglos después, Alejandro Magno hizo algo parecido al conquistar el Imperio persa:

adoptar los modos de gobierno y conducta más refinados y pomposos de sus antecesores. Un comportamiento que parece casi la regla habitual cuando una élite sustituye a otra.

El ascenso al poder de los persas fue meteórico, lo cual debió de sembrar la inquietud entre los pueblos de la época. Ciro no se limitó a conquistar a los medos, sino que extendió su ambición a todas las naciones limítrofes. Asiria, que más de setenta años antes había sido humillada por los medos, no tardó en caer en su poder. Más al sur se hallaba la próspera Babilonia, probablemente la ciudad más poblada del mundo. Babilonia se rindió en 538 y se convirtió a partir de ese momento en una de las capitales imperiales de los Aqueménidas.

Pero antes de esto ya se había producido el primer contacto entre persas y griegos, que anticiparía la gran guerra posterior. Al adueñarse de las antiguas tierras asirias, Ciro se había convertido en vecino de los lidios. Este pueblo, asentado en torno a la ciudad de Sardes, había ido extendiendo su influencia por Asia Menor poco a poco hasta llegar al río Halis. En aquella época a los lidios los gobernaba Creso, un personaje cuyas riquezas eran proverbiales (recordemos que los lidios explotaban los placeres auríferos del río Pactolo y que fueron los primeros en acuñar monedas).

En su relato, Heródoto convirtió a Creso en el paradigma del hombre poderoso a quien el éxito colma de soberbia. Aunque ya hemos comentado que el encuentro entre Solón y Creso sea probablemente apócrifo, no me resisto a contarlo. Cuando conoció al legislador ateniense, Creso le enseñó sus palacios, sus tesoros y sus caballerizas y le preguntó si en toda su vida había encontrado a alguien más feliz que él (para los griegos, «feliz» y «próspero» eran términos casi equivalentes: en aquella época la pirámide de Maslow no había llegado todavía a la realización personal, y la felicidad tenía mucho que ver con las posesiones materiales que garantizan sobrevivir día a día). Solón le habló de personas muy sencillas, atenienses y argivos con vidas humildes que ejemplificaban los valores cívicos: amor a la ciudad, religiosidad, respeto a los padres. Cuando Creso se indignó de que lo comparara a él con semejantes desharrapados, Solón le señaló algo importante sobre los personajes que había citado: todos estaban muertos. Nada malo les podía suceder ya.

Según cuenta Heródoto, Creso despidió a Solón con cajas destempladas (Heródoto 1, 30-33). A partir de ese momento, como era de esperar, las cosas le empezaron a ir mal al rey lidio. Primero perdió a su hijo, muerto accidentalmente en una cacería, y a manos de un huésped de palacio que se había acogido a la

protección de Solón precisamente para expiar otro homicidio involuntario. ¡Al tipo ese no se le podían dejar ni unas tijeras!

Después, Creso se vio envuelto en la guerra contra los persas. Antes de entrar en ella, envió emisarios a los principales oráculos del mundo; entre ellos Dódona, Siwa y, por supuesto, Delfos. Obraba así como los políticos modernos que procuran congraciarse con los medios de comunicación -los oráculos de hoy- con prebendas, almuerzos para periodistas o concesiones de radio o televisión. Pues para los antiguos los dioses eran tan reales e influyentes como los actuales grupos mediáticos o los líderes de opinión.

El día señalado, Creso coció una tortuga en un caldero de bronce. El único oráculo que adivinó que estaba haciendo algo tan peculiar fue el de Delfos, de modo que Creso se convenció de que era el más fiable. Por eso le preguntó qué ocurriría si se enfrentaba a los persas. «Si lo haces», respondió la Pitia, «destruirás un gran imperio». Los lectores modernos podemos empezar a curvar los labios en una sonrisa irónica, mascando la tragedia que se cierne sobre Creso. Pero el rey lidio interpretó el oráculo como mejor le convino y se lanzó a la guerra.

Por supuesto, tras cruzar el Halis y enfrentarse a Ciro, Creso sufrió una derrota estrepitosa. En ello influyó el penetrante olor de los camellos que acompañaban al ejército persa, un hedor que encabritó y desorganizó a las monturas de la afamada caballería lidia. Aun así, Creso pudo recomponer parte de su ejército y retirarse a Sardes, a más de 500 kilómetros de distancia. Lo normal habría sido que las hostilidades no se hubiesen reanudado hasta el verano siguiente, pues el invierno hacía los caminos impracticables y obligaba a respetar una especie de temporada de guerra, igual que en nuestros días la tenemos de toros, de caza o de pesca. Pero los persas, que basaban buena parte de su fuerza en la movilidad de su caballería, siguieron a Creso a no mucha distancia, de tal manera que, en una deliciosa expresión de Heródoto, «Ciro se convirtió en mensajero de su propia llegada» (Heródoto 1, 79). Sardes sufrió asedio y no tardó en caer.

¿Cómo acabó Creso? Según Heródoto, Ciro preparó una gran pira para inmolar en ella a su enemigo derrotado. Conforme las llamas subían, Creso recordó a Solón y pronunció su nombre entre sollozos. Ciro sintió curiosidad y le preguntó por él, pues los antiguos eran incapaces de resistirse a una buena historia (¿qué otra diversión tenían, al fin y al cabo?). Cuando Creso se la contó, el rey persa comprendió que él se hallaba en la cresta de la ola, pero que el destino podía depararle algún re véz, como a Creso. Lo perdonó, pues, y lo convirtió en su consejero, de tal modo que Creso acabó conociendo la verdadera sabiduría. Tal vez

todo fue más prosaico y Ciro se limitó a ejecutarlo, pero preferimos quedarnos con la bella versión de Heródoto.

Al apoderarse de Lidia, Ciro y los persas se convirtieron en vecinos de los griegos. Por supuesto, esa vecindad no podía ser amistosa sin más. Siguiendo su inercia expansionista, Ciro conquistó las ciudades griegas de la costa. La mayoría se rindieron directamente. En principio, el yugo persa no parecía tan pesado. Tan sólo tenían que pagar tributo al nuevo imperio, aunque sin duda perdieron buena parte de sus libertades. Únicamente los habitantes de Focea prefirieron embarcarse con todos sus bienes y abandonar la ciudad.

Ciro murió hacia el año 530. Según Heródoto, fue en una campaña contra los masagetas, un pueblo nómada de los actuales Turkmenistán y Uzbekistán. Tras la batalla, la reina Tomiris hizo que buscaran su cadáver y le introdujo la cabeza en un odre lleno de sangre humana para cumplir una amenaza anterior: «Si no abandonas este país, te juro que, por más sanguinario que seas, yo haré que te sacies de sangre» (Heródoto 1, 212). Este detalle tan gore parece más fabuloso que otra cosa. En realidad no sabemos si Ciro, que entre los grandes conquistadores no fue ni de lejos de los más sanguinarios, murió en combate o de anciano y en su lecho, como asegura Jenofonte en su *Ciropedia*, una biografía incluso más novelesca que la obra de Heródoto.

A Ciro le sucedió su hijo Cambises (Kambújiya). Heródoto lo presenta poco más o menos que como un psicópata, y así aparece también en *Tamburas*, una popular novela histórica escrita por el alemán Karlheinz Grosser en los años sesenta. Fuera un Calígula al estilo persa o no, lo cierto es que Cambises aumentó el imperio con la conquista de Egipto. Aunque el reino de los faraones estaba lejos de su antiguo esplendor, las inundaciones anuales del Nilo seguían convirtiéndolo en un auténtico granero (se calcula que bastaba para mantener a una población de siete millones de habitantes, una cifra más que respetable para la época). Además, Egipto disponía de una poderosa flota que, junto con las de las ciudades fenicias, se convertiría en la marina del Imperio aqueménida. Los persas eran un pueblo de interior sin tradición marinera, pero comprendían que para dominar los países ribereños del Mediterráneo necesitaban barcos de guerra.

Cambises fue asesinado en 522, y a su muerte se produjo una confusa lucha dinástica. En realidad, la versión oficial de los hechos que luego se conoció era la del vencedor en dicho conflicto, Darío, que lo tenía bastante claro. La confusión proviene de que los historiadores no se creen del todo las explicaciones de Darío. Pero no entraremos en más detalles.

A Darío (Ddrayavahus), que no era hijo de reyes, debía de incomodarlo bastante la cuestión de la legitimidad. Por eso en el espectacular relieve trilingüe de Behistún -que sirvió para descifrar la escritura cuneiforme- hizo hincapié en su condición de Aqueménida, miembro de la familia gobernante.

Darío paró varios años sofocando las revueltas que habían estallado en diversos lugares del imperio, incluyendo Babilonia. Éste parecía el sino de los soberanos persas. Si la extensión del imperio nos resulta desmesurada al verlo en un mapa, incluso ahora que contamos con unos medios de comunicación casi instantáneos, imaginemos cómo parecería su magnitud cuando los viajes se hacían a pie o, como mucho, a caballo. La autoridad real tardaba una eternidad en llegar a los rincones más alejados. Cuando se producía una revuelta, en primer lugar era necesario que llegaran noticias de ella a alguna de las capitales imperiales -Susa, Ecbatana, Babilonia o Persépolis, construida por el propio Darío-. Después la máquina tenía que ponerse en movimiento, con reclutamientos de tropas, acopio de provisiones, etc. Terminados los preparativos, el ejército imperial, la Spada, debía llegar al lugar de la rebelión y sofocarla. Eso no sólo requería una victoria en una batalla campal, sino a menudo asedios de fortalezas situadas en las montañas y maniobras de pacificación a las que tal vez hoy día llamaríamos «limpieza étnica».

(Ese mismo problema lo sufrió dos siglos después Alejandro Magno. Por más extenso que pintemos su imperio en los mapas, es dudoso que llegara a gobernarlo todo a la vez, pues cuando su ejército se dirigía a someter una provincia, la que quedaba atrás no tardaba en rebelarse de nuevo).

Durante sus largas campañas, Darío debió conocer sobre el terreno las regiones de aquel imperio todavía tan joven. Así comprendió que, para que ese inmenso leviatán sobreviviera, había que apuntalar sus huesos con profundas reformas. Darío fue el verdadero organizador del Imperio persa. Lo dividió en veinte satrapías o provincias, cada una de ellas gobernada por un sátrapa. (En persa, xsacapávan. No es que se parezca tanto). Estableció cuánto tributo debía pagar cada una y qué fuerzas debía aportar a la Spada. Sobre todo, creó una red de caminos, por su eficacia comparable con las calzadas del Imperio romano. El más famoso era el Camino Real que llevaba de Sardes a Babilonia. Una embajada podía recorrerlo en tres meses; pero para los mensajeros, que se turnaban y además contaban con caballos de refresco en las postas, era cuestión tan sólo de siete días. Los griegos que visitaban el imperio debían de sentirse acomplejados cuando regresaban a su propio país y se veían obligados a viajar de ciudad en ciudad por senderos de cabras.

La política fiscal Aqueménida acarreaba sus problemas. El dinero recaudado se guardaba en vastos tesoros, en forma de monedas de oro conocidas como «daricos» porque llevaban acuñada la imagen del propio rey disparando su arco. Toda esa riqueza, como la que se enterraba en las tumbas egipcias, quedaba inutilizada. En cierto modo, Alejandro Magno revitalizaría la economía de Asia al saquear dichos tesoros y repartirlos entre sus hombres, quienes, manirroto como buenos soldados, las volvieron a poner en circulación. Como diría algún experto, ¡en tiempo de crisis, a consumir!

En aquellas primeras décadas del imperio, todo rey persa parecía verse obligado a imitar a Ciro el fundador y conquistar nuevos territorios. Darío fue el primero que cruzó a Europa, en una campaña contra los escitas. Término un tanto confuso, por cierto, que se aplica a un buen número de pueblos nómadas de toda aquella región. En general, los griegos no se complicaban a la hora de poner nombre a etnias que les parecían estar más o menos emparentadas. Así ocurrió con los tracios o, sobre todo, con los celtas: los pueblos agrupados bajo esta denominación estaban tan dispersos geográficamente que es casi imposible que jamás existiera algo parecido a una «nación celta», por más bonito que quede como título para recopilaciones musicales.

Tras conquistar Tracia, Darío persiguió a los escitas y llegó hasta el Danubio. En aquella zona, cerca de su desembocadura, el río era tan ancho que casi parecía un mar, pero él lo cruzó construyendo un puente de barcos atados con cables.

Según Heródoto, la campaña más allá del Danubio fue un fracaso. Probablemente lo que pretendía Darío era devastar cierta extensión de territorio y escarmentar a los escitas para crear una tierra de nadie que sirviera como colchón de protección. Algo parecido harían los romanos más allá del Rin: si no conquistaron Alemania no fue porque no pudieran, sino porque no había nada allí que les interesara demasiado. Los germanos, como los escitas, eran pueblos demasiado pobres y atrasados para molestarse en incorporarlos al imperio. Por supuesto, esto es más que opinable, y los alemanes que levantaron una estatua a Arminio-Hermann por la sangrienta derrota que para conmemorar infligió a los romanos en Teutoburgo no debían de pensar lo mismo que yo.

El caso es que, al final de la campaña, los persas ya habían plantado sus estandartes en Europa. Desde el estrecho de los Dardanelos hasta prácticamente Macedonia, toda aquella región se hallaba ya bajo la influencia Aqueménida. Muchos historiadores dicen que las Guerras Médicas se produjeron porque algunas ciudades griegas de Europa apoyaron la revuelta de sus parientes de Asia Menor.

Pero creo que los persas, llevados por su tendencia expansionista, habrían seguido avanzando de forma inexorable. Desde el punto de vista persa, la Grecia continental debía de ser pobre, pero no «tan» pobre. Las polis griegas se habían desarrollado lo suficiente como para adquirir la moneda y el alfabeto, y habían tejido una red comercial que llevaba hacia el oeste, a Italia y Sicilia. A un hombre tan práctico y materialista como el rey Darío sin duda le interesaban estas nuevas perspectivas de enriquecimiento.⁴

El Gran Rey tenía buena información sobre Grecia, y además de primera mano. A su corte acudían muchos desterrados por las revueltas políticas, resentidos contra sus propias ciudades que le animaban a la conquista. Entre ellos, Hippias, ex tirano de Atenas, y Damarato, rey depuesto de Esparta. La impresión que aquellos exiliados causaban entre los persas era que Grecia supondría una presa fácil. Pues la desunión no sólo reinaba entre las ciudades, sino incluso en el interior de cada polis. Como ocurriría siglos más tarde con los romanos y los turcos, eran griegos quienes pedían la intervención de un conquistador extranjero.

Sí, el conflicto entre persas y griegos era inevitable. Pero tal vez estalló unos años antes por culpa de la revuelta jonia.

LA REVUELTA JONIA

Pertenecer al Imperio aqueménida y disfrutar de una pax Persica debía de suponer para las ciudades jónicas ciertas ventajas que compensarían en parte el pago del tributo. La cercanía del Camino Real y de los poderosos sátrapas ofrecía oportunidades que los súbditos con más iniciativa sin duda aprovechaban. De hecho, hubo griegos trabajando como artesanos cualificados en las obras de Persépolis, y griego era también Democedes, médico de confianza de Darío.

En contrapartida, el bolsillo de los jónicos se había resentido. Con el lidio Cresos habían hecho buenos negocios como mediadores entre la costa y el interior, y parte de los tributos que le pagaban volvía a sus manos en forma de donativos para templos y oráculos. En cambio, con los persas esos impuestos tomaban el largo Camino Real y se guardaban, como ya hemos dicho, en los tesoros de las capitales persas, donde se acumulaban decenas de miles de talentos. Además, parte del comercio que antes pasaba por manos jónicas quedaba ahora controlado por sus rivales fenicios.

Otras razones de su declive económico tenían poco que ver con Persia. La cerámica corintia le hacía la competencia a la jonia en Egipto, y la ateniense en el

mar Negro. En el oeste, Síbaris, con la que Mileto mantenía succulentos tratos mercantiles, había sido borrada de la faz de la tierra, y los barcos cartagineses obstaculizaban cada vez más el comercio jonio. Como suele ocurrir en esos casos, aunque los persas no fueran causantes de todos sus problemas, para los jonios debió resultar mucho más fácil encontrar un culpable único al que achacarle todos sus males.

La revuelta estalló en el año 499 en Mileto, donde gobernaba como tirano Aristágoras. Precisamente, una de las razones por las que se produjo la revuelta fue para librarse de los tiranos que los persas tendían a colocar como gobernantes. No porque ellos amasen la tiranía per se, sino porque seguramente les resultaba más fácil tratar y dar órdenes a un solo gobernante. La alternativa era entenderse a la vez con los diversos clanes aristocráticos, tarea difícil y agotadora.

El cuñado de Aristágoras, Histieo, antiguo tirano de la ciudad, se hallaba en Susa, en la corte de Darío, a medias huésped y a medias prisionero. Deseando librarse de aquella incómoda situación, se dedicó a intrigar con Aristágoras. El procedimiento que utilizaron para comunicarse es tan ingenioso que merece la pena comentarlo. Como el Camino Real estaba muy vigilado y los soldados y funcionarios imperiales registraban a los viajeros con que se cruzaban, Histieo rapó a un esclavo, le tatuó en la cabeza el mensaje que quería enviar a su cuñado, esperó a que le creciera el cabello y lo envió. Aristágoras no tuvo más que rasurar la cabeza del esclavo y leer el informe (Heródoto 5, 35). Es evidente que un proceso así no valdría en unos tiempos tan apresurados e inmediatos como éstos, pero en aquel entonces todo transcurría infinitamente más despacio.

La información de Histieo animó a Aristágoras a ponerse en contacto con los gobernantes de las demás ciudades jonias. El propio Aristágoras estaba más que dispuesto a organizar la revuelta. Hasta entonces había disfrutado del favor de los persas, pero poco antes se le había ocurrido convencer al sátrapa Artafernes para emprender la conquista de la isla de Naxos. La campaña fracasó, y Aristágoras debió pensar que sobre su futuro se cernían, más que nubarrones, auténticos estratocúmulos.

Resulta paradójico que un tirano encabece una rebelión contra otros tiranos. Pero Aristágoras renunció a su cargo, y a cambio consiguió que los sublevados lo nombraran general. También se tomaron otras medidas: las ciudades rebeldes llegaron al acuerdo de acuñar una misma moneda, basada en el estándar de Mileto. De ese modo se facilitaban los intercambios comerciales entre ellos y además se evitaban desconfianzas a la hora de pagar a las tropas de aquella nueva federación.⁵

Aristágoras no se limitó a poner de acuerdo a las principales ciudades jonias. También quería el apoyo de sus parientes de allende el Egeo. Él, personalmente, cruzó el mar y visitó en primer lugar Esparta.

Esparta era la mayor potencia militar de la Grecia continental, así que había que contar con ella. Aristágoras se reunió con el activo Cleómenes, al que ya hemos visto embarcado en diversas aventuras expansionistas. Para convencerlo, le enseñó un mapa grabado en una lámina de bronce, toda una novedad para la época (Heródoto 5, 50). Probablemente era obra del geógrafo Hecateo de Mileto, quien lo había dibujado basándose en el primer mapamundi griego, diseñado a su vez por el filósofo Anaximandro, también de Mileto. Por cierto, Hecateo, más consciente que na die de la magnitud del Imperio persa, había desaconsejado a Aristágoras emprender la rebelión.

Aristágoras tentó al rey espartano como la diosa Hera había hecho con Paris en el juicio por la manzana de oro: «Hazme caso y te convertirás en soberano de Asia» (suponemos que no se lo dijo haciéndole un strip-tease). Teniendo en cuenta la personalidad del ambicioso Cleómenes, Aristágoras estaba tocando una fibra sensible. Pero el lacedemonio le preguntó a cuánta distancia del mar se hallaba la capital del imperio. Cuando Aristágoras respondió que a tres meses de camino, el rey espartano lo expulsó de la ciudad sin contemplaciones. Los lacedemonios eran reacios a alejarse de su país por temor a que se produjera una revuelta de los ilotas a los que tenían esclavizados. Si cruzar el istmo de Corinto ya suponía para ellos una empresa audaz, cuesta mucho más imaginarlos cruzando el Egeo.'

Sólo dos ciudades griegas respondieron «sí» al llamado de los jonios. La primera fue Atenas, que durante toda la historia de su democracia se caracterizaría por su temperamento aventurero y por su afición a inmiscuirse en asuntos ajenos, para bien o para mal. La flota ateniense no era gran cosa por aquel entonces. Pero la ciudad contaba con unos 30.000 ciudadanos varones, lo que suponía un ejército potencial de cerca de 10.000 hoplitas. Una cifra más que considerable: tan sólo Esparta, gracias a su estricto y prolongado adiestramiento militar, podía considerarse superior.

¿Qué movió a Atenas a enemistarse con los persas? Como ya hemos dicho, el ex tirano Hippias se había refugiado en la corte persa y andaba intrigando contra la democracia ateniense, tan reciente que ni siquiera tenía ese nombre. Existían otros motivos ideológicos: los jonios eran parientes de los atenienses, hablaban un dialecto muy parecido al suyo y, según una tradición difundida desde Atenas, eran sus descendientes.

Sin embargo, había en Atenas, y los hubo a lo largo de toda la guerra, partidarios de mantener relaciones amigables con el imperio. Unos años antes, hacia 506, se había enviado una embajada a Sardes para solicitar una alianza con los persas, aunque este pacto no llegó a cuajar. Siempre se acusó al poderoso clan de los Alcmeónidas de simpatías hacia los persas o, en una palabra acuñada para la ocasión, de ser «medizantes» o partidarios de los medos. Si esto es cierto o no, no se puede saber con claridad; pero de lo que no cabe duda es de que hubo muchos otros medizantes en Atenas.

El segundo estado que apoyó la revuelta fue Eretria. Esta ciudad, situada en la costa oeste de la alargada isla de Eubea, es una de las grandes olvidadas de la historia, a pesar del gran número de colonias que fundó por todo el Mediterráneo. A los griegos, siempre tan competitivos, les gustaba mucho confeccionar listas de clasificación, y llevaban una para el dominio del mar, conocido como «talasocracia». Según la tradición, la primera potencia que ostentó esa talasocracia fue la Creta minoica. Posteriormente controlaron el mar Rodas, Mileto, Lesbos o Naxos entre otras ciudades.

Pero a principios del siglo v era Eretria la que ocupaba el primer puesto del ranking. Eretria está tan tapada en los textos de los historiadores que ni siquiera sabemos cuántos barcos de guerra poseía, pero se calcula que podía alistar a 3.000 hoplitas o algo más, lo cual hace suponer que su población sería la tercera parte de la de Atenas. El único autor que defiende la causa de Eretria es Plutarco, en un opúsculo titulado Sobre la malicia de Heródoto. Como bien se deduce del título, pone de hoja de perejil al historiador de Halicarnaso; pero a cambio ofrece algunas informaciones muy interesantes que no constan en otras fuentes.

La revuelta estalló de forma abierta en 498. A ella se sumaron veinte barcos de Atenas y otros cinco de Eretria. ¿Cinco nada más?, cabe preguntarse después de lo comentado. Heródoto sólo nos habla de la campaña de Sardes, pero por otros historiadores se puede deducir que al mismo tiempo se libró una batalla naval cerca de Chipre. Los rebeldes vencieron, pero los eretrios, que allí sí habrían aportado el grueso de sus barcos, debieron de sufrir cuantiosas pérdidas (Walker, 2003).

La rebelión se extendió desde los estrechos que separaban Europa de Asia hasta Chipre. Un ejército aliado mandado por Aristágoras partió de la costa, llegó hasta Sardes y la tomó por sorpresa. De forma accidental o premeditada, los rebeldes incendiaron la ciudad, muchas de cuyas casas eran de caña. Aquello tuvo su importancia simbólica: para vengarse, los persas se empeñarían en incendiar Atenas años más tarde. Y ya en el siglo iv, una de las razones que aduciría Alejandro

para prenderle fuego a Persépolis era vengar, a su vez, el incendio de Atenas.

Aunque a los griegos les animó mucho aquel éxito espectacular, a largo plazo no era más que un picotazo en la piel del paquidermo persa. El ejército aliado que regresaba a la costa se encontró no con la guarnición de una ciudad despreocupada, como había sucedido en Sardes, sino con tropas imperiales a caballo que les infligieron una dolorosa derrota junto a Éfeso. Los pocos atenienses que habían participado en la acción y que sobrevivieron decidieron que ya habían tenido suficiente aventura y regresaron a su ciudad. Sin embargo, la expedición de Sardes acarreó consecuencias importantísimas para el futuro de Atenas.

Tras los primeros éxitos de los jonios, Darío emprendió la represión de la revuelta. Considerando que lo primero que le ocurrió al subir al trono fue que prácticamente todas las provincias del imperio se le rebelaron, es bien seguro que aquel hombre tan metódico no se puso nervioso en ningún momento. La gigantesca maquinaria militar persa tenía un arranque lento, pero una vez puesta en marcha adquiría inercia como una apisonadora. Igual que una pinza, actuó por el sur atacando Chipre y por el norte controlando los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo, para después someter ciudad por ciudad y acercarse cada vez más a Mileto, el foco de la rebelión.

Por fin, en 495 la flota persa se enfrentó con la jonia en la batalla de Lade, una isla cercana a la bahía de Mileto. Por miedo o por traición, los barcos de las islas de Samos y Lesbos desertaron a mitad de la batalla. El resultado, como era de esperar, fue el desastre para los jonios. Dispersa y derrotada la flota, a los rebeldes les quedaba poco más que su enclave terrestre más formidable, la ciudad de Mileto. Tras un asedio, cayó al año siguiente. Los persas deportaron a la población milesia al centro de su imperio, junto a las orillas del Tigris, y prendieron fuego a la ciudad. La parte que daba al mar fue arrasada con tal saña que jamás se reconstruyó. Mileto, la cuna de la filosofía, tardaría mucho en recuperar su pasado esplendor.

La derrota de la rebelión sembró la inquietud en el ánimo de los atenienses. En 493, el dramaturgo Frínico presentó una tragedia titulada *La caída de Mileto*. Los espectadores salieron llorando, tan alterados que las autoridades -tal vez ese año había medizantes entre ellos- multaron al autor con 1.000 dracmas y prohibieron que de ahí en adelante se profanase el festival de Dioniso representando obras teatrales con temas de actualidad política. Por desgracia, no se ha conservado la obra de Frínico. De hecho, salvo versos sueltos, sólo tenemos unas cuantas obras completas de los tres célebres trágicos: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

(Cuando estudiaba la carrera y tenía que aprenderme el grueso tocho de literatura al que llamábamos «el Lesky», me alegraba, por razones obvias, de que la mayor parte de los textos griegos se hubieran perdido. No hay nada intelectualmente más mezquino que un joven estudiante con pocas ganas de hincar los codos).

Para algunos autores, aquella revuelta era una insensatez condenada al fracaso, y la intervención de Atenas fue incluso más temeraria. Pero tengamos en cuenta los argumentos de los sublevados. En primer lugar, no poseían esa especie de percepción histórica que a nosotros nos hace ver al gigante persa como una entidad que todavía perduraría varios siglos. Seguramente, la mayoría de ellos ignoraba la verdadera extensión del imperio. Tan sólo sabían que su corazón se hallaba lejos, a varios meses de distancia incluso para el más veloz de los ejércitos. Podían contar con que estallaran más revueltas en otras satrapías, o incluso con que el rey Darío, que empezaba a tener sus años, falleciese por cualquier motivo y a su muerte estallase una lucha dinástica en la que los jonios, en el extremo occidental del imperio, quedarían olvidados por los rivales. Como en aquella vieja historieta, a lo mejor el burro incluso hablaba.

Sabemos que no fue así. Pero la derrota de la rebelión no era inevitable. No hay nada inevitable en la Historia, por más que la contemplemos desde la certeza que otorga la lejanía. Las Fundaciones de Asimov, en las que aparece la ciencia de la psicohistoria que anticipa el futuro de las sociedades humanas ateniéndose a leyes estadísticas e inmutables, forman una magnífica serie de novelas. Pero nada más.

LAS REPRESALIAS DE DARÍO

Se interpreta habitualmente que las siguientes actuaciones del Gran Rey, una vez sometida la revuelta, fueron un desquite por el apoyo de Atenas y Eretria a los jonios. Pero, como ya hemos visto, la tendencia expansionista de los persas los llevaba hacia el Egeo.

Además, si lo que quería era vengarse de Atenas, en la primera ocasión Darío dio un rodeo considerable. En 492 envió a su yerno Mardonio, por aquel entonces un general joven y prometedor, con un ejército y una flota para afianzar la situación en Jonia y Tracia y, según es fácil de adivinar, para seguir más al oeste, hacia Macedonia, doblar hacia el sur y entrar en Grecia propiamente dicha.

Mardonio demostró su inteligencia en Jonia adaptándose al espíritu de los tiempos e instaurando democracias en lugar de tiranías, al menos en las ciudades

estrictamente jonias (hubo tiranías que se mantuvieron en lugares como Quíos o Samos). Después cruzó el Helesponto y pasó a Tracia.

Mientras Mardonio avanzaba, Darío envió emisarios a las ciudades griegas para exigir agua y tierra como señal de sumisión. Muchos estados accedieron, pero Atenas y Esparta arrojaron a los embajadores a sendos pozos y les dijeron que, si podían, sacaran de allí el agua y la tierra y se las llevaran a Darío. La historia demuestra cierto humor negro, pero aquel acto no dejaba de ser una barbaridad que atentaba contra el derecho de gentes. Años más tarde, dos nobles espartanos, Bulis y Espertias, acudieron a Susa para presentarse ante Jerjes, el hijo de Darío, y expiar el asesinato de los heraldos. El Gran Rey, en un gesto magnánimo, los perdonó.

Los atenienses, menos escrupulosos, no intentaron expiar su crimen.

Cuando los persas cruzaron de Asia a Europa, un tirano de la zona de los estrechos que había trabajado antes para Darío, aunque con una actitud un tanto ambigua, se sintió amenazado y tuvo que retirarse con su familia y regresar a Atenas, su ciudad natal. Se trataba de Milcíades,' un personaje al que pronto encontraremos de nuevo, y que sin duda habría merecido una biografía escrita por Plutarco. Al menos, su hijo Cimón sí alcanzó ese honor.

La expedición de Mardonio prosiguió sin mayor problema hasta llegar a la Calcídica. Esta península recibe su nombre por Calcis, la vecina de Eretria que fundó tantas ciudades en ella, y tiene tres promontorios alargados en forma de dedos. El más oriental destaca sobre los demás por su altura: es el monte Atos, célebre hoy por los monasterios que sólo pueden visitar los turistas masculinos. Esta mole que llega casi a dos mil metros -los dos «dedos» contiguos no alcanzan ni la tercera parte de esta altura-, llega a crear su propio régimen de vientos y corrientes. Además, las aguas cercanas, la Depresión del Egeo Norte, son mucho más profundas que en otros lugares del Egeo, como se aprecia en fotos tomadas por la lanzadera espacial de la NASA. Por todo ello, las tempestades son frecuentes allí.

Las tormentas del Mediterráneo pueden resultar muy traidoras, sobre todo para una flota compuesta de barcos tan ligeros y de tan poco bordo como los trirremes. En el momento más inoportuno para los persas se desató una tempestad en la que el general Mardonio perdió buena parte de su flota y él mismo sufrió graves heridas que lo inutilizaron durante un tiempo. Heródoto cuenta que muchos naufragos fueron devorados por monstruos marinos antes de que sus compañeros pudieran recogerlos (Heródoto 6, 44). ¿Se trataba de tiburones, o simplemente de un adorno terrorífico para rematar aquella historia?

Según Heródoto, la campaña fue un desastre para los persas. Pero Tracia quedó en su poder y Macedonia se convirtió en una especie de reino vasallo. A todos los efectos, la frontera del imperio se había trasladado hasta las faldas del monte Olimpo. Darío ya estaba llamando con los nudillos a la puerta.

Aun así, la Grecia continental se había salvado. Durante un tiempo, Mardonio, bien fuera por sus heridas o porque había caído en desgracia, quedó fuera de circulación. Pero a Darío no le faltaban ejércitos, flotas ni generales. El peligro sólo había quedado aplazado.

Nos acercamos al año 490 y al segundo gran momento de Atenas tras su victoria simultánea sobre beocios y calcidios, tan grande que décadas e incluso siglos más tarde los oradores seguían recordándolo en sus discursos: Maratón.

LA CAMPAÑA DE MARATÓN

Como hemos dicho, suele entenderse como fracaso la campaña de Mardonio en el norte, y se asegura que ese fiasco motivó una segunda expedición con objetivos y tácticas diferentes. Sin embargo, también es posible que ambas fueran operaciones complementarias y que los generales de la campaña de Maratón ya hubieran recibido su nombramiento antes de que Mardonio quedase inhabilitado por sus heridas.

El primer problema que hay que tratar al hablar de Maratón es el de los números, una cuestión que se agravará todavía más cuando hablemos de lo ocurrido diez años después, en la gran invasión de Jerjes.

Según Heródoto, los generales de la expedición, el medo Datis y el persa Artafernes, llevaban con ellos 600 barcos. Éste parece ser el número estándar de una flota persa, y puede aceptarse siempre que pensemos que no sólo debía constar de trirremes, sino también de naves de transporte. Máxime cuando la expedición incluía caballos. En 415, para llevar caballos a Sicilia, los atenienses quitaron las bancadas inferiores de los trirremes, con lo que hicieron hueco para 30 animales en cada nave. Si los persas llevaron 1.000 caballos -una cifra respetable, considerando que los enemigos no disponían de caballería-, habrían necesitado poco más de 30 transportes especiales. Algo perfectamente verosímil.

En cuanto a las tropas, Heródoto no dice nada, pero 25.000 parece un cálculo razonable teniendo en cuenta las limitaciones logísticas y el desarrollo de las operaciones. Los persas necesitaban soldados suficientes para enfrentarse al ejército

ateniense, y sin duda conocían bien los efectivos del enemigo: viajaba con ellos el viejo Hippias, el ex tirano que volvía a su patria con ganas de revancha. También debían contar con la posibilidad de que Esparta, la otra gran potencia que había maltratado a los heraldos de Darío, interviniese. Con unos 25.000 soldados, Datis superaría en número a las falanges combinadas de ambas ciudades. Antes de que algún fan de la película 300 exclame: «¡Pues lo llevaba claro!», hay que recordar que hasta aquel momento ningún ejército griego había derrotado a otro persa.

Apenas empezado el verano del año 490, la flota partió de Cilicia, en la costa sur de Turquía y, tras pasar por Rodas, fue recorriendo las Cícladas. Algunas islas fueron arrasadas, como Naxos, que se había resistido años antes a la conquista. En cambio, los persas respetaron Delos. En esta pequeña isla, un granito pelado de 40 kilómetros cuadrados, habían nacido Apolo y su hermana melliza Ártemis. Se alzaba allí un santuario del dios, que se había convertido en el centro espiritual del mundo jonio.⁸ Tal vez los persas encontraron alguna similitud entre los rasgos solares de Apolo y los de su propio dios Ahuramazda, y la aprovecharon con afán propagandístico. Aunque nunca hay que subestimar el temor que sentían los antiguos por la divinidad en todas sus manifestaciones.

Tras tomar Caristo, en el sur de Eubea, que ofreció una breve resistencia, la flota persa se dirigió contra el primero de sus objetivos declarados, Eretria. La ciudad solicitó la ayuda de los colonos atenienses que se habían instalado años antes a pocos kilómetros de allí, en unas tierras arrebatadas a la vecina Calcis. Según Heródoto los atenienses no aparecieron, porque un eretrio llamado Esquines les advirtió de que en la ciudad había traidores que planeaban abrir las puertas a los persas, por lo que su ayuda sería inútil. Así que los clerucos -recordemos que es el término más preciso para los habitantes de esas fundaciones atenienses- abandonaron la isla.

Es difícil no adivinar aquí una excusa de los atenienses, que tenían mala conciencia por no haber acudido a socorrer a sus aliados. Pero también hay que reconocer que, sin el dominio de los mares del que luego gozarían, no era tan fácil cruzar el estrecho con un ejército, y además podrían haberse visto aislados en Eubea, dejando indefensa Atenas.

Eretria sufrió un sitio de seis días. Heródoto no entra en detalles, pero es fácil suponer que los persas llevaron consigo máquinas de guerra. En relieves asirios de época anterior vemos representadas con todo tipo de detalles escenas de asedio: hay escalas por las que los soldados trepan a las murallas, arietes protegidos por mamparas de cuero que socavan las piedras de los muros y también torres de varios

pisos desde las cuales los arqueros disparan a placer. (En segundo plano no faltan escenas de enemigos empalados. Los asirios no eran precisamente una ONG).

Puesto que los persas se convirtieron en sucesores de los asirios, resulta lógico pensar que heredaran de ellos también su poliorcética. En cambio, de lo que no hay constancia en época tan temprana es de armas de torsión para disparar proyectiles, como catapultas o escorpiones, ya que parece que se inventaron en Sicilia en el siglo iv. (Como siempre, hay que tratar con prudencia los silencios de la historia, por si algún día aparece una catapulta más antigua en algún yacimiento).

Sin embargo, no fueron las armas de asedio las que expugnaron Eretria, sino la traición, como había avisado Esquines. Dos ciudadanos abrieron las puertas a los persas, que éstos incendiaron los templos en venganza por lo de Sardes. En cuanto a los habitantes, Datis los retuvo prisioneros durante unos días en el islote de Egilia. Después, al final de la campaña, los deportó a Arderica, una aldea del Golfo Pérsico donde había pozos de petróleo al aire libre de los que se extraían diversos productos. Allí seguían morando en época de Heródoto y todavía conservaban su lengua.

No todos los eretrios, sin embargo, corrieron este destino: algunos debieron refugiarse en las montañas de la isla, ya que diez años más tarde Eretria participó con algunos barcos en la batalla de Salamina. Pero aquella ciudad, que había llegado a ostentar la talasocracia y a la que los persas decidieron atacar antes que a Atenas, ya nunca fue la misma.

Mientras se desarrollaban todas estas operaciones, a Atenas debían de llegar rumores, seguramente por barcos mercantes que arribaban al puerto de Falero (en aquel entonces apenas habían empezado las obras de acondicionamiento del Pireo). Unos días después de la toma de Eretria, la flota persa tomó tierra en Maratón, en el nordeste del Ática. ¿Por qué no desembarcaron directamente en la larga playa de Falero y atacaron la ciudad, igual que habían hecho con Eretria? Datis debía saber que en este caso se enfrentaría con más hombres, tal vez el triple de hoplitas que en Eretria, una cantidad suficiente para dificultarle el desembarco aunque gozase de superioridad numérica. Un ejército formado siempre tenía una gran ventaja sobre otro aún desorganizado, como se demostró casi trescientos años después en la batalla de Cinoscéfalos, donde el ala derecha del ejército romano atacó al flanco izquierdo del macedonio aprovechando que seguía en orden de marcha.

Maratón, más alejado de la capital, le ofrecía a Datis la posibilidad de un ataque tranquilo. Tenía una playa alargada, abrigada de los vientos gracias al largo

promontorio de Cinosura o «Cola de Perro» que la cerraba por su parte oriental -el mismo topónimo aparece en la isla de Salamina-. Entre la playa y los montes que la rodeaban se extendía una llanura, una de las mejores tierras cerealísticas del Ática, que ofrecía pastos y un campo adecuado para desplegar la caballería. No faltaba agua tampoco, gracias al gran pantano que ocupaba buena parte de la zona este.

Además, como ya hemos dicho, con Datis viajaba el ex tirano de Atenas. Hippias conocía bien Maratón, ya que había desembarcado allí medio siglo antes con su padre, cuando éste regresó precisamente de Eretria y marchó sobre Atenas para recuperar su puesto como tirano. En las comarcas del interior se les habían sumado tantos partidarios que Pisístrato pudo ganar con facilidad la batalla de Palene. Tal vez Hippias pensaba que en esta ocasión sucedería lo mismo y eligió Maratón para repetir aquel éxito. Pero se equivocó: la época de la tiranía había pasado en Atenas, y nadie acudió a rendir pleitesía al hijo de Pisístrato.

Heródoto cuenta una anécdota curiosa. Al desembarcar en Maratón, a Hippias, que ya era anciano, le dio un ataque de tos tan violento que un diente se le saltó y cayó a la arena, donde no pudo encontrarlo. El ex tirano interpretó que su diente ya había tomado posesión de la parte del Ática que a él le correspondía, y que su campaña estaba destinada al fracaso.

Cuando la noticia del desembarco llegó a Atenas, la asamblea de la ciudad votó una movilización general, y en lugar de aguardar al enemigo se decidió que había que salirle al encuentro. Una maniobra impetuosa, pero también lógica, cuyo inspirador pudo ser Milcíades. Si Atenas tenía murallas por aquel entonces, algo que no está muy claro, desde luego no eran tan sólidas como las que se construyeron después de las Guerras Médicas. Tampoco debían de ser suficientes para acoger a toda la población del Ática, más de 120.000 personas.' De haber aguardado al enemigo, los atenienses se habrían visto sometidos a un asedio y, aislados de sus puertos, no habrían tardado en pasar hambre.

Eso si algún traidor no abría las puertas de la ciudad, como había sucedido en Eretria. Era tan común que esto ocurriera que Eneas Táctico, tratadista militar del siglo iv, dedicó varios capítulos de su Poliorcética a explicar los trucos que los porteros o los guardias traidores utilizaban para abrir las puertas de las murallas. Se entiende así que en ocasiones, cuando los ánimos estaban divididos dentro de una ciudad, los griegos prefirieran correr el riesgo de combatir en campo abierto. Siempre se podía encerrar a los elementos dudosos entre la primera y la última fila de la falange, y en cualquier caso las conductas de cobardía o traición saltaban a la vista en la batalla (Christ, 2006).

Entre 9.000 y 10.000 hoplitas salieron de Atenas. Una cifra mucho más respetable de lo que pueda pensarse a priori, y que equivaldría a dos legiones romanas. Aparte, acompañaba a los hoplitas un número indeterminado de esclavos y soldados de infantería ligera.

Para llegar a Maratón, los atenienses recorrieron 42 kilómetros por el camino que transcurría junto a la costa este del Ática. Aunque existe otra ruta más corta, monte a través, no era apropiada para una columna de tantos hombres, cargados además con armas pesadas. Al mismo tiempo, los generales mandaron a Esparta a un hemeródromo o mensajero profesional, un tal Fidípides.'o

Fidípides cubrió los 250 kilómetros de distancia entre ambas ciudades en poco más de día y medio. Puede parecer una proeza imposible, pero lo cierto es que hoy día se celebra una prueba conocida como Spartathlon entre Atenas y Esparta, y los corredores cubren la distancia en torno a las veinticuatro horas. Aunque los métodos de entrenamiento, la alimentación y el equipo deportivo de hoy son muy superiores, tengamos en cuenta a cambio la capacidad de sacrificio de personas acostumbradas a una vida mucho más dura que la actual.

Hay un detalle en el relato de Heródoto que incluso le confiere más realismo. En el camino, Fidípides se encontró con Pan, el dios-chivo al que muchos siglos más tarde se identificaría con la imagen del diablo. Los corredores de ultramaratones como la Espartatlón cuentan que en las horas finales de las carreras la fatiga hace que a veces vean alucinaciones. Lógicamente, las de aquellos tiempos tomaban forma de epifanías o apariciones divinas. En nuestros días Fidípides habría salido en cualquier programa de televisión asegurando haber sido abducido por extraterrestres.

Una vez llegado a Esparta, Fidípides se presentó ante los éforos. Éstos le aseguraron que Esparta respetaría el pacto de defensa mutua firmado con Atenas... pero sólo después de la luna llena. Al parecer, los espartanos se hallaban en el mes carneo, llamado así porque se celebraban las Carneas en honor de Apolo, un típico festival dorio. Hasta que no terminaran, no podían involucrarse en ningún conflicto bélico para no contaminar la ciudad. Es de suponer que los atenienses, que llevaban su propio calendario con nombres de meses distintos de los dorios -ellos se encontraban en el mes de boedromión-, no tuvieron más remedio que aceptar lo que decían los espartanos y aguardar.

Mientras Fidípides regresaba a Atenas con la mala noticia, el ejército ateniense se había aposentado en la parte oeste de la bahía de Maratón, a cierta

distancia de los persas. Allí se reunieron con ellos los guerreros de Platea. Esta ciudad, situada en la comarca de Beocia, se había negado a formar parte de la confederación dominada por Tebas. Los atenienses les habían ayudado a mantener su independencia (como ya comenté a raíz de la triple invasión del Ática, a Atenas no les interesaba tener vecinos fuertes), y desde entonces ambas ciudades eran aliadas. Honrando el pacto, los plateos se presentaron con todos sus efectivos, unos 600 hombres. Varias fuentes hablan de 1.000, pero parece un número excesivo para una ciudad tan pequeña.

Durante varios días, los dos ejércitos enemigos se limitaron a vigilarse. Los atenienses permanecían en una zona de piedemonte en la que Datis no se atrevía a atacarlos, pues aquel terreno escabroso no era apropiado para usar la caballería; máxime cuando los caballos de la época no tenían herraduras. Por el contrario, los atenienses no se atrevían a abandonar su posición para combatir en la llanura, precisamente por temor a la caballería enemiga y a sus arqueros.

Pero por fin la batalla se libró el 12 de septiembre," una semana después. ¿Por qué tantos días de espera? Entre los diez generales griegos, uno por tribu, el más decidido al combate era Milcíades. Como ya hemos dicho, este personaje había gobernado como tirano en el Quersoneso de Tracia, donde al principio sirvió con fidelidad a Darío. Pero luego sus intereses habían chocado con los del Gran Rey y tuvo que huir a Atenas, donde sus conocimientos de primera mano sobre los persas le ganaron la estima de los ciudadanos, que lo votaron como general.

Al parecer, el mando se ejercía entre los generales de forma rotativa. Aunque también es posible que el llamado polemarcha o «magistrado de la guerra», que en época posterior desempeñaría funciones religiosas y no bélicas, en el año 490 aún retuviese mando efectivo sobre las tropas. Conocemos el nombre del polemarcha, Calímaco, y sabemos que además era campeón de atletismo, probablemente un hombre en la treintena.

Quizá Calímaco tuvo en Maratón un papel más importante del que la historia le reconoce. Sin embargo, para la posteridad el artífice de Maratón fue Milcíades. Según Heródoto, los demás generales, dominados por su fuerte personalidad, le fueron cediendo el mando los días en que les correspondía (Heródoto 6, 110). Pero Milcíades se negó a atacar a los persas hasta que le tocó el turno a él, algo que sucedió precisamente el día 12 de septiembre.

Esta razón tan homérica, que nada empaña su gloria, no parece muy convincente. Es mucho más lógico pensar que los atenienses se estaban limitando a

mantener el terreno a la espera de que llegaran los espartanos. Sin embargo, algo les hizo cambiar de opinión y atacaron antes. ¿Qué pudo pasar?

Recurriendo a textos posteriores a Heródoto¹² e interpretándolos, se abre una posible explicación. El día 11, la víspera de la batalla, los persas debieron de llevar a cabo una serie de maniobras, y por la noche unos desertores de raza jonía (el tráfico de desertores antes de las batallas era constante) informaron a los atenienses de que Datis había dividido a sus tropas y embarcado a la caballería.

¿Por qué esa división? Llegados a este punto muerto, los persas habrían pensado en atacar Atenas. Sabían que lo más granado de las tropas atenienses se hallaba en Maratón y que la guarnición que había quedado para defender la ciudad era débil. Al disponer de superioridad numérica, Datis incluso podía dejar parte de su ejército en Maratón para «clavar» a los hoplitas atenienses en el sitio. Mientras, la otra parte de las tropas persas saquearía Atenas.

En esta situación, a los atenienses sólo les cabía hacer una cosa: atacar a los persas que seguían en Maratón, a sabiendas de que seguían siendo más que ellos, tratar de vencerlos y luego acudir rápidamente a Atenas para llegar antes que los barcos que ya estaban zarpando. Como siempre, a toro pasado resulta fácil prever la historia. Pero hasta entonces los griegos nunca habían derrotado a los persas en campo abierto, de modo que el empeño de lanzarse contra ellos parecía una locura.

Si los griegos formaban con su despliegue habitual, en un fondo de ocho hombres, al estar en inferioridad numérica su frente sería bastante más corto que el persa. Eso significaba que podían ser flanqueados por ambas alas, el mayor temor de una falange de hoplitas. La falange era una formación muy eficaz para el choque frente a frente, pero no destacaba por su flexibilidad para maniobras laterales. De modo que Milcíades y los demás generales decidieron alargar el frente lo más posible. Para ello, no tuvieron más remedio que «adelgazar» la zona del centro, reduciendo sus líneas tal vez a cuatro hombres de fondo.

La tentación de ver un gran diseño táctico detrás de lo que ocurrió en Maratón es comprensible. Pero, como ya dejamos escrito en el capítulo relativo al arte de la guerra, el papel de los generales griegos era más reducido que el de sus homólogos modernos. Colocaban las tropas en el campo de batalla, arengaban a sus hombres, hacían sacrificios a los dioses y, sobre todo, animaban a los demás con su ejemplo, combatiendo en la primera fila. Una vez desatado el caos del combate, desde esa primera fila poco podían hacer por controlar las maniobras, o incluso por enterarse de lo que sucedía.

Lo que Milcíades debió decir a los hoplitas que formaban en el centro fue algo así: «Aguantad como podáis. Si a los batallones que luchan en los flancos les va bien, acudiremos en vuestro auxilio». Teniendo en cuenta que hablamos de una milicia ciudadana, no podríamos esperar más refinamientos tácticos de aquellos hombres.

Por fin, los atenienses marcharon contra el enemigo, que debía de estar situado en el centro de la explanada. Al llegar a unos doscientos metros de las filas persas, las primeras flechas habrían empezado a caer sobre ellos. Miles de flechas. Aparte de que pudieran llevar otras armas como lanzas, espadas o cuchillos largos, todos los soldados persas usaban arco y tenían una gran puntería. Por suerte para los griegos, sus flechas de caña no eran tan pesadas como las que usaban los míticos arqueros ingleses durante la Guerra de los Cien Años (es célebre el caso de un caballero blindado que quedó clavado a su montura por una saeta inglesa que los atravesó a ambos). Así, el escudo, el yelmo y la coraza de un hoplita normal podrían desviar la mayoría de los proyectiles.

¿Qué hicieron los atenienses al recibir la primera andanada de flechas? Fuese porque habían recibido esa orden de Milcíades o porque se trataba de la reacción más natural, arrancaron a correr. Según Heródoto, fueron los primeros entre los griegos que cargaron de este modo contra el enemigo. El historiador añade que la carrera fue de casi 1.500 metros: dejémosla en 200, y tengamos en cuenta que con los casi 30 kilos de impedimenta esa carrera debió de ser más bien un paso ligero.

Cuando los atenienses y sus bravos aliados de Platea llegaron al cuerpo a cuerpo con los persas, la batalla duró <(largo rato)», según Heródoto (6, 113). En realidad, parece que al impacto con la masa de los hoplitas las alas del ejército de Datis no aguantaron demasiado tiempo, y no tardaron en darse a la fuga. En cambio, los atenienses del centro se llevaron la peor parte y retrocedieron. Al menos así lo cuenta el historiador. En mi opinión, si las líneas de la falange se hubieran roto por el centro habría costado mucho recomponerlas. Uno de los problemas de esta formación tan rígida era que, una vez desperdigada, no volvía a reorganizarse con facilidad y la retirada se convertía más bien en desbandada. Por eso sospecho que lo que se produjo en el centro fue más bien una especie de empate, con persas y atenienses trabados a lanzazos en el sitio.¹³

Pero las alas izquierda y derecha griegas, tras derrotar a los persas y ponerlos en fuga, se cerraron sobre el centro en un movimiento de tenaza. Allí embolsaron a miles de enemigos, a los que masacraron en un anticipo de la maniobra que tiempo después llevaría a cabo Aníbal, a mayor escala, en la batalla de Cannas. Los persas

de los flancos huyeron. Muchos se ahogaron en el pantano -la natación no era el fuerte de los persas, gentes de interior-, pero otros consiguieron llegar a los barcos, botarlos y huir. La flota, parte de la cual ya debía de estar de camino, se dirigió hacia Atenas.

Los datos sobre los muertos de ambos bandos parecen increíbles: 192 hoplitas atenienses por más de 6.000 persas (Heródoto 6, 117). En cuanto a las bajas griegas, si el dato de Heródoto fuese mentira, cualquier ateniense que escuchara una de las lecturas públicas de su obra podría haberle puesto la cara colorada. Como ya hemos comentado en otro capítulo, durante la primera fase de una batalla no se producían demasiadas bajas.

El número de muertos persas parece desproporcionado. Sin embargo, hay un dato curioso: los atenienses prometieron sacrificar a la diosa Ártemis tantas cabras como enemigos abatieran. Pero los persas muertos resultaron tantos que hubo que repartir ese sacrificio a lo largo del tiempo, de modo que se instituyó un rito anual, en el mes de boedromión, en el que se mataban cientos de cabras en honor de Ártemis Agrotera.

Existe una tradición posterior, según la cual el corredor Fidípides recorrió a toda velocidad los 42 kilómetros que separan Maratón de Atenas, llegó al Ágora, anunció «¡hemos vencido!» y murió en el acto. Parece un embellecimiento posterior de los hechos. En realidad, fueron los propios hoplitas atenienses quienes, en un esfuerzo sobrehumano, regresaron a marchas forzadas a la ciudad el mismo día en que habían combatido y se convirtieron en emisarios de su propia victoria. Cuando la flota persa arribó al puerto de Atenas, Datis, que aún debía de tener casi 20.000 hombres, se encontró con que los soldados atenienses ya estaban allí esperándolo. Un desembarco en esas circunstancias habría resultado muy arriesgado, así que desistió de atacar Atenas y se retiró.

Al día siguiente de la batalla, un contingente de 2.000 espartanos se presentó en Atenas. Tarde, pero habían hecho un esfuerzo meritorio para llegar allí marchando a toda velocidad. Visitaron el campo de batalla, contemplaron a los persas muertos y estudiaron su equipo, tomando nota para futuras contiendas. Después felicitaron a los atenienses -seguro que con cierta condescendencia- y se marcharon.

Desde el punto de vista persa, Maratón debió de ser un revés relativamente menor. Incluso si las más de 6.000 bajas fueron reales, el imperio, con sus vastos recursos, podía permitirse esa sangría. A cambio, Datis había saqueado las Cícladas

y destruido una de las dos ciudades que habían desafiado el poder real, y se llevaba abundante botín y un buen número de prisioneros.

Al menos, podemos imaginarnos a Datis diciéndole esto al Gran Rey para convencerle de que la expedición había sido prácticamente un éxito, con el mismo desparpajo con que un candidato derrotado se presenta ante los suyos en la noche electoral. Ya es más dudoso que alguien tan inteligente como Darío se dejara persuadir. De hecho, no debió quedar tan contento de las prestaciones de su vasallo cuando decidió preparar otra expedición más contundente para ajustarle las cuentas a Atenas de una vez por todas. A Datis, por cierto, no se le vuelve a mencionar en esta historia.

Pero, como suele ocurrir con los equipos de fútbol humildes cuando eliminan en la Copa del Rey al Real Madrid o al Barcelona, aunque éstos jueguen plagados de suplentes, la inyección de autoestima para los atenienses fue enorme. Un ejemplo: en su epitafio, el gran dramaturgo Esquilo no mencionó las tragedias que le hicieron ganar tantos premios en los festivales de Dioniso, sino su participación en la batalla de Maratón, de la que, desde el punto de vista ateniense, bien se podría haber aplicado la frase de otro ilustre literato que participó en «la más grande ocasión que vieron los siglos».

EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Darío no pudo insistir en la conquista de Grecia. Aunque sus planes de expansión seguían adelante, murió en el año 486. Le sucedió en el trono su hijo Jerjes (Xsayaársá), al que prefirió a otros candidatos probablemente no sólo por aptitudes personales, sino porque era nieto de Ciro, lo que le confería más legitimidad. Recordemos que ésta había sido una de las grandes preocupaciones de Darío durante su reinado.

Jerjes debía tener algo más de treinta años cuando llegó al trono, un hombre en la plenitud de la edad. El arte persa lo representa alto y apuesto, sea cierto o no. Desde luego, no tenía nada que ver con la caricatura de 300: llevaba una barba larga y rizada, y no parece que fuera aficionado a los piercings. En general, en la literatura y en el cine se le ha tratado con bastante desdén y se le ha representado o bien débil, o inepto, o cobarde, o malvado, o todo a la vez. El propio Heródoto lo presenta por un lado magnánimo y hasta compasivo, y por otro propenso a la soberbia y a arrebatos de cólera que lo llevan a cometer actos de crueldad.

Un ejemplo extraído de las Historias: cuando Jerjes salió de Sardes con su

ejército, se presentó ante él Pitio, un noble lidio que había ofrecido casi cuatro millones de daricos para sufragar la campaña contra Grecia. Complacido, el Gran Rey lo honró con su amistad, en vez de aceptar su dinero le concedió nuevas riquezas y además le permitió que le solicitara un favor. Pitio, que tenía cinco hijos, todos ellos enrolados en la expedición, pidió que se eximiera de servicio sólo a uno, el mayor. Jerjes, que acudía a la guerra con toda su familia, montó en cólera y ordenó que cortaran en dos pedazos al primogénito de Pitio. Después hizo que pusieran una mitad a cada lado del camino, y el ejército desfiló en medio (Heródoto 7, 39).

¿Estamos ante un relato verídico o una calumnia contra Jerjes? Hay algo de real, puesto que desfilarse entre los restos de una víctima sacrificada era un ritual propiciatorio y de expiación. Pero, sobre todo, la anécdota retrata psicológicamente al personaje tal como quiere Heródoto: un bárbaro sujeto a pasiones tempestuosas y contradictorias, muy lejos de la moderación y prudencia propias de los griegos.

Entre los pocos que tratan con justicia a Jerjes está el escritor norteamericano Gore Vidal en su novela *Creación*. A cambio, muestra un gran desprecio por los griegos y, sobre todo, por Heródoto, al que por boca de sus personajes acusa constantemente de mentiroso. Aunque sea un ardid literario, no me parece del todo limpio considerando que Heródoto es prácticamente su única fuente para lo relativo al Imperio persa. Está bien ser revisionista, pero con todas las consecuencias.

Lo cierto es que el éxito ha justificado a muchos personajes ante la historia, y Jerjes no lo alcanzó. De haber triunfado, tal vez se lo consideraría una especie de Alejandro Magno, que realizó el trayecto a la inversa, cruzando de Asia a Europa, y que también se enfrentó con grandes desafíos logísticos.

Jerjes tardó un tiempo en preparar la gran invasión de Grecia. Aunque las fuentes persas lo silencian, parece que entre la muerte de Darío y el ascenso al poder de Jerjes se rebelaron Egipto y Babilonia, las provincias más ricas del imperio. Ambas revueltas fueron aplastadas y, posiblemente, Jerjes tomó represalias en los dos casos. Sobre todo en el de Babilonia: ciertas fuentes afirman que destruyó la estatua de Marduk y también su templo y la mítica torre de Babel, Etemenanki. En el caso de la torre, quizá se limitó a causar algunos destrozos en ella. El estado de ruina en que tiempo más tarde la encontró Alejandro pudo deberse más al abandono que a otro motivo.

También es posible que Jerjes se tomase más en serio que su padre la religión

monoteísta de Ahuramazda, y que por eso suprimiese ciertos privilegios de los cleros de Egipto y Babilonia. Si era así, estaría presagiando el celo religioso de los futuros monarcas Sasánidas.

En cualquier caso, una vez sofocadas las revueltas, Jerjes emprendió los preparativos para una nueva guerra; preparativos que quizá ya había puesto en marcha su padre. Algunos eran tan ambiciosos que desde el punto de vista griego debían parecer desaforados, y por eso los atribuían a la megalomanía de Jerjes.

Por ejemplo, para evitar que se repitiera el naufragio de la flota de Mardonio en el monte Atos, Jerjes ordenó que se excavara un canal al norte, en la parte más estrecha de la península. Por este cauce debían pasar los barcos, esquivando las tempestades del promontorio. Un proyecto que podríamos llamar faraónico, pero razonable: mejor anticipar esfuerzos antes que lamentar pérdidas de barcos después. Se han encontrado restos del canal, que tenía hasta 30 metros de anchura, y también daricos de oro que debieron servir para pagar a los trabajadores.

También se prepararon depósitos de alimentos para cuando llegara el grueso del ejército. En ellos habría grano, seguramente, y también cecina en abundancia. Según un fragmento de Teopompo, en una expedición posterior del emperador Artajerjes III las pilas de carne salada eran tan grandes que parecían colinas (citado en Burn, 1984, p. 319). Y la campaña de Jerjes no fue en nada inferior a la de Artajerjes.

Para cruzar el Helesponto, el estrecho de mar que separa Asia de Europa, Jerjes ordenó a sus súbditos egipcios y fenicios que tendieran dos puentes de barcos. El procedimiento era juntar éstos a lo largo -técnicamente, «abarlos»-, unirlos por medio de gruesos cables de papiro y de lino que iban de orilla a orilla, y tender por encima una larga pasarela de madera con suelo de ramaje y tierra. Emplearon más de 700 barcos, es de suponer que más viejos que los que formaban parte de la flota de combate.

Antes de que llegara el ejército, una tempestad rompió los cables y dispersó las naves. Heródoto cuenta que Jerjes hizo ejecutar a los ingenieros jefes y ordenó que azotaran al mar con 300 latigazos y arrojaran al agua un par de grilletes como símbolo de que hasta las aguas se sometían al Gran Rey (Heródoto 7, 35). Quizá lo que él consideró un gesto megalómano era una ceremonia religiosa que los griegos no supieran interpretar.

El caso es que los puentes se reconstruyeron y, llegado el momento, los

persas cruzaron por ellos. Se trataba de un sistema muy bien pensado. Habría sido mucho más lento pasar de Asia a Europa embarcando contingentes una y otra vez que hacerlo en una columna continua, ya que esas costas no ofrecían grandes lugares de desembarco donde anclar a la vez más de 1.000 naves. Además, en la expedición había mulas, bueyes y camellos de carga, con lo que era mucho menos engorroso hacerlos marchar por aquella especie de carretera.

La cuestión más polémica de la expedición es la del número. Heródoto da unas cifras inverosímiles: 2.640.000 combatientes, más otros tantos entre asistentes y acompañantes (Heródoto 7, 60 y ss.). No creo que para sus oyentes y lectores ese número, para ellos inconcebible, significara nada más que «innumerables». Como señaló hace ya mucho el escéptico historiador militar Hans Delbrück, la retaguardia de un ejército así aún estaría saliendo de Sardes cuando la vanguardia llegase a Atenas (Delbrück, 1990, p. 35). A partir de tamaña imposibilidad, los historiadores han barajado cifras diversas. 120.000 sería un número verosímil. Lo bastante grande para infundir espanto entre los griegos... y también para causar problemas logísticos y explicar que, tras unos meses de campaña, Jerjes y su general Mardonio decidieran reducir este contingente a la mitad.

Heródoto añade una descripción pormenorizada del vestuario y armamento de cada uno de los pueblos que formaban parte de la expedición. Entre los más llamativos están los etíopes, con lanzas rematadas con cuernos de gacela y la mitad del cuerpo pintada de blanco con yeso y la otra de rojo con minio. En su lista, el historiador enumera 61 pueblos diferentes. Si en la expedición había sólo 120.000 hombres, y el grueso eran tropas de confianza iránias persas, medos y sacas-, esos contingentes tan abigarrados que nos muestra Heródoto serían en parte testimoniales. Con ellos Jerjes pretendería demostrar que se trataba de una empresa de todo el imperio y a la vez apabullar a los griegos con la grandeza del enemigo que se les venía encima.

Aún habría una tercera razón que no suele tomarse en cuenta. Cuando el soberano estaba lejos, los súbditos del imperio tenían la molesta costumbre de rebelarse. Sospecho que entre todos esos contingentes viajaban muchos miembros de las familias de élite que gobernaban las provincias del imperio, y que si acudieron a Grecia fue como rehenes para garantizar que sus parientes se comportaban bien en casa.

En cuanto al número de barcos, Heródoto da 1.207 trirremes. Como J. E. Lazenby señala, «es mucho más fácil contar barcos que hombres», así que tal vez aquí nuestro historiador no andaba tan descaminado (Lazenby, 1993, p. 94). Incluso

así, se antoja un número excesivo de barcos de guerra, y habría concedido a Jerjes una superioridad aplastante sobre los griegos, que no llegaron a poner en el mar ni siquiera 400. Curiosamente, Heródoto habla de dos tormentas, una en Magnesia y otra en la costa este de Eubea, que destruyeron 600 naves. Según él, esas tempestades se debían a que los dioses querían igualar la contienda. Más razonable parece suponer que si había unos 1.200 barcos en la flota, cerca de la mitad fueran naves de transporte, y «tan sólo» hubiese 600 trirremes. Una cifra más que respetable, que sumada a la del ejército otorgaba a Jerjes una superioridad más que suficiente por tierra y por mar.

LA SITUACIÓN EN ATENAS

¿Qué se cocía en Atenas mientras tanto? Durante los diez años de entreguerras continuaron las tensiones y las reformas políticas que acercarían el régimen creado por Clístenes a la democracia radical de las décadas posteriores. En el año 487 los magistrados conocidos como arcontes empezaron a elegirse por sorteo, a la vez que se les despojó de bastantes atribuciones. Como ejemplo, el papel militar del polemarcha, que quizá en Maratón todavía era importante, como hemos señalado al hablar de Calímaco, se redujo tanto que Heródoto ya no menciona más a este magistrado durante el resto de la guerra.

Durante esta década entre Maratón y la gran guerra, una figura se agigantó poco a poco en Atenas: Temístocles. Hijo del ciudadano Neocles y de una mujer extranjera, sus actuaciones demuestran que no debía pertenecer a la aristocracia más rancia de Atenas. El hecho de que volcara toda su política hacia la flota y los intereses que parecía tener en el Mediterráneo occidental -llamó a dos de sus hijas Síbaris e Italia, por ejemplo- nos habla de un hombre viajero, acaso con intereses personales en el comercio marítimo. Algo que estaba muy mal visto por los aristócratas.

En general, los historiadores actuales están de acuerdo en que las fuentes clásicas son bastante hostiles con Temístocles. Por ejemplo, Heródoto atribuye algunas de sus decisiones más importantes al consejo de otras personas, y muchas veces silencia sus actuaciones. Su biógrafo Plutarco, aunque demuestra cierta admiración por él, no se priva de incluir todas las calumnias que corrían en su contra y deja bien claro que prefiere a sus rivales, los aristócratas Aristides y Cimón.

Sin embargo, el papel de Temístocles en las Guerras Médicas debió de ser tan señalado que ni siquiera la historiografía posterior, en su mayoría ría de tendencias más bien poco democráticas, se atrevió a ningunearlo del todo. El retrato más

positivo es el que hace de él Tucídides en el libro 1 de su obra:

[...1 era el mejor para tomar decisiones instantáneas sin apenas tiempo para meditar, y a la vez quien preveía con más exactitud lo que iba a suceder en el futuro. Sabía explicar los asuntos que se traía entre manos, e incluso era capaz de jugar correctamente aquellos de los que no tenía experiencia [...1. En suma, por su talento natural y por lo poco que tardaba en aprender, Temístocles fue el mejor a la hora de improvisar lo necesario (Tucídides 1, 138).

Entre Maratón y la invasión de Jerjes, los principales cabecillas de la aristocracia fueron desapareciendo de la circulación poco a poco y dejaron el campo libre para que Temístocles pudiera llevar a cabo sus ambiciosas reformas navales. ¿Cómo se desembarazó de ellos?

Recurriendo al ostracismo.

Hoy, a la mayoría de la gente esta palabra le sugiere la situación de un jugador de fútbol que se enfrenta con su entrenador o su directiva y al que condenan al aislamiento y, en el mejor de los casos, a sentarse en el banquillo. Algo de aislamiento había en el auténtico ostracismo, pero más drástico. La persona castigada tenía que marcharse de Atenas en un destierro que no comportaba confiscación de bienes ni pérdida de otros derechos, pero que duraba diez años.

El ostracismo se denominaba así por el material que se utilizaba para votar: óstrakon, un trozo de cerámica rota, el material de escritura más abundante y barato en Atenas. Los atenienses raspaban el nombre de los «agraciados». Un procedimiento así supone un importante grado de alfabetización entre los ciudadanos. Pero no hay que exagerarlo. Se han encontrado numerosos ejemplares de óstraka, escritos con la misma caligrafía. Así que nos imaginamos a los partidarios de Temístocles en un extremo del Ágora, repartiendo óstraka con el nombre de su rival Arístides, mientras que los partidarios de Arístides y los nobles hacían lo mismo por el otro lado. ¿Les regalarían también un bocadillo?

Cuando se recontaban los óstraka, el ciudadano que recibía más votos tenía diez días de plazo para abandonar la ciudad. Todo ello, sin alegar ninguna razón, aunque sin duda la había. Los ciudadanos ostraquizados (pido disculpas por el palabro, pero resulta útil) eran líderes políticos influyentes y enfrentados con otros. Al quitarlos de en medio, se evitaban los conflictos entre ellos. Hablamos de algo más que palabras: cada líder tenía sus partidarios, y en la política antigua las facciones llegaban fácilmente a las manos y a las armas. En el caso de la isla de

Corcira, por ejemplo, durante la Guerra del Peloponeso se llegó a un conflicto civil en el que se produjeron auténticas atrocidades.

En general, Atenas se había visto libre de estas guerras y siguió así (la Tiranía de los Treinta, a finales del siglo v, fue una excepción de la que hablaremos en su momento). Pero esta extraña institución del ostracismo evitó que los enfrentamientos entre líderes y partidarios se enzarzaran más, hasta llegar a la violencia. En aquel momento, con la amenaza persa en el horizonte, Atenas necesitaba unidad.

El primer ostraquizado, en el año 487,14 fue Hiparco, de la familia de los Pisistrátidas. Le siguieron un Alcmeónida, Megacles, y Jantipo, el padre de Pericles. La lucha más encarnizada debió de producirse en el 483, año en que se desterró a Arístides. Hay una anécdota de Plutarco que, sea o no cierta, resulta reveladora (Arístides 7). Un campesino analfabeto le dio su óstrakon a Arístides y le pidió que escribiera un nombre en él. «¿Cuál, buen hombre?». «Arístides, hijo de Lisímaco». Sorprendido, Arístides preguntó: «¿Qué te ha hecho ese tal Arístides?». «Nada. Ni siquiera lo conozco. Pero me repatea que todo el mundo ande llamándolo "el Justo"». Para que veamos que, pese a lo que dijo Gracián en el Criticón, la envidia no es monopolio de España.

Por cierto, Arístides, demostrando que se merecía el apodo, escribió su nombre en el óstrakon y se lo devolvió al campesino sin decir esta boca es mía.

Poco a poco, como vemos, Temístocles iba despejando de piezas el tablero. Ya en el año 493 había sido arconte epónimo, en una época en que éstos aún conservaban cierta influencia. Parece que fue entonces cuando propuso emprender obras de acondicionamiento en el Pireo. Los atenienses utilizaban la alargada playa de Falero, que resultaba cómoda, pero no se hallaba tan resguardado de los vientos ni podía fortificarse. En cambio, el Pireo, con sus tres ensenadas -Muniquia, Zea y Cántaro-, era un lugar más prometedor. A cambio, requería mucho trabajo y dinero.

En el año 483 se descubrieron nuevas vetas de plata en las minas de Laurión, situadas al sureste de Atenas. Allí llegaron a trabajar hasta 10.000 esclavos a la vez, en el destino más duro para ellos. Con un cinismo supongo que involuntario, Plutarco comenta que el general Nicias tenía arrendamientos en esas minas, y que era un negocio «no exento de riesgos», puesto que los esclavos morían con frecuencia. Los riesgos, por supuesto, eran para el explotador: Plutarco ve a los esclavos aquí como una simple inversión (Nicias 4).

El primer impulso de los atenienses fue repartirse la plata a razón de 10 dracmas por cabeza, como una especie de paga extra. Temístocles propuso que los ingresos extra se emplearan en modernizar la flota hasta alcanzar los 200 trirremes. No habló de la amenaza de Persia: los atenienses se habían vuelto algo bravucones después de Maratón y no acababan de creerse que Jerjes viniera a por ellos. Así que puso como excusa a Egina, la isla rival de Atenas que en los días de buena visibilidad se veía desde la ciudad y a la que denominaban «la legaña del Pireo». Egina era rival comercial de Atenas, y sus naves dominaban el mar, en particular las aguas del golfo Sarónico. El comercio naval de la época a veces se confundía con la piratería: podemos imaginarnos a barcos atenienses y eginetas haciendo campañas de corso unos contra otros.

Con el tiempo, Atenas se convertiría en una potencia naval, pero de momento las propuestas de Temístocles suscitaban bastante oposición. Entre los nobles existían prejuicios contra cualquier actividad económica que no fuera la agricultura -practicándola como terratenientes, claro-, y entre las clases medias y humildes había muchos que vivían en la zona del interior y a los que el mar no les interesaba. Sin embargo, las ideas de Temístocles acabaron prevaleciendo, y las naves se construyeron.

Esto no debió de ocurrir de la noche a la mañana, y es de suponer que mientras el ejército de Jerjes se acercaba, los astilleros de Atenas seguían fabricando flamantes trirremes. Había otro problema: adiestrar a las tripulaciones. Cada barco llevaba unos 200 hombres a bordo, de los cuales 170 eran remeros, y los demás se repartían entre marineros y hoplitas de cubierta o epibátai. Para equipar una flota de 200 barcos hacían falta 40.000 hombres, y a lo sumo había en Atenas 30.000 ciudadanos varones. Lo que significa que era imprescindible recurrir a esclavos y a extranjeros para empuñar el remo.

En cuanto al dominio de las tácticas navales, sólo se adquiriría con el tiempo. Durante los dos o tres años anteriores a la invasión, los atenienses tuvieron que convertirse en marineros a toda prisa, pero los milagros son imposibles; como luego veremos, los fenicios y egipcios los superaban en pericia. Es posible que en esta época Temístocles mediara en un conflicto entre la isla de Corcira y Corinto, su antigua metrópolis, y que aprovechara esta ocasión para hacer prácticas con la nueva flota.

MOVIMIENTOS DIPLOMÁTICOS Y MILITARES

Estaba claro que una ciudad sola no podría enfrentarse al poderío de Jerjes.

Ni siquiera la coalición de Esparta y Atenas: necesitaban más estados. Probablemente, los persas pensaban que la campaña iba a ser como en otros lugares del imperio, donde se luchaba aldea por aldea o ciudad por ciudad, y era raro que los pueblos que querían conquistar se uniesen en estructuras organizadas. Pero los griegos ya empezaban a crear entidades por encima del nivel de la polis, como la Anfictiónía de Delfos o la Liga del Peloponeso.

No obstante, ninguna de estas dos organizaciones servía para la amenaza que se les venía encima. Delfos habría sido el lugar perfecto para aglutinar las voluntades de los griegos, pero tenía un pequeño problema: se había vendido al oráculo. Heródoto nunca lo llega a decir con esa brutalidad descarnada. Pero deja bien claro que a la hora de la verdad, cada vez que una ciudad consultaba a la Pitia qué debía hacer ante la invasión, la desanimaba con profecías casi apocalípticas. A los espartanos, por ejemplo, les contestó:

SPECIAL_IMAGE-page0299

En cuanto a los atenienses, los amenazaba con peligros aún peores:

SPECIAL_IMAGE-page0300

El oráculo, que luego intentó lavar su imagen, lo cierto era que estaba sembrando el desánimo. En cuanto a la Liga del Peloponeso, tampoco servía, para aglutinar a los griegos porque en realidad no era tal liga, sino una serie de pactos bilaterales firmados entre Esparta y cada uno de sus miembros por separado. Era necesario crear una nueva alianza, y se hizo en el istmo, en un santuario panhelénico consagrado al dios Poseidón.

Allí se reunieron unas treinta ciudades. Una cifra exigua si tenemos en cuenta la cantidad de polis que había en Grecia; pero ya muchos estados y pueblos tribales habían entregado a Jerjes la tierra y el agua, mientras que otros jugaban a dos bandas, esperando acontecimientos. Entre estos últimos estarían los tebanos. Cuando llegó el momento, Tebas se entregó de brazos abiertos a Jerjes, pero antes de eso envió un contingente a las Termópilas. Lo más seguro es que los propios tebanos estuvieran divididos: la facción oligárquica apoyaría la rendición y la democrática la resistencia. Debates de ese tipo debieron de reproducirse en muchas ciudades.

En cualquier caso, quienes estaban dispuestos a resistir renunciaron a todas sus guerras internas. El conflicto entre Atenas y Egina, que llevaba enconado largos

años, se dejó en suspenso. También hicieron el voto solemne de que, si conseguían la victoria ante los persas, consagrarían al dios de Delfos la décima parte de los bienes de aquellas ciudades y pueblos que se habían rendido a Jerjes.¹⁶ Tiene su gracia que el oráculo, que tan poco estaba haciendo por fomentar la resistencia, se llevara un potencial botín, pero tal era el prestigio de Delfos.

El mando supremo de la recién creada alianza recayó en Esparta, que hizo valer su supremacía en la Liga del Peloponeso. Ahora bien, desde el principio estaba claro que había que oponerse a Jerjes también por mar, ya que la invasión persa era anfibia. Lo lógico habría sido que Atenas comandara la flota aliada. Sin embargo, otros estados desconfiaban de los atenienses, de modo que Temístocles renunció al mando a favor del espartano Euribíades. Las relaciones entre ambos fueron muy tirantes: Euribíades era el almirante, pero Esparta tenía 10 tristes barcos, e incluso sumando todos los del Peloponeso no llegaba a 80. En cambio, Atenas llegó a poner en liza hasta 180 trirremes a la vez. Era obvio que Euribíades tenía que hacer más caso del que habría deseado a Temístocles.

La Liga de Corinto -es la forma convencional de llamarla- se llevó pronto sorpresas desagradables. Varios estados que habían prometido su apoyo se fueron retirando. Creta, aduciendo la excusa del oráculo, renunció a participar: sus trirremes y sus afamados arqueros, los únicos griegos que podían hacerles la competencia a los persas en ese campo, habrían venido muy bien a la causa. Corcira prometió nada menos que 60 barcos, pero igual podría haber prometido 600: jamás llegaron. Los argivos dijeron que si no compartían el mando con los espartanos, no había nada que hacer (habría que ver cuántos hoplitas habrían podido aportar: tardaron una generación entera en recuperarse tras la paliza que les habían dado los espartanos en Sepea).

El tirano de Siracusa, Gelón, les ofreció 200 trirremes, 20.000 hoplitas y tropas de apoyo, con la condición de que se le otorgara el mando supremo de las operaciones. Esparta se negó y es probable que Atenas hiciera lo mismo. Los espartanos desconfiaban de la tiranía por ser demasiado moderna; los atenienses, por ser demasiado antigua. Pero aunque hubiesen aceptado, jamás habrían recibido la ayuda prometida, pues Gelón se vio envuelto en una guerra con Cartago que acabó, como ya vimos, con la victoria del tirano en la batalla de Hímera. Sobre la supuesta colaboración entre Persia y Cartago, ya expresé mi opinión: es muy verosímil que se hubiesen puesto de acuerdo, porque no estamos hablando de coordinar operaciones día a día, sino tan sólo de lanzar una ofensiva el mismo año.

Una vez hechas las sumas y, sobre todo, las restas, los recursos de los aliados

griegos eran más o menos éstos: entre 35.000 y 40.000 hoplitas para el ejército de tierra, más un número indeterminado de infantería ligera, y un máximo de 380 trirremes. Pero ambos recursos eran incompatibles. Para equipar todos los trirremes con remeros, marineros y combatientes de cubierta harían falta más de 70.000 hombres, que sólo se podían conseguir si una parte se sustraía del ejército terrestre.

Las reuniones de la Liga debieron sucederse durante todo el invierno de 481 y la primavera de 480. Para cuando empezó a mejorar el tiempo, el ejército de Jerjes se puso en marcha desde Sardes hacia los pontones de barcos preparados en el Helesponto. En ese momento, los aliados griegos enviaron un ejército de 10.000 hombres al norte, mandado por Temístocles y un general espartano llamado Evéneto. Su objetivo era el paso de Tempe, situado entre las laderas del monte Olimpo y el Egeo. Teóricamente, cuando Jerjes quisiera pasar de Macedonia -que era vasalla suya- a Tesalia, tendría que atravesar ese lugar. Como era bastante angosto, su superioridad numérica no le serviría de mucho.

En realidad, no creo que llegaran a ser 10.000 hombres, pues por la forma en que actuó Temístocles parecía tratarse más bien de una fuerza de reconocimiento. Tempe no convenció a los griegos por varias razones. En primer lugar, aunque por tierra era estrecho, se hallaba junto a mar abierto, y allí la flota aliada corría el peligro de verse rodeada por la de Jerjes. En segundo lugar, lo que dejaban al sur no era exactamente territorio amigo: entre los tesalios existía división de opiniones sobre la guerra, y al final acabaron rindiéndose a los persas. Por último, al otro lado del monte Olimpo había más posibles pasos para el ejército de Jerjes. De hecho, la expedición persa se dividió en varias columnas de marcha desde el principio, y algunas de ellas entraron en Grecia por el interior, dejando el monte Olimpo al este.

De modo que, mientras Jerjes cruzaba su fastuoso puente de barcos en el Helesponto, los griegos se retiraron de Tempe y buscaron otra posición defendible. Durante el principio del verano, los persas avanzaron por Tracia, y Jerjes llevó a cabo una revista general de sus tropas en la ciudad de Dorisco. Después, el ejército y la flota volvieron a reagruparse en Macedonia, último lugar aliado antes de girar hacia el sur e internarse en Grecia.

Mientras, la Liga de Corinto había encontrado el lugar que buscaba, si es que no lo tenía decidido incluso antes de la fallida expedición al Olimpo. Para pasar de Tesalia a la Grecia central había que atravesar un desfiladero situado entre las escarpadas faldas del monte Eta y el mar. Allí había unas fuentes donde se contaba que Heracles, torturado por el veneno de la Hidra, se había bañado intentando

refrescarse. Lo único que consiguió fue que el calor de su piel pasara al agua. Las fuentes todavía conservaban dicho calor, la característica que daba su nombre al lugar. Se trataba de las célebres Termópilas, las «Puertas Calientes».

Además, al este de las Termópilas se encontraba el extremo septentrional de la isla de Eubea. A unos 70 kilómetros de distancia había un estrecho llamado Artemisio por donde la flota persa tendría que pasar entre el continente y Eubea si quería seguir hacia el sur. En teoría, los barcos de Jerjes podían esquivar Artemisio, dejar la isla de Eubea a la derecha y circunnavegarla por su parte este. Pero aquella costa era más escarpada, apenas ofrecía puertos naturales y además los vientos típicos del verano, los etesios, tendían a empujar las naves contra los acantilados.

Heródoto cuenta que Jerjes envió 200 barcos por esta ruta y que se perdieron todos en una tempestad (Heródoto 8, 6). Me temo que aquí confundió algunos datos. Alguien le dijo: «Si Jerjes hubiese enviado sus barcos por aquí, podría haberlos perdido en una tormenta», y por otra parte el mismo Heródoto se dio cuenta de que los 1.200 trirremes que según él traían los persas nunca habían llegado a luchar en Salamina... porque en realidad eran más bien la mitad. Así que en su narración empiezan a aparecer tormentas, que tal vez se produjeron, pero que no debieron de tener efectos tan desastrosos sobre la flota persa como Heródoto asegura (es la opinión generalizada entre los historiadores).

Así pues, la flota griega, con algo menos de 300 barcos," se apostó en Artemisio, esperando a que los persas apareciesen. Mientras, Leónidas y sus hombres tomaron posiciones en las Termópilas.

LAS TERMÓPILAS

De niño vi *El león de Esparta* y me fascinó. ¡Qué final tan épico! Por aquel entonces, no estaba acostumbrado a ver películas en que los personajes morían y pensé que aquello era un marchamo de calidad. Por eso, cuando escribí mi primera novela, que era de romanos, acabé con todos los protagonistas menos uno, que quedaba vivo para enterrar a los demás (tenía 10 años: con una novela tan sangrienta, en esos tiempos, me habrían llevado a un psicólogo y a mis padres a la cárcel).

La película se mantiene bien, pese a los años. *El león de Esparta* inspiró a Frank Miller para crear el cómic *300*, y de éste salió la película que ha vuelto a poner de moda a los espartanos. Las Termópilas también han originado, entre otras novelas, *Las puertas de fuego* de Steven Pressfield. Magnífica como novela, pero en

lo histórico hay que tomarla con cierta precaución, pues para reforzar el tono épico acepta prácticamente las inverosímiles cifras que ofrece Heródoto y da a los enfrentamientos que se produjeron en el desfiladero una magnitud que probablemente no tuvieron.

¿Cuántos hombres defendieron las Termópilas? Leónidas disponía en total de 7.000 soldados. De ellos, había 4.000 peloponesios, 1.100 beocios entre tespios y tebanos, unos 1.000 focidios y el resto locrios. Ahora bien, en el contingente del Peloponeso formaban unos 1.000 lacedemonios, de los cuales sólo 300 eran auténticos ciudadanos espartiatas. ¿Por qué tan pocos?

Ya hemos visto que Esparta era muy reacia a arriesgar a sus ciudadanos de primera clase fuera de su territorio. Su hegemonía en Laconia y Mesenia dependía de que su clase de élite se mantuviese dentro de cierto número, pero también sabemos ya que la reducción en la cantidad de ciudadanos era inexorable por causas económicas que los espartanos seguramente no conocían lo suficiente como para corregir. Los ilotas, sobre todo los de Mesenia, no vacilarían en rebelarse si un número sustancial de sus amos abandonaba el Peloponeso. Si eso significaba que toda Grecia caía en poder de los persas, ¿qué más les daba a ellos? El yugo de Jerjes no podía ser tan pesado como el de los espartanos.

El motivo que alegó Esparta para no enviar a más ciudadanos fue que estaban celebrando las Carneas en honor de Apolo. Es la segunda vez que mencionamos esta fiesta, después de Maratón. Pero, en realidad, Heródoto sólo dice que los espartanos no acudieron a tiempo a Maratón por razones religiosas relacionadas con el plenilunio; son los historiadores actuales quienes han deducido que en esa ocasión la causa de los escrúpulos espartanos fueron también las Carneas.

En teoría, no hay que subestimar la importancia de los festivales ni de la religiosidad griega. En ese mismo verano se estaban celebrando los juegos Olímpicos y había muchos griegos participando, como si la invasión que avanzaba por el norte no fuese con ellos. Pero el verano era también la temporada bélica, y la guerra representaba la auténtica profesión de los espartanos. Décadas más tarde, veremos a Esparta embarcada en campañas estivales contra Atenas durante la Guerra del Peloponeso, y las Carneas no se vuelven a mencionar. ¿Acaso decidieron cambiar estas fiestas a fechas más oportunas, tal vez al invierno?

Por otra parte, muchos historiadores piensan que esos 7.000 hombres, incluidos los 300 de Leónidas, eran suficientes para las Termópilas, y que los

espartanos se habían implicado en serio en la defensa de Grecia. Ahora bien, en Artemisio tan sólo aportaban 10 barcos, y dudo siquiera de que las tripulaciones fuesen de auténticos espartanos.

Es cierto que Atenas no llevó hombres a las Termópilas, pero tenía 180 trirremes en la flota, y para equiparlos hacían falta casi 40.000 hombres. Todo su cuerpo ciudadano estaba en Artemisio, y seguramente parte de sus esclavos y de los metecos domiciliados en la ciudad. En mi opinión, eso sí que era implicarse. Además tuvieron la generosidad de ceder el mando a los mismos espartanos que tan timoratos se mostraban a la hora de arriesgar su capital humano.

¿Quiénes eran esos 300 espartanos, por cierto, y cómo es que con un contingente tan reducido la ciudad arriesgó nada menos que a uno de sus reyes? El número se parece sospechosamente al de los 300 hippcís o caballeros, la guardia personal de cada rey, así que parece verosímil que Leónidas eligiera a sus propios escoltas para acompañarlo. Por otra parte, se nos dice que seleccionó a hombres que tuvieran hijos vivos para que su pérdida no extinguiera ningún linaje espartano. No sé si ambas afirmaciones se pueden compatibilizar.

En cuanto al hecho de poner en peligro la vida de un rey, es posible que fuese una decisión personal de Leónidas. Ya que Esparta enviaba tan pocos hombres, la presencia del rey daba mucho más peso y prestigio a este pequeño contingente. Además, quizá Leónidas no estaba de acuerdo con la política de su ciudad: las disensiones entre ambos reyes, y entre éstos y los éforos, eran muy habituales en Esparta.

El desfiladero, donde el viajero puede encontrar una estatua levantada en honor de Leónidas, ha cambiado mucho desde entonces. Los sedimentos arrastrados por el río Esopo y los torrentes que bajan del Eta han hecho que la costa se aleje varios kilómetros, pero en el año 480 había puntos del desfiladero con menos de 30 metros de anchura, que se reducían a 15 en los lugares más angostos. El paso tenía unos cinco kilómetros de longitud y presentaba tres estrechamientos, conocidos como Puertas. Leónidas y sus hombres se apostaron en la segunda, mirando hacia el oeste, por donde debían llegar los persas. Esto parece antiintuitivo, pues nos imaginamos a Jerjes viniendo desde oriente. Pero hay que tener en cuenta que el golfo de Malla es un profundo entrante que, justo antes de las Termópilas, gira bruscamente hacia el este. En aquel punto había un antiguo muro construido por los focidios,¹⁸ que Leónidas hizo reparar.

Pero la posición tenía un punto débil. Antes de llegar al desfiladero, el río

Asopo desembocaba en el golfo Malíaco. Remontando su curso por el barranco se llegaba a un camino en las alturas, la llamada senda Anopea, que rodeaba la posición griega por el sur en una larga vaguada entre dos líneas paralelas de sierras. Después volvía a girar hacia el mar hasta aparecer al otro lado del desfiladero, justo tras la espalda de los defensores.

Leónidas, al que informaron de ese punto débil, envió a cubrir la senda Anopea a 1.000 hombres, los focidios, y dejó a los otros 6.000 protegiendo la ruta principal. Si nos atenemos a parámetros griegos, eran tropas suficientes para ambas misiones, que habrían podido detener durante un tiempo indefinido a un ejército equivalente o superior.

Pero lo que se les venía encima no era un ejército convencional. Hacia mediados de agosto apareció ante las Termópilas la vanguardia de Jerjes. Una vez allí, los persas aguardaron durante cuatro días sin entrar en combate. Se han buscado diversas razones para explicar esa demora: que no se atrevían a atacar de frente una posición tan fuerte como la de Leónidas, que hacía mal tiempo y estaban esperando a su flota... El ejército persa era tan numeroso que por fuerza tenía que dividirse en varios cuerpos para marchar. Es probable que Jerjes en persona viajara en el centro del larguísimo convoy, y que este cuerpo central no llegara a la ciudad de Traquis, situada casi a la entrada del desfiladero, hasta el cuarto día. Si los hombres de la vanguardia sabían que tenían delante de ellos a los afamados espartanos, mandados por uno de sus reyes, era lógico que aguardasen la llegada de Jerjes para que éste gozase del honor y el prestigio debidos a un Aqueménida y ordenase el ataque. Hay que valorar la importancia que tenían para los persas las imágenes de realeza y poder. Todos los actos que rodeaban al Gran Rey, tanto propios como ajenos, debían estar a su altura (como ya comentaré, la dignidad real puede explicar por qué la batalla de Salamina se libró como se libró).

Una vez llegado Jerjes, empezó la ofensiva. Los primeros en atacar fueron los medos, tropas iránias de confianza. Según Heródoto, cayeron muchos. Pero dudo que se levantaran las inmensas pilas de cadáveres que la nueva tradición del siglo xx nos presenta. Ya hemos visto que en las batallas antiguas un ejército sólo sufría un número desproporcionado de bajas si se veía rodeado y sin posibilidad de escapatoria, mientras que los medos tenían detrás de ellos el camino libre para volver con los suyos. No obstante, 100 o 200 bajas en un primer asalto y en un espacio tan reducido habrían sido un inconveniente más que considerable, y podían demostrar a Jerjes y su general Mardonio que no iban a tenerlo fácil.

A continuación, tal vez por la tarde, Jerjes envió a sus Inmortales. Se trataba

de un cuerpo de élite de 10.000 hombres, según Heródoto, llamados así porque cada vez que se producía una baja en sus filas se cubría con otro candidato en lista de espera. En los documentos persas no hay ninguna referencia a esos supuestos Inmortales, aunque parece que sí tendían a utilizar divisiones basadas en el sistema decimal, de modo que una unidad especial de 10.000 hombres no parece imposible. Se ha especulado con una confusión entre los términos persas *anushiya*, «compañeros reales» -una denominación para este cuerpo de élite que recordaría a los *hétairoi* o compañeros de Alejandro Magno-, y *anausha*, «inmortales» (Wiesehöfer, 2004, p. 92). Hay que tener en cuenta que Heródoto se basaba normalmente en informaciones orales, y resulta evidente que no sabía persa. Básicamente, lo que consta es que Jerjes lanzó al ataque a tropas persas de confianza.

Los Inmortales -seguiremos llamándolos así por comodidad- se estrellaron contra la falange griega sin mejores resultados que los medos. La explicación que da Heródoto es que, aparte de que el espacio reducido no les permitía aprovechar su superioridad numérica, sus lanzas eran más cortas. Un par de palmos en la longitud de la lanza podían representar la diferencia entre la vida y la muerte. Además, los escudos de los persas eran de mimbre y cuero. No se trataba de combatir protegiéndose con la tapa del cesto de la ropa, como bromeo a veces en clase, pero sin duda no eran tan sólidos como los aspídes griegos de madera y chapa metálica. ¿Llevaban blindaje corporal? Muchos persas debían de llevar cotas fabricadas con escamas de metal cosidas. Una armadura así protegería muy bien contra el golpe horizontal de un sable, arma típica de la caballería. Pero la punta de una lanza podía encontrar su camino entre las junturas de las escamas y llegar a la carne. Tan sólo podemos hacer conjeturas sobre lo que pasaba en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, pero lo cierto es que los persas llevaban sistemáticamente las de perder cuando combatían así contra hoplitas griegos.

No obstante, hay que desmentir ciertos mitos. Los soldados persas eran profesionales, tropas elegidas en un vasto imperio. No se trataba de una masa amorfa a la que había que mandar a la batalla a fuerza de latigazos. Los verdaderos amateurs estaban enfrente, en el bando griego, con la única excepción de los espartanos.¹⁹ Pero los griegos contaban con varias ventajas: su posición en las Termópilas era superior, muchos de ellos luchaban en un terreno conocido y estaban acostumbrados a la pelea cuerpo a cuerpo, fundamento de la táctica hoplítica. En cambio, los persas eran sobre todo arqueros y basaban su táctica en la combinación de varios cuerpos, con un papel muy importante de la caballería, que en las Termópilas no tenía nada que hacer.

Al final del día, los persas no habían logrado ganar un solo palmo de terreno y habían sufrido considerables bajas.

Al segundo día los ataques no fueron tan intensos. Es fácil suponer que el mando persa comprendió que embistiendo de frente como carneros no iban a conseguir nada (ya se lo había advertido el ex rey espartano Damarato, que viajaba con Jerjes), y se limitaba a poner a prueba a los espartanos y a los demás griegos.

Fue entonces cuando, según Heródoto, intervino un traidor llamado Efiartes que les informó de la existencia de la senda Anopea. La historia es verosímil, pero, aunque no hubiese aparecido el tal Efiartes, los persas ya habrían encontrado a cualquier otro lugareño. Cuando Alejandro Magno se topaba con desfiladeros aparentemente inexpugnables, rodeaba la posición enemiga recurriendo a guías locales. Por supuesto, en el caso de Alejandro consideramos esto una maniobra brillante; al tratarse de los persas, pensamos en traición.

Además, los iránicos debían de estar acostumbrados a recorrer senderos montañosos. No es sólo que para llegar a Grecia hubiesen tenido que atravesar valles y desfiladeros en las faldas del monte Olimpo. En las fronteras de su tierra natal había montañas mucho más altas que las que se podían encontrar en Grecia, como los montes Elburz o los Zagros. Creo que habrían descubierto la senda Anopea más temprano que tarde.

En la noche del segundo día de batalla, los Inmortales, al mando del oficial Hidarnes, tomaron el camino y se internaron en el monte. No es necesario pensar que un contingente tan grande participó en una maniobra nocturna y entre la espesura: las dificultades de una operación así eran más que considerables, y se habrían agravado con casi 10.000 hombres. Pero, fueran una fracción o todo el regimiento, los persas avanzaron durante toda la noche, es de suponer que a la luz de la luna, llena o no, porque no podían marchar con antorchas, que los habrían delatado.

Cuando ya se acercaba el alba, los persas llegaron al collado donde estaban los 1.000 hoplitas focidios apostados por Leónidas. Según cuenta Heródoto, se dieron cuenta de la incursión por los crujidos de las hojas caídas de los árboles (Heródoto 7, 218). No estaban en otoño, sino en pleno verano, en el mes de agosto. O bien las hojas las había derribado un vendaval, o como sugiere Nic Fields (Fields, 2007, p. 88) eran hojas de roble del año anterior. No me convencía su teoría hasta que en el mes de julio de 2008 hice el camino de Santiago, y en zonas de altura inferior a la senda Anopea pisé hojas de roble que seguían cayendo todavía. En el

roble se produce el fenómeno conocido como «marcescencia»: la hoja que se seca sigue en la rama hasta que brota otra verde que la tira. Eso debería ocurrir en primavera, pero la altura hace que el proceso se retrase, y además las hojas duran un tiempo en el suelo antes de pudrirse. Así que Fields podría tener razón y la hermosa ilustración que acompaña su explicación en el libro de Osprey tal vez sea sustancialmente correcta.

Con hojas o sin ellas, los focidios tomaron las de Villadiego, que en su caso eran las de Focidia, por las sendas montañosas que llevaban al sur. Pero algunos tuvieron la decencia de dirigirse hacia el paso de las Termópilas para avisar a Leónidas de lo que se le venía encima.

Cuando Leónidas se enteró de la maniobra envolvente, ya había amanecido. Tanto él como los demás se dieron cuenta de que la posición era ya indefendible, pues los iban a atacar por los dos lados. El rey espartano despachó a todas las tropas del Peloponeso y se quedó con sus 300 espartanos, los 700 tespios y los 400 tebanos (hablo de contingentes en números redondos, a los que habría que restar las bajas de dos días de combates). Se ha hablado de que permanecieron allí para cubrir la retirada de los demás, pero tal vez la explicación que nos parece más primitiva y menos razonable, el honor, sea la correcta.

Los espartiatas de pura sangre, como ya vimos, podían perder sus derechos de ciudadano si se convertían en trésantes o temblorosos. No era necesario huir, sino que bastaba con sobrevivir a una derrota para convertirse oficialmente en un cobarde. Esta norma tan rigurosa e irracional se suavizó durante la Guerra del Peloponeso, porque los espartanos no andaban tan sobrados de ciudadanos como para permitirse esos lujos. Pero aún faltaba mucho para llegar a esa situación. En cuanto a los tespios, sabían que su ciudad iba a ser destruida en breves días y prefirieron morir con los espartanos que presenciarlo. De los tebanos dice Heródoto que permanecieron allí a la fuerza, como rehenes de Leónidas, lo que indigna con bastante razón al beocio Plutarco en *Sobre la malicia de Heródoto*: el rey espartano no habría podido retener a la fuerza a tantos hombres. Es más fácil pensar que esos tebanos pertenecían a la facción antioligárquica y antipersa y que, al ver sus ideales derrotados y darse cuenta de que la victoria final era imposible, prefirieron terminar con una bella muerte que vivir deshonorados.

La batalla fue la más dura de los tres días, porque esta vez los espartanos y sus acompañantes, sabiendo que estaban perdidos, no se limitaron a mantener la posición, sino que salieron más allá de la muralla, al encuentro de las tropas de Jerjes. Allí, como cuenta Heródoto (7, 224), rompieron las lanzas y echaron mano a

las espadas: es probable que ocurriera así, pero tampoco hay que tomarse esto como la Biblia, ya que es la típica retórica de estos textos. Leónidas cayó, y se desató una pugna por su cadáver y sus armas tan encarnizada como las que Homero describió en la Ilíada. Los espartanos lograron al fin hacerse con el cuerpo de su rey y se retiraron hacia un montículo, pues en esos momentos aparecían por otro lado del desfiladero los Inmortales de Hidarnes. En esa colina siguieron luchando, hasta que los persas renunciaron a matarlos cuerpo a cuerpo y recurrieron a las flechas. Los escudos de los griegos debían de estar hechos trizas, y además éstos eran tan pocos y los persas tantos que les resultaba imposible cubrirse todo el cuerpo.

Así murieron todos los que allí estaban, al menos en teoría. Porque Heródoto nos refiere con todo detalle quiénes fueron los más destacados de entre los espartanos y los tespios. ¿Quién se lo contó, si no quedaron supervivientes? Por otra parte, según nuestro historiador, los tebanos tiraron los escudos al suelo y se entregaron a los persas, que los recompensaron marcándoles con hierros candentes en la frente, como si fueran vacas. Sinceramente, aquí estoy de acuerdo con Plutarco y no me lo creo. Algunos tebanos se rendirían, como algunos tespios, pero creo que se trata de un prejuicio de Heródoto. Éste, además, suele mostrar antipatía a los mismos que, en el momento en que redactó su obra, eran enemigos de Atenas..., el lugar donde más éxito tenían sus lecturas.

Como fuere, los persas consiguieron superar aquel obstáculo, así que hay que reconocerles el mérito de obtener una victoria bastante rápida -en poco más de cuarenta y ocho horas- ante una posición difícil de asaltar y en un país desconocido. Leónidas y los suyos se convirtieron en héroes, y su ejemplo fue tan inspirador que dos mil quinientos años después todavía se recuerda en la cultura popular. Mucha gente conoce el epitafio compuesto por Simónides:

SPECIAL_IMAGE-page0311

Pero a mí me gustaría recordar además a los 700 tespios y a esos tebanos que seguramente murieron también en las Termópilas sin que la historia se lo reconozca.

LAS BATALLAS DE ARTEMISIO Y LA EVACUACIÓN DE ATENAS

Mientras todo esto ocurría, también se luchaba en Artemisio. El relato de Heródoto es bastante confuso, como ocurre en general con todas las batallas que

narra: echamos de menos aquí los conocimientos militares de un Tucídides o un Jenofonte. En resumen, se produjeron tres días de combates sincronizados con los de las Termópilas, pero más por azar que por deliberación. Había 70 kilómetros de separación entre ambos escenarios, de modo que las operaciones no podían estar realmente coordinadas. Los griegos tenían unos 270 trirremes, a los que se sumaron en el segundo día otros 53 barcos atenienses que habían estado patrullando el sur de Eubea.

En los dos primeros días debieron de librarse escaramuzas entre el contingente griego y escuadras separadas de la flota persa, que se había dispersado por una tempestad. Parece que el balance fue favorable a los griegos, pero no se trató de enfrentamientos a gran escala. Por fin, el tercer día toda la flota persa se reunió en orden de batalla y atacó desplegada desde el norte: cerca de 600 barcos contra unos 320.

En la armada de Jerjes había sobre todo barcos fenicios y egipcios, pero también naves de Caria y de ciudades jonias que apoyaban, o más bien obedecían, a sus amos persas. Los trirremes de fenicios y egipcios tenían cubiertas completas y dotaciones de hasta 30 soldados. En cambio los barcos griegos eran más ligeros, pues en lugar de una cubierta cerrada iban equipados con dos pasarelas sin regatas -cualquier resbalón y ¡al agua!-, y en teoría llevaban menos hoplitas a bordo. Aun así, los marineros de Jerjes superaban en experiencia a los atenienses, que constituían el grueso de la flota griega, por lo que su pericia compensaba de sobra el mayor peso de sus naves.

Si hacemos caso a Heródoto (8, 15-17), el resultado de esta tercera batalla fue más o menos un empate, aunque los persas perdieron más naves que los griegos. Pero el historiador añade que los atenienses sufrieron averías en la mitad de sus naves, lo cual hace sospechar que no hubo tal empate y que la flota griega se llevó un buen repaso. Si tenemos en cuenta que Temístocles y Euribíades decidieron abandonar la posición y retirarse hacia el sur, todavía concebimos más dudas sobre esa supuesta victoria, que sin embargo aparece como tal en muchos libros de historia. Me imagino que la noche de aquel día debió de ser bastante deprimente: mientras los griegos hacían recuento de bajas y trataban de reparar sus barcos, una nave correo les trajo la noticia de la derrota -heroica, sí, pero derrota- que habían sufrido en las Termópilas.

Por el momento, el balance era desalentador. Los griegos habían sido incapaces de detener el avance persa tanto por tierra como por mar. No había más cuellos de botella en los que intentar la resistencia, no había plan B para evitar que

Jerjes y su ejército entraran en el corazón de la Hélade. Grecia central estaba condenada.

Al igual que Atenas.

Pero, en cierto modo, sí existía un plan B. Los atenienses habían previsto la contingencia de una derrota en las Termópilas y Artemisio, lo que demuestra que no debían confiar tanto en que los espartanos se comprometieran de verdad con la defensa de Grecia central. Durante el invierno y la primavera se habían celebrado debates en la asamblea. El oráculo recibido -«¡Huid al fin del mundo!»- era tan desalentador que la ciudad había pedido otro, recurriendo al rito sagrado de los suplicantes: sus enviados se arrodillaron ante el altar de Apolo con ramas de olivo, decididos a no moverse de allí, aunque murieran de hambre, hasta que el dios pronunciase otro oráculo. La Pitia volvió a hablar, y esta vez concedió a los atenienses una mínima esperanza: si se acogían a la protección de una muralla de madera, tal vez se salvarían.

En opinión de algunos, la profecía se refería a una vieja empalizada que protegía la Acrópolis en tiempos pretéritos. Pero la mayoría estuvo de acuerdo con Temístocles: la muralla de madera no podía ser otra cosa que la flamante flota recién construida. ¡No en vano se habían gastado allí la plata de Laurión! De modo que se decidió que, en caso de que los persas entraran en Grecia central, todos evacuarían el Ática y se jugarían su destino a una sola carta: la flota. También votaron un indulto para los desterrados por ostracismo, pues era momento de unidad y no de lucha de facciones... y de paso convenía tener cerca a antiguos generales que podrían haber asesorado al enemigo. Es imposible saber si todo se decidió en una sola asamblea o en varias, aunque esto último es lo que me inclino a creer.²⁰

A finales de agosto, mientras las tropas de Jerjes penetraban en Grecia central y se dividían en varios cuerpos para «barrer» todos los caminos posibles por las comarcas de Lócride, Fócide y Beocia, los atenienses empezaron a evacuar la ciudad. A las mujeres y a los niños los mandaron a Trecén, donde se encontró el supuesto decreto, y también a las islas de Egina y de Salamina. Fue en esta última donde se congregó la flota que regresaba de Artemisio y donde acudieron los barcos de otras ciudades que no habían participado en esa primera batalla.

Cuando algunos historiadores tratan de reducir la magnitud de la expedición de Jerjes y, como Hans Delbrück, sostienen que los griegos vencieron siempre sus batallas en superioridad numérica, no dejo de acordarme de la

evacuación de Atenas. A pesar de que no estaban solos en la lucha, sino apoyados por otras ciudades y -teóricamente- por la poderosa Liga del Peloponeso, decidieron abandonarlo todo. Se hallaban convencidos de que esta vez no era como en Maratón, y de que que no tenían la menor posibilidad de resistir a Jerjes si se enfrentaban en una batalla campal.

En realidad, los atenienses no evacuaron sólo la ciudad, sino toda el Ática. Abandonaron sus huertos, sus aldeas, sus casas, sus templos, las tumbas de sus antepasados y, casi más importantes para ellos, las de sus héroes. Sabían que todo iba a ser destruido, y que tal vez no pudiesen volver nunca, pero prefirieron un futuro incierto antes que perder la libertad conquistada una generación antes. Aunque suene retórico, para los griegos la *eleuthería* -«libertad»- era, más que un concepto, una forma de vida. Se trataba de la capacidad de no rendir cuentas más que a sus dioses, de no arrodillarse ante ningún otro ser humano, de obedecer tan sólo las leyes que consideraban justas y que ellos mismos se otorgaban. Ciertamente que esa libertad no la hacían extensiva a todo el mundo y que la consideraban un patrimonio casi exclusivo de ellos, los griegos. Pero, en mi opinión, gracias a que los griegos, y entre ellos los atenienses, empezaron a creerse ciudadanos y no súbditos, libres y no esclavos, todos los demás hombres y mujeres podemos aspirar a lo mismo.

Así que aquél fue un momento terrible, pero también grandioso. Me pregunto cómo habría sido pasear por las calles de aquella ciudad desierta que aguardaba a los bárbaros.

DIVINAL SALAMINA

Así rezaban los últimos versos del segundo oráculo que concedió Apolo a los espartanos: «¡Oh, divinal Salamina! Tú aniquilarás a los hijos de las mu sea cuando se siembra Deméter, bien cuando se cosecha». Muchos han pensado que es una profecía *post eventum*, o sea, a toro pasado. Pero quizá no: el segundo vaticinio de la Pitia parece escrito al dictado de los atenienses, y en concreto de Temístocles, que podría estar pensando en refugiarse en Salamina si las cosas no iban bien en Artemisio. ¿Qué ventajas ofrecía la isla? Se hallaba a la vista de Atenas y separada del continente por un estrecho canal, que en general no superaba los 2 kilómetros y en ciertos puntos ni siquiera llegaba a 1.000 metros. Sin duda, al alcance de la flota de Jerjes, pero eso era lo que querían los atenienses. En Artemisio no les había ido demasiado bien, aunque habían sobrevivido. En el estrecho de Salamina estaban convencidos de que los persas no podrían aprovechar su superioridad numérica.

De modo que la flota entera se congregó en Salamina. La isla no llega a 100 kilómetros cuadrados, así que en aquel momento -principios de septiembre- debía hallarse bastante atestada, con cerca de 100.000 personas, sumando las dotaciones de las naves, muchos refugiados del Ática y probablemente de la vecina Mégara. La isla tenía agua potable, aunque apenas suficiente para tanta gente. En cuanto a las provisiones, ya había pasado el tiempo de cosecha, pero con las operaciones militares debió faltar mano de obra y seguramente los atenienses no habían conseguido segar ni trillar más que una parte del grano: según Heródoto, por culpa de la invasión perdieron dos cosechas (8, 142). De modo que, aunque llegaran barcos con agua y víveres del Peloponeso y dispusieran de reservas de grano de otros años -todas las ciudades solían tenerlas-, a la gente que estaba en Salamina no le quedó otro remedio que apretarse el cinturón.

Mientras, tanto el ejército del Peloponeso, al mando de Cleóbrotos, hermano de Leónidas, se puso por fin en marcha, una vez terminadas las Carneas y los juegos Olímpicos -la excusa oficial, ya sabemos-. Cleóbrotos tomó posiciones en el istmo de Corinto y empezó a construir un muro, tal como se había hecho al final de la época micénica para contener una invasión desconocida. Debían de ser unos 30.000 hoplitas más tropas ligeras, pero no se atrevieron a pasar de allí, pues no había ningún lugar similar a las Termópilas en el Ática ni en Beocia para contener al enorme ejército persa.

Éste, entretanto, se dedicó a saquearlo todo a su paso. Milagrosamente, el oráculo de Delfos se salvó. Toda la gente del lugar se refugió en las alturas del Parnaso o al otro lado del golfo de Corinto, salvo sesenta personas que se quedaron para proteger el santuario. Cuando llegó el destacamento persa enviado por Jerjes, empezaron a caer rayos del cielo, y dos enormes rocas se desprendieron del Parnaso, rodaron ladera abajo y aplastaron a un buen número de persas. Los demás, al darse cuenta de que aquel lugar estaba protegido por algún dios -tal vez su propio Ahuramazda, divinidad solar, como Apolo-, huyeron del lugar.

Supongo que cuando los sacerdotes del oráculo de Delfos contaron la historia al resto de los griegos, éstos hicieron como que se lo creían. Era evidente que Jerjes y Mardonio respetaron el santuario porque había servido a sus planes, y pretendían que siguiera siéndoles útil.

Poco después, el ejército persa entró en el Ática, mientras su flota doblaba el cabo de Sunión para varar en la playa de Falero. La ciudad cayó en sus manos, aunque no sin lucha. Unos cuantos hombres, más fanáticos o más religiosos que los demás, se habían quedado en la Acrópolis, dispuestos a defenderla. Tras unos días

de resistencia, la roca sagrada se rindió y los atenienses vieron desde la isla cómo de sus templos se levantaban columnas de humo.

Después de aquello, durante varios días se produjo una especie de guerra de nervios. Los persas permanecían en el Ática y patrullaban con sus barcos las cercanías de Falero y dispuestos a entablar batalla en aguas abiertas, pero no se atrevían a entrar en el estrecho de Salamina. Los griegos seguían encerrados en la isla, y todos los días equipaban las naves, o al menos un buen número de ellas, y las echaban al agua: de no haberlo hecho, los vigías persas se habrían dado cuenta y la flota habría intentado un desembarco para sorprender a los atenienses en tierra.

El tiempo corría para ambos bandos. Para los persas, porque se acercaba el otoño, que haría más difícil el regreso a Asia. Jerjes podía pensar que había cumplido sus objetivos: Atenas era un montón de escombros humeantes, así que el incendio de Sardes estaba más que vengado. Pero le faltaba una victoria espectacular cuyo relato pudiera grabar en la roca, imitando a su padre Darío. Necesitaba conseguirla rápido y regresar a su imperio antes de que el tiempo impidiera la navegación -la ausencia del Gran Rey siempre era una tentación para los rebeldes-. Sus generales podían encargarse de organizar la provincia recién conquistada. Hay que tener en cuenta otro factor: los gastos de la expedición debían de ser exorbitantes. Una vez que Jerjes se marchara con su inmenso séquito y con parte del ejército, se reducirían a la mitad.

La mayoría de los autores opinan que Jerjes no se atrevía a avanzar hacia el Peloponeso sin hacer salir antes a la flota griega de Salamina, porque temía dejarla a su espalda. Fuera esto verdad o no, creo que a Jerjes no le bastaba con la destrucción física de Atenas: quería humillar también a sus habitantes para que sirvieran de escarmiento a los demás griegos e incluso al resto del imperio. Ésa sería la gran victoria que buscaba.

Por su parte, entre los griegos había división de opiniones. Los almirantes del Peloponeso, según Heródoto (8, 49), querían abandonar Salamina y refugiarse más allá del istmo. Temístocles insistía en que aquél era el lugar más apropiado para presentar batalla a Jerjes, aunque su flota casi los doblase en número. Adimanto de Corinto intentó acallarlo diciendo que un hombre que había perdido su ciudad no tenía derecho a hablar. Temístocles le respondió que su ciudad eran los 200 barcos' con sus respectivas dotaciones, y que no había otra en Grecia que se le pudiera comparar. La frase del ateniense representa bien el espíritu de la polis griega, que consistía más en el conjunto de sus ciudadanos que en la sede física. Sin embargo, si la pronunció en algún momento, no creo que fuera para increpar a

Adimanto, porque es dudoso que éste realmente propusiera la retirada. Cuando Heródoto escribió su historia, sus fuentes de información eran tan anticorintias como antitebanas, pero lo cierto es que la actitud de Corinto durante las Guerras Médicas fue decidida y valiente.

Quien sí parecía oponerse a que se luchase en Salamina era Euribíades, con el que Temístocles tuvo alguna palabra más alta que otra. Desesperado ya de convencerlo, el ateniense recurrió a un ardid para obligar a griegos y persas a la batalla. Llamó de noche a un esclavo de confianza, un persa llamado Sicino (el nombre no parece realmente persa: o bien era un súbdito de algún otro país del Imperio persa, o los griegos pillaron el nombre de oídas y quedó irreconocible). A continuación, Temístocles le confió un mensaje destinado al mismísimo Jerjes y lo envió en una barca al otro lado del estrecho. Sicino logró llegar a su objetivo, burlando la vigilancia, que de noche no debía de ser precisamente de alta seguridad: los relatos de desertores que cruzan de unas líneas a otras son constantes en la historia de Grecia. Ante los generales de Jerjes, tal vez con el emperador escuchando en segundo plano, comunicó su mensaje. «Temístocles, general de los atenienses, que está de parte de la causa del Gran Rey, os hace saber que los griegos tienen tanto miedo que planean huir. Si los atacáis ahora, lograréis la mayor victoria de esta guerra. No os presentarán resistencia, porque veréis cómo vuestros partidarios se enfrentan a vuestros enemigos» (Heródoto 8, 75, ligeramente adaptado).

La mayoría de los historiadores ponen en duda esta historia tan novelesca. Pero Esquilo también la cuenta en su tragedia *Los persas*, escrita tan sólo ocho años después de los hechos. Si se trata de una anécdota inventada, en esta ocasión las fuentes se dieron prisa en actuar. Al fin y al cabo, la inteligencia, el espionaje y el contraespionaje han funcionado siempre en la guerra, sólo que en la Antigüedad los procedimientos eran más primitivos: cualquier mensaje algo complejo había que llevarlo en persona, pues las hogueras y los reflejos permitían comunicar poco más que «sí» y «no» (en épocas posteriores se desarrollaron sistemas más refinados).

Todo lo que sucedió a continuación pudo concentrarse en una noche, pues las distancias no eran demasiado grandes. Pero es quizá más verosímil que amaneciera mientras los persas deliberaban qué hacer y que las auténticas operaciones empezaran a la noche siguiente.

Los persas tal vez se dejaron engañar por el mensaje. En 495 los trirremes de Samos y de Lesbos se habían pasado al enemigo en plena batalla de Lade, y la corte de Jerjes estaba llena de desertores y traidores griegos. ¿Por qué no uno más? O

quizá Jerjes quería combatir fuera como fuera, y tenía planeado algún tipo de maniobra ofensiva. El caso es que reunió a sus generales. De entre ellos, tan sólo Artemisia, la tirana de Halicarnaso, le aconsejó no combatir en las aguas del estrecho (Heródoto 8, 68).³ Artemisia era un personaje muy peculiar, que había heredado de su marido la tiranía de Halicarnaso. Es muy posible que Heródoto la conociera en persona, y confesó su admiración por ella porque «participó en la campaña aunque no tenía obligación de hacerlo, impulsada por su valentía y su intrepidez» (Heródoto 7, 98). Los misóginos atenienses habían ofrecido por ella una recompensa de 10.000 dracmas de plata, pues consideraban vejatorio que una mujer les hiciera la guerra. En su tradición, ya se habían enfrentado y vencido antes a otras amazonas como ella durante el reinado de Teseo.

Jerjes, o más bien Mardonio, que escuchaba las intervenciones de los oficiales para transmitírselas al rey siguiendo el protocolo, escuchó las palabras de Artemisia, pero no le hizo caso. Como decía antes, todo esto pudo llevarse a cabo precipitadamente en la misma noche en que recibieron el mensaje de Sicino, o poco antes del anochecer de un día intermedio. A continuación, el mando persa envió uno de los escuadrones de élite de su flota, el egipcio, para bloquear el canal de Mégara, que cerraba el paso entre Salamina y el continente por el oeste. Hasta entonces los griegos habían tenido abierta esa vía de escape, pero ahora iban a quedar encerrados.

A los escuadrones restantes -fenicios, canos y jonios, con cerca de 450 naves- se les ordenó que patrullaran la salida oriental del estrecho de Salamina, a ambos lados de un islote conocido como Psitalea. Los persas emboscaron en éste a cientos de soldados. Si se producía una batalla y los naufragos griegos o incluso algunos barcos averiados llegaban a Psitalea, la infantería de Jerjes se encargaría de ellos.

En tales maniobras fue pasando la noche. Mientras el escuadrón egipcio rodeaba Salamina, los remeros de los demás contingentes aguardaban sentados en sus bancadas horas y horas, aburridos y sin dormir, manejando los remos para mantener la posición de los barcos contra el viento y las olas. Entretanto, los griegos seguían reunidos discutiendo. Llega a ser ya un tópico en Heródoto que los peloponesios tenían tanto miedo de la flota de Jerjes que querían huir y que Temístocles trataba de refrenarlos. Parece más verosímil que al menos los generales estuvieran al tanto de los planes del ateniense, porque luego todo funcionó de forma coordinada.

En ese momento apareció Arístides el Justo, el viejo rival de Temístocles, al que la ciudad había convocado de su destierro. Por una misión oficial o debido al

motivo que fuese, Arístides venía en barco desde Egina, travesía que había realizado de noche. Al hacerlo, logró escapar de milagro de las naves egipcias que se dirigían hacia el canal de Mégara. «Estamos rodeados», contó, mientras Temístocles se frotaba las manos. ¡Tendrían que luchar!

Pero sólo podían hacerlo si los barcos de Jerjes entraban en el estrecho. Si se hubieran quedado fuera, patrullando habrían seguido en aguas más abiertas de lo que convenía a los griegos. Sin embargo, cuando empezó a clarear, la flota persa inició la maniobra de internarse en el estrecho, en una larga columna cercana a la costa del continente. ¿Por qué?

Algo tendría que ver el contenido del mensaje transmitido por el esclavo de Temístocles -o quien fuese-. Si era cierto que parte de los griegos iban a cambiar de bando durante la batalla, tal como había pasado en Lade, penetrar en el estrecho era una buena forma de ofrecerles la oportunidad de que consumaran su traición. Por otra parte, en mi novela Salamina especulé con la posibilidad de que los persas planearan la misma maniobra que se realizó en Egospótamos en 404: sorprender a la mayoría de los barcos en tierra con sus tripulaciones dispersas. No creo que Reguemos a conocer nunca la verdadera razón, pero estoy casi seguro de que la impaciencia y el deseo de gloria de Jerjes andaban detrás.

Mientras la flota persa tras haber velado y bogado toda la noche, empezaba a infiltrarse en el canal, los griegos congregaban a sus tripulaciones junto a los barcos y las arengaban. Había tres bahías donde se hallaban anclados los barcos: de sur a norte, Ambelaki, Paloukia y otra donde está situada ahora una base naval (los nombres son modernos). Ambelaki era el fondeadero de los barcos espartanos, los de Egina y los de Mégara. En Paloukia, protegidos de la vista del enemigo por el islote de San Jorge antaño una de las Farmacusas-, se encontraban varados los navíos atenienses. Por último, al norte, los de Corinto al mando de Adimanto.

Tras los rituales de rigor, los griegos botaron sus naves y se dirigieron contra el enemigo. Si hacemos caso a Esquilo, eran 310 trirremes. Considerando que en Artemisio se habían producido muchas averías, parece una cifra más razonable que los 380 de Heródoto, pues habría muchos que no estaban en condiciones de combatir. Los persas siguieron con su infiltración, y ya debía haber más de 200 naves en el canal cuando los griegos dieron la señal de ataque a golpe de trompeta.

Cuando la flota griega se lanzó a embestir, lo hizo en perpendicular a la persa, que le ofrecía sus costados de babor y entraba al menos en tres filas paralelas en el estrecho. Lógicamente, los barcos fenicios, que iban en vanguardia, debieron virar

para enfrentarse a la amenaza. Pero no tuvieron demasiado tiempo.

La Olymptias, el trirreme que llevó a cabo varias pruebas a finales del siglo xx, a pesar de que su diseño era mejorable y contaba con tripulaciones de voluntarios sin apenas entrenar, alcanzó picos de velocidad de 8,9 nudos, más de 16 kilómetros por hora (Morrison, 2000). Muchos expertos piensan que el límite superior de un trirreme era de 10 nudos a un compás de 50 paladas por minuto, velocidad que por otra parte era necesario alcanzar para causar daños reales en el maderamen enemigo al embestir con el espolón. A ese ritmo, y teniendo en cuenta la anchura del canal de Salamina y la distancia a la que estaban las naves de ambos bandos, los primeros impactos debieron producirse después de tres minutos de sonar la señal de ataque. Por supuesto, los barcos atacados podían maniobrar con bastante rapidez, pero hay que añadir el tiempo de reacción del capitán de cada trirreme, que en primer lugar debía darse cuenta de lo que estaba pasando y superar su estupor: ¡las supuestas víctimas aterrorizadas los estaban atacando! Después, tenía que transmitir las órdenes al timonel y los remeros. Unas naves actuarían antes que otras, pero sin duda no de forma coordinada, pues lo que estaba ocurriendo era inesperado.

Para desordenar más a la flota persa, los barcos que llegaban por detrás seguían empujando, pues la larga península de Cinosura les tapaba la vista del estrecho, y además aquellas naves no llevaban vigías sobre mástiles para otear lo que pasaba a lo lejos. Si hacemos caso a Plutarco (Temístodes 14), se levantó un viento que revolvió las aguas y estorbó todavía más las maniobras persas. De los diversos vientos posibles, el que más podía beneficiar a los griegos era un siroco del sureste, pues empujaría a los navíos persas unos contra otros, mientras que los trirremes helenos estarían protegidos de él por Cinosura.

Todo esto lo observaba Jerjes desde la costa del continente, ya que le habían instalado un trono con dosel para que presenciara su victoria definitiva sobre la flota griega. Allí estaba rodeado de secretarios que tomaban nota de todo lo que veían para más tarde conceder recompensas y administrar castigos. Es de suponer que no faltaban sirvientes como el portador del escabel real -el Gran Rey no podía mancharse los pies en el suelo-, el toallero que secaba el sudor a Jerjes, el que le sujetaba el arco, etc. A los griegos les hacía mucha gracia tanta parafernalia, pero el protocolo reflejaba la imagen de grandeza de los Aqueménidas.

Lo que veía el monarca debía desesperarle. Conforme llegaba el día, resultaba más evidente que las naves persas habían caído en una encerrona. Ahora sus líneas estaban comprimidas entre la costa del continente, bastante escarpada en

algunos puntos, y los espolones de los griegos. Había aguas libres, pero por detrás de las líneas enemigas.

¿Cómo se combatió en Salamina? En el capítulo sobre tácticas griegas hablé del modo tradicional y el modo moderno. El primero consistía en abordarse mutuamente y combatir cuerpo a cuerpo sobre cubierta. El segundo, en embestir con el émbolon o ariete de la nave, abrir un boquete en la tablazón del enemigo y retroceder mientras el trirreme atacado hacía agua y zozobraba.

Creo que en Salamina se luchó al estilo moderno. La primera razón es que así lo cuenta Esquilo, quien, si no luchó a bordo de un trirreme, debió presenciar el combate desde la costa de Salamina. Es posible que en Artemisio los griegos imitaran a los enemigos y atestaran las cubiertas con cerca de 30 guerreros entre hoplitas y arqueros, pero allí no les fue demasiado bien. En Salamina, dice Heródoto, las naves griegas eran «más pesadas» (8, 60). No estaban construidas para serlo, de modo que hay que pensar que lo eran porque llevaban muchos días saliendo a la mar y la madera estaba empapada (los antiguos sacaban sus barcos de guerra a la playa para que se secaran y pesaran menos). Pero también puede querer decir «más lentas», porque los atenienses, casi dos tercios de la flota, no poseían todavía tanta experiencia marinera como sus enemigos. Para ganar velocidad, podrían haber reducido el número de soldados de a bordo, dejándolos en 18 como dice Plutarco o en 14, según el supuesto decreto de Trecén. Esto era arriesgado si se llegaba al combate cuerpo a cuerpo, pero las lanzas y los escudos griegos podían compensar la inferioridad numérica.

Para utilizar el modo moderno de combatir con el espolón se requería mucha pericia. Los atenienses no poseían tanta como sus rivales, ni como los de Egina o Mégara. Pero a cambio les pasaba lo mismo que a los equipos que juegan la Copa Davis en casa: habían elegido el terreno y la superficie, que conocían a la perfección.

De una manera o de otra, las cosas salieron a pedir de boca para los griegos. Incluso una maniobra que Heródoto, con su fobia hacia Corinto, interpreta como una huida hacia el norte de las naves de Adimanto, debió de ser en realidad una treta concebida para atraer a la vanguardia de la flota persa al interior del canal. Pues, llegado el momento, las naves corintias viraron en redondo y embistieron a las fenicias.

En el combate se produjeron muchas anécdotas individuales que Heródoto nos relata -por desgracia, olvidándose de la panorámica general-. Tan sólo comentaré la de Artemisia, que en plena batalla debió ver tan mal la situación que

embistió a uno de los barcos de su propia flota. Eso engañó a los atenienses, que dejaron pasar y escapar a la tirana de Halicarnaso. El secretario que informó a Jerjes de lo que veía debió distinguir el trirreme de Artemisia, pero no la nave a la que hundía, y pensó que era griega. Jerjes comentó entonces: «¡Las mujeres se me vuelven hombres y los hombres se me vuelven mujeres!» (Heródoto 8, 88).

Pronto empezó a quedar claro que la flota griega llevaba las de ganar, y muchos barcos fenicios intentaron huir o alcanzar tierra bajo la elevación donde Jerjes lo observaba todo. Pero el propio apelotonamiento de la flota persa impedía cualquier maniobra. Mientras tanto, Arístides llevó a un grupo de hoplitas al islote de Psitalea, donde tras un combate encarnizado lograron acabar con las tropas persas que lo habían tomado. Sin duda, la toma de Psitalea tuvo un efecto simbólico: aunque fuese poco más que un peñasco pelado, era el primer territorio que reconquistaban los griegos después de varios meses de retirarse ante el enemigo. Las tornas habían cambiado.

DESPUÉS DE SALAMINA

Heródoto no dice cuántos barcos perdió Jerjes, como tampoco lo hace Esquilo. Según Diodoro (11, 19), fueron 200 entre hundidos y capturados. En las batallas navales raras veces se producían tantas pérdidas, a no ser que un bando cayese en una encerrona. Pero no parece una cifra tan desmesurada, porque el estrecho de Salamina se convirtió en una trampa en la que los barcos de retaguardia bloquearon la vía de escape natural de los de vanguardia.

Como ya he dicho, Jerjes ya debía tener planeado su regreso a Asia. El desastre de Salamina aceleró sus planes. Sospecho que no volvió de buen humor, pues probablemente fue él quien se empeñó en librar esa batalla innecesaria. No había perdido la guerra, por supuesto: le quedaban muchos barcos y, sobre todo, un ejército de tierra intacto. Mas en lugar de hundir definitivamente al enemigo, le había permitido recobrar la moral.

Al principio ni los propios griegos debieron darse cuenta de la magnitud de su victoria, pues creían que al día siguiente la flota persa volvería al ataque. Luego empezaron a comprender lo que había pasado y discutieron qué se debía hacer a continuación. Cuando se supo que Jerjes se retiraba hacia Asia con la mitad del ejército, se cuenta que Temístocles propuso enviar la flota al estrecho de los Dardanelos para destruir los dos puentes de barcos. Euribíades se opuso, diciéndole que «a enemigo que huye, puente de plata». Entonces, Temístocles habría enviado un nuevo mensaje a Jerjes, diciéndole que debía retirarse cuanto

antes porque los griegos planeaban cortarles la retirada.

Toda la historia resulta un tanto inverosímil. Cualquier griego, y entre ellos Temístocles, se alegraría de ver cómo salían de Grecia cuantos más persas mejor. Por otra parte, hay autores que creen que los puentes no habían quedado montados, sino que tan sólo permanecía la estructura para volver a tenderlos con rapidez. En cuanto al segundo mensaje de Temístocles, parece una historia inventada a posteriori por sus enemigos, basada en que, llegado el momento, acabó refugiado en la corte persa.

En cualquier caso, Jerjes se retiró y, según Heródoto, llegó al Helesponto en sólo cuarenta y cinco días, perdiendo la mayor parte de su ejército por el camino (8, 115). Resulta dudoso: aquí parece que el historiador está haciendo pagar al emperador por todas las muestras anteriores de *hybris*, la soberbia que los dioses no perdonan.

Mientras tanto, la flota griega no se quedó inactiva, sino que hizo una incursión por las Cícladas para someter a las islas que estaban en el bando persa. De paso les sacaron dinero para continuar la guerra, de lo que también se acusó a Temístocles, como si hubiera extorsionado a los isleños en su propio beneficio. Que se quedara algo en los bolsillos es posible, pero la mayor parte de ese dinero o de esas provisiones debió destinarse a pagar la flota: los remeros, como los soldados, tenían la molesta costumbre de comer dos veces al día, y si se terciaba hasta tres.

En otoño, el ejército persa al mando de Mardonio se retiró al norte, a las tierras de Tesalia. El general persa conservaba con él entre 50.000 y 60.000 hombres, sobre todo tropas iránicas de confianza: parece que los contingentes más vistosos y folclóricos habían regresado con Jerjes a Asia. El ejército de Mardonio seguía siendo una hueste formidable, y todavía no había sufrido ningún revés en tierra.

Los atenienses regresaron a su ciudad y se dedicaron a limpiar y desescombrar, una tarea deprimente que todo el que ha hecho obras en su casa se puede imaginar. Al mismo tiempo, empezaron las maniobras diplomáticas que duraron todo el invierno. Temístocles visitó Esparta y obtuvo grandes honores, pero no consiguió lo que quería: la Liga del Peloponeso se negó a cruzar el istmo para desplegarse entre el Ática y Beocia y evitar una segunda invasión de Atenas.

Aprovechando esta coyuntura, el rey Alejandro de Macedonia visitó Atenas e hizo una oferta a la ciudad de parte de Mardonio. Si se pasaban al bando de Jerjes, podrían mantener su autogobierno, al igual que ocurría con las ciudades fenicias.

Los persas se comprometían a entregar a los atenienses los territorios que quisiesen, e incluso a reconstruir todo lo que habían destrozado.

Los atenienses contestaron que no, pero enviaron un mensaje a los espartanos diciéndoles que se lo estaban pensando. En Esparta debió cundir la alarma. Si el ejército de Mardonio se combinaba con la flota ateniense, nada podría impedir una invasión del Peloponeso. Aun así, siguieron sin dar una respuesta clara. De modo que al llegar el buen tiempo, los persas bajaron desde Tesalia como una nube de langostas y volvieron a caer sobre el Ática. Por segunda vez, a los atenienses no les quedó más remedio que huir a Salamina. Mientras tanto, los griegos enviaron 110 barcos al Egeo al mando del rey espartano Leotíquidas y el general ateniense Jantipo. Esta flota se quedó estacionada por el momento en Delos, casi en el centro de las Cícladas, donde tenía a su alcance la costa de Asia Menor. Así podría hostigar los dominios persas e incitar a la revuelta a las ciudades jónicas, si era necesario, acudir en auxilio de las costas griegas (oiremos hablar de esta flota en el capítulo siguiente).

En las elecciones de aquel año, los atenienses escogieron como generales a Aristides el Justo y Jantipo, el padre de Pericles. En cuanto a Temístocles, parece que no lo votaron: a menudo se le ha comparado con Winston Churchill, que después de hacer ganar a los ingleses la Segunda Guerra Mundial perdió las elecciones.

Hacia el mes de junio, una legación ateniense volvió a Esparta para insistir en que enviara sus tropas fuera del Peloponeso. Los embajadores amenazaron a los espartanos: si no salían al campo de batalla inmediatamente, Atenas se pasaría al enemigo. Aunque los atenienses no querían traicionar a la causa griega, insistieron los enviados, la Liga del Peloponeso no les estaba dejando otro remedio.

Por fin, las amenazas surtieron efecto y Esparta movilizó a sus tropas. En el ejército había 5.000 ciudadanos, casi dos tercios del total, el mayor contingente de espartanos que salió de la ciudad en toda su historia. Heródoto afirma que a cada hoplita lo acompañaban como asistentes siete ilotas. La cifra es desmesurada, pero creo que encubre un hecho real. Los espartanos no tenían más remedio que ir a la guerra por la presión ateniense, pero no se atrevían a dejar atrás la amenaza mesenia, de modo que debieron llevarse con ellos a un buen número de ilotas, no sólo como criados y tropas auxiliares, sino también como rehenes. El ejército lo mandaba Pausanias, como regente de su primo Plistarco, hijo de Leónidas, que era demasiado joven. A los 5.000 espartanos y sus ilotas se unieron las demás tropas de la Liga del Peloponeso: los periecos de Lacedemonia, arcadios, eleos, corintios... El ejército que cruzó el istmo tenía más de 30.000 hoplitas más un número

indeterminado de infantería ligera, pero sin caballería.

Cuando Mardonio supo de la amenaza, se retiró de Atenas tras volver a quemarla. Las tierras del Ática no eran apropiadas para utilizar la caballería, salvo en la zona de Falero, donde ya en el pasado una tropa de jinetes tesalios había acabado con otra de espartanos. Pero si el ejército griego ocupaba los pasos del Citerón que conducían al norte, los persas se quedarían aislados en el Ática, sin flota. De modo que Mardonio optó por dirigirse a Beocia, donde tenía una base segura en la ciudad aliada de Tebas, y había llanuras adecuadas para desplegar su caballería.

Mientras los persas abandonaban el Ática, los hoplitas atenienses, unos 8.000 al mando de Aristides y otros generales, cruzaron de Salamina al continente y se unieron a las tropas de Pausanias junto a la ciudad sagrada de Eleusis. Allí los aliados pronunciaron un juramento solemne. Hay una inscripción del siglo iv con una versión de ese voto de la que extracto algunos pasajes:

Combatiré hasta la muerte, y no valoraré mi vida por encima de la libertad [...].1. No retrocederé a menos que mis jefes me ordenen hacerlo, y cumpliré todas las órdenes de los generales. Enterraré los cadáveres de mis camaradas en el campo y no dejaré a ninguno insepulto. Cuando derrotemos a los bárbaros, diezmaré la ciudad de Tebas. Jamás destruiré Atenas, Esparta, Platea ni ciudad alguna que haya luchado entre nuestros aliados, ni consentiré que se les haga pasar hambre ni se les corte el agua, estemos en guerra o seamos amigos.²¹

Al igual que el supuesto decreto de Temístocles, este texto debe respetar el espíritu de lo que los aliados juraron. Lo recordaremos cuando llegue el momento de hablar de los acontecimientos del año 404, tras la batalla de Egospótamos.

Con unos 40.000 hoplitas y tal vez 30.000 soldados de infantería ligera, Pausanias se dirigió a los pasos del Citerón, el monte que separaba las tierras del Ática de Beocia.⁶ Era el mayor ejército que habían reunido los griegos en toda su historia. Pero la hueste que tenían frente a ellos, con los refuerzos de Tebas y otras ciudades griegas, seguía superándolos ligeramente en número, y esta vez no había tropas de relleno con Mardonio.

LA BATALLA DE PLATEA

En agosto de 479 el ejército griego cruzó el paso de Eleuterias.²⁷ Ante ellos se extendía la llanura de Beocia, que llegaba hacia el noroeste hasta las alturas de los

montes Parnaso y Helicón, donde el poeta Hesíodo había recibido la visita de las Musas unos doscientos años atrás. A corta distancia del Citerón se hallaba el río Asopo, en cuyas orillas estaba el campamento de Mardonio, rodeado por una empalizada cuadrada de kilómetro y medio de lado.

Los griegos descendieron hacia la llanura, pero por el momento no salieron a ella. Al igual que habían hecho los atenienses en Maratón por temor a la caballería, se desplegaron justo al pie del Citerón, a unos tres kilómetros de las líneas persas. Estaban separados del enemigo por unas suaves colinas, y también por una zona de terreno que vista desde las alturas podía parecer llana, pero que en realidad se hallaba plagada de crestas, hondonadas y agujeros en el suelo.²⁸

Al ver que los griegos no mostraban intenciones de avanzar más, Mardonio empezó a enviar escuadrones de caballería para que los hostigaran. La razón de que quisiera incitar a los griegos al combate cuanto antes era, al parecer, que tenía problemas de suministros: ya no disponía de una flota, y los convoyes que le llegaban desde Tesalia eran atacados por guerrilleros focidios en las montañas. Cuanto antes liquidara la resistencia griega y pudiera organizar la nueva satrapía persa en Europa, mejor.

El jefe de la caballería persa era un tal Masistio, un tipo de dos metros de estatura que vestía una lujosa túnica púrpura y montaba un gran caballo de Nisea, la mejor raza de corceles de guerra del mundo. Los jinetes de Masistio debieron avanzar con cierto cuidado por el terreno que hemos descrito antes, pero al fin y al cabo se trataba de gente que prácticamente había nacido a lomos de un caballo y supieron sortear los obstáculos. Su ataque cayó sobre la zona donde estaban desplegados los megarenses, ya que habían comprobado que se encontraban más expuestos que los demás. Los de Mégara pidieron refuerzos, y un grupo de 300 atenienses de élite -ignoramos qué tipo de élite, pues Heródoto no añade más- acudió en su ayuda (9, 21).

Al llegar a cierta distancia de los enemigos, los persas les disparaban sus flechas y los insultaban para provocarlos a salir al llano. Los griegos debieron sufrir bastantes daños, sobre todo en su moral. El calor apretaba conforme avanzaba el día, pero les era imposible despojarse de sus armaduras ni un minuto ante la amenaza de aquel adversario huidizo contra el que no podían lanzarse al othismós, el combate cuerpo a cuerpo en el que eran expertos.

Pero Masistio se dejó llevar por la adrenalina y en una de sus cargas se acercó demasiado. Una flecha abatió a su corcel y el gigante persa dio con sus macizos

huesos en tierra. Varios atenienses se arrojaron sobre él y empezaron a golpearle con sus armas sin conseguir nada, hasta que uno de ellos le clavó la lanza en un ojo y lo mató. Fue entonces cuando descubrieron que por debajo de la túnica púrpura llevaba una armadura de láminas de oro que había detenido los golpes. El adjetivo que utiliza Heródoto, *khryséa*, podría referirse también a que se veían de color dorado, pero es raro que, si la coraza era de bronce, el historiador no usara el término *khalkéa*. No me extraña que un noble iranio llevara una armadura tan lujosa, pero sí que el oro resistiera tan bien los golpes. ¿Tal vez había láminas de oro y de bronce mezcladas, o simplemente informaron mal a Heródoto? El caso es que años más tarde los atenienses consagraron la armadura en el Erecteo de la Acrópolis como un objeto muy valioso.

La táctica de los jinetes persas era acercarse trazando círculos en el sentido de las agujas del reloj, disparar sus flechas y volver grupas para alejarse, en una forma de combatir que iba causando bajas entre los hoplitas y, sobre todo, minando su moral. En una de esas vueltas, los persas se dieron cuenta de que habían perdido a su jefe y volvieron al ataque para recuperar su cadáver. Esta vez no lo hicieron por escuadrones, sino en masa, y los atenienses que estaban despojando el cadáver tuvieron que ceder unos metros. Pero acudieron otros hoplitas y arqueros en su ayuda, y al final la caballería persa -es de suponer que se trataba de un grupo reducido que no llegaría a mil jinetes- se vio obligada a retirarse. La moral de los griegos subió mucho con esta escaramuza, y se dedicaron a exhibir el enorme cadáver de Masistio entre sus filas transportándolo con un carro como si fuera una especie de King Kong.

Después de esto, Pausanias adelantó sus líneas y las desplazó hacia la izquierda para acercarse a Platea, abandonada por sus moradores, salvo los 600 hoplitas que combatían al lado de los atenienses. La posición parecía más apropiada, pues en los alrededores de la ciudad disponían de mejor suministro de agua potable. Una vez llegados a la fuente Gargafia, sita en una pequeña elevación, Pausanias instaló allí su ala derecha, con 11.500 hombres entre espartanos, periecos y soldados de Tegea. Los demás contingentes se fueron desplegando hacia el oeste en un frente de varios kilómetros. En el centro, en una zona más llana, se colocaron tropas del Peloponeso y otros lugares, hasta 20 ciudades; quienes más hombres aportaban eran los corintios, con 5.000 hoplitas. Por fin, en otra elevación situada en el extremo izquierdo se colocaron los 8.000 atenienses con los 600 plateos.

De esta manera, los griegos se habían separado algo de las laderas rocosas del Citerón. Sus alas se hallaban en una especie de cresta desigual donde la caballería probablemente no se atrevería a atacarlos, pero el centro era más

vulnerable. Al otro lado del río Asopo, los persas habían seguido sus movimientos hacia el oeste y ahora se encontraban más cerca que antes, en una zona llana a la que los griegos tampoco se atrevían a salir. Salvando las diferencias topográficas, la situación se asemejaba a la de Maratón. Como había pasado allí, ambos ejércitos permanecieron una semana a la espera, cada uno a un lado del río.

Según Heródoto (9, 36), esa demora se debió a que los adivinos de los dos bandos no conseguían auspicios favorables al examinar las vísceras de las víctimas que sacrificaban todos los días. Pero también deja entrever que los griegos seguían recibiendo refuerzos por el mismo desfiladero por el que habían atravesado el monte Citerón, así que Pausanias tal vez estaba esperando a reunir más hombres, y no sería raro que el total del que hemos hablado -casi 40.000 hoplitas- no llegara a juntarse en realidad hasta la víspera de la batalla. Además, si los griegos cruzaban el Asopo se encontrarían con los flancos descubiertos ante los ataques de la caballería, mientras que la posición que ahora ocupaban tenía las alas algo más protegidas por el relieve del terreno.

Mardonio, por su parte, no se decidía a atacar de frente a los griegos. Tampoco lo había hecho Datis en Maratón, y quizá no debamos achacarlo todo al terreno más o menos inadecuado para la caballería. El sistema de combate de la falange griega se basaba en el choque frontal y brutal. Los persas luchaban de otro modo, con ataques de caballería, maniobras de desgaste y masivas andanadas de flechas. No era, por tanto, tan fácil que se decidieran a embestir contra la posición griega. En realidad, los dos generales jugaban a lo mismo: a que tarde o temprano uno de los dos no consiguiera mantener la suficiente disciplina y sus hombres se dejaran llevar por la impaciencia y cruzaran el río.

En la noche del octavo día, aconsejado por un tebano, Mardonio envió un nutrido destacamento de caballería al paso del Citerón, por donde seguían llegando refuerzos y provisiones a los griegos. De este modo interceptaron un convoy de 500 carros, mataron a los arrieros, a los escoltas y a las bestias de carga y volvieron con el botín. Era un golpe duro para los griegos, y de paso suponía provisiones extra para los persas.

Todavía transcurrieron unos días de inactividad, pero sólo por parte griega, pues los persas no dejaron de acosarlos con su caballería en ningún momento. Imaginemos la frustración de los hoplitas. No podían contestar los ataques de sus enemigos, que disparaban flechas y jabalinas desde lejos; era inútil que corrieran tras ellos, pues jamás los alcanzarían; y los proyectiles les obligaban a llevar todo el tiempo encima el escudo, el yelmo y la coraza bajo un sol de justicia.

Llegado el duodécimo día desde que cruzaron el Citerón, la situación era cada vez menos halagüeña para los griegos. Los convoyes ya no les llegaban, pues la caballería persa dominaba el paso del Citerón. Los jinetes se volvían más audaces a cada jornada que transcurría, y ahora su hostigamiento se extendía a todas las líneas, pero era especialmente dañino en la sección central del ejército griego, desplegada en un terreno más llano.

Aun así, Pausanias no lanzó a sus hombres al ataque. Mardonio ya casi no sabía qué hacer para conseguir que los griegos se decidieran de una vez a cruzar el Asopo y enfrentarse con él en la llanura. Decidido a apretarles las clavijas un poco más, envió a sus hombres a emponzoñar las aguas de la fuente Gargafia y cegarla con tierra y con piedras. Es llamativo que, hallándose tan cerca esta fuente de la posición espartana, sin embargo los hombres de Pausanias no hicieron nada por impedir la maniobra persa: la caballería les había comido la moral durante aquellos días.

Los griegos andaban cortos de provisiones, y ahora también les faltaba el agua, que en ningún momento había sido muy abundante (el hedor de su campamento debía llegar hasta las cumbres del Olimpo). Para quien quisiera beber, allí estaba el río Asopo, a unos cientos de metros: por desgracia, lo más probable era que quien lo intentase acabara convertido en un alfiletero, pues los jinetes persas lo patrullaban constantemente.

En ese mismo día 12, los generales griegos se reunieron con Pausamas para analizar la situación. La posición en la que se encontraban no podía mantenerse, aunque Heródoto nunca lo diga, había sido un error desde el primer momento. Sólo podían hacer dos cosas. O cruzaban el río y se arriesgaban a luchar en campo abierto contra un ejército algo superior en número y, sobre todo, contra la caballería que los estaba volviendo locos; o reconocían que se habían equivocado y retrocedían de nuevo hacia las faldas del Citerón. Allí volverían a tener agua y podrían reconquistar el desfiladero para recibir de nuevo convoyes de provisiones.

Fue esta última maniobra la que se decidió. Era lo que aconsejaba la prudencia, pero podía resultar muy dañino para la moral de los hombres: después de sufrir tantos días las flechas de los persas bajo el sol, los griegos no habían conseguido nada. Todo había sido en vano, y volvían a empezar de cero.

El plan era retirarse de noche, en el segundo turno de guardia, para que los persas no se percataran de la maniobra. Según Heródoto (9, 51), todos debían retroceder hasta una posición que los lugareños llamaban «la Isla», una pequeña

elevación del terreno situada entre dos brazos del río Oéroe. Pero allí no había sitio para todos, así que el plan no debía de ser exactamente ése. Aunque resulta arriesgado reconstruirlo, lo más fácil es pensar que cada línea tenía que recular manteniendo la posición relativa, de tal modo que al amanecer los atenienses siguieran a la izquierda en la citada Isla-, los corintios, megarenses y demás tropas en el centro y los espartanos a la derecha, cerca del paso del Citerón. Una vez todos en sus nuevos puestos, se llevaría a cabo una operación para recuperar el desfiladero y rescatar a los servidores del ejército griego que habían tenido que subir a las alturas por temor a los jinetes persas.

Ése era el plan, como digo. Pero en la historia militar griega las operaciones de noche casi nunca salían como estaban previstas. Recuerdo mis tiempos de la mili («¡Oh, Dios mío!», exclamarán algunos lectores, «¡sabíamos que tarde o temprano soltaría alguna batallita de la mili!») y las maniobras nocturnas en los campos de la Academia de Infantería de Toledo. Las colinas, las rocas y los árboles tienden a parecer iguales incluso de día, lo que explica que unos cuantos compañeros y yo casi acabáramos tomando a tiros -de fogueo, claro- las alturas del Parador de Turismo. Para colmo, de noche todo resulta mucho más confuso y es muy fácil extraviar el camino. Y eso que nosotros contábamos con mapas, brújulas y linternas, aunque éstas había que utilizarlas guareciéndose bajo el poncho para que la luz no nos delatara ante «el enemigo». En particular, una noche determinada tuvimos que infiltrarnos en las posiciones del adversario en largas columnas de marcha (después de haber caminado 70 kilómetros aquel día, dicho sea de paso). Aquella noche comprobé que uno puede dormir andando: entraba en sueño REM sin dejar de caminar y me despertaba cada vez que mi compañero de delante se detenía y la visera de mi gorra chocaba contra su espalda. En mi compañía no éramos ni de lejos 40.000, como los griegos, sino poco más de 100, y sin embargo hubo grupos que se extraviaron. Perdón, que nos extraviamos.

Sospecho, por experiencia propia, lo que pudo pasar en Platea. En la segunda guardia, el centro del ejército griego se puso en marcha. Pero en vez de dirigirse adonde se les había indicado, «alegres de escapar de la caballería, huyeron hacia la ciudad de Platea. Su huida terminó junto al templo de Hera, que está delante de la ciudad, a 20 estadios de la fuente Gargafia, y allí se detuvieron y depositaron sus armas» (Heródoto 9, 52).

Explicemos esto de la «huida». Cuando Heródoto compuso su obra, los atenienses y los corintios se llevaban a matar, y la mayoría de las fuentes orales que informaban al historiador eran de Atenas. Ya hemos visto cómo acusó a los corintios de querer desertar en Salamina, cuando en realidad habían llevado a cabo una

maniobra de distracción. Ahora Heródoto vuelve a tildarlos de cobardes, pero es injusto decir que huyeron: salieron a la hora que se les había indicado y se plantaron en línea delante de Platea. Lo que sí se puede pensar es que en la oscuridad de la noche se fueron desviando hacia su derecha, pues la posición en la que acabaron estaba casi dos kilómetros al oeste de la que deberían haber ocupado. Además, en el centro no sólo había corintios y megarenses, sino contingentes de hasta veinte ciudades, cada uno con sus propios mandos: el caos total. Me imagino a los ampraciotas susurrándose unos a otros: «¿Dónde estamos? ¿Por dónde hay que tirar?», y alguno de ellos contestando: «Seguid detrás de los de Hermíone, que tienen pinta de saber adónde van», cuando los de Hermíone estaban tan desorientados como ellos. Esas cosas pasan ahora, y pasaban entonces.

El extravío del centro del ejército afectó también a la maniobra de los atenienses. Cuando les tocaba ponerse en marcha, se encontraron con que miles de hoplitas se habían cruzado en el camino que les correspondía seguir. Es de suponer que Arístides envió exploradores por delante y que éstos, en lugar de encontrarse una senda despejada, vieron cómo, unidad tras unidad, los griegos del centro desfilaban frente a ellos entre las sombras. A no ser que hubiesen instalado una especie de semáforos, ¿cómo iban a atravesar los atenienses por en medio de las filas corintias, megarenses, etcétera? De noche era fácil asustarse y tomar a los amigos por enemigos,²⁹ así que lo mejor era quedarse quietos y esperar a que todo el centro hubiese pasado.

Mientras tanto, en el ala derecha también surgieron problemas. Según Heródoto (9, 53), un oficial llamado Amonfareto se negó a seguir las órdenes de Pausanias, pues era una deshonra retirarse ante el enemigo. Los expertos no suelen aceptar esta historia, pero con Amonfareto o no, cuando empezó a clarear los espartanos apenas se habían puesto en marcha. De modo que, al amanecer, la situación no era la que había previsto Pausanias. Más de 19.000 hoplitas se hallaban acampados delante de Platea, al oeste. Los 8.000 atenienses empezaban a bajar de la loma donde estaban, y los 11.000 lacedemonios y tegeatas hacían lo propio desde la colina del Asopo. El ejército griego se encontraba completamente roto y sus tres contingentes separados por distancias considerables.

Cuando el sol salió, Mardonio mandó a su caballería a hostigar a los griegos, como todos los días. Al descubrir que las posiciones de la víspera estaban desiertas, los jinetes se lanzaron en persecución del enemigo, tarea para la que la caballería antigua resultaba mucho más adecuada que para el choque frontal. Al parecer, el relieve no dejaba que Mardonio viera a los atenienses en retirada, tan sólo a los espartanos del ala derecha, así que se fue directo a por ellos, ya no sólo con su

caballería, sino también con la infantería. Al darse cuenta de que parte del ejército persa cruzaba el río Asopo, todos los demás asiáticos los imitaron en una ofensiva generalizada.

Pausanias, al verse acosado por la caballería persa y comprobar que tras ella venían miles de infantes armados con arcos, envió un mensajero para pedir refuerzos a los atenienses. Pero éstos tenían ya sus propios problemas, pues tras ellos venía la caballería tesalia y, sobre todo, la infantería tebanos. Como vecinos, atenienses y tebanos nunca se habían llevado demasiado bien: ahora tendrían ocasión de arreglar sus rencillas. En cuanto a los corintios y demás griegos que se habían desplegado delante de Platea, al percatarse de lo que ocurría se pusieron en marcha para socorrer a sus compatriotas; sobre ellos se lanzaron también contingentes persas al mando del general Artabazo. Así pues, la batalla de Platea se libró en tres frentes a la vez; aunque mi sospecha es que en el centro apenas se produjeron choques de consideración.

En la izquierda, atenienses y tebanos combatieron al viejo estilo de las falanges hoplitas «durante largo rato» (Heródoto 9, 67) aunque ya hemos visto que esto no puede significar varias horas, porque los hombres no aguantarían físicamente. La lucha debió de estar muy equilibrada, pero en un momento dado los tebanos se retiraron, no ya hacia el campamento persa, sino hacia su ciudad. En el campo dejaron 300 muertos, una cifra apreciable, pero que no suponía ni de lejos un desastre. ¿Qué había ocurrido para que decidieran abandonar el combate?

En realidad, el destino de la batalla se decidió en el ala derecha, donde combatían los espartanos contra el grueso del ejército iranio, mandado por Mardonio. Éste siguió utilizando las tácticas persas: acoso de caballería y andanadas de flechas. Sus guerreros de a pie disparaban desde detrás de los sparas, escudos de mimbre y piel casi tan altos como un hombre, que sujetaban los soldados llamados sparabara para proteger a los arqueros. Contra aquellos hombres se habían enfrentado los atenienses en Maratón de la única forma posible: cargando contra ellos y buscando el combate cuerpo a cuerpo, donde los proyectiles ya no servían de nada.

Pero Pausanias no se decidía a ordenar la embestida, y sus hombres recibían miles de flechas mientras él sacrificaba una víctima tras otra buscando augurios favorables en sus entrañas. ¿Ocurrió así de verdad? No hay que tomarse a la ligera la religiosidad de los griegos, pero también puede ser que Pausanias estuviera esperando a que las filas persas frente a ellos se hicieran más tupidas conforme llegaban más y más enemigos desde el otro lado del río. Puestos en la tesitura de

cargar, era mejor hacerlo contra un enemigo en formación compacta, ya que así los arqueros de las primeras filas no tendrían espacio para huir: los griegos estaban hartos de correr en vano detrás de enemigos que se retiraban.

Los hoplitas de Tegea que formaban junto a los espartanos, menos disciplinados que éstos, no aguantaron más y se lanzaron contra las líneas persas. Justo en ese momento, Pausanias acababa de levantar los brazos en dirección al templo de Hera, que debía verse a lo lejos, para rogar a la diosa: «¡Venerable señora, no frustres más las esperanzas de mis hombres!». La siguiente víctima cayó desangrada en el suelo, y sus entrañas dijeron a Pausanias: «OK».

Como once años antes habían hecho los atenienses, los lacedemonios cargaron. Eran 5.000 hombres, el mayor ejército espartano que se reunió en toda la historia, máquinas de matar fabricadas en la durísima y despiadada escuela de la agogé y educadas en el desprecio a la vida propia y a la ajena. Con ellos marcharon también los periecos, entrenados para ser casi tan duros como ellos, y todos juntos acudieron en auxilio de los bravos tegeatas.

Los espartanos y sus aliados chocaron como un tsunami contra la pared de escudos persas, que no debió aguantar demasiado tiempo. Los hombres de Mardonio dejaron sus arcos y recurrieron a sus lanzas y a sus sables, y se enzarzaron en el combate con tanto ardor que «los bárbaros aferraban las lanzas con las manos y las rompían» (Heródoto 9, 62), proeza nada desdeñable cuando hablamos de astiles de madera de cornejo y fresno de dos dedos de grosor. Pero, según Heródoto, aunque no cedían en valor ni en empuje ante los griegos, sus armas eran inferiores ya lo hemos visto al hablar de las Termópilas- y carecían de la destreza en el combate de sus adversarios. Para ser justos, la táctica más familiar para los persas no era la lucha cuerpo a cuerpo, y además se enfrentaban con los únicos guerreros profesionales de toda Grecia.

Aun así, la batalla debió de estar igualada durante un rato, pues los persas compensaban con su superioridad numérica la inferioridad en armamento. Pero les ocurrió lo mismo que a los mercenarios griegos ochenta años más tarde en la batalla de Cunaxa: perdieron a su jefe. Mardonio iba montado en un caballo blanco y debía de ser bien visible por su armadura, su túnica púrpura y los estandartes que lo rodeaban. Un espartano llamado Arimnesto, olvidándose de los prejuicios contra la lucha a distancia, tomó una piedra del suelo y se la lanzó con tal puntería que le abrió la cabeza y lo descabalgó (Plutarco, Arístides, 19).

En el momento en que perdieron a su general, el desánimo cundió entre las

filas persas, que por fin cedieron y empezaron a huir (la noticia llegó minutos después a los tebanos, que por ese motivo decidieron abandonar el combate contra los atenienses). Había llegado el momento de la matanza, y los espartanos, que en otras circunstancias no perseguían demasiados metros a sus adversarios, se aplicaron con fervor: esta vez no luchaban contra griegos, sino contra invasores a los que había que borrar del mapa.

Los persas cruzaron el río Asopo y se retiraron a su empalizada, donde trataron de hacerse fuertes tras los muros de madera. Pero no tardaron en llegar también los atenienses, ya que después de la retirada de los tebanos el terreno les había quedado despejado. Allí, tras un largo asalto, abrieron brecha en un punto de la empalizada y los tegeatas en otro. A éstos les correspondió el honor de llegar los primeros a la espléndida tienda de Mardonio. Encerrados en su propia empalizada, sin jefe y sin posibilidad de huir, los persas murieron a millares. Según Heródoto (9, 70), perecieron más de 250.000. Dividamos entre 10 la cifra, porque al parecer muchos tuvieron la prudencia de escapar hacia el norte con el general Artabazo y no meterse en la ratonera que era su propia empalizada.

Aquel día, que había empezado de manera tan desastrosa, con los griegos diseminados entre el monte Citerón y el río Asopo, terminó con la victoria definitiva de aquella guerra. Los supervivientes persas, conducidos por Artabazo, atravesaron Tesalia y llegaron a Bizancio, desde donde cruzaron a Asia. Ningún otro ejército persa volvería a pisar Grecia.

EPÍLOGO: EL BOTÍN

La invasión de Jerjes había provocado mucho sufrimiento y muchos daños materiales, pero la victoria de Platea ofreció compensaciones. La tienda de Mardonio, en la que un año antes se había alojado Jerjes, era de por sí espectacular, y décadas después los atenienses imitaron su forma en la construcción conocida como Odeón. Dentro había un enorme pesebre de bronce que les correspondió a los tegeatas. Pero también se encontraron muchos otros tesoros, tanto en esa tienda como en las demás. La propia tela de los pabellones estaba recamada con hilos de oro y plata, y dentro había todo tipo de copas, vasijas, calderos y ánforas de metales preciosos, así como divanes de madera bellamente tallados con incrustaciones de plata y de oro. Estos metales abundaban también en las armas de los muertos, hasta el punto de que los griegos, embriagados con el brillo del metal, apenas reparaban en la ropa, «a pesar de sus suntuosos bordados» (Heródoto 9, 80). No obstante, imagino que en una segunda pasada también desnudaron a los muertos.

Cuando reunieron todo, los vencedores consagraron la décima parte al Apolo de Delfos, como habían prometido: el oráculo, que tan poco había ayudado a la causa griega, al final salía ganando. En el istmo de Corinto se erigió una estatua de bronce de Poseidón de más de tres metros y en Olimpia otra de Zeus aún más grande. Los combatientes se repartieron entre ellos el resto del botín, en el que se incluían las concubinas de los oficiales persas. A Pausanias, como general en jefe, se le otorgó más porción del botín que a ningún otro, incluyendo mujeres, carros, caballos y camellos.

Es probable que, en aquel momento, el regente espartano -no olvidemos que gobernaba en nombre del hijo de Leónidas- se sintiera en la cima del Olimpo, como uno más de los inmortales. Quizá eso desató su soberbia y precipitó su posterior caída. Porque, como veremos en el siguiente capítulo, los grandes beneficiarios de la victoria griega no fueron ni los espartanos ni Pausanias, sino los atenienses. A partir de Platea, que había sido un triunfo sobre todo de Esparta, Atenas emprendería un despegue que la llevaría a construir su propio imperio en el Egeo.

E

l periodo que transcurre entre el final de las Guerras Médicas (479) y el inicio de la Guerra del Peloponeso (431) suele denominarse «Pentecontecia», que significa «periodo de cincuenta años». Aunque esta época está más cercana en el tiempo que las Guerras Médicas, su desarrollo histórico es peor conocido. Para estudiarla, nos basamos en el resumen que hace Tucídides en el libro 1 de la Historia de la Guerra del Peloponeso o en los datos que nos ofrecen historiadores menos fiables, como Diodoro de Sicilia. Plutarco es otra fuente importante, pero hay que tener en cuenta que en realidad se trataba de un moralista, no de un historiador, y que escribió en la época romana. Se hallaba más lejos de los hechos de la Pentecontecia que nosotros del Descubrimiento de América. A favor tenía el hecho de que podía acceder a numerosas obras que hoy se han perdido.

Tras Platea, el panorama cambió de forma radical en sólo dos años. Aunque difícil y casi inesperada, fue una victoria al fin y al cabo y alejó definitivamente el fantasma persa de Grecia continental. Por las mismas fechas en que se combatía en Platea, la flota griega libró otra batalla en el promontorio de Micalé, cerca de Mileto. Allí, bajo el mando nominal del rey espartano Leotíquidas y el efectivo del general ateniense Jantipo, los griegos sorprendieron varada en la orilla a la armada persa. Ésta no debía ser ni de lejos tan grande como la que había invadido Grecia el año anterior, pues Jerjes había licenciado a buena parte de la flota; no obstante, el ataque supuso un golpe devastador para el poder persa en el Egeo. Los barcos ardieron en la orilla, mientras las tropas griegas atacaban el campamento enemigo. Para colmo de males -desde el punto de vista persa-, los jonios se sublevaron y ayudaron a sus parientes del continente a rematar la victoria. Al mismo tiempo, se extendieron las revueltas por las demás ciudades jonias, y las islas de Samos, Lesbos y Quíos se sumaron a la alianza griega.

El círculo abierto hacía veinte años se había cerrado. Lo que pareció una locura una generación antes, la revuelta jonia, había dado sus frutos. Los jonios volvían a ser libres.

EL FINAL DEL LIDERAZGO ESPARTANO

El trabajo no había terminado con Platea ni Micalé, pues aún quedaban

enclaves persas en el Egeo, sobre todo en los estrechos, la delicada zona de contacto entre Asia y Europa. En el curso normal y previsible de las cosas, Esparta debería haber seguido dirigiendo la alianza griega. Aunque al principio de la guerra su conducta había sido dudosa, incluso un fracaso como el de las Termópilas se había convertido, gracias al honorable sacrificio de Leónidas y sus hombres, en una gloria propagandística. Y nadie podía discutir que en Platea los espartanos habían cargado con el peso de la acción. Pero Esparta dilapidó su crédito rápidamente, en parte por las acciones de Pausanias y en parte por incapacidad y falta de vocación para capitanear a los demás. ¿Qué había cambiado para que renunciara de esa forma al liderazgo al que tan tenazmente se había aferrado año y medio antes, hasta el punto de rechazar la ayuda de Siracusa por no ceder el mando?

Tras Platea y Micalé, la guerra había dejado de ser defensiva. Grecia continental estaba limpia de enemigos, pero los griegos comprendían que la situación en el Egeo no sería estable mientras cada orilla estuviera en manos de una potencia diferente. Así debió pensarlo Darío cuando envió a Mardonio a ocupar Tracia y a Datis a conquistar Atenas en la campaña de Maratón: si ambos litorales eran persas, su imperio estaría mucho más tranquilo y seguro.

Ahora, eran los griegos quienes pensaban como Darío. Aún no se les había pasado por la cabeza conquistar todo el Imperio persa, un proyecto que empezaron a concebir varias mentes en Grecia a partir del año 400. Pero sí podían convertir el Egeo en un mar helénico, de modo que sus flotas pudieran conseguir siempre fondeaderos seguros. Para ello, tenían que seguir luchando, y hacerlo a la ofensiva y en escenarios cada vez más alejados de sus bases.

Una campaña de estas características rebasaba el alcance y la comprensión de la política espartana. A Platea habían enviado 5.000 hoplitas, pero no podían volver a arriesgar tantas tropas fuera de casa, pues la amenaza de una revuelta ilota era una espada que colgaba sobre sus cabezas. Además, la guerra en el Egeo sería fundamentalmente naval. Esparta no poseía experiencia marinera, ni probablemente deseos de luchar en una campaña protagonizada por las capas inferiores de la sociedad (el número de hoplitas en cada nave era muy reducido en comparación con el de remeros y marineros).

En suma, Esparta no tenía ningún interés real en proseguir la guerra. Su territorio estaba seguro, así que podía regresar a su burbuja temporal y encerrarse en su mundo agrario y aristocrático, lejos del desarrollo histórico que se producía en el resto de Grecia. Eran las ciudades de Jonia, de la costa de Tracia y de las islas las que deseaban borrar del Egeo los últimos restos del poderío persa, pues en ello

les iba su independencia política y económica. La solución que habían propuesto los espartanos para ellos, regresar en masa a Grecia, les parecía inaceptable, y además habría sido una locura imposible. En el pasado habían emigrado huyendo de la superpoblación de sus ciudades. ¿Cómo iban a volver ahora?

A pesar de lo dicho, Esparta siguió actuando en los primeros años de este periodo como líder de Grecia. La razón, como tantas veces en la historia, tenía que ver con un solo individuo: Pausanias, un personaje tan activo como lo había sido Cleómenes y con ideas igualmente expansivas.

El regente se había convertido en el gran héroe de la ciudad y de toda Grecia por su generalato en la victoria de Platea (pese a los numerosos errores que tanto él como otros cometieron en la batalla). Gracias a la reputación ganada, Pausanias mandó las tropas que durante el año 478 conquistaron la mayor parte de Chipre y después la ciudad de Bizancio. Cuando tomaron ésta, el espartano empezó a comportarse como un déspota oriental. Tal vez la púrpura se le subió a la cabeza, o es que su verdadera naturaleza asomaba al verse lejos de la ciudad de Esparta, de sus rígidas normas y de su sobriedad impuesta por ley y costumbre. Era un tópico que los lacedemonios se corrompían fácilmente lejos de su tierra,' y la tentación crecía ahora, con la cantidad de botín que estaba cayendo en manos de los griegos. Al contemplar las lujosas tiendas de los persas y descubrir el refinamiento con que vivían sus oficiales, Pausanias adquirió las costumbres de un sátrapa e incluso empezó a utilizar ropas persas.

Los griegos sentían una curiosa mezcla de fascinación y repulsión por la vestimenta oriental. Antes de las Guerras Médicas ya se habían puesto de moda muchas prendas asiáticas, y después de ellas, cuando se pasó la histeria antipersa, volvió a ocurrir. Por ejemplo, sabemos que en época de Aristófanes había unas zapatillas muy populares entre las mujeres llamadas «pérsicas». Siglo y medio después, Alejandro también adoptaría ropaje oriental, lo que le acarreó problemas con sus hombres.

EL VESTIDO GRIEGO

Básicamente, los griegos usaban dos prendas: la túnica y el manto. Los tejidos más comunes eran la lana y el lino. La seda y el algodón eran productos exóticos y muy caros que apenas se usaban.

La túnica consistía en un simple rectángulo de tela al que se daban formas variadas enrollándolo alrededor del cuerpo con diversas longitudes. Para sujetarla se usaban broches, alfileres y a veces unos cuantos puntos de costura. Permitía mucha libertad de movimientos, pero a menudo dejaba ver partes del cuerpo, como los famosos muslos de las muchachas espartanas. El tipo más habitual de túnica, el quitón, se sujetaba o ataba en los dos hombros y se ceñía con un cinturón. La de los hombres llegaba hasta las rodillas, aunque en ocasiones solemnes se llevaban túnicas hasta los pies.

La túnica femenina era similar. Tan sólo variaba la forma de ponérsela y los estampados y colores, más variados. Normalmente la pieza de tela era tan larga que se podía doblar sobre el cuerpo como si fuera una blusa vestida sobre la túnica. Además, las mujeres se ajustaban la prenda en la cintura o las caderas para que al caer formara un fino drapeado, e incluso plisaban el tejido con las uñas. Los dos tipos básicos de túnica eran el peplo de lana, más sencillo y prendido con fibulas, y el quitón de lino, cosido por los lados. Como el lino abrigaba menos y era más transparente, lo normal era que se pusieran un manto encima.

El manto o himation era otro rectángulo de lana, pero más grueso, y se echaba encima del cuerpo sin ajustarlo con nada. Solía enrollarse alrededor del brazo izquierdo, de modo que el derecho quedaba libre. Había quienes vestían tan sólo el manto, bien por pobreza o bien por querer aparentarla, como ciertos filósofos, entre ellos, Sócrates y Diógenes. Los soldados y viajeros usaban un manto más corto, la clámide, que sí se sujetaba a los hombros.

La túnica misma servía de ropa interior para la casa: cuando uno se quitaba el cinturón era como si se quedara en pijama y zapatillas. Había quienes debajo no llevaban nada, pero otros se ponían el llamado perizoma, una especie de taparrabos que también usaban las mujeres, sobre todo durante la menstruación. Además, ellas se envolvían los pechos con una banda llamada stróphion a modo de sujetador.

Pero Pausanias no se limitó a la ropa, sino que adoptó modales de autócrata: insultaba e imponía castigos físicos a sus subordinados, y cuando llegaba la hora de repartir el botín lo acaparaba todo como Agamenón en la Ilíada. Los espartanos, acostumbrados a la disciplina, podían consentírsele con mejor o peor cara. Pero no así el resto de los griegos. Los aliados se quejaron a las autoridades de Esparta y, para colmo, lo acusaron de haber entrado en tratos con Jerjes, a quien le habría pedido la mano de su hija a cambio de entregarle Esparta y el resto de Grecia. No es imposible que así ocurriese, porque los persas, como el Imperio Romano en sus relaciones con los bárbaros, sabían recurrir a la diplomacia cuando sufrían alguna

derrota militar.

Los éforos llamaron al regente a Esparta, donde lo juzgaron por traición. Aunque fue absuelto por falta de pruebas, se le prohibió mandar más ejércitos: los espartanos habían decidido renunciar definitivamente a las operaciones en el Egeo y abandonaron la alianza con Atenas y el resto de los jonios.

No obstante, Pausanias se las arregló para dirigirse a Bizancio en una nave prestada, y allí volvió a las andadas. Cuando los atenienses se hartaron de su arrogancia y lo expulsaron de la ciudad, Pausanias se instaló en la comarca de la Tróade, hasta que los éforos lo reclamaron por segunda vez a Esparta enviándole un heraldo oficial. Pero tampoco esta vez consiguieron demostrar nada contra él.

Pausanias, que no estaba destinado a ser rey, se había acostumbrado al poder y no quería renunciar a él de ninguna manera, de modo que emprendió una huida hacia delante. Se cuenta que llegó a organizar una revuelta de los ilotas, pero hay ciertos motivos para dudar de esta información. Aunque el miedo a los ilotas en Esparta estaba bien fundado, también tenía algo de patológico. Acusar a un espartano de pro ilota debía ser como llamarlo comunista en la América de McCarthy o burgués en la China de Mao: empezaban los gritos y se acababan los argumentos.

Según Tucídides (1, 133), uno de los ilotas implicados en la supuesta rebelión actuó de chivato policial de un modo muy peculiar. En la cabaña donde el ilota citó a Pausanias, los éforos hicieron construir un compartimento disimulado tras un tabique y se escondieron detrás de él para escuchar la conversación: ellos mismos actuaron como micrófono oculto.

Al enterarse de que lo iban a detener, Pausanias se acogió a sagrado en el templo de Atenea Calcieco, «la de la morada de bronce». Sacarlo recurriendo a la violencia habría sido un sacrilegio, así que los éforos se limitaron a acordonar el santuario y a tapiar la entrada. Se cuenta que su madre Teano fue quien puso la primera piedra para que no pudiera salir, pues prefería tener un hijo muerto que traidor.' Quienes hayan visto Yo, Claudio recordarán la terrible escena de Antonia montando guardia en la puerta de los aposentos donde deja morir de hambre a su hija Livila.

Pasados unos días, los éforos vieron por un hueco abierto en el tejado que Pausanias estaba a punto de fallecer de inanición. Fue entonces cuando entraron en el templo y lo sacaron a rastras de él, ya sin que ofreciera resistencia. No obstante,

incluso esa acción se consideró un sacrilegio, y para compensarla los éforos tuvieron que hacer dos estatuas de bronce y consagrarlas en el templo en honor de Pausanias. Todo esto ocurrió hacia el año 471 o 470, aunque la fecha no está nada clara, ya que se calcula cotejándola con otros acontecimientos.

No fue Pausanias el único que tuvo un fin lamentable. Antes que él, Leotíquidas había sido acusado de aceptar sobornos en Tesalia, y para evitar que lo juzgaran optó por no regresar a Esparta, de modo que los éforos lo depusieron in absentia. Todo ello hundía el prestigio de Esparta en el resto de Grecia, mientras que en el interior corroboraba las teorías de los conservadores que pensaban que las influencias exteriores eran muy negativas, pues pervertían el carácter espartano.' Es posible que las acusaciones contra Pausanias y Leotíquidas fueran, si no falsas, sí exageradas, y que los éforos actuaran contra ellos por recelo, temerosos del prestigio personal que estaban consiguiendo gracias a sus éxitos militares en el exterior. Las luchas internas por el poder pueden atentar contra los intereses generales de una ciudad (y de un partido político, por cierto). Además, desde el punto de vista de los éforos, lo mejor para Esparta era que las cosas siguieran como hasta ahora: su sistema político, considerado el más estable, podía sufrir perturbaciones devastadoras en contacto con el mundo exterior.

LA LIGA DE DELOS

Los atenienses carecían de tales prejuicios contra el cambio. Aunque, entre ellos había conservadores, en general tendían al neoterismós, el amor por las novedades. Además, después de la guerra, pese a que habían visto su patria devastada por dos veces, estaban muy crecidos. Una muestra: antes de Maratón, el dramaturgo Frínico había pagado una multa de 1.000 dracmas, casi tres años de sueldo para un operario especializado, por tratar temas de actualidad en La caída de Mileto. Sin embargo, tras Salamina y Platea, el mismo Frínico pudo escribir Las fenicias -tragedia perdida-, y Esquilo Los persas -que sí se ha conservado-, ambas sobre las Guerras Médicas. El poeta Simónides, muy anciano, también compuso poemas sobre las batallas navales de Artemisio y Salamina. Aquél era el momento del optimismo y del autobombo en Atenas. Después de las tribulaciones que habían pasado, creo que se lo merecían. En este clima de confianza, los atenienses decidieron recoger el testigo que cedía Esparta y se convirtieron en líderes de Grecia.

Aquello no ocurrió de la noche a la mañana, pero casi. Tras la batalla de Platea, los soldados atenienses volvieron al Ática, donde se reunieron con sus familias. Por dos veces habían tenido que abandonar su patria, pero estaban

decididos a que no volviera a ocurrir jamás. Obviamente, era imposible fortificar toda el Ática, pero sí podían rodear la ciudad con unas murallas lo bastante sólidas como para acoger durante un tiempo a todos los habitantes de la región.

El problema era que los espartanos recelaban de los muros. En su propia ciudad no existían, pues consideraban que el mejor baluarte era el valor de sus ciudadanos. Su argumento era que una ciudad fortificada podía convertirse en el bastión inexpugnable de los persas si triunfaban en una nueva invasión. Obviamente, si las demás ciudades no disponían de murallas, los espartanos, casi invencibles en campo abierto, podrían entrar en ellas cuando quisieran y cambiar regímenes políticos a su antojo. Corrijo. La expresión «a su antojo» implica cierta arbitrariedad, y no era ése el caso: siempre instauraban oligarquías.

En aquel momento volvió a aparecer Temístocles, de cuyas actuaciones durante el año de Platea y Micalé apenas se sabe nada. El héroe de Salamina convenció a sus conciudadanos de que levantaran cuanto antes un muro defensivo. Las excavaciones han demostrado que en los sillares inferiores de los llamados «muros de Temístocles» se usó material de todo tipo, incluyendo lápidas y los tambores de las columnas de un templo de Zeus que nunca llegó a erigirse. La muralla, una vez construida, tenía una base de sillares de piedra de un metro de altura sobre la que se elevaban 7 metros más de ladrillo, y medía 2,5 metros de anchura. El relleno entre los paramentos laterales de ladrillo era de tierra y cascotes, lo habitual en las fortificaciones griegas.

Mientras todos los atenienses, mujeres y niños incluidos, se esforzaban por levantar la muralla hasta una altura suficiente para defenderse de posibles atacantes, Temístocles acudió a Esparta como embajador. Desde la batalla de Salamina, mantenía buenas relaciones con los espartanos, que, según Plutarco «le otorgaron una corona de olivo en reconocimiento de su sabiduría, le regalaron el mejor carro de la ciudad e hicieron que trescientos jóvenes lo escoltaran hasta la frontera» (Temístocles 18). Ese número de jóvenes se parece sospechosamente al de la guardia real, un honor inusitado para un extranjero.

Al mismo tiempo que Temístocles negociaba con los espartanos sobre la muralla, los atenienses la construían. Cuando las paredes ya estaban a la mitad de su altura, el estadista confesó a los espartanos que les había engañado. Es posible que pensaran en tomar represalias contra él, pero no las materializaron: siguiendo instrucciones de Temístocles, los atenienses habían retenido a su vez a unos embajadores espartanos. Al final se procedió al intercambio de rehenes: perdón, quería decir de diplomáticos y Esparta tuvo que aceptar la muralla de Atenas como

un hecho consumado. Aunque los lacedemonios habían honrado a Temístocles de la forma que acabamos de comentar, después de este incidente las relaciones con él no volvieron a ser las mismas. Parece evidente que el político ateniense quería que su ciudad fuera la primera potencia de Grecia, y eso significaba colisionar inevitablemente con los intereses de Esparta. Pero hay que tener en cuenta además las luchas políticas dentro de la propia Esparta: Temístocles era amigo personal de Pausanias, lo que significaba que los numerosos enemigos que éste tenía dentro de la ciudad también lo serían del ateniense.

Tiempo después, en la década de 450, siguiendo un antiguo proyecto de Temístocles, los atenienses completaron la fortificación de su ciudad construyendo los llamados Muros Largos. Uno de ellos, de 6 kilómetros de longitud, bajaba hasta el Pireo, y el otro, de 5 kilómetros, llegaba hasta Falero, de modo que todos los puertos de Atenas quedaban protegidos. Más tarde, por consejo de Pericles, se construyó un muro paralelo al del Pireo, de tal manera que entre ambos quedaba un corredor de unos 170 metros de anchura. Al estar tan cerca ambas murallas, eran mucho más fáciles de defender, y en medio quedaba espacio de sobra para que las personas y las mercancías bajaran y subieran desde el Pireo. De este modo, si Atenas sufría un asedio, tenía asegurada la salida al mar, lo que la convertía en una ciudad inexpugnable, ya que sus barcos dominaban el Egeo. Después de la construcción del tercer muro, el de Falero fue prácticamente abandonado.

Una vez protegido su propio corazón, Atenas podía soñar en empresas fuera de sus fronteras. Debido a los abusos de Pausanias y a la torpeza de Esparta, los demás griegos se volvieron hacia los atenienses en busca de liderazgo. En el año 477 nació la Liga de Delos. Se trataba de una alianza defensiva con el fin de luchar contra los persas y evitar que alguna ciudad griega volviese a caer en su poder. Atenas la dirigía, ya que se trataba de una alianza marítima y era el estado que más barcos poseía.

Prácticamente todas las polis situadas a orillas del Egeo formaban parte de la Liga de Delos, y también las que se encontraban junto al pequeño mar conocido como Propóntide -hoy mar de Mármara- que unía el estrecho de los Dardanelos con el Bósforo. Cada estado contribuía con naves de guerra o con fondos destinados a costear las expediciones contra los persas; el total de dichos fondos ascendía a 460 talentos de plata al año. Al principio había más de 150 estados que pagaban tributo, pero a Atenas le interesaba que cada vez más ciudades renunciaran a poner barcos y aportaran dinero en su lugar, pues eso le permitía dirigir la flota casi a su albedrío. Aunque las islas grandes como Quíos, Samos o Lesbos siguieron manteniendo en todo momento sus barcos, el número de miembros que se pasó al sistema de cuotas

llegó a 190 en años posteriores.

Gracias al dinero de los aliados, Atenas llegó a tener hasta 300 trirremes. Aunque no todos navegaran a la vez, para equiparlos hacían falta unas 60.000 personas: ni aunque hubiesen puesto a bogar a los Eupátridas en la sentina del barco habrían conseguido tantos remeros atenienses. Eso significa que en los barcos de Atenas remaban muchos extranjeros. En realidad, la Liga de Delos funcionaba como un mecanismo de redistribución. Los impuestos que pagaban los miembros de la Liga salían principalmente del bolsillo de los ricos. Atenas los recaudaba y con ello pagaba a los remeros de su flota... que en muchos casos eran los ciudadanos pobres de las polis de la Liga. Así que el dinero circulaba por el Egeo y todos prosperaban, pues además la flota garantizaba que el mar estuviera libre de piratas y el comercio fuese mucho más seguro.

La sede central de la Liga se hallaba en la isla de Delos. Este pequeño islote, en el que habían nacido Ártemis y Apolo, era el santuario más importante de los jonios. Allí se celebraban los sínodos o reuniones de la Liga, en los que no está claro si todos los miembros votaban en igualdad, como había ocurrido durante la guerra contra los persas, o si los atenienses tenían algún tipo de veto. Pero era evidente que ellos dominaban la alianza.

¿En qué momento se convirtió la Liga en un imperio? Los socios habían acordado libremente pagar el tributo, pero los atenienses revisaban cada cuatro años las cuotas, y a veces las subían de forma extraordinaria. Cuando algún miembro se retrasaba en el pago le cobraban intereses de demora. Los aliados podían reclamar si consideraban que se había cometido alguna irregularidad en el cobro, pero los pleitos relativos al funcio namiento de la Liga se solventaban en Atenas. Y no sólo éstos. Llegó un momento en que todos los juicios que implicaban atimía, es decir, pérdida de derechos ciudadanos, se acabaron celebrando en Atenas. Puesto que los jurados llegaron a cobrar unas dietas diarias de dos o tres óbolos, ésta era una manera de financiar al pueblo ateniense.

En el año 454 se perdió una flota en Egipto, lo que sembró el temor de que la armada persa aprovechara este revés griego para contraatacar. Con la excusa de la seguridad, Atenas trasladó los fondos de la Liga de Delos a su propia ciudad. Se ha calculado que la suma depositada en Atenas a principios de la década de los cuarenta ascendía casi a 10.000 talentos. Era un paso más en la transformación de la alianza en imperio, puesto que los funcionarios encargados de la administración de este caudal, los helenotamías, también eran atenienses. De ahí a utilizar esos fondos en provecho propio sólo mediaba un paso, que dio, como veremos, Pericles. En

todo esto se detecta cierto tufillo a imperialismo. Para colmo, a partir de estas fechas dejaron de celebrarse los sínodos de los aliados: Atenas mandaba, y los demás obedecían.

Una vez alejada la amenaza persa tras la llamada Paz de Calias, la Liga de Delos habría debido disolverse, o eso pensaban algunos de los estados integrantes. De hecho, en torno al año 450 hubo varios miembros de la Liga que trataron de borrarse de ella. Los atenienses les obligaron a volver a la fuerza: desde ese momento ya podía hablarse de imperio en términos descarnados. Además, Atenas llevaba a cabo otras prácticas abiertamente imperialistas, como la de establecer cleruquías en tierras confiscadas a enemigos o a miembros rebeldes de la Liga de Delos: así lo hizo en Eubea, en Naxos, en Andros y en el Quersoneso. Los colonos atenienses que se instalaban en estas cleruquías normalmente eran miembros de la cuarta clase que, al recibir una parcela de tierra, ascendían a la tercera clase, la de los zeugitas, y a partir de ese momento servían como hoplitas en el ejército.⁴

En el año 447 se dio un paso más en la unificación de este peculiar imperio con el decreto que imponía la moneda, los pesos y las medidas de Atenas a todos los aliados. Aunque era una medida beneficiosa para el comercio, muchos miembros de la Liga estaban resentidos por considerarla un paso más en la pérdida de su independencia. Eso explica que a lo largo de los años se produjeran rebeliones como las de Eubea, Naxos o Samos.

EL OCASO DE TEMÍSTOCLES

Temístocles había hecho grande a Atenas. Primero había propuesto a sus conciudadanos que acondicionaran el Pireo, tarea que prosiguió durante toda la primera mitad del siglo v. Después, los convenció para que construyeran la mayor flota de Grecia. Por último, gracias al ardid de Temístocles, Atenas había conseguido unas murallas prácticamente inexpugnables. ¿Qué recompensa obtuvo el estadista?

Según Plutarco, en los juegos Olímpicos del año 476 el público se dedicó a ovacionar a Temístocles como si fuera uno de los deportistas que competían en la pista. Él, al darse cuenta, dijo: «En este día he recogido el fruto de mis esfuerzos por Grecia» (Temístodes 18). Espero que, efectivamente, disfrutara de aquella jornada, porque a partir de aquel momento no atravesó su mejor racha.

Bien fuera porque empezó a despertar antipatías, como sugiere Plutarco, porque el pueblo se había aburrido de él y prefería a líderes más jóvenes como

Cimón o porque los atenienses pensaron que convenía dar un giro más pro espartano a la política, Temístocles fue condenado al ostracismo a finales de la década de 470. No era la primera vez que un héroe de guerra sufría castigo o condena. A Milcíades lo sancionaron con una desmesurada multa de 50 talentos después de Maratón por fracasar en una campaña contra la isla de Paros, y al no poder pagarlos el general murió en prisión.

El ostracismo, como ya vimos, no suponía pérdida de derechos ni confiscación de bienes. Temístocles se retiró al Peloponeso, donde vivió durante un tiempo en Argos. Por aquel entonces, se instauró un régimen democrático en esta polis que quizá tuviera algo que ver con las actividades de Temístocles. Parece que también se dedicó a visitar otras ciudades del Peloponeso, lo que despertó los recelos lógicos de Esparta: conociendo al personaje, debía estar intrigando para que establecieran democracias. De modo que lo acusaron de complicidad con Pausanias en sus tratos con Jerjes, y los atenienses creyeron la imputación; algo en lo que, sin duda, influyó que la asamblea estuviera dominada por su rival Cimón.

Cuando los atenienses enviaron embajadores a Argos para detenerlo y llevarlo de vuelta a la ciudad, donde debía ser juzgado, Temístocles escapó. Su periplo fue una auténtica odisea digna de Richard Kimball. Primero viajó a Corcira, donde tenía buenas relaciones, y luego a Epiro. Allí se reunió con su abundante familia, a la que un amigo había sacado de Atenas en secreto. Temístocles se había casado dos veces y había tenido cuatro hijos, tres de los cuales estaban vivos, y cinco hijas.

De Epiro pasó a Asia. Para entonces, no sólo lo perseguían los atenienses, sino el Gran Rey, que había ofrecido la impresionante suma de 200 talentos por su captura. A estas alturas, debía tratarse ya de Artajerjes. Así, al menos, lo asegura Tucídides, aunque el experto en la Persia aqueménida Pierre Bryant piensa que pudo presentarse todavía ante Jerjes. Con su audacia habitual, Temístocles se dirigió al corazón del Imperio persa en un carruaje cerrado, como si fuese una cortesana joniana enviada de concubina para un noble persa. Una vez llegado a la capital -es de suponer que Susa o Babilonia-, Temístocles se presentó en la apadana o sala de audiencias de Artajerjes y, con el estilo tan dramático al que parecía aficionado, reveló su identidad.

Pese a que muchos consejeros le sugerían lo contrario, el rey recibió a Temístocles e incluso le dio los 200 talentos de la recompensa, ya que se había entregado él mismo. Que la corte persa acogiera a un antiguo enemigo no era extraño: ya lo había hecho con desterrados y resentidos de las ciudades griegas

como el tirano Hippias o el rey Damarato. Parece que Artajerjes agasajó a Temístocles como huésped, escuchó sus consejos y le otorgó tres ciudades de Asia Menor, Magnesia, Lámpsaco y Miunte, para que, en palabras de Plutarco, «le dieran pan, vino y comida» (Temístocles 29).

Con el tiempo, Temístocles se instaló con su familia en Magnesia. Vivía con más lujo, sin duda, que en Atenas, aunque algunos detalles demuestran que debía sentir nostalgia de su patria. Por ejemplo, en una visita a Sardes vio una estatua femenina que él mismo había consagrado en Atenas cuando era inspector de aguas, pagándola con las multas cobradas a quienes robaban o desviaban las conducciones de agua de los vecinos (hoy quizá habría multado a los que roban las conexiones wii). El corazón se le debió de conmovir y trató de convencer al sátrapa de Lidia de que la devolviera a Atenas, pero la jugada le salió mal y estuvo a punto de costarle el favor real.

Cuando estalló de nuevo una guerra abierta entre Persia y Atenas por el apoyo que ésta dio a la rebelión de Egipto, Artajerjes envió una carta a Temístocles para exigir su consejo y ayuda en la inminente campaña. A Temístocles debió parecerle que una cosa era vivir mantenido por los antiguos enemigos y otra muy distinta ayudarles a derrotar a su patria, a la que él mismo había engrandecido tanto. De modo que bebió sangre de toro (?) o bien un veneno y se dio muerte. Al parecer, el rey persa fue lo bastante comprensivo como para no tomar represalias contra su familia.

Temístocles fue enterrado en Magnesia. Pero, según un tal Diodoro el Geógrafo, sus descendientes devolvieron sus restos al Ática, y los enterraron en el sitio más adecuado para el creador de la flota ateniense: un promontorio cercano al puerto del Pireo, de tal manera que, según unos versos del comediógrafo Platón,

SPECIAL_IMAGE-page0355

Será por romanticismo, pero me gustaría pensar que lo que cuenta Diodoro el Geógrafo es verdad.

CIMÓN Y LA BATALLA DEL EURIMEDONTE

Mientras Temístocles permanecía en el destierro, un nuevo líder dominaba la política ateniense. Cimón tenía en común con Temístocles ser hijo de una mujer extranjera: su madre era la princesa tracia Hegesípila, hija del rey Oloro, de cuya

estirpe provenía también por línea materna el historiador Tucídides. Pero, por su padre, el célebre Milcíades, Cimón pertenecía a la noble familia de los Filaidas. Fuera por su sangre azul o por otras razones -como que los ciudadanos no perdonaban fácilmente a Temístocles su exceso de inteligencia-, Cimón resultaba más carismático.

Quizá los atenienses apoyaban a Cimón por un sentimiento de culpabilidad, recordando de qué forma tan dura habían juzgado a su padre, el vencedor de Maratón. Al multarlo con 50 talentos condenaron a Cimón a la pobreza. Al menos eso cuenta su biógrafo Plutarco (Cimón 4). Lo lógico es pensar que, si Cimón pudo participar en la política con tanta dedicación, debía tener el riñón bien cubierto. Es posible que le ayudara a mejorar su fortuna haber casado a su hermana Elpinice con Callas, al que siempre suele llamarse «el rico». Los atenienses atribuían el súbito aumento de la fortuna de Callas a un golpe de suerte, ya que en Maratón se había apoderado de un prisionero persa que le reveló dónde había escondido un gran tesoro. La historia seguramente no sea cierta, pero muestra algo sobre aquella época: que los griegos no sólo consiguieron gloria y autoestima al derrotar a los persas, sino también un cuantioso botín que explica en parte el esplendor del siglo v.

Noble por parte de padre, cuñado del hombre más rico de Atenas y casado con Isodice, del poderoso clan de los Alcmeónidas, Cimón no llegaba desnudo a la política. Pues aunque Atenas empezaba a convertirse en una democracia, el nacimiento y las influencias personales seguían contando mucho para ascender hasta el poder, y así seguiría ocurriendo durante un tiempo.

Pero todo esto habría valido de poco si Cimón no hubiera demostrado ser un gran general. Sus éxitos le otorgaron tal popularidad que pudo reivindicar la figura de su padre y no sólo lavar su reputación, sino hacerle tal propaganda que lo convirtió en el estratega estrella de Maratón, cuando tal vez ese papel debería ser compartido con los demás generales, o incluso corresponderle al polemarcha Calímaco.

EL PAPEL DE LOS GENERALES EN ATENAS

A partir de 487, las magistraturas tradicionales perdieron buena parte de su poder, pues empezaron a repartirse por sorteo entre los ciudadanos de las tres primeras clases. Por ejemplo, el polemarcha, que en su origen había sido el jefe supremo del ejército y que incluso en Maratón desempeñó un papel importante, se

convirtió en una figura con atribuciones religiosas y judiciales en procesos relacionados con extranjeros.

Los atenienses pensaban que cualquier ciudadano podía desempeñar puestos burocráticos en la ciudad: ya hemos visto que uno de cada dos atenienses acababa ejerciendo de epistátes, el «presidente por un día». Por eso, cubrían la mayor parte de los cargos mediante sorteo. Pero eran lo bastante perspicaces para darse cuenta de que la guerra era un asunto muy distinto en el que se jugaban la vida. Por eso elegían personalmente a los diez generales o *strategoí*, uno por cada una de las tribus creadas por Clístenes. Dichos generales actuaban de forma colegiada, y podían recibir mandos para operaciones concretas con contingentes de toda la ciudad, no sólo de la tribu por la que se les había elegido. Para el mando directo de las tropas de cada tribu se elegía a otros oficiales denominados *taxiarcas*.

El puesto de general fue durante mucho tiempo el más prestigioso en la política de Atenas. Temístocles, Arístides, Cimón y, más tarde, Pericles, Nicias o Alcibíades consiguieron su influencia gracias al puesto de general. No se limitaban a mandar tropas o barcos, sino que informaban constantemente de sus planes y pedían autorización la asamblea. No bastaba, por lo tanto, con que los generales supieran dar órdenes en el campo de batalla. Aunque hubo algunos cuya reputación se basaba tan sólo en eso, como fue el caso de Lámaco en la Guerra del Peloponeso, en la mayoría de los casos también tenían que saber hablar en público para «vender» sus proyectos a los atenienses o incluso, tras las campañas, para embellecer sus éxitos o maquillar sus fracasos. Si añadimos a esto que los atenienses se pasaban media vida pleiteando, no es extraño que durante el siglo V naciera la retórica: a los profesores del arte de hablar en público no les faltaban alumnos.

Cimón era un decidido pro espartano que llevaba el cabello largo y que llegó a tener el nombre de Lacedemonio a uno de sus hijos. Sus biógrafos hablan de su carácter afable y de su generosidad, de su buena voz y también de su altura y su atractivo, algo muy importante para lograr popularidad en una cultura tan amante de la belleza corporal como la griega. No obstante, se encuentran ciertas sombras en su retrato, como la relación supuestamente incestuosa que lo unía con su hermana Elpinice antes de desposarla con Callas. Elpinice era una mujer, por lo demás, muy interesante. Contaban que tuvo como amante al pintor Polignoto, quien la utilizó de modelo. Ya entrada en años, se atrevió a interpelar en público nada menos que a Pericles, en una época en que lo mejor para una mujer, según el ideal masculino, era que no se hablara de ella (personalmente, creo que muchas mujeres se las arreglaban para gozar de más libertad e influencia de lo que dicta la teoría).

El mayor desafío para Cimón y la recién creada Liga de Delos se produjo en el año 467. El final de las Guerras Médicas no fue un corte tan dramático en la historia como se podría pensar. Igual que sucedió al final de la Segunda Guerra Mundial, el periodo que siguió a Platea fue confuso, turbulento y, a menudo, tan violento como la propia guerra. Del mismo modo que los Aliados se dedicaron a «desnazificar» los países ocupados por Hitler, una tarea en la que se cometió más de un abuso, así la Liga de Delos tenía que «desmedizar» Grecia y el Egeo, y se produjeron algunos desmanes. Por ejemplo, los atenienses expulsaron de la isla de Esciros a sus habitantes e instalaron en ella a sus propios colonos. Aunque sea a pequeña escala, hablamos de deportaciones de población, lo cual recuerda demasiado al siglo xx.

Como decíamos, los persas estaban hartos de sufrir reveses y perder territorios, de modo que decidieron pasar a la ofensiva. El noble persa Ariomandes reunió una flota de 350 barcos en Panfilia (región de la costa sur de Turquía), con el apoyo de un ejército de tierra. Allí, junto a la desembocadura del río Eurimedonte, aguardaron el refuerzo de otras 80 naves fenicias que debían venir de Chipre. ¿Cuáles eran los planes de Ariomandes? Al parecer, navegar hasta el Egeo y, una vez allí, reconquistar las plazas e islas que habían perdido en la costa de Asia Menor.

Pero la Liga de Delos no se resignó a perder la iniciativa. En lugar de esperar en el Egeo, con el que estaban más familiarizados, los griegos decidieron adelantarse a los movimientos del contrario e internarse en aguas desconocidas y más peligrosas. Las costas de Panfilia y Cilicia eran abruptas y recortadas, plagadas de calas ocultas que durante siglos serían base de operaciones de flotillas piratas, como la que secuestró a julio César cuando era joven. De sufrir una derrota, los griegos no tendrían a su alcance tierras aliadas, sino un país enemigo en el que difícilmente podrían sobre vivir. Pero sus últimos éxitos los habían vuelto muy audaces, y además el grueso de la flota lo formaban atenienses, los más propensos entre ellos a lanzarse a la aventura... aunque no siempre para bien, como se comprobaría no muchos años más tarde.

Sobre lo que sucedió a continuación, las fuentes son confusas y contradictorias. Tucídides, siempre el historiador más fiable, sólo menciona la batalla de pasada. Hemos de recurrir a Diodoro de Sicilia y a Plutarco, muy posteriores a los hechos. Es una lástima. Por esta carencia de fuentes, la batalla del Eurimedonte, equiparable en magnitud a las míticas Salamina y Platea y de consecuencias quizá más importantes, no es demasiado conocida.

Antes de la batalla -probablemente cuando los trirremes se encontraban en las atarazanas del Pireo-, Cimón hizo un cambio en las naves que, en cierto modo, suponía una vuelta atrás. Pensando en un combate «a la vieja usanza» y en recurrir al abordaje y a la lucha con lanza y escudo más que a la embestida con los espolones, el hijo de Milcíades dotó a sus barcos de cubiertas completas y de bordas, equiparándolos con las naves de la flota persa (Plutarco, Cimón 12). Hasta entonces, todo lo que tenían eran pasarelas a babor y estribor separadas por una larga abertura central.

Aunque la reforma suponía aumentar el peso de las naves y, por tanto, hacerlas menos maniobreras, permitía aumentar la dotación de hoplitas que combatían en cubierta y subirla de 10 hombres a 30 o incluso más. Eso hace pensar que Cimón estaba pensando más en una operación anfibia, una especie de desembarco de Normandía, que en una auténtica batalla naval como Salamina.

Al llegar a la desembocadura del Eurimedonte, Cimón ofreció batalla a poca distancia de la orilla. Los persas, que tenían muy recientes los desastres de Salamina y Micalé y además seguían aguardando la llegada de los 80 trirremes fenicios, rehusaron el combate y trataron de retirarse remontando el río para unirse con sus tropas de tierra, que debían de hallarse a cierta distancia. Cimón los persiguió y la lucha se trabó en aguas confinadas, donde el hecho de haber sobrecargado las naves de hoplitas no resultó tan perjudicial como lo habría sido en mar abierto. Tras verse derrotados en un primer choque, los persas desembarcaron en desorden y muchos de los remeros y soldados de cubierta huyeron, alejándose de las naves.

Los griegos echaron pie a tierra y se lanzaron contra el campamento enemigo. La batalla fue larga y encarnizada, y los atenienses -no lo olvidemos, el grueso de la flota- sufrieron bastantes bajas. Pero al final los persas cedieron y huyeron, dejando atrás a muchos de los suyos, unos muertos y otros prisioneros. De nuevo, como en batallas anteriores, las tiendas y pabellones del enemigo, plagados de riquezas, cayeron en poder de los griegos.

Plutarco se deja llevar aquí por el entusiasmo' y dice: «Cimón, como un atleta curtido en los juegos, habiendo conseguido en un solo día dos victorias, la naval superior a Salamina y la terrestre mayor que Platea, se animó a intentar todavía un éxito más» (Cimón 13). Cuando le llegaron noticias de que habían avistado a los 80 barcos de refuerzo, zarpó de inmediato y se enfrentó con ellos en mar abierto, con amplia superioridad numérica, hay que decirlo. Pero si Cimón había tomado la iniciativa era para luchar con ambos contingentes por separado. Según Plutarco, los fenicios perdieron todos los barcos y la mayor parte de sus hombres. Bajas que

había que sumar a los 200 barcos que los atenienses habían hundido o tomado en el enfrentamiento previo.

La nueva Liga de Delos había demostrado de sobra su eficacia. El Egeo era un mar bajo completo control griego y los trirremes de la alianza podían navegar sin temor por buena parte del Mediterráneo oriental. El poder persa en las costas de Asia Menor desapareció durante largos años, y las ciudades jonias ya no tuvieron que temer... Hasta que, al final de la Guerra del Peloponeso, el Estado que se presentaba como campeón de la libertad de los griegos -y no hablo de Atenas- las traicionó.

Por supuesto, el prestigio de Cimón subió como la espuma. En aquel momento, el hijo de Milcíades era el héroe de los griegos. Pero estudiando el destino de sus predecesores, entre ellos su propio padre, podemos anticipar su caída.

LA RUPTURA CON ESPARTA

En el año 464 Esparta sufrió un terrible terremoto que ya hemos mencionado en varias ocasiones. Según Diodoro, murieron 20.000 personas (11, 63), y se dice que sólo quedaron cinco casas en pie. Aunque la cifra pueda ser exagerada, no hay duda de que el seísmo provocó muchas muertes y un estado de estupefacción moral que los ilotas de Mesenia aprovecharon para rebelarse contra el estado que los mantenía oprimidos.

No obstante, los espartanos lograron reaccionar gracias al liderazgo de su rey Arquidamo, que había subido al trono cuando los éforos depusieron a Leotíquidas. Un año después del terremoto, los espartanos consiguieron acorralar a los ilotas en el monte Itome, situado en Mesenia. Pero el asedio se prolongó tanto que decidieron pedir ayuda a los atenienses, ya que gozaban de buena reputación en sitiar ciudades y fortines. Cimón, como buen amigo de Lacedemonia, convenció a la asamblea, para que enviara un nutrido contingente bajo su mando.

Sin embargo, poco después los espartanos despidieron a los atenienses sin que éstos hubieran conseguido tomar la fortaleza. La razón que alegaron fue que no los necesitaban ya, pero parece que recelaban de que los atenienses pudieran ponerse de acuerdo con los mesenios.

En Atenas se tomaron aquello como un menosprecio humillante. El rechazo de Esparta hizo que los atenienses rompieran los últimos vínculos con ella -la Liga

de Corinto seguía funcionando teóricamente- y que buscaran alianzas con Argos, su eterna rival. Cuando Cimón volvió a casa, le estaban esperando con los cuchillos afilados. Arístides y Temístocles habían sufrido el ostracismo, y Cimón no iba a ser menos. En 461 se le condenó al destierro. Debía de tener en aquel momento unos cincuenta años.

Hay que subrayar que la enemistad entre Temístocles y Cimón se debía más a la ambición individual que a razones ideológicas. Es cierto que Cimón pensaba que Atenas sólo sería grande si caminaba de la mano con Esparta, mientras que Temístocles creía que los atenienses debían liderar en solitario a los griegos. Pero, aunque seguramente no era un demócrata tan radical como Temístocles, Cimón tampoco era un oligarca enemigo de la democracia. De haberlo sido, los tetes, miembros de la cuarta clase, no habrían servido a sus órdenes en la flota, como hicieron en tantas batallas y, sobre todo, en la brillante victoria del Eurimedonte.

Es probable que Cimón idealizara los viejos tiempos en que los aristócratas monopolizaban el gobierno. Pero él ya había nacido en el nuevo régimen y era un hombre práctico. Sabía que para llegar al poder debía ganar se al pueblo, cosa que hizo recurriendo a lo que los especialistas denominan «evergetismo», que en castellano significaría algo así como «beneficencia».⁸ Una vez enriquecido con el botín de sus campañas, Cimón lo gastaba con liberalidad ofreciendo banquetes sencillos en los que daba de comer a muchos ciudadanos pobres. Como otros nobles, también invirtió dinero en procesiones religiosas, certámenes teatrales y todo aquello que pudiera prestigiarlo ante el pueblo. Seguramente fue él quien promovió la construcción de la llamada Stoá poikíle, el «Pórtico pintado» que se levantó en el Ágora durante la década de 460. Entre los grandiosos frescos que decoraban este largo pórtico -medía más de 35 metros-, había uno que representaba la batalla de Maratón, con Milcíades exhortando a los atenienses a lanzarse a la carga: era a la vez un homenaje y una reivindicación de su hijo.'

En general, los políticos atenienses, sobre todo si eran de sangre noble, tenían clara una cosa: si al salir de un cargo público y rendir cuentas en la auditoría conocida como cuthync tenían una sola dracma más que antes de entrar, podían prepararse para un buen dolor de cabeza y algo peor. Un político debía invertir su dinero en el bien del Estado, no aprovecharse de éste para llenarse los bolsillos. Por supuesto, hubo excepciones, pero en Atenas nunca se llegó a una cleptocracia.

LAS GUERRAS DE ATENAS

Mientras Cimón estuvo en Esparta con sus hoplitas, o tal vez cuando se le

desterró, un político llamado Efiálfes del que apenas se sabe nada más presentó una propuesta para reducir los poderes del Areópago. En este tribunal se reunían los magistrados salientes de sus cargos, y como las magistraturas sólo estaban al alcance de las clases superiores, el Areópago era de hecho un senado aristocrático. A esas alturas su influencia se había visto algo menoscabada, porque, salvo los muy ancianos, desde el año 487 sus miembros habían llegado a las magistraturas por sorteo. Pero todavía conservaban cierto poder, ya que los demás funcionarios salientes de sus cargos debían someterse a auditoría delante del Areópago.

Gracias al decreto propuesto por Efiálfes, los poderes del Areópago pasaron a la boulé, el consejo democrático. Aunque las clases superiores si guieran monopolizando las magistraturas, ahora tenían que rendir cuentas ante el pueblo. Por eso, como hemos señalado antes, los magistrados procuraban gastar dinero más que ganarlo mientras desempeñaban sus cargos.

Efiálfes fue asesinado poco después de que se aprobara su reforma. En algunos libros se resume lo que pasó a continuación diciendo que Pericles lo sustituyó como gobernante, pero es una simplificación. En primer lugar, no había gobernantes en sentido estricto, tan sólo políticos que en un momento dado conseguían más influencia ante el pueblo y de esta manera veían aprobadas sus propuestas de ley. Además, aunque Pericles empezó a actuar en la década de los cincuenta, no está nada claro que fuese todavía el líder principal de la ciudad. De él hablaremos en el capítulo siguiente.

Tras el destierro de Cimón, Atenas llevó a cabo una política descaradamente antiespartana, aprovechándose además de que los lacedemonios habían sufrido muchas bajas por el terremoto y andaban enfrascados en su guerra contra los ilotas. Dice el refrán que «cuando no está el gato, los ratones bailan», y en su baile los atenienses se atrevieron a inmiscuirse en los asuntos de la Liga del Peloponeso.

A partir de este momento, los atenienses se metieron a la vez en tantas guerras y avisperos que es fácil perderse en la enumeración. Firmaron un pacto con Argos, pensando en que si los espartanos intentaban salir del Peloponeso para invadir el Ática, los argivos podrían atacarlos por la retaguardia. Obsesionada con protegerse de esa posible invasión, Atenas se alió también con Mégara, que controlaba el paso a Eleusis, la región más occidental del Ática. En aquel momento Mégara se hallaba en guerra contra su vecina Corinto, de modo que los atenienses libraron varios combates contra esta ciudad. En la primera batalla naval perdieron, pero vencieron en la segunda y también en una tercera contra los de la isla de Egina, que se habían metido en la liza.

Hacia el año 458, los atenienses volvieron a luchar contra los corintios en una serie de batallas un tanto rocambolescas. Como los atenienses tenían tropas asediando la ciudad de Egina y también un nutrido contingente combatiendo en Egipto, los corintios pensaron que no les quedarían soldados suficientes y aprovecharon para invadir el territorio de Mégara. El general ateniense Mirónides sacó de la ciudad a los hoplitas jóvenes y a los veteranos, que normalmente hacían servicio de guarnición en las murallas, y se enfrentó contra los corintios. Ambos bandos se separaron pensando que habían vencido, pues el combate fue bastante igualado. Pero los atenienses quedaron dueños del terreno y erigieron un trofeo como ganadores.

Cuando llegaron a su ciudad, los soldados corintios se encontraron con que los viejos les decían cosas como «nosotros no dejábamos que los atenienses nos levantaran trofeos» y «en nuestros tiempos sí que sabíamos combatir, no como los jóvenes de ahora, que no valéis para nada». A los doce días, escocidos por las puyas de sus mayores, los corintios volvieron al escenario de la batalla, derribaron el trofeo enemigo y levantaron el suyo. Cuando la noticia llegó a los atenienses que servían como guarnición en Mégara, hicieron una salida y, esta vez sí, propinaron una monumental paliza a los corintios que estaban erigiendo el trofeo. Para colmo, los supervivientes se metieron en una finca rodeada por un foso. Los atenienses los rodearon y su infantería ligera acabó con ellos a pedradas. Todo esto parece más una pelea entre mozos de pueblos vecinos que una batalla de verdad, pero a veces los combates antiguos se reducían a eso.

Los corintios todavía añadieron otra causa de rencor contra los atenienses: Naupacto. El asedio del monte Itome se había prolongado por varios años, hasta que por fin los ilotas mesemos sitiados en él se rindieron con la condición de que se les permitiera salir de su territorio con sus mujeres y sus hijos. Si alguna vez regresaban, convinieron en que los espartanos tendrían derecho a esclavizarlos de nuevo. Los atenienses ofrecieron a estos refugiados un nuevo hogar en la ciudad de Naupacto, situada en la costa norte del golfo de Corinto. Ésta se convertiría en una base segura para que la flota ateniense pudiera operar en unas aguas que hasta entonces había controlado la armada corintia. Evidentemente, eso no gustó a los corintios, ni por supuesto a los espartanos.

Antes hemos mencionado unas tropas atenienses que luchaban en Egipto. ¿Qué hacían tan lejos de casa? Hacia el año 465, quizá antes de que Temístocles llegara a la corte persa, Jerjes fue asesinado en una conjura palaciega. Le sucedió en el trono el más joven de los tres hijos que tenía con su esposa Amestris. Al parecer, el nombre de este príncipe era Ciro, pero al coronarse lo cambió por el de Artaxacá,

«el que gobierna gracias a Arta (el orden universal)». Los griegos lo transcribieron de oído por Artajerjes. Basta comparar los nombres de Jerjes y Artajerjes en persa, Xsayaársá y Artaxsacá, para comprobar que no se parecen excepto en la sílaba xsa.

Ya hemos visto que los súbditos del Imperio persa tenían como costumbre recibir al nuevo monarca rebelándose contra él. En este caso la que empezó fue la satrapía de Bactria, en el actual Afganistán. Allí gobernaba Histaspes, hermano de Artajerjes al que no le hizo la menor gracia que el benjamín de la familia se convirtiera en soberano y, por tanto, se levantó en armas.

Mientras el Gran Rey combatía en el este, un caudillo libio llamado Ínaro consiguió sublevar toda la zona del delta del Nilo. Éste pensó que sólo con tropas egipcias y libias no conseguiría nada, de modo que envió embajadores a Atenas para pedir ayuda. Les debió de hacer muchas promesas, porque aceptaron y enviaron 200 barcos que tenían destinados en una campaña militar en Chipre. Gracias a su ayuda, la revuelta de Egipto triunfó. Al menos, en su primera fase.

A pesar de todo, a Atenas todavía le quedaban recursos para seguir peleando en Grecia. Entre otros motivos porque, aunque Tucídides lo calle, las 200 naves que acudieron a Egipto debieron reducirse a una flota mucho menor tras las primeras operaciones. Ctesias, autor de una Historia de Persia nada fiable, puede sin embargo acercarse a la verdad cuando dice que en Egipto sólo se quedaron 40 barcos atenienses, una cifra respetable (Hist. Pers. 36).

En el año 457, después de un tiempo consintiendo los desmanes de Atenas, los espartanos se decidieron a entrar en acción y, junto con sus aliados y los beocios, vencieron a los atenienses en la batalla de Tanagra. Pero los atenienses se repusieron y, unos días después, el mismo Mirónides que había derrotado a los corintios volvió a enfrentarse contra los beocios en Enofita y los derrotó. Lo de esa batalla debió de ser algo así como: «Ahora que no está tu primo el de esa marca de zumo, a ver si me lo dices a la cara».

Tras la victoria sobre los beocios, Atenas controlaba la Grecia central. Se hallaba en la cima de su poder, y para demostrarlo el almirante Tólmi des (cuyo nombre deriva de tolma, «osadía») circunnavegó el Peloponeso saqueando por doquier e incendió Giteo, el puerto de Esparta. En aquellos días, los atenienses se enorgullecían de que sus soldados morían en escenarios tan alejados como Chipre, Egipto, Fenicia y Grecia. Además, la vecina isla de Egina había caído y los eginetas habían derribado sus murallas y entregado su flota. Fue también por aquel entonces cuando se culminaron las obras de los Muros Largos, que convirtieron a Atenas en

inexpugnable.

Pero Atenas estaba pecando de *hybris*, y pronto empezaron los reveses. En el año 454, el rey rebelde Ínaro fue traicionado y cayó en manos de los persas, que lo empalaron. La flota ateniense que sitiaba Menfis fue atacada por el general Megabizo, quien consiguió bloquearlos en la isla Prosopítida, situada en la parte oriental del delta. Después de año y medio de asedio, Megabizo desecó el canal del río para unir la isla con la tierra firme y, de este modo, pudo atacar a su enemigo sin mojarse los pies. Tan sólo se salvaron unos cuantos atenienses que cruzaron el desierto para llegar hasta la lejana ciudad de Cirene, a más de 1.000 kilómetros. La rebelión egipcia no quedó del todo aplastada, pues lo que Tucídides llama «zonas pantanosas» siguió en manos de un tal Amirteo (Tucídides 1, 110), y diez años más tarde la gobernaba Psamético, descendiente o familiar de Ínaro, que envió un gran cargamento de trigo a Atenas.

Pero los atenienses habían perdido una flota entera. Algunos autores hablan de 200 barcos y 35.000 hombres. Como ya he dicho antes, se trata de una exageración: ni en los peores momentos de la Guerra del Peloponeso Atenas sufrió pérdidas tan brutales. Aun así, el desastre de Egipto afectó mucho a los atenienses, tanto en sus recursos como en su confianza. No obstante, extrajeron alguna consecuencia positiva, ya que les sirvió de excusa para trasladar el tesoro de la Liga a la ciudad de Atenas, y luego utilizaron parte de esos fondos para reconstruir la Acrópolis.

En aquel momento, aprovechando la momentánea debilidad ateniense, se produjeron ciertas disensiones en la Liga de Delos, en concreto en Eritras y en Mileto, que se negaron a pagar sus cuotas anuales. De modo que Atenas se vio peleando a la vez contra los persas en Chipre -Egipto, como vemos, ya se había perdido-, contra algunos aliados morosos en el Egeo y contra Esparta en el Peloponeso y en Grecia central. La situación era tan complicada que los atenienses llamaron de vuelta al veterano Cimón, cuyo ostracismo, por otra parte, debía de estar a punto de concluir. Cimón consiguió que se firmara una tregua de cinco años con los espartanos¹⁰ y comandó una flota que se dirigió hacia Chipre, donde falleció, no se sabe si de enfermedad o por heridas recibidas en combate. Sin duda, él habría preferido lo segundo, y en cualquier caso supo demostrar con su final que amaba sinceramente a su ciudad y no le guardaba rencor.

En el año 449, atenienses y persas firmaron la Paz de Callas, llamada así por el acaudalado cuñado de Cimón que sirvió de intermediario en ella. La misma existencia de esta tregua ha sido puesta en duda, ya que la menciona Diodoro de

Sicilia (12, 4), pero no así Tucídides, mucho más cercano en el tiempo. Lo cierto es que las hostilidades entre atenienses y persas cesaron a partir de ese momento. El Imperio aqueménida prácticamente renunció a la franja costera de Asia Menor: sus tropas no podían acercarse a menos de tres días a pie o uno a caballo del mar Egeo.

Gracias al cese de las hostilidades con Persia, Atenas volvió a tenerlas manos libres para sujetar las riendas de sus aliados de la Liga, como se comprueba por las listas de tributos anuales que se han encontrado grabadas en grandes estelas de piedra. Pero la ciudad se había empeñado en tantas empresas a la vez que no le dejaban de surgir vías de agua por todas partes. En el año 446 los atenienses se vieron sorprendidos por un ejército beocio en Coronea y sufrieron grandes pérdidas. Como resultado de esta derrota, Atenas no tuvo más remedio que abandonar el efímero imperio que había conseguido en Grecia central.

Era evidente que la ciudad no tenía suficiente población para embarcarse a la vez en tantas empresas y mantener vigilada la Liga de Delos. Así que, en 445, los atenienses decidieron prorrogar su tregua con Esparta firmando una paz de treinta años. La situación volvió al statu quo anterior al conflicto entre Mégara y Corinto, y la Liga del Peloponeso y la de Delos se reconocieron mutuamente. Aun así, Atenas se quedó con una base en el golfo de Corinto, la ciudad de Naupacto donde había instalado a los refugiados mesenios.

Aunque resulte increíble, Atenas no sólo no perdió población durante estos años de campañas en tantos escenarios -lo que demuestra que el desastre de Egipto no debió de ser tan grave-, sino que aumentó, hasta alcanzar en el año 431 un máximo de unos 40.000 ciudadanos, más que ninguna otra polis griega. Por aquel entonces, había en el Ática un gran número de metecos, «los que viven con», literalmente. Obsérvese la diferencia con los periecos de Esparta, «los que viven alrededor». El matiz es importante: estos últimos eran habitantes de las polis que rodeaban Esparta, y estaban subordinados a los lacedemonios. En Esparta apenas se permitían extranjeros y, los expulsaban de la ciudad periódicamente. En cambio, en Atenas los forasteros eran bienvenidos. Tan sólo tenían que pagar un impuesto de residencia, y llegado el momento de defender la ciudad también les correspondía embrazar el escudo.

Poco después de firmarse la llamada Paz de los Treinta Años, un personaje llamado Tucídides, hijo de Melesias -no hay que confundirlo con el historiador-, resultó «agraciado» en la votación del ostracismo y tuvo que abandonar Atenas. Este hombre representaba a la facción aristocrática y era el orador más destacado entre los que se oponían al llamado partido del démos. Con el destierro de

Tucídides, el panorama quedó completamente despejado para un político cuya influencia había ido aumentando año tras año. En 443 los atenienses votaron como general a Pericles, que ya había conseguido este puesto varias veces. Pero a partir de aquel año, fue reelegido sistemáticamente hasta su muerte en el año 429. Ha llegado el momento de conocerle.

B

ien merece este personaje que nos detengamos en él y en conocer cómo era la ciudad de Atenas bajo su liderazgo. En parte por sus propios méritos y en parte por la buena prensa que tuvo entre los historiadores desde el primer momento -la admiración que Tucídides sentía por él se hace evidente leyendo su libro-, se ha identificado siempre a Pericles con el esplendor de Atenas. De ahí que se hable de «la Atenas de Pericles» o, exagerando todavía más, del «siglo de Pericles», como si hubiese vivido tantos años como el mítico Argantonio de Tartessos.

Pericles, que nació en torno al año 495, era hijo de Jantipo, general que mandó la flota ateniense en la victoria de Micalé. Descendía del clan de los Alcmeónidas por parte de su madre Agariste, y el gran reformador Clístenes era tío abuelo suyo. Recibió la mejor formación intelectual que podía brindarle su época, cuando la educación, al menos la elemental, empezaba a extenderse por las capas sociales de la ciudad. Entre sus maestros tuvo al músico y teórico Damón, el más brillante de su época, y al filósofo y científico Anaxágoras; en el caso de este último habría que hablar de amigo más que de maestro, puesto que Pericles era sólo unos años más joven que él, y ambos mantuvieron una estrecha relación personal.

Es bien conocido el busto de Pericles en que aparece con un casco corintio echado hacia atrás, al estilo de la diosa Atenea. Se hizo esculpir así por un compromiso entre el realismo y la coquetería. Tenía la cabeza alargada como un pepino y no quería que los retratistas lo representaran con ese defecto; pero, si le hubiesen aplicado una especie de photoshop escultórico para limarle el colodrillo, los atenienses, que tenían a la vista el modelo, se habrían burlado de él.

En lo personal, Pericles era un hombre de carácter firme, pero moderado. En una ocasión un ciudadano estuvo varias horas insultándolo en el Ágora, en una especie de manifestación de protesta unipersonal. Pericles aguantó sin inmutarse mientras realizaba las gestiones que le correspondieran aquel día, y luego se dirigió a su casa. El tipo le fue siguiendo, sin parar de soltarle lindezas, hasta que llegaron a ella. Entonces, como ya había oscurecido, le dijo a uno de sus criados que acompañara al insultador a su casa con una antorcha para que no se tropezara por el camino. Así nos lo cuenta Plutarco (Perides 5), aunque no puedo dejar de pensar

que tal vez Pericles, harto de aquel sujeto, le dijo en voz baja a su esclavo: «Que parezca un accidente».

UN PASEO POR ATENAS, LA CAPITAL DEL NUEVO IMPERIO

La anécdota, verídica o no, ilustra no sólo el carácter de Pericles, sino cómo eran las calles de la ciudad de Atenas en su época. No estaban pavimentadas, por lo que en invierno se llenaban de barro y en verano de polvo. Resulta comprensible que uno de los primeros rituales a los que se sometían los invitados al llegar a la casa donde se celebraba un banquete era el de lavarse los pies. Sócrates, que solía andar descalzo, debía llevar los pies tan negros por la mugre del suelo que la célebre tribu algonquina de ese nombre lo habría adoptado sin vacilar (al principio de El banquete de Platón, un amigo que se encuentra con Sócrates comenta que iba «recién bañado y con sandalias, algo raro en él»).

Además, en algunos puntos las calles eran tan estrechas que cuando alguien salía de su casa golpeaba con los nudillos en la puerta para avisar de que iba a abrirla y no aplastarle la nariz a algún transeúnte despistado. El famoso «¡Agua va!» de Madrid también se estilaba en Atenas. Comentaba un autor del siglo *ili* que cualquier viajero que se encontrara de pronto con aquellas calles tan estrechas y sinuosas, sin apenas conducción de agua ni alcantarillado, o viera por dentro las casas tan humildes y poco confortables, dudaría si en verdad había llegado a la famosa ciudad de los atenienses.'

Pero sus dudas se habrían despejado al llegar al Ágora, amplia y despejada, con sus hermosos edificios públicos y los plátanos que había hecho plantar Cimón para que dieran sombra con sus amplias hojas (una buena idea, ya que en verano el sol aprieta en Atenas tanto como en cualquier ciudad del sur de España). El Ágora estaba repleta de tenderetes y rodeada de comercios y talleres, y a media mañana' siempre se llenaba de vendedores, compradores, y también de vendedoras y compradoras, tanto esclavas como mujeres libres. Pero éstas solían ser de condición humilde, ya que no estaba bien visto que las damas casadas salieran a la calle. En el Ágora no faltaban ociosos como Sócrates, y por doquier se veían corrillos en los que se conversaba de lo divino y lo humano. Pues si algo les gustaba a los atenienses era discutir, sobre todo de política.

(En este sentido no deben haber cambiado tanto. En el año 1990 pasé por la plaza Omonia, «de la Concordia», y vi lo que a primera vista me pareció una mezcla de manifestación y pelea callejera. Pero en realidad se trataba de gente -bastante gente- que discutía animadamente. Aunque parezca mentira, daban más voces que

si hubieran sido españoles).

Las tiendas de la plaza, que debían de ser poco más que barracones con techo de cañas, se convertían en lugares de reunión para grupos de amigos o conocidos. En particular, parece que la barbería era el sitio preferido para charlar, poner a caer de un burro a Pericles y los demás políticos o diseñar grandes estrategias para vencer a Esparta y dominar Grecia.

Además del Ágora, otro lugar que merecía la pena visitar dentro de las murallas era la Acrópolis, pero sólo después de las obras que emprendió Pericles. Por extraño que resulte, después de que los persas arrasaran la Acrópolis, los atenienses dejaron pasar más de una generación sin construir en ella. Tal vez querían conservar el recuerdo de lo sucedido, pero más bien pienso que se hallaban demasiado ocupados levantando murallas para evitar que futuros invasores hicieran lo mismo que Jerjes.

Por ciertos documentos, sabemos que en el año 450, a propuesta de Pericles, los atenienses decidieron traspasar 5.000 talentos del tributo acumulado de la Liga de Delos al tesoro de Atenea, en la Acrópolis. Con esta ingente suma se financiaron las obras de reconstrucción de la ciudadela sagrada. El director de todo el proyecto fue Fidias, escultor ateniense que debía de tener más o menos la misma edad que Pericles y era íntimo amigo suyo.

Los aliados, por supuesto, criticaron que los fondos de la Liga se emplearan en un fin para el que no habían sido recaudados. La contestación ateniense fue algo así como: «¿Para qué pagáis? Para estar protegidos, ¿verdad? Lo cierto es que gracias a nuestra flota estáis protegidos. Entonces, ¿de qué os quejáis?». Por aquella época, una vez firmada la paz con los persas, la Liga de Delos era teóricamente innecesaria; pero Atenas ya la había convertido en un imperio, y todo estado que intentaba borrarse de la lista sufría represalias casi instantáneas. Ahora bien, en descargo de los atenienses hay que decir que, mientras los agricultores o los artesanos de lugares como Metona, Clazómenas o Abdera atendían sus labrantíos y sus talleres, los atenienses doblaban el lomo en las infectas bodegas de los trirremes que recorrían el Egeo y lo mantenían libre de piratas. Alguien tenía que compensarlos por ello.

Volviendo a las obras de la Acrópolis, Fidias empezó construyendo una estatua enorme, la Atenea Prómacos,³ que medía unos nueve metros de altura más la lanza que sujetaba en la mano derecha. Según las descripciones, era de bronce -hueca, lógicamente-, y estaba tan bien situada que los barcos que se acercaban a

Atenas después de doblar el cabo del Sunión veían el reflejo del sol en la punta de la lanza. La estatua, que fue trasladada a Constantinopla en época romana, sobrevivió hasta principios del siglo xiii, gracias a lo cual nos ha llegado una descripción del historiador bizantino Niketas Khoniatas.

Pero la estrella de las obras de la Acrópolis era el Partenón. Su nombre deriva de parthénos, «virgen», ya que tal era la condición de la diosa Atenea a la que estaba consagrado. Las obras empezaron en 447 y terminaron en 432, aunque se inauguró oficialmente en 438. Los estudiantes de historia del arte lo reconocen fácilmente en los temidos exámenes de diapositivas, porque el Partenón es uno de los escasos templos octástilos, es decir, con un frente de ocho columnas, cuando lo habitual era construirlos con seis.⁴

Los templos griegos se hallaban plagados de esculturas. En el entablamento, la cornisa que descansaba sobre las columnas y sujetaba el tejado, se alternaban unas placas denominadas triglifos -«tres muescas» con otras llamadas metopas. Las metopas del Partenón estaban decoradas con altorrelieves que representaban diversas luchas de la razón y el orden contra la barbarie y el desorden. Para representar a las fuerzas del orden los escultores eligieron a los griegos, y en particular a los atenienses, mientras que en las hordas del caos nos encontramos con centauros, gigantes y, lamento decirlo, amazonas. Muy feministas no eran estos griegos.

Rodeando la cella, el espacio interior del templo donde se albergaba la estatua, había un larguísimo friso: más de 150 metros de bajorrelieve en los que Fidias y los escultores de su taller plasmaron la procesión de las fiestas Panateneas. Pero las esculturas mayores se hallaban en ambos frontones, los espacios triangulares que quedaban entre el entablamento y el tejado a dos aguas. En uno de ellos, el oriental, se representaba el nacimiento de Atenea. En el occidental, esta misma diosa y Poseidón disputaban por el dominio del Ática. Las estatuas, bastante deterioradas, se encuentran en el Museo Británico para desesperación de los griegos. Aunque suele hablarse de «expolio», el diplomático que las llevó a Londres, lord Elgin, se las compró al gobierno turco, que por aquel entonces dominaba Grecia.

EL DESNUDO FEMENINO EN EL ARTE

El arte griego llevaba representando desnudos de hombres desde hacía mucho tiempo, pero tenía más pudor con los femeninos, sobre todo si se trataba de

diosas. En ese sentido es revelador comparar las estatuas masculinas de la Época Arcaica conocidas como kouroi, siempre sin ropa, con las kórai, siempre vestidas.

Sin embargo, a los escultores les apasionaba tanto la anatomía humana que no se resistieron mucho tiempo a mostrar el cuerpo de la mujer. A mediados del siglo v apareció una nueva técnica que se suele considerar innovación de Fidias, los llamados «paños mojados». Sin embargo, existe un relieve probablemente anterior, el llamado Trono Ludovisi, en el que aparece Afrodita saliendo de un estanque con una túnica empapada que no deja mucho a la imaginación (además, en un lateral de ese supuesto trono se ve una figura completamente desnuda, una flautista). En las figuras de los frontones del Par tenón también se aprecia la técnica de los paños mojados, que ya no se dejó de usar. A finales del siglo v se encuentran otras muestras de semidesnudos femeninos, como la Nike que se desata una sandalia en el templo de Atenea Nike en la Acrópolis, o la Nereida encontrada en Janto, en Licia: en este curioso ejemplo, es el viento el que pega la ropa al cuerpo de la diosa.

Ya bien entrado el siglo iv, Praxíteles se atrevió a representar a una diosa completamente desnuda, y en varias ocasiones. Por supuesto, eligió a Afrodita, la divinidad que menos podía ofenderse con él. Como modelo le sirvió su amante, la célebre cortesana Frine. Los atenienses llevaron a ésta a juicio por impiedad, ya que se había atrevido a prestar su cuerpo a una diosa, ¡y en cueros! Como era mujer, no podía defenderse por sí misma, así que se encargó de ello el orador Hipérides. Bien fuera porque se había quedado sin argumentos o porque lo tenía ya planeado, en un momento dado arrancó el manto que cubría a la hermosa hetaira y la dejó desnuda ante los jueces. «Pero ¿vosotros creéis de verdad que hay algún pecado en enseñar este cuerpazo?», les dijo, y el jurado la absolvió. Para mí que non vero, pero hay que reconocer que é ben trovato.

En contra de quienes pudieran pensar en una instrumentalización del cuerpo de la mujer, la experta Sue Blundell piensa que la introducción del desnudo femenino en el arte era una señal de que el estatus social de la mujer estaba mejorando (Blundell, 1995, p. 193). ¿La razón? Los escultores llevaban mucho tiempo representando hombres desnudos, y es evidente que eso no menoscababa el estatus masculino, que seguía siendo superior. La desnudez representaba admiración, no degradación, y esa admiración se transmitió a las mujeres en una época en que la estricta barrera entre lo masculino y lo femenino empezaba a agrietarse un poco.

La escultura más espectacular del Partenón se hallaba en su interior: la colosal estatua de Atenea, armada con escudo, yelmo y lanza. Medía más de 12

metros y sobre el núcleo de madera llevaba más de una tonelada de placas de oro, mientras que las partes desnudas -la piel, los brazos- estaban recubiertas de marfil. Hoy sólo la conocemos por descripciones y por copias a pequeña escala que no le hacen ninguna justicia.

El Partenón actual está muy deteriorado. En 1687, mientras los venecianos asediaban Atenas, los turcos usaron el templo como polvorín, con tan mala suerte que un cañonazo impactó en él y... El resto lo podemos imaginar.

Quien quiera hacerse una idea del aspecto que tendría el templo en la época de Pericles puede consultar la página www.nashville.gov/parthenon. Allí comprobará que en la ciudad de Nashville, capital del Estado de Tennessee, se construyó en 1897, con motivo de una exposición conmemorativa, una réplica a escala natural del Partenón. Después, en los años veinte el pabellón se reforzó con cemento para hacerlo duradero. En el templo hay reproducciones de las estatuas originales, incluyendo la escultura gigante de la Atenea central, que en los últimos años se ha decorado con pan de oro para que se parezca lo más posible al original (en mi opinión, le ha quedado un aire de muñeca de porcelana que provoca cierto escalofrío). Otro detalle realista del Partenón de Nashville es que las metopas y los frisos están pintados: los griegos coloreaban sus estatuas, de tal manera que el conjunto de la Acrópolis o de cualquier otro santuario, como Olimpia o Delfos, presentaba un aspecto mucho más alegre y abigarrado del que se suele imaginar.

Además del Partenón, se levantaron en aquella época los Propíleos, una columnata monumental que daba acceso a la Acrópolis por la parte oeste, y el Erecteo. Este santuario tenía una forma peculiar, ya que cubría varias zonas de suelo sagrado que no se podían nivelar: en su interior se hallaban la fuente de agua salada que había abierto el tridente de Poseidón y la tumba del héroe Erecteo. La parte más conocida de este templo es el pórtico de las Cariátides, cuyo techo se sostiene no sobre columnas sino sobre estatuas femeninas a las que los atenienses llamaban simplemente «las Doncellas». Las que pueden verse hoy día en el Erecteo son réplicas, ya que los originales -salvo uno que está en Londres- se encuentran en el Museo de la Acrópolis, para protegerlos de la intemperie.

Se cuenta que a Fidias lo acusaron de escamotear parte del oro destinado a la estatua de Atenea. Logró salvarse de la acusación gracias a que las placas de oro se podían desmontar y pesar. Aunque Plutarco dice que murió en prisión, parece que el escultor simplemente se marchó de Atenas hacia el año 430 y trabajó en otro gran proyecto: la estatua de Zeus en Olimpia. Esta imagen, también crisoelefantina -de oro y marfil- medía tanto como la Atenea, con la diferencia de que estaba sentada, y

daba la impresión de que si el dios se ponía en pie podía arrancar el techo con la cabeza. En cierto modo, la cella que rodeaba a las estatuas de Fidias era demasiado pequeña y seguramente no dejaba apreciar del todo la belleza de estas obras; pero el propósito era que las divinidades representadas parecieran aún más imponentes y poderosas, no buscar un equilibrio de espacios como habría hecho un arquitecto moderno.

El Zeus Olímpico estaba considerado una de las Siete Maravillas. Como todas las demás, salvo las pirámides, se perdió hace siglos. En este caso, el culpable fue el emperador Teodosio, que hizo que cerraran todos los templos paganos a partir del año 391 d.C. La estatua de Zeus fue trasladada a Constantinopla, donde quedó destruida por un incendio en el siglo siguiente. El mismo destino que seguramente corrió su hija, la Atenea del Partenón.

EL AMBIENTE INTELECTUAL DE LA ATENAS DE PERICLES

Los problemas que sufrió Fidias se suelen achacar a su amistad con Pericles: el estadista era casi intocable por el apoyo que recibía de los votantes, pero sus amigos no. Otro que se vio en apuros fue Anaxágoras. Este pensador había nacido en la ciudad jonia de Clazómenas, situada a medio camino entre Mileto y Focea. Según algunas fuentes, salió de su patria a raíz de las Guerras Médicas para dirigirse a esta ciudad, pero otras más fiables parecen fechar su llegada a Atenas en el año del arcontado de Callas, en 456, cuando Pericles empezaba a despuntar. De ser así, la influencia que el filósofo ejerció sobre Pericles no se habría producido durante su juventud, sino ya en su madurez.

Como ocurre con la mayoría de los llamados filósofos presocráticos, es muy difícil saber qué pensaba realmente Anaxágoras, ya que sólo nos han llegado fragmentos de sus textos. Pero es evidente que le atraían los misterios del firmamento. Se dice que predijo un eclipse de sol, como Tales, y algo incluso más difícil de vaticinar: la caída de un meteorito en Egospótamos, en el estrecho de los Dardanelos, en el año 468. De ser verdad, con un equipo formado por Anaxágoras y Bruce Willis la Tierra tendría más que de sobra para protegerse de las amenazas del espacio exterior y no haría falta gastarse el dinero en satélites ni sondas.

Si se relaciona a Anaxágoras con ese meteorito es porque, llevado por su curiosidad natural, debió de acercarse a estudiarlo. Tal vez de ese examen extrajo la conclusión de que los cuerpos celestes se componían de piedra o metal incandescente. También afirmó que la Luna no emitía luz propia, sino que reflejaba la del Sol, y que se movía en una órbita más baja, por lo que de vez en cuando se

interponía por delante de éste y provocaba eclipses. No todas sus conjeturas eran correctas: también aventuró que las corrientes de aire acumuladas en el interior de la tierra producían terremotos, a modo de colosales ataques de gases.

Las teorías de Anaxágoras sobre la naturaleza se difundieron con relativa rapidez. Teniendo en cuenta que no existía todavía industria editorial, por Atenas corría un libro de Anaxágoras que empezaba así: «En el principio, todas las cosas estaban juntas, y eran infinitas en número y pequeñez». Después, una inteligencia rectora, llamada Noús en griego, empezó a remover esta masa amorfa para convertirla en un torbellino que de alguna manera se autoorganizó por su cuenta, sin necesidad de ulteriores intervenciones del Noús. El libro se podía comprar por una sola dracma, de modo que no debía de ser muy extenso.'

A los más retrógrados de entre los atenienses no debió hacerles ninguna gracia que Anaxágoras relegara a dioses tan importantes como Helios y Selene al papel de simples pedruscos espaciales, de modo que lo llevaron a juicio en torno al año 436. Es cierto que la verdadera causa de este proceso pudo ser su amistad con Pericles, del mismo modo que le había sucedido a Fidias. Pero no hay que subestimar el conservadurismo religioso de los griegos. No queda claro si el tribunal desterró a Anaxágoras o él mismo se marchó de Atenas huyendo de una pena mayor.' El caso es que acabó sus días en la ciudad de Lámpsaco, situada en la costa asiática de los Dardanelos, donde al menos sus habitantes lo trataron con la consideración que un sabio de su talla se merecía.

En estas décadas maravillosas de Atenas, acudieron a ella intelectuales y artistas de todo el mundo griego, atraídos por el prestigio creciente de la ciudad, y también por el dinero que se movía en ella. No todos obtenían la misma consideración. De nuevo me siento obligado a repetir que la visión que nos transmiten los textos literarios se halla distorsionada por los prejuicios aristocráticos de sus autores. Basándonos sólo en ellos, uno llega a pensar que el trabajo manual tenía una pésima reputación entre los griegos, sobre todo si era remunerado, ya que creían que el hecho de que alguien pagara a otra persona por su trabajo lo convertía de alguna manera en su amo. Por eso, incluso escultores de la reputación de Fidias se encontrarían un peldaño por debajo en la escala social comparados con ociosos aristócratas que no sabían hacer ni la ómicron con un canuto. Sirva de ejemplo este texto de Plutarco:

Ningún joven de buena familia que contemple el Zeus de Pisa [el Olímpico] querrá por ello convertirse en Fidias; ni en Policleto al ver la Hera de Argos; ni en Anacreonte, Filemón o Arquíloco por más que disfrute con sus poesías. Por el hecho

de que se disfrute con la obra no necesariamente se ha de pensar que el artífice es digno de estima (Pericles 2).

Es decir, que para las élites dominantes todos estos genios no eran más que artesanos asalariados con cierto talento de cuya obra se podía disfrutar, pero sin frecuentar demasiado su compañía. Sin embargo, creo que le damos demasiada importancia al pensamiento de dichas élites, como si ellas y sólo ellas constituyeran el cien por cien de la sociedad. Estoy convencido de que, cuando la gente del pueblo llano veía pasar a Fidias y a sus aprendices de camino a las obras de la Acrópolis, se oían susurros de admiración. Por otra parte, los artistas poseían sus propios ideales, se sentían orgullosos de su trabajo y se admiraban unos a otros.' Lo que ocurre es que, en lugar de reivindicarse por escrito, lo hicieron dejándonos obras memorables, como las estatuas de Fidias para el Partenón, el Doríforo de Policeto o el mismísimo Partenón de Ictino y Calícrates.

El prejuicio noble contra los que cobraban por su trabajo se extendía a la enseñanza. Por aquel entonces, muchos niños atenienses recibían una mínima instrucción primaria con el maestro llamado grammatistés, que les enseñaba a leer, escribir y unas cuantas reglas aritméticas. Pero estos docentes estaban entonces peor considerados incluso que ahora (que ya es decir). Sin embargo, había otros maestros de cultura que sí eran más apreciados, y que también acudieron en tropel a la Atenas de Pericles: los sofistas.

Como ya señalé en una nota, «sofista» significaba algo así como «persona que se dedica profesionalmente a la sabiduría». Las enseñanzas de los sofistas eran muy variadas: astronomía, cálculo, música, incluso etimología (errónea casi siempre). Pero los más apreciados se dedicaban a la retórica, y cobraban sus lecciones a precio de oro, sobre todo en Atenas. Era pura cuestión de oferta y demanda: para triunfar ante la asamblea y para sobrevivir en los constantes pleitos en que se veían envueltos los ciudadanos, sobre todo si eran ricos, resultaba imprescindible dominar el arte de la palabra. La retórica era una ciencia nueva en la que había pocos expertos, así que, lógicamente, estaban muy cotizados. Los más valorados de estos sofistas eran Gorgias de Leontinos y Protágoras de Abdera.

Hay una escena al principio del diálogo Protágoras de Platón en que Sócrates y su joven amigo Hipócrates llegan a casa del rico Callas, donde se aloja Protágoras en su visita a Atenas. Reparemos en ello: un hombre que realizaba un trabajo remunerado y al que, sin embargo, invitaban en los hogares de la alta sociedad como si fuese el príncipe de una potencia extranjera. El respeto que sentían todos por Protágoras queda de manifiesto cuando, en una escena impagable, vemos al

sofista pasear mientras diserta, seguido por decenas de personas ávidas de oír sus palabras. De pronto, Protágoras se da la vuelta. En ese momento, el coro que le sigue se abre en dos para dejarle el camino libre, y todos esperan a que haya pasado para volver a caminar junto a él, pero siempre detrás y sin estorbarle el paso.

La moraleja, para mí, está clara: el trabajo asalariado entre los griegos estaba mal visto, a menos que el salario fuese muy alto. En ese sentido, no hay tanta diferencia con lo que ocurre en nuestros días.

La época de Pericles fue también la edad de oro del teatro clásico. Además, los atenienses podían enorgullecerse de que, a diferencia de los sofistas, tanto los tres grandes trágicos como el comediógrafo Aristófanes eran conciudadanos suyos.

Esquilo, que había participado en la batalla de Maratón, murió en Sicilia -fuera de un tortugazo o por causas naturales- por las mismas fe chas en que Pericles saltó a la palestra política. Pero Sófocles se hallaba en su plenitud; una plenitud que, por cierto, se extendió durante bastantes décadas. Vivió hasta los noventa años, casi hasta el final de la Guerra del Peloponeso, aunque al menos se ahorró ver su triste final. Cuando era anciano, sus parientes intentaron declararlo incapaz para manejar su hacienda. Para demostrar que no chocheaba, Sófocles leyó ante el jurado unos fragmentos de su última tragedia, Edipo en Colono, y logró conmover tanto a los jueces que aquello se convirtió en una llantina general y prácticamente lo sacaron del tribunal a hombros como si estuviera en las Ventas. Por supuesto, lo absolvieron y multaron a sus hijos.

También por aquel entonces empezaba a despuntar Eurípides, que representaba el espíritu de los nuevos tiempos. Si Esquilo y Sófocles defendían la fe tradicional, cada uno a su manera, leyendo a Eurípides es fácil darse cuenta de que, si no era un descreído total, al menos no aceptaba la religión de los dioses olímpicos tal como se había entendido hasta entonces. Este trágico, cuyo pensamiento se relaciona con el de los sofistas o el del mismo Anaxágoras, se hallaba en la vanguardia de su tiempo. Pero que en Atenas hubiese pensadores tan avanzados no significaba que sus ideas fuesen populares entre la gente, como demuestran el proceso contra Anaxágoras o las carcajadas que despertaban las puyas del conservador Aristófanes contra Sócrates... por ideas que éste, en realidad, no defendía.' Este panorama explica que Eurípides no fuera demasiado apreciado en su tiempo. Así lo demuestra que sólo ganara cuatro veces el premio a la mejor tragedia en las fiestas Dionisias, mientras que Esquilo lo había conseguido trece veces y Sófocles nada menos que dieciocho.

El público posterior fue más benévolo o más justo con Eurípides, ya que sus ideas, sus tramas y la psicología tan desarrollada de sus personajes -especialmente los femeninos- eran más del gusto de la Época Helenística. Por tal motivo, sus obras se copiaban más a menudo, de modo que han llegado hasta nuestros días dieciocho tragedias suyas y un drama satírico. 'A cambio, se conservan sólo siete obras de Esquilo y otras tantas de Sófocles. Me pregunto: ¿el hecho de que la posteridad le diera la razón compensaría a Eurípides de tener tan poco éxito en vida? Como escritor, prefiero no contestarme.

HISTORIAS DE MATRIMONIO Y MORAL

Bajemos de las alturas artísticas e intelectuales para pisar el suelo de la vida cotidiana. Pericles, nuestro estadista, se divorció de su primera mujer, con la que había tenido dos hijos, para irse a vivir con la célebre Aspasia. Ésta había nacido en Mileto hacia el año 470, por lo que era unos veinticinco años más joven que Pericles. Antes de que nos lancemos a criticarlo -el típico hombre poderoso que, cuando le entra la crisis de la mediana edad, deja tirada a su esposa y se larga con una Lolita-, pensemos que, si Pericles había seguido las costumbres típicas de su ciudad, su primera mujer también sería bastante más joven que él, casi quince años. Además, él mismo se encargó de dejarlo todo bien atado buscándole un marido.

Desde el punto de vista práctico, puede decirse que Aspasia era la esposa de Temístocles. Desde el legal, ya resulta más dudoso. En aquella época, y por iniciativa del mismo Pericles, se habían aprobado leyes de ciudadanía más restrictivas que habrían dejado fuera del censo a personajes tan distinguidos como Temístocles y Cimón. Para que alguien pudiera inscribirse en el registro como ciudadano, tanto su padre como su madre tenían que ser atenienses. Los hijos de matrimonios mixtos entre atenienses y extranjeros recibían la misma consideración que los hijos ilegítimos, por lo que se puede afirmar que dichas uniones tenían tanta validez como si ambos miembros de la pareja estuvieran simplemente arrejuntados, por usar un término castizo.

Al final de sus días, Pericles tuvo ocasión de arrepentirse de esta ley. Sus dos vástagos mayores, Jantipo y Paralo, murieron por una epidemia. Tan sólo le quedaba vivo Pericles Jr., el hijo que había tenido con Aspasia. Pero no podía ser su heredero legal, pues no era ciudadano. Sin embargo, los ciudadanos, teniendo en cuenta los servicios de Pericles a la ciudad, hicieron una excepción y permitieron que su hijo fuera inscrito en el censo.

De Aspasia se decía que era una hetaira, literalmente «compañera», nombre

que recibían las cortesanas. La definición del DRAE de cortesana, «mujer de costumbres libres», es en cierto modo correcta, pese al tufillo a naftalina que desprende. Pues aunque el diccionario usa «libres» en el sentido de «licenciosas» o «indecentes», estas hetairas gozaban de más libertad en muchos aspectos que las damas casadas. Solían ser mujeres de gran belleza, o al menos lo bastante atractivas para conseguir amantes adinerados y poderosos, y recibían una educación esmerada en música, poesía y otras disciplinas, de tal modo que sus «salones» se convertían en lugares de animadas conversaciones culturales. Algunas de las cortesanas más célebres mantuvieron relaciones con artistas o políticos destacados, como Tais, que acompañó a Alejandro Magno en su expedición a Asia y luego se convirtió en amante de su general Ptolomeo, futuro rey de Egipto. De Sócrates se cuenta que conversaba de temas elevados con la cortesana Teodota mientras ésta posaba para un pintor. Debía de ser una escena algo surrealista: la hermosa Teodota tan desnuda como Afrodita al salir de las aguas y conversando sobre temas filosóficos con uno de los hombres más feos de Atenas.

Otra anécdota célebre tiene que ver con la hetaira Frine, de quien ya hemos visto que sirvió como modelo para las Afroditas de Praxíteles. Éste le ofreció como regalo una estatua, la que ella quisiera, pero se negó a decirle cuál de todas las que había esculpido era la que él mismo prefería. Poco después, un esclavo de Frine entró corriendo y avisó a Praxíteles de que su estudio se había incendiado y casi todas sus obras habían quedado destruidas, salvo dos o tres. Praxíteles salió corriendo, mientras gritaba que si el Eros y el Sátiro se habían salvado, no todo estaba perdido. Entonces Frine le confesó que todo había sido un ardid suyo, y le pidió que le regalara su Eros, a lo que Praxíteles no tuvo más remedio que acceder.

Es posible que Aspasia fuese una cortesana, pero también que dicha nominación se tratara de una calumnia de los enemigos políticos de Pericles. En realidad, existían ocasiones en que las fronteras se hacían borrosas. Como Aspasia era extranjera, su matrimonio no tenía validez legal, por lo que su situación era similar a la de una concubina o a la de una hetaira con un solo cliente. Por otra parte, Aspasia venía de Jonia, donde las mujeres poseían más libertad que en Atenas, y al no estar legalmente casada no sufría las restricciones de las esposas atenienses. La impresión que nos da es que, cuando Pericles traía invitados masculinos a cenar, Aspasia no salía corriendo para esconderse en el gineceo, sino que compartía con ellos el banquete y las conversaciones sobre cuestiones políticas e intelectuales. Todo ello, aunque su relación con Pericles fuera estrictamente monógama, le habría dado la reputación de hetaira, que algunos exageraron todavía más difundiendo el rumor de que regentaba un burdel.

LA CASA GRIEGA

Las viviendas griegas seguían el típico modelo meridional, un patio interior rodeado por habitaciones. Las estancias recibían la luz de este patio interior, pues apenas había ventanas, y si las había eran muy pequeñas, de modo que el interior de la casa no se veía desde el exterior.

Normalmente, las casas eran rectangulares, con el lado más estrecho orientado hacia la calle. Si la vivienda era más lujosa, podía tener dos patios. En tal caso, alrededor del primero estaban las habitaciones de los hombres, mientras que las estancias femeninas (el gineceo) se hallaban junto al segundo patio, o en el piso superior si lo había. El gineceo estaba siempre lo más lejos posible de la entrada, y separado del resto de la casa por una puerta con su propia llave. Sólo los varones de la familia podían entrar en estas habitaciones, y cuando había visita las mujeres se retiraban discretamente a estos aposentos. Los objetos de valor y el dinero se guardaban en el gineceo. En cierto modo, las viviendas griegas eran como fortalezas donde los hombres custodiaban sus bienes y sus mujeres: muchas casas rurales, y también algunas urbanas, tenían torres que servían a la vez para vigilancia y protección.

Las paredes eran de adobe, o de barro y cascotes sostenidos por encofrados. Lógicamente, había que efectuar reparaciones constantes por la humedad, y cuando se producía un terremoto todo se venía abajo. Sufrían también otro problema: era tan fácil agujerearlas que los ladrones, en lugar de forzar las puertas, horadaban los muros de las casas. Por dentro las paredes se enlucían con yeso y se pintaban. El color rojo era el más popular, a veces solo y a veces combinado con otros en franjas variadas. También se han encontrado paredes con molduras de yeso imitando sillares de piedra.

Los suelos eran de tierra batida, salvo en algunas estancias, como los baños o el andrón. Esta habitación, como su nombre indica, era la de los hombres. En los lados del andrón solía haber una especie de tarima elevada donde se colocaban los divanes para que los invitados se reclinaran. (Los varones griegos comían recostados, como los romanos. Entre las mujeres, sólo las hetairas lo hacían). En las casas más ricas la parte central del suelo, más baja que la tarima, se decoraba con mosaicos.

No parece que existiera una habitación dedicada específicamente a la cocina:

se preparaba la comida sobre cualquier fuego, en trípodes o rejillas dispuestas a tal efecto. En algunas casas había baños, con bañeras de asiento fabricadas en terracota. Para otras necesidades, se servían de cubos cuyo contenido se vaciaba luego en la calle, al menos en Atenas. En la ciudad de Olinto se han encontrado letrinas con tuberías de terracota que conducen los desperdicios fuera de la casa.

En los hogares griegos no se veían demasiados muebles. Las sillas, camas y divanes eran de madera, con asientos de correas entrelazadas. Había ánforas de diversos tipos, que servían para contener agua, vino o aceite al mismo tiempo que como decoración. Para guardar la ropa y otros objetos tenían grandes arcones de madera, en los que metían membrillos o flores secas para perfumarlos. Se calentaban con braseros, y se iluminaban con lámparas de metal o de cerámica que sujetaban con trípodes o que colgaban del techo con cadenas o cordeles. El combustible más habitual para estas lámparas era el aceite de oliva.

En el afán de criticar a esta pareja, muchos atenienses llegaron a censurar a Pericles porque cuando salía y entraba de casa le daba un beso a Aspasia. ¡Qué indecencia! Y eso que estamos hablando de un casto beso en la mejilla. (Bien es cierto que el beso en la mejilla no siempre ha sido tan casto. En un manual de teología moral para seglares con el que nos daban clase de Religión se decía algo así como: «El beso en la mejilla entre novios no pasará de pecado venial si se hace sin ánimo lascivo», etc.¹⁰ La cursiva es mía, por supuesto).

Curiosamente, cuando Pericles pronunció el elogio de los caídos en el primer año de la Guerra del Peloponeso, dijo que las mujeres debían procurar que se hablara de ellas entre los hombres lo menos posible (Tucídides 2, 45). Tal vez Pericles mantenía un doble discurso, porque sabía que sus oyentes no aprobaban su forma de vivir con Aspasia. Para que nos hagamos idea de lo que pensaban los atenienses, según el orador Hipérides las mujeres casadas no debían salir a la calle hasta llegar a una edad tal que la gente no se preguntara: «¿Quién será su marido?», sino «¿Quiénes serán sus hijos?». Si un hombre acudía con una mujer a un banquete en casa de algún amigo, se daba por supuesto que era una cortesana o prostituta. También es cierto que, si dicha cortesana era una hetaira célebre, el prestigio de su acompañante masculino subía muchos puntos entre los demás.

¿A qué se debía esta doble moral? El temor que sentían los atenienses por convertirse en cuclillos y criar los hijos de otros hombres, tal como le había pasado a Anfitrón con Heracles, rondaba lo patológico. Por eso encerraban a sus mujeres bajo llave en el rincón más recóndito de la casa. O eso nos querían hacer creer: también había muchas anécdotas sobre mujeres que dominaban a sus maridos, o

que prácticamente les pegaban con el rodillo en la cabeza. El mal genio de Jantipa, la mujer de Sócrates, era proverbial. Aunque nadie votaría por Sócrates como el marido ideal (desde luego, mucho dinero no llevaba a casa). Y, si hacemos caso a las comedias de Aristófanes, con la excusa de ir a casa de la vecina a pedir una cebolla o aceite para las lámparas, las mujeres casadas se montaban sus propias fiestecitas particulares, en las que se achispaban un poco con vino y se lo pasaban en grande. ¡Bien por ellas!

En cualquier caso, hay que tener en cuenta el gran número de mujeres, esclavas o de clase humilde, que salían de sus casas para trabajar, y que no debían de ver eso forzosamente como una liberación: lavanderas, comadronas, vendimiadoras, nodrizas, vendedoras en el mercado. Se encontraban también, aunque no fuese la norma, mujeres que pintaban cerámica y otras que practicaban la medicina, entre otras actividades tradicionalmente restringidas a los hombres." No obstante, el trabajo más habitual para las mujeres debía de ser confeccionar ropa en casa, ya fuera para vestir a los miembros de la familia, lo que se consideraba una ocupación perfectamente digna incluso para mujeres nobles (motivo por el cual Alejandro Magno ofendió sin querer a la madre de Darío cuando le ofreció lana para que no se aburriera en su cautiverio), o para vender la ropa fuera de casa, algo que estaba peor visto.

Hay un caso judicial, el primero de la colección de Lisias, que nos ilustra sobre ciertos detalles de la vida cotidiana de un matrimonio ateniense. Aunque se redactó hacia el año 400, habría valido perfectamente para unas décadas antes. Se trata de un discurso de defensa en el que un ciudadano llamado Eufileto cuenta la historia de su matrimonio. Cuando se casó, al principio no confiaba en su mujer, «como era natural» -esto lo dice delante de cientos de jurados, lo que significa que ellos debían de pensar lo mismo-. Después, una vez que el matrimonio tuvo al primer hijo, Eufileto se quedó más tranquilo: después de la concienzuda vigilancia a la que había sometido a su esposa, estaba convencido de que en el ADN de la criatura no había genes extraños. Así que le entregó las llaves de la casa y empezó a relajarse un poco más. Su mujer era una esposa excelente: ahorradora y buena organizadora. El término griego exacto es *oikonómos*, «administradora del hogar», de donde procede el término «economía». Lo que nos demuestra que las casas eran, de hecho, el reino de las mujeres.

El matrimonio había llegado a un arreglo curioso. La casa tenía dos pisos y, como era natural, los aposentos de las mujeres estaban en el de arriba, separados del resto por una puerta con llave. Pero cuando nació el bebé, Eufileto se mudó al piso superior y dejó a las mujeres el de abajo, de modo que su esposa no corriera

peligro cada vez que tenía que bajar la escalera para lavar al niño.

Eufileto, como tantos atenienses que vivían en la ciudad, poseía pequeñas fincas en el campo y a veces se ausentaba uno o varios días para atenderlas. Una noche terminó de darle al arado antes de tiempo y regresó de improviso en lugar de quedarse a dormir en el campo. Después de cenar, la pareja iba a acostarse cuando el niño empezó a llorar en el piso de abajo. Luego descubrió Eufileto que una criada estaba pellizcando al bebé para que llorara; pero de momento, sin sospechar nada, le dijo a su mujer que bajara a darle el pecho. «Sí, te voy a dejar solo aquí arriba para que te tires a la chica, como hiciste la última vez que te emborrachaste», respondió ella, y Eufileto se rio (la traducción «tirarse» es prácticamente literal). Que los maridos se acostasen con esclavas no se consideraba legalmente adulterio, aunque no creo que a las esposas les hiciera demasiada gracia. Como de broma, al salir de los aposentos ella cerró la puerta con llave. Eufileto, que llegaba cansado del campo, no dijo nada y se durmió como un tronco, pero en plena noche sintió que se abrían y cerraban las puertas que comunicaban las habitaciones con el patio y el patio con la calle. Al día siguiente, su mujer le dijo que se le había apagado la lámpara que tenía junto al niño y que había ido a casa de los vecinos a pedir fuego.

Pocos días después, una anciana se acercó a Eufileto y le transmitió un recado de parte de otra mujer. Ésta era amante de un tal Eratóstenes, pero estaba despechada porque el sujeto en cuestión se acostaba también con la esposa de Eufileto y con muchas otras. «Interroga a la esclava que os hace la compra en el Ágora», le aconsejó, «ella está en el ajo».

Con amenazas de azotarla y ponerla a trabajar en el campo como una mula, Eufileto consiguió que la esclava involucrada en el asunto lo confesara todo. Así supo que Eratóstenes había visto por primera vez a su esposa durante un entierro -una de las escasas ocasiones en que una mujer casada de clase alta salía a la calle, y se había encaprichado de ella, por lo que empezó a mandarle notas por medio de la esclava. A los pocos días, la esposa se dejó seducir, y a partir de ese momento, aprovechando las ausencias de Eufileto, permitió que Eratóstenes entrara en la casa a menudo.

Para demostrar un adulterio había que pillar a los culpables en flagrante delito. Unos días después, cuando Eufileto dormía en el piso de arriba, la esclava que lo había cantado todo vino a decirle que el seductor estaba ya dentro del dormitorio. Eufileto salió de la casa casi de puntillas y buscó a unos cuantos vecinos y conocidos para que le sirvieran de testigos. Después recogieron antorchas en la tienda más cercana y entraron en su casa. Tras empujar la puerta de la alcoba,

irrumplieron en ella, y «los primeros en entrar todavía pudimos verlo acostado con mi mujer, y los últimos ya lo encontraron desnudo y de pie sobre la cama» (Lisias 1, 24).

A continuación, Eufileto le dio un puñetazo al interfecto, lo tiró al suelo y le ató las manos a la espalda. Qué estaba haciendo la mujer entretanto, lo ignoramos, pero supongo que se enrollaría una manta para taparse y saldría a toda prisa de la habitación, y tal vez hasta de la ciudad. Eratóstenes suplicó a Eufileto que no lo matara, y que aceptara una indemnización, como era habitual en esos casos: sabemos por algún otro discurso judicial que se pagaban hasta 30 minas, lo que equivalía a 3.000 dracmas, más o menos lo que habría ganado un ciudadano humilde trabajando sin parar más de quince años. ¡El cuerno se vendía, literalmente, a precio de oro!

Pero Eufileto, que estaba muy furioso, mató allí mismo al individuo que le había adornado la testa. Precisamente de ese homicidio respondía ante el tribunal frente al que pronunciaba el discurso," por lo que se ahorró precisar los detalles exactos de la muerte: las explicaciones sobre si había sido al quinto o al sexto garrotazo cuando le reventó el bazo a Eratóstenes no le habrían ganado la benevolencia de los jurados. Es de suponer que, si lo que contaba era cierto, Eufileto quedó absuelto. Existía una antigua ley de Dracón por la que, si el marido sorprendía a su esposa con otro hombre y mataba a éste, no se consideraba un asesinato.¹³

¿Qué ocurrió con la esposa, cuyo nombre jamás se menciona en el discurso? Lo ignoramos. Según la costumbre, Eufileto debió divorciarse de ella. A partir de aquel momento quedaría apartada de las fiestas y sacrificios públicos para no corromper a las demás mujeres, y se le prohibiría llevar adornos para que no volviera a atraer a otros hombres: cualquiera que la viera contraviniendo estas normas podía romperle el manto, arrancarle las joyas y abofetearla (Esquines 1, 183).

No caeré en el error de, por criticar el machismo de los griegos, cargar las tintas contra el tal Eufileto, al que no conocemos lo suficiente para saber si era buen o mal marido, o mejor o peor persona. Pero no sería raro que, una vez que había nacido su hijo, se abstuviera de tocar a su mujer para no dejarla embarazada de nuevo y satisficiera sus deseos sexuales con esclavas o con prostitutas. Ella no tendría tan siquiera veinte años, probablemente quince menos que su marido. Por mucho que las costumbres lo dictaran así, es natural que pudiera sentirse atraída por un hombre más joven y, es de suponer, bastante apuesto. En fin, corramos un

velo sobre este caso que, como señala su traductor, Manuel Fernández-Galiano, «nos ofrece, además, un precioso testimonio para el conocimiento de la vida doméstica de la clase media ateniense».14

LA DEMOCRACIA RADICAL

Dejamos las calles y las casas de Atenas para volver a la colina de la Pnix, donde se reunía la asamblea del pueblo. Allí Pericles fue el amo indiscutible durante cerca de veinte años. ¿En qué basaba su poder?

Pericles no era un general excepcional, y nunca obtuvo victorias tan espectaculares como las de Cimón. Tampoco cosechó grandes fracasos, porque en las campañas militares procuraba actuar siempre sobre seguro. Por ejemplo, cuando la isla de Sarros se quiso apartar de la Liga de Delos, en lugar de combatir en batalla abierta contra los saurios «los cercó con un muro, pues prefería tomar la ciudad con gasto de dinero y tiempo que poniendo a sus conciudadanos en peligro de ser heridos o muertos» (Plutarco, Pendes 27). Pericles conocía bien con qué recursos humanos y materiales contaba y los aplicaba con prudencia. Por eso, cuando llegó el momento de enfrentarse a Esparta explicó detalladamente a los atenienses de cuántos fondos disponían y cuántos eran necesarios para llevar adelante la guerra, y conociendo las limitaciones de su ejército les aconsejó que no cometieran la temeridad de combatir contra los espartanos en campo abierto.

Aparte de los éxitos militares, otra forma de ganar influencia entre los ciudadanos era el evergetismo, la beneficencia de la que tan bien se supo servir Cimón. Según Plutarco, Pericles intentó imitarle al principio de su vida política, pero pronto renunció a ello porque se veía incapaz de competir con el hijo de Milciades. Ahora bien, que no diese grandes banquetes como Cimón no significa que no gastara su fortuna, como todos los atenienses adinerados, en los servicios públicos denominados «liturgias». En realidad, no le quedaba otro remedio, porque así lo mandaba la ley.

Las liturgias eran una forma de impuestos. En lugar de recaudar un porcentaje de los ingresos de los ciudadanos más pudientes y dedicarlo a actividades culturales, sociales o militares, el Estado encargaba directamente a los miembros de las clases superiores que las pagaran y organizaran ellos mismos. De este modo, cada año se sorteaba quiénes habían de servir como trierarcas o patrocinar las festividades.

Un trierarca tenía que encargarse durante un año entero de mantener el

trirreme que se le asignaba. El Estado ponía el barco y el equipo básico, las piezas de madera que se guardaban junto al trirreme en el astillero -remos, mástil, escaleras, etc.- y además pagaba los sueldos de la tripulación. Por su parte, el trierarca se encargaba de los aparejos y de que el barco estuviese en buenas condiciones. Pero además, con aquel talante competitivo tan propio de los helenos, los trierarcas rivalizaban entre sí por tener las naves más vistosas, para lo cual a veces adquirían sus propios remos y palos en vez de usar los que les suministraba la ciudad (que supongo que a veces se caían a trozos). También procuraban conseguir a los mejores pilotos y remeros, y los incentivaban pagándoles sobresueldos de su propio bolsillo.

Los encargados de las liturgias de festividades elegían, adiestraban y pagaban a los equipos participantes en los diversos certámenes que se celebraban en las fiestas religiosas. Como éstas eran numerosas, había cerca de cien liturgias que se sorteaban al año. La más prestigiosa era la de corego en los festivales dramáticos. Mientras que la ciudad pagaba a los poetas que escribían las tragedias y las comedias, y también a los actores, los coregos se encargaban de los gastos del coro, que era bastante nutrido: los coros cómicos constaban de un máximo de 25 miembros, y los trágicos de 15.

Por los abundantes discursos judiciales que nos han llegado, sabemos que tanto acusadores como acusados trataban de ganarse el favor del jurado -en el que predominaban, por pura estadística, los ciudadanos humildes- recordando cuánto dinero se habían gastado como trierarca o corego. Servir a la ciudad suponía un motivo de orgullo para los miembros de las clases superiores, y de paso una forma provechosa de canalizar sus instintos competitivos. Pero también era una buena defensa para evitar que la envidia natural de los que tenían menos se volviera contra ellos. Era preferible gastarse de buen grado el dinero en las liturgias y quedar bien con el demos que arriesgarse a ser denunciados por cualquier minucia y acabar pagando cuantiosas multas o, peor todavía, viendo confiscados todos sus bienes.

Pericles desempeñó sus liturgias como el que más. Además, empezó haciéndolo desde muy joven: fue corego de Los persas de Esquilo en 472, y la obra ganó el premio de aquel año. Pero cuando entró en la política se dio cuenta de que había otra forma mejor de bienquistarse al pueblo que luciéndose como corego o imitando a Cimón. En vez de repartir sus bienes como éste, «recurrió al reparto de los bienes públicos [...]. Tras haber sobornado al pueblo con dietas por hacer de jurados y para asistir a los espectáculos y con otros honorarios y gastos, no tardó en volverlo contra el consejo del Areópago» (Plutarco, Pendes 9).

La cronología de Plutarco no es correcta. Fue Efialtes quien acabó con las prerrogativas del Areópago, puesto que Pericles aún permanecía agazapado en la segunda fila de la política. O, más que agazapado, invirtiendo en su futuro de líder, cosa que hizo proponiendo medidas como pagar dietas a los ciudadanos que eran elegidos para el jurado. Tan sólo eran dos óbolos al día, una especie de salario mínimo interprofesional, pero permitían a los más humildes participar en la administración de la justicia sin perder dinero. Lo cual tenía su importancia: todos los años salían elegidos por sorteo 6.000 jurados, de los que luego, a su vez, se sorteaban los que debían juzgar cada caso en concreto. Las probabilidades de que un ciudadano cualquiera entrara tarde o temprano en la lista de los jurados eran prácticamente del cien por cien.

También se instituyó por aquel entonces el theorikón, una subvención para que los ciudadanos pobres pudieran asistir al teatro. No se trataba de una propina para divertirse, como la paga que damos a los adolescentes para el fin de semana. El teatro era un rito religioso y social, y las obras trataban a menudo cuestiones políticas de actualidad, ya fuera con cierto disimulo, como en las tragedias, o con todo descaro, como en las comedias: en éstas se ponía como hoja de perejil a los principales líderes políticos, como Pericles, Alcibíades o el demagogo Cleón, que no tenían más remedio que sonreír aunque a veces se dijeran auténticas atrocidades de ellos. En cierto modo, Pericles era afortunado de tener la cabeza en forma de pepino, pues esa broma fácil le ahorraba otras más groseras, como las que se hacían sobre la anchura del conducto rectal de Alcibíades.

Poco a poco se fueron aprobando pagas para los miembros del consejo, con lo que sus reuniones se hicieron más frecuentes, y también para los demás magistrados. Con el tiempo se llegaría incluso a sufragar a los ciudadanos que asistían a la asamblea.

Para los adversarios de la democracia todo esto suponía un soborno. Es cierto que nos puede recordar al mercado persa que se organiza hoy día en los meses anteriores a las elecciones gratis si me votan!»- y que Pericles debió de ganar muchos partidarios al proponer esas medidas. Pero una vez aprobadas, daba igual que siguiera o no siguiera en el poder: los ciudadanos continuarían cobrando sus dietas por participar en el gobierno de la ciudad, sin tener que agradecersele ni a Pericles en concreto ni a ningún otro aristócrata. Ese dinero se lo pagaba la ciudad de Atenas por cumplir con su deber de ciudadanos, y no se lo debían al evergetismo de Cimón ni de nadie más. De modo que, al contrario de lo que sugiere Plutarco, las medidas de Pericles no aumentaron el clientelismo político, sino que lo redujeron, ya que las dietas no dependían de un benefactor concreto sino de la ley. Consciente

de ello, el pueblo se mostraba cada vez más orgulloso y soberano, para lo bueno y para lo malo. Porque tomar las decisiones por mayoría no evitaba que se cometieran errores, e incluso en ocasiones auténticas barbaridades, como veremos al hablar de la Guerra del Peloponeso y los casos de Lesbos y Melos.

De esta manera, convirtiéndose en el paladín de la democracia radical -aunque él personalmente era de ideas moderadas-, Pericles llegó a ser el hombre más influyente de Atenas durante cerca de veinte años. Como dijo de él Tucídides, «de nombre era una democracia, pero en realidad se trataba del gobierno del primer ciudadano» (Tucídides 2, 65). Pero no pensemos que Pericles se mantuvo en el poder concediendo subvenciones y prebendas al pueblo llano. Sus principales virtudes eran la inteligencia, el sentido común -que no siempre son lo mismo- y el don de la persuasión. Si tenía que llevar la contraria a la mayoría de la asamblea, lo hacía, y si creía que debía regañar a los atenienses, no se privaba de ello.

Sin embargo, este hombre admirable que llevó a la democracia ateniense a su apogeo fue el mismo que involucró a su ciudad en el conflicto más desastroso de su historia. Antes de hacerlo, Pericles realizó minuciosos cálculos logísticos, económicos y psicológicos. Estaba convencido de que en una guerra contra Esparta, a la larga, los recursos superiores de Atenas le darían la victoria siempre que no cometieran ninguno de estos dos errores: enfrentarse a los espartanos en campo abierto o tratar de aumentar su imperio. Lo que no podía prever Pericles era que el azar, en forma de unos microorganismos de cuya existencia no sospechaban ni siquiera los sabios como Anaxágoras, daría al traste con todos sus cálculos. Ni que la gloriosa Atenas, recién embarcada en la larga travesía de la Guerra del Peloponeso, se quedaría sin timonel al poco tiempo de salir del puerto.

Conocemos mejor el desarrollo de la Guerra del Peloponeso que cualquier conflicto anterior o posterior de la Grecia clásica gracias a una fuente excepcional: Tucídides. Ateniense nacido hacia el año 460, provenía de una familia aristocrática y recibió una esmerada formación. En ella se incluían las carísimas lecciones con los sofistas que visitaban Atenas para dar clases de retórica, argumentación y todo tipo de conocimientos teóricos y prácticos: las enseñanzas recibidas de ellos se manifiestan por doquier en su obra.

Tucídides participó activamente en la primera parte de la guerra y llegó a ser nombrado general. Teniendo en cuenta que este cargo seguía siendo electivo, si los atenienses lo votaron significa que Tucídides evidenciaba aptitudes para el mando y la milicia. Eso se aprecia en su obra por la gran precisión con que narra las operaciones militares; un punto débil de Heródoto, cuyas batallas suelen ser un caos sembrado de anécdotas. Tucídides también muestra una visión más escéptica y racional que la de Heródoto, pero a cambio en su Historia de la Guerra del Peloponeso se echan de menos los detalles de geografía y vida cotidiana que tanto amenizan las Historias de su predecesor.

Tucídides no tuvo suerte en el mando. En el año 424 dirigía una flota que debía acudir en auxilio de la guarnición ateniense en Anfipolis, en la costa de Tracia, pero llegó tarde y no pudo evitar que cayera en poder de los espartanos. Los atenienses no eran muy comprensivos con el fracaso (un equipo de fútbol ateniense habría tenido quince entrenadores por temporada), y desterraron a Tucídides. La desgracia se convirtió en fortuna para él, que fuera de su ciudad pudo conocer el punto de vista de los enemigos y visitar numerosos escenarios de la guerra, y para nosotros, que podemos disfrutar de su excepcional obra. Consciente de lo que estaba escribiendo, Tucídides afirmó que se trataba de un *ktéma es aeí*, «una posesión para siempre», y no se equivocó. Aunque nos gustaría que su obra fuese un poco más multidimensional, se puede afirmar que Tucídides compuso la obra maestra de la historiografía antigua.

La Guerra del Peloponeso resulta mucho más complicada de narrar que las Guerras Médicas. Fueron veintisiete años de luchas casi ininterrumpidas, entre 431 y 404, ya que incluso durante el paréntesis de la llamada Paz de Nicias se libraron

batallas. Participaron en este conflicto cientos de polis y también éthne o tribus de las zonas más atrasadas de Grecia. Se combatió en todo tipo de escenarios marítimos y terrestres, desde la isla de Sicilia en el oeste hasta las costas de Asia Menor y el estrecho de los Dardanelos en el este. Narrar todos los detalles requeriría un libro más voluminoso que éste. De hecho, la monografía de Donald Kagan sobre la Guerra del Peloponeso abarca cuatro libros, en total más de 1.600 páginas. Por eso me centraré en algunos momentos del conflicto que pueden servir para hacernos idea de lo que ocurrió. Pero antes de contemplar esas estampas, hablemos de las causas que desencadenaron la guerra.

CAUSAS

Para Tucídides, la guerra era inevitable. El poder de Atenas no había dejado de crecer durante la Pentecontecia, y Esparta desconfiaba de él. Existían dos ejes de oposición que provocaron las hostilidades. El primero era el eje Atenas-Esparta, ciudades que se respetaban mutuamente con esa especie de desconfianza y fascinación que en cierto modo sentían Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría.

Ambas representaban dos modelos antagónicos. Esparta era una sociedad que quería mantener los ideales y la forma de vida de la vieja aristocracia terrateniente y que despreciaba el comercio y el trabajo artesanal como impropios de una élite guerrera. En teoría había alcanzado un equilibrio que le permitía evitar lo que más temía: el cambio. En la práctica, en Esparta existía mucha más codicia de lo que se reconocía y unos pocos se iban enriqueciendo progresivamente a costa de los demás. La prueba es que cada vez había menos ciudadanos de pleno derecho, los llamados Homoioi o «Iguales».

Por su parte, Atenas era una democracia cada vez más radical, donde el pueblo llano había ido conquistando poco a poco prácticamente todas las parcelas de poder. Seguía habiendo aristócratas, y de hecho los líderes políticos pertenecían en general a la aristocracia, bien fuera la de toda la vida o la recién creada gracias al dinero. Pero esos líderes sabían que, para ascender en política, debían ganarse al pueblo. Por otra parte, los atenienses no le tenían miedo al cambio, y actuaban de forma que a veces podía calificarse de intrépida y otras de temeraria, metiéndose en avisperos como Sicilia de los que luego no sabían cómo salir. Era una ciudad de empresarios en el sentido etimológico del término: emprendedores. Su campo de acción era el mar, que unía el ancho mundo y que servía para viajar de mercado en mercado. La tierra se la dejaban a los espartanos.'

En realidad, no era inevitable que Atenas y Esparta chocaran. Sus intereses no entraban en colisión tanto como se puede creer, porque en cierto modo habitaban dos realidades paralelas. Esparta quería mantener su statu quo en el Peloponeso, seguir viviendo en su burbuja aislada del tiempo y que los ilotas de Mesenia no se desmandasen. Atenas quería conservar su imperio marítimo y, a ser posible, ampliarlo, pero no a costa de los espartanos. Una ciudad dominaba la guerra terrestre y la otra era maestra en el combate naval. Eran como un futbolista y un tenista que no practican el mismo deporte y no tienen por qué llegar a enfrentarse.

Pero he hablado de dos ejes de oposición. El segundo enfrentaba a Atenas con otras ciudades dorias que sí pretendían hacerle la competencia en el mismo campo, el del comercio y la expansión marítima: Corinto y Mégara. De alguna manera, Atenas se dedicó durante las vísperas de la guerra a meterles el dedo en el ojo a ambas ciudades. Corinto -que ya había librado varias batallas contra Atenas durante la Pentecontecia-, comprendiendo que los atenienses poseían la hegemonía sobre el mar Egeo, intentó asentar su influencia en el oeste, en las aguas del Jónico y del Adriático. Pero Atenas también abrigaba ambiciones en esa zona, por lo que se entrometió en el conflicto entre Corinto y su antigua colonia, Corcira. En el año 433 se libró una batalla entre las flotas de ambas ciudades, en la que participaron 30 naves atenienses a favor de Corcira e inclinaron la balanza a su favor. Corinto, que ya tenía el casillero de ofensas atenienses lleno de muescas, no le perdonó esta última y desde entonces no dejó de azuzar a Esparta para que le declarara la guerra a Atenas.

En cuanto a Mégara, durante la Pentecontecia había llegado a ser aliada de los atenienses contra Corinto. Pero la situación cambió, pues en el año 432 la asamblea ateniense aprobó un decreto que, por razones en las que no entraremos, cerraba a los megarenses los puertos controlados por Atenas. Eso era tanto como decir que los barcos de Mégara no podían comerciar con el resto del Egeo, lo que suponía reducir prácticamente a la miseria a esta ciudad de mercaderes. Desde ese momento, los megarenses también apoyaron la idea de una guerra contra Atenas. Mégara era vital para el conflicto, puesto que dominaba el paso del Peloponeso a las tierras del Ática, y todas las invasiones espartanas llegaron por su territorio, que Mégara ofreció gustosa a la Liga del Peloponeso.

Había otra potencia cercana a Atenas que, aunque no fuese un rival comercial como Mégara o Corinto, alimentaba una vieja enemistad con ella: Tebas. Los atenienses, a quienes no les interesaba tener un vecino más poderoso que ellos, llevaban mucho tiempo intrigando para evitar que la comarca de Beocia se uniese

políticamente, y siempre apoyaban a cualquier ciudad que se opusiera a la hegemonía de los tebanos. En las Guerras Médicas se habían enfrentado en el campo de batalla, y ese conflicto se repitió varias veces durante la Pentecontecia.

Los atenienses tenían un fiel aliado en terreno beocio: la pequeña ciudad de Platea. Fue ésta otro de los desencadenantes de la guerra, pues una noche de la primavera del año 431 un grupo de 300 tebanos trató de tomarla por sorpresa. Los plateos reaccionaron a tiempo, organizando la resistencia de casa en casa mediante un curioso procedimiento: agujereaban las paredes medianeras y pasaban de una vivienda a otra, lo que nos da una idea de cómo se construía entonces, con encofrados rellenos de barro a modo de cemento. De este modo, los plateos apresaron a más de la mitad de los tebanos y los ejecutaron. Después pidieron protección a los atenienses, que se la brindaron, sumando un nuevo casus belli contra Tebas.

La guerra estuvo precedida por varios meses de movimientos diplomáticos. Finalmente, la Liga del Peloponeso votó a favor de combatir contra Atenas. Por su parte, Pericles reunió a la asamblea ateniense para dar ánimos al pueblo, y le explicó cuáles eran los recursos que tenían y qué debían hacer si querían salir adelante.

Su consejo era no extender el imperio mientras durara la guerra y no exponerse a más peligros de los necesarios; en particular, no enfrentarse al ejército terrestre de la Liga del Peloponeso. Pericles buscaba una especie de empate técnico, con la intención de que Esparta, una vez que no consiguiese lo que le pedían los aliados -la humillación total de Atenas- perdiese su prestigio de primera potencia griega. Si esto ocurría y la Liga del Peloponeso se disolvía, Atenas podría, con paciencia, dominar el istmo e incluso convertirse en la potencia hegemónica del Peloponeso. Pero incluso en caso de que la Liga se mantuviera, Pericles esperaba que los espartanos comprendiesen por fin que Atenas era un hueso duro de roer y la dejaran tranquila. Como se ve, una estrategia prudente; en opinión de algunos autores, quizá demasiado.

¿Qué recursos tenía Atenas? Entre los aliados, podían ofrecerle barcos las islas de Quíos, Lesbos y Corcira. Los demás miembros de la Liga de Delos aportaban hombres y dinero. Pero, sobre todo, Atenas poseía una enorme flota de 300 trirremes en condiciones de combatir. Además, sus tripulaciones, formadas por ciudadanos del Ática y de las polis aliadas, estaban mucho más entrenadas en el combate marítimo que las de las 100 naves de la Liga del Peloponeso. Por mar, la balanza se inclinaba sin duda del lado de los atenienses.

No obstante, las flotas tenían un problema: eran mucho más caras de mantener que los ejércitos de tierra. Cuando se declaró la guerra, los ingresos anuales de Atenas eran de 1.000 talentos de plata, de los cuales 600 correspondían a las cuotas de la Liga y otros impuestos que pagaban los aliados, y los restantes 400 se recaudaban en la propia ciudad, sobre todo en el puerto del Pireo, gracias a las tasas sobre los productos que entraban y salían por mar. Con todo, mantener 300 trirremes operando durante sólo dos meses ya consumía 600 talentos, de modo que Atenas necesitaba más dinero: en realidad, se calcula que cada año de guerra podía costar 2.000 talentos (Kagan, 1990, p. 37). En la Acrópolis se guardaba una reserva de 6.000 talentos en dinero acuñado, a los que se podían sumar otros 500 en metales preciosos sin acuñar. Por último, Pericles explicó a sus conciudadanos que, en caso de extrema urgencia, podían desmontar las placas de oro de la Atenea del Partenón, lo que habría supuesto otros 40 talentos de oro que valían unas diez veces más en plata (sospecho que Pericles les mencionó este último dato para recordarles que ni él ni Fidias se habían llevado un gramo de esas famosas placas). Ninguna otra polis griega disponía de tanto capital como Atenas.'

Por tierra, los atenienses disponían de 13.000 hoplitas preparados para el combate, más otros 16.000 entre metecos, jóvenes y veteranos, listos para defender las murallas de la ciudad y también los Muros Largos que la conectaban con el Pireo.' Además tenían 1.600 arqueros -una gran ventaja sobre el adversario, que renqueaba en infantería ligera- y 1.200 jinetes, ya que después de las Guerras Médicas habían ido desarrollando poco a poco un cuerpo de caballería relativamente importante.

A esos recursos, la Liga del Peloponeso podía oponer pocos barcos, tan sólo 100 como hemos dicho. Pero, a cambio, su ejército de tierra era muy superior. Entre tropas del Peloponeso y de Beocia, Esparta era capaz de movilizar hasta 45.000 hoplitas, de los que el rey Arquidamo llevó 30.000 en sus primeras invasiones del Ática. No sólo eran más numerosos, sino que en calidad los beocios resultaban parejos a los atenienses y los espartanos indiscutiblemente superiores. Enfrentarse a ellos en campo abierto con los 13.000 hoplitas de Atenas ni se planteaba, por supuesto.

LA INVASIÓN DEL ÁTICA

La guerra empezó en verano del año 431. Durante la primera fase, conocida como «la guerra Arquidámica» porque el rey espartano se llamaba Arquidamo, el procedimiento que siguieron los lacedemonios fue siempre el mismo. Cuando llegaba el calor, liaban el petate, se juntaban con sus aliados del Peloponeso e

invadían el Ática, donde se reunían con los tebanos. El número de tropas podía variar, así como el tiempo que permanecían en territorio ateniense. Pero siempre llevaban contingentes muy superiores a los que les podía oponer el enemigo.

Pericles dictó la estrategia que siguieron los atenienses. Cuando se acercaba la primera invasión, se llevaron el ganado y los enseres a Eubea y a otras islas que tenían bajo su control, e incluso desmontaron las puertas de sus casas en el campo y cualquier otra pieza de madera que pudiese arder. Después, se encerraron tras las murallas para contemplar cómo los espartanos y sus aliados devastaban sus campos. Pero no permanecieron inactivos: mientras tanto, sus barcos se dedicaron a recorrer las costas del Peloponeso saqueando y causando todo el daño posible. Como vemos, atenienses y espartanos seguían habitando y combatiendo en dimensiones separadas.

Los espartanos aparecieron en el mes de junio y provocaron en vano a los atenienses. Para éstos era duro ver cómo sus campos ardían, y la popularidad de Pericles se resintió mucho. Pero siempre se ha tendido a exagerar la devastación que podían causar los espartanos en la campaña ateniense. El autor que más ha estudiado esta cuestión es el estadounidense Victor C. Hanson. Según comenta éste, había más olivos y viñedos en el Ática que habitantes en toda Grecia: entre cinco y diez millones de olivos y muchas más viñas. Él mismo ha hecho experimentos:

[...1 hace unos años intenté talar unos cuantos nogales viejos de mi finca. Incluso cuando el hacha no se rompía, a veces necesitaba varias horas para derribar un solo árbol. Mis ulteriores intentos con troncos de naranjo, ciruelo, melocotonero, olivo o albaricoquero fueron igualmente complicados [...1. Los olivos eran los más difíciles de desarraigar, y resultaba incluso más trabajoso intentar prenderles fuego. Los árboles frutales vivos (al igual que las viñas) no se prenden fácilmente, o al menos no arden el tiempo suficiente ni a temperatura lo bastante alta como para matar al árbol. Aunque incendié la maleza seca que rodeaba los árboles, las hojas se quemaron, la corteza se ennegreció, pero no conseguí causar ningún daño irreparable (Hanson, 2005, p. 36).

¿Era más fácil quemar los campos de cereales? Como señala también Hanson, a veces las espigas están más verdes y separadas de lo que parece, así que conseguir que el incendio se propague y se mantenga es una labor bastante ardua. Su conclusión es que no hay que exagerar los efectos de la supuesta devastación provocada por la invasión anual de los espartanos y sus aliados. Si querían reducir el Ática a la ruina que a veces se imagina uno leyendo los libros de historia, cada miembro del ejército invasor tendría que haber talado cerca de diez olivos al día.

Casi no lo habrían conseguido ni con la motosierra, y además, después del ardor inicial del primer día habría que ver qué opinaban los hoplitas de trabajar tan duro. Para doblar el lomo bajo el sol, al fin y al cabo, mejor podrían haberse quedado en casa: ellos, igual que los atenienses, tenían que cosechar sus propios campos, tarea de la que ahora se estarían encargando las mujeres, los niños y los ancianos.

No obstante, aunque los daños no fueran irreparables y los atenienses pudiesen conseguir cereales en otros lugares -incluidas sus cleruquías-, no hay que subestimar el efecto psicológico de ver cómo los enemigos campaban alegremente por sus tierras.' Es lógico que reinara la inquietud en Atenas mientras unas 200.000 personas se veían obligadas a hacinarse entre las murallas. El largo corredor que llevaba de la ciudad al Pireo se había convertido en un enorme campamento, que sin duda no disponía de instalaciones sanitarias dignas de tal nombre. Las casas de la ciudad estaban abarrotadas con parientes llegados de los demos del campo (qué buen ambiente reinaría con tantos primo/as y cuñado/as juntos, por no hablar de los críos chillando y pegándose, y todo cuando más apretaba el calor). Los templos y santuarios se usaban como viviendas, la gente se alojaba en las torres de vigilancia de la muralla e incluso en sitios que se consideraban de mal agüero, como el llamado Pelasgicón, al pie de la Acrópolis.

Aun así, los atenienses resistieron bien el primer año. Mientras sufrían el asedio, obtuvieron algunos éxitos por mar, expulsaron a los habitantes de Egina -siempre les habían tenido ojeriza- y tomaron la ciudad de Potidea, un puesto estratégico en el norte del Egeo. Al final del primer año de conflicto, Pericles pronunció un discurso fúnebre en honor de los caídos que Tucídides reflejó, suponemos que con bastante fidelidad, en el libro II de su Historia. Es un conmovedor elogio de la democracia ateniense del que entresaco algunos fragmentos:

Poseemos un régimen político que no siente envidia por las leyes de las ciudades vecinas: somos más un ejemplo para otros que imitadores de los demás. Su nombre es democracia, porque es la mayoría quien gobierna, y no unos cuantos [...]. La comunidad honra a la gente por sus méritos y no por la clase social a la que pertenece [...]. La nuestra es una ciudad abierta que no recurre a expulsiones de extranjeros [...]. En todos los lugares hemos dejado recuerdos impercederos de nuestros éxitos y de nuestros fracasos (Tucídides 2, 37)

LA EPIDEMIA

Pero en la guerra siempre ocurre lo imprevisible, y una desgracia con la que

no contaban golpeó a los atenienses. Mientras Arquidamo, el rey espartano de la casa de los Euripóntidas, invadía el Ática por segunda vez, una epidemia cayó sobre Atenas.

Se decía que provenía de Etiopía, de donde había pasado a Egipto y al resto de las tierras del Imperio persa. En Atenas entró por el Pireo, seguramente traída por un barco que venía del este. Los primeros afectados enfermaron allí, pero el mal enseguida se extendió a la ciudad: fuese lo que fuese, los virus o las bacterias se propagaron fácilmente a través de la multitud que se había apiñado entre los Muros Largos.

Tucídides fue uno de los que sufrió la enfermedad y, obviamente, sobrevivió para contarlo. Su descripción es tan precisa como podría haber sido la de un tratado de Hipócrates. Cuando la epidemia atacaba a alguien, primero notaba fiebre, ardor en los ojos y un sabor a sangre en la garganta acompañado por un aliento maloliente y entrecortado. La enfermedad bajaba enseguida al pecho, con toses violentas, y también afectaba al estómago. Algunos vomitaban y otros sufrían terribles dolores por las arcadas continuas sin nada que expulsar. La piel se cubría de pequeñas pústulas, y por dentro se sentía un ardor tan insoportable que mucha gente andaba desnuda, sin poder soportar ni el roce de la ropa, y otros se arrojaban a pozos de agua fresca (algo que no ayudaría a evitar el contagio, por cierto). Los afectados sobrevivían entre seis y siete días, y al final morían consumidos por la fiebre o por una diarrea incontrolable. La infección afectaba también a los genitales y a los dedos de manos y pies: cuenta Tucídides que algunos de los supervivientes perdían esos apéndices, o se les ulceraban los ojos y se quedaban ciegos.

El retrato que hace Tucídides de las consecuencias psíquicas y sociales es desolador, y constituye una de las cumbres de su obra:

De todo lo que acarreaba este mal, lo peor era el desánimo que sentían los que enfermaban [...1 y el hecho de que los que atendían a los demás se contagiaban también y morían como ganado [...1. Puesto que habitaban en chozas que, en verano, resultaban sofocantes, morían en un desorden total. Los cadáveres se amontonaban unos sobre otros según fallecían, y la gente deambulaba sin rumbo fijo por las calles o, moribundos, se apelotonaban junto a las fuentes, sedientos de agua. Los templos en los que habían acampado estaban llenos de cuerpos, pues [...1 la gente, al comprobar que el mal era invencible, llegaba a desdeñar por igual lo divino y lo humano [...1. Muchos llevaban a cabo enterramientos sacrílegos, pues se les habían muerto tantos parientes que ya les faltaba todo lo necesario. Cuando alguien amontonaba una pira, otro se adelantaba, colocaba encima a su muerto y

prendía fuego a la leña. Había quienes, al ver cómo otros quemaban un cuerpo, tiraban encima el cadáver que llevaban y se marchaban de allí (Tucídides 2, 51-52).

Una prueba espectacular de las palabras de Tucídides se encontró en el año 1994, durante las obras para construir una estación de metro de la línea 3 en el barrio del Cerámico de Atenas. Las excavadoras descubrieron casi 1.000 tumbas prácticamente apelotonadas y una gran fosa común. A raíz de esto, se detuvieron las obras mientras un equipo de arqueólogos trabajaba a toda prisa. En la fosa común aparecieron cerca de 150 cadáveres, muchos de ellos de niños. Estaban amontonados a toda prisa, sin ningún cuidado, tal como describe Tucídides, y apenas había unos cuantos vasos funerarios, la mayoría de ellos baratos. El estilo de la cerámica se correspondía a la segunda mitad del siglo V, por lo que los arqueólogos sospecharon enseguida que podría tratarse de un entierro en masa debido a la epidemia.

Los arqueólogos sólo pudieron trabajar hasta el año 1995, momento en que las excavadoras entraron arrasando todo lo que no había sido retirado. Sin embargo, las obras de la estación se paralizaron demasiado tarde. En el lugar donde los atenienses del siglo V enterraron a toda prisa a sus muertos, se está construyendo ahora un aparcamiento de cinco pisos.

Un equipo de científicos, dirigido por el doctor Papagrigorakis, ha estudiado los cadáveres, y en concreto la pulpa dental. Al parecer, la pulpa de los dientes se conserva bien y tiene una buena vascularización, lo que permite extraer ADN en buenas condiciones. Los científicos han hallado pruebas de que los cadáveres a los que pertenecían esos dientes -tres tan sólo, por cierto- habían sido infectados con fiebre tifoidea.

La fiebre tifoidea se contagia al ingerir comida o beber agua contaminada por heces de otra persona infectada. Las condiciones insalubres de Atenas podrían explicar la enfermedad, que se corresponde con muchos de los síntomas enumerados por Tucídides. Aun así, hay otros científicos que no aceptan las conclusiones de este estudio. Aparte de cuestiones de método sobre el ADN y la pulpa dentaria, existe cierto problema que señalan algunos expertos. Una vez propagada la fiebre tifoidea en Atenas, como ésta se hallaba abarrotada, en verano y con malas condiciones sanitarias, es lógico pensar que los enfermos podían contaminar las aguas con bacterias fecales. Ahora bien, ¿cómo llegaron estas bacterias al Pireo desde África o algún otro lugar?

Aun no siendo entendido en estos asuntos, la objeción no me parece

insalvable. Las personas enfermas de fiebre tifoidea pasan por un periodo de incubación con síntomas que todavía no parecen tan graves. Los tripulantes de una nave podrían haberla contraído en una escala y llegar al Pireo sin encontrarse demasiado enfermos. Las condiciones sanitarias de los barcos de la Antigüedad no debían de ser las mejores. Pero aunque la cubierta hubiese estado más limpia que una patena y cada tripulante hubiese dormido en un camarote individual -algo impensable en la época-, me temo que, por decirlo finamente, las costumbres higiénicas relacionadas con la evacuación de los intestinos y ulterior manipulación de alimentos y bebidas no estaban muy evolucionadas.

Curiosamente, existía cierta paranoia entre los atenienses -perfectamente comprensible en una situación tan catastrófica como la que sufrían- acerca de los pozos de agua. Muchos estaban convencidos de que los habían envenenado los espartanos. No habría sido el primer caso en la historia de Grecia.

Hacia el año 590 se había librado la Primera Guerra Sagrada por el control del oráculo de Delfos. Los miembros de la Anficiónía, la alianza recién creada, atacaron la fortaleza de Cirra, que dominaba el camino del golfo de Corinto a Delfos, pues sus habitantes asaltaban y robaban a los peregrinos que acudían al santuario. Como los sitiadores no conseguían tomar Cirra, alguien propuso cortar las tuberías que llevaban a la ciudad (por los restos que se han encontrado en lugares como Atenas, las tuberías de la época eran de piezas troncocónicas de cerámica, del mismo tipo que las que se usaban en el palacio de Cnosos). Cuando los asediados llevaban días sufriendo de sed, los atacantes empalmaron de nuevo las tuberías, pero no sin antes verter grandes cantidades de eléboro en ellas. A los habitantes de Cirra, debilitados por la diarrea que les provocó el eléboro, no les quedó más remedio que rendirse. Entre las personas a las que se atribuía aquella estratagema tan poco noble estaba nada menos que el sabio Solón.

A partir de entonces, la Anficiónía prohibió que sus miembros cortaran o envenenaran el suministro de agua a los enemigos. Pero esa convención no siempre se respetaba. Los mismos atenienses habían contaminado sus pozos antes de abandonar la ciudad a las tropas de Jerjes, y casi un siglo después de la guerra el tratadista militar Eneas Táctico recomendaba emponzoñar el agua para luchar contra los enemigos. No es extraño, pues, que los atenienses sospechasen en primer lugar de los espartanos. Resulta irónico que, si aceptamos la hipótesis de la fiebre tifoidea, eran los mismos atenienses quienes estaban contaminando sus aguas con bacterias fecales al meter en ellas las manos o, directamente, arrojarse a los pozos como narra Tucídides. Moraleja: niños, hay que lavarse las manos antes de salir del servicio.

Como digo, no hay acuerdo sobre la naturaleza de la plaga que asoló Atenas. Durante mucho tiempo se creyó que era peste bubónica, y así puede encontrarse en manuales clásicos como el del soviético Struve. Pero entre los síntomas descritos por Tucídides no aparecen las bubas, las inflamaciones de los ganglios linfáticos características de la peste. Aparte de la fiebre tifoidea que ya hemos comentado, también se han sugerido la gripe, el sarampión o la viruela.' En el caso de estas dos últimas enfermedades, con el tiempo las poblaciones europeas se inmunizarían hasta cierto grado, ya que se convirtieron en endémicas. Pero cuando se abatían sobre una población que nunca antes las había padecido, los resultados eran desastrosos. Así ocurrió en América: cuando Cortés y Pizarro llegaron a las tierras de los aztecas y de los incas, respectivamente, el virus de la viruela ya se les había adelantado, diezmando a las poblaciones indígenas y allanándoles el camino (Diamond, 1998, p. 41). Lo mismo podría haber ocurrido en Atenas, una hipótesis que defiende Robert Sallares (Sallares, 1991, p. 250).

La epidemia duró dos años, y regresó de nuevo en 427. En total, los historiadores suelen calcular que acabó con el treinta por ciento de la población. Siempre me ha parecido una proporción excesiva. En primer lugar, resulta llamativo que Atenas siguiera adelante con la guerra después de sufrir tantísimas muertes. Por otra parte, si tres de cada diez atenienses perecieron, esa proporción debería notarse más en el pequeño censo de personajes conocidos de la época. Sabemos que Tucídides la contrajo, pero sobrevivió. Pericles murió en el año 429 y, aunque Tucídides no lo diga, otras fuentes informan que fue a causa de la epidemia. Y ya está. Apenas encontraremos entre las víctimas más nombres conocidos.

Sin embargo, ese cálculo del treinta por ciento se basa en una extrapolación a partir de números que aporta Tucídides, mucho más fiable en estas cuestiones que Heródoto: al fin y al cabo, como general tenía que pasar revista a sus tropas y llevar cuentas. Según él, los atenienses perdieron 4.400 hoplitas. Si la ciudad disponía en aquel momento de 13.000 hombres que podían combatir como hoplitas, significa que las pérdidas ascendieron incluso más de lo que hemos dicho, hasta un treinta y cuatro por ciento. ¿Cómo es que siguieron con el conflicto en vez de buscar la paz con Esparta? Es cierto que los atenienses procuraron no involucrarse en ninguna batalla campal. Pero ese porcentaje de muertes debió afectar también a los miembros de la cuarta clase que remaban en la flota, y sin embargo los barcos atenienses continuaron dominando el Egeo.

En general, sigue siendo un misterio la verdadera naturaleza de aquella epidemia. Aunque no acaba de convencerme la cifra de bajas que nos ofrece

Tucídides, tampoco encuentro razones para que la hinchara o se equivocara. Lo cierto es que la enfermedad minó las fuerzas y la moral de Atenas, que de no haberla sufrido tal vez habría corrido otra suerte en la guerra. Además, privó a la ciudad de su timonel, Pericles el «primer ciudadano», como lo denominó Tucídides. Primero, indignados con él, los atenienses le impusieron una multa por haberlos embarcado en la guerra. Pero, aunque enseguida se arrepintieron y volvieron a elegirlo general, como llevaban haciendo catorce años seguidos, Pericles murió en el año 429. Él, en buena medida, había embarcado a la ciudad en la Guerra del Peloponeso. Por el momento, los atenienses siguieron su consejo de no intentar engrandecer su imperio. Pero llegarían otros líderes.

Como pequeño homenaje para Pericles, incluyo aquí estas palabras de Plutarco:

Cercano ya a la muerte, los mejores de entre los ciudadanos y los amigos que le quedaban con vida estaban sentados a su alrededor, hablando de su valor y su poder y pasando revista a sus logros y a la multitud de sus trofeos (eran nueve los que como general había erigido en las victorias conseguidas en nombre de la ciudad). Comentaban unos con otros todo esto como si él hubiera perdido el conocimiento y no se enterara. Pero resultó que lo había oído todo, y en voz alta dijo que le asombraba que alabaran y recordaran aquellas cosas [...], y que en cambio no mencionaran lo principal y más hermoso.

-Pues ningún ateniense vivo se ha puesto un manto negro por mi causa. (Pericles 38).

Ojalá todos los grandes personajes de la historia hubieran podido morir con la conciencia tan tranquila.

EL CASO DE LESBOS: CUANDO EL IMPERIO ENSEÑA LAS GARRAS

La admiración que sentía Tucídides por Pericles salta a la vista en su obra. Comprobando lo que ocurrió tras su muerte, es fácil estar de acuerdo con el historiador: los líderes que intentaron sucederle nunca estuvieron a su altura.

La guerra proseguía, con invasiones de Esparta y maniobras marítimas de Atenas. En el año 429, uno de los almirantes atenienses más capa citados, Formión, logró sendas victorias en las batallas de Patras y Naupacto. La primera debió resultar especialmente humillante para la Liga del Peloponeso: tenían 47 barcos, y con tan sólo 20 Formión se las arregló para rodearlos, navegando en círculos cada

vez más estrechos. Llegó un momento en que las naves peloponesias estaban ya tan cerca unas de otras que sus remos picaban el agua y les impedían maniobrar. Entonces, Formión lanzó el ataque y consiguió apoderarse de 12 barcos enemigos y dispersar a los demás. Es comprensible que, después de aquello, los peloponesios tuvieran tan pocas ganas de enfrentarse por mar a los atenienses como éstos las tenían de plantarse en campo abierto ante los espartanos.

En el año 427 los peloponesios, ya que no conseguían tomar las murallas de Atenas, consiguieron al menos entrar en Platea después de dos años de asedio. La ciudad había sido evacuada poco a poco, y sólo quedaban en ella 200 plateos y 25 atenienses que habían acudido en su ayuda. Tal vez en otros tiempos los enemigos los habrían retenido para pedir rescate con ellos, pero la guerra se estaba enconando cada vez más, y los ejecutaron a todos.

Los ánimos no sólo se encrespaban en Esparta, sino también, y todavía más, en Atenas. Un año antes de la caída de Platea, las principales ciudades de la isla de Lesbos, encabezadas por Mitilene, habían decidido retirarse de la Liga de Delos. Para Atenas era un golpe muy duro. Lesbos, con más de 1.600 kilómetros cuadrados, se acercaba en extensión al Ática, tenía más de 100.000 habitantes y aportaba sus propios barcos a la alianza. Si se pasaba al enemigo -la neutralidad era casi impensable- sólo reforzaría a Esparta, sino que su ejemplo podía cundir entre otros miembros de la Liga de Delos.

Tras un año de operaciones y asedios contra Mitilene, líder de la revuelta, la ciudad cayó en 427; en parte, porque el pueblo llano, al que los oligarcas habían entregado armas, se levantó contra ellos y exigió que se llegara a un acuerdo con los atenienses.

Los ánimos, como ya he dicho, estaban muy encendidos en Atenas. La asamblea se reunió para tratar sobre el destino que debía correr Mitilene, en poder del general ateniense Paques (otra transcripción posible del nombre es Paquete, pero casi nos quedamos con la primera). Entre los oradores que se levantaron para hablar se encontraba Cleón, la antítesis de Pericles. Como él, se había convertido en uno de los líderes de la facción democrática, pero era mucho más extremista. Los historiadores griegos lo trataron en general con mucha dureza, al igual que el comediógrafo Aristófanes, que hizo chistes a su costa en varias de sus obras. En parte se explica porque la mayoría de los autores simpatizaban más con los aristócratas, y Cleón no sólo apoyaba al pueblo, sino que además procedía del pueblo: su padre era un curtidor de pieles que se había enriquecido con su trabajo, algo muy mal visto entre la nobleza de pura cepa.

En cualquier caso, Cleón era un radical, no sólo por sus ideas, sino también por sus formas. Plutarco dice de él: «[...] fue el primero en dirigirse al pueblo con gritos, quitándose el manto, golpeándose el muslo y dando carreras al tiempo que hablaba; de este modo infundió en los políticos la negligencia y desprecio de los modales que no tardaron en trastocarlo todo» (Plutarco, Nicias 8).

La medida que propuso Cleón para escarmentar a los demás miembros de la Liga de Delos fue terrible: todos los varones de Mitilene debían ser ejecutados y las mujeres y los niños vendidos como esclavos. Así ninguna otra ciudad se atrevería a desertar. A Cleón se opuso un tal Diódoto, no sólo con argumentos humanitarios, sino de pura conveniencia. «Si matáis a todos los mitilenios, incluyendo al pueblo que no apoyó la revuelta de los nobles, les haréis un favor a éstos. Ahora el pueblo llano de todas las ciudades os apoya, atenienses. Pero si en otra ciudad vuelven a sublevarse los oligarcas, el pueblo se pondrá de su parte para evitar que los derrotéis, sabiendo que hacéis pagar por igual a justos y a pecadores».

Habría que saber si los atenienses llegaron a escuchar las razonables palabras de Diódoto. Nunca ha estado muy claro el mecanismo por el que los miles de asistentes a la asamblea conseguían escuchar las palabras del ciudadano que subía a la tribuna y se dirigía a ellos sin ningún medio de amplificación. Si el orador poseía una voz muy potente y todos guardaban un silencio sepulcral, es posible que se le oyera; aunque sospecho que los de las primeras filas repetían sus palabras a los que estaban más lejos, o que incluso se recurría a heraldos oficiales para ese fin. Pero si alguien decía cosas que la mayoría del pueblo no quería escuchar, mucho me temo que los murmullos e incluso los gritos generalizados no dejaban atenderlo.

El caso es que la asamblea votó la propuesta más dura, la de Cleón: muerte para los varones adultos, esclavitud para los demás. Los magistrados enviaron un trirreme para que llevara la orden de ejecución a Paques. «Pero al día siguiente se arrepintieron y se dieron cuenta de que la asamblea había aprobado un decreto desproporcionado e inhumano, el de matar a toda una ciudad y no sólo a los culpables» (Tucídides 3, 36). Se volvió a discutir en la asamblea, Cleón defendió los mismos argumentos que la víspera y Diódoto se le opuso de nuevo. Al llegar el momento de la votación, se levantaron más manos a favor de Diódoto que de Cleón, y se decidió enviar un segundo trirreme con el decreto modificado.

Pero ya habían pasado veinticuatro horas. La distancia entre el Pireo y Mitilene es de 340 kilómetros, una travesía que un trirreme, navegando a algo menos de 8 nudos y en jornadas de 12 horas, podía cubrir en dos días. Si el segundo barco quería llegar a tiempo de impedir la masacre, tenía que realizar el mismo

trayecto en tan sólo un día. Los embajadores de Mitilene ofrecieron ellos mismos el alimento para los remeros, vino y harina de cebada, y también una sustanciosa prima si alcanzaban a la primera nave. Así pues, el segundo barco zarpó a toda prisa. Los remeros comían sobre la marcha la harina de cebada mezclada con vino y aceite, y dormían por turnos de quince o veinte hombres en el escaso espacio que quedaba en cubierta. (Es mejor no pensar en otro tipo de necesidades físicas. Por las fuentes antiguas, nos consta que los trirremes no olían precisamente como una perfumería.) Así navegaron durante veinticuatro horas sin cesar, con la suerte de que no se levantó un viento contrario, pues si hubiera soplado el etesio típico de la estación lo habrían recibido de proa. El segundo barco llegó a Mitilene justo cuando Paques acababa de leer el decreto y, quiero suponer que a su pesar, se disponía a ejecutar a todos los varones de la ciudad.

Así pues, los mitilenios se salvaron por un tris. No todos, por supuesto: los mil oligarcas que habían apoyado la rebelión fueron ejecutados. Pero esta medida, aunque a nosotros pueda parecernos una brutalidad, era razonable en el contexto de entonces. Los atenienses se habían arrepentido a tiempo para evitar que una mancha indeleble cayera sobre la reputación de su ciudad.

Años después, en 415, la isla doria de Melos no tuvo tanta suerte. Allí sí murieron todos los varones, y las mujeres y los niños cayeron en la esclavitud. Hablaremos de ello más adelante.

ESFACTERIA: UN INESPERADO REGALO DEL ENEMIGO

La guerra proseguía, y los atenienses, por increíble que pueda parecer después de las pérdidas sufridas tras la epidemia, seguían operando en teatros bélicos cada vez más alejados. En el año 425 enviaron 40 barcos a Sicilia para reforzar las tropas que habían mandado dos años antes. La flota se encontraba costearo la parte oeste del Peloponeso con rumbo a Corcira, que era la parada natural antes de cruzar el mar Jonio hasta Italia, cuando una tempestad los sorprendió y se vieron obligados a refugiarse en el puerto de Pilos, el antiguo reino micénico.

Con la flota viajaba Demóstenes (no confundir con el famoso orador del siglo iv). Éste había desempeñado el cargo de general con bastante éxito en los dos años anteriores, usando sobre todo tropas ligeras para combatir en la parte noroccidental de Grecia, la más atrasada del país. Ahora, al desembarcar en Pilos, Demóstenes se dio cuenta de que aquel lugar ofrecía muchas posibilidades: tenía agua potable, piedra y madera en abundancia para construir fortificaciones, y estaba situado en

Mesenia. Era el emplazamiento perfecto para establecer una base desde la que podrían incitar a los ilotas mesemos a la revuelta contra Esparta.

Demóstenes, que viajaba como uno más en la expedición, no logró convencer a los generales. Pero los soldados atenienses, según Tucídides por puro aburrimiento, pusieron manos a la obra y construyeron un fuerte un tanto chapucero, ya que no tenían herramientas para labrar la roca ni argamasa con que unir las piedras. Sin embargo, Pilos ofrecía tales defensas naturales que no era necesario nada más.

Pasados seis días, la flota siguió rumbo a Corcira, y de ahí a Sicilia. Pero Demóstenes se quedó con cinco barcos y sus dotaciones. La noticia acabó llegando al ejército espartano que se dedicaba a asediar Atenas y devastar sus campos, y les pareció lo bastante grave como para abandonar el Ática y enviar tropas a Pilos.

La de aquel año fue una invasión muy breve, tan sólo quince días, y no sólo por la amenaza que representaba la base de Demóstenes en Pilos. Al parecer, los espartanos y sus aliados se habían adelantado en la campaña. Como además hacía mal tiempo, el trigo de los campos del Ática no había madurado y estaba verde. En otros años, los peloponesios se habían alimentado de ese cereal, recolectándolo sobre el terreno. Pero ahora, por falta de intendencia, tuvieron que renunciar a la invasión para alivio de los atenienses.

El fuerte de Pilos dominaba la parte norte de la bahía conocida hoy como Navarino, el mismo lugar donde en 1827 se libró una batalla naval decisiva para la independencia de Grecia. Esa bahía estaba prácticamente cerrada por Esfacteria, una isla de algo más de cuatro kilómetros de longitud. Los espartanos pensaron que, si situaban una guarnición en Esfacteria, podrían impedir que futuros barcos de refuerzo atenienses entraran en la bahía. De modo que desembarcaron en ella a 420 hoplitas acompañados por sus sirvientes ilotas, mientras el resto de las tropas que habían acudido a Pilos intentaban en vano asaltar el fuerte ateniense.

Demóstenes, que no podía tener más de mil hombres, envió dos barcos a pedir refuerzos. La flota que iba de camino a Corcira dio media vuelta y acudió en su auxilio. Si los espartanos albergaban la esperanza de impedir que los barcos atenienses entraran en la bahía, debieron sentirse defraudados. En las aguas de la ensenada se libró una batalla muy confusa en la que, como era de esperar, vencieron los atenienses. Aunque los espartanos consiguieron salvar la mayor parte de sus barcos, se dieron cuenta con horror de que sus tropas habían quedado aisladas en la isla de Esfacteria. Casi la mitad de los 420 hoplitas de la guarnición

eran espartiatas. Esparta, cuyo número de ciudadanos de primera clase no dejaba de reducirse con el tiempo no llegaban a 5.000 por aquel entonces-, no podía permitirse perderlos.

Los espartanos se apresuraron a ofrecer una tregua, a cambio de que se permitiera alimentar a los hombres aislados en Esfacteria con un envío diario de provisiones. Después enviaron embajadores a Atenas para ofrecer una paz más duradera, bajo los términos de «paz, amistad, alianza y hermandad» entre ambos pueblos. El demagogo Cleón, que dominaba la asamblea, pidió a los espartanos que dieran pruebas de esa amistad devolviéndoles los puertos que les habían arrebatado en Mégara, Trecén y Acaya en el año 446, antes incluso de la Guerra del Peloponeso. Evidentemente, Cleón estaba muy engallado, pero la asamblea ateniense apoyó sus pretensiones. Ni la epidemia, que los había golpeado por última vez dos años antes, era capaz de quitar a los atenienses sus arrestos.

Como era de esperar, Esparta no aceptó. Los atenienses reanudaron el bloqueo sobre la isla de Esfacteria, con la esperanza de que los cercados se rindieran por hambre. Ellos mismos sufrían sed, pues a veces tenían que obtener agua escarbando en los arenales de la playa, mientras que los espartanos conseguían pasar comida a los suyos de incógnito. Como el bloqueo se prolongaba, Cleón acusó de incompetencia a Nicias, uno de los principales generales del momento y encargado del mando en las operaciones de Pilos. «Hasta yo podría hacerlo mejor», le desafió Cleón. Lo que había que hacer, según él, era echarle valor al asunto y desembarcar en Esfacteria para tomar prisioneros a los espartanos. Sí, a los temidos espartanos.

A Nicias, que poseía un gran prestigio por sus riquezas y era un hombre muy prudente, se le debió calentar la boca por el odio que sentía contra el demagogo, así que le dijo: «Pues si crees que puedes hacerlo mejor, ¿por qué no tomas tú el mando y nos lo demuestras?». Para sorpresa de todos, Cleón, lejos de arrugarse, aceptó la propuesta y partió para Pilos. Mientras tanto, es de suponer que sus enemigos políticos hicieron ofrendas a los dioses para que algún espartano le cortara la garganta al demagogo y así no tuvieran que volver a escuchar su voz en la asamblea.

Cleón demostró el sentido común de elegir a Demóstenes para que le acompañara. Cuando llegaron allí, descubrieron que en la isla se había producido un incendio, provocado por un espartano al encender un fuego para comer. El bosque que cubría la isla había ardido y ahora se podía ver toda su superficie pelada, incluyendo los lugares más propicios para el desembarco. Cleón y

Demóstenes desembarcaron primero con 800 hoplitas y, una vez que aseguraron la posición, trajeron también a Esfacteria 800 arqueros y 800 peltastas de infantería ligera armados con jabalinas. Como aún les parecía poco, dada la reputación de los espartanos, desembarcaron a 10.000 hombres más entre tripulantes y aliados mesenios.

Al ver frente a ellos a los 800 hoplitas atenienses, que «sólo» los duplicaban en número, los espartanos los desafiaron a combatir según las normas, falange contra falange. Pero los atenienses, que ni en proporción de dos a uno las tenían todas consigo, dejaron que los arqueros y peltastas que los acompañaban dispararan contra los espartanos todo lo que tenían: flechas, jabalinas, piedras. Poco a poco los espartanos se retiraron hacia una altura al norte de la isla, hasta que quedaron rodeados, como le había ocurrido a Leónidas en las Termópilas.

A diferencia de los 300 de las Termópilas, los 292 hombres que quedaban en pie no tenían deseos de morir, y se rindieron. Algo que no era deshonroso, pues habían resistido hasta el final y no tenían posibilidades de victoria contra aquella forma de luchar tan cobarde... pero tan eficaz. Era el triunfo de los humildes ciudadanos atenienses y de los ilotas que los ayudaron- sobre los orgullosos terratenientes espartanos.

Cleón, acompañado por el siempre competente Demóstenes, había conseguido un éxito inesperado que acrecentó su reputación. Los vencedores aparecieron en Atenas con casi 300 prisioneros, entre los que aún quedaban vivos 120 espartiatas. Para las autoridades lacedemonias, el valor de aquellos hombres era incalculable; tanto que a partir de aquel momento los espartanos renunciaron a su acostumbrada excursión veraniega para saquear el Ática. Se entablaron conversaciones de paz que no llegaron a prosperar, porque los atenienses estaban todavía más crecidos que antes de desembarcar en Esfacteria.

Sin embargo, en 424 los espartanos lograron arrebatarse a los atenienses Anfipolis, una ciudad situada en el norte del Egeo y vital para los intereses económicos de Atenas; precisamente Tucídides fue desterrado por no llegar a tiempo para impedirlo. Dos años después, Cleón, que se había aficionado al puesto de general, llevó un ejército a Anfipolis para reconquistarla. En la batalla que se libró junto a los muros de la ciudad, los atenienses fueron derrotados y Cleón murió. Ya hemos comentado en otro capítulo que los estrategos griegos combatían en primera fila y muchos de ellos perecían en las derrotas; pero en este caso, incluso el general victorioso, el espartano Brásidas, falleció a causa de las heridas recibidas.

Brásidas era un general muy capaz, y además un diplomático consumado que había conseguido que muchas ciudades de Tracia, como la misma Anfipolis, se pasaran a su bando. Su muerte supuso una gran pérdida para los espartanos, mientras que la de Cleón significaba que el político más agresivo y belicista de Atenas también quedaba fuera de la circulación. El camino para la paz se abría.

Fue Nicias quien se encargó de tratar con los espartanos, y por eso la paz que se firmó en 421 llevaba su nombre. Atenas estaba agotada y a punto de quedarse sin fondos. Esparta quería recuperar a sus prisioneros, y por otra parte la tregua de treinta años firmada con su archienemiga Argos estaba a punto de expirar. Argivos y atenienses juntos eran una amenaza contra la que los espartanos podían enfrentarse, pero preferían no hacerlo. Así que firmaron un tratado que prácticamente devolvía la situación al estado anterior a la guerra, una tregua que debía durar nada menos que cincuenta años.

Mas, aunque los atenienses y los espartanos estaban exhaustos, había aliados de Esparta que no se sentían nada satisfechos con el tratado, pues no habían ganado nada en él. Mégara, Tebas y, sobre todo, Corinto seguían deseosas de reanudar las hostilidades. Y en la misma Atenas había un personaje ambicioso que comprendía que en la paz no podría medrar.

Estamos hablando de Alcibíades, la mayor esperanza y la mayor ruina de Atenas. Conozcámoslo de cerca.

Mi fascinación por Alcibíades proviene de cuando era niño. En una enciclopedia de historia universal había una imagen de una (supuesta) estatua suya. El breve pie de foto no podía tener más de seis líneas, y sin embargo bastó para convencerme de que allí había todo un personaje. Años más tarde, cuando llevaba poco tiempo como profesor, tuve la ocasión de traducir unas cuantas biografías de Plutarco, entre otras la de Alcibíades. Desde entonces pensé en escribir una novela sobre él, pero de momento el proyecto ha quedado sólo en un par de intentonas de poco más de diez páginas y una aparición como invitado en un libro.

Esa fascinación afectó a los atenienses de su propia época y de la posteridad. Es patente en los comentarios que hace Tucídides sobre Alcibíades, al que debió conocer personalmente, y los detalles que nos ofrece sobre su vida Plutarco demuestran que despertó el interés de sus contemporáneos y también de las generaciones inmediatamente posteriores. Como explica Plutarco, «conocemos

hasta el nombre de la nodriza de Alcibíades, una laconia llamada Amiclas, e incluso el de su pedagogo Zopiro» (Alcibíades 1), cuando de otros personajes ilustres de la época no podemos ni nombrar a las madres. En nuestros días, se le han dedicado varias monografías, como una escrita por Jacqueline de Romilly, y el conocido novelista Steven Pressfield lo convierte en el núcleo principal de su novela Vientos de guerra.

Alcibíades provenía de familia ilustre, por ambas ramas, y su madre pertenecía al clan de las Alcmeónidas. Alcibíades quedó huérfano de padre con tres años, y se educó a partir de entonces en casa de su tío Pericles. Llegado el momento, heredó una gran fortuna. Además de otros alardes que realizó durante toda su vida, consiguió copar los cuatro primeros puestos en los juegos Olímpicos del año 416. Eso le otorgó un prestigio enorme en Grecia entera y, sobre todo, en Atenas. Curiosamente, las proezas hípicas reservadas a los aristócratas despertaban la pasión del pueblo llano, que, si hacemos caso a lo que nos cuenta Aristófanes en su comedia *Las nubes*, era muy aficionado a las carreras de caballos. Que los ciudadanos más humildes de Atenas sintieran a la vez envidia y admiración por los ricos no es tan raro. Cuando voy a ver un partido de fútbol, a menudo contemplo admirado cómo muchos forofos increpan a los que unos minutos antes eran sus ídolos, recriminándoles con auténtico odio que cobren tantos millones.

La fortuna personal suponía un gran activo para quien intentara destacar en política. Nicias, que dominaba el panorama político cuando Alcibíades empezó a destacar, poseía grandes riquezas. Las obtenía sobre todo de sus inversiones en el Laurión, que eran muy arriesgadas, tal como comenta Plutarco en su biografía, porque las minas de donde se extraía la plata tendían a derrumbarse y los esclavos en los que Nicias había invertido su dinero morían (y si no lo hacían en los túneles, ya lo harían en los hornos donde se fundía el metal, al absorber los venenosos vapores del plomo). Pero el sufrimiento del que salía el dinero de Nicias no lo veían los atenienses: tan sólo eran testigos de sus actos benéficos. Nicias patrocinaba coros de jóvenes, pagaba los premios para los certámenes gimnásticos, y como corego en las tragedias (empresario teatral, para entendernos) cosechó numerosos premios que luego consagró en la llamada Avenida de los Trípodes. Haciendo ofrendas a los dioses no había nadie más espléndido en Atenas, como demostró en los festivales que se celebraban en Delos.

¿De verdad impresionaba esto al pueblo? Sí, porque además salía beneficiado. Los festivales de todo tipo no eran sólo acontecimientos religiosos y lúdicos, sino que los pobres aprovechaban muchas de esas ocasiones para llenarse el estómago con manjares -sobre todo carne- que normalmente no estaban a su alcance. Era una

táctica que los aristócratas adinerados habían aprendido desde hacía tiempo para ganarse al demos: el evergetismo del que hablamos en relación con Cimón, quien dejaba que la gente tomara de sus huertos los frutos que quisiera para alimentarse.

La primera aparición de Alcibíades en la vida pública fue para efectuar una donación de dinero, seguramente una eisphorá o aportación extraordinaria para la guerra. Pero Alcibíades gozaba de una ventaja sobre Nicias y el resto de sus rivales, pues a sus riquezas sumaba algo que los griegos, y los atenienses en particular, apreciaban sobremanera: el atractivo físico. Ya de adolescente era tan bello que tuvo infinidad de erastái, ciudadanos adultos que le declaraban su amor. Con la edad, supo acompañar y acrecentar esta belleza con una gran elegancia en el vestir y en los ademanes, hasta implantar su propio estilo. A tal punto llegaba la atracción y la admiración que despertaba Alcibíades que muchos jóvenes atenienses imitaban incluso sus defectos. Al parecer, tenía una especie de ceceo o tartamudeo al hablar que en él quedaba gracioso, y torcía el cuello de una forma similar a la de Alejandro.

Según Plutarco (Alcibíades 1), el atractivo de Alcibíades se mantuvo incluso en la madurez, y debe de ser cierto, porque siguió siendo un rompecorazones hasta el último momento, cuando ya estaba en la cincuentena o se acercaba a ella. Entre las víctimas de su encanto se encontraba el mismísimo Sócrates, que se convirtió en uno de sus admiradores. En este caso, la admiración era mutua: aunque Sócrates era más feo que un sapo -dicho por él mismo, no es por faltar-, Alcibíades se sentía atraído por una mente que debía ser incluso más brillante que la suya, aunque el filósofo nunca la utilizara como él para medrar en política ni, en general, para asuntos prácticos.

Si hacemos caso de lo que cuenta el mismo Alcibíades en el Banquete de Platón, la relación entre Sócrates y él nunca llegó a ser carnal, aunque en una ocasión tendió una trampa al filósofo para que ambos durmieran en el mismo lecho y bajo el mismo manto. ¡El jovencito seduciendo al cuarentón! (Sócrates debía de sacarle unos veinte años).

Se supone que Sócrates era un ejemplo moral para el círculo de jóvenes que lo acompañaba y bebía sus palabras. Pero en el caso de Alcibíades, el pupilo le salió rana, pues nunca consiguió que renunciara a su escandaloso comportamiento privado. Cuando llegó la hora del juicio de Sócrates, no le ayudó haberse rodeado de personajes como Alcibíades.

UN EJEMPLO DE BATALLA CONVENCIONAL: MANTI N EA

En 420 Alcibíades cumplió treinta años, una edad que en Grecia se consideraba lo bastante madura como para acceder ya a cargos importantes. En el mismo año en que él irrumpía como un ciclón en la política, hizo su entrada en el escenario otra actriz que había permanecido escondida durante todo el primer acto de la Guerra del Peloponeso: la ciudad de Argos.

Argos, cuya historia se remontaba a la época micénica, dominaba la llanura conocida como Argólide, y se jactaba de haber sido la potencia hegemónica en el Peloponeso durante el siglo vii gracias a su rey Fidón. Desde entonces Argos y Esparta habían sido enemigas. Pero si en los primeros enfrentamientos Argos había llevado las de ganar, a partir del siglo vi no hizo más que encajar derrotas. El principal caso belli entre ambas ciudades era Cinuria, una fértil llanura costera situada al sur de Argos y al nordeste de Esparta. Hacia el año 545, Argos y Esparta se enfrentaron por ella en la llamada «batalla de los campeones», y los argivos resultaron vencidos como ya contamos en su momento. Después, a principios del siglo v el rey Cleómenes volvió a humillar a Argos, que durante mucho tiempo no levantó cabeza.

Desde el año 460 más o menos, Argos mantenía una democracia, cuyo origen tal vez se debió a las intrigas políticas del ateniense Temístocles. Esa democracia había firmado en el año 451 una tregua con Esparta, y la observó escrupulosamente. Pero en 421, vencido el armisticio, Argos se encontraba rodeada por estados que habían participado en una larga guerra de diez años, mientras que ella había reservado fuerzas y, probablemente, se había enriquecido comerciando con ambos bandos. Argos llevaba tiempo preparando un cuerpo de hoplitas de élite, los Mil, en los que depositaba mucha confianza. Además, el fiasco de los espartanos en Esfacteria revelaba que no eran invencibles. Estados como Élide, que hasta entonces habían sido aliados de Esparta, ahora se le subían a las barbas: en los juegos Olímpicos del año 420 prohibieron a los lacedemonios entrar en el recinto sagrado de Olimpia, si no pagaban antes una cuantiosa multa de 2.000 minas de plata por un conflicto anterior.

Alcibíades no albergaba el menor deseo de que la Paz de Nicias, que llevaba el nombre de su principal rival político, se prolongase más de lo necesario. Ya había ganado experiencia como soldado sirviendo en el asedio de Potidea y en la desastrosa batalla de Delio, ocasiones que había compartido con Sócrates.' Pero ahora que había conseguido que el pueblo lo eligiera general, su ambición era ejercer el mando en la guerra en lugar de aburrirse en la paz. De modo que intrigó hasta conseguir que, pese a que Esparta y Atenas habían jurado un pacto de alianza, los atenienses firmaran en 420 otro pacto con Argos y los estados también

democráticos de Mantinea y Élide.

En el año 418, todas estas maniobras llevaron a un enfrentamiento abierto. El rey Agis de Esparta, hijo del difunto Arquidamo, se dirigió contra Argos, que pidió ayuda a sus aliados. Los espartanos luchaban prácticamente solos en esta ocasión, de modo que Agis tuvo que recurrir a los llamados neodamodeis, probablemente ilotas emancipados y convertidos en ciudadanos. El caso es que Agis llevó a la batalla unos 9.000 hombres, de los que menos de la mitad eran auténticos espartanos.

Contra ellos, los aliados podrían haber formado a un ejército superior en número. Pero los atenienses, después de haberse dejado convencer por Alcibíades para firmar un pacto con Argos y los demás aliados, cambiaron de opinión, decidieron enviar tan sólo 1.000 hombres y, o no renovaron a Alcibíades como general o no le otorgaron mando en esa campaña. Por otra parte, también fallaron los eleos, que retiraron a sus 3.000 hoplitas porque los demás aliados no querían hacerles caso y atacar la ciudad de Lepreo.

Al final, contra los 9.000 soldados de Agis combatieron 8.000 hombres. El hecho de que se atrevieran a enfrentarse contra un ejército lacedemonio sin disponer de superioridad numérica demuestra por una parte las ganas que les tenían los argivos a los espartanos y, por otra, que éstos ya no poseían la reputación de antaño y la gente les había perdido el respeto. ¡Adiós al terror escénico del Peloponeso!

La batalla fue confusa, pues se produjeron extrañas maniobras en las que parecía que ambos bandos rivalizaban por ver quién cometía la mayor pifia. Pero hay que tener en cuenta que en la supuesta llanura había bosques, elevaciones y todo tipo de obstáculos que entorpecían los movimientos, y que además en el caso de los aliados combatían tropas de varias ciudades con sus propios mandos. El relato que hace Tucídides de la batalla es muy interesante, pues ilustra algunos principios que comenté al hablar de la guerra en Grecia (traduzco «espartanos» aunque Tucídides utiliza «lacedemonios»):

Al día siguiente, los argivos y sus aliados adoptaron la formación en que pensaban combatir si se encontraban con el adversario. Los espartanos, que regresaban desde el agua a su campamento junto al santuario de Heracles, vieron que sus enemigos estaban cerca, formados en orden de batalla y alejados de la colina. Según recuerdan los espartanos, aquélla fue la ocasión en que sintieron más miedo, pues tuvieron que prepararse a toda prisa [...].

Cuando ya estaban a punto de lanzarse al ataque, los generales arengaron a sus tropas, cada uno a su manera: a los de Mantinea, les dijeron que la batalla era por su patria y por el poder [...]. A los de Argos, que combatían por su antigua hegemonía y [...] por vengarse de las numerosas ofensas recibidas de los espartanos, que eran sus vecinos a la vez que sus enemigos. A los atenienses se les dijo que era honroso no quedar detrás de nadie y [...] que si vencían a los espartanos en el propio Peloponeso, asegurarían y expandirían su imperio, y evitarían que nadie más invadiera su país.

En cambio los espartanos se animaban entre sí por grupos y con sus cantos guerreros, recordándose lo que ya conocían de sobra como hombres valientes que eran: que un largo entrenamiento en la guerra es más eficaz para salvar la vida que una arenga improvisada, por muy bien pronunciada que esté (Tucídides 5, 66-69).

Aquí ya se aprecia una diferencia palmaria entre los espartanos, soldados casi profesionales, y las milicias de las demás ciudades. Pero el relato continúa. En su momento, comenté que por la forma de agarrar el escudo, la parte de éste que sobraba por la izquierda servía para proteger el costado derecho del compañero de filas. Eso acarrea consecuencias tácticas.

Todos los ejércitos actúan de la misma forma. Al avanzar hacia el enemigo se desvían hacia la derecha, de modo que ambos bandos sobrepasan con su ala derecha el flanco izquierdo del adversario. El motivo es que cada soldado, por temor, intenta arrimar todo lo que puede su costado descubierto al escudo del hombre que tiene a su derecha, convencido de que una formación más compacta es mucho más segura. La culpa de esta maniobra la tiene el primer hombre del ala derecha, preocupado en todo momento de alejar del enemigo su costado indefenso. Los demás, llevados por el mismo miedo, lo siguen.

Así, en esta ocasión el ala derecha de los de Mantinea sobrepasó en mucho el ala izquierda de los espartanos,⁸ mientras que el ala derecha de Esparta y Tegea superó aún más a los atenienses, ya que eran superiores en número (Tucídides 5,71).

O sea, que si les daban suficiente espacio para irse desviando a la derecha, dos falanges podían llegar a pasar de largo. El impulso de desplazarse a un lado para agazaparse tras el escudo de otro es más que comprensible. Sólo hay que ver cómo se mueven los futbolistas en la barrera, buscando a menudo la protección del cuerpo del compañero. Y lo que viene hacia ellos es un balón de cuero, no una lanza con punta de hierro.

Agis, al ver que los mantineos flanqueaban su ala izquierda, temió que la superaran demasiado rápido y, tras ponerla en fuga, pudieran atacar el corazón de su propio ejército desde un lado. Para evitarlo, ordenó a las tropas situadas en aquella zona que igualaran el movimiento de los enemigos y les cerraran el paso desplazándose a la izquierda, en un movimiento contrario al instinto de los soldados. Eso suponía abrir un hueco, maniobra peligrosa que había que evitar. Pero como disponía de cierta superioridad numérica -algo más del diez por ciento-, ordenó a dos batallones de la zona central que acudieran a rellenar ese boquete.

Quedaba muy poco para el choque, el temido othismós. Los capitanes de esos batallones, Hiponoides y Aristocles, debieron de pensar que era una locura cambiar de formación casi en plena batalla: las unidades de hoplitas griegos no se movían con la misma agilidad que los legionarios romanos ni podían trasladarse simplemente de un lado a otro como piezas de madera. De modo que se negaron a obedecer.

Si la maniobra hubiera salido bien, tal vez los historiadores alabarían la brillante improvisación táctica de Agis. Pero lo cierto es que fue un desastre y casi todos lo ponen a caer de un centauro. Como el flanco izquierdo de su ejército sí siguió sus órdenes y se desplazó a la izquierda, mientras que los dos capitanes rebeldes se hicieron los sordos, se abrió en el centro el temido hueco. Por él se colaron los de Mantinea y los Mil elegidos de Argos y empezaron a repartir estopa entre las filas espartanas. Al hacerlo causaron tal caos que pusieron en fuga a varias unidades y las persiguieron hasta el campamento, donde mataron a unos cuantos abueletes que montaban guardia junto a los carros, hablando probablemente de sus batallitas sin sospechar lo que se les venía encima. «Somos espartanos», pensarían, «¿quién va a romper nuestra formación?».

Qué momento más difícil para los espartanos. Con las filas rotas, un rey novato que improvisa órdenes y capitanes que no las obedecen... Si este libro tuviera un patrocinador, aprovecharía este intermedio para colocar un anuncio.

ESCUDOS CÉFALO MADERA DE ÁLAMOY LÁMINA DE BRONCE BATIDO
FABRICADOS EN EL PIREO LA MEJOR PROTECCIÓN TUS COSTILLAS TE LO
AGRADECERÁN

Fin del descanso. Tucídides dice: «Aunque los espartanos fueron sobrepasados por completo en el aspecto táctico, demostraron que su superioridad

en valor lo compensaba de sobra» (5, 72). Probablemente no fue sólo cuestión de valor. Si los aliados que habían roto las líneas, en lugar de seguir hacia los carros, que debían hallarse a cierta distancia, se hubieran concentrado en atacar a los espartanos desde atrás, quizá otro gallo hubiera cantado. Es posible que no se tratara sólo de codicia -poco botín podían arrebatarse a los espartanos-, sino también de miedo. «Hemos roto la línea lacedemonia una vez», pudieron pensar, «No es cuestión de tentar la fortuna una segunda vez».

El caso es que los espartanos se sobrepusieron a la adversidad y consiguieron derrotar al ala izquierda de sus adversarios. Entre éstos se hallaban los atenienses, que perdieron a 200 hombres, incluidos sus dos generales. Los demás huyeron, y los espartanos no pusieron ningún empeño en perseguirlos. Del mismo modo que Atenas no se había comprometido realmente en la batalla, los espartanos no se emplearon a fondo para aniquilar a los hombres que había enviado. Fue una constante de la Guerra del Peloponeso. Atenienses y espartanos se hacían la guerra, pero con cierto respeto mutuo -salvo el comportamiento de Lisandro, que veremos más adelante-. El odio mayor lo sentían los argivos por los espartanos, o los tebanos y siracusanos por los atenienses. Aunque mucho más intenso era el aborrecimiento que sentían entre sí las facciones democráticas y oligárquicas de una misma ciudad cuando llegaba el momento de enfrentarse.

Tras vencer en su ala derecha, Agis pudo concentrarse en el flanco izquierdo, donde estaban pasando los mayores apuros. En realidad, la táctica que se seguía en las batallas clásicas era ésta: ambos bandos procuraban poner sus mejores tropas en la derecha y las peores en la izquierda. Sabiendo que cada flanco derecho iba a ganar a cada flanco izquierdo, la clave era quién conseguía hacerlo antes para acudir en auxilio de su zona en apuros. En esta ocasión, y como era habitual en ellos, los espartanos consiguieron adelantarse pese al desbarajuste que se había organizado en el engarce entre su ala izquierda y su centro.'

Curiosamente, cuando los espartanos de clase A cayeron sobre los mejores hombres de la alianza, acabaron con casi todos los soldados de Mantinea, mientras que los Mil de Argos se salvaron. He dicho «curiosamente», pero tal vez debería haber escrito «sospechosamente». Los mantineos que perecieron en la batalla eran demócratas, mientras que los guerreros de élite de Argos pertenecían a la clase superior de su ciudad, más partidarios de la oligarquía que de la democracia que ahora tenían que sufrir. ¿Había un pacto entre ellos y los espartanos para dar un golpe de Estado en su ciudad, llegado el momento? No olvidemos que Esparta siempre favorecía regímenes oligárquicos, y que en la Guerra del Peloponeso muchas veces los intereses de clase prevalecieron sobre los instintos patrióticos.'

Pasado el suspense inicial, los espartanos habían vencido. Pese a tener un entrenador novato y algunos jugadores rebeldes en el centro del campo, el veterano campeón de Grecia había demostrado que los que lo consideraban un equipo acabado se habían precipitado bastante. Los derrotados se dejaron 1.100 hombres en la batalla, mientras que los vencedores perdieron como mucho 300. Durante el resto de la guerra, a nadie se le ocurrió enfrentarse otra vez con los espartanos en una batalla campal.

En su regreso a Esparta, los dos capitanes desobedientes fueron juzgados y desterrados. De haber perdido la batalla, tal vez el encausado habría sido Agis. Ya sabemos por otros casos que los espartanos no sentían el menor empacho en juzgar a sus reyes. Además, Agis había dado muestras de inseguridad en vísperas de la batalla, cuando lanzó a sus hombres en una carga cuesta arriba contra el enemigo, y tan sólo los detuvo cuando un soldado veterano le recriminó a gritos que aquello era una locura. Pero el éxito lo justifica todo, y para Agis quedó la fama de haber conseguido la victoria más gloriosa de la Guerra del Peloponeso. Hubo otras mayores, sin duda. Pero en Mantinea se respetaron las reglas, los vencedores no trataron con crueldad a los vencidos y ganaron honor para su ciudad.

Cuando los atenienses derrotados llegaron de vuelta a la ciudad, Alcibíades debió menear la cabeza, desesperado. Si Atenas se hubiese involucrado de verdad en la campaña contra Esparta y enviado 4.000 o 5.000 hoplitas en vez de un millar, y con él como general, las cosas podrían haber sido distintas. Y si los eleos no hubieran traicionado a los demás aliados... Haciendo historia-ficción, Alcibíades podía imaginarse a un ejército de 15.000 hombres bajo sus órdenes. Si los espartanos habían pasado apuros ante 8.000, contra casi el doble sin duda habrían sido derrotados. Después, el ejército de la coalición, liderado por Alcibíades, habría bajado hacia el sur por el valle del Taigeto hasta llegar a Esparta. Sin murallas, la ciudad no habría podido resistir, y además los ilotas de Mesenia no habrían necesitado mucha más excusa para sublevarse de nuevo y unirse al ataque.

Dejemos las ucronías. Los aliados podrían haber desplegado a 15.000 hoplitas, pero no lo hicieron. El apoyo de los atenienses a la alianza fue muy tibio. Si alguien les hubiera enseñado en una bola de cristal lo que iba a sucederles dieciséis años después, seguramente habrían enviado a todos sus hombres disponibles para aplastar de una vez a su renqueante enemigo. Pero en esta ocasión los oráculos se quedaron mudos. Y Esparta recuperó en un solo día todo el prestigio que había perdido por el error de Esfacteria.

LA CAMPAÑA DE SICILIA

De momento, espartanos y atenienses no volvieron a chocar de forma directa. Pero sus relaciones tampoco mejoraron precisamente. En el año 416, los atenienses decidieron apoderarse de la isla de Melos, que aun formando parte de las Cícladas era doria y no pertenecía a su alianza marítima. Con mucha prudencia, los habitantes de Melos se habían abstenido de tomar partido por Esparta y trataban con total neutralidad a ambos bandos. Así se lo intentaron explicar a los embajadores atenienses, en un diálogo que Tucídides recrea como una pequeña obra de teatro y donde los personajes colectivos, melios y atenienses, se convierten casi en abstracciones que defienden por un lado la justicia y la moral y por otro la lógica del más fuerte. Lamento decir que este último papel les corresponde a los atenienses. Aquí Tucídides llega a otra de sus cimas como literato y como historiador, en una pieza del más puro estilo maquiavélico (o habría que decir que El príncipe de Maquiavelo es una pieza del más puro estilo tucidídeo).

De nada les valieron a los melios sus argumentos. Tras siete meses de asedio, los atenienses se apoderaron de la isla, mataron a todos los varones y esclavizaron a las mujeres y a los niños. Plutarco asegura que Alcibíades fue el defensor del decreto que ordenó este genocidio (Alcibíades 16), pero leyendo a Tucídides parece que en aquel momento estaba ocupado en otra campaña. El posible error de Plutarco tiene su lógica, pues de todos los personajes de su época Alcibíades era uno de los más conocidos por la posteridad, y dada su reputación no es raro que con el tiempo le fueran adjudicando a él todas las tropelías cometidas por otros atenienses. Aunque tampoco me atrevería a meter la mano en el fuego por su inocencia.

En ese mismo año, llegaron a Atenas emisarios de una ciudad de Sicilia, Egesta, que estaba en guerra contra Selinunte y su aliada, la poderosa Siracusa. A Alcibíades, después de haber visto cómo fracasaban sus ambiciosos planes en el Peloponeso, se le encendieron los ojos. Para los griegos del continente, y para los atenienses en particular, Sicilia era como Eldorado. Se imaginaban que hallarían allí más riquezas de las que probablemente había y menos resistencia de la que al final se encontraron. De esa manera, como cuenta Plutarco:

[...] alimentaron grandes esperanzas mientras él [Alcibíades] concebía proyectos aún mayores: en sus planes, Sicilia era el punto de partida de la campaña, y no el final como creían los demás [...]. Alcibíades soñaba con Cartago y Libia, tras cuya conquista se apoderaría de Italia y del Peloponeso; y prácticamente consideraba Sicilia como la fuente de recursos para esta guerra. A los jóvenes ya los tenía encandilados con sus esperanzas pues, además, los viejos les contaban maravillas de aquella expedición. Hasta tal punto se llegó que muchos se sentaban

en las palestras y en sus lugares de reunión y dibujaban el mapa de la isla y la situación de Libia y Cartago (Alcibíades 17).

Alcibíades, por lo que se ve, tenía madera de conquistador, un carisma similar al de Alejandro y tan pocos escrúpulos como Julio César. Lástima para él que su ciudad no dispusiera de tantos recursos como la Macedonia del siglo IV o la Roma del siglo I, y que además fuese una democracia en la que las decisiones se tomaban por mayorías que podían cambiar de un día para otro.

Cuando se reunió la asamblea, Alcibíades defendió la intervención militar en Sicilia. En aquel momento, su prestigio volvía a encontrarse en lo más alto, pues era el mismo verano en que sus caballos habían copado los cuatro primeros puestos en las Olimpiadas. Tras su discurso, Alcibíades consiguió que los atenienses votaran el envío de 60 barcos. Nicias, siempre cauteloso, se opuso a aquella aventura, pero cometió un error dialéctico al dejar un resquicio: «Contra una fuerza militar semejante [la de Siracusa] se necesitan no una flota ni un ejército normales, sino que deberíamos embarcar muchas tropas de infantería» (Tucídides 6, 21). Si un político se opone a las medidas propuestas por otro, debe hacerlo frontalmente y sin dudas: como dicen los asesores de imagen, hay que vender sólo un mensaje, sin ambigüedades ni vacilaciones.

Alguien de la asamblea preguntó a Nicias cuántas fuerzas habría que mandar a Sicilia. El veterano general debió pensar que, si hinchaba las cifras, los atenienses se asustarían ante la enormidad de la empresa, de modo que habló de más de 100 barcos, de 5.000 hoplitas y de arqueros, honderos y otras tropas de infantería ligera en proporción similar. Para su sorpresa, los atenienses se mostraron de acuerdo y votaron un ingente presupuesto para la campaña, 3.000 talentos de plata. Y no sólo eso, sino que eligieron a Nicias como general, junto con Alcibíades y Lámaco, un militar al que los atenienses solían votar por su pericia en el mando a pesar de que era un hombre relativamente pobre.

Si puede pareceros que no era un gran ejército, tengamos en cuenta que estas cifras son reales -se han encontrado decretos grabados en piedra que lo demuestran-, y no las fantasías habituales en los relatos de otros historiadores de la Antigüedad. Además, que los atenienses se disponían a enviar sus barcos y sus hombres a 800 kilómetros de distancia a vuelo de pájaro, que en la travesía se convertían en más de 1.500. Con los frágiles barcos de la época, nadie se arriesgaba a navegar directamente desde el Peloponeso a Sicilia, sino que viraban hacia el norte, hasta llegar a Corcira, y desde allí cruzaban hasta el tacón de la bota italiana.

De nuevo, como había ocurrido con la epidemia, el imprevisto sacudió a los atenienses. En esta ocasión no se trató del azar, sino de una acción premeditada de un pequeño grupo que quería boicotear la expedición. Cuando la partida era inminente, a principios del verano de 415, la ciudad de Atenas se despertó conmocionada al saber que todas las hermas de la ciudad habían aparecido destrozadas. Dichas hermas eran bloques cuadrangulares de piedra tallados con los rasgos del dios Hermes, y también con penes erectos -había muchos elementos fálicos en los rituales agrarios griegos-, y solían estar delante de las casas y los templos, como los buzones que vemos en las barriadas de las series americanas. Los autores de aquel desaguisado habían mutilado todo lo que sobresalía de las hermas. Pudorosamente, Tucídides habla de los rostros, pero es fácil imaginar que los vándalos no perdonaron lo más llamativo de aquellas toscas imágenes y las caparon sin conmiseración ninguna.

El escándalo cundió por la ciudad, y también el desánimo, pues los atenienses temían el castigo de los dioses y sospechaban que se trataba de un complot oligárquico para derrocar la democracia. Por aquel entonces estaban muy de moda en Atenas las llamadas «hetairías».11 Si la palabra recuerda a «hetaira», «compañera», no es por casualidad, pues esas hetairías eran clubes privados de compañeros. Sus miembros solían ser jóvenes de las familias de clase alta que, como suele suceder en esos casos, se divertían dando escape a sus tendencias subversivas. En el caso de Atenas, sus ansias de revolución iban dirigidas contra el régimen imperante, que era la democracia, y lo hacían en nombre de otro que admiraban y sin embargo desconocían, el de Esparta (si cambiamos Esparta por la Unión soviética estalinista, podríamos encontrar curiosos paralelos en épocas no muy lejanas). Estas hetairías también eran conocidas como synomosías, grupos unidos por un juramento común, y parece que llegaron a convertirse en una especie de grupos paramilitares cuyas actividades terroristas prepararon los golpes oligárquicos que se produjeron en 411 y en 404.

Pronto las miradas recayeron sobre Alcibíades. Su conducta licenciosa e irreverente le convertía en el sospechoso perfecto. Todo el mundo sabía que aquel hombre no respetaba nada ni a nadie. Se decía de él que, por una apuesta, le había pegado un puñetazo a su futuro suegro, y también que le había cortado el rabo a un perro que valía 7.000 dracmas para que los atenienses tuvieran algo que criticarle (o el perro sabía hacer más cosas que ése de los anuncios al que le toca la lotería, o no me creo que costara tanto). Su esposa, Hipareta, harta de que anduviera todo el tiempo con cortesanas y las metiera en casa, se marchó un día y presentó una petición de divorcio. Pero cuando ella tenía que comparecer ante el arconte, Alcibíades la cogió en brazos y se la llevó de vuelta al hogar. Conociendo al

personaje y el influjo casi demoníaco que ejercía sobre los demás, me imagino a Hipareta como en las películas clásicas, dándole puñetacitos en el pecho y rindiéndose finalmente a su encanto.

Por si la forma de ser de Alcibíades no le atrajera bastantes críticos y enemigos, aparecieron testimonios de que en su casa se habían parodiado los Misterios. Este ritual se celebraba al final del verano en la villa de Eleusis, situada casi en la frontera con Mégara. Mientras que los sacrificios habituales que se realizaban al aire libre delante de los templos buscaban el bien colectivo de la polis, los cultos místicos estaban destinados a conseguir la salvación personal -un rinconcito más agradable en el deprimente Hades- y la comunión con el resto de los iniciados.

Los Misterios de Eleusis, en concreto, eran un ritual muy antiguo que se basaba en el mito de Deméter y su hija Core-Perséfone. Esta última había sido raptada por su tío Hades, que no conseguía esposa de otro modo; lo cual no suena extraño, ya que vivir bajo tierra y convertirse en soberana de los muertos no debía resultar un plan muy atractivo para ninguna chica (todavía no se había puesto de moda la estética gótica). Cuando Core desapareció, Deméter se disgustó tanto que se declaró en huelga y, como era la diosa de los cultivos, la tierra quedó estéril.

Zeus tuvo que tomar cartas en el asunto y decirle a Hades que devolviera a la novia y se buscara otra. Pero Core había comido unas pepitas de granada en el inframundo. Según el imaginario griego, compartir la comida o la bebida de un sitio originaba un vínculo con dicho lugar y sus moradores -en eso se basaban las reglas de la hospitalidad-, de modo que Core se encadenó a sí misma al infierno al probar la granada. Para solucionar el conflicto, Zeus ordenó que la joven diosa permaneciera una tercera parte del año con Hades y las otras dos con su madre. Cuando Core bajaba al inframundo con el nombre de Perséfone, «la destructora», Deméter se deprimía de nuevo y el invierno caía sobre la tierra. Pero cuando regresaba a la tierra al principio de la primavera, Deméter permitía que todo germinase de nuevo.

Este mito no sólo explicaba el ciclo de los campos, sino que ofrecía a los fieles ciertas esperanzas de resurrección, o al menos de una vida más dichosa en el más allá si renacían como lo hacía todos los años la diosa Core, eternamente joven. Los Misterios se celebraban en dos fases, la primera en invierno, dedicada a Perséfone, y la segunda entre agosto y septiembre. Esta última era conocida como los Misterios Mayores, y en ella los participantes peregrinaban al santuario de Eleusis. Algunos de los rituales que celebraban son más o menos conocidos, como cuando al grito de

«¡iniciados al mar!» se lanzaban al agua, cada uno con un cochinito que después sacrificaba.' Pero de lo que ocurría en el edificio conocido como Telesterión no se conoce gran cosa, pues estaba castigado con la muerte revelar los Misterios. Los griegos debían tomarse muy en serio este ritual: a pesar de que se celebró durante siglos, y de que participaron en él miles de personas -incluso los extranjeros y los esclavos podían iniciarse en Eleusis-, lo único que se sabe es que se dividía en «lo dicho», «lo hecho» y «lo revelado».

Con tanto respeto por los Misterios, es comprensible que los atenienses se enfurecieran con Alcibíades por parodiarlos en su casa. No se sabe si tuvo algo que ver con todos estos hechos sacrilegos. Mi opinión es que no se hallaba involucrado en la mutilación de las hermas, pues no podía cobijar interés ninguno en gafar la expedición de la que él mismo era general. En cuanto a la parodia de los Misterios, es posible que hubiese algo de verdad en ello, que Alcibíades y ciertos amigos los hubiesen celebrado a su manera como una especie de secta satánica de la época. Si en verdad ocurrió así, el asunto salió a la luz en el momento más inoportuno.

Alcibíades dijo que, si los ciudadanos sospechaban de él, lo mejor era que lo juzgaran cuanto antes o le quitaran el mando de la expedición. Pero la asamblea se negó, y la espléndida flota partió en el día señalado dirigida por sus tres generales.

Mientras la armada costeaba Grecia y se dirigía a Corcira para cruzar hasta Italia, en Atenas empezaron a salir pruebas contra Alcibíades hasta de debajo de las setas. Era obvio que tenía enemigos poderosos en la ciudad, aunque no es fácil saber quiénes eran: quizá los oligarcas se coaligaron con algunos demagogos radicales que sentían envidia por la influencia que Alcibíades tenía ante el pueblo. Se desató una especie de histeria colectiva, con acusados que delataban a otros para conseguir impunidad, mientras el nombre de Alcibíades sonaba por todas partes.

Entretanto, la flota llegó por fin a Sicilia. Pronto empezaron las discrepancias entre los tres generales. Lámaco proponía atacar directamente Siracusa, la ciudad más poderosa de la isla, pero Nicias, con su prudencia habitual, se oponía. El plan de Alcibíades era atraerse primero a otras ciudades de Sicilia y después marchar contra Siracusa. Sin embargo, sus negociaciones no alcanzaron demasiado éxito, y sólo una polis, la de Naxos, se sumó a Atenas.

En estas indecisiones andaban los generales cuando apareció la Salaminia, una de las naves oficiales de Atenas. El recado que traía la veloz Salaminia era que Alcibíades y otros soldados implicados en la celebración de los Misterios debían presentarse en la ciudad para ser juzgados. Pero los funcionarios no se atrevieron a

detenerlo por la fuerza, pues en el ejército expedicionario había muchos partidarios de Alcibíades, sobre todo entre los aliados de Argos y Mantineia, y temían que desertaran si veían maltratado a su líder natural. De modo que se permitió que los acusados siguieran a la Salaminia en su propia nave. Al llegar al puerto de Turios, en el sur de Italia, Alcibíades y los demás desembarcaron y se escondieron, algo que era lógico esperar conociendo al personaje. No creo que se tratara de una confesión de culpabilidad, sino de pura previsión. Alcibíades sabía de sobra cómo habían acabado antes otros generales, y él ni siquiera podía defenderse ante el pueblo alardeando de triunfos como los de Milcíades o Temístocles, pues todavía no los había obtenido.

Cuando los funcionarios de la Salaminia se aburrieron de esperar, regresaron a Atenas. Allí se celebró el juicio, y el jurado condenó a muerte a Alcibíades en ausencia. Cuando le llegó la noticia, declaró: «Pues les voy a demostrar que sigo vivo». Y sin duda lo hizo, pues cruzó al Peloponeso y, tras una estancia en Argos, se dirigió a la mismísima Esparta, donde ofreció sus servicios al enemigo como asesor militar. Aunque entendemos que Alcibíades estuviera resentido, podría haber hecho como Tucídides, que aprovechó su destierro para escribir un libro. Pero se ve que él era más hombre de acción que de estudio, por desgracia para sus compatriotas.

La expedición se quedó en Sicilia sin su principal promotor, como pasó con aquel célebre capitán Araña que los embarcó a todos y se quedó en tierra. En invierno, los atenienses atacaron por fin la ciudad de Siracusa. Tras un primer asalto, la asediaron y empezaron a construir murallas para aislarla del resto de la isla, mientras que la flota bloqueaba el puerto. Los siracusanos intentaron varias salidas para romper el cerco, siempre en vano, aunque en una de ellas mataron al general Lámaco. El dubitativo Nicias quedó, por tanto, como jefe supremo de la expedición. Para colmo, sufría de cólicos renales que no le ayudaban precisamente a desempeñar con acierto su función.

Fuera por consejo de Alcibíades o por decisión propia, los espartanos enviaron a Siracusa un asesor militar llamado Gilipo (sus padres no podían saber que su nombre daría lugar a chistes fáciles en español). El tal Gilipo logró burlar el bloqueo y colarse con refuerzos en la ciudad. Después, hizo construir un muro perpendicular a las fortificaciones de los atenienses, con lo que impidió que éstos concluyeran el perímetro de bloqueo. La situación empezaba a ponerse fea para los sitiadores.

En la metrópolis, las cosas no iban mejor. También por consejo de Alcibíades,

los espartanos rompieron la presunta tregua y ocuparon de forma permanente el fuerte de Decelia, al norte de Atenas. Desde ese momento, ya no pudieron llegar más provisiones a la ciudad desde la costa de Eubea, la amenaza sobre los campos del Ática se hizo permanente y en las minas del Laurión se produjeron fugas masivas de esclavos que huían a Decelia. Durante un tiempo, ni siquiera fue posible celebrar la peregrinación anual a Eleusis, sino que los iniciados en los Misterios debían viajar por mar hasta el santuario.

Los atenienses decidieron que había que rematar la campaña de Sicilia. Para ello, eligieron como general a Demóstenes, el mismo que había conseguido vencer a los espartanos en la isla de Esfacteria, y le asignaron más de 70 barcos con 5.000 hoplitas y tropas ligeras. Llegó a Siracusa en el verano de 413, y con su iniciativa habitual decidió pasar a la ofensiva cuanto antes. Por desgracia, se le ocurrió la desafortunada idea de lanzar un ataque nocturno. Las maniobras de noche, como ya comentamos en la batalla de Platea, no eran la especialidad de los griegos. Aquello acabó en desastre, con soldados atenienses matándose entre ellos y otros despeñándose por las Epípolas -las alturas que dominaban Siracusa por el nortemientras los jinetes sicilianos les daban caza.

La situación del ejército ateniense empezaba a ser desesperada, pues de sitiados habían pasado a sitiadores, hacinados en la bahía contigua a Siracusa. Como no tenían sitio ni tiempo para secar los barcos, sus trirremes pesaban cada vez más debido al agua que impregnaba la madera y empezaban a pudrirse. Demóstenes sugirió que reconocieran la derrota y abandonaran la isla, pero Nicias, indeciso como siempre, postergó la evacuación (parece que influyó en ello el eclipse de luna del 23 de agosto, pues Nicias era extremadamente supersticioso).

Cuando quisieron darse cuenta, los sitiadores se vieron también cercados en la bahía por la flota de los siracusanos y aliados. Los atenienses trataron de romper el bloqueo con 110 trirremes; los demás no tenían remos, lo que indica el lamentable estado en que se encontraba el ejército de Nicias. En otras batallas similares los atenienses habían demostrado su superioridad en el mar. Pero ahora muchos de sus barcos no se hallaban en condiciones de navegar, y además el reducido espacio de la ensenada favorecía a sus enemigos. En cierto modo, se toparon con su propia Salamina,¹³ y tuvieron que luchar como menos les gustaba, a la «antigua usanza».

Tras perder 50 barcos y muchísimos hombres, los atenienses se dieron cuenta de que por mar no podían salir de allí. Con nuevos retrasos, Nicias y Demóstenes decidieron intentar la huida por tierra y dirigirse a la ciudad de Camarina. Dejaron atrás a los heridos y enfermos, lo que da muestras de lo baja que andaba su moral, y

emprendieron la retirada. Durante días sufrieron el acoso de los enemigos, que contaban con una magnífica caballería.¹⁴ Primero fueron capturados Demóstenes y sus hombres. Después, cuando la vanguardia ateniense mandada por Nicias llegó a las orillas del río Asinaro, las tropas de Gilipo cayeron sobre ellos. La escena que nos describe Tucídides es escalofriante. Mientras los atenienses, atormentados por la sed, se apelotonaban en el agua para beber, los siracusanos les disparaban flechas desde la otra orilla y los espartanos se dedicaban a degollarlos. Aun así, los atenienses seguían bebiendo el agua enlodada y ensangrentada, y ni se molestaban en defenderse.

Los siracusanos no tuvieron la menor compasión de aquellos hombres que los habían asediado casi dos años. A Nicias y Demóstenes los ajusticiaron pese a la intercesión del espartano Gilipo. En cuanto a los demás, los hacinaron en unas canteras de piedra, las llamadas Latomías. Allí los retuvieron más de dos meses en condiciones infrahumanas, repartiéndoles una ración de agua y comida muy inferior a la que los atenienses habían consentido para los espartanos cercados en Esfacteria. A los que sobrevivieron pasado ese tiempo los vendieron como esclavos tras marcarles la frente con hierros candentes; salvo a los atenienses, a los que dejaron allí. Se cuenta que tan sólo aquellos que sabían recitar pasajes de Eurípides obtuvieron algo de clemencia, pues en Sicilia existía una gran afición por sus obras. Es posible que algunos atenienses se arrepintieran de no haber prestado suficiente atención a aquél cuando tuvieron ocasión.

El desastre costó a Atenas y sus aliados 200 barcos y cerca de 40.000 bajas entre muertos, esclavizados y desaparecidos. No es fácil precisar cuántos atenienses murieron. Si los refuerzos que llegaron con Demóstenes mantenían la misma proporción que la primera expedición, pudieron perder a unos 3.000 hoplitas y a muchos remeros más. La ciudad, que se había recobrado poco a poco tras la gran epidemia, había vuelto a sufrir otro golpe terrible, y su tesoro se hallaba casi vacío. Cualquier otro estado habría abandonado la guerra, pero Atenas todavía combatió nueve años más.

LA GUERRA EN EL EGEO

Uno de los causantes de los males atenienses se encontraba en Esparta. Para sorpresa de todo el mundo, Alcibíades, aquel dandi ateniense acostumbrado al lujo más refinado, se adaptó de maravilla a la vida lacedemonia: se dejó el pelo largo, comía áspero pan de cebada mojado en caldo negro y se bañaba con agua fría. Aunque tal vez se ha exagerado la importancia militar de los consejos que dio a los espartanos, es obvio que su presencia entre ellos no benefició en nada a Atenas.

Pero Alcibíades no pudo seguir mucho tiempo en Esparta. Como cuenta Plutarco, le convenía el dicho de «es la misma mujer de antes» o, como diríamos nosotros, «la cabra tira al monte». Haciendo gala de su atractivo físico y su labia, consiguió seducir nada menos que a Timea, la esposa del rey Agis. Ésta quedó embarazada y dio a luz a un niño llamado Leotíquidas. Pero se cuenta que en privado lo llamaba Alcibíades, mientras éste presumía ante los más íntimos de que no se había acostado con Timea por vicio, sino por prestar sus estupendos genes -o término equivalente de la época- a la casa real de los Euripóntidas. Si ésa era su intención, no lo consiguió. Leotíquidas nunca llegó a reinar, ya que su presunto padre no lo reconoció como hijo. Agis llevaba más de diez meses sin acostarse con su esposa por culpa de un terremoto que lo había hecho saltar de su cama -qué excusas más peregrinas buscan algunos para no cumplir sus deberes conyugales-, así que cuando le enseñaron al bebé no le salieron las cuentas (Plutarco, Alcibíades 23).

Por más liberales que fueran los espartanos con sus esposas, aquello fue demasiado para Agis, quien dio órdenes de que asesinaran a Alcibíades. Éste se hallaba en Jonia, rindiendo un nuevo servicio a su patria: había convencido a los espartanos de que debían volcarse en la guerra marítima para derrotar de una vez a Atenas, y él en persona se dedicaba a organizar revueltas entre los integrantes de la Liga de Delos. De este modo, miembros tan importantes como Mileto y Rodas desertaron de la alianza. Pero, cuando Alcibíades supo que Agis lo miraba con tan malos ojos, abandonó a los espartanos y se refugió con Tisafernes, el sátrapa de Sardes.

Tisafernes y el otro gobernador persa de Asia Menor, Farnabazo, ya se habían puesto en contacto con los espartanos. Éstos, con tal de ganarles la guerra a los atenienses, aceptaron no interferir más en la política Aqueménida en la costa oriental del Egeo. En resumen, a cambio del oro persa Esparta vendió a los griegos de Asia Menor. Pero enseguida empezó a cobrar réditos por su traición: gracias a los fondos del Gran Rey -que era por aquel entonces Darío II-, los espartanos pudieron pagar más a los remeros de su flota que los atenienses, así que pronto consiguieron equipar barcos suficientes para proseguir la guerra en el mar.

A los atenienses les iban muy mal las cosas. En Sicilia no sólo habían perdido vidas y barcos, sino también montañas de dinero. Por consejo de Pericles, al principio de la guerra habían reservado un fondo de 1.000 talentos para emergencias extraordinarias. Ahora recurrieron a ese dinero, así como a fundir estatuas de oro para financiar la guerra.

Lo sorprendente es que Atenas aguantó. La comparación que hace en este punto el historiador ruso Vassili Struve se antoja muy oportuna. En el año 425, bastó que poco más de 200 ciudadanos espartanos quedaran cercados en la isla de Esfacteria para que su ciudad ofreciera la paz. En cambio, la democracia ateniense, después del desastre sufrido en Sicilia, aún tuvo el coraje para seguir luchando contra Esparta, la Liga del Peloponeso, los aliados que se rebelaban y la poderosa Persia (Struve, 1984, tomo 2, p. 126).

Fue en aquellos años cuando Aristófanes escribió *Lisístrata*. En esta obra, las mujeres de toda Grecia se declaran en huelga sexual para que sus maridos firmen la paz. En *Lisístrata*, que por otra parte es muy divertida e increíblemente obscena, se ha visto a menudo una obra feminista y pacifista, y por tanto, siguiendo con la rima, progresista. Es lícito que Aristófanes defendiera la paz, sin duda y no entraré ahora en la polémica de si era más o menos reaccionario, pues, como buen cómico, disparaba contra todo lo que se movía. Pero tampoco debemos señalar con el dedo a los atenienses por no hacer caso a sus proclamas. La única paz posible en aquel momento habría sido la paz persa y espartana: oligarquías en las ciudades de Grecia, y sometimiento al Gran Rey en las de Asia Menor. Los atenienses, a veces crueles y siempre testarudos, no se habían rendido a Jerjes ni se rendirían ahora ante todos los enemigos que los rodeaban.

Al menos, mientras les quedaran barcos.

En el año 411, la flota ateniense se estableció en la isla de Samos, desde donde podía controlar mejor la situación en la costa de Jonia. Alcibíades mandó un mensaje a sus oficiales, ofreciéndoles la alianza de Tisafernes, con quien aseguraba tener una magnífica relación. A cambio, dichos oficiales deberían promover un golpe en Atenas, pues estaba dispuesto a regresar con una oligarquía, pero nunca bajo un régimen de «vileza ni de democracia» como el que lo había desterrado (Tucídides 8, 47).

Tras una serie de complicadísimas intrigas en las que Alcibíades debía sentirse como pez en el agua, un oficial llamado Pisandro partió de Samos para llevar su propuesta. Mientras éste llegaba a la ciudad, los partidarios de la oligarquía, apoyados por las hetairías secretas, desataron el terror aprovechando que buena parte de los elementos más democráticos de Atenas, los tetes, se hallaban con la flota en Samos.

El relato de Tucídides es revelador: si alguien se oponía a los oligarcas, moría «de cualquier forma adecuada» sin que nadie buscara a los autores del crimen. La

ley del silencio se apoderó de la ciudad, y «todos los miembros de la facción del pueblo se relacionaban entre sí con sospecha» (8, 66). Valerio Manfredi ha comparado esta situación con la que impone la mafia en el sur de Italia, y el periodista estadounidense 1. E Stone con los batallones de la muerte de Sudamérica.¹⁵ Se me ocurren otros ejemplos más cercanos para la ley del silencio y el terror que instauraron los oligarcas, como la que practican ETA y su entorno.

En este clima, le fue fácil a Pisandro llevar a cabo sus planes. El consejo fue abolido y se suprimieron las dietas que había aprobado Temístocles. Un nuevo consejo llamado «de los Cuatrocientos» tomó el poder.

Pero los miembros de la flota fondeada en Samos no aceptaron al nuevo régimen y se proclamaron a sí mismos defensores de la democracia. En aquel momento, Atenas tenía dos gobiernos paralelos: el oligárquico en la ciudad y el democrático en Samos. Y quien proseguía la guerra era este último. Por eso los espartanos no se molestaron en pactar con los oligarcas, ya que sabían que en aquel momento el verdadero poder de Atenas se hallaba en Samos, con su flota.

A pesar de todo, la ayuda persa prometida por Alcibíades no se materializó, pues Tisafernes siguió entregando dinero a los espartanos. Pero eso no arredró a Alcibíades: después de haber promovido el golpe oligárquico, ahora ofreció sus servicios a los demócratas de Samos. Éstos aceptaron, lo nombraron general y le pidieron que los llevase a Atenas para aplastar a los oligarcas. Con buen criterio, Alcibíades calmó los ánimos para evitar una guerra civil. El consejo de los Cuatrocientos estaba haciendo tan mal las cosas en la ciudad que pronto perdió apoyos, y tras un paréntesis de oligarquía moderada, la democracia se restauró.

En el Egeo, una vez conseguido el mando de la flota, Alcibíades pudo por fin demostrar su valía. A estas alturas tenía unos cuarenta años y todavía no había realizado hazañas de consideración como militar, pues ni en Mantinea ni en Sicilia, las empresas promovidas por él, se le había permitido dirigir a las tropas. Ahora Alcibíades empezó a derrotar a las flotas enemigas una y otra vez. En 410 logró vencer a los espartanos y a sus aliados en Cízico y reconquistó la ciudad. Después, en 408, recuperó Bizancio, con lo que aseguró de nuevo la región de los estrechos y el suministro de trigo para Atenas. Sin embargo, la situación seguía siendo complicada para los atenienses, sobre todo en lo económico: después de cada victoria, la flota debía separarse por escuadras para recaudar dinero por las buenas o por las malas, pues había que pagar a los remeros.

Poco después de la toma de Bizancio, Alcibíades se decidió por fin a regresar

a su patria, lo que levantó la moral de los atenienses, que hacía tiempo que no recibían a una armada victoriosa. Según Plutarco, entre barcos apresados al enemigo y mascarones arrancados a los trirremes que había echado a pique, traía nada menos que 200. El pueblo perdonó a Alcibíades y Alcibíades perdonó al pueblo. Lo nombraron general plenipotenciario y le restituyeron su hacienda. Para demostrar que había cambiado -a quien se lo quisiera creer, claro está-, Alcibíades decidió que ese año la peregrinación a Eleusis volvería a celebrarse por tierra. Él mismo escoltó a los iniciados con tropas de infantería, y el ritual de los Misterios recobró su antiguo esplendor. De este modo, compensaba a Deméter y Core por la parodia que, presuntamente, se había celebrado en su casa.

Pero en el otro bando habían aparecido dos nuevos enemigos, ambos de temer. Por un lado, llegó a las costas de Jonia el hijo menor de Darío, Ciro el joven, al que su padre había concedido autoridad sobre toda la región. O al menos eso contaba él: Ciro era un aventurero al que le gustaba actuar por su cuenta. Traía 500 talentos en efectivo y la promesa de más dinero para pagar a los remeros de Esparta y sus aliados.

El otro personaje era Lisandro, recién nombrado navarca o almirante de la flota espartana. Ni era rey ni pertenecía al reducido círculo de familias selectas que dominaban la ciudad, sino que había ascendido por sus propios méritos. Era, rápido para decidir y actuar, buen diplomático y, sobre todo, implacable. Pronto se convirtió en amigo personal de Ciro y, gracias a sus fondos, pudo subir la paga de los remeros de tres a cuatro óbolos. ¿Competencia desleal o ley de mercado? Como fuere, muchos remeros bien adiestrados que hasta entonces habían servido en la flota ateniense se pasaron al enemigo. Por primera vez en la guerra, los lacedemonios se encontraron con una armada digna de tal nombre y preparada para enfrentarse en paridad de condiciones con la ateniense. Y algo mucho mejor para ellos: los que remaban en aquellos barcos ni siquiera eran espartanos de verdad, tan sólo carne de espólón.

En cambio, Alcibíades pasaba apuros para recaudar los tres óbolos que seguía pagando Atenas. En la primavera del año 406 la flota ateniense se hallaba de nuevo junto a las costas de Jonia, dispuesta a reanudar las operaciones. Pero Alcibíades tuvo que abandonarla momentáneamente para navegar a Caria y recolectar dinero. Dejó el grueso de la flota griega al mando de un tal Antíoco (de quien decían que era su compañero habitual de juergas), no sin darle instrucciones de que no se le ocurriera entrar en combate. Pero el deseo de emular a su amigo y conseguir gloria se apoderó de Antíoco, que retó a la flota de Lisandro, anclada en Éfeso. En la batalla que se libró en Notio, muy cerca de allí, Lisandro hundió o capturó 15

trirremes, y Antíoco pereció.

Los abundantes enemigos que Alcibíades tenía en Atenas aprovecharon este fracaso para echarle la culpa. La misma asamblea que había concedido plenos poderes a Alcibíades no se los renovó, y ni siquiera lo eligió entre los diez generales. Frustrado, y también temeroso de que volvieran a llevarlo a juicio por cualquier causa, Alcibíades abandonó la flota y se dirigió a la zona europea de los Dardanelos, donde poseía varios castillos. Aún volveremos a encontrarlo en una última aparición.

Los atenienses todavía conservaban posibilidades de ganar la guerra o, al menos, de conseguir una paz honrosa. Para el año siguiente, los éforos sustituyeron a Lisandro por Calicrátidas, un almirante de ideas más tradicionales. Aun así, al principio demostró su valía al bloquear a la flota ateniense en la ciudad de Mitilene, en Lesbos. Pero el general cercado en el puerto, Conón, consiguió pedir refuerzos a Atenas gracias a una nave que burló el bloqueo.

La asamblea decidió realizar un esfuerzo extraordinario. No se trataba sólo de rescatar los 40 barcos que todavía conservaba Conón (había perdido 30, aunque sus tripulaciones se habían salvado), sino también de mantener Lesbos, una base estratégica vital. Pero las mejores tripulaciones estaban en Mitilene, encerradas en el puerto junto con Conón, el más capacitado de los almirantes atenienses. La situación era tan desesperada que, como cuenta Jenofonte," se llegó al extremo de reclutar a esclavos que automáticamente obtuvieron la libertad y la ciudadanía por servir a Atenas. Además, entre los ciudadanos no sólo había tetes, sino también miembros de la clase hoplítica: los triacosimedimnos o caballeros, como queramos llamarlos, se tragaron su orgullo y se sentaron en las sentinas de los trirremes con un taparrabos y un cojín engrasado (que aun así, no impediría que a sus traseros, poco acostumbrados al roce del banco, les salieran ampollas).

Los astilleros funcionaron a toda velocidad construyendo y reparando barcos, que se pagaron recurriendo a medidas de emergencia, como fundir las estatuas de la diosa Nike que había en la Acrópolis para convertirlas en monedas. De este modo consiguieron reunir una flota de 110 trirremes. Para demostrar la importancia que se concedía a esta expedición, la asamblea le asignó nada menos que ocho generales. La armada se dirigió a Lesbos, y por el camino se sumaron a ella más barcos aliados, hasta llegar a un total de 150 naves.

Al saber que venía una flota de socorro, Calicrátidas zarpó a su encuentro con 120 barcos y dejó a los demás bloqueando a Conón. El encuentro se produjo

cerca de las Arginusas, tres pequeñas islas situadas cerca de Lesbos. Según Jenofonte, las naves espartanas eran más rápidas. Esto suponía una novedad, pero en los trirremes atenienses faltaban bastantes remeros y muchos de los que había carecían de experiencia. Además, algunas naves ya habían pasado de largo la edad de la jubilación y otras se habían construido de forma apresurada.

Así, en julio del año 406, se libró la mayor batalla naval entre griegos de la historia. Pese a que lo tenían todo en contra salvo el número, la victoria de los atenienses fue espectacular. Perdieron 25 naves, una cifra considerable, pero a cambio echaron a pique a 70. Todo eso habla de un combate increíblemente violento, que parecía dejar claro de una vez por todas quién mandaba en el mar.

Atenas había demostrado estar a la altura de las circunstancias, pero enseguida lo echó todo a perder. ¿Cuál fue el problema?

Como señala Victor Hanson (2005, p. 235 y ss.), la guerra naval resultaba mucho más brutal y mortífera que la terrestre. Los porcentajes de muertes en los ejércitos de hoplitas eran limitados, y las bajas se contaban por decenas o centenares. Pero en las grandes naumaquias había que sumar un cero más, pues se llegaba a miles de muertos.

Las batallas navales se libraban cerca de la costa, como había ocurrido en Salamina, en el puerto de Siracusa o en las Arginusas, que estaban protegidas entre Lesbos y el litoral de Jonia. Se hacía así porque las complicadas maniobras que llevaban a cabo los trirremes, e incluso el esfuerzo de coordinar las paladas de tres filas de remos, se volvían imposibles en cuanto el mar se picaba un poco. Debido a esto, los tripulantes de los barcos que zozobraban podían llegar a nado a la costa. Al menos en teoría.

Pero en la práctica había muchas posibilidades de morir antes. Los infantes de cubierta, si habían sobrevivido a las flechas, piedras y jabalinas del enemigo, tenían que librarse cuanto antes de sus armas defensivas para que no los arrastraran al fondo como un yunque. Es de suponer que estaban entrenados, por la cuenta que les traía, para despojarse de la coraza y las grebas -si es que las llevaban- a toda velocidad y, por supuesto, arrojar el escudo. Los marineros de cubierta eran quienes más fácil tenían saltar al agua y alejarse nadando. Después, los remeros de la primera fila, los tranitas, intentarían salir por las puertas de la bodega o incluso por las aberturas del pescante en el que remaban... si es que no las habían cubierto con pantallas de cuero para que el agua no les salpicara y para protegerse de los proyectiles enemigos. En cuanto al destino de las dos filas inferiores de remeros que

se sentaban en las tripas del barco, imaginemos el caos que se organizaría allí después de la brutal embestida de un espolón enemigo. Mientras el agua entraba a chorros, los infortunados talamitas tratarían de salir de allí entre los cuerpos de sus compañeros, los pies de los hipozigitas que se sentaban sobre ellos, los mangos de los remos y las vigas que cruzaban la bodega. Me temo que muchos barcos se convertían rápidamente en ataúdes flotantes.

Los que lograban salir de la nave se agarraban a remos, maderos, o se acercaban al mismo casco del trirreme, semisumergido, para aferrarse y aguardar el rescate, ya que no todo el mundo tenía las fuerzas necesarias para nadar mil metros o más hasta la orilla. Ahora bien, si los barcos que pasaban cerca eran enemigos, la situación de los náufragos se complicaba. A algunos los rescataban para venderlos como esclavos, pero lo más normal era dispararles flechas, ensartarlos con lanzas como si fueran atunes o abrirles la cabeza con los remos. Incluso los que sobrevivían nadando tenían que hacerlo en la dirección correcta: si llegaban a una playa dominada por el enemigo, desnudos e inermes, eran presa fácil para los hoplitas que aguardaban en la orilla.

En el caso de las Arginusas, 13 barcos atenienses se perdieron sin esperanza de rescate. Pero había otros 12 cuyos supervivientes, aferrados a los pecios, podían concebir esperanzas de que los rescataran, ya que su flota había ganado la batalla. Los generales encargaron a dos trierarcas que también habían sido strategoi en años anteriores, Trasibulo y Terámenes, que organizaran la recogida de los náufragos con 47 barcos: había cuatro por cada nave siniestrada, lo que habría sido más que suficiente. Mientras, los demás se dirigieron a Mitilene para rematar a la flota espartana anclada allí.

Pero en aquel momento se levantó una tempestad, como había ocurrido la noche anterior (aquel año debió salir un verano de esos que tanto temen nuestros hosteleros). Los barcos que iban a combatir a Mitilene se vieron obligados a refugiarse en la costa y, lo que fue mucho peor, los que habían de recoger a los náufragos también. En teoría, podrían haber muerto hasta 5.000 personas, pero es más razonable reducir la cifra a 3.000, pues las naves no debían de llevar sus dotaciones al completo y además algunos náufragos se salvaron.

Pese a las bajas, la flota había conseguido un gran triunfo, el mayor de toda la Guerra del Peloponeso. Atenas había vuelto a vencer en circunstancias extremas. Después de las Arginusas, las pérdidas de barcos de los espartanos y sus aliados en los últimos años se acercaban a los 300 trirremes. Sin embargo, había una diferencia: gracias al oro persa, Esparta podía seguir construyendo barcos y contratando

tripulaciones a las que ofrecía mejor paga. Por el contrario, en el momento en que Atenas sufriera un revés de consideración estaría perdida, pues andaba jugando al límite de sus fuerzas.

Y sin embargo siguió malgastando sus recursos humanos. Con su mando colectivo -un hecho sin precedentes- los ocho generales consiguieron para Atenas una victoria espectacular. Pero, cuando la flota regresó a Atenas, se acusó a esos mismos generales de haber abandonado a los náufragos y de no haber recogido a los muertos para darles un entierro apropiado. Dos de los estrategos ni siquiera aparecieron por Atenas, temiéndose lo peor. A los otros seis se los juzgó en una asamblea más tumultuosa que las de algunos clubes de fútbol. Allí incluso apareció un superviviente que se había salvado en un tonel de harina y acusó a los generales de negligencia.

Algunos oradores se levantaron para decir que era ilegal juzgar en bloque a los seis generales, pues había que hacerlo de forma individual. Tampoco parecía muy regular el procedimiento de voto, ya que se habían plantado dos urnas a la vista, una para la condena y otra para la absolución. ¿Dónde estaba el voto secreto?, preguntaron aquellos oradores. Pero los ánimos se hallaban tan caldeados que un tal Licisco propuso que quienes se oponían al juicio colectivo también fueran juzgados y la asamblea apoyó a voces su moción, con lo cual los pocos que se oponían a aquella arbitrariedad se echaron atrás. Entre los miembros de la pritanía, la comisión permanente que presidía la asamblea, también se amilanaron todos salvo uno. Sócrates, que ya tenía por aquel entonces más de sesenta años, se levantó, dijo que se negaba a cometer un acto ilegal y se marchó a casa. Aquel día sus admiradores lo admiraron más, pero a cambio sus enemigos también lo aborrecieron más.

Los generales fueron condenados y ejecutados. Entre ellos se hallaba Pericles, hijo de Aspasia, al que los atenienses habían concedido la ciudadanía pese a ser hijo de una extranjera. Poco después, los atenienses se arrepintieron de lo que habían hecho con los generales de las Arginusas, y el principal responsable de aquella caza de brujas, un tal Calíxeno, acabó muriendo de hambre, rechazado por todos sus conciudadanos.

UN FINAL POCO GLORIOSO

Tras las Arginusas, los espartanos volvieron a ofrecer la paz a los atenienses, que la rechazaron. Antes de acusarles de nuevo por testarudos, me apresuro a añadir que la única fuente es un pasaje de La constitución de Atenas de Aristóteles.

Aunque ciertos expertos creen que esta oferta existió (Kagan, 1991, p. 377), yo albergo dudas. En cualquier caso, la guerra prosiguió.

El año siguiente las operaciones navales se centraron en el Helesponto. Los espartanos, que habían entrado en razón, volvieron a concederle el mando de la flota al eficaz Lisandro, aunque de modo extraoficial, pues la ley no permitía ser navarca dos veces a la misma persona. Lisandro sitió la ciudad de Lámpsaco, en la orilla asiática del estrecho de los Dardanelos. Los atenienses enviaron el grueso de su flota, 180 barcos, para recordarle que eran ellos quienes volvían a mandar en los mares. El lugar donde vararon su armada se llamaba Egospótamos, «el río de la cabra». Nombre de infausto recuerdo a partir de entonces.

Cada día, los barcos atenienses cruzaban el estrecho, se plantaban a poca distancia de la orilla asiática y desafiaban a combatir a Lisandro. Éste no aceptaba y mantenía sus trirremes en el puerto, al mismo tiempo que sujetaba a sus hombres con una disciplina férrea: todas las tripulaciones permanecían en sus puestos, con los hoplitas armados en cubierta y los remeros sentados en las bodegas. Incluso ordenó mantener las pantallas de cuero que cerraban las aberturas del pescante, de modo que el interior de aquellos barcos inmóviles debía convertirse en una sauna bajo el sol de septiembre. Y así pasaban horas y horas.

En cambio, cuando los atenienses volvían a Egospótamos, que no era más que una playa muy larga, varaban las naves en la arena y la mayoría de las tripulaciones se dispersaban, pues para buscar comida y agua potable tenían que ir a Sestos, a unos 20 kilómetros de allí. Egospótamos no era un buen sitio para la flota, y así lo señaló Alcibíades, que se acercó a caballo desde una de las fortalezas que tenía en la costa tracia. «Será mejor que os trasladéis a Sestos», les dijo a los generales. Ellos lo despidieron con cajas destempladas, y aquí nos despedimos nosotros también de Alcibíades, que no vuelve a intervenir en esta historia."

Puede disculparse a los generales atenienses por empeñarse en seguir en Egospótamos, puesto que así controlaban de cerca los movimientos de Lisandro. El problema fue que se confiaron y relajaron cada vez más la disciplina.

Al quinto día, los atenienses, después de las bravatas habituales para provocar a la flota espartana, volvieron a varar los barcos en la orilla y se dispersaron de nuevo para buscarse las habichuelas. Lisandro, que todos los días enviaba tras ellos naves rápidas para que le informaran de los movimientos de los atenienses, ordenó a su flota zarpar y cruzó el estrecho en un suspiro para abalanzarse sobre los trirremes encallados. El general ateniense Conón logró

equipar 9 barcos a tiempo y huir con ellos. Los demás, tras un breve combate en la orilla, cayeron en manos de los espartanos: 170 trirremes, prácticamente toda la flota ateniense. Un triste final para la armada que había dominado los mares desde la gran victoria de Salamina.

Lisandro perdonó la vida a las tripulaciones aliadas y a los esclavos, pero fue implacable con los prisioneros atenienses, de los que ejecutó casi a 4.000. Después, con una gran flota que sumaba más de 200 trirremes entre los barcos espartanos y otros capturados a los atenienses, fue barriendo el Egeo. Allá por donde pasaba, Lisandro instauraba oligarquías y eliminaba físicamente a los elementos democráticos. En cuanto a los soldados atenienses que se encontraba de guarnición en las ciudades y las islas, los dejaba escapar, pero arreándolos hacia Atenas como un pastor hace con sus ovejas. Su intención era que todos se congregaran en la ciudad, para rendirla lo antes posible por hambre.

El general superviviente, Conón, había enviado a la Páralos, otra de las naves oficiales del Estado, para que llevara la noticia a la ciudad. «En Atenas se anunció la desgracia de noche al llegar la Páralos. Un gran gemido corrió desde el Pireo y subió hasta la ciudad por los Muros Largos, pues unos se lo comunicaban a otros. Nadie durmió esa noche, pues no lloraban sólo a los que habían perdido, sino que lo hacían sobre todo por sí mismos, pensando que iban a sufrir el mismo destino que ellos habían hecho sufrir a los de Melos, que eran colonos de los espartanos, después de derrotarlos en el asedio, y también a los de Histiea, Escióne, Torone y Egina, y a muchos otros griegos» (Jenofonte, Helénicas 2, 2, 3).

La ciudad sufrió el asedio por mar de Lisandro y por tierra de los dos reyes juntos, Agis y Pausanias. Los lobos olían ya la sangre de su presa. Como se temían los atenienses, Corinto y Tebas pidieron que la ciudad fuera arrasada y que se ejecutara o vendiera como esclavos a todos sus habitantes. Por la forma de ser que había demostrado Lisandro, sospecho que se mostró de acuerdo con aquella atrocidad. Pero los demás espartanos se negaron, recordando el juramento que habían hecho antes de la batalla de Platea: «Jamás destruiré Atenas, Esparta, Platea ni ciudad alguna que haya luchado entre nuestros aliados, ni consentiré que se les haga pasar hambre ni se les corte el agua, estemos en guerra o seamos amigos». Platea ya había sido aniquilada, y durante los seis meses de asedio los atenienses pasaron hambre. Pero ahora Esparta tomó una decisión honorable y se negó a destruir Atenas.

La ciudad se entregó en la primavera del año 404. Para que la Liga del Peloponeso perdonara la vida y la libertad de sus habitantes, Atenas hubo de hacer

muchas concesiones. Renunció a su imperio y su flota quedó reducida a 12 barcos para labores de patrulla. También tuvo que demoler los Muros Largos y las fortificaciones del Pireo. Además, entró a formar parte de la Liga del Peloponeso, sometida a Esparta, y readmitió a todos los exiliados de tendencias antidemocráticas. Por último, se vio obligada a instaurar un régimen oligárquico, en el que un consejo formado por 30 ciudadanos destacados -ya sabemos lo que quería decir esto siempre: aristócratas de familias poderosas- redactaría unas nuevas leyes más respetuosas con las tradiciones.

Después de veintisiete años, la Guerra del Peloponeso había terminado.

PANORAMA TRAS LA GUERRA DEL PELOPONESO

Para el bando vencedor, la excusa de la guerra había sido liberar a Grecia del oprobioso imperio ateniense. Como cuenta Jenofonte, el ejército del Peloponeso se puso «con gran celo a derribar las murallas [de Atenas] al compás de las flautas, pensando que aquel día era el comienzo de la libertad para Grecia» (Helénicas 2, 2, 23).

Los griegos no tardaron en comprobar en qué consistía esa liberación. Un buen número de ciudades griegas de Asia Menor, que en su momento habían recuperado la independencia gracias a las campañas de Cimón, cayeron de nuevo en poder de los persas. Los espartanos impusieron su gobierno en el Egeo, con guarniciones y gobernadores espartanos, los llamados «harmostas». En cuanto a los elementos democráticos de esas islas y ciudades, Lisandro procuró exterminarlos con ejecuciones en masa. En la ciudad de Mileto, por ejemplo, el general espartano convenció a 800 miembros de la facción democrática para que salieran de sus escondrijos tras jurarles que no cometería ninguna tropelía contra ellos. Acto seguido, hizo que los mataran. Según se cuenta, cuando alguien le afeó su conducta, Lisandro respondió: «A los críos se les engaña con cuentos, y a los hombres con juramentos».

Como decía el cómico Teopompo, «Cuando los griegos saboreaban el dulce vino de la libertad, ellos [los espartanos] le agregaron una buena dosis de vinagre, y la bebida se volvió de repente agria y repugnante» (citado en Plutarco, Lisandro 13).

El coste humano de la guerra fue terrible. En los enfrentamientos clásicos entre hoplitas, el vencedor solía contentarse con poner en fuga al vencido. Pero entre 431 y 404 las dimensiones del conflicto fueron escalando, hasta el punto de que ya se buscaba la aniquilación física del enemigo y la devastación de sus campos y sus ciudades. Un ejemplo es lo que ocurrió en la isla de Corcira, donde se produjo una guerra civil de la que Tucídides dejó un retrato estremecedor. En este caso, después de enfrentamientos y crueldades por ambos bandos, los miembros de la facción democrática tomaron como prisioneros a los de la oligárquica:

En cuanto se encargaron de ellos, los corcireos los encerraron en un gran edificio, y después los hicieron salir en grupos de veinte. Les obligaron a pasar

atados entre sí entre dos filas de hoplitas, y éstos se dedicaron a golpearlos y apuñalarlos cada vez que alguno veía a alguien con quien tenía enemistad. También había otros con látigos que azotaban a los que se rezagaban para que caminaran más deprisa (Tucídides 4, 47).

La escena prosigue: cuando ya habían muerto así 60 hombres, los demás se negaron a salir del edificio. Los miembros del grupo democrático se subieron al tejado y abrieron un hueco por el que empezaron a lanzar a los prisioneros tejas y flechas. Muchos de ellos, temiendo torturas peores, se suicidaron clavándose en la garganta las puntas de las flechas o haciendo jirones sus propios mantos para ahorcarse con ellos. Todo esto ocurrió de noche. Al día siguiente habían muerto varios centenares de personas -tal vez 500- que se habían refugiado allí. Las esposas de estos hombres fueron vendidas como esclavas. Tucídides no añade más, pero me temo que muchas de ellas fueron violadas. Como comenta el historiador, de los dos bandos que se habían enfrentado uno quedó prácticamente aniquilado.

Los sucesos de Corcira llegaron a convertirse casi en la norma, no en la excepción. Durante la Guerra del Peloponeso se recurrió a asesinatos en masa, a mutilaciones,' a encerrar a los prisioneros en lugares infectos como las canteras de Siracusa para que murieran de hambre y sed, o a reducir a la esclavitud a miles de mujeres y niños.

En la primera década del siglo iv, la población de Atenas se había reducido a la mitad de la que tenía en el año 431. Pero aunque fue la única ciudad que padeció la gran epidemia, otras polis sufrieron también muchísimas bajas. Por ejemplo, Corinto, que había aportado 5.000 hombres en Platea en el año 479, sólo pudo llevar 3.000 a la batalla de Nemea, en el 394. No se trataba sólo de las muertes en batalla, sino del empobrecimiento general causado por la devastación de los campos y, aún peor, por su abandono: los agricultores, sitiados tras las murallas o enrolados en el ejército, no podían cosechar los cereales ni los frutos, que maduraban y se pudrían sin recoger. La interrupción del comercio normal en tiempo de paz también contribuyó a la miseria general, de la que se derivaron hambre y enfermedades.

Una consecuencia del empobrecimiento de tantas ciudades griegas fue que a principios del siglo iv aparecieron miles de mercenarios. En general, el grueso de los hoplitas lo formaban propietarios que poseían fincas de entre cinco y diez hectáreas. Al final de la guerra, debido a la destrucción infligida por los enemigos o al abandono, que a veces dañaba de forma irremediable el suelo, muchos de esos campesinos se encontraron arruinados. Algunos emigraron a las ciudades, pero otros llevaban tanto tiempo combatiendo que apenas sabían hacer otra cosa y se

convirtieron en soldados de fortuna. Un síntoma de esa situación lo encontramos en la expedición de 10.000 mercenarios, cifra más que respetable, que acompañaron a Ciro el joven cuando se internó en el Imperio persa para guerrear contra su hermano Artajerjes y arrebatarle el trono.

Esparta también perdió ciudadanos en la guerra. Pero en realidad se trataba de la tendencia endémica de esta ciudad a la oliganthropía: cada vez eran menos los privilegiados con bienes suficientes como para participar en los banquetes comunales, por lo que pasaban de ser espartiatas a convertirse en hypomeiones, «inferiores». Bajas reales no sufrieron tantas, ya que nunca arriesgaron grandes contingentes de sus ciudadanos, y además no llegaron a sufrir grandes derrotas -lo de Esfacteria fue un daño más moral que real-, ni vieron su territorio invadido en ningún momento. Esparta, como país y ciudad, había salido indemne de la guerra y podía jactarse de que las mujeres lacedemonias no habían visto nunca a un invasor... todavía.

Sin embargo, los espartanos no disfrutaron de su victoria tanto como imaginaban. No supieron gestionarla, como no habían sabido gestionar la de las Guerras Médicas. En cuestión de pocos años se granjearon tantas enemistades que tuvieron que renunciar a su imperio recién adquirido. Pero el dinero ya había entrado a espuestas en la ciudad, corrompiendo sus costumbres y, paradójicamente, enriqueciendo más a los ricos y empobreciendo más a los pobres. Si la oliganthropía era un problema, a partir de ahora se agravaría.

Por otra parte, Atenas quedó arrodillada, pero fue sólo cuestión de tiempo que se levantara de nuevo. Durante unos meses sufrió los desmanes de los oligarcas, a los que llegó a conocerse como los Treinta Tiranos y cuyo régimen de terror superó todos los extremos conocidos en Atenas. Para mantener el control de la ciudad, el oligarca Critias y sus secuaces tenían 300 servidores armados con látigos que recorrían las calles, y además procuraron hacer cómplices de sus crímenes al mayor número de ciudadanos para garantizarse la impunidad en el futuro. Hasta 1.500 personas perdieron la vida por causa de los Treinta.

Pero los demócratas reaccionaron y se hicieron fuertes primero en File, al norte de Atenas, y luego en el Pireo, que siempre había sido el bastión de la democracia. Allí se enfrentaron a los oligarcas en una batalla callejera y, aunque tenían menos hoplitas, los vencieron gracias a la intervención de la infantería ligera; es decir, del pueblo llano.

Los oligarcas pidieron ayuda a Lisandro. Pero éste no pudo intervenir como

habría querido, porque se interpuso en su camino el rey Pausaras, celoso de su influencia. Tras diversos combates y escaramuzas, Pausaras medió entre oligarcas y demócratas. Los primeros se retiraron a Eleusis, que durante dos años se convirtió en una especie de estado paralelo, y los demócratas recuperaron el control de la ciudad. También se decretó una amnistía general para todos los crímenes políticos, una especie de ley de punto final: era la única manera de evitar una guerra civil generalizada.

Aunque Atenas no volvería nunca a ser tan poderosa, después de recuperar su democracia no tardó en recobrar también su flota y sus murallas, y en intrigar para arrebatarse la hegemonía a Esparta. La Guerra del Peloponeso no había servido para instaurar un nuevo orden estable en Grecia. Durante los dos primeros tercios del siglo iv, la Hélade se desangraría en nuevas luchas intestinas.

EL JUICIO DEL (NUEVO) SIGLO

En Atenas, el nuevo siglo -del que, por supuesto, no eran conscientes- empezó con el juicio de un viejo de setenta años que iba por las calles descalzo y envuelto tan sólo en un manto raído y más bien sucio, y cuya principal ocupación era poner en duda todo lo que decían sus interlocutores.

Sí, por supuesto que me refiero a Sócrates.

Sócrates había combatido como hoplita en las primeras fases de la Guerra del Peloponeso, pero jamás fue general ni se dedicó a soltar discursos en la asamblea. En la política, le tocó en (mala) suerte ser consejero y miembro de la pritanía que presidía la asamblea durante el desgraciado juicio de los generales victoriosos en las Arginusas, y fue el único que tuvo la gallardía de oponerse a la histeria colectiva que reinó aquel día. Los Treinta Tiranos también intentaron implicarlo en algunos de sus asesinatos, pero no lo consiguieron.

Sócrates era un hombre muy conocido en Atenas, tanto que apareció en varias comedias de Aristófanes y otros autores. Una de las razones por las que llamaba la atención era su aspecto. Imaginémoslo vestido sólo con su viejo manto y descalzo, luciendo su panza y sus piernas flacas hiciera frío o calor, más bien desaliñado, con una enorme boca y unos ojos saltones que lo hacían parecer un sátiro.' A menudo caminaba del brazo de Alcibíades: alto, apuesto, vestido con una elegante túnica de Mileto, con la barba rizada con tenacillas calientes y oliendo a carísimos perfumes sirios comprados en el Pireo. El contraste tenía que ser curioso.

Además, era difícil no conocer a Sócrates, porque recorría los típicos lugares de reunión de Atenas, como el Ágora o los gimnasios de las afueras, e interpeleaba a todo el mundo. Con sus conversaciones pretendía, básicamente, comprender en qué consistía la areté («virtud») y si podía enseñarse o era innata. Pero lo hacía mediante un procedimiento de preguntas y respuestas, utilizando entre otras argucias la de recurrir a sinónimos parciales como si fuesen totales, de tal manera que al final el interlocutor que había empezado diciendo «blanco» se sorprendía a sí mismo diciendo «negro». Eso fastidiaba a muchos atenienses, pues los dejaba en evidencia ante el resto del corrillo que se solía formar alrededor. Sócrates sabía de sobra lo molesto que podía llegar a ser, y por eso se comparaba a sí mismo con un tábano que en vez de picar la carne aguijoneaba la conciencia moral.

Estoy convencido de que el personaje del teniente Colombo se basa en Sócrates. Como él, es más bien feo y desaliñado: su gabardina y el manto de Sócrates debían parecerse mucho. Y, al igual que el filósofo, empieza haciéndose el tonto cuando interroga a los delincuentes, pero poco a poco los va enredando en su trama hasta sacarles toda la verdad. La palabra «sacar», por cierto, es muy apropiada para Sócrates: su madre era partera, y él mismo aseguraba que lo que él practicaba era la mayéutica, la profesión de las comadronas, sólo que él ayudaba a que la mente de su interlocutor pariera la verdad en lugar de un bebé.

Los tres acusadores de Sócrates, Anito, Meleto y Licón, han pasado a la historia de la infamia junto con personajes tan tristemente célebres como judas o Pilatos. ¿De qué imputaron a Sócrates? De corromper a los jóvenes, de no reconocer a los dioses tradicionales de la ciudad y de introducir en ella nuevas divinidades.

Sería interesante averiguar qué motivos personales albergaban contra Sócrates. He dicho bien: motivos personales. En Atenas, la enemistad no se consideraba un obstáculo a la hora de acusar a alguien, sino todo lo contrario. Para no ser tachado de sicofanta, es decir, de delator profesional, el acusador debía demostrar que actuaba por razones personales. De lo contrario, se podía sospechar que alguien anónimo, el verdadero enemigo y rival político del acusado, había pagado al acusador para que actuara en su nombre.

El único personaje conocido de los tres es Anito. Como el demagogo Cleón, era curtidor de pieles, y también un miembro destacado de la facción democrática. Si hacemos caso a Jenofonte, Sócrates había tenido una breve relación con el hijo de Anito, un joven que le pareció prometedor, e intentó disuadirlo de que siguiera la ocupación de su padre, pues dedicarse a curtir pieles era un oficio servil. Ahí tenemos un buen motivo para una enemistad personal. Con lo difícil que es que un

adolescente respete a su padre, para colmo Sócrates se dedicaba a desprestigiar a Anito delante de su hijo.

He hablado del círculo de Sócrates. ¿En qué consistía? Sobre todo, en jóvenes aristócratas que tenían tiempo libre, tal como Platón hace decir al filósofo en su Apología. Y a los que se arrimaban a él sin ser nobles, por ejemplo el hijo de Anito, les intentaba inculcar ideales y prejuicios aristocráticos, como el desprecio al trabajo manual que practicaba su padre.

No conocemos las conversaciones exactas de Sócrates con esos jóvenes discípulos, porque nuestro filósofo no dejó nada escrito. Lo que se sabe de él se lo debemos a sus seguidores, y en particular a Platón y Jenofonte. Sospecho que, sobre todo, Sócrates imbuía a sus seguidores la idea de que la virtud que convierte a alguien en *agathós*, «bueno», no se podía enseñar por más sofistas que uno contratara para aprenderla. Si recordamos que los nobles se llamaban a sí mismos *agathoí*, en plural, y los *kakoí*, los «malos» o «inferiores», eran los del pueblo llano, podemos entender que tal vez les sugería algo así: «Desarrollad todo vuestro potencial, porque por naturaleza sois los elegidos para gobernar a toda esa *chusma*».

Aunque no podamos juzgar directamente los escritos de Sócrates, sí es posible recurrir a la frase del Evangelio: «Por sus frutos los conoceréis». ¿Cuáles fueron los frutos del círculo socrático?

Platón, para empezar. Sin duda era un gran pensador, y su talento como literato se hallaba a la altura o quizá superaba al de los tres grandes trágicos. Pero de demócrata no tenía nada, como comprobará cualquiera que abra *La República* casi al azar. Suele decirse que Platón estaba desencantado con la democracia porque ésta había juzgado a su maestro. ¿Y los 1.500 asesinatos de los Treinta Tiranos no consiguieron que se sintiera un poquito decepcionado con la oligarquía?

Jenofonte tal vez no le tenía tanta ojeriza a la democracia ateniense. Podríamos definirlo como un oligarca moderado. Sin embargo, combatió contra su ciudad en el bando espartano, y por eso fue condenado al destierro. Eso nos brinda una pista de cuáles eran las ideas imperantes en el círculo de Sócrates. No demasiado patrióticas, por lo que se ve.

Más frutos del círculo: Alcibíades. De él no puede decirse que fuera oligárquico ni demócrata, pues intrigó con ambos bandos. Todos sus actos obedecían a su mayor gloria y a su propio interés. Pero no dejaba de ser un noble

que competía con sus caballos en los juegos Olímpicos, y la impresión que recibimos de él es que despreciaba al pueblo llano en el que tan a menudo se apoyó para trepar en la política. Sócrates se esforzó en vano por hacerlo más virtuoso, pero sospecho que jamás intentó inculcarle el respeto por sus inferiores.

Por último, los mencionados Critias y Cármides. El primero fue el más destacado y cruel de los Treinta Tiranos y el segundo, que entró en política porque Sócrates le animó a ello, los apoyó y murió combatiendo con ellos y contra los demócratas. Por cierto, los dos eran parientes de Platón, que les dedicó sendos diálogos. En el 399 sólo habían pasado cuatro años de la caída de su régimen. Todo el mundo tenía frescas en la memoria las muertes que había dejado a su paso la Tiranía de los Treinta, y en la retina las imágenes de Sócrates paseando por el Ágora con estos dos siniestros individuos.

Es posible que algunos, o todos, de estos personajes, y también otros que rondaban a Sócrates, formaran parte de las hetairías, las sociedades secretas que tanto hicieron por socavar la democracia. Sócrates no perteneció a ninguna, según afirmó en su discurso de defensa. Pero tal vez, del mismo modo que animó a Cármides a participar en la política, pudo haber inspirado a los jóvenes que lo rodeaban -y que debieron turnarse a lo largo de los años en un relevo generacional- a formar alguno de esos círculos secretos: un papel parecido al de Robin Williams en *El club de los poetas muertos*, salvando las distancias.

Como hemos visto antes, para evitar una guerra civil aún más sangrienta que la dictadura de los Treinta se proclamó una amnistía total. Nadie podía denunciar a otro ciudadano por crímenes políticos relacionados con la tiranía. Pero es obvio que el resentimiento entre ambos bandos seguía latente. Y Sócrates pagó los platos rotos de los oligarcas.

¿Qué sentido tenían las acusaciones contra él? La de corromper a los jóvenes, aunque sea un término bastante vago, ha quedado más o menos clara. Los atenienses acababan de sufrir dos golpes oligárquicos y tenían razones para temer que alguien como Sócrates siguiera inculcando ideas subversivas a los adolescentes.

En cambio, la acusación de no adorar a los dioses tradicionales de la ciudad, no parece sostenerse demasiado. No consta que introdujera cultos exóticos en Atenas ni que fuera ateo: el mismo concepto de ateísmo resultaba bastante extraño a los griegos, que se sentían rodeados por presencias numinosas. 1. E Stone señala que los acusadores podían referirse a que Sócrates despreciaba a divinidades propias de la democracia, como Pito -en griego Peithó, Persuasión, que suena

menos ridículo-, el Zeus Agoraios o la misma Democracia (Stone, 1988, p. 224).

(Este argumento de Stone no me resulta muy convincente. Sin embargo, debo añadir que en su momento la lectura de su libro *El juicio de Sócrates* supuso una conmoción para mí, pues hizo que se tambalearan muchas de las ideas que había asimilado al estudiar la figura de Sócrates).

¿Cómo se desarrolló el juicio? Ciertos comentarios de la *Apología* permiten suponer que había 501 jurados (o tal vez 500) escuchando y juzgando a Sócrates y a sus acusadores. A partir de la lista anual de 6.000 heliastas o jurados, se los seleccionaba mediante el *klerotérion*, un complicado dispositivo de ranuras y tarjetas de bronce que garantizaba que los nombres salieran al azar unos minutos antes del juicio: de esta manera se evitaba que alguien intentara sobornar a los jueces.

¿Era posible sobornar a 501 jueces? Me temo que sí. Cada uno de ellos cobraba una paga de tres óbolos o, lo que es lo mismo, media dracma. Eso suponía que el salario de todo el jurado ascendía a 250 dracmas. Un ciudadano rico interesado en salvar el pellejo no habría tenido ningún problema en triplicar o cuadruplicar esa suma. Los jueces, tal como los caricaturiza Aristófanes en su comedia *Las avispas*, solían ser ciudadanos humildes y ya mayores, y la dieta del jurado suponía una especie de subsidio de jubilación para ellos (pero no su único medio de subsistencia: los vínculos de solidaridad familiar eran la seguridad social de la época).

Una vez reunido el jurado, los acusadores primero y después los acusados pronunciaban sus discursos, pues no había abogados. Sócrates podría haber pedido que alguien le escribiera un alegato: entre sus conocidos estaba el meteco Lisias,⁵ el mismo logógrafo que redactó la defensa de Eufiletto cuando éste fue a juicio por matar al seductor de su esposa. Según cierta tradición, Lisias llegó a escribirlo y se lo presentó a Sócrates, quien le dio las gracias, pero lo rechazó. Lógicamente, quien se había pasado toda su vida interpelando a los atenienses y mareándolos con su dialéctica no iba a recurrir en aquel momento decisivo a las palabras de otros.

Además de sus discursos, los litigantes podían leer leyes ante el tribunal, y de hecho solían hacerlo. Los jurados eran ciudadanos normales, no jurisperitos, y nadie podía retener en la memoria la gran cantidad de decretos que se habían aprobado desde tiempos inmemoriales. También se podían presentar testimonios, que al principio eran orales y que más tarde se leían. Cada parte disponía de un tiempo limitado que se medía mediante una *clepsidra* o reloj de agua.⁶ No contaban

para ese tiempo ni la lectura de las leyes ni los testimonios, y así nos encontramos a menudo en los discursos judiciales con la frase «Corta el agua».

Pronunciados los discursos y presentado todo el material pertinente, los jurados votaban sin deliberación previa. Para ello, pasaban desfilando ante dos urnas, con las manos cerradas, y dejaban caer el guijarro del voto en la urna de «inocente» o de «culpable». Más adelante, durante el siglo iv, el sistema se perfeccionó para garantizar el secreto del voto. Había una urna de votos válidos y otra de votos inválidos, y cada jurado llevaba dos discos de bronce, uno atravesado con un eje agujereado para condenar y otro con el eje macizo para absolver. De este modo, bastaba con la punta de los dedos para ocultar el voto. Los discos que se recontaban, lógicamente, eran los de la urna válida.

En el caso de Sócrates todavía se debió votar con piedras. El texto de la Apología de Platón permite deducir que el resultado fue de 220 votos a su favor y 281 en su contra (o 280 votos si en aquella época los jurados todavía no eran impares). Una votación más apretada de lo que se esperaba el mismo Sócrates, que tampoco había hecho gran cosa por ganarse la benevolencia del jurado.

A continuación, los acusadores proponían una pena para aquellos casos en los que la ley no la estipulaba. En este juicio, Anito, Meleto y Licón pidieron que se condenara a muerte al acusado. Sócrates debía proponer otra pena menor. Para empezar, solicitó que la ciudad lo alimentara gratis el resto de su vida en el Pritaneo, como si hubiera ganado una corona de olivo en las Olimpiadas. Es fácil imaginar los pateos y silbidos que su propuesta desató en el jurado. Después, propuso una sanción de 100 dracmas, pues dijo que era todo lo que podía pagar. Por último, gracias a que Platón y otros amigos se ofrecieron como fiadores, subió su propia multa hasta 3.000 dracmas.

Esta última parecía una cifra razonable. Sin embargo, los jurados estaban ya tan soliviantados que votaron a favor de la condena a muerte por 80 votos más en contra. Es decir, que muchas personas que lo habían juzgado inocente lo condenaron a muerte.

Eso hace pensar que el procedimiento judicial ateniense no era muy serio, y sin duda presentaba muchas deficiencias desde nuestro punto de vista. Pero la noticia de los 80 votos adicionales nos la transmite Diógenes Laercio, cuyas anécdotas son poco fiables.

En cualquier caso, Sócrates fue condenado a muerte. La pena se demoró un

tiempo, porque en aquellos días se había enviado una peregrinación sagrada a la isla de Delos y su ejecución habría supuesto una mancilla para la ciudad. Durante el mes que Sócrates estuvo encerrado en prisión, sus amigos organizaron su fuga por medio de sobornos, pero él se negó a escapar por no desobedecer la ley.

En realidad, el estado ateniense no parecía tan empeñado en matar a Sócrates como éste en morir: la teoría de Stone es que pretendía desacreditar con su injusta y desproporcionada condena a aquel régimen en el que no creía. Otra opción es creer que a esas alturas de su vida quería dar un ejemplo de coherencia en sus ideas. Pero no habría que desechar del todo la opción de un grandioso suicidio: en el Fedón, que narra sus últimos momentos, Sócrates insiste en que la muerte es una liberación de una larga enfermedad.

En la mañana de su muerte, sus amigos entraron en la prisión para verlo. Allí estaba su esposa. Mientras Jantipa lloraba, Sócrates dijo: «Que se la lleven a casa». Una tierna despedida. Por supuesto, después de morir dejarían entrar otra vez a las mujeres a preparar el cadáver para el entierro. No lo iban a hacer los amigos.' Sócrates pasó el resto del día charlando, probablemente sobre el destino del alma en el más allá. Al oscurecer, un esclavo público machacó la cicuta y la mezcló con agua, bien fueran los frutos o las hojas (de éstas habría hecho falta mayor cantidad). La cicuta posee una neurotoxina que produce parálisis primero en los miembros y luego en el sistema respiratorio y el corazón. El esclavo se lo explicó más o menos así a Sócrates, exceptuando, obviamente, lo de la neurotoxina. Sócrates tomó la copa, miró al esclavo tauredón, «con la fiereza de un toro», y apuró la cicuta sin que le temblara la mano. Dignidad y valor jamás le faltaron a aquel hombre irrepetible.

Sócrates paseó un rato, hasta que notó las piernas insensibles. Después, se acostó y se tapó con una manta, mientras el esclavo le tocaba para comprobar cómo la parálisis se extendía por su cuerpo. Por fin, cuando la rigidez ya le llegaba al vientre, Sócrates se destapó un instante y le dijo a su gran amigo:

-Critón, le debemos un gallo a Asclepio.\$ Pagadlo, que no se os olvide.

Éstas fueron sus últimas palabras. Recuerdo que durante un curso del antiguo COU estuvimos trabajando sobre el Fedón, y el día en que nos tocó traducir este pasaje encendimos una vela en honor de Sócrates. Había algo de broma en ello, pero noté que mis alumnos se emocionaban. En realidad, es casi imposible no conmoverse al leer las últimas líneas del Fedón. Sócrates primero, con su muerte, y Platón después, con su pluma magistral, consiguieron lo que se proponían. Le habían ganado a la democracia ateniense la batalla de la posteridad.

LA SOCIEDAD DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO IV

Esta época se suele considerar como una transición entre el esplendor de la Grecia del siglo v y las brillantes conquistas de Alejandro Magno. Como tal, sería una época menor, definida por la palabra «crisis» en muchos libros sobre el tema. Pero la vida, claro está, seguía adelante. Como siempre, existe una gran asimetría entre lo que sabemos de Atenas y del resto de Grecia. Esa asimetría supera incluso la de otras épocas, pues la sociedad ateniense del siglo iv es una de las más conocidas de la Antigüedad gracias a la abundancia de textos literarios e inscripciones.

Son los discursos políticos y judiciales, sobre todo, los que nos abren una ventana por la que asomarnos a la Atenas del siglo iv. Ya hemos hablado de Lisias, superviviente de la tiranía de los Treinta. Prácticamente contemporáneo suyo fue Isócrates, que sin embargo le sobrevivió más de cuarenta años, pues vivió casi hasta los cien: lo suficiente para conocer de niño a Pericles y de anciano a Filipo. Como la naturaleza no le había dotado de una gran voz, en vez de practicar la oratoria se dedicó a enseñarla. A principios de siglo Isócrates abrió en Atenas una escuela de retórica que él mismo proponía como modelo educativo contra las escuelas filosóficas que se fundaron más tarde. Isócrates, que había vivido todos los horrores de la guerra, desde la epidemia que cayó sobre Atenas cuando tenía siete u ocho años hasta el desastre final, contemplaba con impotencia cómo los griegos seguían empeñados en luchar entre sí. Por eso, una de sus obsesiones era que Esparta y Atenas compartieran la hegemonía, sueño que jamás llegó a cumplir, pues las escasas veces en que se aliaron lo hicieron por temor ante alguna otra potencia, como ocurriría en la batalla de Mantinea.

El orador más conocido de esta época es Demóstenes, cuyo nombre se ha convertido en paradigma de la elocuencia hasta el punto de entrar en los diccionarios de español. De él nos han llegado muchos discursos, tanto pronunciados por él en público como leídos por sus clientes en pleitos privados. Gracias a Demóstenes conocemos aspectos variados de la vida en Atenas que van desde los préstamos al sistema bancario de la época, el funcionamiento de las trierarquías, el mecanismo de las herencias y, por supuesto, todo tipo de fraudes.

Mucha de la información que hemos ofrecido hasta ahora sobre la vida cotidiana (la casa, la familia, el papel de las mujeres) y la política (el funcionamiento de la asamblea y el consejo, los juicios) se basa más en lo que sabemos del siglo iv que en épocas anteriores, peor conocidas. No la repetiré aquí por no ser redundante. Aun así, es interesante observar ciertas tendencias que diferencian el siglo iv de los

anteriores. Para empezar, aunque hay que tomar con precaución las quejas de los autores que tienden a idealizar el pasado, es indudable que el espíritu colectivo que hacía funcionar la polis sufría cierta crisis.

En Atenas, si hacemos caso a Tucídides (2, 53), dicha crisis había empezado durante la epidemia que asoló la ciudad. La enfermedad provocó que la gente buscara el disfrute rápido del placer y la riqueza, pues todo el mundo pensaba que podía morir mañana y la gente no se preocupaba tanto como antes ni de las leyes humanas ni divinas. Aunque Atenas se repuso de aquel mal, luego la guerra la azotó con una calamidad tras otra (muchas, cierto es, buscadas por ella misma). La imagen ideal de la ciudad se tambaleó, y sus habitantes, un tanto decepcionados de los ideales colectivos, se volvieron más individualistas.

No pretendo dar con esto una idea pesimista ni afirmar que los valores de los griegos se hundieron y se sumieron en el caos, como si aquélla fuese una época de decadencia y corrupción, pues en realidad dichos valores empezaron a parecerse más a los nuestros. Por supuesto, podemos pensar que nosotros también nos hallamos en una crisis de valores. Es algo que llevo escuchando desde que era adolescente. Lo que pasa es que cuando uno, como me pasó hace ya mucho tiempo viendo la televisión, oye decir a un barbudo líder comunista que esta sociedad no tiene valores, y a los dos o tres días ve a un obispo tocado con su solideo que afirma lo mismo, piensa: «Aquí falla algo. ¿No será que más que crisis de valores hay sobreabundancia de valores diferentes?».

Para bien o para mal, en las polis del siglo iv emergían también formas nuevas y distintas de ver la vida. Gracias a las enseñanzas de los sofistas, muchos pensaban que la ley ya no era una norma absoluta sino una convención. En cierto modo seguían la consigna de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas».

En literatura, la mezcla de individualismo y escepticismo relativista se reflejó por ejemplo en la valoración que recibió el ya difunto Eurípides, en cierto modo un autor más del siglo iv que del v. Sus personajes discutían sobre las tradiciones e incluso se rebelaban contra ellas, y para hacerlo recurrían a argumentos retóricos. Además, y esto era lo que más escandalizaba a sus coetáneos y apreciaba la posteridad, Eurípides concedía papeles de gran fuerza a las mujeres. Curiosamente, para los atenienses del siglo v era menos obsceno ver a una mujer desnuda desfilando por el escenario en *La paz* de Aristófanes, o incluso a los embajadores espartanos de Lisístrata entrando con bastones metidos bajo la túnica para simular una descomunal erección, que oír a Medea expresando su amor y su despecho

contra Jasón. Pero, como digo, los gustos fueron cambiando y a Eurípides se le hizo justicia. Es difícil saber si este comentario de Aristóteles es una crítica o una alabanza: «Sófocles representa a los humanos como deberían ser, y Eurípides como son».

Una consecuencia inesperada de la Guerra del Peloponeso fue que en las ciudades, despobladas de hombres por las muertes o las ausencias, las mujeres cobraron más protagonismo (algo parecido a lo que ocurrió tras la Segunda Guerra Mundial), y con ellas los ideales familiares. Un autor representativo en este sentido es Menandro, que escribió sus comedias ya en las últimas décadas del siglo iv. Por los escasos textos que se conservan de él y por la influencia que tuvo en autores romanos como Plauto y Terencio, sabemos que trataba temas cotidianos, lejos de la política ciudadana que centraba los intereses de Aristófanes. El mundo de Menandro era más pequeño, pero también más cercano a nosotros, y en él los sentimientos cobraban mayor importancia. Sobre todo, se trata unos sentimientos que nos resultan más cercanos, como el amor dentro del matrimonio y de la pareja en general. También es cierto que en Menandro había elementos que no pueden calificarse de realistas: hijos abandonados cuya identidad se descubre al final de la obra, encuentros casuales, bellas muchachas raptadas, amantes separados, etc. En realidad, se trataba de ingredientes de aventura y evasión típicos de una cultura cada vez más individualista, y que con el tiempo, ya en la Época Helenística, dieron origen a la novela, un género literario que se «consumía» en solitario y que habría resultado impensable en la sociedad griega del siglo v.

El individualismo también tuvo sus manifestaciones en filosofía. La más extremada fue el cinismo, y su muestra más peculiar y casi folclórica fue el famoso Diógenes. Este hombre había nacido en Sínope, una colonia griega situada en la costa sur del mar Negro. Su padre, Hicesias, era un banquero, lo que en la Antigüedad significaba trabajar sobre todo como prestamista y cambista. Pero Hicesias también tenía una ceca donde acuñaba dinero. Alguien los acusó a él y, sobre todo, a su hijo de borrar el cuño de las monedas. Si en verdad Diógenes lo hizo, me pregunto si fue una protesta política, si pretendía quedarse con las limaduras de oro o si acaso había empezado ya su cruzada contra las convenciones sociales con esta muestra de gamberrismo. Como castigo, los sinopenses lo desterraron, y él se estableció en Atenas hacia el año 460, y luego se trasladó a Corinto.

Diógenes llevó al extremo la conducta exterior de Sócrates. Si éste se hacía llamar «tábano» porque picaba a los amigos, él era el «perro» porque les mordía. Metafóricamente, claro. Como perro en griego se dice kynós, sus seguidores eran

llamados los kynikoí, de donde procede nuestro término «cínico». Vestía sólo un manto, iba descalzo y no abusaba del lavado, en todo lo cual también imitaba a Sócrates. Pero éste al menos tenía casa, mientras que Diógenes, para demostrar lo poco que se necesitan los bienes materiales, vivía en un tonel. Usaba un cuenco de madera para beber en la fuente, hasta que vio a un crío que lo hacía con las manos y se dio cuenta de que incluso el cuenco era un lujo superfluo. Se cuenta que hacía sus necesidades en público (¿levantaría la pierna al orinar?) y que al guna vez también se masturbó a la vista de la gente, aunque tal vez aquí los anecdotistas se dejaron llevar por el personaje. La típica imagen de Diógenes lo muestra con una lámpara buscando a un hombre de verdad. Es de suponer que se refería a alguien no contaminado por las convenciones humanas. En cierto modo, Diógenes debía ser el antiprotágoras.

Pero no todo era intimismo e individualismo en la sociedad del siglo iv. En el resto de Grecia la stásis o lucha de clases, como queramos llamarla, seguía causando estragos, más agravados aún por el empobrecimiento provocado por la larga guerra. El juramento que impuso Filipo al formar la liga de Corinto, ya en la segunda mitad de siglo, es revelador: los estados miembros debían mantener sus constituciones tal como estaban y renunciar a medidas revolucionarias como la abolición de deudas o el reparto de tierras (la eterna cuestión de la reforma agraria, que en Esparta siguió coleando durante el siglo in). Es evidente que las normas nunca prohíben acciones que no se le pasan por la cabeza a nadie, sino aquellas que se pueden llevar a cabo. Por eso, el mencionado juramento nos da un indicio, aunque sea en forma negativa, de cuáles eran las inquietudes sociales de la Grecia continental.

Los atenienses, pasados los terribles momentos de los Treinta, lograron evitar de nuevo las guerras civiles que asolaron otras ciudades. En la Atenas del siglo iv seguían siendo conscientes de que vivían en una polis y de que el mayor problema de una comunidad tan grande era la convivencia, por lo que no dejaron de aprobar medidas para evitar los conflictos.

Cierto es que las diferencias de clase continuaron existiendo e incluso se agravaron, pero también sufrieron una transformación. Si antes los nobles Eupátridas se hallaban en un lado de la balanza y todos los demás grupos sociales en el otro, incluyendo quienes se habían enriquecido con su trabajo, en el siglo iv la situación cambió. Básicamente, la sociedad se polarizó entre la clase litúrgica (los ricos, para entendernos) y los pobres.

¿Cuántos atenienses tenían suficiente patrimonio como para que el Estado

les obligara a desempeñar los servicios públicos de los que hablamos en su momento, las denominadas liturgias? Había unos 1.200 ciudadanos sujetos tanto a estos impuestos como a los que se recolectaban de forma extraordinaria. Durante el siglo iv se agrupó a esos ciudadanos adinerados en un sistema colectivo denominado *symmoríai* que primero fue ron 100 y luego se redujeron a 20. En cada *symmoría* había tres ciudadanos más ricos que los demás, los que superaban un patrimonio de cuatro talentos: a ellos les correspondía adelantar cada año el total de impuestos de su *symmoría*, y luego -por la cuenta que les traía- recaudar su cuota a cada uno de los miembros. Indro Montanelli ve esto como un síntoma de corrupción y desinterés de la ciudadanía (Montanelli, 1980, p. 212). Más bien parece síntoma de que Atenas había perdido su dinero y tenía que reorganizar sus finanzas de otro modo y apretarse el cinturón. Lo cierto es que los ricos, aunque fuese a regañadientes, pagaban.

De alguna manera, el sistema de las *symmoríai* había unificado a la gente más acomodada en una sola clase. Dentro de cada *symmoría* convivían nobles terratenientes que remontaban su riqueza a un pasado casi mítico con otros ciudadanos que habían hecho fortuna gracias a métodos menos tradicionales, como el comercio o la manufactura (hablar de industria puede sonar un poco pretencioso en esta época). Estos últimos, a los que en el pasado se había contemplado con el desdén con que la vieja aristocracia mira siempre a los nuevos ricos, consiguieron en cierto modo la respetabilidad que buscaban. No obstante, incluso los que hacían fortuna comerciando o especulando procuraban invertir en tierras cuando tenían ocasión, pues seguía considerándose la forma más prestigiosa de riqueza y propiedad.

El ejemplo más llamativo es el de Pasión. Este hombre empezó como esclavo trabajando en un banco del Pireo. Cuando su amo murió, heredó de él el banco y la esposa, pues por expreso deseo del finado se casó con su viuda.¹⁰ Convertido en meteco, invirtió tanto dinero en la ciudad que se le recompensó con la ciudadanía ateniense. Esto habría sido impensable en el siglo pasado, pero ahora Atenas andaba demasiado justa de dinero como para hacer remilgos. Una vez convertido en ciudadano, Pasión invirtió en tierras, de tal manera que cuando murió le dejó a su hijo Apolodoro fincas por un valor de 20 talentos.

Gracias a los miembros de la clase litúrgica y a las diversas reformas fiscales del siglo iv, Atenas pudo reconstruir en buena medida su flota, hasta el punto de que a partir del año 390 dominó de nuevo el Egeo y reconstruyó sus murallas (con cierta ayuda del oro persa, como veremos). También mantuvo su sistema de dietas para jurados y consejeros y las pa gas para asistir al teatro (el *theorikón*, que se

convirtió en una especie de subsidio social para los pobres). Incluso fue un paso más allá cuando un tal Arrigio introdujo a principios de siglo una dieta de un óbolo para los ciudadanos que acudían a la asamblea. Este estipendio subió pronto a dos óbolos y luego a tres, una cifra pequeña pero que ya animaba a la participación de los ciudadanos más humildes en el gobierno de la ciudad.

De este modo, en Atenas la democracia se mantuvo prácticamente durante todo el siglo, y cuando se vio en problemas fue por intervenciones exteriores, no porque el sistema no funcionase de forma correcta. Muchos críticos con la democracia ateniense han señalado ciertas contradicciones en ella; sobre todo que sus ciudadanos disfrutaban de todos sus derechos porque oprimían a los «súbditos» de su imperio. Como ya comenté, esos supuestos súbditos obtenían beneficios económicos por el hecho de pertenecer a la Liga de Delos. Pero, además, hay que señalar que cuando Atenas perdió su imperio en el siglo iv, la democracia sobrevivió e incluso se consolidó.

Atenas siguió siendo un foco de atracción cultural. El famoso desencanto que sentía Platón por la democracia y que mencionan todos sus biógrafos no le impidió, después de su autoexilio en Mégara y Siracusa, volver a su patria y fundar una escuela de filosofía en el año 387. Puesto que la instaló en un bello paraje situado en las afueras de la ciudad y consagrado al héroe tradicional Academo, la escuela fue conocida como «Academia». Esta institución era una especie de universidad de la época, en la que aparte de filosofía se estudiaban astronomía y matemáticas, campos de la ciencia que también interesaban mucho a Platón.

La Academia competía con otra escuela fundada por Isócrates en la que se enseñaba sobre todo retórica. Los métodos de Isócrates y Platón eran completamente opuestos, pues el primero defendía enseñanzas concretas y prácticas, mientras que el filósofo se movía en terrenos abstractos y teóricos. La rivalidad hizo que ambos se atacaron mutuamente en sus escritos con mayor o menor sutileza. Hay que decir que para Isócrates la retórica no consistía tan sólo en una forma de convencer con artificios, sino que era muy importante el contenido del discurso: jamás alardeó de convertir el razonamiento injusto en justo o lo blanco en negro, algo de lo que habían llegado a jactarse algunos sofistas.

Varias décadas después, en el año 336, el más brillante de los discípulos de Platón, Aristóteles, fundó su propio centro de enseñanza en otro gimnasio, el Liceo. Allí Aristóteles y sus discípulos estudiaron lo divino y lo humano, literalmente: zoología, botánica, física, metafísica," teoría literaria, política teórica y práctica. Uno de los trabajos que Aristóteles y sus discípulos llevaron a cabo fue recopilar las

constituciones de numerosas ciudades. Esos textos nos habrían ayudado a comprender mucho mejor la historia de otras polis griegas, pero por desgracia sólo nos ha llegado la de Atenas, y casi por azar.

Aristóteles fue uno de los mayores intelectos de la historia, sin la genialidad literaria de Platón, pero más moderado y dispuesto a comprender a los hombres como eran y no como él quería que fuesen. Su pensamiento, por supuesto, sufría limitaciones. En política, no veía mucho más allá de la ciudad estado, a pesar de que su propio discípulo Alejandro estaba trascendiendo los límites de la polis y sellando su final. Sus ideas sobre las mujeres y las razas inferiores -todas, menos la griega- no le ganarían hoy un puesto en ninguna comisión de derechos humanos.

Sobre todo, su concepción del universo, desarrollada por otros autores, supuso varios siglos de atraso. Pero no era culpa suya que durante tanto tiempo otros tomaran su pensamiento casi como una verdad revelada: si él hubiera nacido en el Renacimiento, estoy convencido de que habría desarrollado un sistema heliocéntrico.

LOS GRIEGOS OCCIDENTALES

En el año 413, como ya vimos, los siracusanos obtuvieron una victoria aplastante sobre el enemigo invasor, los atenienses. Para ellos fue en cierto modo inesperada, ya que la campaña no había empezado con buenos auspicios. Tal vez la angustia que pasaron durante el asedio explique por qué su conducta con los prisioneros de guerra fue tan bárbara.

Los problemas no cesaron cuando desapareció la amenaza ateniense. Poco después, en 409, los cartagineses, que no habían vuelto a representar un peligro desde la batalla de Hímera, invadieron la isla. Esta vez actuaron con mucha más brutalidad, pues destruyeron ciudades como Hímera, Selinunte o Agrigento, y causaron una auténtica matanza entre sus habitantes, lo que provocó oleadas de refugiados. La invasión se repitió en 406, con idénticos resultados.

Un personaje supo sacar provecho de esta situación tan grave: Dionisio, conocido en la historia como «el Viejo», que se convirtió en tirano de Siracusa aboliendo la democracia. Durante su gobierno guerreó en diversas ocasiones contra los cartagineses, en general con éxito. Sin embargo, aunque logró recuperar el dominio de la región oriental de Sicilia, nunca consiguió expulsar de su extremo occidental a los púnicos, que se aferraban a él como lapas.

Con Dionisio la ciudad de Siracusa, que había perdido mucho desde los tiempos de Hierón y Gelón, volvió a crecer, gracias a los refugiados que acudieron allí tras la destrucción de sus ciudades. Dionisio concedió la ciudadanía siracusana a muchos de ellos, así como a los llamados «cilirios» (campesinos que trabajaban las tierras en régimen de servidumbre), pero a cambio de convertirlos prácticamente en sus clientes políticos. Como se ve, nuestro tirano era de los que aseguraban la poltrona al suelo con gruesos tornillos.

Para evitar nuevos asedios, Dionisio hizo fortificar la meseta de las Epípolas, y también reforzó las murallas de la isla de Ortigia, donde se construyó un castillo casi tan inexpugnable como el de Sauron en Mordor. A la vez que llevaba adelante sus guerras contra los cartagineses, le quedó tiempo para inmiscuirse en la política del sur de Italia. Primero se apoderó de Regio, al otro lado del estrecho de Mesina, con lo que logró controlar ambas orillas. Después su influencia llegó cada vez más lejos, hasta el mar Adriático y la costa del Epiro, donde restauró a su amigo Alcetas en el trono. También participó en las luchas internas de Grecia continental, apoyando a los espartanos en sus guerras.

Dionisio era el paradigma del tirano desconfiado, o al menos ese papel le atribuyó la tradición griega. Cuando lo afeitaban, por temor a que le cortaran con la navaja, ordenaba que le quemaran los cabellos con carbones o cáscaras de nuez candentes. Todo el que pasaba a su presencia, por más íntimo que fuera, tenía que desnudarse por completo delante de la guardia para demostrar que no llevaba armas.

La anécdota más conocida sobre él es la de Damocles, un cortesano que le dijo al tirano algo así como «¡Qué bien vives!». Dionisio, que tenía un humor muy peculiar, le cedió su puesto por un día y le hizo recostarse en el lugar de honor durante la cena. Damocles se estaba poniendo morado, como era de esperar ante tan suculentos manjares, pero de pronto reparó en que la gente no le miraba a los ojos al hablar, sino que fijaba la vista en algún punto situado encima de su frente (¡qué nerviosos nos ponemos cuando nos hacen eso!). Damocles levantó la mirada y vio que sobre su cabeza colgaba una espada, sujeta del techo por un solo pelo de crin. «Si quieres ser tirano», le dijo Dionisio, «tendrás que aguantar esa amenaza sobre ti noche y día». A Damocles se le atragantó la cena, y no se quedó tranquilo hasta que no abandonó el diván.

No todos los autores griegos eran hostiles a Dionisio. Su contemporáneo Isócrates lo alabó en algún discurso, pues veía en él a ese líder panhelénico que llevaba tanto tiempo buscando para unificar Grecia y luchar contra los bárbaros.

Dionisio el Viejo murió en el año 367, y le sucedió en el poder su hijo, Dionisio el joven (como era de esperar: ¿para qué complicarse con los motes?). Al principio de su mandato, su mentor Dión, que también era su cuñado, hizo venir de Atenas a Platón. Dión sentía una gran admiración por el pensador ateniense y quería que influyera en el joven Dionisio para hacerlo más virtuoso. La relación entre el tirano y el filósofo fue bastante tormentosa. Platón intentaba convertir a Dionisio en el gobernante ideal, pero se estampó de narices con la realidad, tanto en esa ocasión como en un segundo viaje que hizo a la isla.¹³ Por su parte, Dión, al que su cuñado había desterrado, volvió a la isla aprovechando una ausencia del tirano y se apoderó de Siracusa en el año 357. Pero fue asesinado por uno de sus amigos tres años después (lo que demuestra que no sería tan amigo), y eso permitió que Dionisio el joven recobrara el poder.

Mientras todo esto ocurría, las diversas ciudades de Sicilia se habían aprovechado del vacío de poder para independizarse de Siracusa y crear sus propias tiranías. Ante la amenaza de que los cartagineses iniciaran una nueva guerra, los siracusanos pidieron ayuda a Corinto, su antigua metrópolis. Los corintios les enviaron a un general profesional, Timoleón, que desembarcó en la isla con un contingente de mercenarios en el año 344. En cuestión de poco tiempo Timoleón derrocó a Dionisio el joven y a los demás tiranos de Sicilia, y después venció a los cartagineses en la batalla del río Crimiso.

Según ciertas fuentes, Timoleón restableció la democracia en Siracusa y otras ciudades, pero parece que esta supuesta democracia era tan moderada que casi podría catalogarse de oligárquica. En cualquier caso, consiguió pacificar la isla e hizo venir a muchos colonos de Grecia continental que repoblaron las ciudades destruidas durante las guerras anteriores, como Gela o Agrigento. Sicilia conoció una nueva prosperidad, que en el registro arqueológico se verifica por el hallazgo de numerosas monedas corintias de la época. Timoleón abdicó de su cargo como general plenipotenciario en el año 337, supuestamente porque se había quedado ciego. En agradecimiento, cuando murió, los siracusanos lo enterraron en su ágora.

Pocos años después tomó el poder en Siracusa otro aventurero, Agatocles, que se adueñó de toda Sicilia. Agatocles, que llegó a coronarse rey, cruzó a África por primera vez para llevar la guerra a territorio cartaginés y se involucró en las luchas entre los monarcas helenísticos que sucedieron a Alejandro. A su muerte, en 287, los mamertinos, mercenarios de Campania a los que había contratado para sus guerras, se apoderaron de Mesana, en la zona del estrecho entre Italia y Sicilia. Los problemas que causaron estos mamertinos en la isla llevaron a la larga a la intervención de Roma en Sicilia y a la Primera Guerra Púnica.

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA

Regresamos a la «auténtica» Grecia. Toda la primera mitad del siglo iv es una pesadilla para el estudiante de Historia de Grecia, del mismo modo que lo es intentar aprenderse la política de alianzas de Bismarck. Apenas se habían asentado las cenizas de las últimas batallas de la Guerra del Peloponeso cuando los contendientes ya estaban de nuevo enzarzados en el combate. Sólo que las alianzas más o menos estables de las décadas anteriores ahora empezaron a cambiar, a tal velocidad que me imagino a un ateniense antes de votar en la asamblea preguntándole al que tenía al lado: «¿Y ahora con quién vamos?».

Esparta, como hemos visto, resultó triunfadora de la guerra por muchos motivos. No sólo venció oficialmente, sino que no sufrió la menor destrucción en su territorio y además perdió pocas tropas en comparación con otros estados. Pero convertirse en el centro de un nuevo imperio suponía ciertas obligaciones y compromisos para los que Esparta, simplemente, no valía. La supuesta liberación del Egeo, como ya hemos visto, consistió en imponer regímenes oligárquicos recurriendo al terror (actividad que a Lisandro, en concreto, se le daba de maravilla). Por otra parte, Esparta había llevado la contraria a sus aliados más importantes, Tebas y Corinto, cuando le pidieron la destrucción de Atenas. En esto hay que alabar la prudencia de los espartanos, pero luego tampoco supieron contentar a tebanos ni corintios en otras peticiones más razonables. Todo el botín y el poder obtenidos gracias a la victoria fueron para Esparta, lo que provocó el resentimiento de sus dos aliados.

Por otra parte, Esparta no tardó en verse en problemas con otro socio aún más poderoso que la había financiado durante los últimos años de conflicto: Persia. ¿La razón? Un conflicto entre hermanos.

En el año 404 murió el rey Darío II (también conocido como Oco), que había gobernado durante cerca de veinte años. Le sucedió su hijo Artajerjes, quien enseguida tuvo que enfrentarse con las consabidas sublevaciones. En este caso, el primer rebelde fue su hermano menor, Ciro el joven, que se había hecho prácticamente independiente en Asia Menor. Apenas subió al trono, Artajerjes ordenó a Ciro que acudiera a Susa, donde estuvo a punto de ejecutarlo. Si no lo hizo fue porque intervino la madre de ambos, Parisatis. Si Artajerjes hubiera obedecido a su instinto y hubiese liquidado a Ciro, se habría ahorrado muchos problemas: en las dinastías orientales no había ni familiares ni amigos que valieran (en las occidentales, a veces tampoco).

De vuelta a Asia Menor, Ciro se juró a sí mismo que jamás volvería a depender de la clemencia de su hermano, y organizó un ejército con la excusa de luchar contra la tribu de los pisidios. También pidió ayuda a Esparta, que se hallaba en deuda con él, pues Ciro había financiado personalmente la flota lacedemonia que había conseguido derrotar a la ateniense. Para no ofender a Artajerjes, Esparta no intervino directamente, sino que «permitió» que muchos mercenarios espartanos se alistaran en el ejército que estaba reclutando Ciro. Si éste vencía, habría un Gran Rey amigo de Esparta. Si era derrotado, siempre podrían encogerse de hombros y decir: «¡Ah, ese muchacho actuó por su cuenta!». También formaban parte de aquel ejército soldados de Arcadia, Beocia, Acaya, Tesalia y muchos otros lugares, entre otros Atenas. Grecia se había convertido en una cantera casi inagotable de mercenarios.

Una vez reunido su ejército, Ciro se puso en marcha hacia el interior de Turquía. El contingente griego estaba a las órdenes de un espartano de áspero carácter, llamado Clearco, el único que conocía los auténticos planes de Ciro. Cuando llegaron a Iso, un estrecho paso que llevaba hacia Siria, los mercenarios se dieron cuenta de que no se trataba de una simple expedición de castigo en la zona controlada por Ciro. Empezaban a adentrarse en territorio desconocido, en pleno corazón del imperio, y muchos quisieron plantarse allí. Tan sólo la promesa de más paga y más botín los animó a seguir adelante.

Unos meses después, el ejército de Ciro llegó a Cunaxa, a escasas jornadas de marcha de Babilonia, mucho más lejos de lo que ningún ejército griego se había adentrado jamás en tierras asiáticas. Allí se libró una gran batalla entre las tropas de ambos hermanos. Al principio, la suerte sonrió a Ciro, pues cuando la infantería griega cargó contra la persa, ésta puso pies en polvorosa. Pero Ciro se dejó llevar por el entusiasmo y, al frente de su caballería, cabalgó hacia la zona donde estaba Artajerjes. Supuestamente llegó a golpearlo y le hirió a través de la coraza -la fuente, Ctesias, no es muy fiable-, pero en ese momento alguien le clavó una flecha en el ojo y Ciro cayó muerto.

Conociendo ya el desenlace de la historia, se puede criticar la temeridad de Ciro. Pero Alejandro Magno actuó igual que él una y otra vez, con la diferencia de que siempre se las arregló para salir vivo. Que un general luchara al frente de sus tropas era muy arriesgado, sin duda, pero a cambio la moral de sus combatientes se multiplicaba.

Tras la batalla, los griegos habían quedado victoriosos, pero sin causa por la que combatir y, sobre todo, sin jefe que les pagara el sueldo. En aquel momento

intervino Tisafernes, el sátrapa persa al que ya vimos tratando con Alcibíades en la última fase de la Guerra del Peloponeso. Tisafernes no se había dejado embaucar por Alcibíades, lo cual demuestra un mérito: era incluso más retorcido que el ateniense. Ahora, invitó a Clearco y a los demás generales griegos a su tienda para llegar a un acuerdo con ellos, y una vez allí hizo que los mataran a traición. Desde el punto de vista antiguo, lo que había hecho Tisafernes era el peor de los sacrilegios y la mayor de las vilezas.

El ejército de los Diez Mil se encontró de pronto sin jefes, y el desánimo cundió entre ellos. Si hacemos caso a Jenofonte, que viajaba en la expedición invitado por un amigo llamado Próxeno, fue entonces cuando él mismo tomó las riendas del ejército junto con un espartano llamado Quirísofo. Probablemente Jenofonte exageró un poco su protagonismo, pero se le puede disculpar a cambio de la Anábasis, la brillante memoria de aquella expedición. Sabiendo que el camino por el que habían venido se hallaba plagado de tropas persas y que además tendrían difícil conseguir provisiones, los griegos se dirigieron hacia el norte siguiendo el curso del Tigris hasta Armenia. Durante el camino fueron acosados constantemente por los persas y por las tribus del lugar. Aquel ejército, compuesto sobre todo por hoplitas, tuvo que adaptarse a nuevas formas de combatir. Hay un ejemplo significativo en la Anábasis (3,3, 16), cuando Jenofonte y Quirísofo tienen que convencer a algunos hoplitas rodios para que combatan con sus hondas como tropas de infantería ligera: los tiempos cambiaban, y un ejército necesitaba tácticas más flexibles y cuerpos especializados si quería sobrevivir.

En la escena culminante de la Anábasis (4, 7, 24), que todos los estudiantes de griego han traducido, los mercenarios llegan a un monte, y al coronarlo encuentran ante ellos el mar Negro. Mientras los primeros que lo ven se abrazan, un grito corre por sus filas: «Thálatta, thálatta!», «¡el mar, el mar!». Aquí Jenofonte consigue transmitir una emoción que cruza una barrera de dos mil cuatrocientos años para seguir erizándonos la piel de los brazos.

De este modo, aquel contingente de mercenarios regresó a Grecia casi intacto. Había demostrado que un ejército griego podía internarse en el Imperio persa y salir de allí prácticamente intacto pese a no tener guías. A partir de ese momento, los helenos miraron con otros ojos a los persas. La idea de invadirlos y apoderarse de sus riquezas empezó a germinar en sus mentes, aunque todavía tardaría muchos años en madurar.

Aunque Esparta podía alegar que no se había involucrado oficialmente en la campaña, los persas no se tragaron el anzuelo. Una vez muerto Ciro, Artajerjes

envió a Tisafernes a Asia Menor para que hiciera efectivo el dominio persa sobre las ciudades jonias. Los espartanos, a su vez, mandaron tropas a enfrentarse contra él. Allí destacó un nuevo rey, ya talludito, que había sucedido a su hermanastro Agis.¹⁴ Era Agesilao, un soberano activo, ambicioso y buen general, en la línea del antiguo Cleómenes. Curiosamente, era cojo: si los espartanos hubiesen sido realmente tan duros en sus prácticas de eugenesia, los ancianos habrían abandonado a Agesilao en los barrancos del monte Taigeto. No fue así, y con su pierna tullida recorrió mil caminos y luchó en mil batallas: cuando murió a los ochenta y cuatro años aún seguía mandando tropas. Jenofonte, gran admirador de Agesilao, escribió su vida y, en cierto modo, inauguró así el género de la biografía que otros autores clásicos practicarían después.

Luchando en tierra contra los espartanos, entre los que combatían muchos veteranos de los Diez Mil, los persas sufrieron un fracaso tras otro. (Una de estas derrotas, por cierto, le costó a Tisafernes la ejecución. Algunos acaban como se merecen). Por fin, los persas decidieron luchar por mar. En muy pocos años, la tortilla había dado la vuelta: ahora el Gran Rey recurrió a un ateniense, Conón, el superviviente del desastre de Egospótamos. La ironía fue incluso mayor, pues en Grecia continental se formó una nueva alianza en la que se unieron viejos rivales de Esparta, como Atenas y Argos, con otros nuevos como Tebas y Corinto. Argos y Corinto incluso se fundieron en una sola polis de efimera vida.

La guerra en Grecia atravesó por varias alternativas. En una primera batalla, la nueva coalición derrotó a Esparta. La ciudad reclamó a Agesilao, que tuvo que regresar de Asia Menor a marchas forzadas en tan sólo treinta días. En Coronea, en pleno territorio beocio, el rey espartano logró derrotar a la nueva coalición, aunque no consiguió una victoria definitiva. Y mientras tanto, en la costa sur de Jonia, la flota persa mandada por el ateniense Conón logró bloquear a la flota espartana y la destruyó en la batalla de Cnido. La efimera talasocracia de Esparta llegó a su fin aquel día, tan sólo diez años después de su victoria en Egospótamos.

Conón fue recibido como un héroe en Atenas, y nadie pareció recordar que en realidad se trataba de un mercenario al servicio del Gran Rey, contra el que tantas veces habían luchado. Pero ya entonces la política, sobre todo la internacional, creaba extraños compañeros de cama. Gracias a los fondos persas, los atenienses reconstruyeron los Muros Largos. Casi podían fingir que lo de Egospótamos no había sucedido.

Este conflicto, conocido como Guerra de Corinto, todavía se alargó unos cuantos años más. Aunque Esparta había perdido su imperio en el Egeo y había

dejado de ser una potencia marítima, después de la batalla de Cnido ningún bando consiguió victorias definitivas sobre el otro. Los espartanos decidieron volver al redil y entraron en negociaciones con Artajerjes, que además desconfiaba de que los atenienses recuperaran demasiado poder. Así, en el año 386 se firmó la llamada Paz del Rey, conocida también como de Antálcidas por el nombre del negociador espartano.

Según las cláusulas de este tratado, Corinto y Argos se separaron, y la primera, que había conocido un interregno democrático, volvió a caer en manos de una oligarquía partidaria de Esparta. Tebas tuvo que disolver la confederación de Beocia, que encabezaba desde que derrotara a los atenienses en el año 446 en la batalla de Coronea. Por su parte, Atenas renunciaba a dominar el Egeo -al menos, así lo firmó-. ¿Y Esparta? Obviamente, algo tenía que ofrecer a los persas. A cambio de condiciones muy ventajosas en Grecia continental, abandonó a su suerte a las ciudades de Asia Menor, que volvieron a manos de los persas, al igual que la isla de Chipre. Como vemos, pese a la debilidad que había demostrado ante el ejército de los Diez Mil, el Imperio persa era ahora el árbitro de Grecia, y Artajerjes jugaba con las polis griegas como si fueran piezas de ajedrez.

Aunque había perdido toda posibilidad de dominar los mares, y pese al revés sufrido ante las tropas ligeras de Ificrates, Esparta seguía siendo invencible en campo abierto y así lo demostró durante los años siguientes. En el año 385 los lacedemonios arrasaron la ciudad de Mantinea, vieja aliada que se les había desmandado, y deportaron a su población. Tres años después Agesilao entró en Tebas, que se negaba a disolver la confederación beocia tal como estipulaba la Paz del Rey, e impuso esa disolución por la fuerza. Para evitar que los tebanos volvieran a las andadas, el rey espartano expulsó de la ciudad a todos los partidarios de la democracia, instauró en el poder a los oligarcas y, con la complicidad de éstos, dejó una guarnición militar en la ciudad. Para ello no eligió cualquier sitio, sino la Cadmea, una fortaleza sagrada que debía su nombre a Cadmo, hermano de la princesa fenicia Europa y fundador mítico de Tebas. Era como si Agesilao hubiese quitado a los atenienses su Acrópolis, una provocación en toda regla. Desde aquel momento el resentimiento de los tebanos contra Esparta, su antigua aliada, no dejó de crecer.

Cierto es que el rey espartano Agesilao cobijaba un resentimiento similar contra Tebas. Antes de cruzar a Asia, en el año 397, había intentado hacer un sacrificio en Áulide, un promontorio situado en la costa oeste del estrecho de Euripo, que separa Grecia de la isla de Eubea. Al hacerlo, pretendía imitar a Agamenón, que en el mismo lugar había ofrendado a su hija Ifigenia para conseguir vientos propicios y navegar hasta Troya. Agesilao no pretendía sacrificar víctimas

humanas, pero en cualquier caso no pudo terminar el ritual. Los tebanos, que en aquel momento controlaban la zona de Áulide, se lo impidieron. El rey espartano jamás les perdonó aquella humillación.

Tres años después de que los lacedemonios tomaran la Cadmea, Pelópidas, uno de los demócratas tebanos que se había exiliado en Atenas, volvió a la ciudad en secreto. La forma en que acabó con la guarnición espartana de la Cadmea suena un tanto novelera y recuerda un relato similar en Heródoto fechado en las Guerras Médicas. Los jefes espartanos estaban disfrutando de un buen banquete y, cuando ya se encontraban algo más que achispados, pidieron: «¡Que entren las chicas!». Las supuestas chicas eran jóvenes tebanos disfrazados de mujer, que llevaban cuchillos bajo sus túnicas y aprovecharon la borrachera de los oficiales espartanos para rebanarles el gaznate. Al mismo tiempo, otros ciudadanos atacaron la Cadmea, y el resto de la guarnición se rindió y fue expulsada de Tebas. Cuando aquellos hombres llegaron a Esparta, los ejecutaron: aunque los tiempos hubieran cambiado en ciertos aspectos, había cosas que un espartano no podía hacer, y entre ellas estaba rendirse por las buenas.

En aquel momento, Atenas se dedicaba a organizar otra alianza marítima conocida como la Segunda Liga. Los atenienses habían aprendido de las lecciones del pasado, y ahora sus metas eran más humildes. En primer lugar, la nueva alianza tenía poco más de 60 miembros. En segundo lugar, sus estatutos impedían de forma explícita que se convirtiera en un nuevo imperio. Las ciudades firmantes conservaban sus propios regímenes políticos, y Atenas se comprometía no sólo a no instalar colonias en los territorios aliados, sino a que sus ciudadanos no compraran terrenos en ellos. Eso evitaba abusos como los que se habían producido en la primera Liga de Delos, cuando muchos atenienses se hicieron ricos especulando en tierras en la isla de Eubea y otros lugares del Egeo como si fuera la Costa del Sol. El tributo se mantenía, pues la alianza necesitaba fondos para mantener la flota, pero era más reducido y además recibía otro nombre para que no recordara al impopular *phóros* del pasado. ¿No suena a política actual eso de cambiar los nombres pero mantener las realidades?

En un par de años, los atenienses lograron derrotar en el mar a Esparta y recuperaron el control sobre el norte del Egeo, y en particular sobre el Helesponto, la zona que más les interesaba para asegurarse el suministro de trigo del mar Negro. Aliados con Tebas, presionaron a Esparta tanto que ésta tuvo que firmar una nueva tregua con ellos en el año 375, por la que reconocía la Segunda Liga y retiraba las guarniciones lacedemonias que aún permanecían en diversas ciudades de Beocia.

Los tebanos aprovecharon para formar de nuevo la confederación que el rey Agesilao había disuelto. Las hostilidades se reanudaron (los lectores se preguntarán, con razón, si es que se interrumpían alguna vez), con enfrentamientos navales en el mar Jónico en los que Dionisio el Viejo auxilió a los espartanos. Como ningún bando obtenía una ventaja clara, en el año 371 los contendientes se reunieron para firmar una nueva paz. Atenas la rubricó, y Tebas se ofreció a hacerlo en nombre de la confederación beocia. Pero los espartanos, y en particular el rey Agesilao, se negaron: esa confederación tenía que disolverse, para que cada ciudad de Beocia -Tespias, Lebadea, Queronea, etc.- firmase la paz por separado. Los tebanos y el resto de los beocios se negaron.

Por supuesto, conociendo la política griega, cuando hablamos de «los tebanos» o «los beocios» no nos referimos a todos, sino a la facción dominante en cada momento. En aquel entonces, tras el golpe de Pelópidas contra los espartanos en la Cadmea, eran los demócratas quienes controlaban Tebas, y habían conseguido extender el mismo régimen a casi toda la región, salvo las ciudades de Oropo y Orcómeno. Eso explica por qué la misma ciudad que en el año 404 había pedido la destrucción de Atenas era ahora su aliada: en realidad, quienes deseaban aniquilar a los atenienses eran los oligarcas tebanos, mientras que para el bando demócrata Atenas representaba el aliado natural.

Con todo, entre ambos pueblos reinaba siempre cierta desconfianza. Los atenienses se burlaban de los tebanos, a los que consideraban unos destripaterrones y unos palurdos. Ahora, los dejaron solos ante Esparta. Según Jenofonte, incluso se frotaban las manos pensando en que Tebas pagaría por fin el diezmo que debía a las demás ciudades griegas ¡desde las Guerras Médicas!

En esta ocasión no fue Agesilao quien marchó a la guerra. El rey, que tenía casi setenta y cinco años, había sufrido hacía poco una grave enfermedad en su pierna sana, probablemente una flebitis. Los médicos, como era habitual en la época, recurrieron al sangrado, pero luego no pudieron contener la hemorragia y Agesilao perdió tanta sangre que estuvo a punto de morir. Como no estaba para esos trotes, la ciudad envió al otro rey, Cleómbroto, al mando de un ejército de 10.000 hombres que incluía a 700 espartanos de élite. Si todo hubiera salido según el guión previsible, mi relato habría sido éste: los espartanos derrotan a los tebanos, los espartanos entran en Tebas e instauran una oligarquía, los demócratas tebanos supervivientes huyen a Atenas, cuando los espartanos regresan a su ciudad los demócratas tebanos vuelven e intentan dar un golpe, etc.

Pero de vez en cuando aparece alguien a quien no le gusta el guión y decide

introducir cambios en él. En el año 371, ese alguien fue Epaminondas.

EPAMINONDAS Y LA HEGEMONÍA TEBANA

De Epaminondas se sabe menos que de otros personajes de la época, ya que la biografía que Plutarco le dedicó se ha perdido. Debió nacer entre 415 y 405, de una familia noble de Tebas que, si hacemos caso a su biógrafo Cornelio Nepote -y tendremos que hacerle caso, porque es lo que hay-, se había empobrecido. No obstante, pudo ofrecerle una educación refinada, en la que destacó la influencia del filósofo pitagórico Lisis de Ta rento. Influido por sus enseñanzas, Epaminondas se convirtió prácticamente en un asceta, que ejercitaba su cuerpo con dedicación tanto para purificar la mente como para convertirse en un gran guerrero.

Era un hombre muy discreto, que prefería escuchar antes que hablar, y poco aficionado a las reuniones sociales si éstas no tenían que ver directamente con la política o la filosofía. Pero, aunque fuese poco comunicativo, parece evidente que cuando hablaba su voz poseía una cualidad magnética que inspiraba y hacía soñar a los demás. Como buen asceta, nunca se casó ni tuvo hijos. Probablemente, era homosexual en el sentido estricto, no bisexual como tantos otros griegos, y las fuentes griegas conservan los nombres de varios de sus amantes. También se decía de él que era incorruptible. Cuando un embajador de Artajerjes le ofreció cinco talentos, Epaminondas respondió: «No hace falta dinero. Si lo que propone el Gran Rey es beneficioso para Tebas, lo haré gratis. Pero si va contra los intereses de mi ciudad, no hay oro ni patria para comprarme». Con este retrato físico y moral, me lo imagino como un tipo fibroso, con unos ojos grandes y oscuros que apenas debían parpadear y una mirada inquietante y un tanto fanática. Pero a su lado los soldados se sentían capaces de todo.

Epaminondas era buen amigo de Pelópidas, al que había salvado la vida en el año 385 en una batalla cerca de Mantinea y al que también ayudó cuando en 379 los tebanos expulsaron a la guarnición espartana de la Cadmea. Su siguiente actuación conocida se produjo en 371, durante la conferencia de paz en la que Esparta exigió que todos los participantes firmaran el acuerdo por ciudades. En aquel momento Epaminondas era beotarca, uno de los once magistrados elegidos cada año por los distritos que formaban la confederación beocia. Como tal, Epaminondas se negó a rubricar el tratado si no le permitían hacerlo en nombre de toda Beocia y no sólo de Tebas, tal como insistía Agesilao. «Las ciudades de Beocia deben ser independientes», insistió el rey espartano, que ya tenía por aquel entonces casi setenta y cinco años. «Pues entonces, que las ciudades de Laconia y Mesenia también se independicen y firmen por su cuenta», contestó Epaminondas.

Agesilao, furioso, borró a Tebas del tratado, y Epaminondas regresó a casa para avisar a sus conciudadanos de lo que se les venía encima: la invasión de los espartanos.

Como ya he dicho, Epaminondas debía poseer una personalidad magnética. Sólo así pudo convencer a los beocios para que salieran a campo abierto a combatir contra un ejército espartano, y para colmo en inferioridad numérica. Por supuesto, también recurrió a la ayuda de los dioses, y explicó a sus compatriotas que, según cierto oráculo, conseguirían la victoria si luchaban en Leuctra,¹⁶ cerca del lugar donde unas doncellas se habían suicidado por vergüenza después de haber sido violadas por los espartanos. Animados con todo esto, salieron al campo de batalla con poco más de 6.000 hoplitas. A cambio, tenían 1.500 jinetes por los 1.000 de los enemigos, y de más calidad, pues los espartanos nunca se habían tomado demasiado en serio la caballería.

Los oficiales espartanos estaban tan convencidos de la victoria que poco antes de luchar comieron y, sobre todo, bebieron más de la cuenta, con lo que se les calentaron un tanto los ánimos. En realidad, casi todos los soldados empinaban el codo antes de la batalla para infundirse coraje o, más bien, para no pensar en las consecuencias de lo que iban a hacer: es lo que llamaríamos la falsa valentía del alcohol. Pero que lo hicieran los mandos hasta el punto de ir a la batalla medio beodos ya parece un poco irresponsable.

Cleómbroto formó sus tropas a la manera tradicional. En el ala izquierda puso a los aliados y los mercenarios. A ellos les correspondería luchar contra los mejores del ejército enemigo. Lo único que les pedía Cleómbroto era que aguantaran el terreno durante un tiempo razonable. Así, en cuanto los espartanos situados a la derecha derrotaran en cuestión de minutos a los rivales situados frente a ellos (presumiblemente los más flojos del bando beocio), podrían acudir en ayuda de su flanco izquierdo y barrer a los enemigos del campo. Así se había hecho siempre y así se seguiría haciendo, porque era la costumbre.

O eso creía Cleómbroto.

Quizá no en estos términos, pero Epaminondas debió pensar algo parecido a lo siguiente: «Si los espartanos disponen de superioridad numérica general, yo debo buscar una superioridad local concentrada en un punto». La teoría era buena: si concentraba más hombres en un lugar determinado, seguramente vencería allí a corto plazo. Pero ¿qué pasaría después en el resto del campo de batalla?

La cuestión era evitar que se produjese un «después». Sólo había una forma de conseguirlo: atacar a la élite del ejército enemigo y destruirla rápidamente, de tal forma que los demás se desmoralizaran y emprendieran la huida. Pero era mucho más fácil decirlo que hacerlo. La élite enemiga la formaban los espartanos, a los que nadie había derrotado nunca en combate cuerpo a cuerpo, sino sólo acribillándolos con proyectiles desde lejos, como en las Termópilas, Esfacteria o Corinto.

Epaminondas tenía tropas ligeras, pero no suficientes para eso. Además, no quería conseguir la victoria de aquel modo. Si Tebas quería ser grande, tenía que derrotar al enemigo más fuerte en su propio terreno, «aplantar la cabeza de la serpiente». De modo que lo que hizo fue concentrar a sus mejores tropas en el ala izquierda, rompiendo con todas las tradiciones. Pero añadió otra novedad, tal vez basándose en el ejemplo de otro general tebano, Pagondas, que había hecho algo similar contra los atenienses. En vez de formar como los espartanos, con hileras de 12 hombres, él formó a los suyos en un fondo de 50 escudos.

Además, los tebanos disponían de su propio cuerpo de élite, que entrenaba constantemente gracias a que el resto de la ciudad mantenía a sus miembros. Era conocido como el Batallón Sagrado y lo integraban 150 parejas de amantes, cada una de las cuales se componía, es de suponer, por un hoplita más veterano y otro más joven. La idea era que los soldados competirían entre ellos en valor por impresionar a sus amantes y, además, si los veían en peligro lucharían por ellos como fieras protegiendo a sus cachorros. En cierto modo, este batallón copiaba la homosexualidad institucional de Esparta.

La batalla se inició con un enfrentamiento entre ambas caballerías. Pero en lugar de combatir en las alas, como era habitual, pelearon delante de ambas falanges. Los tebanos se impusieron, como era de esperar, y cuando los jinetes espartanos se dieron a la fuga trataron de protegerse dentro de las filas de su infantería, lo que causó cierto desorden.

En ese momento comenzó el ataque tebano. Epaminondas, que sabía que su propia ala derecha había quedado tan acortada que los enemigos la rodearían con rapidez, ordenó a los hoplitas situados allí que avanzaran despacio y se fueran quedando retrasados, rehusando de momento el combate. Mientras, él mismo se lanzó a la carga con Pelópidas, el Batallón Sagrado y el resto de los tebanos. Las demás líneas avanzaron en diagonal, usando por primera vez la táctica conocida como «orden oblicuo».

La descripción que ofrece Jenofonte de la batalla es breve, entre otras razones

porque está contando algo que, como pro espartano que es, le desagrade profundamente. Pero es de suponer que el grueso de los tebanos cargó a paso ligero y golpearon a Cleómbroto y sus hombres con la fuerza de un martillo pilón. En la primera fila tebana muchos debieron morir, pero otros venían detrás con un empuje irresistible. El rey espartano fue de los primeros en caer, y los demás empezaron a retroceder. Se cuenta que Epaminondas pidió a sus soldados: «¡Dadme un paso más y obtendremos la victoria!».18 Los tebanos dieron ese paso, y unos cuantos más. Las líneas espartanas se rompieron, algo inaudito, y se produjo la carnicería habitual en tales casos, sólo que esta vez las víctimas fueron los lacedemonios. El resto de los aliados, al ver vencidos a los mejores soldados de Grecia, huyeron despavoridos. Por lo que parece, el ala derecha de Epaminondas ni siquiera tuvo que entrar en acción.

Aquel día murieron 1.000 lacedemonios, de los cuales 400 eran espartiatas, más de la mitad de los que habían acudido a la batalla. Dada la oliganthropía endémica en Esparta, aquél fue un desastre comparable al que habían sufrido los atenienses en Sicilia. Cuando la noticia llegó a la ciudad, aunque Jenofonte cuenta que los familiares de los muertos sobrellevaron su desgracia en silencio, lo cierto es que cundió el pánico y los éforos decretaron una movilización general que alcanzaba incluso a los ciudadanos de sesenta años. Intuían, o más bien sabían, lo que les esperaba.

En cuanto se conoció la derrota lacedemonia en Leuctra, los aliados forzosos de Esparta aprovecharon para rebelarse y formar su propia confederación, la de Arcadia. El viejo Agesilao no tardó en ponerse en marcha para atacar Mantinea, principal cabecilla de aquella rebelión. Los mantineos pidieron ayuda a Tebas y ésta invadió el Peloponeso en pleno invierno. Al ejército conducido por Epaminondas y Pelópidas se añadieron aliados de Arcadia, Argos y la Élide. Sumaban 40.000 efectivos, un contingente formidable.

Sobre todo, el núcleo era tebano. Se ha insistido mucho en la genialidad de Epaminondas; pero, por muy brillante que fuese una táctica, la batalla la tenían que ganar los soldados. Aparte del Batallón Sagrado, los demás hoplitas tebanos y beocios eran guerreros de gran calidad que, además, luchaban por su patria, mientras que por aquel tiempo otras ciudades confiaban cada vez más en tropas mercenarias y aliadas.

En las campañas de aquel año y el siguiente, Epaminondas y los tebanos consiguieron rematar lo que habían empezado en Leuctra. En 370, consiguieron que se formara definitivamente la Confederación Arcadia, y también auspiciaron la

fundación de Megalópolis, que terminó de construirse unos años más tarde, en 367. La nueva ciudad, cuyo nombre habla por sí solo de la euforia que reinaba entre sus fundadores, controlaba el centro de Arcadia y el acceso a los valles de Laconia y Mesenia. Por supuesto, sus constructores la dotaron de sólidas murallas. Ese mismo año, el ejército de Epaminondas devastó los alrededores de Esparta mientras sus habitantes contemplaban impotentes la invasión. Por fin, las mujeres lacedemonias tenían que sufrir la humillación de ver un ejército asolando sus tierras.

Al año siguiente, Epaminondas invadió y liberó Mesenia. En las laderas occidentales del monte Itome, escenario de la heroica resistencia de los ilotas casi un siglo antes, fundó la ciudad de Mesene, y animó a todos los mesemos exiliados a regresar a su patria. Si en Leuctra había herido el corazón de los espartanos, ahora les acababa de extirpar medio estómago. De golpe, Esparta perdía casi la mitad de su territorio y también de la mano de obra a la que había explotado durante siglos.

La hegemonía tebana que empezó en el año 371 gracias a la victoria de Leuctra podría haber marcado el inicio de un nuevo orden para Grecia. Las confederaciones nuevas o refundadas, como Beocia, Arcadia o Mesenia, suponían una superación de las fronteras tradicionales entre las polis y la esperanza de que Grecia alcanzara cierta unidad en niveles incluso superiores. Pero en muchos de los estados aliados de Tebas seguía reinando la división entre demócratas y oligarcas, y estos últimos maquinaban para romper esa alianza. En el año 363 aparecieron grietas en la confederación arcadia a raíz del uso indebido de los objetos sagrados depositados en Olimpia. Mantinea, por oposición a Tegea, se decantó de nuevo hacia Esparta y en contra de Tebas.

Además, la causa antitebana tenía otro aliado en la ciudad de Atenas. Ya en 371 los atenienses habían abandonado a Tebas a su suerte contra Esparta. Seguramente se frotaron las manos al enterarse del desastre sufrido por Cleómbroto y sus hombres en Leuctra, pues tenían muchas cuentas pendientes con los espartanos. Pero en cuanto vieron cómo crecía el poder de sus vecinos tebanos y cómo éstos se volvían cada vez más atrevidos e intervenían con más frecuencia en los asuntos del resto de Grecia, los atenienses desconfiaron de ellos y se aliaron con Esparta. Como dije en una sección anterior, a estas alturas, después de tanto cambiar de alianzas, en Atenas no debían saber ni con quién iban. Salvando las distancias, la situación se parecía a la de 1984 en aquella escena en que el orador, en mitad del discurso, recibe instrucciones y cambia el nombre de la potencia enemiga de Eurasia por Estasia sin que por ello ocurra absolutamente nada.

En el año 362, Epaminondas invadió una vez más el Peloponeso para

ajustarle las cuentas a Mantinea y devolverla al redil.' Pero no se enfrentó solamente contra los mantineos, pues en ayuda de éstos acudieron espartanos, atenienses, aqueos y eleos, hasta un total de 20.000 hoplitas. En el bando de Tebas se alineaban argivos, tesalios, eubeos, locrios y algunos otros pueblos. Epaminondas llevaba con él 30.000 hoplitas y también gozaba de superioridad en fuerzas de caballería.

Dada la situación, los aliados antitebanos se colocaron entre dos elevaciones para cubrir sus alas y evitar que los enemigos pudieran flanquearlos. Esta vez los mantineos jugaban en casa, así que eran ellos quienes ejercían el mando y ocupaban el puesto de honor a la derecha, seguidos por los espartanos. Los atenienses, por su parte, formaban en el lado izquierdo.

Epaminondas volvió a utilizar el orden oblicuo que tan bien le había funcionado en Leuctra. Primero envió caballería y tropas ligeras a la colina que había a la izquierda de la posición de los atenienses, con lo que clavó a éstos en el sitio, pues ya no se atrevían a avanzar hacia el frente enemigo por temor a que las tropas más móviles los atacaran por la espalda. Después, Epaminondas cargó al frente de la falange tebana, de nuevo con 50 filas de profundidad. En palabras de Jenofonte, «condujo al ejército como un trirreme que embiste de proa, pensando que por donde consiguiera penetrar y abrir brecha destruiría por completo al ejército enemigo» (Helénicas 7, 5, 23). La imagen es tan visual que hace pensar si la falange tebana no tendría cierta forma de cuña, como tiempo más tarde la caballería de Alejandro.

Una vez más, Epaminondas y sus hombres consiguieron desbaratar las filas contrarias, aprovechando además que el ataque se había producido casi por sorpresa, ya pasado el mediodía, cuando todos pensaban que los tebanos lo retrasarían para el día siguiente. Los enemigos se dispersaron y huyeron por el bosque que tenían a sus espaldas. Los tebanos podían haber aprovechado para efectuar una carnicería, pero ocurrió lo que tantas veces sucedía en aquellas batallas. El riesgo que corrían los generales combatiendo en primera fila era demasiado alto, y esta vez a Epaminondas le salió la bola negra. Una lanza enemiga arrojada desde lejos lo atravesó. El general comprendió enseguida que la herida era grave y que, en cuanto extrajera la lanza, la hemorragia lo mataría. Por fin, cuando sus hombres le comunicaron que Tebas había vencido, dijo: «He vivido suficiente, ya que muero sin haber sido derrotado jamás».²⁰ Tras estas palabras, se arrancó la lanza y murió al instante. Junto a él cayó también su joven amante Cafisodoro, al que enterraron a su lado.

La muerte de su carismático general desanimó a los tebanos, que no supieron aprovechar la gran victoria obtenida. Tras la breve hegemonía de la que habían disfrutado, se contentaron en general con dominar las ciudades de Beocia y desgastaron sus energías en combates estériles contra los pueblos vecinos. Esparta estaba hundida, y Atenas no había ganado nada. El final de las Helénicas de Jenofonte es muy revelador sobre el estado de ánimo que reinaba en toda Grecia.

Ocurrido esto, sucedió lo contrario de lo que todos los hombres creían que iba a pasar. Puesto que prácticamente Grecia entera se había congregado para combatir en frentes opuestos, todo el mundo creyó que si se libraba la batalla los que resultaran victoriosos gobernarían y los derrotados serían sus súbditos. Pero la divinidad decidió que ambos bandos levantarán un trofeo como vencedores: ninguno de los dos impidió que el otro lo hiciera, ambos devolvieron los cadáveres bajo tregua como si hubieran vencido y los recogieron bajo tregua como si hubieran perdido. Aunque cada bando afirmó ser el vencedor, ninguno de los dos mejoró en territorio, ciudades o dominio lo que tenía antes de la batalla. Por consiguiente, después de esta batalla hubo aún mayor desorden y confusión en Grecia que antes (Helénicas 7, 5, 26-27).

Ablandada a fuerza de golpes que se propinaba a sí misma, Grecia era una fruta madura esperando que alguien la recogiera. El reloj de la historia se movió de nuevo, y sus agujas apuntaron hacia el norte. Había llegado la hora de Macedonia. Pronto los griegos oirían hablar de Filipo, y el mundo entero conocería el nombre de Alejandro Magno.

page0492

UNA POLÉMICA PARA EMPEZAR

La antigua Macedonia se reparte hoy entre dos países: Grecia y FYROM, acrónimo de Former Yugoslav Republic of Macedonia, o Antigua República Yugoslava de Macedonia. La FYROM fue reconocida por la ONU en 1993, pero sus relaciones con la vecina Grecia han sido tirantes desde el primer momento. La hostilidad llega incluso, o sobre todo, a los estudios históricos, como me ha comentado algún arqueólogo que ha tenido ocasión de trabajar allí. Dicha tensión tiene raíces étnicas -qué triste y qué habitual es decir esto a principios del siglo xxi-, y uno de sus puntos de roce más ásperos es la polémica sobre el idioma que se hablaba en la Macedonia de los tiempos clásicos. Un debate que aquí es puramente académico y que allí se convierte en una refriega política.

El gentilicio «macedonios» podría derivar de un término griego, *makednós*, «alto». En ese caso, vendría a significar «montañeses», al igual que otros gentilicios griegos como «orestas», que deriva de *óros*, «monte». En cuanto a la lengua macedonia, por desgracia se sabe muy poco de ella. De las escasas palabras que nos han llegado, algunas son griegas y otras no lo parecen tanto. Entre los expertos españoles en lenguas indoeuropeas, Francisco Villar opina que el macedonio era una cosa muy diferente del griego, aunque con los pocos textos disponibles reconoce que no se puede saber con certeza (Villar, 1996, p. 333). Según Adrados (Adrados, 1999, p. 37), cuando los dorios y los griegos del noroeste entraron en Grecia dejaron un hueco en la región, y ese hueco lo ocupó un pueblo que hablaba o bien un dialecto griego que quedó retrasado, o bien una lengua indoeuropea diferente, aunque emparentada. De nuevo, no hay suficientes elementos para decidir.

Lo que sí se sabe es que las élites dirigentes de Macedonia hablaban griego en la Época Clásica, y que la mayoría de los soldados del ejército de Alejandro usaban el griego en el siglo iv. Entre otras razones, porque el griego era una lengua de cultura más prestigiosa que el macedonio. Alejandro hablaba *makedonistí*, «en macedonio», cuando se enfadaba y perdía el control, lo que parece demostrar que se consideraba una forma de expresarse vulgar.

La frontera entre lenguas emparentadas y dialectos es a menudo borrosa. En cualquier caso, sospecho que el macedonio y el griego se parecían lo bastante como

para ser mutuamente inteligibles, a no ser que se pronunciaran con un acento cerrado. Pero eso mismo podía ocurrir entre hablantes de otros dialectos del griego.

Los estudiosos de nacionalidad griega tienen mucho interés en dejar claro que en Macedonia se habló siempre un dialecto griego y que el mismo nombre de Macedonia también es griego: para ellos no hay lugar a las dudas de Adrados o Villar. En algún foro he leído cómo un griego tildaba a otra persona de ser fascista o comunista -las dos acusaciones a la vez- por defender que en Macedonia no se usaba la lengua helena.

Pero es que para ellos no se trata de una cuestión baladí. El país eslavo que tienen al norte está en litigios con ellos por el propio nombre tanto de la república como de la lengua. Si como primer paso la FYROM consigue que se acabe aceptando que su lengua eslava se llame «macedonio» y que su país se denomine también Macedonia de forma oficial, lo siguiente que temen los griegos es que sus vecinos reclamen todos los territorios que en la Época Clásica recibieron el nombre de Macedonia.

Navegando por Internet uno se topa con muchas insensateces, cierto es, pero algunas son muy reveladoras. En una página encontré la explicación etimológica de por qué ciertos nombres macedonios, como Alejandro o Filipo, tenían en realidad raíces eslavas. Era simplemente delirante, puesto que se trata de dos nombres griegos contruidos según unas reglas de composición muy claras y precisas: Filipo significa en griego «amigo de los caballos», mientras que Alejandro sería «varón que defiende» o «defensor de hombres», según queramos entenderlo. Pero el autor de la página en cuestión daba cortes arbitrarios a esas palabras por donde a él le convenía para extraer supuestas raíces eslavas. Es como si digo que mi nombre Javier, que es de origen vasco, en realidad procede del latín porque en medio tiene -vi-, que en latín significa «fuerza, violencia». En realidad, se trata de una estupidez que no merecería la pena comentar en un libro. Pero lo malo es que cuando las insensateces se repiten en voz muy alta, hay quienes acaban creyéndolas.

Mientras terminaba de escribir este libro, encontré un ejemplo más preocupante. En la página MakNews.com leí una entrevista con el profesor Tome Boshevski, fechada el 11 de diciembre de 2008, en la que sostiene una tesis curiosa sobre los pueblos eslavos. En general, se cree que la zona originaria de éstos, un grupo de pueblos de habla indoeuropea, se hallaba a más de 1.000 kilómetros al norte de Macedonia y Grecia, entre Polonia, Ucrania y Bielorrusia. Sin embargo, el profesor Boshevski afirma que no es que esos pueblos acabaran cruzando los Cárpatos y algunos de ellos se instalaran en los Balcanes allá por el siglo vii d.C.,

sino que los auténticos eslavos, los originarios, los fetén, vivían ya en Macedonia casi desde el principio de los tiempos. Los romanos los expulsaron, pero no a todos: siguió habiendo macedonio-eslavos viviendo allí, porque si hubieran dejado vacía del todo la región tal vez el profesor Boshevski no podría legitimar que volvieran a dominarla (el viejo dicho de «El que se fue a Sevilla...»). Los exiliados, junto con su clase dirigente, huyeron al norte, y algunos alcanzaron nada menos que Siberia. Desde luego, allí los romanos no iban a encontrarlos.

Así pues, cuando los eslavos llegaron al Egeo hacia el vil d.C., mil años después de Alejandro Magno, en realidad estaban volviendo a su patria original. No sólo el macedonio no era griego, según Boshevski, ¡sino que se trataba del antepasado de todas las lenguas eslavas del mundo!

Todo esto es delirante. Pero aún más lo son las pruebas que aducen el profesor Boshevski y su colega en estas lides, el doctor Aristotel Tentov. Me apresuro a añadir que ambos son profesores, pero de ingeniería. Lo cual no les ha impedido descifrar la parte central de la piedra de Rosetta, la conocida estela de basalto en que se basó Jean-Francois Champollion para desentrañar los jeroglíficos egipcios.

La entrevistadora, Liljana Ristova, pregunta al profesor Boshevski:

P. [...1 Ustedes han conseguido traducir con éxito el texto central de la piedra de Rosetta, que durante más de doscientos años nadie ha conseguido descifrar. Aunque usted no es lingüista de profesión, es evidente que está muy interesado en la materia. ¿Qué le impulsó a emprender una tarea de tal magnitud?

R. En cuanto al desciframiento, nosotros no fuimos los primeros en intentar traducir el texto central. Ha habido otras traducciones antes de la nuestra, pero no estábamos contentos con los resultados. He trabajado durante cuarenta años en el campo de la energía nuclear, y estoy familiarizado con el tipo de métodos necesarios para resolver problemas complejos.

La última frase no necesita comentarios. Por cierto, no le encargaría a este señor la vigilancia de la central nuclear de Almaraz, que está a 50 kilómetros de mi casa. ¡Si entiende de neutrones como de lenguajes, prefiero a Homer Simpson!

En cuanto a la piedra de Rosseta, la parte central está escrita en una grafía egipcia conocida como «demótica» que se corresponde a una variedad ya tardía de la lengua egipcia utilizada a partir del siglo vii a.C. Esa parte central que, según

estos dos sujetos se ha resistido a todos los esfuerzos de desciframiento, está perfectamente traducida y a nadie se le ocurre catalogarla como «misterio sin resolver» ni nada similar.

Sin embargo, como la piedra contiene un decreto del rey helenístico Ptolomeo V, descendiente de un general de Alejandro, Boshevski y Tentov sostienen que la parte central se escribió en el idioma de los Ptolomeos, la antigua lengua macedonia... que, por supuesto, para ellos es eslavo.

Tanta insensatez sería inofensiva, y en vez de comentarla en una historia de los griegos habría que dejarla como ejemplo lingüístico para algún libro de pseudociencia. Pero Boshevski goza de apoyo oficial, ya que pertenece a la Academia Macedonia de las Ciencias y las Artes, situada en la capital de la nueva república. En estos momentos, después de unas agitadas elecciones en abril de 2008, en la FYROM gobierna en mayoría el VMRO-DPMNE, un partido de corte nacionalista que favorece este tipo de ideas. Me temo que a los muchachos que estudian en aquel país les estén llenando la cabeza de delirios étnicos, porque si hay algo que obsesiona a los nacionalistas es meter sus zarpas en la educación.

Cierto es que los que se hacen llamar a sí mismos macedonios tienen sus propios problemas con la cercanía de Albania y Kosovo, ya que la población albana en su propio territorio supone casi un veinticinco por ciento. Y que sus vecinos del sur, los griegos actuales, también son muy nacionalistas y saben en qué consiste maquillar la historia. Pero hay absurdos que no tienen sentido, y que sin embargo el día de mañana un mañana muy cercano tal vez- pueden desatar nuevas guerras en nombre de una historia inventada por supuestos intelectuales nacionalistas.

MACEDONIA

A partir de ahora, con este nombre me referiré sólo a la antigua Macedonia. Esta región se hallaba separada de Tesalia por el monte Olimpo y de Tracia por el río Estrimón, y su territorio era de unos 25.000-30.000 kilómetros cuadrados, que llegaron a ser 40.000 en torno al año 336. En términos generales, su territorio se dividía en montaña y llanura.

Las montañas abundaban en caza (en época histórica todavía quedaban leones allí, que según Heródoto atacaron a los camellos de la expedición de Jerjes). Sobre todo, estaban cubiertas de bosques, y la madera de sus árboles no sólo era valiosa para los propios macedonios, sino que constituía su principal producto de exportación. Sus mayores clientes eran los atenienses, necesitados de madera de

abeto para construir los trirremes en los que basaban su poder. Precisamente la variedad más apreciada, el *Abies alba*, crecía en las tierras altas de Macedonia.

Los montes también ofrecían pastos veraniegos para los rebaños, de modo que la ganadería era una labor básica. Además, a diferencia del resto de Grecia, en Macedonia no faltaba agua. En las tierras altas se formaban lagos en los que abundaba la pesca, y en las bajas, como los ríos eran caudalosos y no se secaban en verano, había agua suficiente para regar. Los agricultores asentados en las llanuras vivían en ciudades que, sin embargo, no estaban constituidas como pequeños estados, al modo de las polis griegas. Nadie decía «yo soy de Pela, de Egas o de Edesa», sino, como mucho, «soy macedonio de Pela, de Egas o de Edesa». La gente poseía más conciencia de tribu que de ciudadanía.

Así pues, Macedonia era una tierra rica comparada con el resto de Grecia. Pero, mientras estuvo desunida y las tribus de cada montaña y cada valle pelearon entre sí, fue presa fácil para los invasores, ya que se trataba de un lugar de paso. La dinastía Argéada, que empezó gobernando en las tierras bajas y con el tiempo se anexionó la Alta Macedonia, llevaba generaciones intentando centralizar el gobierno y modernizar el país. Así lo habían hecho Alejandro el Filoheleno, primer macedonio que participó en los juegos Olímpicos, y sobre todo Arquelao, que reinó entre 413 y 394 y que atrajo a su corte a escritores y artistas griegos como Eurípides o el pintor Zeuxis. Para estos soberanos, modernizar Macedonia era helenizarla, pero sin caer en las veleidades políticas de los vecinos del sur: en Macedonia siempre gobernó una monarquía.

Los griegos despreciaban la monarquía como forma de gobierno propia de pueblos estúpidos y destinados a la esclavitud. Sin embargo, ofrecía sus ventajas, sobre todo cuando llegaba el momento de hacer la guerra, y así lo reconoció incluso Demóstenes, enemigo acérrimo del rey macedonio Filipo. Éste, por su parte, comentaba con bastante sorna que los atenienses eran muy afortunados de tener entre ellos tantos generales expertos que todos los años podían elegir diez, cuando él se había pasado media vida para encontrar uno bueno, Parmenión. Aunque el sistema de Atenas funcionaba aceptablemente, el hecho de que los generales y los políticos tuvieran que rendir cuentas de todos sus actos ante la asamblea retrasaba muchas veces la toma de decisiones. En cambio, un rey macedonio como Filipo o Alejandro no estaba obligado a consultar previamente a nadie y, para bien o para mal, podía actuar con una rapidez que a los griegos casi les parecía obra de magia.

No es que el rey de Macedonia fuese un monarca absoluto cuyo poder dimanase de los dioses. El soberano Argéada tenía poder ejecutivo, mandaba el

ejército y podía repartir tierras entre la nobleza, los llamados Compañeros. Además, ofrecía sacrificios en nombre del Estado y ejercía de juez en determinados casos. Pero todo su poder dependía de la medida en que fuese capaz de imponerse por la fuerza de su carácter y su autoridad personal, ya que cada cierto tiempo tenía que dar cuentas ante la asamblea del pueblo en armas. Esa misma asamblea era la que ratificaba al sucesor del rey muerto: en Macedonia el principio dinástico no se aplicaba de forma automática, sino que los guerreros elegían de entre la familia de los Argéadas a quien consideraban más capacitado.

Al rey se le llamaba simplemente por su nombre, lo que revela que era un *primus inter pares*. Para demostrar que era el primero entre los demás nobles macedonios debía competir fieramente en una sociedad que conservaba muchos ideales de la épica homérica. Si quería ganarse el respeto de sus hombres, el rey tenía que ser el mejor cazando y montando a caballo, aguantar las marchas militares como el que más y también beber en los banquetes como el primero.' Sobre todo, debía dar ejemplo combatiendo en la guerra al frente de sus hombres, aunque eso significara poner en peligro su vida. Filipo, por ejemplo, sufrió siete heridas a lo largo de su carrera, y de resultas de ellas cojeaba, era tuerto y tenía una clavícula rota y mal soldada. Su hijo también resultó herido en numerosas ocasiones, y una de ellas, en la India, casi le costó la vida.

Una buena explicación de ese comportamiento se encuentra en la *Ilíada*, que servía de modelo de conducta a Alejandro. El guerrero Sarpedón le dice a Glauco:

SPECIAL_IMAGE-page0500

El peligro que corrían los reyes y las heridas que sufrían eran el precio que debían pagar por ser los primeros entre los macedonios. Las recompensas valían la pena: todo el territorio conquistado por las armas pertenecía al rey, que lo distribuía libremente entre los nobles a los que quería beneficiar.

Una ventaja más del sistema político y social de Macedonia era que en ella no existía prácticamente la *stásis*. Las luchas en aquella zona norteña se producían entre tribus, *éthnc*, pero dentro de las propias tribus los vínculos eran muy fuertes y no había conflictos civiles. La meta de los reyes macedonios era unir a todos esos *éthne*, sobre todo a los de las montañas, en un solo pueblo. Una vez que lo consiguieran, que todos los habitantes de la zona se sintieran parte de un solo *éthnos*, los abundantes recursos naturales de la región y su propia reserva humana la convertirían en una potencia formidable. Según algunos cálculos, Macedonia superaba el medio millón de habitantes hacia el año 336, lo que ya suponía más del

doble que toda el Ática; pero otros autores elevan la cifra incluso a un millón.' Tengamos en cuenta que por esas fechas cubría tanta superficie como Extremadura. Vista desde la escala de las polis griegas, Macedonia era gigantesca.

El proceso de unificación y helenización culminó con uno de los personajes más fascinantes de toda esta historia, Filippo, quien tan sólo tuvo la desgracia de dejar un hijo que lo ensombrecería ante la posteridad.

FILIPO

Filipo nació en el año 382, y en principio no estaba destinado a reinar, pues era el hijo más joven del rey Amintas III. Cuando tenía quince años pasó una temporada como rehén en Tebas, en la época en que Epaminondas convirtió a esta ciudad en la mayor potencia de Grecia. Es indudable que el joven macedonio se fijó bien en las innovaciones tácticas del general tebano, que luego aplicaron tanto él como su hijo Alejandro: éste utilizó el orden oblicuo de Epaminondas a mayor escala en la batalla de Gaugamela.

En el año 359, el rey Perdiccas, hermano de Filippo, murió luchando contra los ilirios en una batalla donde también perecieron otros 4.000 macedonios, un desastre para la nación. La asamblea de guerreros eligió a Filippo como regente del hijo de Perdiccas, ya que éste era demasiado joven para gobernar, y tres años después decidió convertirlo en rey.

Cuando Filippo llegó al poder, la situación de Macedonia no se antojaba nada prometedora. Los ilirios y los peonios tenían invadido el norte del país, y por el este los tracios le asestaban mordiscos a su territorio y los atenienses intentaban recuperar su influencia en la zona del río Estrimón. Para evitar que su país se desmembrara, el joven regente contaba tan sólo con un ejército de 6.000 soldados, que además acababan de sufrir una humillante derrota a manos de los ilirios y tenían la moral más baja que un equipo a punto de bajar a segunda B. Sin embargo, consiguió salir adelante, de tal manera que cuando murió en el año 336 había multiplicado varias veces la extensión de Macedonia y la había convertido en la mayor potencia del mundo griego. ¿Cómo lo hizo?

Para empezar, Filippo era un diplomático brillante, aunque sin demasiados escrúpulos. Si podía conquistar una ciudad con dinero, no malgastaba tropas. Cuando en una ocasión le dijeron que una fortaleza de la que quería apoderarse era inexpugnable, Filippo preguntó si acaso tenía unas murallas tan altas que ni siquiera podía acercarse a ellas un asno cargado de oro.

También se sirvió de la política matrimonial, un poco al estilo de los Reyes Católicos, sólo que en su caso no recurría a sus hijos, sino a su propia persona. Llegó a casarse hasta siete veces, lo cual no quiere decir que repudiara o decapitara esposas como Enrique VIII: seguía desposado con todas ellas. Los griegos consideraban que la poligamia de la casa real macedonia era un rasgo propio de bárbaros, pero a Filipo le venía muy bien para pactar alianzas. Así, su matrimonio con la tesalia Filina le sirvió para ganarse el apoyo del clan más poderoso de Tesalia, los Alévadas, y gracias a ello -y a la gran victoria militar que consiguió en el año 352- se convirtió en el amo de la región.

La más conocida de sus esposas es Olimpia, una princesa del Epiro. De ella tuvo a Alejandro en el año 356. Filipo se enteró de su nacimiento cuando acababa de tomar la ciudad de Potidea, y ese mismo día recibió la noticia de que sus caballos habían triunfado en los juegos Olímpicos y de que su general Parmenión había obtenido una victoria aplastante contra los odiados ilirios. Los adivinos le aseguraron que un niño nacido entre tres victorias tenía que convertirse en invencible; como siempre en estos casos, podemos sospechar que se trata de una profecía a posteriori.

Pero la clave principal del éxito de Filipo radicaba en sus tropas, a las que convirtió en profesionales. Hasta entonces, la base del ejército macedonio había sido la caballería, compuesta por nobles de la Baja Macedonia conocidos como Hétairoi, los Compañeros reales.⁴ Cuando Filipo llegó al poder eran sólo 600, pero él le legó a su hijo 3.300, entre los que había también nobles de las tierras altas de Macedonia.

En las tácticas clásicas griegas la caballería no se usaba demasiado, aunque a partir de la Guerra del Peloponeso este cuerpo había cobrado cada vez más importancia. Los jinetes más afamados de Grecia eran los tesallos, y no es raro, puesto que su región ofrecía abundantes llanuras y pastos para los caballos.

En época de Filipo, la caballería macedonia alcanzó o incluso superó en nivel a la tesalia. Se trataba de una fuerza pesada o de choque, lo cual no significa que jinetes y caballos estuviesen acorazados de pies a cabeza. Los Compañeros llevaban coraza, un casco de tipo beocio que les permitía buena visibilidad y también grebas. En tiempos de Jenofonte se utilizaba un brazal de cuero para protegerse el brazo izquierdo que sujetaba las riendas, pero parece que la caballería macedonia ya no lo usaba. Tampoco se cree que llevaran escudo, y el animal no tenía ninguna protección.

En cuanto a armas ofensivas, la principal era una lanza cuya longitud ha suscitado diversas discusiones. Según el experto español Fernando Quesada, podría tratarse de una sarisa de hasta 4,5 metros de longitud. Incluso se han realizado experimentos prácticos para demostrar que el manejo de un arma tan larga no era imposible. Sin embargo, otros estudiosos del tema, como Alejandro Noguera, Michael Thompson o Robert Gaebel, no creen que llegara a utilizarse una lanza de tanta longitud, sino como mucho de unos 3 metros.⁵

En cualquier caso, la lanza macedonia era más larga que las armas de los rivales que Alejandro se encontró en Asia, lo que otorgaba una gran ventaja a sus jinetes. La usaban sobre todo para asestar lanzazos con la punta, bien en carrera, proyectando la lanza por encima de las orejas del caballo, o utilizando el impulso del brazo si el combate se trababa en el sitio. En caso de que el astil se rompiera, tenían como arma secundaria una espada. La más popular entre la caballería era la kópis, una especie de sable, más apta para dar tajos de arriba abajo que para las estocadas. Con una espada similar, Clito el Negro cortó el brazo a un jinete persa que estaba a punto de herir a Alejandro.

Suele decirse que los caballos no embisten contra una fila compacta de soldados. Al hablar de la batalla de Platea, ya vimos cuál era la táctica de los jinetes persas: acercarse al enemigo en formación circular galopando en el sentido de las agujas del reloj y disparar flechas o jabalinas para enseguida alejarse. Sin embargo, la caballería de Filipo y de Alejandro sí embestía. Es de suponer que no lo hacía contra las filas cerradas del frente de una falange, ya que sus monturas habrían rehusado, sino que los jinetes buscaban resquicios entre unidades y puntos ya debilitados por las sarisas de la infantería, o bien atacaban por la retaguardia o los costados. La formación que adoptaban era de cuña, con el líder del escuadrón cabalgando en cabeza a modo de punta de flecha. Una vez que éste penetraba en las filas enemigas, los demás jinetes que lo seguían podían abrir hueco.

Sin duda, para actuar así se precisaban caballos muy entrenados. Sobre todo el del jefe de la formación; los demás lo seguirían, por el instinto gregario de los equinos. En realidad, las cargas de caballería se basan en dos características de éstos: son animales de manada y tienen un poderoso instinto de huida. De lo que se trataba era de aprovechar ese instinto para convertir una estampida en una carga contra el enemigo. Por tanto, el corcel del jefe debía ser también un líder. Entre los caballos existen jerarquías, que se pueden comprobar de una manera peculiar. Aparte de otras muestras de lenguaje corporal, el macho dominante defeca sobre los excrementos de los demás caballos.

Hay que recordar, por supuesto, que todo esto se hacía sin silla ni estribos. A menudo se ha afirmado que la caballería no pudo ser una fuerza de choque eficaz hasta que aparecieron los estribos, pero Alejandro demostró lo contrario.

A este núcleo, Filipo le añadió una formidable fuerza de infantería. Para ello reclutó sobre todo a macedonios de las montañas, tipos duros y más brutos que un arado, a los que en muchos casos repartió propiedades, y para «nobilizarlos» los denominó Pczétairoi, «Compañeros de a pie». Aunque su modelo era el hoplita griego, Filipo realizó modificaciones para aumentar su capacidad ofensiva a costa de su blindaje. La lanza típica griega medía unos dos metros y medio, pero Filipo dio a sus hombres largas picas de madera de cornejo llamadas «sarisas» que superaban los 5,5 metros.

Con esa longitud, el arma pesaba de 4 a 6 kilos. Algunos estudiosos han puesto en duda que los macedonios llegaran a usar estas armas alguna vez, pese a que las fuentes antiguas son bastante claras sobre la longitud de la sarisa, que después de Alejandro alcanzaría dimensiones exageradas, con más de 7 metros. La objeción que ponen es que un arma así sería inmanejable, o que simplemente no aguantaría y se partiría por su propio peso. Es fácil comprobar lo contrario con ejemplos más cercanos en el tiempo: los piqueros de los cantones suizos primero, y luego los de los tercios españoles, utilizaban picas aún más largas en sus formaciones cerradas siguiendo precisamente el modelo de la falange macedónica.

La base de la falange era el sintagma, que a nosotros nos suena a gramática, y no por azar. Literalmente, un sintagma es un «grupo de elementos que se ordenan juntos»: a veces se trata de palabras dentro de un sintagma nominal, por ejemplo, y a veces de personas, como ocurría en la falange griega. El sintagma o compañía ideal constaba de 16 filas de frente por 16 de profundidad, lo que sumaba 256 hombres en total. Cuando los de delante abatían las sarisas, las de las cuatro o cinco primeras filas se proyectaban hacia el frente: el enemigo que quisiera llegar al cuerpo a cuerpo tenía que pasar entre todas esas puntas aguzadas. Los hombres de las filas traseras llevaban las picas en alto, lo cual, supuestamente, servía para desviar proyectiles. Es un tanto dudoso. Cuando uno contempla una falange dibujada, los trazos rectos de las sarisas levantadas se ven tan tupidos como un bosque impenetrable. Pero si uno examina fotogramas de la secuencia de Gaugamela en la película Alejandro de Oliver Stone, comprobará que la separación entre sarisa y sarisa es de al menos un metro, y la impresión visual es que por esos huecos cabían flechas y piedras en abundancia.

El peso de la sarisa obligaba a manejarla con ambas manos. ¿Qué hacían con

el escudo? Filipo sustituyó el aspís griego por otro más pequeño, igualmente redondo pero sin ese reborde interior que los hoplitas aprovechaban para descargar el peso en el hombro. A cambio, el escudo macedonio llevaba un tiracol, una correa con la que se lo colgaban del cuello. El brazo izquierdo lo embrazaba por el interior, pero la mano quedaba libre para sujetar el astil de la pica.

Los piqueros macedonios llevaban corazas, al menos los de las primeras filas; es posible que la protección disminuyera en las posteriores. Algunas de ellas eran en realidad se>.nicorazas que sólo cubrían el pecho, pero no la espalda. Parece que usaban grebas, pues ciertos reglamentos multaban a quienes las perdían o no las tenían en condiciones. En cuanto al yelmo, era cónico, con o sin carrilleras.

La falange por sí sola no habría sido un arma demasiado eficaz, pues la desmesurada longitud de las sarisas la hacía algo lenta. Pero no caigamos en el error de creer que sus movimientos eran torpes: los soldados de Filipo y Alejandro eran profesionales que practicaban constantemente maniobras de orden cerrado, de tal modo que podían abrir o compactar filas y cambiar de frente o de sentido de la marcha con cierta agilidad.

Una vez que los soldados abatían las sarisas, la falange se convertía en casi invulnerable a un asalto frontal, pero sus costados podían ser atacados. Del mismo modo que en los tercios españoles había arcabuceros protegiendo los flancos de la formación de piqueros, los macedonios utilizaban tropas ligeras: arqueros, honderos o infantes armados con jabalinas. Entre estos últimos destacaban los agrianos, nativos de las montañas al norte de Macedonia. Alejandro llevó 500 a Asia, y los usó en misiones muy comprometidas, a menudo corriendo al lado de la caballería.

Se ha comparado a menudo con un yunque y a la caballería con un martillo: mientras la falange atacaba de frente, los Compañeros lo hacían por un flanco, y cuando rompían la formación enemiga empujaban a sus adversarios contra las picas de los Pezétairoi.

Otra innovación que introdujo Filipo fue el uso de máquinas de guerra con mecanismos de torsión que lanzaban piedras a cientos de metros o disparaban flechas más pesadas y a mayor distancia que cualquier arco. Según la tradición, dichas máquinas se habían construido por primera vez en la Siracusa de Dionisio el Viejo, y fue allí donde llegaron a su máximo desarrollo con Arquímedes.

En cierto modo, el ejército macedonio formaba en sí mismo una máquina,

bien engrasada gracias a su adiestramiento constante, y a la paga. Filippo obtenía 1.000 talentos anuales tan sólo de las minas del Pangeo y disponía además de muchos otros ingresos. Dinero más que suficiente para pagar los sueldos y el equipo de un ejército permanente que ya no tenía que dejar las armas para dedicarse a las tareas agrícolas. Gracias a ello, Filippo pudo crear el primer ejército auténticamente profesional de la historia de Grecia, con diversas unidades especializadas que se podían utilizar para cometidos concretos.

Combinando este ejército, como ya dijimos, con matrimonios, engaños y sobornos, Filippo fue ganando territorio para su reino. Ya en 358 logró derrotar a los ilirios que sólo dos años antes habían humillado al ejército macedonio y matado a su hermano. Tras esa victoria, anexionó la Alta Macedonia al reino. De los habitantes de aquella zona, pastores sobre todo, reclutó la base de sus falanges de sarisas, e incorporó a la nobleza local dentro de los Compañeros.' Una vez asegurado su territorio, Filippo se volvió hacia el este, con la intención de conquistar Tracia. Poco a poco las ciudades de la zona fueron cayendo en su poder: Anfipolis, Pidna, Potidea... El asedio de Metona le costó un ojo de la cara en el sentido literal, pero dio por bien empleado quedarse tuerto con tal de ganar la ciudad. Gracias a su dominio de Tracia, se apoderó de las minas del Pangeo, de donde extraía los 1.000 talentos anuales ya mencionados. Después concentró sus esfuerzos en Tesalia, donde, como ya dijimos, se alió por matrimonio con la familia de los Alévadas. Tras un primer fracaso en 353, consiguió una gran victoria al año siguiente en la batalla del Campo de Azafrán y se convirtió de hecho en el amo de Tesalia, gracias a lo cual su magnífica caballería pasó a formar parte del ejército macedonio. Alejandro haría buen uso de ella en sus campañas asiáticas.

Filippo ya había chocado con los intereses de Atenas en Tracia, y ahora se acercaba cada vez más a Grecia central. En el año 346 los tebanos pidieron que interviniera en la Cuarta Guerra Sagrada por el control de Delfos. Filippo atravesó el paso de las Termópilas, arrebató el oráculo a los focidios y asoló sus ciudades. Paso a paso, cada vez se acercaba más a Atenas.

Por desgracia para los atenienses, el hombre que se convirtió en campeón de la causa antimacedonia no estaba a la altura de Filippo como general. Ya había pasado la época de Temístocles, Cimón, Pericles o Alcibíades, que eran a la vez generales y oradores. Pero no nos apresuremos a echar la culpa de esto a la decadencia de los griegos, la corrupción de la democracia ateniense, la crisis de la polis y otros tópicos. Desde finales del siglo v y principios del iv, la retórica se había desarrollado hasta convertirse en un arte muy elaborado que requería un largo aprendizaje. Lo mismo podría decirse del arte militar: había auténticos

profesionales en Atenas, como Ificrates y Cabrias, tipos duros que se las sabían todas y hacían sudar a sus hombres en las maniobras de adiestramiento tanto en mar como en tierra. Aunque los griegos de esta época admiraban a los vencedores de las Guerras Médicas, si se hubiesen enfrentado con ellos habrían comprobado que sus antepasados eran poco más que aprendices.

El adversario de Filipo al que nos referimos no era otro que Demóstenes. Al orador ateniense le suele corresponder un papel bastante antipático en los libros y las novelas que tratan sobre esta época. Tiene mucho que ver la admiración que sienten -que sentimos- los autores por la figura de Alejandro, lo que hace que se trate con cierto desprecio a sus adversarios. El caso de Mary Renault es de los más exagerados: su devoción por Alejandro la lleva a ponerlo por las nubes y, en consecuencia, a arrastrar por los suelos a Demóstenes tildándolo de cobarde, mezquino, hombre sin miras y unos cuantos piropos más.

Paradójicamente, Demóstenes no poseía dotes innatas para hablar en público. Era más bien estrecho de pecho, de voz débil, no sabía pronunciar la «r» y además tartamudeaba un poco. Sin embargo, compensó todas sus carencias con dedicación y trabajo. Convirtiéndose en su propio logopeda, se metía guijarros en la boca para practicar sus discursos, de tal manera que por fuerza tenía que exagerar la vocalización (muchos actores españoles jóvenes podrían aprender de él). Lo hacía, además, al mismo tiempo que subía cuestas para aumentar la capacidad de sus pulmones y la potencia de su voz. Se hizo construir un espacio subterráneo donde estudiaba y trabajaba a veces meses completos mientras los sirvientes le traían la comida desde fuera. Para no sentir tentaciones de salir a la calle, se afeitaba media cabeza, de modo que se quedaba encerrado por no hacer el ridículo. Además, consciente de que los argumentos y la lógica no triunfaban por sí solos, practicó lenguaje corporal y declamación con un actor llamado Sátiro para vender mejor su mensaje.

Todas estas anécdotas nos hablan de un personaje cuya dedicación al trabajo era admirable, pero también de un tipo excesivamente reconcentrado. Al parecer, su trato personal no era demasiado amable. Además, Demóstenes no bebía vino, lo que debía convertirlo en una compañía aburrida en los banquetes, como él mismo reconocía.

Demóstenes se convirtió en cabecilla del partido antimacedonio desde 351, año en que pronunció la primera de sus Filípicas para exhortar a sus conciudadanos a que evitasen la caída de Anfipolis en manos macedonias. El término «filípica» ha pasado a nuestro idioma como «discurso duro de censura», pero a pesar de que

utilizó todos sus recursos retóricos, al principio no consiguió convencer a los atenienses. Entre otros motivos porque dentro de su propia ciudad encontró dos opositores: un militar y un orador.

El militar era Foción, un personaje que había sido discípulo de Platón. Foción gozaba de tal reputación entre los atenienses que éstos lo eligieron como general nada menos que 45 veces, dejando el récord de Pericles por los suelos. Se dice de él que era incorruptible, y que sin embargo defendía la política de apaciguamiento con Macedonia por puro sentido común. Ahora bien, conociendo a Filipo, ¿serían compatibles las dos cosas? Hablamos del hombre de la burra cargada de oro... Pero, puesto que no hay pruebas de lo contrario, no arrojaré dudas sobre el honor de Foción, quien a pesar de que se oponía a Demóstenes y a guerrear contra los macedonios cumplió siempre con su deber como general.

En cuanto al orador, era Esquines, autor del que también nos han llegado discursos, aunque no tantos como de Demóstenes. Leer los comentarios que se dedicaban el uno al otro no es precisamente edificante. Demóstenes, nacido de buena familia, le echaba en cara a Esquines su vergonzoso origen: era nada menos que hijo de un maestro, lo peor de lo peor. En el discurso Sobre la corona, le recordó que cuando era un niño tenía que moler la tinta para su padre, barrer el suelo del aula y limpiar los taburetes donde se sentaban los alumnos. Mientras que hoy día un político presumiría de algo así para demostrar a sus votantes que es un hombre del pueblo y se ha hecho a sí mismo, se ve que en Atenas, pese a tratarse de una ciudad democrática, ser pobre no sólo suponía una desgracia, sino también una vergüenza y casi un pecado.

Esquines no se cortó demasiado en la respuesta. Sobre todo, le echó en cara a su rival que no era ni de lejos tan buen orador como presumía. Por lo visto, Demóstenes era incapaz de pronunciar un discurso que no llevara previamente escrito y bien aprendido. Tenía una capacidad de improvisación nula, y cuando en el año 346 se presentó ante Filipo como parte de una legación para negociar un tratado de paz, se quedó bloqueado en un punto del discurso y ya fue incapaz de continuar. Para su desgracia, Esquines, que era otro de los embajadores, lo vio todo y no se privó de contárselo a los demás atenienses para dejar en ridículo a Demóstenes.

Mientras en Atenas andaban con estos dimes y diretes, Filipo seguía interfiriendo en la política griega: ayudó a Megalópolis y Mesenia en contra de Esparta, apoyó un golpe de Estado en Élide y mandó mercenarios a la isla de Eubea, que los atenienses siempre habían considerado su finca particular. Cuando asedió

las ciudades de Bizancio y Perinto, que controlaban los estrechos, los atenienses se preocuparon más en serio. Su suministro de trigo estaba en peligro, y ya sabemos que con las cosas de comer no se juega. Demóstenes, que ya andaba por su cuarta Filípica, convenció por fin a los atenienses de que buscaran el apoyo de Persia, potencia que veía cada vez con más preocupación el creciente poder de Filipo. Gracias a la ayuda persa, los atenienses consiguieron que los macedonios levantaran ambos asedios.

El prestigio de Filipo se resintió después de este fracaso, mientras que el de Demóstenes subió en proporción inversa. Cuando el santuario de Delfos reclamó la presencia de Filipo en la llamada Cuarta Guerra Sagrada para castigar a la ciudad de Anfisa (ésta había cultivado unos terrenos consagrados), Demóstenes consiguió su mayor éxito diplomático al conseguir que Tebas se aliara con Atenas en la lucha contra Filipo.

La batalla se libró en Queronea, una localidad situada en el oeste de Beocia. Fue un combate más o menos clásico, con dos grandes falanges situadas frente a frente y con ambos flancos protegidos por obstáculos naturales. En el ala izquierda del ejército griego combatían 10.000 hoplitas atenienses. Así, al menos, lo aseguran los textos. Pero Atenas no había vuelto a poner tantos hoplitas juntos en el campo de batalla desde Maratón, lo que me hace sospechar que entre esas tropas debía haber también mercenarios. En el centro había 5.000 mercenarios (estos sí, reconocidos) más otras tropas aliadas. Y en la derecha, en la posición de honor, formaban 12.000 soldados beocios, incluyendo el célebre Batallón Sagrado que tantas glorias había dado a Tebas. En total, eran unos 35.000 hombres, más tropas de caballería que mantuvieron en reserva.

Al otro lado del campo, Filipo tenía 30.000 soldados de infantería y 2.000 jinetes. Sobre todo, iba a ser una prueba importante para su falange de sarisas. Filipo mandaba el ala derecha de su ejército, mientras que el flanco izquierdo se lo cedió a su hijo Alejandro, que entonces tenía dieciocho años. Era una gran responsabilidad para el joven príncipe, al que le tocaba enfrentarse a los tebanos, los mejores guerreros del ejército desplegado enfrente.

La batalla se desarrolló casi de forma independiente en los dos lados del campo. Filipo avanzó en orden oblicuo hacia los atenienses, y cuando sus batallones de vanguardia se encontraron con ellos les ordenó retroceder en una especie de retirada fingida. Los hoplitas atenienses se movieron hacia su izquierda siguiendo la maniobra de Filipo y, en un momento dado, creyendo que los macedonios estaban emprendiendo la huida, se abalanzaron sobre ellos, con lo que

desordenaron más sus propias filas. Todo el centro del ejército griego los siguió hacia la izquierda, lo cual abrió un hueco entre ellos y los beocios, que no se habían movido de su sitio mientras recibían, por su parte, la acometida del ala mandada por Alejandro. Éste envió a su caballería por ese hueco, de tal manera que los beocios se vieron presionados entre las puntas de las sarisas y las lanzas de los jinetes. Aunque combatieron con valor, los tebanos sufrieron muchas bajas, y según se cuenta el Batallón Sagrado fue aniquilado: sus hombres murieron en el sitio, sin ceder ni un palmo, y tan sólo 46 de ellos sobrevivieron. A los demás se les enterró en el sitio. En 1890 unas excavaciones descubrieron la tumba colectiva de estos 254 hombres, sepultados en siete filas.

En cuanto a los atenienses, cuya infantería ciudadana llevaba mucho tiempo sin combatir en serio, no habían avanzado muchos pasos detrás del enemigo en retirada cuando descubrieron que se trataba de una añagaza de Filipo. Entonces muchos de ellos sí que huyeron de verdad; entre ellos, según las malas lenguas, Demóstenes, que aquel día combatía como un hoplita más. Filipo tomó 2.000 prisioneros con los que más tarde negoció con la ciudad.

Éste es el relato más extendido de la batalla de Queronea, pero hay que hacer algunas precisiones. Como señala R. Gaebel en su estudio sobre el uso de la caballería en Grecia, en las fuentes clásicas no queda nada claro que Alejandro recurriera a ella para derrotar a los tebanos ni, en particular, para acabar con el Batallón Sagrado (Gaebel, 2002, p. 154). Puesto que se trataba de hoplitas disciplinados y en formación cerrada, habría sido difícil que los caballos cargaran contra esa pared de escudos y lanzas. Parece más probable, y en ello estoy de acuerdo con Gaebel, que Alejandro atacara con tropas de infantería. Más adelante, en Asia, sí utilizaría la caballería, pero no contra falanges cerradas.

Filipo era prácticamente el amo de Grecia. Tras la batalla, disolvió la Confederación de Beocia y obligó a los tebanos a readmitir a sus exiliados políticos: que se maten entre ellos, pensaría Filipo, usando la endémica stásis griega para sus propios fines. Además, les cobró un buen precio por sus prisioneros. En cambio, a los atenienses, de los que habían muerto 1.000 hombres, les devolvió sus 2.000 cautivos gratis y les ofreció unas condiciones bastante generosas: seguramente temía a su flota, y además tenía planes para ella. Atenas, en agradecimiento, concedió la ciudadanía a Filipo y a Alejandro.

¿Cuáles eran los planes de Filipo? Pronto se supo. En la primavera de 337 el rey macedonio convocó a una reunión en Corinto a todos los estados de Grecia, salvo Esparta. Casi ciento cincuenta años antes aquél había sido el escenario de una

reunión para tratar de la guerra contra Persia. Y ésta fue la misma cuestión que planteó Filipo ante sus nuevos -y forzosos- aliados. Con una gran diferencia: ahora serían los griegos y los macedonios quienes atacarían Asia en vez de verse invadidos. La excusa oficial era vengar la invasión de Jerjes y la destrucción de Atenas y otras ciudades. En realidad, era evidente que soñaban con las inmensas riquezas del imperio, máxime cuando hacía poco que Bagoas, eunuco y mandatario persa, había hecho asesinar a Artajerjes III. Se preveía una lucha dinástica con las consabidas rebeliones, así que se antojaba un momento perfecto para invadir Persia, conquistar Asia Menor y saquear todo lo que les permitieran.

La Liga de Corinto eligió como hegemón o líder a Filipo y le encargó que dirigiera la guerra contra los persas. Los preparativos empezaron enseguida, y ya en la primavera del año siguiente había 10.000 soldados en Asia Menor, una cabeza de puente mandada por Parmenión.

Fue entonces cuando se produjo la ruptura entre Filipo y su hijo. El rey decidió casarse con la sobrina de su general Átalo, una joven llamada Cleopatra. Aquello le valió la bronca definitiva con su esposa Olimpia. Aunque llevaban años sin acostarse y tirándose los platos a la cabeza, la nueva situación resultaba más preocupante para ella: Cleopatra era la primera mujer de pura sangre macedonia con la que se casaba Filipo.

En cambio, Alejandro se mostró más conciliador y asistió a la boda. Cuando ya estaban todos bastante borrachos, Átalo propuso un brindis por que la pareja engendrara un heredero legítimo para Macedonia. Alejandro le arrojó la copa a la cabeza y exclamó: «¿Y qué soy yo, un bastardo?». Furioso al ver que su hijo desairaba a su invitado, Filipo desenvainó la espada y se lanzó sobre él, pero entre la cojera y la descomunal cogorza que llevaba se cayó de bruces al suelo. Alejandro comentó: «¡Mirad! ¡Quiere cruzar de Europa a Asia, y es incapaz tan siquiera de ir de una mesa a otra!». A continuación, pensó que allí corría peligro, recogió a su madre y se la llevó a Epiro, donde reinaba el hermano de Olimpia, Alejandro. Como se ve, el repertorio de nombres entre las dinastías de la zona era bastante limitado.

Alejandro, por su parte, se retiró a Iliria. Con el tiempo, Filipo se reconcilió con él de forma más o menos sincera; no es fácil saberlo. Para arreglar también las relaciones con su esposa Olimpia y, sobre todo, con su cuñado Alejandro de Epiro, con cuyo reino no le convenía enemistarse, le ofreció la mano de Cleopatra. No la Cleopatra hija de Átalo con la que Filipo se acababa de casar, sino la Cleopatra hija de Filipo y Olimpia que, por tanto, era sobrina carnal de su prometido.

La boda se celebró en junio del año 336 en Egas, la vieja capital del reino. Poco antes de ella, la Cleopatra esposa de Filipo dio a luz a un niño al que llamaron Carano. A Alejandro no debió hacerle mucha gracia. Hasta el momento, su único competidor por el trono había sido su hermanastro Arrideo, cuyos violentos ataques de epilepsia y escasas luces lo incapacitaban para ser rey. Carano tardaría en tener edad suficiente para convertirse en rey, pero gozaba de una ventaja sobre Alejandro: sangre macedonia al cien por cien.

El acto principal de la boda debía celebrarse en el teatro, donde habían dispuesto un asiento para Filipo en el escenario. Pero cuando el rey entró saludando a sus invitados, el jefe de su guardia personal, el mismo que supuestamente velaba por su seguridad, se acercó a él y le clavó un cuchillo en el corazón. Después, mientras el rey agonizaba tendido ante miles de ojos, el asesino huyó del teatro. Pero al salir de él, tropezó con una parra y cayó al suelo, donde tres guardias de Filipo lo acribillaron a lanzazos.

¿Quién era aquel hombre? Un tal Pausanias, un joven y bello noble que había sido amante de Filipo unos años antes. Pero el rey se había encaprichado de otro muchacho más joven y tal vez más guapo que también se llamaba Pausanias, y se había olvidado de él. Pausanias se dedicó a injuriar a Pausanias, y éste, para demostrar que las acusaciones contra él eran falsas, murió en una batalla contra los ilirios defendiendo la vida de Filipo. El joven difunto tenía amistad con Átalo, el general de Filipo que se acababa de convertir en su suegro. Éste decidió vengarlo, y para ello invitó a cenar a Pausanias (por ser el único que quedaba vivo de los dos, le quitaremos el subíndice). Después lo emborrachó e hizo que diversos invitados abusaran de él y que hasta los muleros lo violaran, amén de propinarle una buena paliza. Pausanias, cuando se recuperó, denunció los hechos ante Filipo; pero éste no quiso o no pudo hacer nada, pues no quería enemistarse con Átalo.

Es evidente que Pausanias tenía un móvil. Ahora bien, siempre hubo sospechas de que podía haber más personas detrás del crimen. Se habló del oro persa, lo cual no habría sido imposible. También se sospechó de Olimpia, por supuesto. Pero, ¿quién era el principal beneficiario de la muerte de Filipo? O mejor, ¿quién era el principal perjudicado de que siguiera con vida? (acabo de mirar en el diccionario y, efectivamente, «perjudicado» no existe).

De no haber muerto Filipo, Alejandro se habría quedado como regente en Europa y las conquistas, que probablemente no hubiesen llegado tan lejos, las habría realizado su padre. Además, la boda de Filipo con una noble macedonia como Cleopatra tenía de incertidumbre su futuro. Tal vez si Pausanias hubiese

confesado quiénes eran sus cómplices todo el mundo habría podido salir de la duda. ¡Lástima que los tres hombres que lo alancearon se precipitaron demasiado y ya no se pudiera interrogar al asesino!

O tal vez no se precipitaron, sino que sabían muy bien lo que hacían. Los tres eran amigos íntimos de Alejandro, recibieron altos cargos poco después y uno de ellos, Perdicas, llegó a ser el número tres del ejército.

¿Significa eso que Alejandro fue el autor intelectual de la muerte de Filipo? Resulta imposible saberlo. Pero en estas dinastías uno no solía llegar al trono sin mancharse las manos de sangre. Por supuesto, después de la muerte de Filipo, Alejandro se deshizo de Átalo y de todos aquellos que podían poner en peligro su trono, como su primo Amintas, para quien Filipo había actuado de regente. El pueblo macedonio en armas corroboró a Alejandro como rey, que se convirtió por tanto en Alejandro III de Macedonia. Pero el joven soberano llegó a conquistar tal fama que hoy día le sobran el ordinal y hasta el calificativo de «Magno» -Mégas en griego-. Después de él, sólo hubo un auténtico Alejandro.

LA CREACIÓN DE UN LÍDER

He hablado de Alejandro, pero en cierto modo no he tenido la buena educación de presentárselo a los lectores. Como dijimos, nació en el año 356, al mismo tiempo que su padre recibía otras dos noticias más. Ese mismo día se dio una circunstancia más desgraciada: cierto individuo incendió el gran templo de Ártemis en Éfeso. Puesto que, como ocurre con tantos terroristas, el único móvil de aquel sujeto era que su nombre pasara a la historia, no le concederé el dudoso honor de escribirlo aquí. Siempre he pensado que quienes destrozan los monumentos y las obras de arte, como hicieron los talibán con aquellos budas, asesinan a los muertos.

Gracias a sus retratos y a las descripciones que aparecen en algunas fuentes, podemos hacernos más o menos idea de cómo era físicamente Alejandro. Su estatura debía de ser mediana, quizá tirando a baja. Según cierta anécdota, cuando se sentaba en el trono de Darío en Babilonia le colgaban los pies, lo que provocó las risas de Casandro, uno de sus oficiales. Pero tampoco hay que tomar esta historia como muestra muy fiable, ya que los reyes persas apoyaban los pies en un escabel, algo que tal vez se le olvidó hacer a Alejandro en aquel momento.

Su complexión debía de ser atlética, aunque sólo fuese por el ejercicio constante. Como noble macedonio, Alejandro cazaba en los bosques de las tierras altas, a menudo animales agresivos y de gran tamaño que había que abatir armado tan sólo con una lanza. También tenía que cruzar ríos a nado, realizar largas marchas por el campo, montar a caballo y hacer instrucción con las armas. Por supuesto, también se ejercitaba al estilo griego en la carrera, la lucha y otras disciplinas olímpicas, una práctica que se había extendido desde hacía tiempo en la helenizada nobleza macedonia. Que Alejandro estaba en forma es evidente por sus prestaciones en el campo de batalla -cargaba al frente de sus Compañeros y escalaba el primero las murallas cuando había que lanzarse al asalto-, y también por su resistencia sobrehumana en las agotadoras etapas de la larguísima campaña de Asia. Aunque estoy convencido de que, más que la fuerza física, eran su increíble voluntad y su ansia de gloria las que lo impulsaban a realizar estas proezas.

Su piel era muy blanca, lo que debió ocasionarle bastantes inconvenientes en sus campañas bajo el sol abrasador de Oriente. Tenía el cabello rubio, o al menos

castaño claro. Se dice que sus ojos eran claros, pero cada uno de un color o matiz diferente. Si en verdad era así, tal vez tenía una pupila ligeramente más dilatada que otra, lo que a veces da la impresión de que los iris son de distinto color. Según Plutarco, su cuerpo exhalaba una fragancia muy agradable, incluso cuando sudaba. Probablemente, al ser tan blanco, era también poco velludo, incluso en el rostro. Tenía la costumbre de afeitarse, seguramente porque la barba apenas se le cerraba, y la puso de moda entre muchos de sus seguidores. En general, los griegos y los macedonios llevaban barba, como los romanos de la época más antigua. Entre otras cosas, sería por comodidad: como comenta el poeta romano Marcial en uno de sus epigramas, el afeitado podía ser un suplicio con aquellas hojas no muy bien afiladas.

De la niñez de Alejandro, la anécdota más conocida es la doma de Bucéfalo. Este caballo ya tenía mucha mili, como se suele decir, y muy mal genio. No se dejaba montar por nadie, tal vez porque su dueño anterior había abusado de la fusta, pero su estampa era tan noble que a Filipo se lo ofrecían por 13 talentos, o sea, 78.000 dracmas. Sospecho que esta anécdota, contada por Plutarco varios siglos después, ha sufrido cierta inflación. En el siglo iv el precio medio de un caballo en Atenas era de 500 dracmas. Aunque los caballos que se vendían en Macedonia probablemente eran mejores que los del mercado del Ágora, un precio 156 veces superior a la media por un caballo resabiado de doce años se antoja algo exagerado.

En cualquier caso, Alejandro se ofreció a montarlo si su padre se lo regalaba. El muchacho, que como todo noble macedonio debía haber aprendido a cabalgar casi antes que a gatear, había observado que el caba Ro se ponía nervioso al ver su propia sombra. Así que lo puso de cara al sol y, después de calmarlo con caricias y palabras suaves, montó en él sin ningún problema. Bucéfalo lo acompañaría hasta los confines del mundo conocido y acabaría dando nombre a una ciudad.

El primer educador de Alejandro fue un veterano soldado llamado Leónidas, que le ayudó a endurecer su cuerpo y su carácter. Hay una anécdota relacionada con él que revela algo de la forma de ser de Alejandro. Un día en que ambos realizaban un sacrificio, éste echó bastante incienso al fuego. Leónidas le regañó por despilfarrar aquel perfume tan caro y le dijo que cuando conquistara el país de donde se traía el incienso podría gastar cuanto quisiera. El niño frunció el ceño y aguantó la reprimenda. Pero muchos años más tarde, cuando conquistó la ciudad fenicia de Gaza, le envió a su viejo tutor 15 toneladas de mirra. Alejandro tenía en la cabeza una auténtica agenda electrónica: para bien o para mal, llevaba la cuenta de todo lo que le hacían o decían los demás.

En el año 343 Filippo decidió que su hijo necesitaba una formación más elevada y nombró como tutor a Aristóteles. Éste había estudiado en la Academia de Platón durante veinte años para instalarse después en Asia Menor, y ya había alcanzado cierto prestigio, aunque consiguió mucho más al convertirse en preceptor del joven príncipe. La razón principal para que Filippo lo eligiera, no obstante, era una amistad familiar: el padre de Aristóteles, Nicómaco, había sido médico de Amintas, el padre de Filippo.

Alejandro se educó en un lugar algo apartado de la capital, Mieza. Allí lo acompañaron en su formación otros jóvenes nobles que con el tiempo se convertirían en sus generales. Entre ellos estaban Casandro, Ptolomeo (el mismo que inauguró una dinastía en Egipto que No hablaba eslavo) y Hefestión. Este último se convirtió en el mejor amigo de Alejandro y mantuvo esa amistad hasta su muerte. ¿Fueron amantes? Las fuentes no lo afirman de manera concluyente, pero parece evidente que sí. Se los ha comparado a menudo con Aquiles y Patroclo, con cierta razón. Alejandro creía ser descendiente de Aquiles y lo admiraba tanto que durante sus campañas llevaba una edición de la *Ilíada*, supuestamente preparada por Aristóteles. Cuando pisaron la Tróade en el inicio de la campaña asiática, depositó una corona sobre la tumba de Aquiles en Troya, mientras que Hefestión hacía lo mismo sobre la de Patroclo. Aunque en Homero no se menciona ninguna relación carnal entre ambos héroes, en la Época Clásica, cuando la homosexualidad se extendió, se daba por supuesto que eran amantes.

En general, la mayoría de los autores piensan que Alejandro mostraba más tendencias homosexuales que heterosexuales. Se fue de Macedonia sin casarse, y tardó tiempo en contraer matrimonio, aun cuando su deber como rey habría sido dejar un heredero antes de salir de Europa. Sin embargo, si hubiera vivido más años quizá no se hablaría de este asunto. Como señala Carol G. Thomas, el matrimonio para los reyes de Macedonia era sobre todo un arma diplomática (Thomas, 2007, p. 223). En los primeros años, Alejandro tuvo más necesidad de recurrir al ejército que a la diplomacia, ya que la red de alianzas que había tejido su padre gracias a sus bodas era sólida, y apenas le quedó tiempo para pensar en bodas. Además, de haber dejado un hijo en Macedonia, lejos de él, tal vez el niño se habría convertido en un títere de la dominante Olimpia. Lo cierto es que cuando de verdad necesitó arreglos diplomáticos durante la conquista del Imperio persa, se casó dos veces. En cuanto a sus tendencias sexuales, su padre también tenía amantes masculinos, como los dos Pausanias mencionados. La cuestión se define, por tanto, así: ¿Alejandro era bisexual, como tantos griegos y macedonios helenizados, o realmente le atraían más los hombres que las mujeres? Tiendo a creer más en lo segundo, pero tal vez se deba a la idea que han creado en mí las lecturas. No es fácil saberlo.

Por otra parte, sintiese o no atracción por las mujeres, era muy galante con ellas. Sobre todo con las que ya tenían edad de ser su madre, como la reina Ada de Caria -que lo adoptó como hijo- o Sisigambis, la madre de Darío. Debido a eso, algunos autores han psicoanalizado las relaciones de Alejandro con la temperamental Olimpia y prácticamente le han atribuido un complejo de Edipo.

Aristóteles, que era un hombre de curiosidad insaciable y variada, enseñó todo tipo de materias a Alejandro y sus compañeros. En particular, despertó el interés del joven príncipe por la botánica y la zoología. Años más tarde, Alejandro se hizo acompañar por varios científicos en su expedición, y mandaba a su antiguo preceptor ejemplares de todas las plantas que encontraba por los rincones de Asia.

En las ideas políticas, sin embargo, sus puntos de vista debían chocar más. A pesar de su enorme inteligencia, Aristóteles seguía anclado en el mundo de la polis griega, como puede comprobar cualquiera que lea su *Política*. Por otra parte, al filósofo estagirita no le habría hecho demasiada gracia la política interracial que siguió Alejandro en Asia. Aristóteles estaba convencido de que el carácter y el clima guardaban una estrecha relación. Los pueblos de la Europa del norte, debido a su hábitat frío, eran valerosos y más bien lerdos. Por eso su forma de vida era libre, pero desorganizada. Los asiáticos, que sufrían más calor, los superaban en inteligencia. A cambio carecían de nervio, por lo que estaban destinados a la esclavitud. Los griegos, al habitar una zona de clima moderado, aunaban valor e inteligencia, y por eso estaban destinados a mandar (*Política* 7, 1327, b).

Obviamente, Aristóteles debía considerar griegos a los macedonios. Al menos, cuando le pagaban por dar clases.

No me resisto a contar otra anécdota al estilo plutarquiano, pero más moderna. En el *Alejandro* de Oliver Stone hay una escena en que Aristóteles, interpretado por Christopher Plummer, da clases a los muchachos macedonios y les enseña un mapa del mundo. El escenario lo forman unas ruinas realmente muy ruinosas. Al ver aquello, un amigo mío no pudo evitarlo y exclamó en medio del cine: «Pero, ¿es que estos griegos tenían que construirlo todo ya roto?».

ALEJANDRO, REY

Para un soberano macedonio, el principio de su reinado era casi tan difícil como para un monarca persa. Hay que constatar que, cuando murió Filipo, Alejandro tenía tan sólo veinte años y todavía no se habían escrito libros ni rodado películas sobre él. Mi comentario no es tan absurdo como puede parecer.

Estamos ya tan acostumbrados al mito de Alejandro y su carisma que podemos llegar a creer que, nada más nacer, la comadrona le dijo a Olimpia: «Señora, ha tenido usted al conquistador del mundo». (Homenaje a Gila).

En el año 336 Alejandro no había hecho nada tan importante como para que se pensara que podía superar a su padre. Sí, había mandado el ala izquierda del ejército en Queronea, pero la victoria pertenecía a Filipo. Recordemos quién era éste y todos los logros que había alcanzado durante veinte años. Era lógico que, a la muerte del rey tuerto, muchos de sus súbditos forzosos pensasen que había llegado el momento de rebelarse contra el yugo macedonio. Los atenienses dieron un ejemplo un tanto lamentable al declarar aquel día de acción de gracias y conceder una corona de oro póstuma al asesino, a pesar de que no mucho antes habían nombrado ciudadano a Filipo e incluso le habían erigido una estatua.

Alejandro no tardó en demostrar que, aunque no tuviera la barba de su padre, había que tomárselo en serio. En un viaje relámpago se aseguró primero la sumisión de Tesalia, que se había mostrado algo levantisca, y después prosiguió camino hacia el sur. Atenas pidió disculpas y Alejandro las aceptó. Había ido como embajador a la ciudad después de la batalla de Queronea, pero esta vez no quiso entrar en ella.

La ciudad que sí visitó fue Corinto. Allí los aliados lo proclamaron hegenión, como a su padre, y se decidió que la proyectada campaña de represalias contra el Imperio persa seguiría adelante con el nuevo rey. En Corinto, Alejandro conoció a Diógenes. Sobre su encuentro corrieron muchas anécdotas. Después de un curioso intercambio de pareceres, Alejandro le dijo a Diógenes que estaba dispuesto a concederle cualquier favor que le pidiera. Conociendo al filósofo cínico, debía de estar tentándolo para ver qué burrada le soltaba. Aquél contestó: «Pues ya que me lo dices, sí, hazme un favor. Apártate un poco, que me estás tapando el sol». Alejandro lo hizo y se marchó sin añadir nada más. A los hombres que lo acompañaban les comentó: «Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes». Sinceramente, dudo mucho que hiciera este comentario. Parece que, entre otras virtudes, Alejandro tenía la de ser bastante aseado, y sospecho que el tonel de Diógenes no era precisamente una burbuja esterilizada.

Durante el verano del año 335, Alejandro luchó contra las tribus de Tracia e Iliria, pues quería dejar pacificadas todas esas tierras hasta el Danubio antes de la expedición a Asia. Fue una campaña dura, en la que el joven rey demostró su talento para el mando y la improvisación. Al intentar tomar el paso del Hemón, los defensores echaron a rodar sus carros por una empinada cuesta para que aplastaran

a los macedonios. Alejandro ordenó a los que estaban en su camino que se agacharan y formaran una tortuga con sus escudos, y los carros rodaron por encima de ellos sin causar grandes daños. Ni que decir tiene que el paso del Hemón cayó en sus manos.

Mientras tanto, en Grecia cundió el rumor de que Alejandro había muerto. Atenas y Tebas aprovecharon para rebelarse contra el dominio macedonio, como era de esperar. Cuando aquél lo supo, bajó desde el norte a marchas forzadas y se plantó ante Tebas. Los atenienses no enviaron ayuda a sus aliados (no era la primera vez que los dejaban con la retaguardia desguarnecida, por decirlo finamente), de modo que los tebanos tuvieron que combatir solos contra los macedonios. Después de un breve y algo accidentado asedio en el que su amigo Perdicas resultó herido, las tropas de Alejandro entraron en la ciudad. Lo que ocurrió a continuación fue una masacre. Sólo se salvaron los sacerdotes, los aristócratas miembros de la facción pro macedonia y los descendientes de Píndaro. Alejandro hizo que arrasaran y quemaran todas las casas salvo, precisamente, la morada donde había vivido el poeta que exaltaba los valores de la aristocracia.

Fue un acto despiadado, pero tenía su lógica. Alejandro no quería que, nada más poner el pie en Asia Menor, volviera a estallar la rebelión en Grecia. Al conocer el terrible destino sufrido por los tebanos, las demás ciudades se lo pensarían dos veces antes de sublevarse. De hecho, Atenas se entregó sin lucha. Foción, el veterano general ateniense, negoció con Alejandro y consiguió salvar la vida de los más destacados cabecillas del movimiento antimacedonio, entre ellos Demóstenes. De nuevo, si Alejandro transigió con Atenas fue porque necesitaba su flota.

Una vez pacificada Grecia, Alejandro podía emprender por fin su cruzada contra los persas. En la primavera del año 334 cruzó el Helesponto. Nunca regresó a Europa.

LA CONQUISTA DE ASIA MENOR

Cuando Alejandro atravesó el estrecho de los Dardanelos, lo hizo con 32.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería, a los que se sumaron los 10.000 que ya estaban en Asia Menor. El núcleo de confianza de su ejército era macedonio: 9.000 falangitas, formados en 6 batallones de sarisas; 3.000 hipaspistas, tropas de infantería de élite que a veces combatían con lanzas más cortas para tener mayor movilidad; 1.800 jinetes de la caballería de los Compañeros y casi 1.000 soldados de infantería ligera. El resto eran aliados y mercenarios de diversas procedencias y de cuerpos de toda índole. La Liga de Corinto, que teóricamente había encomendado a

Alejandro llevar a cabo aquella expedición de venganza, tan sólo aportaba 7.000 soldados. Los demás griegos eran mercenarios, lo que demuestra que el entusiasmo que sentían en Grecia por la aventura era algo menos que moderado. Acompañaban también a la expedición ingenieros y científicos varios, entre ellos un sobrino de Aristóteles llamado Calístenes.

En Asia, Alejandro se reunió con Parmenión, que llevaba allí ya un tiempo como cabeza de puente. Había heredado de su padre cierto número de generales veteranos, entre ellos el citado Parmenión y Antípatro, a quien dejó como gobernador de Macedonia y de Grecia. No estamos hablando de generales a la manera moderna, funcionarios militares de alta graduación a los que Alejandro pudiera jubilar, expulsar o degradar. Todos ellos eran cabecillas de sus propios clanes, algunos del llano y otros de la montaña, y poseían poder e influencias personales. Alejandro se veía obligado a lidiar con ellos, aunque seguramente habría preferido rodearse de sus propios compañeros más jóvenes. Con el tiempo, Hefestión, Perdicas, Ptolomeo, Crátero y otros amigos irían ocupando a su lado los puestos que Parmenión, Antípatro o Antígono habían desempeñado junto a su padre.

Durante la primera fase de la invasión, los persas no actuaron con contundencia, algo que suele considerarse un error de Darío III, el soberano que había ascendido recientemente al poder tras las muertes de sus predecesores Artajerjes y Arsés. Hay que tener en cuenta que, desde las Guerras Médicas, se habían librado muchos combates entre griegos y persas en las costas de Asia Menor: las ciudades jonias habían recobrado y perdido su libertad varias veces, pero los griegos, exceptuando la campaña de Ciro el joven, nunca se alejaban demasiado del Egeo. El nuevo soberano tenía otras cosas en que pensar. De momento, sus sátrapas podían encargarse del joven macedonio. Como mucho, volverían a perder la costa de Jonia. ¿Quién iba a pensar que Alejandro albergaba intenciones de llegar hasta Mesopotamia y Persia? Quizá al principio no lo sospechaba ni el mismo Alejandro.

Entre los generales de Darío había un griego, Memnón de Rodas, que propuso recibir a Alejandro con una estrategia de tierra quemada. Si devastaban los campos y se retiraban ante el avance del macedonio, éste tendría que internarse cada vez más en Asia Menor, lejos del mar. La flota persa podría cortarle las líneas de abastecimiento... y tal vez verse reforzada por la de Atenas, pues el Gran Rey guardaba oro de sobra para instigar otra revuelta.

Pero los nobles persas se negaron.' Tal vez no querían ver sus propiedades incendiadas, o eran sus ideales guerreros los que les impulsaban a plantar

resistencia y no ceder terreno ante el enemigo. El caso es que tomaron posiciones en la orilla sur del río Gránico, por donde Alejandro tenía que pasar en su avance hacia el sur. Sus tropas eran inferiores en número a las del macedonio, pero contaban con superioridad en caballería, el cuerpo favorito de los persas. En infantería, sus efectivos eran sobre todo mercenarios griegos, entre 5.000 y 8.000 hombres al mando de Memnón.

A Alejandro se le ofrecían varias opciones. Entre ellas, la que le sugirió Parmenión: esperar unas horas y, al amparo de la noche, llevar parte de las tropas corriente arriba para cruzar el río y lanzar una ofensiva por sorpresa al amanecer. Pero Alejandro decidió atacar cuanto antes. La primera línea de la orilla opuesta no era de infantería, como habría sido lógico en una posición defensiva, sino de caballería: los ideales guerreros de los nobles persas no les permitían retirarse a la segunda línea.

La maniobra decisiva de la batalla fue el ataque por el ala derecha del propio Alejandro, seguido por los Compañeros. Para muchos expertos, fue una insensatez. Desde luego, allí no se libró una batalla de tácticas elaboradas, sino de pura testosterona humana y animal. Miles de jinetes se trabaron en una refriega encarnizada en la orilla del río, con los macedonios empujando hacia arriba en una posición nada ventajosa. Pero su armamento era más apropiado para el choque cuerpo a cuerpo, mientras que los jinetes persas estaban más acostumbrados a pelear a distancia con jabalinas y flechas. En la lucha, Alejandro estuvo a punto de morir, lo que habría puesto un fin prematuro a su aventura. Un caballero persa le propinó un golpe en la cabeza que le arrancó parte del penacho, y quedó aturdido. Pero otro veterano de su padre, Clito el Negro -hermano de la nodriza que le había amamantado- le salvó la vida con un tajo que cercenó el brazo del persa.

Temerario o no, Alejandro consiguió en el Gránico su primera victoria. Los persas que no cayeron en la lucha se retiraron, al igual que Memnón. Pero muchos de los mercenarios griegos quedaron bloqueados en un montículo, y Alejandro no tuvo piedad de ellos. Es evidente que quería dar una lección a todos los helenos, estuvieran en Asia o en Grecia: quien luchara en el bando persa era un traidor. Sólo sobrevivieron 2.000, a los que envió a Macedonia para trabajar como esclavos en las minas.

Después de la batalla, Alejandro consiguió su primer botín. No le vino nada mal, porque el ejército había cruzado el Helesponto sólo con dinero y provisiones para treinta días: Filipo había dejado a su hijo una deuda de 500 talentos, a la que Alejandro había sumado otra de 800. De lo obtenido en el Gránico envió a Grecia

una parte, incluyendo 300 armaduras persas para que las consagraran en la Acrópolis; no olvidemos que el objetivo oficial de la campaña era vengar el incendio de Atenas. Alejandro ordenó que las acompañaran con una inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los espartanos, ofrecen estos despojos arrebatados a los bárbaros que viven en Asia». La propaganda era fundamental para evitar que en Grecia, y sobre todo en Atenas, estallaran más revueltas. Es imposible no darse cuenta de ese estrambote, «excepto los espartanos». La orgullosa ciudad de Esparta, que había visto su territorio y su poder tan reducidos en las últimas décadas, no quería saber nada de aquella campaña. Alejandro ni se molestó en obligarlos, pues no creía que supusieran una amenaza para él.

A partir del Gránico, Alejandro bajó hacia el sur a lo largo de la costa sin mayores problemas. Las ciudades jonias, y también Sardes, se fueron entregando a su paso. En la mayoría de ellas gobernaban oligarquías o tiranías instaladas por los persas, así que Alejandro las sustituyó por democracias. No porque fuera partidario de la democracia: lo que quería era marcar diferencias con el régimen anterior para presentarse como liberador de los griegos.

La ciudad que le ofreció más resistencia fue Halicarnaso, cuya posición natural resultaba de por sí fácil de proteger y que además tenía unas murallas muy sólidas. Uno de los defensores de la ciudad era Memnón, que puso en serios aprietos a Alejandro. Pero éste disponía de ingenieros muy eficaces y, además, cuando se empeñaba en tomar una ciudad demostraba toda la paciencia que le faltaba en otros momentos. Al comprender por fin que Halicarnaso iba a caer, Memnón le prendió fuego y se marchó con sus hombres y sus barcos. Su intención era seguir combatiendo a Alejandro en otros puntos de la costa; pero, para su desgracia y la de los persas, cayó enfermo poco después y no tardó en morir.

Después de asegurar toda la costa de Jonia, Alejandro se internó en Asia Menor, donde se reunió con Parmenión, que se había dedicado a conquistar Frigia. Al llegar a la ciudad de Gordio, los lugareños le enseñaron el carro en el que siglos antes había llegado allí un tal Gordias. La lanza del carro estaba atada al yugo con un complicadísimo nudo cuyos cabos no se veían, pues estaban ocultos dentro de una especie de bola. Se decía que quien lo desatara se convertiría en soberano de toda Asia, de modo que Alejandro no pudo resistir la tentación de intentarlo. Pero el nudo era tan difícil como el cubo de Rubik. Alejandro se cansó, desenvainó la espada y lo cortó. Quizá pensó que así nadie podría desatarlo después de él y disputarle la supremacía de Asia.

LA BATALLA DE ISO

Entretanto, el rey Darío había decidido que la amenaza era lo bastante seria para ir él mismo a la guerra, de modo que reclutó un ejército y se puso en marcha. Por supuesto, lo hizo con toda la pompa que cabía esperar de un Aqueménida, con lujosos pabellones cargados de tesoros y acompañado de sus esposas y concubinas, ¡y hasta de su madre! Como ya he comentado en alguna ocasión, aunque llevaban siglos poseyendo un imperio, los persas seguían conservando algo de nómadas.

El enfrentamiento entre los dos soberanos se produjo en noviembre del año 333. La batalla se libró cerca de la bahía de Iso, prácticamente en el rincón donde la costa de Turquía, que hasta ahí va de oeste a este, gira en un ángulo recto y desciende al sur, ya convertida en el litoral de Siria. La situación que se produjo fue paradójica. Lo normal habría sido que Alejandro, como invasor, bajara de norte a sur, con el mar a su derecha, y que se hubiera topado de frente con las tropas de Darío. Pero los dos habían jugado previamente y sin saberlo al ratón y al gato: mientras Alejandro avanzaba junto al mar, Darío lo hacía al otro lado de las montañas, y cuando llegó a la bahía de Iso se dio cuenta de que los macedonios ya habían pasado por allí. Alejandro, por su parte, al enterarse de que tenía al ejército persa detrás de él, dio media vuelta con el suyo, y ambos se encontraron en posiciones invertidas.

El ejército persa debía de ser superior en número al macedonio, aunque no en la proporción fabulosa que encontramos en las fuentes clásicas. En cualquier caso, la posición los igualaba a ambos. Alejandro tenía a su izquierda el mar y a su derecha unas estribaciones montañosas. De esa manera, con los flancos cubiertos, podía evitar que las huestes de Darío aprovecharan su superioridad numérica para rodearlo. En el ala izquierda situó a Parmenión y él tomó el mando de la derecha, como repetirían luego en Gaugamela. Es preciso recordar que en estas batallas los frentes se extendían hasta cuatro kilómetros, por lo que comunicarse de un extremo a otro del campo de batalla resultaba complicado, aun recurriendo a enlaces a caballo. Debido a ello, en cada flanco se libraban combates prácticamente independientes.

En el Gránico, muchos persas se habían lanzado sobre Alejandro, dispuestos a matarlo y dejar sin jefe al ejército macedonio. Eso demostraba la importancia que para ellos tenía acabar con el líder enemigo, de modo que Alejandro decidió pagarles con su misma moneda. Toda su táctica se encaminó a matar a Darío o hacerlo prisionero. Mientras Parmenión se batía el cobre, el bronce y el hierro junto al mar, Alejandro, después de varias maniobras de preparación, se lanzó como una cuña contra el centro del ejército persa junto con los Compañeros. Allí era donde estaba Darío con su carro, en la posición tradicional que ocupaban los reyes, ya que

desde el centro podía impartir órdenes a ambas alas. Se libró una dura refriega en torno a Darío, hasta que éste vio su futuro inmediato tan negro que hizo girar el carro y emprendió la huida.

Alejandro se habría lanzado de inmediato en su persecución, pero tuvo que girar hacia la izquierda para ayudar a la falange que se había estancado en la zona central, en las orillas del río Pínavo. Al mismo tiempo, el ala de Parmenión se veía muy apurada ante los ataques de la caballería pesada enemiga, mandada por el general Nabarzanes. Una vez que Alejandro acudió en ayuda de sus unidades amenazadas y, además, corrió la noticia de la huida de Darío, la batalla se convirtió en una desbandada general. Como solía ocurrir, llegó la hora de la matanza.

Cuando Alejandro vio que la situación se había solucionado, partió en pos del rey. Él y los Compañeros cabalgaron casi 40 kilómetros, hasta que oscureció y se vieron obligados a renunciar a la persecución. Darío se había escapado, pero el botín compensaba su huida. Todo el campamento persa cayó en su poder, incluyendo las mujeres de la familia real. Allí se encontraban Sisigambis, la madre del Gran Rey, y Estatira, esposa y hermanastra de Darío, considerada la mujer más bella de Asia. También habían traído con ellas a su hijo.

Alejandro trató a las damas persas con una cortesía y magnanimidad que se han hecho proverbiales y que, cuando su leyenda aumentó con el correr de los siglos, lo convirtieron en el prototipo del caballero medieval. Probablemente actuó así de corazón, pero también usando una buena dosis de cálculo. Da la impresión de que Alejandro medía mucho más sus gestos y sus actitudes de lo que pueda parecer. Accesos de ira como los que lo llevaron a arrasar Tebas o masacrar a los mercenarios griegos en el Gránico no eran tan impulsivos: si podía reinar recurriendo a la generosidad y el amor lo hacía, pero también sabía servirse del miedo cuando lo juzgaba necesario.

En este momento concreto, al tratar con tal cortesía a las damas reales, se estaba preparando el camino. Pues, aunque aún no se lo hubiera confesado a nadie, su intención no era ya dar un escarmiento a los persas: empezaba a concebir planes de convertirse en su nuevo soberano, un Gran Rey macedonio.

Así lo demostró cuando le llegó una oferta de Darío. El Aqueménida le ofreció un rescate por los prisioneros y, además, le propuso firmar un tratado de amistad y alianza. Si lo hacía, le entregaría todas las ciudades y los territorios al oeste del río Halis. Alejandro contestó de forma arrogante: Darío no podía ofrecerle lo que ya no era suyo. «En lo sucesivo», le escribió, «te dirigirás a mí como señor de

toda Asia».

EL ASEDIO DE TIRO

Después de su gran victoria en Iso, Alejandro podría haber avanzado hacia el este hasta llegar al Éufrates, para bajar desde allí a Babilonia y conquistar el núcleo del imperio. Pero no quería dejar a sus espaldas las costas de Fenicia sin apoderarse antes de sus puertos: era la única manera de privar de bases a la flota enemiga. La ciudad que más se le resistió en ese empeño fue Tiro.

Aquél fue el más duro de sus asedios. Tiro era una isla, separada del continente por más de medio kilómetro de agua, y tenía unas murallas de imponente altura. Como Atenas en su momento, Tiro era la dueña de aquellas aguas, por lo que era impensable rendirla por hambre: los barcos podían entrar libremente en sus dos puertos, situados al norte y al sur de la isla. Alejandro decidió construir un enorme muelle de 60 metros de anchura con el fin de llegar hasta la muralla y atacarla con sus máquinas. Para hacerlo, sus hombres clavaban grandes pilotes de madera en el fondo cenagoso y rellenaban la estructura con cascotes y tierra. Pero luego las aguas se hicieron más profundas, y al acercarse a la muralla los trabajadores empezaron a sufrir a la vez los disparos de los defensores de Tiro y el acoso de los trirremes fenicios que salían desde los dos puertos.

Como contramedida, Alejandro ordenó levantar dos torres de asedio de varios pisos, cubiertas con pieles que sus hombres mojaban constantemente para que las flechas incendiarias de los enemigos no prendieran la madera. En las torres había catapultas que lanzaban pedruscos y flechas y alejaban a los barcos. Les tocaba el turno a los fenicios, y éstos recurrieron a un truco que a mí me encanta usar en cierto juego de estrategia muy popular: un brulote, un barco cargado de material incendiario. Gracias a él y a una salida en masa de la flota fenicia desde ambos puertos, las obras de Alejandro ardieron, y para colmo se levantó una tormenta que destrozó el muelle.

Pero el impulsivo Alejandro sabía armarse de paciencia. Sus ingenieros y zapadores reemprendieron la obra, ahora con un espigón más ancho y más piezas de artillería. Éstas ya no sólo derribaban a los defensores que se situaban en las almenas, sino que causaban desperfectos en los muros. Hay que tener en cuenta que las murallas no se construían de sillares macizos: tan sólo eran de piedra las capas externas, a modo de encofrado que se rellenaba con cascotes y tierra apisonada. Muchas veces se procuraba utilizar arcilla húmeda, que era más flexible, pero cuando se secaba el efecto era el mismo que el de la tierra. Si los arietes o las piedras

lograban abrir una brecha en los sillares exteriores, a partir de esta grieta se podía acabar derribando un sector de la muralla.

En aquel momento se sumaron a las fuerzas de Alejandro más de 200 barcos, entre chipriotas y fenicios de otras ciudades. Obviamente, las apuestas se empezaban a decantar por el macedonio, así que todo el mundo quería correr en auxilio del vencedor. Alejandro intentó forzar una batalla naval, pero los tirios, que ahora se encontraban en inferioridad, no picaron el anzuelo y se limitaron a defender sus dos puertos, cerrados por cadenas y trirremes con el espolón apuntando hacia el exterior.

La lucha se prolongó, con sorprendentes muestras de ingenio por parte de ambos bandos, que blindaron barcos, utilizaron buceadores que cortaban las amarras de las naves, usaron grúas, construyeron refuerzos de madera para las murallas... Los ingenieros de Alejandro llegaron a unir cuadrirremes² de dos en dos, para montar sobre ellos enormes torres de asedio y acercarlas a la isla. Quizá ése fue el germen de las grandes naves como la Leontóforos que, según Lionel Casson, eran en realidad catamaranes (Casson, 1995, p. 110 y figs. 112 y 113).

Por fin, al séptimo mes Tiro se había convertido prácticamente en una península, y Alejandro decidió lanzar el ataque definitivo. Los macedonios abrieron una brecha en la parte sur de la muralla y, después de tres días de combate, los hipaspistas entraron por aquel hueco mandados por Admeto, un oficial que murió apenas plantó el pie en el muro. En ese mismo momento, las flotas aliadas de Alejandro atacaron ambos puertos. Los fenicios cedieron terreno, y al final se refugiaron en un templo dedicado a Agenor, el mítico fundador de Tiro.

Aunque, al parecer, los tirios habían evacuado a parte de su población durante el asedio mandándola a Cartago, en la matanza posterior a la caída de los muros perecieron unas 8.000 personas. Según Arriano, Alejandro vendió a otras 30.000, entre ciudadanos de Tiro y extranjeros. La cifra parece exagerada, pero aunque no se llegara a tal número, el dinero obtenido por la venta y el botín de la ciudad debió compensar en parte los gastos de un asedio tan largo.

Mientras asediaban Tiro, Darío había enviado a Alejandro otra oferta de paz más generosa que la primera: 10.000 talentos por la familia real, la mano de una de sus hijas y todo el imperio al oeste del Éufrates. Parece que el monarca, después de su derrota en Iso, veía la situación sumamente complicada. Parmenión le dijo a Alejandro que él en su lugar aceptaría la propuesta. «Yo también aceptaría si fuera Parmenión, viejo amigo», respondió el rey, «pero soy Alejandro».³

EGIPTO Y EL OASIS DE SIWA

Gaza también se resistió a Alejandro, pero acabó cayendo en un par de meses. Durante el sitio, una flecha se le clavó en el hombro y le hizo perder mucha sangre. El rey macedonio aceptó de buen grado la herida con tal de conquistarla ciudad. También había recibido una herida en el muslo en la batalla de Iso. Al final de sus días, Alejandro debía de parecer un alfiletero mal remendado, igual que su padre.

A finales del año 332, caída Gaza, Alejandro costeó la península del Sinaí y llegó a Egipto en tan sólo siete días, con marchas diarias de más de 30 kilómetros. El ejército de tierra avanzaba a la par que la flota. Ésta cargaba con las provisiones, mientras que las tropas de tierra se dedicaban a buscar manantiales o excavar pozos para encontrar agua potable.

Los egipcios recibieron a Alejandro como a un libertador, pues estaban muy resentidos con la dominación persa. Como ya hemos visto, los atenienses habían apoyado la revuelta de Ínaro en el año 465. Aunque éste murió empalado y Atenas perdió una flota y muchos hombres, la zona pantanosa del delta siguió manteniendo su independencia. Después, en el año 404 todo el país se libró del dominio Aqueménida, y los persas lo habían reconquistado tan sólo unos años antes de la llegada de los macedonios.

Alejandro tuvo la inteligencia de ganarse el favor de los egipcios. Éstos fueron durante toda su historia un pueblo muy xenófobo, así que sos pecho que en privado escupían al hablar de los macedonios. Pero su yugo debió parecerles suave en comparación con el persa, ya que Alejandro respetó sus creencias religiosas y no introdujo grandes cambios en su administración. Los egipcios lo agradecieron otorgándole los títulos tradicionales de sus faraones, lo que suponía llevar la doble corona: la blanca del Alto Egipto y la roja del Bajo.

En enero del año 331, Alejandro fundó la más famosa de sus ciudades, la Alejandría que todos conocemos. El lugar que eligió era un istmo que separaba el mar del lago Mareotis, en la zona occidental del delta. La ciudad podía comunicarse con el Nilo mediante un canal. Su idea era que sirviera como puerto de salida para las mercancías de Egipto y también para las que llegaban por el Nilo desde Sudán y las costas del mar Rojo; sobre todo, las especias y los perfumes de Arabia. Aunque estuviera en Egipto, Alejandría era una ciudad griega, y de hecho se llamaba Alexándreia para Aigyptou, «Alejandría junto a Egipto». La elección de la preposición es muy significativa.

En cierto modo, Alejandro creó Alejandría al estilo de Atenas, pues la dividió en barrios llamados «demos» y tan sólo concedió la ciudadanía a los grecoparlantes, fueran soldados de Alejandro o inmigrantes que acudían de toda partes de Grecia. También había egipcios en la ciudad, pero en distritos separados; se gobernaban por sus propias leyes y no se convertían en ciudadanos, a no ser que aceptaran helenizarse. Existía asimismo una comunidad judía que prosperó y creció rápidamente. A la hora de armonizar poblaciones tan distintas, Alejandría seguía el modelo multicultural británico, en que cada comunidad lleva una vida prácticamente independiente, pero respetando las costumbres de las demás... aunque no siempre, claro. Si Londres sufrió los atentados del metro, Alejandría y el resto del Egipto macedónico experimentarían con el tiempo sus propios disturbios sociales. Entre otros motivos, porque la administración se hallaba en manos de extranjeros que traían sus propios dioses, y que en lugar de hablar egipcio obligaban a los nativos a aprender griego y los explotaban laboralmente. Un fenómeno corriente en el Egipto del siglo iii sería el de las anakhoréseis, una especie de huelgas en las que los egipcios se retiraban a sus templos y se negaban a trabajar.

Tras conquistar Egipto sin tener que luchar -una variación agradable en la rutina después de dos terribles asedios- Alejandro se embarcó en una extraña aventura que también ha hecho correr ríos de tinta. Al oeste del delta, a unos 550 kilómetros de Alejandría, se encuentra Siwa, un extenso oasis situado en una depresión que en sus puntos más bajos alcanza 60 metros bajo el nivel del mar. Se encuentran en él numerosas fuentes y lagos, aunque el agua tiene tanto contenido en sal que los peces no pueden vivir allí, y los únicos cultivos que prosperan, al igual que en época de Alejandro, son el olivo y el dátil.

En este oasis, rodeado por las dunas del desierto líbico, había un oráculo del dios Amón, al que los griegos identificaban con Zeus. Alejandro sintió el deseo de visitarlo y consultar al dios. La palabra para este deseo en griego es póthos, un sentimiento muy característico de Alejandro en el que se mezclaba una extraña nostalgia de lo desconocido, el afán de emular a héroes y dioses como Heracles, Perseo o Dionisio, y también cierto capricho aventurero.

Pero no todo era antojo. Visitar un oráculo consagrado a un dios egipcio era una forma de ganarse el favor del pueblo de los faraones. Además, si los antiguos pedían consejo a los dioses para cualquier decisión, por nimia que fuese, ¿qué no haría Alejandro, embarcado en una guerra por convertirse en el hombre más poderoso del mundo? Antes de partir para Asia, en noviembre de 336, había acudido al oráculo de Delfos para preguntar por el futuro de la campaña persa. El oráculo se cerraba durante el invierno, pero Alejandro agarró a la Pitia del brazo y

la arrastró hasta el templo a la fuerza. «¡Alejandro, no hay quien pueda contigo!», se quejó la sacerdotisa, utilizando la palabra aníkton, que puede significar tanto lo que hemos dicho como «eres invencible». Al parecer, a Alejandro le bastó con esa respuesta.

El rey partió hacia Siwa con un destacamento escogido. Primero viajó por la costa unos 270 kilómetros hasta Paretonio (hoy Mersa Matruh), y a partir de ahí se internó en el desierto líbico. Después de cuatro días se quedaron sin agua, pero una tormenta inesperada los salvó. Así pudieron reponer agua para cuatro días más y llegar al oráculo, cubriendo etapas de más de 30 kilómetros diarios.

Según Donald W. Engels, quien ha estudiado la logística de Alejandro en una monografía que ya se ha convertido en un clásico, el límite de agua que cualquier expedición podía cargar llegaba tan sólo para cuatro días, sin importar que los porteadores fuesen hombres, caballos o camellos, pues tanto humanos como animales acababan consumiendo el agua que cargaban al final del cuarto día (Engels, 1980, p. 63). Podemos pensar que Alejandro arriesgó mucho y se salvó por los pelos gracias a la tormenta, o bien que ésta es un elemento milagroso típico de los relatos antiguos, y que en realidad el macedonio llevaba guías que sabían dónde se podía encontrar agua en el desierto.

Para colmo, sopló sobre ellos un khamsin o simún del desierto que borró todos los puntos de referencia, pero dos cuervos los guiaron hasta el oasis. Esto suena tan novelesco como lo anterior, pero no es imposible, pues los expedicionarios podrían haber seguido el vuelo de aves migratorias.

Una vez en el oasis, Alejandro consultó al oráculo y quedó satisfecho. Según Arriano, cuyo relato es normalmente el más fiable, no le explicó a nadie cuáles habían sido ni las preguntas ni las respuestas. Plutarco y Diodoro, sin embargo, cuentan que quiso saber si se convertiría en soberano de todos los hombres, a lo que el dios contestó que sí. También preguntó Alejandro si los asesinos de su padre habían sido castigados, y el oráculo le replicó que el planteamiento era incorrecto, puesto que su padre no era un hombre mortal. Alejandro corrigió la pregunta: «¿Han sido castigados todos los asesinos de Filipo?», y sólo entonces el dios respondió afirmativamente.⁴

Si hacemos caso a la versión más detallada de la historia, fue ésta la primera ocasión en que Alejandro sospechó que su naturaleza era divina y que él mismo podía ser hijo de un dios; en concreto, de Zeus. Dicha creencia tenía su toque de megalomanía, evidentemente, pero no resultaba tan absurda para la mentalidad de

entonces como para la de ahora. La tradición de que Zeus era el padre de Alejandro llegó lejos. En las Dionisiacas de Nonno, escritas en el siglo v d.C., el autor habla de las flechas que prepara Eros para las víctimas de la lujuria de Zeus. La duodécima está destinada a Olimpia, la madre de Alejandro,' pues se decía que Zeus la había fecundado en forma de serpiente.

Satisfecho, pues, con las respuestas del oráculo, Alejandro volvió con sus hombres a Egipto. Según Engels, lo hizo por el mismo camino por el que habían llegado, pero esta vez con mejores guías y sin extraviarse, pues por la ruta correcta había manantiales cada tres días de camino más o menos.

De regreso en Egipto, Alejandro se dedicó algunos meses a tareas administrativas. Como en todos los lugares que conquistaba, dejó los puestos civiles a los egipcios: para evitar nuevos arrebatos nacionalistas. Los tributos, aunque al final llegaran a sus manos, también los recaudaban funcionarios locales. Pero dejó unos 4.000 soldados macedonios entre Menfis y Pelusio para asegurarse de que Egipto no se rebelara.

En abril, Alejandro abandonó el país del Nilo y se dirigió en primer lugar a Tiro. Allí lo esperaba su flota, y también embajadas diversas. Entre ellas, una de Atenas que le suplicó que liberara a los mercenarios atenienses que había capturado en la batalla del Gránico y que ahora servían como esclavos en Macedonia. Alejandro, que se había negado a una primera petición hecha casi dos años antes, accedió esta vez. Por fin, después de reorganizar el gobierno de los territorios que había conquistado, partió hacia el este buscando de nuevo lo que de verdad le gustaba: la guerra.

LA BATALLA DE GAUGAMELA

Por ser la batalla decisiva en su lucha por conquistar el Imperio persa, y tal vez la más conocida de Alejandro, la trataré con más extensión que las demás. Recomiendo a los lectores que tengan la película Alejandro de Oliver Stone o que la puedan alquilar que vean la escena de Gaugamela, pues es de lo mejor de la película.

Cuando dejaron Tiro, los macedonios y los griegos viajaron a Damasco, y desde allí se dirigieron a Tápsaco, una ciudad situada en la orilla occidental del río Éufrates cuya situación exacta se debate hoy en día. Alejandro y su ejército cruzaron el Éufrates; pero a continuación, en lugar de seguir río abajo hacia Babilonia por Mesopotamia, viajaron hacia el nordeste, buscando zonas más

húmedas y frescas donde sus caballos pudieran pastar y donde el calor no fuese tan agobiante. En Grecia se combatía preferiblemente durante el verano, pero el calor de Babilonia era otra cosa. Hoy día, las temperaturas máximas en Bagdad de junio a septiembre rondan los 45 grados, con momentos en que se alcanzan los 50, y las mínimas no suelen bajar de 25. Todo ello sin una sola gota de agua: no se trataba sólo de huir del calor, sino de buscar forraje para los animales del ejército, que podían ser entre 12.000 y 20.000 sumando caballos, mulas e incluso camellos.

Así pues, Alejandro eligió una antigua ruta militar hasta el Tigris, al que llegó a marchas forzadas. Sabía que las tropas de Darío se hallaban cerca del río y pretendían impedir que cruzara, de modo que lo atravesó más al norte, por donde no lo esperaban, aunque la fuerza de la corriente dificultó la travesía. Ya al otro lado, consiguió apoderarse de varias aldeas a las que sus habitantes habían prendido fuego antes de marcharse: sus hombres llegaron a tiempo de apagar los incendios y conseguir algunas provisiones.

Tenemos bastante seguridad sobre las fechas en que se llevaron a cabo todas estas operaciones, porque después de cruzar el Tigris hubo un eclipse de luna. Dicho eclipse se ha fechado en el 21 de septiembre del año 331. También aparece en los Diarios astronómicos, una serie de tablillas donde los funcionarios del Esagila, el templo de Marduk en Babilonia, anotaban todos los sucesos que consideraban importantes, desde los movimientos de los astros hasta el nivel alcanzado por las aguas del Éufrates o incluso el precio del cereal. O sea, que era una especie de Instituto Nacional de Estadística, pero en manos de los sacerdotes.

Según una de esas tablillas, en el día 13 del sexto mes del año quinto de Darío se produjo un eclipse que empezó apenas la luna había asomado por el este. Dicho fenómeno tuvo lugar cerca de la posición de Saturno, planeta que se consideraba de muy mal agüero. Además, antes de que acabara el eclipse, Júpiter se puso por el oeste: también eso era mala señal para los reyes. Para colmo, mientras la luna se ocultaba el viento soplaba del oeste, la misma dirección de la que venía el invasor. Aunque el documento se limitaba a referir los datos sin interpretarlos, en Babilonia debió cundir la inquietud por el destino del rey, y posiblemente también en el campamento de Darío, que se habría llevado consigo sus propios astrólogos. Aunque éstos, sospecho, tratarían de disimular los malos augurios de alguna forma.

El eclipse también provocó nerviosismo en el campamento macedonio. Pero el adivino Aristandro lo interpretó de forma favorable: antes de que pasara otra luna se libraría una batalla y el vencedor sería Alejandro. Los adivinos egipcios

añadieron que el sol representaba a los griegos y la luna a los persas.

Después de aquello, Alejandro avanzó unos días más y encontró jinetes persas. Tras capturar a unos cuantos, averiguó que Darío estaba no muy lejos de allí con todo su ejército, en un paraje conocido como Gaugamela, «la casa del camello» según Plutarco: el nombre podría provenir de Tel Gamal, Monte Camello, por la cercanía de una colina que recordaba a la joroba de un dromedario.

El Gran Rey había elegido un terreno amplio y llano, sin obstáculos a los lados para que el adversario no pudiera protegerse los flancos. Darío y sus generales eran conscientes de que en Iso habían perdido por lo accidentado del terreno y porque, encajonados entre la montaña y el mar, su superioridad numérica había resultado inútil. De modo que ahora, como un equipo que juega la copa Davis en casa, estaban preparando la pista (soy consciente de que es la segunda vez que recurro a este símil, así que no abusaré más). En este caso, la pista era de tierra batida, y más aún porque sus hombres la estaban allanando a conciencia. La fuerza del ejército persa radicaba en su caballería y en algunos elementos más exóticos y destinados a atemorizar al adversario, como los elefantes y los carros de guerra. Todos ellos necesitaban un terreno lo más liso posible, en particular los carros.

La descripción de estos últimos debió de poner los pelos de punta a los soldados de Alejandro. Eran vehículos de guerra similares a los que habían dominado los campos de batalla en la Edad de Bronce. Pero esa reminiscencia del pasado revivía dotada de un nuevo horror tecnológico, unas guadañas de metal en los cubos de las ruedas. No obstante, a Alejandro no debió de asustarle tanto aquella táctica del Gran Rey, y seguramente explicó a sus hombres el motivo. Antes de embarcarse en la aventura asiática habría leído a Jenofonte, que en su Anábasis describía esos mismos carros falcados (1, 8, 10). Según el autor ateniense, estaban provistos de hoces que salían en líneas oblicuas de los ejes, a la altura precisa para segar piernas de hombres y caballos, y también tenían cuchillas instaladas debajo de la armazón del carro, apuntando al suelo para rematar a los soldados caídos. Pero tanto Jenofonte como el resto de los Diez Mil habían sobrevivido sin mayor problema ante aquella amenaza.

Alejandro ordenó construir un campamento con fosos y empalizadas donde dejarían la impedimenta y también se quedarían los hombres que no se encontraban en condiciones de combatir. Descansaron cuatro días para reponerse de las duras jornadas de viaje, y después Alejandro tomó consigo a todos los soldados que iban a luchar y partió de noche hacia el campo de batalla. Poco antes

del amanecer vieron al enemigo desplegado en la llanura, pues a Darío le habían llegado noticias del avance macedonio. Aunque la primera intención de Alejandro era combatir directamente después de la marcha nocturna, se lo pensó mejor al ver el tamaño del ejército enemigo y la desmesurada longitud de sus líneas.

Durante el resto del día, Alejandro y sus exploradores reconocieron el terreno desde lejos, estudiando todos los ángulos. Después, en un campamento improvisado a unos cinco kilómetros del enemigo, Alejandro reunió a sus generales para arengarlos, recordándoles que esta vez la batalla iba a librarse por toda Asia. Hallándose ya tan cerca de las capitales del imperio, estaba convencido de que si conseguía la victoria, ésta sería definitiva. Al parecer, Parmenión le sugirió lanzar un ataque por sorpresa durante la noche, pero Alejandro contestó: «Yo no robo la victoria».

Aunque la frase suena muy propia de Alejandro, resulta más extraño que un veterano como Parmenión le propusiera un ataque nocturno. Es cierto que, leyendo la Anábasis, podrían haber sabido que de noche los persas ataban a los caballos con maneas para evitar que escaparan, y que entre ponerse la armadura, desatar, ensillar y embridar a sus monturas tardaban mucho en estar listos. Pero las operaciones nocturnas, como habían comprobado para su desgracia Nicias y Demóstenes en Sicilia, eran un asunto demasiado arriesgado, y el prudente Parmenión lo sabía de sobra. Me pregunto si en este caso la anécdota no procederá de una fuente hostil a Parmenión. En concreto, Ptolomeo, que escribió un relato de la campaña en el que se basa nuestra fuente principal, Arriano.

Como siempre, es difícil saber cuántos hombres había movilizado cada bando. De las cifras del ejército de Alejandro podemos fiarnos: unos 40.000 soldados de infantería y 7.000 de caballería. Pero para las fuerzas de Darío se nos dan números tan fantásticos como los de Heródoto para el ejército de Jerjes, y eso que la fuente es un historiador con tanto sentido común como Arriano: 40.000 jinetes, 200 carros falcados, 15 elefantes y ¡un millón de soldados de infantería! Todo esto recuerda a las guerras de cifras que se producen entre gobierno, oposición y sindicatos cada vez que se celebra una manifestación.

El problema cuando nuestras fuentes nos dan magnitudes tan exageradas es el mismo que teníamos al tratar las Guerras Médicas: cómo reducirlas. ¿Dividir las entre tres, entre cuatro, entre diez? Todo puede parecer arbitrario, así que hay que recurrir al sentido común. Alejandro había observado durante su reconocimiento que las líneas de Darío se extendían mucho más de lo que él podía estirar las suyas, tal vez el doble. Al frente había sobre todo jinetes, y es evidente que Darío superaba

ampliamente en caballería a Alejandro. Los cálculos de Fernando Quesada de 34.000 jinetes persas parecen razonables (Quesada, 2008, p. 153). Más atrás, en segunda línea, había infantería que sería sobre todo de leva, campesinos reclutados en las cercanías de Gaugamela, miles o decenas de miles. Pero como auténtica infantería de calidad Darío sólo tenía a 2.000 mercenarios griegos y a otros 2.000 soldados de la guardia real.

Observando el terreno elegido y preparado por Darío, era evidente que el Gran Rey tenía la intención de rebasar por ambos flancos al ejército de Alejandro y fagocitarlo como una gigantesca ameba. Las falanges griegas y sobre todo las macedonias, erizadas de sarisas, eran muy sólidas por delante, de manera que resultaba muy complicado atacarlas de frente. Pero comparadas con la caballería tenían muy poca movilidad y, si los jinetes persas lograban atacarlas por los flancos o por la retaguardia, estarían perdidas.

Ahora bien, la movilidad de la caballería la hacía muy apta para el ataque, pero muy inestable para la defensa. Cuando los diversos cuerpos de jinetes entraran en acción, era previsible que dejarían huecos en el frente persa. Aunque otras tropas de caballería intentaran cubrirlos, serían inevitables las grietas y los desajustes, porque además los soldados persas no estaban tan acostumbrados como los griegos al combate en orden cerrado.

Así pues, la clave para Alejandro era evitar que un ejército con un frente que duplicaba al suyo lo rodeara por ambas alas, o al menos retrasar lo inevitable hasta el momento de lanzar un ataque por alguno de los huecos que tarde o temprano se abrirían. Todo dependía del tiempo. Si la batalla se prolongaba demasiado, los macedonios acabarían rodeados por la caballería enemiga. Aunque los jinetes persas no fuesen tropas que se lanzaran directamente al choque, podían acabar con las fuerzas enemigas por desgaste.' Si el ejército macedonio acababa rodeado, no era imposible que muriesen prácticamente todos, pues no podría haber retirada.

A pesar del peligro, algunas fuentes cuentan que Alejandro durmió esa noche como un tronco. Al amanecer, puesto que todavía no había salido de la tienda, fueron los generales quienes ordenaron a los soldados que desayunaran. Por fin, Parmenión no aguantó más, entró a despertar a Alejandro y le preguntó, cómo podía dormir con tanta pachorra. La respuesta del rey fue algo así como: «Tengo a Darío donde lo quería, dispuesto a librar una batalla campal. ¿Cómo no voy a estar tranquilo?».

Tras los pertinentes sacrificios, Alejandro desplegó a sus hombres para el

combate. Siguiendo la tradición, había dispuesto en el ala derecha a las mejores tropas con la intención de vencer cuanto antes en esa parte del campo de batalla. La diferencia era que no se trataba de hoplitas, como en los ejércitos tradicionales. Él mismo formaba allí al frente de la caballería de Compañeros mandada por Filotas, hijo de Parmenión. También tenía consigo infantería ligera, como los ágiles agrianos y los arqueros macedonios, y escuadrones de caballería mercenaria.

En el centro había dispuesto los batallones de infantería pesada: primero los hipaspitas, en contacto con la caballería de los Compañeros, y a continuación cuatro batallones de sarisas. El ala izquierda, de la que se encargaba Parmenión, disponía de otros dos batallones de sarisas, cubiertos en el extremo izquierdo por varios cuerpos de caballería: tesalios, griegos, tracios, etcétera.

Como se ve, las falanges de infantería, cuyo fuerte era el choque frontal, tenían los lados protegidos por tropas más móviles para evitar que los rodearan. Pero la superioridad en caballería de Darío era tal que, tarde o temprano, esas tropas montadas y ligeras tendrían que ceder terreno o ser aniquiladas. Previendo los apuros que podrían pasar las falanges para girar con sus larguísimas picas, Alejandro colocó en segunda fila otra falange de aliados griegos y mercenarios, preparados para cubrir la retaguardia.

Con el sol ya alto, el día 1 de octubre el ejército macedonio empezó a marchar hacia las líneas enemigas. Alejandro, que estaba situado casi en un extremo, podía ver sin embargo que tenía a Darío prácticamente enfrente, aunque el rey persa ocupaba su puesto habitual en el centro de la formación. Eso quiere decir que a la derecha de Alejandro había tal vez 1.000 metros de línea enemiga sobrepasando la suya.

Como ya tenía previsto, el rey macedonio dio la orden de avanzar hacia la derecha, aprovechando la tendencia natural de los ejércitos griegos a desplazarse en esa dirección. Los diversos grupos lo hicieron en orden oblicuo formando un ángulo de unos 45 grados con respecto al ejército enemigo. Era la misma táctica que había usado Epaminondas en Leuctra, con la diferencia de que la punta más adelantada ahora se hallaba a la derecha y no a la izquierda. De esta manera, el ala de Parmenión se quedó más retrasada y demoró el contacto con el enemigo, pero al mismo tiempo se fue acercando más al centro de las filas persas, con lo que el riesgo de que el veterano general y sus tropas se vieran rodeados aumentaba por momentos.

Alejandro estaba dispuesto a correr ese riesgo. Su intención era contrarrestar

las maniobras de flanqueo de los persas con otra de penetración, pero para ello tenía que engañar a Darío. Su caballería siguió alejándose hacia la derecha, cada vez más rápido, hasta salirse prácticamente del campo de batalla alisado por los hombres del Gran Rey. Al ver esta maniobra, Darío ordenó a la caballería de su flanco izquierdo que se lanzara hacia Alejandro para detenerlo y rodearlo. En aquella zona del campo se libraron duros combates, con cada uno de los bandos mandando más y más tropas a la melée: escitas y bactrios por parte persa, y mercenarios y peonios por parte de Alejandro.

¿Qué ocurrió mientras tanto con los temidos carros falcados? Darío los envió contra la parte derecha de la falange, donde formaban los hipaspitas y los batallones de sarisas de Ceno y Perdicas. Las tropas ligeras, y entre ellos los reputados agrianos, dieron cuenta de la mayoría de los carros, lanzando sus jabalinas a los caballos y acuchillando a los pasajeros. La época de estos vehículos había pasado. Debido a la falta de herraduras y al deficiente sistema para uncir a los caballos, la velocidad que podían alcanzar estos vehículos no era tan elevada. Al ver la película de Oliver Stone podría parecer que los carros falcados embestían a la velocidad de un Fórmula 1, pero sin duda el efecto real no era tan impresionante. De hecho, los agrianos conseguían detener a los caballos corriendo junto a ellos y sujetándolos por las riendas. Por lo demás, las tropas de infantería se apartaron a su paso y, aunque sin duda se produjeron algunas bajas, los carros demostraron su ineficacia.

Mientras tanto, en el ala derecha proseguían los combates entre los diversos cuerpos de caballería. Por ahora, Alejandro había utilizado a otras tropas, de modo que los Compañeros aún no habían entrado en acción y estaban prácticamente frescos. Darío decidió entonces que había llegado el momento de asestar el golpe definitivo y lanzó todas sus líneas a la carga, para rodear a los macedonios tanto en el ala de Alejandro como en la de Parmenión. No era una táctica muy sutil, pero solía funcionar.

Era la ocasión que estaba esperando Alejandro, y para esa contingencia había reservado a los Compañeros. Sabiendo que la doble maniobra envolvente de Darío era inevitable, había diseñado otra de penetración en profundidad (Fuller, 1960, p. 168). Mientras el resto de la caballería se las arreglaba como podía contra las oleadas que llegaban desde el frente persa, Alejandro giró a la izquierda junto con los Compañeros y se dirigió hacia el centro del ejército de Darío como la punta de una flecha de carne y acero. Las filas de caballería que protegían al Gran Rey habían desaparecido, pues estaban enzarzadas en combate, y ya sólo quedaban junto a él los mercenarios griegos y la guardia real.

Atacar de frente con los jinetes a esos hombres era complicado, por más que la caballería macedonia fuese tropa de choque. Pero para esos menesteres Alejandro tenía a los hipaspistas, una infantería de élite más rápida y flexible en sus movimientos que la falange convencional de sarisas, y que estaba bajo el mando de Nicanor, otro hijo de Parmenión. Los hipaspistas, que formaban la punta del avance oblicuo de la infantería, bien fuera por una orden previa o por instrucciones recibidas sobre la marcha, cargaron en línea recta, mientras los Compañeros convergían poco a poco hacia ellos. El punto donde se encontraron hipaspistas y Compañeros fue justo delante de Darío. Alejandro había conseguido lo que quería. En prácticamente todos los demás lugares del campo de batalla su ejército se hallaba en inferioridad numérica, pero él disponía ahora de superioridad local donde más le interesaba: a pocos metros del Gran Rey. Formando la punta de lanza con su Ágema, el Escuadrón Real, Alejandro penetró entre las filas hasta acercarse a Darío.

Al igual que había hecho en Iso, el Gran Rey puso pies en polvorosa. Todos los hombres que lo rodeaban imitaron su ejemplo, y el movimiento se contagió hasta el ala izquierda de la caballería persa, con lo que las tropas macedonias de aquella zona del campo se vieron liberadas de la presión. Alejandro quiso lanzarse en persecución de Darío, pero en ese momento supo que el flanco izquierdo de su ejército se encontraba en graves dificultades. Mientras que por la derecha la caballería macedonia había conseguido detener los ataques del sátrapa Beso, por la izquierda estaban recibiendo las embestidas de los jinetes al mando de Maceo, a los que apenas podían contener. Algo lógico, por otra parte, ya que el movimiento de todo el ejército hacia la derecha había atraído a Parmenión y sus hombres al centro, en una zona donde los enemigos los superaban tanto en número que podían atacarlos por todos los flancos a la vez.

Para agravar la situación, en la maniobra de acercamiento oblicuo se habían producido huecos entre los batallones de la falange, como era de esperar, y por ellos se colaron varios destacamentos de caballería india y persa que cayeron sobre el campamento macedonio,⁹ donde mataron a un buen número de centinelas que lo último que se esperaban era recibir un ataque allí.

En auxilio del campamento acudió la falange griega de reserva, que consiguió poner en fuga al enemigo. Pero Parmenión se hallaba en una situación desesperada y despachó a un mensajero para que se lo comunicara a Alejandro. El hombre de enlace encontró a éste y le dio la noticia. El joven rey, según Arriano, abandonó la persecución. En realidad, aún no podía haberla emprendido en serio, al menos hasta que comprendiera cuál era la situación en el campo de batalla, pero

tal vez se preparaba para hacerlo. Al saber que Parmeni3n y miles de sus hombres sufrían serios apuros, Alejandro acudi3 en su ayuda.

No era una decisi3n f3cil. Los Compañeros tenían que elegir entre perseguir a enemigos que les daban la espalda y alancearlos sin correr apenas peligro -por no hablar de capturar vivo al Gran Rey-, o combatir otra vez de frente contra nuevos adversarios. Todo ello, en medio de una nube de polvo, con los caballos echando espuma en el ardor de la batalla y los soldados, como lobos, oliendo ya sangre persa. Pero gracias a la autoridad de Alejandro y a la propia disciplina de sus hombres, llevaron a cabo la maniobra, giraron a la izquierda y cabalgaron en auxilio de sus camaradas.

Al hacerlo se toparon con contingentes partos, indios y persas. All3 debió repetirse, a mayor escala, el duelo que se había producido en las orillas del Gránico, con los caballos prácticamente clavados en el suelo y los jinetes trabados en combate a lanzazos, tajos y estocadas. El armamento de los macedonios les daba ventaja, aunque parece que muchos jinetes persas habían cambiado las jabalinas por lanzas cortas (Curcio 4, 8), y sin duda muchos de ellos llevaban armaduras de placas o anillos. El enfrentamiento fue muy duro, y en él murieron 60 Compañeros, mientras que Hefestión, el íntimo amigo de Alejandro, resultó herido.

Después de un rato, ambas formaciones se abrieron paso la una entre la otra: lo único que querían aquellos persas era huir, pero los Compañeros se habían interpuesto en su camino. Alejandro pudo por fin atacar el ala derecha de los persas (la que estaba presionando la izquierda de Parmeni3n; con tanto hablar de derecha e izquierda, los hemisferios cerebrales acaban volviéndose locos). All3 confluy3 con la caballería de Tesalia, otra unidad de élite apenas inferior a la macedonia, y entre ambas pusieron en fuga a los enemigos de esa zona. En aquel momento, por tanto, todo el ej3rcito persa era una inmensa desbandada. Entonces y sólo entonces, Alejandro se lanzó a perseguir a Darío, mientras que las tropas de Parmeni3n se apoderaban del campamento persa. Pero ya era demasiado tarde, y no lo alcanzó.

Como se ve, Gaugamela no fue una victoria f3cil. Si Alejandro no hubiera conseguido llevar a cabo su maniobra contra el centro persa, lo más probable es que su ej3rcito se hubiese roto en dos o tres partes. Una vez fragmentada la batalla en varios frentes, los diversos cuerpos del ej3rcito macedonio habrían sido fagocitados por la superioridad numérica del enemigo. Como mucho, Alejandro habría logrado escapar de all3 con una pequeña parte de sus tropas. Podría haber fracasado como fracasó Jerjes en 480, con la diferencia de que él no habría sido capaz de retirarse con tanta comodidad como el rey persa, sino que habría tenido que emular a

Jenofonte y sus Diez Mil y buscar el lejano mar.

Con la huida de Darío, toda Mesopotamia, la cuna de la civilización, quedaba abierta al vencedor. Alejandro se apoderó del campamento persa y consiguió un botín de cerca de 4.000 talentos. Después se dirigió a una de las capitales imperiales, la ciudad más populosa del mundo conocido. La gran Babilonia.

EN EL CORAZÓN DEL IMPERIO PERSA

Antes de Gaugamela, Darío le había ofrecido la mitad de su imperio a Alejandro (ya hemos visto las objeciones de Briant). El macedonio no había aceptado, pues del mismo modo que no podía haber dos soles en el cielo, tampoco podían gobernar dos grandes reyes en el mundo. Sus actos siguientes se encaminaron a afianzar su recién conquistada soberanía y a convencer a todos, desde sus seguidores macedonios a sus nuevos súbditos, de que él, Alejandro, era el legítimo Rey de Reyes.

Lo cual significa que se estaba extralimitando. La Liga de Corinto le había concedido el mandato tan sólo para una campaña de represalia, aunque fuese por ofensas inferidas siglo y medio antes. Derrotado Darío por tercera vez, la misión había terminado: tan sólo era cuestión, en opinión de los macedonios que acompañaban a Alejandro, de recoger el botín y volver a Europa.

Sin embargo, el increíble viaje de Alejandro y sus hombres tan sólo acababa de empezar.

En primer lugar, Alejandro entró en Babilonia, la ciudad de la que tan fantásticas historias se habían propalado por el mundo griego gracias, sobre todo, a las Historias de Heródoto. Allí vivían tal vez medio millón de personas; no todas intramuros, obviamente, pues el recinto no era lo bastante grande para contener a tal multitud.

La ciudad recibió con los brazos abiertos a su nuevo conquistador. Los ojos de los soldados se abrieron con asombro al contemplar las altísimas murallas almenadas de la ciudad, los azulejos esmaltados de la Puerta de Ishtar, los altares y árboles que flanqueaban las anchas avenidas. Sobre todo, debieron quedarse admirados ante la gran Etemenanki,¹⁰ el zigurat o pirámide escalonada que coronaba el Esagila o templo de Marduk, el dios supremo de los babilonios. Aunque en cierta medida ya debían estar curados de asombro, pues en Egipto habían visto templos y monumentos que empuñaban a todo lo construido en

Grecia e incluso en Babilonia. Si las pirámides impresionan ahora, imaginemos qué aspecto tendrían cuando todavía conservaban su recubrimiento liso de caliza blanca.

Seguramente muchos jóvenes y no tan jóvenes soldados se sorprendieron y decepcionaron al comprobar que no era cierto que las mujeres babilonias tuvieran que prostituirse al menos una vez en su vida antes de casarse, tal como aseguraba Heródoto. Pero en la ciudad del Éufrates no faltaban burdeles donde gastar parte del botín obtenido. Alejandro repartió una paga extra: 600 dracmas a los jinetes macedonios, 500 a los griegos, 200 a la infantería macedonia y así, en proporción descendente, hasta llegar a la infantería ligera mercenaria y aliada. Permanecieron un mes descansando en la ciudad, y allí se les unieron refuerzos de Europa. No sólo había que contar con los caídos en las diversas batallas, sino también con los contingentes que Alejandro había ido dejando como guarnición por el camino.

Mientras sus soldados disfrutaban de los placeres de la ciudad, Alejandro procuró ganarse el favor de las élites locales. Para ello, confirmó en su puesto de gobernador de Babilonia a Mazeo, pese a que éste acababa de combatir contra él en Gaugamela. Por supuesto, dejó también una guarnición militar. El rey macedonio podía ser generoso en la victoria, tal como aconsejan los cánones, pero no tonto.

En Babilonia, Alejandro todavía podía presentarse como libertador. Pero cuando salió de ella para dirigirse hacia el este, empezó a internarse en tierras iránias, pobladas por persas, medos y sacas. ¿Cómo podría proclamar ante todos estos pueblos que los estaba liberando de sí mismos? Por eso era tan importante para él alcanzar a Darío y llegar con él a algún tipo de acuerdo -seguramente, que le concediera la mano de una de sus hijas-, de modo que pudiera mostrarse ante los demás como su legítimo sucesor.

Susa era otra de las sedes principales del Imperio persa. Con su modelo de varias capitales, los Aqueménidas habían anticipado en cierto modo la organización administrativa de los últimos siglos del Imperio romano, o incluso de la corte itinerante de Carlos 1 en España. Susa, una ciudad fundada hacia el año 4200 a.C., no era propiamente irania. Sus habitantes, los elamitas, hablaban una lengua que no pertenecía ni a la familia indoeuropea ni a la semítica, una rara avis en aquella zona, y que sin embargo poseía tanto prestigio por su antigüedad que se había convertido en uno de los idiomas oficiales de la cancillería imperial.

Allí, en Susa, cerca del Golfo Pérsico, Alejandro encontró 50.000 talentos de plata, aparte de muchos otros tesoros. Entre ellos, 100 toneladas de telas de púrpura

real, que a pesar de tener más de un siglo aún conservaban toda la intensidad del tinte. También halló restos del saqueo de Atenas, como las estatuas de los (supuestos) tiranicidas, Harmodio y Aristogitón, que habían estado en el Ágora de Atenas. En señal de buena voluntad hacia los atenienses, Alejandro hizo que se las enviaran inmediatamente a Grecia.

Donde, por cierto, se habían producido problemas durante el verano de 331. Uno de los reyes de Esparta, Agis III, aprovechó la ausencia de Alejandro para reclutar un ejército de mercenarios con los que declaró la guerra a Macedonia. Élide, Tegea y la Liga Aquea se unieron a él, de modo que llegó a tener hasta 30.000 hombres. Pero Antípatro reclutó un ejército aún más numeroso y lo derrotó ante Megalópolis. El rey Agis murió, y Esparta no volvió a dar problemas a los macedonios.

En enero del año 330, Alejandro abandonó Susa y se dirigió a Persépolis, convertida por Darío I en la más fastuosa de las capitales. Aquí ya se hallaba en la actual provincia de Fars, la Persia original. Al entrar en la ciudad le salió al paso un escalofriante comité de recepción: soldados griegos, mercenarios veteranos que debían de haber cometido el error de elegir el bando equivocado en las guerras que enfrentaron a Artajerjes III Oco, el cruel antepasado de Darío, con sus rivales. Les habían cortado las orejas, las narices, los pies o las manos, pero siempre cuidando de que pudieran seguir siendo útiles. Alejandro lloró por ellos, los colmó de recompensas y declaró que podían seguir viviendo allí, exentos de impuestos para siempre.

A continuación se produjo uno de los episodios más polémicos en la vida de Alejandro. En primer lugar, permitió que sus tropas saquearan Persépolis. Tal vez como revancha por lo que acababan de presenciar, o quizá porque el descontento empezaba a cundir entre la soldadesca. Tengamos en cuenta que, aparte del sueldo, que no siempre llegaba tan puntual como querían, los saqueos eran para ellos como las primas para los futbolistas: un premio adicional a sus esfuerzos en una carrera no tan bien pagada y mucho más peligrosa que la de las estrellas del balón.

Después vino lo peor. Durante una de esas cenas macedonias que a menudo degeneraban en borracheras y orgías y que tan mala fama le granjearon a Alejandro, la célebre cortesana ateniense Tais aseguró que nada le daría más placer que quemar con sus propias manos el palacio de Darío para vengar el incendio de Atenas y la Acrópolis. Ni cortos ni perezosos, los asistentes, encabezados por su propio rey, improvisaron un cortejo dionisiaco, prendieron fuego a los cortinajes y organizaron un incendio que se extendió por todo el palacio.

El historiador más «serio» de Alejandro, Arriano, habla del incendio, pero omite el escabroso episodio de Tais (3, 18, 11). Lo que parece cierto es que el mencionado siniestro se produjo, a juzgar por los restos encontrados en las excavaciones en Persépolis. ¿Fue realmente un accidente, o Alejandro pretendía llevar hasta el extremo la venganza por la campaña de Jerjes contra Grecia? No hay que subestimar la importancia de la política de gestos, aunque éstos sean negativos.

En cualquier caso, el incendio de Persépolis no contribuyó precisamente a bienquistarse a los súbditos iraníes del imperio, como Alejandro comprobaría durante los siguientes años en su durísima campaña en Bactria y Sogdiana. Ese incendio alimentaría luego su leyenda «negra» como Iskandar. Muchos siglos después, en la Persia sasánida, el autor del Arda Viraf Namak (Libro de la Ley), escribió: «El maldito Ahrimán,¹¹ el condenado [...], empujó al maldito Iskandar, el griego, para que fuera al país de Irán a llevar la opresión, la guerra y la desolación [...]. Saqueó y arruinó la Puerta de los Reyes, la capital [...]. Quemó los libros de la ley. Mandó que perecieran los sabios, los hombres de la ley y los eruditos del país de Irán. Sembró el odio y la discordia entre los grandes, hasta que él mismo, quebrado, se precipitó en los infiernos».¹²

Alejandro encontró 120.000 talentos de plata, un tesoro que en parte se remontaba a la época de Ciro el Grande. Pensando que Persépolis no era un lugar seguro -y menos después de destruirla-, Alejandro lo envió a Susa en un gran convoy en el que, aparte de otras bestias de carga, viajaban 3.000 camellos. Aquel botín equivalía a los ingresos que habría obtenido el imperio ateniense si su esplendor hubiera durado nada menos que trescientos años (Green, 1991, p. 316).

Siguiendo en persecución de Darío, Alejandro se dirigió a Ecbatana, la cuarta de las sedes imperiales, que se hallaba a 800 kilómetros de Persépolis. A veces es necesario recordar estas distancias que los macedonios cubrían a pie o a uña de caballo para no perder las perspectivas. Ecbatana, según Heródoto, era una ciudad fabulosa con siete círculos de murallas concéntricas, cada una de un color: blanco, negro, púrpura, azul, naranja, plateado y dorado. Pero si eso era lo que esperaban contemplar los conquistadores macedonios, debieron llevarse un chasco al llegar ante la ciudad. Desde luego, las excavaciones actuales no han encontrado unos restos tan magníficos y, personalmente, dudo que los encuentren (aunque me encantaría equivocarme).

Al llegar allí, Alejandro supo que Darío había pasado no mucho antes para retirar 7.000 talentos del tesoro real, y después había huido hacia el este con un cuerpo de caballería bactriana. El Gran Rey siempre estaba más lejos que donde

aparecía Alejandro, quien, por más que se acercase a él, debía sentir una frustración similar a la de su antepasado Aquiles persiguiendo a la tortuga de la paradoja de Zenón, que siempre se hallaba un poco más adelante.

Cuando estaba a punto de alcanzarlo en las Puertas Caspias -un desfiladero situado en la orilla sur del mar Caspio- Alejandro supo que Beso, el sátrapa de Bactria, había arrestado a Darío para proclamarse a sí mismo rey. El macedonio se adelantó con un destacamento de caballería, temiéndose lo peor. Tras una furiosa cabalgata de más de 70 kilómetros, encontró un campamento enemigo abandonado en el que agonizaba Darío, alanceado en el pecho y acompañado tan sólo por un fiel perro. Así murió el último Aqueménida y terminó el primer Imperio persa. Luego vendrían otros.

Alejandro disponía ahora de una excusa para seguir con la guerra. Como legítimo sucesor de Darío, estaba en su mano vengar su muerte. De modo que persiguió al usurpador Beso -como si él no fuese otro usurpador- por las fronteras orientales del imperio.

Entre los años 330 y 327, Alejandro tuvo que conquistar y pacificar toda la región que se extendía al este de las Puertas Caspias. En las tierras de Irán este y de los actuales Afganistán, Uzbekistán y Tayikistán libró los combates más crueles de su larga campaña. Nada de resonantes victorias como Iso o Gaugamela: aquí tuvo que enfangarse en una guerra de guerrillas que a veces era de exterminio, en parajes inhóspitos y montañosos que después de él han vuelto a desafiar a muchos otros ejércitos, casi siempre con éxito.

¿Qué se le había perdido allí, donde ni las tierras eran fértiles ni había grandes riquezas? Alejandro podría haberse detenido donde estaba y establecer una frontera defensiva. Pero eso suponría que el resto de su territorio seguiría sometido a invasiones de los jinetes nómadas de las estepas. Además, nadie sabía muy bien qué había más allá. La idea de Alejandro, influido por la geografía que le había enseñado Aristóteles, era que si cruzaba el Paropamiso (Hindu Kush) no tardaría mucho en llegar al Océano, y que la India no era más que era un «pequeño» promontorio en forma de triángulo. Por un lado, Alejandro sentía el deseo de alcanzar el gran río Océano, la corriente de agua que rodeaba todas las tierras. Por otra parte, si llegaba hasta él y además controlaba las estepas del Paropamiso, sus fronteras serían seguras (Hammond, 2004, p. 164 y ss.).

La parte más negativa de la historia de Alejandro se inicia aquí. En primer lugar, empezó a tener problemas con sus tropas europeas. Había licenciado ya a

parte de los griegos y macedonios, enviándolos a casa, pero no los había reemplazado tan sólo con tropas de refresco traídas de Grecia, sino también con contingentes asiáticos. Su ejército se estaba convirtiendo en una auténtica fuerza multinacional, lo que provocaba roces y agravios. Sobre todo entre los macedonios, que se consideraban postergados por su rey. Un ejemplo de estos problemas es el de la prosknesis o prosternación. Según la costumbre, al parecer heredada del protocolo asirio, al presentarse ante el Gran Rey sus súbditos tenían que rendirle homenaje. Parece que el nivel de «humillación» dependía del puesto que uno ocupara en la escala social, y tal vez bastaba con que los más cercanos al rey se inclinaran levemente y le lanzaran un beso desde lejos. Pero los más humildes tenían que inclinarse hasta el suelo, algo que no cuadraba con la mentalidad igualitaria de los macedonios, quienes consideraban a su soberano no un señor absoluto, sino un primo inter pares. Ante Alejandro, heredero de Darío, sus súbditos asiáticos se prosternaban, pero los en ropeos se negaban a hacerlo. Muchos roces y mucha mala prensa para Alejandro tuvieron su origen en este asunto.

Luego vinieron las conspiraciones. Es muy fácil hoy día acusar a cualquier personaje poderoso de paranoia, de manía persecutoria y de ver fantasmas por todas partes. Pero recordemos que Filipo había sido asesinado ante los ojos de Alejandro, quien también había visto ante sí el cadáver de Darío. La lección era que el soberano que se pasaba de confiado podía darse por muerto.

En la primera conjura estuvo involucrado Filotas, hijo de Parmenión. Alejandro ordenó que lo ejecutaran. ¿Qué debía hacer luego con el fiel Parmenión, que había servido a su padre y le había ayudado a él a vencer en Iso y Gaugamela? Teniendo en cuenta las normas del derecho de sangre, Parmenión tenía que vengarse... o tal vez no. A veces los parientes retrasaban sus venganzas. Pero Alejandro no podía estar seguro, así que despachó a unos mensajeros a Ecbatana, donde estaba acampado Parmenión, con orden de que lo mataran.

Entre conspiración y conspiración, Alejandro y sus tropas atravesaron el Hindu Kush en abril de 329, siempre persiguiendo a Beso. Para hacernos idea de las penalidades que debieron sufrir, el puerto de Khawak se encuentra a más de 3.500 metros de altura. Insisto: el puerto. Las cimas superan los 6.000 metros. Congelaciones, mal de altura, hambre, avalanchas de nieve. Las penalidades que pasaron los macedonios debieron superar a las de Aníbal en los Alpes.¹⁴

Por fin, ese verano Alejandro capturó a Beso, el sátrapa traidor. Lo llamamos traidor porque perdió, evidentemente. De haberse convertido en nuevo soberano, tendríamos magníficas inscripciones en piedra contándonos cómo Beso era el

soberano legítimo, bendecido por Ahuramazda, etc. En cualquier caso, la suerte que sufrió fue terrible. Tras desnarigarlo y desorejarlo, lo entregaron en manos de los propios persas, quienes le infligieron diversas torturas, que varían según las fuentes y que prefiero no detallar.

Seguimos con la historia negra de Alejandro. La capital de Sogdiana, Samarcanda (entonces conocida como Maracanda), había caído por fin en sus manos. En el verano del año 328 se celebró un gran banquete en la ciudad. Al parecer, Alejandro y sus hombres se habían aficionado a beber demasiado. Podemos pensar, como Mary Renault, que se trata de una acusación injusta, y que en cualquier caso beber las aguas de aquellos secarrales era exponerse a morir de disenteria, por lo que debían mezclarlas con bastante vino. O imaginar, como Steven Pressfield, que los macedonios se emborrachaban para olvidar las atrocidades que se veían obligados a cometer para someter a las tribus de aquellos parajes tan inhóspitos. Fuera cual fuera el motivo, bebían como cosacos.

Durante el banquete, algunos invitados empezaron a adular a Alejandro equiparando sus hazañas a las de Heracles. Por supuesto, Alejandro salía ganando en la comparación. Aquello irritó a Clito el Negro, al que posiblemente estaban homenajearlo, pues debía partir para su puesto de gobernador de Bactria (si digo «posiblemente» es porque, como ya resulta habitual, no todas las fuentes coinciden en los detalles). Clito, que pertenecía a la vieja guardia, empezó a decir que las proezas de Alejandro se debían en buena medida a su ejército, y después se extendió en un elogio de Filipo. La discusión fue subiendo de tono, y Clito alardeó de que había salvado la vida de Alejandro, algo que no conviene hacer con los poderosos, a quienes no les gusta pensar que le deben favores a nadie. Aunque intentaron separarlos, la cosa llegó tan lejos que Alejandro le quitó la lanza a uno de los guardias y atravesó con ella a Clito.¹⁵

Después de matar al hermano de la nodriza que lo había amamantado, Alejandro se sintió tan arrepentido y horrorizado de lo que había hecho que estuvo tres días encerrado en su tienda, sin comer ni beber. No se consoló, al menos en cierta medida, hasta que el adivino Aristandro le explicó que todo había sido culpa de la cólera de Dioniso, porque cuando Clito había acudido a la mesa del rey dejó sin terminar un sacrificio en honor del dios. Estas interpretaciones resultaban bastante convincentes para ellos. Nosotros ahora atribuimos las conductas extrañas o irregulares a desequilibrios hormonales, endorfinas y secreciones similares, o incluso a la genética, aunque en realidad los legos, que somos mayoría, no sabemos muy bien de lo que hablamos. Los antiguos, por su parte, atribuían todos los estados alterados de la mente -la locura, la

posesión profética, la inspiración de los poetas, el flechazo amoroso o la embriaguez- a la intervención de los dioses o de potencias intermedias conocidas como daímones.

Pero los problemas no terminaron allí. Todavía hemos de mencionar, aunque sea de pasada, la llamada «conspiración de los pajes». Estos pajes eran jóvenes de la aristocracia que, antes de convertirse en Compañeros reales, realizaban su aprendizaje militar cerca del rey de Macedonia, ya fuera en una especie de academia en Pela, la capital, o en el campamento. Una de las razones era que a los reyes no podían atenderlos personalmente esclavos ni criados de baja condición, sino nobles como ellos, pues lo contrario habría sido rebajar su dignidad.

Entre los servicios que debían brindar los pajes estaba el de montar guardia cuando el rey dormía. Varios de los encargados de vigilar organizaron una conjura para matar a Alejandro, presuntamente porque el rey había hecho castigar a uno de ellos llamado Hermolao. Cuando los pillaron, como la razón aducida no pareció suficiente los torturaron. En el interrogatorio salió a relucir el nombre de Calístenes, el filósofo y sobrino de Aristóteles que acompañaba a la expedición. Los pajes fueron juzgados y lapidados por la asamblea de guerreros, mientras que a Calístenes, que era griego y no estaba sometido a la jurisdicción macedonia, lo cargaron de cadenas y lo encerraron. Puede que el filósofo estuviera involucrado o puede que no. Pero Alejandro se hallaba molesto con él, porque se oponía con argumentos razonados al ritual de la proskynesis que tanto molestaba a griegos y macedonios. De modo que la conspiración fue una buena ocasión para quitarlo de en medio. No queda muy claro si murió ejecutado o de una enfermedad mientras seguía prisionero, pero ya no volvió a importunar a Alejandro con sus discursos.

Mientras tanto, las operaciones militares continuaban. La región seguía sin someterse, y los rebeldes mantenían un formidable enclave denominado «la Roca Sogdiana», en el que podían refugiarse con sus familias cada vez que las tropas de Alejandro los perseguían. Como ya hemos visto, el rey macedonio era experto en gestos simbólicos y en guerra psicológica, y quería convencer a la resistencia de que no había ningún lugar seguro en el mundo contra él, así que decidió tomar aquel nido de águilas.

Al llegar al lugar comprobó que era realmente inexpugnable. Pero los enviados sogdianos con los que negoció cometieron el error de alardear. «¡Búscate soldados con alas si quieres conquistarnos!», le dijeron. Alejandro no era un tipo al que se le pudiese decir «no hay bemoles para hacer esto», porque entraba al trapo y, por desgracia para sus rivales, vencía todos los desafíos. Ofreció 12 talentos al

primero que subiera a la Roca y recompensas en cuantía descendente para los demás, hasta llegar a 300 daricos. Estos equivalían a un talento, una suma más que considerable. En cuanto a los 12 talentos, uno se convertía simplemente en rico. De modo que se presentaron 300 voluntarios expertos en escalar montañas, y treparon por una pared de piedra vertical, clavando en la roca estacas de hierro a las que ataban cuerdas de lino. Unos auténticos profesionales del alpinismo, en suma. Aun así, el diez por ciento de ellos se despeñaron y nadie encontró sus cadáveres. Los demás consiguieron situarse por encima de la Roca y desplegaron banderas macedonias. Al verlos sobre sus cabezas, los sogdianos se desmoralizaron y se rindieron.

En la Roca se encontraba refugiada la familia de Oxiartes, uno de los cabecillas de los rebeldes sogdianos. Entre sus hijas, había una llamada Roxana, de una belleza tan espectacular que todos los que la conocieron aseveraron que era la segunda mujer más hermosa de Asia después de Estatira, la esposa de Darío. Como ésta ya estaba muerta (había fallecido cierto tiempo antes), Roxana se había convertido en aquel momento en la auténtica Miss Asia. Alejandro se prendó de ella, según nos cuentan las fuentes, pero en vez de tomarla por la fuerza como cautiva decidió casarse con ella. Cuando lo hizo en 327, firmó de paso la paz con su suegro Oxiartes y lo nombró sátrapa de la región. Resulta evidente que, al igual que su padre, había contraído matrimonio por razones políticas. Innegablemente, la belleza de Roxana debió servirle de acicate para tomar la decisión.

Una vez pacificadas aquellas tierras, dentro de lo posible, Alejandro fundó una ciudad llamada Alejandría Eskháte, <da más lejana>, y se volvió hacia el sur, decidido a proseguir viaje hacia su meta final: el río Océano. En aquel momento abandonaba ya las posesiones del Imperio persa para entrar en territorios que jamás habían pertenecido a los Aqueménidas.

LA CAMPAÑA DE LA INDIA

En realidad, Alejandro no llegó a entrar en la India tal como la conocemos ahora, sino en Pakistán, en la región del Punjab o «los Cinco Ríos». Antes de aventurarse por aquellas tierras, había enviado a Hefestión para que reconociera el terreno, y su amigo había tendido puentes sobre el Indo. Es evidente que Alejandro no sabía que más allá de aquel río se extendía una península que, con más de tres millones de kilómetros cuadrados, constituía todo un subcontinente. Durante aquella campaña, Alejandro y sus hombres creían estar siguiendo los pasos de Dioniso, del que se decía que había recorrido la India en su juventud. El primer lugar al que llegaron fue el reino de Taxila, cuyo soberano les rindió pleitesía. Entre

otras razones, porque deseaba contar con Alejandro como aliado para luchar contra el rey que gobernaba al este de sus tierras, un tal Poro.

Poro, según se cuenta, era un gigante de más de dos metros de altura, y aparte de mandar un ejército muy numeroso y conocer un terreno que para Alejandro era desconocido, poseía elefantes. Muchos elefantes. En teoría, los macedonios ya habían combatido contra ellos en Gaugamela, pero en aquella batalla Darío sólo tenía quince, y además no nos consta que participaran en la acción. Los paquidermos de Poro eran otra cosa, pues los indios los utilizaban como fuerza de choque. Aparte de los daños que causaban embistiendo con su cuerpo, aplastando hombres y caballos bajo sus patas e incluso golpeando con la trompa, llevaban a uno o dos lanceros montados sobre el lomo.

Cuando Alejandro alcanzó el río Hidaspes (el actual Jhelum, un afluente del Indo), dispuesto a cruzarlo e invadir el reino de Poro, se encontró con que éste ya le aguardaba en la otra orilla. El rajá indio tenía con él entre 30.000 y 40.000 soldados de infantería, 4.000 de caballería, 300 carros de guerra y 200 elefantes. Las fuerzas de ambos ejércitos estaban más o menos equilibradas.

De nuevo Alejandro se encontraba ante un río. Pero éste era mucho más caudaloso que el Gránico, de modo que no podía cruzarlo por las buenas y enfrentarse a Poros. Además, los paquidermos causaban tal pavor en los caballos que, si hubieran intentado cruzar el río en balsas, Alejandro temía que los corceles se arrojaran al agua antes de llegar a la orilla por huir.

Alejandro se dedicó a llevar a su caballería abajo y arriba con gran estrépito, como si tuviera intención de cruzar en algún punto. Los elefantes y el resto de las tropas de Poro los seguían, hasta que se dieron cuenta de que Alejandro no hacía ni amago de atravesar el río. Aburridos de seguirle la corriente literalmente- se limitaron a apostar unos cuantos vigías.

Por fin, varios días después, Alejandro se decidió a intentar la travesía de noche, en un punto situado a unos 27 kilómetros río arriba que le pareció apropiado. Dejó a Crátero en el campamento con parte de las fuerzas y él mismo se llevó a los demás hacia aquel lugar. Por el camino, apostó varios contingentes a lo largo de la orilla, dándoles instrucciones de cruzar el río cuando vieran (u oyeran) que la batalla había empezado. Por fin, él llegó al punto indicado con unos 6.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería, todos de las mejores unidades. Por supuesto, marchaban con él los Compañeros y los hipaspistas.

Cruzaron el río bajo una fuerte tormenta, calados hasta los huesos. Algunos lo hicieron en pequeñas galeras de 30 remos que habían ensamblado unos días antes con piezas que traían del Indo, y otros en odres rellenos de paja, un procedimiento típico de la época. Dejaron atrás una isla -tal vez la actual de Admana-, y fue entonces cuando los vigías los divisaron y avisaron a Poros. Las tropas de Alejandro desembarcaron, y al hacerlo se dieron cuenta de que habían puesto pie en otro islote que hasta entonces no habían visto, pues estaba tapado por la primera isla. Vadearon la corriente con dificultades: a los hombres les llegaba el agua al pecho y de los caballos sólo sobresalía la cabeza. Una prueba de que aquellos animales eran bastante pequeños, o quizá de que Arriano se refiere a jinetes montados.

Apenas desembarcar, trabaron combate contra las fuerzas que había mandado el hijo de Poro. Pero las superaron rápidamente, y Alejandro se adelantó con su caballería hacia donde sospechaba que estaba el grueso de las fuerzas enemigas. No tardó en encontrarse con el ejército indio, que había formado una línea de diez hombres de fondo, protegida por los 200 elefantes que destacaban como torreones en una muralla y flanqueada por carros y caballos.

A estas alturas, varios de los destacamentos que Alejandro había ido dejando en la orilla ya se le habían unido, de tal manera que su inferioridad numérica se había reducido, y se decidió a atacar (Crátero seguía al otro lado del río). Las maniobras de su caballería son un tanto complicadas de seguir, así que no las detallaré aquí. Mencionaré sólo el papel de los elefantes: «[...] la falange de Alejandro arremetía contra los elefantes, disparando contra los conductores de las bestias y rodeando a los animales sin dejar de alcanzarles con sus dardos. Se produjo algo sin precedentes en ninguna batalla anterior. En efecto, los elefantes salían en estampida contra los batallones de infantería [...], arrollando la falange macedonia a pesar de ser una formación muy compacta». Algunos autores, quizá por resumir, afirman que los elefantes no supusieron ningún problema para Alejandro. No es ésa la impresión que sugiere el texto de Arriano.

Con todo, los macedonios consiguieron que la caballería india se replegara contra sus propias tropas, lo que causó un gran apelotonamiento. Los elefantes, «enfurecidos, arremetían contra propios y enemigos, dando empellones a diestro y siniestro, pisoteando y destruyendo todo. Los macedonios, que disfrutaban de mayor amplitud para maniobrar según su plan previsto, se apartaban cuando los animales les acometían, mas cuando las bestias huían, las perseguían disparándoles sus dardos». Por fin, los elefantes, fatigados, retrocedieron «barritando con gran estrépito, como naves que reman hacia atrás». ¡Qué gran imagen! En aquel

momento, Crátero cruzó por fin el río, y la derrota del ejército indio fue estrepitosa.

Alejandro había logrado vencer tal vez su batalla más complicada, y desde luego la que le exigió mayores refinamientos tácticos. Los elefantes lo habían impresionado, y no sólo a él: sus generales tomaron buena nota de lo que habían visto, y en las guerras futuras de los reinos helenísticos no faltarían proboscídeos como fuerzas de choque.

En aquella batalla, Alejandro perdió a Bucéfalo, que ya tenía treinta años por aquel entonces. Por parte de los indios murieron muchísimos soldados, más de la mitad según Arriano (a estas alturas, no insistiré en lo exagerados que solían ser los partes de bajas). Pero su rey Poro siguió combatiendo hasta el final, lo que despertó la admiración de Alejandro. Es célebre el intercambio de palabras entre los dos. «¿Cómo quieres que te trate?», preguntó Alejandro. «Como lo que soy, un rey», respondió Poro.

Aunque nos pueda extrañar, ambos hombres trabaron amistad y se hicieron aliados. Alejandro le permitió seguir gobernando, pero ahora como sátrapa, y Poro le fue fiel. Obviamente, el macedonio sabía que no podía conservar el Punjab sin disponer de aliados locales.

Alejandro tenía intención de seguir más adelante, hasta el Océano. Pero, por fin, en las orillas del Hífnis (actual Beas), sus soldados se plantaron y dijeron «¡Basta!». Alejandro convocó un par de reuniones para intentar convencerlos, pero ya ni siquiera sus generales estaban por la labor de seguir más allá. Probablemente, el señuelo del Océano ya no convencía a nadie, quizá ni tan siquiera al mismo Alejandro. Ahora que estaban en la India, los lugareños con los que hablaban debían de haberles informado de la enorme extensión de tierras que se abría al sureste y de la infranqueable cadena de montañas que se alzaba al norte.

Tras ver que la amenaza de proseguir él solo no funcionaba, Alejandro se retiró a su tienda y se encerró durante tres días. Dentro de ella hacía sacrificios para propiciarse el cruce del río, pero los augurios no salían favorables. Por fin, decidió rendirse. La realidad lo había derrotado. De seguir adelante, ¿habría conquistado la India para fundar en ella una nueva dinastía? Lo creo posible, pues ¿qué eran los arios que habían impuesto en ella su lengua en el segundo milenio sino una minoría de invasores? Pero, si Alejandro hubiese querido conservar la India, tendría que haber permanecido en ella renunciando a sus demás dominios. Era imposible mantener unido un imperio tan grande.

EL DESASTRE DE GEDROSIA

En vez de regresar por donde había venido, Alejandro y sus hombres siguieron explorando. La intención del rey era llegar al mar por el río Indo y regresar a Persia para hallar una posible ruta comercial más segura que las de las caravanas. Incluso tenía la sospecha de que tal vez acabaría llegando al Mediterráneo. La razón era que en el Indo había cocodrilos, animales que sólo habían encontrado antes en el Nilo. Eso le hizo pensar que quizá el Indo seguía su curso, girando cada vez más al oeste por un país desierto, para luego virar hacia el norte y alcanzar Egipto. Habría supuesto una gesta espectacular llegar a Alejandría de improviso con su flota. Pero, obviamente, andaba equivocado por unos cuantos miles de kilómetros.

En una flota de unos 2.000 barcos -de tamaño más bien reducido-, Alejandro emprendió el descenso, mientras buena parte del ejército de tierra proseguía la marcha a pie. Por el camino, como es de esperar, no dejaron de combatir para someter a las tribus hostiles. La lucha más encarnizada se libró para tomar una ciudad del pueblo de los mallos. Allí los macedonios pelearon al pie de la muralla, y en un momento dado Alejandro trepó por la escala y subió al muro el primero. Desde allí saltó al interior de la ciudadela y, pegando la espalda a la pared, combatió contra los enemigos que lo atacaban mientras esperaba refuerzos. Una flecha le atravesó el pecho. La pérdida de sangre le hizo desmayarse, y sólo la intervención de dos oficiales, Leónato y Peucestas, le salvó la vida. En venganza por aquello, los soldados perpetraron una auténtica carnicería en la ciudad.

Aquella fue la herida más grave que recibió en toda su carrera. Pasó tantos días reponiéndose en la tienda que por el campamento corrió el rumor de que había muerto. Para tranquilizar a sus hombres, Alejandro hizo el esfuerzo sobrehumano de cabalgar ante ellos, aunque no se tenía en pie.

Antes de llegar al Índico, Alejandro envió a Crátero de regreso a Persia por una ruta interior con parte del ejército de tierra y con los elefantes. Él prosiguió con la flota hasta la desembocadura del Indo. Una vez llegados a la ciudad de Patala, volvió a dividir sus fuerzas. Los barcos se quedaron allí, al mando del cretense Nearco, un amigo personal al que había nombrado almirante. Sus órdenes eran esperar unos días a que soplaran vientos propicios del nordeste y después emprender la travesía hacia Persia.

A mediados de julio Alejandro se puso en marcha con el resto del ejército por una ruta cercana al mar. Fue el mayor error logístico de su vida. Que partiera con

aquel calor era comprensible, pues dependía de las tormentas del monzón para encontrar agua en Gedrosia, la comarca que pensaba atravesar (hoy día es Beluchistán, repartida entre Pakistán e Irán).

Según Engels, el plan era que el ejército de tierra se encargara de excavar pozos en el litoral para proporcionar agua a toda la expedición. Por su parte, la flota debía suministrarles provisiones en los puntos de encuentro elegidos: los barcos llevaban hasta 52.000 toneladas de alimentos. Así habían procedido en las costas de Tracia, Palestina y Egipto y les había ido bien (Engels, 1975, p. 112 y ss.).

El problema fue que los vientos propicios tardaron en llegar, porque la información que habían recibido Alejandro y Nearco era defectuosa. El monzón empezó a soplar desde el suroeste cuando ambos se separaron y no dejó ya de hacerlo durante tres meses, lo que imposibilitaba llevar la flota en la dirección deseada. De modo que, cuando a finales de agosto Alejandro se acercó a la costa esperando encontrarse con los barcos, éstos no habían llegado. Y a su gente ya se le habían acabado las provisiones.

Volver era impensable, pues habían atravesado territorio hostil devastándolo todo a su paso. De modo que no tuvieron más remedio que seguir adelante. Cruzaron territorios que debían oler de maravilla, pues crecían en ellos arbustos de mirra y nardos tan abundantes que, al pisarlos caminando, su perfume se extendía por el aire hasta llegar a todo el ejército. Por desgracia, no eran plantas muy alimenticias. Conforme avanzaban, cada vez encontraban menos agua y las temperaturas diurnas subían de los 50 grados, de modo que tenían que viajar de noche. Pero no siempre resultaba posible, pues a veces las etapas entre pozo y pozo se alargaban tanto que se veían obligados a estirar las jornadas y caminar bajo el sol.

Por el camino fueron matando a las bestias de carga para comérselas. Alejandro lo había prohibido, pero fingía no enterarse. Al fin y al cabo, ¿qué tenían ya que cargar esos animales? Lo malo era que se quedaron sin vehículos ni acémilas para transportar a los más débiles y enfermos. Imaginemos el reguero de cuerpos que iban quedando tendidos por el camino; máxime cuando a las tropas las acompañaban mujeres, niños y, en general, todos los seguidores del campamento, hasta unas 85.000 personas entre combatientes y civiles.

Alejandro, mientras tanto, marchaba al frente de sus hombres. En una ocasión, unos soldados que se habían adelantado encontraron un pozo, recogieron agua y se la llevaron al rey en un casco. Él les dio las gracias, pero al verse rodeado de tanta gente con los rostros demacrados, los ojos hundidos y los labios

resquebrajados, vertió el líquido al suelo sin probarlo. Aquel gesto ayudó a subir la moral del ejército al ver que su rey sufría tantas penalidades como todos. Alguien podría decir que fue una inmoralidad tirar esa agua. ¿De qué habrían servido un par de litros como mucho? Pero a veces los gestos nutren más que el alimento.

Por una triste ironía, el peor desastre lo causó el agua un día en que el ejército plantó el campamento junto a un arroyo de escaso caudal. Lo que ocurrió fue una tragedia similar a la del camping de Biescas. Tierra adentro, en las montañas, los monzones descargaron una lluvia muy intensa y la crecida bajó por la torrentera sin que los macedonios sospecharan nada. En la segunda guardia nocturna (los griegos dividían la noche en tres), la riada llegó al campamento y se lo llevó por delante. Murieron casi todas las mujeres y los niños, y también los pocos animales que llevaban. Además, muchos hombres que bebieron agua de golpe en enormes cantidades fallecieron también poco después.

Después de aquello todavía sufrieron tormentas de arena y extraviaron el camino varias veces. Cuando Alejandro salió de aquel desierto y por fin se reunió con la flota, ya en enero, de las 85.000 personas que habían empezado la marcha sólo quedaban unas 25.000. Fue el mayor desastre que sufrió la expedición macedonia durante los trece años que duró, y quienes más lo padecieron fueron los más débiles. Muchos historiadores acusan a Alejandro de negligencia y obstinación. Probablemente hubo graves fallos de inteligencia militar, sobre todo el relativo a las fechas de los monzones. Si la flota hubiese avanzado a la par que el ejército, éste habría podido suministrar el agua y aquella los víveres, pues la mayoría de los barcos no eran de guerra -que apenas tenían espacio en las bodegas-, sino de transporte.

FINAL EN BABILONIA

De regreso en Persia, ya en 324, Alejandro se dedicó a poner orden, pues en su ausencia habían estallado muchos casos de corrupción y no pocas conspiraciones. Ya en Susa, pagó a los soldados lo que les debía y anunció que aquellos que, por ser ya demasiado veteranos o por haber sufrido heridas o mutilaciones, ya no pudieran servir con las armas tenían permiso para regresar a Macedonia. Pero muchos creyeron que quería librarse de ellos para sustituirlos por persas, pues había retomado su costumbre de vestir a la moda oriental, e incluso había alistado a nobles iraníes en la caballería de los Compañeros. De modo que se amotinaron en la ciudad de Opis, cerca de la desembocadura del Tigris. Fue entonces cuando Alejandro pronunció ante ellos un célebre discurso que nos informa de cómo era la vida en las tierras altas de Macedonia:

Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que teníais que guardar, y no siempre con éxito [...1 de vuestros vecinos. Fue Filipo quien os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudierais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte, como en la capacidad de salvaros por vuestros propios méritos (Arriano 7, 9, traducción de A. Guzmán).

El motín, no obstante, prosiguió hasta que Alejandro volvió a encerrarse durante tres días. Cuando amenazó con entregar el mando de todo a los persas, los soldados acudieron ante su residencia y le suplicaron perdón. Todo se arregló entre abundantes lágrimas del rey y los soldados, un fastuoso banquete en el que participaron 9.000 personas... y la ejecución de los cabecillas del motín. Finalmente, 10.000 veteranos consintieron en regresar a Macedonia junto con Crátero. Alejandro les pagó los atrasos y les adelantó el sueldo hasta el día en que llegaran a casa, más un talento de propina. Si nuestras fuentes no exageran, Alejandro debió reactivar la economía del Egeo y otros lugares del Mediterráneo oriental, pues puso en movimiento unas riquezas que habían permanecido décadas y a veces siglos enterradas (aunque posiblemente también provocó inflación).

Poco después, en Susa, se celebraron unas bodas multitudinarias entre 80 oficiales y otras tantas mujeres de la nobleza persa, con la intención de asegurar la mezcla interracial en la que Alejandro estaba empeñado. Él mismo se casó con Estatira, hija de Darío, y desposó a su amigo Hefestión con una de sus hermanas, Dripetis.

Por estas fechas murió Cálano. Se trataba de un gimnosofista o «sabio desnudo», una especie de yogui o sadhu al que había conocido Alejandro en la India y que lo había seguido durante su viaje a Persia, tal vez por curiosidad; lo que demuestra que Cálano no había llegado al estado de purificación total en que uno se libera de todos los sentimientos. Desnudo o vestido tan sólo con un taparrabo, sentado todo el día meditando y provisto de una simple escudilla para comer, a los macedonios debió de recordarles a Diógenes, y así le llegó la historia a Arriano. Cálano se sintió enfermo ya en Persia y como no quería depender de nadie, convenció a Alejandro para que le preparara una pira funeraria, se subió a ella delante del ejército y se inmoló sentado entre las llamas. Plutarco añade el detalle de que, antes de morir, Cálano le dijo a Alejandro: «Nos veremos pronto en Babilonia» (Alejandro 68). Un mal augurio, aunque difundido a posteriori, seguramente.

No tardó en producirse otra muerte mucho más dolorosa para Alejandro. Mientras se encontraban en Ecbatana, Hefestión, que por aquel entonces mandaba la caballería de los Compañeros, enfermó, parece ser que del estómago o del vientre. Durante varios días tuvo fiebre alta, pero al encontrarse mejor pidió que le trajeran un pollo y un buen jarro de vino frío y dio cuenta de todo ello. Poco después se sintió empeorar, y para cuando avisaron a Alejandro y éste llegó a visitar a su amigo, Hefestión ya había muerto.

Los relatos de nuestras fuentes varían. En las más extremas, Alejandro hizo ejecutar por negligencia a Glaucias, el médico que había atendido a Hefestión. Sea esto cierto o no, pasó un día y una noche sin apartarse del cadáver y sin dejar de llorar por el hombre que había sido su mejor amigo desde que ambos eran niños. Cuando comparaban a Hefestión con otro de sus favoritos, Crátero, Alejandro respondía: «Crátero ama al rey, pero Hefestión me ama por mí mismo». Decretó luto oficial, se cortó el pelo e incluso hizo que les cortaran las crines a los caballos. Para incinerar el cuerpo de Hefestión, ya en Babilonia, hizo que el arquitecto Dinócrates, el mismo que había diseñado el plano de Alejandría, construyera una pira grandiosa. Aquel edificio destinado a las llamas medía más de 50 metros de altura, tenía 6 pisos y estaba profusamente decorado con estatuas diversas, proas de barcos y hasta una centauromaquia moldeada en oro. El conjunto valía 10.000 talentos, y 10.000 fueron también las víctimas que sacrificó Alejandro por Hefestión. En estas exageradas muestras de dolor, sin duda sentidas, Alejandro imitaba a su modelo Aquiles. Por desgracia para él, no tenía ningún Héctor del que vengarse. Es posible que Hefestión fuese envenenado por alguien, pues debido a su posición ante Alejandro y a cierta arrogancia de su carácter no le faltaban enemigos; entre ellos, el mentado Crátero. Pero si se trató de un asesinato, jamás llegó a saberse.

Durante el invierno de 324-323, Alejandro se dedicó a combatir contra los coseos, una tribu de montañeses que vivían cerca de Ecbatana, y a cumplir con sus deberes conyugales, pues por fin dejó embarazada a Roxana. Después, en primavera, todo el ejército se trasladó a Babilonia. Antes de entrar en la ciudad parece que Alejandro recibió oráculos ominosos, pero como es habitual en estos casos, lo más probable es que hayan entrado en la tradición ya después de los hechos vaticinados. En Babilonia, se presentaron ante él embajadores de varias naciones, entre otras Cartago, y de diversos pueblos de Italia.

Tras regresar de la gran expedición oriental, Alejandro había puesto en orden los asuntos del imperio. Su espíritu inquieto enseguida empezó a planear nuevas campañas de exploración y conquista. Parece que su intención era bajar con una flota por el Éufrates hasta el golfo Pérsico para circunnavegar, y por supuesto,

conquistar Arabia, la tierra de los perfumes y las especias. Pero también proyectaba viajar hasta Cirene, que ya dependía de la satrapía de Egipto, y continuar desde allí hasta Cartago.

Ninguno de estos ambiciosos planes se cumplió. A finales de mayo o principios de junio del año 323 Alejandro cayó enfermo. Como siempre, las versiones de las fuentes varían bastante. Pero más o menos ocurrió lo siguiente: Alejandro, tras ofrecer sacrificios a los dioses, celebró una fiesta con sus amigos en la que se bebió bastante y hasta tarde. Cuando quería retirarse, cansado, un amigo llamado Medio, uno de los Compañeros, insistió en que volviera al banquete o tal vez se lo llevó a otro festín. Es posible que en ese momento Alejandro se bebiera de un trago la llamada «copa de Heracles», y que al terminar de apurarla sintiera un fuerte dolor en el estómago. En cualquier caso, empezó a tener fiebre.

Durante los días siguientes siguió febril, y se bañaba a todas horas con agua fría para aliviar el ardor que sentía. No dejó de reunirse con sus generales, y sobre todo con Nearco, para planificar los detalles de la próxima expedición. Pero cada vez se encontraba peor, hasta que el día 6 de junio ya ni siquiera era capaz de hablar. Cuando entraron a saludarlo los generales y luego los oficiales no pudo contestarles, aunque los reconoció a todos. No tardó en correr por el campamento el rumor de que había muerto. Para evitar un motín, se abrieron las puertas de su alcoba de tal modo que los soldados pudieron desfilar por última vez en silencio de lante de su rey, que realizó un esfuerzo sobrehumano para saludarlos a todos fijando la vista en cada uno de ellos.

En la mañana del día 10 de junio, Alejandro murió.

Tenía treinta y tres años, o le faltaba poco para cumplirlos. Durante su breve vida realizó tantas cosas, para bien o para mal, que se convirtió en el personaje más célebre de la historia mundial.¹⁸ ¿Hasta dónde habría llegado de haber vivido más años? ¿Lo habrían enloquecido su creciente megalomanía y su tendencia al alcoholismo, si es que ambos problemas eran tan acusados como algunas fuentes nos hacen creer? ¿O, ahora que esperaba un hijo y sucesor como buen rey macedonio, su personalidad se habría asentado? El primer autor que especuló con lo que habría podido suceder si Alejandro hubiese vivido más años y se hubiese enfrentado a Roma fue Tito Livio, en el libro 9 de *Ab urbe condita*. Si él lo puso por escrito, es que el tema era comidilla popular, pues entre los antiguos, sobre todo los romanos, se daba una actitud casi forofa entre los que discutían quién había sido el mejor general de la historia, si Aníbal, Escipión o Alejandro. Una discusión bastante absurda entonces y ahora, dicho sea de paso. Los generales no eran jugadores de

ajedrez ni movían peones: todo dependía no sólo de ellos, sino de los hombres que mandaban y de infinitas circunstancias más. A partir de Livio, las conjeturas sobre un pasado alternativo con un Alejandro casi cuarentón han seguido, y yo mismo he puesto mi granito de arena con la novela ucrónica Alejandro Magno y las águilas de Roma.

En ese libro, por cierto, reflejé un rumor que debió extenderse tan pronto como murió Alejandro: que lo envenenaron. Arriano (7, 27), sin darle mucho crédito, cuenta que fue Aristóteles quien preparó el veneno y se lo entregó a Antípatro, el veterano general que se había quedado en Macedonia como gobernante. Él, a su vez, se lo dio a su hijo Casandro, que poco antes de que Alejandro muriera se había presentado a Babilonia. El tóxico venía guardado en la pezuña de una mula. ¿Por qué? Arriano no lo dice, pero según otros autores era tan fuerte que habría corroído cualquier otro recipiente. En ese caso, me temo, también habría abierto un boquete en el estómago de Alejandro y no cabría ninguna duda del envenamiento.

Hoy día, el defensor más popular (o populista) de esta tesis es Graham Phillips, periodista que se dedica a escribir acerca de «misterios sin resolver». Su libro *Alexander the Great, Murder in Babylon* sostiene que el veneno utilizado fue estricnina y que la única persona que pudo haberlo obtenido fue Roxana. El libro es entretenido y utiliza bastante las fuentes clásicas; pero se basa sobre todo en las menos fiables, que son también las más novelescas, para que los hechos cuadren como Phillips quiere, aunque tenga que encajarlos a martillazos. Confieso que he utilizado su hipótesis de la nux vomita en mi novela. Pero las novelas son novelas, no tratados de historia, y uno puede permitirse ciertas libertades.

Por desgracia, entre los autores clásicos -Arriano, Diodoro, Plutarco, Curcio, Justino- no hay nadie que explique la enfermedad de Alejandro con la precisión con que Tucídides describe la epidemia que asoló Atenas en 429. Si queremos aunar los síntomas de estas versiones sin descartar ninguno, no sale de ellos ningún cuadro coherente que se corresponda con todos los efectos de ningún veneno conocido. Tampoco con ninguna enfermedad, aunque se han sugerido muchas, como fiebre tifoidea, pancreatitis, malaria o virus diversos. Algunas de esas patologías son muy exóticas: según el médico H. Ashrafian, Alejandro sufría una malformación congénita en las vértebras, tal como se refleja en ciertos retratos y en el comentario de Plutarco sobre su peculiar manera de ladear el cuello. Esa malformación le habría hecho tener al final una infección espinal que lo paralizó y acabó matándolo. Esto es llevar demasiado lejos un simple comentario hecho por un biógrafo siglos después de su muerte. Tal vez Alejandro ladeaba la cabeza por afectación, porque

oía mejor por un oído que por el otro... o simplemente, no ladeaba la cabeza y el texto de Plutarco no tiene ninguna importancia.

Ése es el verdadero problema. En realidad, no podemos estar seguros al cien por cien de cómo falleció Alejandro. Sin arriesgarnos, tan sólo podemos afirmar que empezó a tener fiebre alta, empeoró poco a poco y murió. Si lo envenenaron, habría mil sospechosos, como era natural tratándose de un hombre tan poderoso y rodeado de generales con egos apenas inferiores al suyo, cada uno de ellos rodeado por su propia maraña de relaciones e intrigas. Sin el sensacionalismo de Phillips, biógrafos serios de Alejandro como Peter Green o Paul Cartledge apuntan a la estricnina.¹⁹ Pero, insisto, mientras no podamos estar seguros de cuáles fueron los síntomas exactos y el progreso de su mal, nunca sabremos cómo murió en realidad Alejandro.

LA LUCHA POR LA SUCESIÓN

«Diádocos» significa «sucesores», pero el término no se refiere a los herederos de Alejandro, sino a sus generales. En realidad, Alejandro no había dejado nada claro quién debía reemplazarlo en el poder. Se dice que, cuando entregó su anillo a Perdicas y éste le preguntó por la cuestión, el rey dijo que lo sucediera «el más fuerte». O bien era un chiste macabro o se refería a Crátera, cuyo nombre podía prestarse a cierta confusión: según Diodoro, usó el superlativo *ti kratísto*, mientras que el nombre de Crátero en dativo era *ti kratéro*. Ambas palabras podrían confundirse en boca de un moribundo.

En Babilonia aguardaba un ejército preparado para la conquista de Arabia. Este ejército, y no el de Macedonia a miles de kilómetros, era el que tenía que aclamar a su sucesor. La alternativa estaba entre Arrideo, el hermanastro epiléptico y retardado de Alejandro, o el hijo que esperaba Roxana. La segunda opción era incluso menos deseada por los macedonios. Muerto Alejandro, los soldados y oficiales no estaban por la labor de seguir integrándose con los iraníes.

Por el momento se nombró a Perdicas jefe del ejército, aunque Crátero, que se hallaba de camino con 10.000 soldados que traía de Europa, debía quedar por encima de él en rango, como una especie de primer ministro. Eso habría provocado rápidos choques entre ambos, pero Crátero nunca alcanzó Babilonia, pues le llegaron noticias de Europa que, si bien eran malas, no podían sorprender a nadie. Al saberse que Alejandro había muerto, las ciudades griegas se rebelaron para recuperar su libertad. La guerra fue conocida como Lamíaca, porque los sublevados consiguieron asediar a Antípatro en la ciudad de Lamia, en Grecia central. El ya anciano general reclamó la ayuda de Crátero y éste regresó a Grecia.

La sublevación griega, encabezada por Atenas, disfrutó de una corta vida. Exactamente, un año. En 322, las fuerzas rebeldes fueron derrotadas por tierra en Cranón y por mar en Amorgos, una pequeña isla cerca de Naxos. La flota ateniense, en inferioridad numérica ante los vastos recursos que podían manejar los generales de Alejandro, quedó destruida. Esta vez fue la definitiva. La ciudad tuvo que entregar a los cabecillas de la revuelta. Demóstenes escapó de Atenas, pero convencido de que todo estaba perdido y de que además caería en manos macedonias, se suicidó bebiendo un veneno. Tenía sesenta y tres años y a su favor

puede decirse que toda su vida defendió las mismas ideas: la independencia de su patria y la lucha contra la dominación macedonia.

No fue la única cesión de Atenas. Una guarnición macedonia quedó instalada en el Pireo, la verdadera sede del poder ateniense. La ciudad se vio obligada a entregar parte de su territorio a Tebas y perdió la isla de Samos. Además hubo de pagar una indemnización de guerra y reformar la constitución. A partir de aquel momento, el cuerpo de ciudadanos que tomaban decisiones se redujo a 9.000, aquellos cuya renta superaba las 2.000 dracmas anuales. Más de 20.000 atenienses que hasta entonces habían sido ciudadanos perdieron todos sus derechos políticos. A todos los efectos, la democracia ateniense, convertida en una oligarquía disimulada, había muerto: sus breves resurrecciones fueron más virtuales que reales, pues ya siempre dependió de otros. Pero recordemos que había durado casi doscientos años y que tuvo que ser una potencia extranjera la que acabara con ella. Guardemos unos instantes de silencio por aquel régimen político fundado por Clístenes y engrandecido por Temístocles y Pericles, que fue mucho más que un experimento.

Regresemos con los Diádocos. A1 no estar Crátero en Europa, Perdicas fue nombrado prostátes o primer ministro. Pero en cuanto pretendió dar órdenes a los demás, todos se volvieron contra él. La lucha se desencadenó rápidamente. Algunos deseaban mantener la unidad del imperio, pero para convertirse ellos mismos en sus amos: era el caso de Perdicas, Crátero o Antípatro. Otros, como Ptolomeo, que se había convertido en sátrapa de Egipto, querían que los dejaran en paz y limitarse a mantener sus propios dominios.

Al principio, quien más poder detentaba era Perdicas, pues controlaba el grueso principal del ejército. Pero cuando intentó entrar en Egipto y fracasó, sus propios oficiales lo mataron: una carrera breve y poco gloriosa. En cambio, su oficial Eumenes, un griego que había trabajado como secretario y hombre gris de Alejandro, demostró un insospechado talento para la guerra y derrotó a Crátero, que murió en la batalla. Dos generales menos para despejar un poco el tablero; pero he de advertir que quedaban otros a los que todavía no he mencionado, como Seleuco, Antígono o Poliperconte.

Antes de lanzarnos a criticar la insensatez de todos estos generales que supuestamente destrozaron el imperio en guerras intestinas, debemos tener en cuenta que, por más que los mapas digan lo contrario, dicho imperio nunca llegó a estar efectivamente unido. Las zonas más alejadas al nordeste, como Sogdiana, se rebelaban en cuanto Alejandro se hallaba lejos, y hubo satrapías que tuvieron una

vida muy fugaz, como la de la India. Allí, Chandragupta, al que los griegos conocían como Sandrocoato, no tardó en conquistar el Punjab e instaurar su propio reino, el de Magadha, y su dinastía, la Maurya.

En realidad, era casi imposible mantener unido un imperio tan vasto, y ya lo había sido bajo los Aqueménidas. Recordemos que, gracias a la intervención de Atenas, la costa de Jonia fue independiente del Gran Rey durante largos periodos. Lo mismo pasó con Egipto, y también hubo momentos en que las satrapías del nordeste se rebelaron. Cuando vemos mapas del Imperio persa o de Alejandro rellenos de un solo color, no debemos dejarnos engañar. Incluso en el núcleo del imperio, no muy lejos de las grandes capitales, quedaban rincones a los que el poder imperial no llegaba. Por ejemplo, en el camino entre Susa y Persépolis existía un territorio «comanche», el de los uxios que dominaban los pasos montañosos. No es que los uxios no pagaran tributo al Gran Rey: es que se lo exigían para dejarle pasar por sus tierras. Alejandro les bajó los humos y consiguió que le entregaran 100 caballos al año, 500 bestias de transporte y miles de cabras y ovejas. Pero me pregunto cuánto tiempo siguieron pagando aquel tributo.

Aunque se tratara de una ficción, se produjeron ciertos intentos de conservar el imperio como un todo. Por el tratado de Triparadiso, en el año 321, se nombró a Antípato administrador plenipotenciario, y los reyes -Arrideo y Alejandro Ego, el hijo de Alejandro y Roxana- se trasladaron junto a él a Pela, la capital macedonia. Antípato reconoció tácitamente a Ptolomeo en Egipto y dejó en Asia a otro veterano, Antígono, como una especie de supersátropa que debía gobernar a los demás.

En 319, Antípato murió a la respetable edad de ochenta años. Por alguna razón no debía confiar mucho en su hijo Casandro, el mismo que había cometido la imprudencia de reírse de Alejandro cuando vio que a éste le colgaban los pies del trono. En su lugar, le cedió la regencia y el dominio de Grecia a otro veterano, Poliperconte.

A la muerte de Antípato se renovaron las guerras. En el este, Antígono derrotó a Eumenes, al que hizo ejecutar en el año 316, y tomó Babilonia. Pero, aunque Antígono pareció convertirse en el nuevo amo de Asia, el general que había gobernado hasta entonces la ciudad de Babilonia, Seleuco, consiguió escapar de él y se refugió en Egipto junto con Ptolomeo.

En cuando a Europa, Casandro, que me imagino que no ponía precisamente velas al espíritu de su padre Antípato, invadió Grecia para luchar contra

Poliperconte. Mientras ambos se enzarzaban en suelo griego, la madre de Alejandro se las arregló para librarse del presunto rey Arrideo y de su esposa Eurídice, que era quien cortaba el bacalao en aquella pareja. Fue un error, pues la crueldad del asesinato hizo que las tropas fieles a Olimpia y al regente Poliperconte se pusieran de parte de Casandro. Cuando éste entró en Macedonia en el año 316, lo primero que hizo fue ejecutar a Olimpia.

El único «rey» que quedaba, y que ahora se hallaba en poder de Casandro, era Alejandro Ego, junto con su madre Roxana.¹ Tampoco duraron mucho: en 310 Casandro se desembarazó de ambos, pues tenía la intención de convertirse en rey y no ser un simple regente. Nadie protestó por sus muertes. El recuerdo de Alejandro era un mito, pero nadie tenía el menor interés en dejarse gobernar por un hijo suyo que llevaba sangre extranjera en las venas.

En su lucha contra Poliperconte, Casandro conquistó Atenas e instauró como tirano de la ciudad a Demetrio de Falero, que gobernó durante diez años. De él podría decirse que era un tirano o déspota ilustrado. Ateniense de nacimiento, estudió en el Liceo de Aristóteles' y fue discípulo personal del gran naturalista Teofrasto. Pertenece al entorno del general Foción, lo que quiere decir que era simpatizante de los macedonios. Eso explica que Casandro lo eligiese como gobernante de Atenas.

Durante su tiranía, Demetrio llevó a cabo muchas reformas legales y también trató de mejorar las costumbres (qué miedo me da cuando oigo esto último). Todo ello, según su biógrafo Diógenes Laercio, le valió el agradecimiento de los atenienses, que le dedicaron cientos de estatuas de bronce, muchas de ellas ecuestres o montado en un carro. ¿Culto a la personalidad? Algo me hace sospechar que la política de Demetrio no favoreció precisamente a los atenienses pobres que habían sido desposeídos de sus derechos cívicos, pero ya sabemos que en la mayor parte de la literatura clásica se consideraba «buenos» gobernantes a los que introducían «buenas» medidas para favorecer a los «buenos» ciudadanos. Y que el término *agathós*, «bueno» en griego, siempre se identificaba con la clase superior y sus valores.

En el año 307, otro Demetrio, hijo de Antígono, tomó Atenas en nombre de su padre. Demetrio de Falero abandonó la ciudad, y casi en ese mismo día los atenienses derribaron y fundieron todas sus esculturas salvo una, de la que ignoro por qué se salvó (la historia me recuerda a la de cierta estatua de Sadam Husein, que por cierto no se caía ni a tiros). Demetrio se refugió en Egipto, junto a Ptolomeo, y cuando le contaron lo que los atenienses habían hecho con sus efigies, respondió

de forma muy filosófica: «Podrán derribar mis estatuas, pero no las virtudes por las que me las dedicaron». Como intelectual, parece que fue él quien convenció a Ptolomeo para que fundara el Museo de Alejandría y, sobre todo, la principal de sus dependencias: la Biblioteca. Por ello, sin profundizar más en lo que hizo o dejó de hacer en Atenas, le daremos las gracias.

Pero el mundo griego se había hecho mucho más grande que Atenas. La guerra de todos contra Antígono Monóftalmo -al que se llamaba así porque era tuerto- llegó a un receso en el año 311, con un nuevo reparto de poderes. Sin embargo, duró tan poco que no recargaré la memoria de los lectores con kilobytes de información innecesaria. Las luchas se reanudaron enseguida. Antígono contaba con la valiosa ayuda de su hijo Demetrio, que luego se ganaría el mote de Poliorcetes, derivado del verbo poliorkéo, «sitiar ciudades». Poner un apodo a continuación del nombre en lugar de utilizar el patronímico debía de ser una costumbre muy macedonia: en Egipto, los descendientes de Ptolomeo, que se llamaban todos de la misma forma, se distinguen gracias a sus sobrenombres, como Soter, Filadelfo, Filométor, etcétera.

En el año 307, Demetrio Poliorcetes tomó Atenas y, como hemos dicho, expulsó a su tocayo. Supuestamente restableció la democracia, lo que hizo que le concedieran honores de dios y que los atenienses sumaran a las diez tribus creadas por Clístenes otras dos a las que bautizaron con los nombres de Demetrio y su padre Antígono. Pero la asamblea ateniense no volvió a ser soberana, puesto que la misma ciudad de Atenas ya dependía de otros para la política exterior y, en buena medida, la interior. Poco a poco, Atenas quedó reducida a un símbolo cultural. Al menos le quedaba eso, gracias a las escuelas filosóficas que seguían funcionando en ella y a los monumentos que recordaban las glorias pasadas.

Al año siguiente Demetrio también logró derrotar a Ptolomeo en la batalla naval de Salamina de Chipre. Para conmemorarla, hizo esculpir varias estatuas de Nike, la diosa de la victoria, que solía representarse con alas. Antes se creía que una de ellas era la célebre Victoria de Samotracia que se exhibe en el Museo del Louvre y que, aunque ha perdido los brazos y la cabeza, todavía conserva las alas. Hoy los expertos opinan que esta obra se esculpió unos cien años después.

EL SITIO DE RODAS

Con ambas victorias, Antígono y su hijo Demetrio parecían haber derrotado a sus rivales más peligrosos, Casandro y Ptolomeo. Después de aquello, se sintieron lo bastante seguros como para proclamarse reyes y, por tanto, sucesores directos de

Alejandro. Al año siguiente, 305, Demetrio se ganó su apodo de Poliorcetes, pero, curiosamente, fue durante un asedio fallido.

Aquella fue una de las operaciones bélicas de mayor escala en la historia del mundo antiguo. Demetrio llevó a Rodas más de 350 naves, entre propias y aliadas, y además le ayudaron centenares de barcos piratas a los que tentó con el cebo del botín. El puerto de Rodas estaba protegido con torres y paredes de gran altura, y contra ellas Demetrio empleó máquinas titánicas. Además de un ariete de 50 metros de longitud, hizo construir la Helépolis, una torre de asedio cuyo tamaño jamás ha sido igualado. Su base era cuadrada y medía 23 metros de lado, lo que daría una superficie para cuatro viviendas de tamaño más que respetable. Las paredes de madera de pino y abeto iban convergiendo al subir, hasta medir nueve metros de lado en lo más alto, pues la Helépolis tenía forma troncopiramidal. Aun así, en el último piso todavía quedaría sitio para un par de estudios coquetos -léase carísimos.

Este engendro se alzaba hasta los 45 metros, tanto como un bloque de 15 plantas. En suma, era un edificio andante que se desplazaba sobre 8 ruedas macizas con llantas de hierro de más de 4 metros de diámetro. En la reconstrucción de John Warry, la Helépolis se movía merced a un enorme cabrestante en el piso inferior manejado por 200 hombres, mientras miles más empujaban por la parte trasera. En cambio, según Fernando Quesada, en la base de la torre había un entramado de vigas de madera cruzadas que servían para que los operarios empujaran desde dentro. En cualquier caso, parece que para mover aquel monstruoso artefacto hacían falta más de 3.000 hombres?

La torre tenía 9 pisos, unidos por una escalera de bajada y otra de subida, de modo que no se produjeran atascos. En cada planta había máquinas balísticas, de mayor a menor tamaño conforme se ascendía, que disparaban a través de portillos cubiertos de pieles rellenas de lana. Las de los pisos inferiores eran lanzadores de piedras, algunos de los cuales arrojaban rocas de más de 80 kilos, capaces de causar daños en la sillería exterior de las murallas. Las catapultas de la parte superior disparaban grandes flechas con una tremenda potencia de penetración que perforaban cualquier blindaje y barrían de defensores las almenas. Mientras la Helépolis castigaba las murallas con sus proyectiles, el resto de los atacantes podía concentrarse en golpear la parte baja de las fortificaciones con arietes o excavar túneles para socavar sus cimientos (túneles que los rodios contrarrestaban con sus propias contraminas).

Los Diádocos habían emprendido una auténtica carrera armamentística. Por

esa misma época o acaso unos años más tarde, otro de los generales de Alejandro, Lisímaco, hizo construir la Leontóforos, aquella nave gigantesca de la que hablamos en su momento y que tenía 1.600 remeros y 1.200 combatientes. El hecho de que se pudieran fabricar tales ingenios revela algunos rasgos de aquellos tiempos. En primer lugar, la habilidad de los ingenieros griegos y macedonios había alcanzado cotas que, habitualmente, sólo atribuimos a los romanos. Y, en segundo lugar, los reinos de los Diádocos, que se convertirían en los llamados reinos helenísticos, podían recurrir a medios humanos y materiales que habrían sido impensables para las polis de la Época Clásica. Al hacerlo, seguramente pasaban por encima de los intereses de los ciudadanos y empobrecían a mucha gente, pero tenían el poder necesario para ello y una absoluta falta de escrúpulos.

Pero, pese a estas colosales máquinas, a Demetrio no le quedó más remedio que abandonar el asedio pasado un año. Los rodios aguantaron con una tenacidad inigualable, y en el imaginario griego su resistencia se convirtió en la lucha de los ciudadanos libres contra el poder real, de la ley contra los saqueadores piratas, del respeto a los dioses tradicionales contra la *hybris* o soberbia de aquel hombre que con su Helépolis se asemejaba a los gigantes que quisieron tomar el Olimpo apilando montañas. Añadamos que el auxilio de los demás generales en liza que se oponían a Antígono y a Demetrio también fue clave para que éste levantara el asedio.

Cuando Demetrio renunció al sitio, dejó en los alrededores de la ciudad la mayor parte de sus máquinas. Con las piezas metálicas, los rodios construyeron una estatua de bronce de 30 metros de altura que representaba a Helios, el Sol, dios protector de Rodas: usaron el hierro para las vigas interiores y el bronce para el exterior. La estatua se levantaba en el puerto de Rodas, aunque las ilustraciones en que aparece con las piernas separadas y cada una en un espigón, de modo que los barcos pasan por debajo, son meras fantasías. El Coloso se derrumbó en el año 224 por un terremoto, y siglos más tarde los restos de bronce y hierro se vendieron como chatarra.

EL REPARTO (CASI) DEFINITIVO

En el año 301, todos los Diádocos se unieron contra Antígono y Demetrio. Además de Casandro y Ptolomeo, había allí otros generales que hasta entonces no habían participado en la guerra contra Antígono: Lisímaco, que dominaba Tracia, y, sobre todo, Seleuco.

Ya antes nombramos a Seleuco, general de Alejandro que obtuvo la satrapía

de Babilonia, pero que tuvo que huir de ella y refugiarse en Egipto. Seleuco regresó en el año 312 y a partir de ese momento su mirada se dirigió hacia el este, donde no entraba en competencia con los demás generales. Así pudo afianzar su dominio en Media, Susa y Persia, el núcleo tradicional del Imperio persa. También intentó emular a Alejandro llevando a cabo una campaña en el Indo, pero allí fue derrotado por el rey indio Chandragupta, que se había hecho el amo del Punjab. Finalmente, Seleuco y Chandragupta llegaron a un acuerdo por el que el soberano Maurya se quedaba con el valle del Indo y Seleuco le cedía también tierras de Gedrosia y el este de Aracosia. Estas últimas, en realidad, se convirtieron en un colchón entre ambos reinos, pues eran desiertos casi inhabitables (recordemos que Alejandro perdió en Gedrosia más hombres que en ninguna batalla de sus largas campañas). A cambio de las cesiones territoriales, Chandragupta se comprometía a suministrar elefantes para los ejércitos de Seleuco.

LOS ELEFANTES DE GUERRA

Como señala Fernando Quesada, el elefante era un arma de doble filo (Quesada, 2008, p. 201). Por un lado, su tamaño despertaba el pánico entre los soldados enemigos, sobre todo si no estaban acostumbrados a verlos, y también entre los caballos, a los que espantaba su olor. Pero un elefante que perdía a su conductor o que recibía muchas heridas podía descontrolarse y causar estragos en sus propias filas. Por eso, los Epígonos o sucesores de los Diádocos protegían a estos animales asignándoles tropas de infantería ligera y cubriéndoles las articulaciones de las patas con flejes de cuero o metal para evitar que les cortaran los tendones.

Había dos especies aptas para el combate. El elefante indio, con las orejas más pequeñas y el cráneo abombado, era el que había utilizado Poro en la batalla del Hidaspes, y de esa raza fueron los que llevó Seleuco al combate. Estos ejemplares podían medir hasta tres metros en la cruz, y llevaban encima varios arqueros y un conductor (los nombres técnicos de éste son cornaca, mahout o naire). Los Diádocos les añadieron piqueros con sarisas, y con el tiempo acabaron montando sobre sus lomos unas torretas de madera y cuero atadas con cadenas.

La otra especie provenía de África, pero no se trataba del gigantesco *Loxodonta africana* que solemos ver en los documentales sobre la sabana, pues este animal es literalmente indomable. Por aquel entonces existía una tercera especie en el norte de África, de tamaño incluso menor que el elefante indio, y que podría estar

emparentada con los elefantes de bosque que todavía existen en algunas selvas ecuatoriales del continente negro. En la batalla de Rafia, en el año 217, Antíoco derrotó con sus elefantes indios a Ptolomeo y sus paquidermos africanos. El número también debió influir en el desenlace de la batalla: Antíoco tenía muchos más animales que Ptolomeo.

El uso de elefantes, torres de asedio y barcos de tamaño descomunal revela una extraña megalomanía de los soberanos helenísticos. Para ellos, el tamaño sí que importaba o, como reza nuestro refrán, «burro grande, ande o no ande». Otro ejemplo de exageración: Demetrio ordenó que le construyeran una coraza que pesaba casi 20 kilos. Al parecer, ya podían dispararle flechas incluso con catapultas de torsión, que el blindaje resistía. Sin duda, Demetrio debía de ser un hombre de gran fuerza física para aguantar aquel peso. Una pregunta de psicoanálisis barato: ¿querrían compensar con todo esto el complejo de inferioridad que sentían ante el recuerdo de Alejandro?

El enfrentamiento entre los dos bandos se produjo en Ipsos, lugar situado en el corazón de Turquía. Como era de esperar, fue una batalla a lo grande. Si hacemos caso a Plutarco, Antígono y Demetrio traían 70.000 soldados de infantería, entre ligera y pesada, más 10.000 de caballería. En las filas de sus rivales había unas cifras similares, más reducidas en infantería, aunque a cambio de los 75 elefantes del bando antigónida los generales aliados disponían de 400.

Por supuesto, podríamos desconfiar de estas cifras como hemos hecho en otras ocasiones. Pero no muestran la desproporción habitual en otros relatos de batallas en los que, curiosamente, casi siempre ganan los que están en inferioridad de uno a diez. Además, hemos de tener en cuenta que en Ipsos lucharon varios generales, cada uno con su propio ejército profesional, y que los reinos helenísticos disponían de una base de reclutamiento mucho mayor que las polis griegas de la Época Clásica.

En cualquier caso, sean más o menos correctos los números, el resultado de la batalla de Ipsos fue que padre e hijo fueron derrotados. Antígono murió en el combate y su hijo Demetrio escapó como pudo del desastre.

Tras Ipsos, se procedió a un nuevo reparto, que resultó algo más estable que los anteriores. Quien más beneficiado resultó fue Lisímaco, que se quedó con toda Asia Menor, además de la Tracia que ya poseía. Casandro siguió siendo el dueño de Grecia, salvo algunos lugares que quedaron en poder de Demetrio: Atenas, Corinto y varias islas. Seleuco era el amo de Asia, al menos la que no le había cedido a

Chandragupta, y Ptolomeo reinaba en Egipto. Ambos, sin embargo, disputaban por la franja de Siria.

Mas las luchas no cesaron. Puedo comprender que los lectores empiecen a sentir jaqueca, porque cuando me tocó estudiar las luchas de los reinos helenísticos durante la carrera fue una pesadilla. Añadiré algunas pinceladas: a la muerte de Casandro en el año 294 Demetrio aprovechó para adueñarse de Macedonia y proclamarse rey. Pero once años después tuvo que huir ante los ataques de Lisímaco y el célebre Pirro, y se entregó en manos de Seleuco, para morir en cautiverio. Éste invadió Asia Menor y acabó con Lisímaco, y después, cuando intentaba conquistar Macedonia, lo asesinaron. Después...

¡Basta! Sólo añadiré que a partir del año 276 quedaron establecidos los tres principales reinos helenísticos, cada uno gobernado por su propia dinastía. Por fin, los generales se habían convertido en reyes. En Macedonia reinaban los Antigonidas, descendientes de Antígono Monóftalmo. En Asia, los Seléucidas, cuyos nombres se alternaban entre Seleuco y Antíoco.⁵ Y en Egipto los Lágidas, llamados así por Lago, el padre de Ptolomeo; aunque, como todos los soberanos se llamaron igual, solemos referirnos a ellos colectivamente como «dos Ptolomeos» o «el Egipto ptolemaico».

Con el tiempo aparecieron nuevos reinos, sobre todo a costa del territorio de los Seléucidas, que era demasiado vasto para mantenerse unido. En Asia Menor se independizaron Pérgamo, Bitinia y el Ponto. Los dos primeros acabaron aliándose con los romanos, mientras que el tercero fue su enemigo más encarnizado durante el reinado de Mitrídates VI, que combatió contra Lúculo, Sila y Pompeyo. Por otra parte, a mediados del siglo ni apareció el reino greco-bactriano, y también por esas fechas los nómadas parnos se instalaron en la antigua satrapía de Partía, de la que tomaron el nombre de partos. Éstos llegarían a fundar su propio imperio en el siglo i y se convirtieron en la principal amenaza para los romanos en Oriente.

LA SOCIEDAD HELENÍSTICA

Hablar de sociedad helenística en su conjunto es excederse en la generalización. A partir de las conquistas de Alejandro, el mundo que llamamos «griego» se multiplicó en extensión al menos por un factor de magnitud, hasta convertirse en inabarcable en todos los aspectos.

La Grecia clásica entró en una decadencia lenta, pero ya imparable. Esta vez no hablo de la crisis de los valores tradicionales, sino de hechos materiales. El país

empezó a despoblarse, en parte, porque muchos de sus habitantes emigraban a nuevos centros que les ofrecían posibilidades, como Alejandría, Antioquía o Pérgamo. Es injusto hablar de decadencia de todos los griegos, pues lo que hicieron fue dispersarse por el mundo en una tercera oleada que ya no era de colonización como las de la Edad Oscura y la Época Arcaica, sino de emigración a ciudades existentes. Pero otra cosa es referirse al declive del país conocido como Grecia.

Sobre su despoblación nos hablan los autores de finales del helenismo y principios de la época romana. En el libro 36 de Polibio, que nos ha llegado en fragmentos, este historiador del siglo II se queja: «En nuestra época se han abatido sobre Grecia entera una natalidad muy baja y una despoblación que ha vaciado ciudades y ha ocasionado una improductividad, a pesar de que no hemos tenido guerras continuas ni Al buscar las causas, añade: «Si los hombres [...] se niegan a casarse, o bien, aunque contraigan matrimonio, rehúsan mantener a sus hijos, de los que en la mayoría de los casos aceptan uno, difícilmente dos, para criarlos regaladamente, el mal crecerá rápida e inadvertidamente. Porque de estos hijos, que son uno o dos, supongamos que a uno lo mata la guerra y al otro un mal epidémico: la consecuencia es una casa vacía». Como señala el traductor, este texto lo podría firmar un sociólogo moderno y aplicarlo, por ejemplo, a España. Pero no creo que la única explicación sea, de nuevo, una crisis de valores, sino un empobrecimiento general y cierta falta de esperanza en el futuro de los que se quedaban en Grecia. La dejadez y la decadencia son contagiosas, y ver casas abandonadas y en ruinas no debía contribuir a subir la moral ni las ganas de repoblar. Al parecer, la práctica de abandonar a los recién nacidos,' sobre todo si eran niñas, se hizo más frecuente durante el siglo III.

En contraste con la decadencia de la patria original, el mundo de los griegos creció hasta convertirse en una enorme Kosmópolis. Cualquier griego que viajara a los reinos helenísticos podía sentirse como en su casa. Para empezar, en lugar de partir a ciegas tenía cierto conocimiento de adónde se dirigía, ya que la literatura geográfica, que ya existía en la Época Clásica, era ahora mucho más abundante. Y también mucho más precisa, pues los avances en las ciencias se reflejaban en el conocimiento de la geografía.

En Época Helenística se empezó a utilizar el principio básico de la triangulación para medir distancias. La primera aplicación conocida la llevó a cabo Aristarco en el siglo III para calcular las distancias entre el Sol, la Luna y la Tierra. El hecho de que recurriera a la trigonometría con fines astronómicos sugiere que ya se estaba usando antes para mediciones topográficas que luego se aplicaban en la confección de mapas y tratados geográficos. Se sabe que Dicearco, discípulo de

Aristóteles, se dedicó a medir montañas en Grecia, seguramente recurriendo a la trigonometría (por desgracia, tenía ciertos prejuicios sobre las proporciones que le llevaron a afirmar que ninguna montaña podía medir más de 10 estadios, o unos 1.700 metros). Este mismo Dicearco desarrolló la noción de paralelo geográfico. Eratóstenes, en su mapa del mundo conocido, ya utilizó también meridianos, aunque es de suponer que con poca exactitud, pues la longitud de un punto cualquiera es mucho más difícil de averiguar que su latitud. De hecho, no se pudo calcular con precisión hasta el siglo xviii.

ERATÓSTENES Y LA MEDICIÓN DE LA TIERRA

Eratóstenes representa el prototipo de lo que algunos llamarían «estudioso renacentista», ya que se dedicó a diversos campos del saber y destacó en todos. Pero en realidad era un producto de su tiempo, una época en que el saber alcanzó cimas que no volvería a escalar precisamente hasta el Renacimiento.

Eratóstenes nació en Cirene, que desde el siglo iv pertenecía a la satrapía y luego reino de Egipto. Tras estudiar en Atenas, se trasladó a Alejandría, donde se convirtió en uno de los principales eruditos de su Biblioteca y, con el tiempo, en su director. Debido a la variedad de sus intereses -estudios de cronología, crítica literaria, matemáticas, poesía, filosofía y geografía- fue conocido con el sobrenombre de «pentatleta», y también con el de «Beta», para indicar que en todos los campos era el segundo mejor.

Su logro más conocido es la medición de la circunferencia de la Tierra. Se basa en lo siguiente: en época de Eratóstenes, se sabía que en la ciudad de Siena -la actual Asuán- ocurría un fenómeno peculiar. El día del solsticio de verano, si alguien plantaba un palo en el suelo a mediodía podía comprobar que no proyectaba sombra. Y después de hacerlo, mejor que se metiera en casa, porque eso quería decir que el sol estaba cayendo en vertical sobre su cabeza o, lo que es lo mismo, que los rayos solares incidían sobre la Tierra en un ángulo recto.

Eratóstenes hizo el experimento de medir la sombra proyectada por un palo a esa misma hora y ese mismo día, pero en Alejandría. Para empezar, se veía sombra, lo cual demostraba que la Tierra era esférica: si fuera plana, los rayos del Sol caerían con el mismo ángulo sobre todos los puntos de su superficie. Pero eso, que la Tierra era esférica, Eratóstenes ya lo conocía: Aristóteles y otros científicos habían ofrecido argumentos muy convincentes.

Por eso mismo sabía también que, si prolongaba imaginariamente ambos palos, los dos se juntarían en el centro de la Tierra. El palo de Siena era paralelo a los rayos del Sol: por eso no proyectaba sombra. El palo de Alejandría formaba un ángulo de $1/50$ de circunferencia con los rayos del Sol, ergo su prolongación se unía con la del palo de Siena también en un ángulo de $1/50$. Esas prolongaciones, en realidad, no eran otra cosa que sendos radios de la Tierra, lo cual quería decir que entre el radio de Alejandría y el de Siena había un ángulo de $1/50$ del total de la circunferencia de la Tierra. (Para nosotros, 7,2 grados.)

Siguiente paso: calcular la distancia entre Alejandría y Siena, multiplicarla por 50 y obtener así la medida total de la circunferencia. Esto sólo servía si ambas ciudades se encontraban en el mismo meridiano, circunstancia que por fortuna se daba con razonable exactitud. La distancia entre ellas era conocida, unos 5.000 estadios, de modo que al final, con ciertos redondeos, a Eratóstenes le salió que la Tierra medía 252.000 estadios de circunferencia (los 2.000 estadios de más son un ajuste final que introdujo por razones que ignoramos, pero que tendrían su lógica). El razonamiento era perfecto, y dependía tan sólo de la precisión de las medidas, sobre todo la que hay entre Alejandría y Siena. Y también de la longitud del estadio utilizado, puesto que no existía un Sistema Internacional de Unidades: tan sólo sabemos que el estadio medía 600 pies, pero los pies no eran iguales en todas las ciudades. Dependiendo de la longitud, el error de la medida de Eratóstenes podría haber oscilado entre un diez y un quince por ciento, todo un logro con los sistemas de medición de la época (la circunferencia de la Tierra es de 40.000 kilómetros).

Así pues, ante los griegos de la Época Helenística se abría un mundo mucho más amplio y lleno de oportunidades. Cuando hablo de griegos en este momento, me refiero por igual a los helenos propiamente dichos y a los macedonios: con el tiempo y la distancia, las diferencias entre ellos se diluían bastante, pues veían que compartían muchas cosas en comparación con otros pueblos (es algo similar a lo que nos ocurre a los españoles cuando salimos al extranjero y nos olvidamos hasta cierto punto de nuestras diferencias internas).

Las ciudades que se encontraban en los diversos reinos helenísticos, fueran recién fundadas o ampliadas, tenían una construcción similar, con la planta rectilínea creada por Hipodamo de Mileto y edificios públicos y religiosos parecidos: templos, gimnasios, teatros. La mayor diferencia con las ciudades griegas tradicionales era el tamaño. Como ya hemos visto en varios ejemplos, en la Época Helenística todo se hacía a lo grande. Alejandría, la más conocida de estas ciudades, tenía en época de la célebre Cleopatra 300.000 habitantes libres, más un número indefinido de esclavos (Diodoro, 17, 52, 6). De ellos, la mitad podrían ser

griegos -entendiendo entre éstos también a los macedonios-. Pero incluso ciudades como Seleucia o Antioquía poseían mucha más población que Atenas en su momento de mayor esplendor. Si hacemos caso a Plinio, Seleucia en época romana alcanzaba los 600.000 habitantes (Historia natural 6, 122). La verdad es que nunca conviene tomarse literalmente las afirmaciones de Plinio, pero sin duda la ciudad era enorme, y según el geógrafo Estrabón Antioquía no era mucho menor (Estrabón 16, 2, 5).

En estas gigantescas ciudades se hablaba, además, koiné, una variedad de griego que todos podían entender basada en el dialecto del Ática. Pero incluso si uno seguía viajando hacia el este y se internaba en Mesopotamia y más allá, encontraba ciudades que, sin ser de fundación griega, poseían importantes colonias helenas, de modo que el viajero se sentía en cierto modo como en su casa. Además, la koiné se convirtió en una lengua franca no sólo para los helenos, sino en general para los habitantes de todo el Mediterráneo oriental, en competencia con el arameo.

Si al lenguaje común y los reinos con estructuras y gobiernos similares les añadimos una misma moneda, es comprensible que el volumen de comercio aumentara en esta época en una escala significativa; en realidad, los diversos reinos acuñaban sus propias monedas, pero seguían el modelo de Alejandro, quien a su vez había adoptado el estándar de pesos de Atenas. Los viajes por mar no habían dejado de ser incómodos y arriesgados, pero había barcos más grandes y algo más seguros, y también mapas más fiables. Sobre todo, mejoraron los puertos, en los que se construyeron diques y espigones de mayor tamaño, así como grandes mercados contiguos a ellos. El mayor de aquellos puertos y el que más tráfico recibía era el de Alejandría, que en realidad eran dos: el Gran Puerto y el de Eunosto, separados por el Heptastádion, un dique de más de un kilómetro de longitud que conectaba la tierra firme con la isla de Faros, donde se hallaba el famoso faro que también se convirtió en una de las Siete Maravillas.

A pesar de todo lo dicho, no hay que dejarse llevar demasiado lejos por esta imagen de aparente unidad cultural. Si uno entraba en el reino de los Seléucidas y viajaba hacia el este, se alejaba cada vez más del mundo heleno, que sólo volvía a encontrar al penetrar en el peculiar reino greco-bactriano. Y si remontaba el Nilo, no tardaba en surgir ante el viajero el antiguo Egipto. Además, existía una gran diferencia entre las ciudades, donde la población griega era muchas veces mayoritaria y casi siempre dominante, y el campo. En éste, la población nativa conservaba sus raíces tradicionales, y su única participación en la política de los reinos helenísticos consistía en trabajar para vender sus productos y pagar impuestos. De nuevo, hay que tener cuidado con los rellenos de colores de los

mapas. El mundo helenístico sería más bien como esas imágenes nocturnas del cielo tomadas por lanzadera espacial, donde las luces de las ciudades se ven separadas por vastas zonas de oscuridad. (La oscuridad es un símil, no un juicio de valores).

Incluso en las ciudades existían grandes diferencias entre la población griega privilegiada y una especie de proletariado urbano compuesto por nativos, inmigrantes de otras procedencias y griegos empobrecidos. Este proletariado era un signo de los nuevos tiempos: en Atenas no había llegado a desarrollarse. El resultado era que, a veces, buena parte de la población de ciudades como Alejandría dependía de los repartos de alimentos de los reyes y de los festivales que servían para llenar la panza y sentirse unidos colectivamente.

Y esos festivales eran grandiosos, como no podía ser menos. Tal vez el más exagerado se celebró en el año 275 en Alejandría, durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo. En él se rindió culto a Dioniso, y de paso a Ptolomeo 1, padre del rey, a quien se tributaron honores de dios (otra característica nueva de esta época era la deificación de algunos gobernantes). Dioniso debió de sentirse contento, y más todavía los asistentes a la gran cabalgata, pues en ella se repartieron 100.000 litros de vino, amén de soltar un enorme número de aves de corral para que los más rápidos se apoderaran de ellas y se las comieran (Fox, 2007, p. 323). En cuanto a complejos freudianos ya comentados sobre el tamaño, podría mencionar el mástil de 50 metros coronado por un enorme pene que llevaban en pro cesión, pero no creo que Ptolomeo II quisiera compensar ninguna carencia física: los elementos fálicos eran muy propios del culto de Dioniso, y también de otros dioses.'

En un mundo donde todo se hacía a gran escala, la tendencia al individualismo que señalamos al hablar del siglo iv se acentuó todavía más. Dentro de esos reinos inmensos, el ciudadano se convertía más bien en un súbdito que tenía obligaciones tributarias y militares hacia sus soberanos, pero que ya no participaba apenas en la toma de decisiones. Muchas escuelas filosóficas buscaban soluciones para esta desazón e intentaban aconsejar a cada persona cómo sobrevivir en un mundo enorme y hostil. Los cínicos, como Diógenes, sugerían que había que despreciar todas las convenciones. Los estoicos, en cambio, proponían la práctica de la virtud individual combinada con la búsqueda de la concordia colectiva: muchos de ellos creían en una hermandad universal, basada en que todos somos animales racionales.

¿Cómo afectaba esto a la religiosidad? A veces se ha exagerado la separación entre la Época Clásica, con sus cultos ciudadanos y colectivos, y la helenística, caracterizada por una religión más individual en busca de una satisfacción

espiritual que la fe «oficial» olímpica no podía brindar. Como ya vimos, en la Grecia clásica existían cultos místéricos que ofrecían a sus iniciados consuelo espiritual y la esperanza de una vida venturosa en el más allá. Pero es cierto que esa tendencia se acentuó en la Época Helenística. Además, el contacto con Oriente, mucho más intenso que antes, llevó a los griegos a conocer de primera mano cultos diferentes que los atrajeron por su mezcla de exotismo y espiritualidad (de nuevo, me parece que estoy hablando de nuestros tiempos). Los rituales de Isis o de la Cibele frigia serían los adelantados de otras religiones que con el tiempo se extenderían por Occidente, como el mitraísmo -una evolución del zoroastrismo de los persas- o, por supuesto, el cristianismo.

El helenismo también fue, como era de esperar, una época de cambios en los gustos artísticos. En la literatura surgieron géneros más refinados, como la poesía culta y a veces autorreferencial de autores como Teócrito o Calímaco, o Apolonio de Rodas, creador de una épica erudita. Aunque los críticos suelen considerar que la literatura helenística se halla uno o dos peldaños por debajo de los grandes clásicos, lo cierto es que esta época tan emocional profundizó en ciertos detalles de la psicología humana más cercanos a nuestra sensibilidad. Por otra parte, la fascinación por el mundo anchuroso y desconocido que se abría a los griegos se reflejó en nuevos géneros como la novela, que mezclaba elementos románticos con viajes fabulosos, y también con la llamada «paradoxografía», o colección de relatos de rarezas y curiosidades varias (Espelosín, 2001, p. 311).

En las artes plásticas, los gustos se volvieron más extremos. Del mismo modo que los soberanos construían a lo grande y sin ninguna medida, los artistas trataban de plasmar las emociones sin someterlas al control de otras épocas. Las esculturas reflejaban estados psicológicos exagerados, y el retrato se volvió más realista aunque lo representado no tuviera ninguna belleza.

El ejemplo típico del arte helenístico es el grupo escultórico de Laocoonte y sus hijos, que se ven atacados por serpientes marinas cuando el padre se opone a que los troyanos introduzcan el caballo en la ciudad. Los rasgos se ven crispados de dolor, la musculatura tensa, abultada y retorcida, la composición sometida a un violento escorzo: todo muy del gusto de una época que buscaba emociones fuertes. Debo añadir que para estudiar el Laocoonte conviene fijarse sobre todo en la figura central, ya que los supuestos niños en realidad son adultos a pequeña escala. Era éste un defecto bastante generalizado del arte griego, que representaba a los niños como señores pequeñitos. Puede que se tratara de una convención artística, o que no se molestaran en fijarse en que los críos son realmente muy cabezones y la proporción de los rasgos faciales con respecto al resto del cráneo es diferente a la de

los adultos. (Aunque venga al caso muy de refilón, sobre las proporciones de los rasgos infantiles y su influencia en nuestros sentimientos de protección hay un capítulo delicioso en *El pulgar del panda*, de Stephen Jay Gould, que recomiendo a los lectores).

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA Y LA CIENCIA HELENÍSTICA

Los grandes símbolos de la cultura helenística fueron el Museo de Alejandría y la gran biblioteca, conocida a veces simplemente como «la Biblioteca» con mayúscula. Aunque los orígenes del museo no están demasiado claros, se cree que fue Ptolomeo 1 Soter («salvador») quien lo fundó, aconsejado por el ex tirano y erudito ateniense Demetrio de Falero. Como general de Alejandro, Ptolomeo era un hombre de acción y un hábil político que supo renunciar a las aventuras imperialistas de los demás Diádocos para concentrarse en Egipto. Sus únicas ambiciones fuera del país del Nilo eran la costa de Siria, una franja de seguridad que le protegía de invasiones, y la isla de Chipre, rica en minerales.

Pero Ptolomeo también poseía una sólida formación intelectual -no en vano había estudiado con Aristóteles- e inquietudes culturales. Él mismo ejerció de literato y escribió una historia del reinado de Alejandro. Aunque el texto se perdió, podemos conocer más o menos su contenido, ya que fue la fuente principal de la *Anábasis* de Arriano, y también adivinar su intención: elogiar a Alejandro y hacerse propaganda a sí mismo. Antes de criticarlo, pensemos que los textos que redactaban o hacían redactar sus predecesores en el trono, los faraones egipcios, eran mucho menos objetivos que lo que pudo escribir Ptolomeo.

No se sabe con certeza dónde estaba el Museo, pero debía encontrarse cerca del palacio real. Su nombre derivaba de «Musa», ya que se trataba de un centro de estudio y aprendizaje consagrado a las Musas, las nueve hijas de Zeus y Mnemósine (la Memoria) que patrocinaban las artes y las ciencias. El Museo no tardó en atraer a intelectuales de todo el mundo griego. Ptolomeo no sólo se encargaba de su manutención, sino que además les pagaba un sueldo bastante generoso y ponía a su servicio todos los medios posibles para que llevaran a cabo sus estudios, sin obligarles por ello a dar clases. ¡El sueño de un erudito!

En el Museo había alojamientos para los miembros que de él se ocupaban (que llegaron a ser un centenar en los mejores momentos), observatorios para los astrónomos, un gran comedor para celebrar banquetes en los que se discutía de todo, una gran sala con asientos para lecturas y conferencias públicas y, al estilo del Liceo, un Perípato o paseo sombreado por hermosos árboles para aquellos sabios

que prefirieran, como Aristóteles, dictar sus lecciones caminando. También había un jardín zoológico construido por Ptolomeo II Filadelfo en el que se alojaban animales exóticos, siguiendo la afición tan helenística por todo lo remoto y extraño.

Y, por supuesto, los miembros del Museo tenían a su disposición la Biblioteca. La intención de Ptolomeo era recopilar todo el saber de su tiempo, para lo que envió a sus agentes a comprar o pedir libros prestados a lugares como Atenas o Rodas. Los atenienses exigieron 15 talentos como fianza por las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, pero Ptolomeo prefirió devolverles una copia y perder ese dinero a cambio del honor de guardar los originales en Alejandría. Se cuenta también que todo barco que llegaba al puerto de esa ciudad llevando libros entre su cargamento tenía que dejarlos para que los copiaran en la Biblioteca, que se quedaba con el original y devolvía la copia. La Biblioteca llegó a poseer cerca de 500.000 volúmenes, que equivaldrían a unos 100.000 libros modernos.

Me explicaré. En aquella época, los libros eran rollos de papiro, un material que en Egipto no escaseaba precisamente. Los rollos se fabricaban encolando una serie de hojas de tallo de papiro, pero cada uno tenía un límite de 6 a 8 metros, más allá del cual se hacía inmanejable. Por ese motivo, obras tan extensas como las Historias de Heródoto debían dividirse en varios volúmenes (nueve en este caso), lo que significa que el medio millón de rollos no se correspondía con otras tantas obras independientes, pues había muchas que abarcaban varios papiros. Además, muchas de las obras estaban repetidas: todavía no existía tanta producción literaria como para 100.000 títulos diferentes (ahora, sólo en España se publican más de 60.000 al año).

Cada rollo recibía el nombre de biblón o libro, derivado de byblos, «papiro».9 El nombre «volumen» también guarda relación con la forma de los primeros libros, pues deriva de volvo, «girar, dar vueltas», debido a que los papiros se enrollaban sobre varillas a modo de ejes. En cuanto a «libro», procede de la misma raíz que el inglés leaves, «hojas». Originalmente se refería a la parte interior de la corteza del árbol, uno de los primeros materiales que los romanos usaron para escribir (es el mismo sentido que tiene la palabra líber en español).

La Biblioteca era también un centro de investigación de varias disciplinas. Allí nacieron, por ejemplo, la crítica textual y la filología. Los estudiosos querían asegurarse de que los textos que guardaban en la Biblioteca eran los auténticos, tal como los habían compuesto sus autores, y para ello debían depurar cuidadosamente los libros y limpiarlos de errores y añadidos posteriores. El primer interés de todos estos filólogos fue reconstruir el texto original de Homero a partir

de las numerosas copias que tenían en la Biblioteca. En esa labor destacaron eruditos como Zenódoto, Aristófanes de Bizancio o Apolonio de Rodas. También el poeta Calímaco, que además compiló el primer catálogo de la Biblioteca, los Pínaques (literalmente «tablas», de donde viene «pinacoteca»). Dicho catálogo agrupaba los libros por géneros y categorías, los ordenaba en orden alfabético y añadía una breve biografía del autor y las primeras palabras del texto. Criterios que parecen razonables, pero que entonces se estaban inventando; por no hablar de lo ingente de aquella labor. Muchos de los signos críticos, e incluso de puntuación, provienen de esa época.

La Biblioteca no sólo era «de letras», tal como la entendemos hoy con nuestras categorías culturales y educativas un tanto estrechas, sino también «de ciencias». En ella trabajaron o por ella pasaron el matemático Euclides, cuyos Elementos siguieron siendo libro de texto hasta hace poco; los médicos Herófilo de Calcedón y Erasítrato de Ceos (ambos fueron los primeros en diseccionar cadáveres, y el segundo formuló una teoría tentativa sobre la circulación de la sangre); el ingeniero Ctesibio (inventor de máquinas hidráulicas y de aire comprimido); el astrónomo Aristarco de Samos; el polifacético Eratóstenes de Cirene y, por supuesto, Arquímedes de Siracusa, acaso el mayor genio de la Antigüedad.

Arquímedes, que formuló el célebre principio de hidrodinámica que lleva su nombre y se aproximó al concepto de cálculo integral, fue también un extraordinario ingeniero. Sus máquinas de guerra contuvieron durante dos años a los romanos en el asedio de Siracusa. Se le atribuye la invención de los llamados «espejos ustorios», que reflejaban y enfocaban los rayos de sol sobre los barcos enemigos de tal manera que prendían fuego a sus velas y a su maderamen. Siempre se ha discutido si esta especie de rayo láser de la Antigüedad era factible o no. En el año 1973, el griego Ioannis Sakkas, ingeniero y experto en energía solar, llevó a cabo un experimento en Atenas con resultado positivo. Pero su blanco era la silueta de un trirreme de contrachapado, untado además con brea. En 2006 pude ver otro experimento en el popular programa Cazadores de mitos, y esta vez los espejos ustorios alcanzaron menos éxito. Como señalaban los presentadores del programa, los antiguos disponían de otros medios para prender fuego a los barcos enemigos, como flechas incendiarias. Pero, si en verdad Arquímedes llegó a fabricar esos espejos, no habría que desdeñar el efecto psicológico de un arma que actuaba a distancia y casi de forma mágica.

ARISTARCO, PRECURSOR DE COPÉRNICO

Aristarco (310-230, fechas aproximadas) desarrolló el primer sistema heliocéntrico. La razón es que calculó por procedimientos trigonométricos las distancias entre el Sol, la Luna y la Tierra, y aunque se quedó muy corto por falta de precisión en las mediciones, dedujo acertadamente que el Sol era mayor que la Tierra. Como no le parecía lógico que un cuerpo mayor girase alrededor de otro menor, propuso la hipótesis de que era la Tierra la que daba vueltas alrededor del Sol, junto con el resto de los planetas.

Su teoría no fue aceptada por otros científicos de la época, como Arquímedes (gracias al cual conocemos la teoría de Aristarco), porque no explicaba las observaciones tan bien como el modelo geocéntrico desarrollado por aquel entonces. Una de las claves radicaba en la paralaje, o «cambio aparente de la posición de un objeto visto sobre un fondo más distante, cuando se cambia el punto de observación», según el diccionario Larousse. Por poner un ejemplo: si ahora levanto mi dedo índice ante la pantalla del ordenador (o el lector hace lo mismo delante del libro) y guiño alternativamente los ojos, con el izquierdo no veo «los ojos» y con el derecho, en cambio, no veo «alternativamente», porque me lo tapa el dedo. En eso consiste la paralaje. Ahora bien, si mi ojo izquierdo es la Tierra en verano a un lado del Sol y mi ojo derecho la Tierra en invierno al otro lado, el «dedo» que hay delante, en este caso alguna estrella, debería tapar o al menos acercarse visualmente a las letras del fondo, que en este caso serían otras estrellas más lejanas.

Pues bien, los astrónomos griegos no observaban esta paralaje. Eso significaba para ellos que la Tierra, el punto de observación, no cambiaba, ergo que estaba quieta... en el centro del Universo.

¿Qué argumento de defensa podía tener Aristarco? Que las estrellas estaban muy lejos, incluso las más cercanas, de tal manera que la paralaje era tan mínima que no se podía observar. Y llevaba razón. Ahora se sabe que, si una estrella está a un pársec de distancia, o sea, a 3,26 años luz de la Tierra -casi 31 billones de kilómetros-, la diferencia de posición que observamos desde puntos opuestos de nuestra órbita es de dos segundos de arco. En otras palabras, en el firmamento esa diferencia de posición es mis o menos una milésima del tamaño aparente de la Luna. Imposible de apreciar con los instrumentos que tenían los griegos. ¡Y hablamos de las estrellas más cercanas!

Es decir, que si casi nadie aceptó la hipótesis de Aristarco no fue por oscurantismo ni prejuicios religiosos, sino por razones que en aquel momento

parecían científicas. Lo que no obsta para que tuviera una intuición genial, y perfectamente razonada.

La Biblioteca y el Museo vivieron siglo y medio de esplendor. Después, en el año 145, se produjeron graves disturbios sociales en Alejandría, lo que provocó que algunos intelectuales como Aristarco emigraran a parajes más seguros. A cambio, florecieron otras bibliotecas helenísticas, como las de Rodas, Antioquía o Pérgamo. Esta última llegó a la respetable cifra de 200.000 volúmenes, y de su nombre deriva el latino pergamena, pues se contaba que, por falta de papiros -se ve que la competencia egipcia los cobraba muy caros-, empezaron a usar pieles alisadas y tensadas. En realidad, la piel como material de escritura ya se había utilizado mucho antes, pero el nombre de Pérgamo quedó para siempre vinculado al pergamino.

La Biblioteca, no obstante, siguió funcionando. A lo largo de su historia sufrió varias destrucciones más o menos parciales. Después de un saqueo durante los disturbios del año 145, se cuenta que ardió accidentalmente en el año 48 por culpa de un enfrentamiento entre los soldados de Julio César y los de Ptolomeo XIII, hermano y rival de Cleopatra. En realidad, parece que lo que se incendió fue un almacén de libros cercano al puerto, y no la propia Biblioteca. Aun así, podrían haberse quemado hasta 40.000 volúmenes. Es posible que la Biblioteca entera ardiera en el año 273 d.C., en el incendio que se produjo cuando el emperador Aureliano reconquistó Alejandría, que había caído en poder de Zenobia, la reina rebelde de Palmira.

En 391 d.C., el emperador Teodosio, tipo tolerante donde los hubiera, ordenó acabar con todos los templos paganos y abolir sus rituales. Teófilo, patriarca de Alejandría, llevó a cabo su orden destruyendo el Serapeo, una dependencia de la Biblioteca que todavía existía y en la que se conservaban decenas de miles de ejemplares. No obstante, es posible que sacaran los libros antes. En cualquier caso, el papiro acaba descomponiéndose con el tiempo, así que los volúmenes de la Biblioteca se habrían reducido a polvo. Sólo nos han llegado algunos que se han conservado en lugares extraordinariamente secos, como las arenas de Oxirrinco, al oeste del Nilo.

Hay una última historia muy conocida sobre la Biblioteca. En el año 642, los musulmanes tomaron Alejandría. Cuando los soldados le preguntaron al califa Omar qué hacían con los libros, él contestó: «Los libros que contradicen el Corán son blasfemos, y los que están de acuerdo con él son superfluos. ¡Quemadlos todos!». La anécdota encaja muy bien con fundamentalistas de todo tipo, no sólo

islámicos, pero con toda seguridad es falsa.

ROMA ENTRA EN ESCENA

Griegos y romanos llevaban tiempo ya manteniendo relaciones en Italia, a veces amistosas y otras no tanto. Desde finales del siglo iv, Roma, que andaba en guerras con sus vecinos samnitas, intensificó su influencia en Campania. En esta fértil comarca que rodeaba al Vesubio había ciudades griegas, como Neápolis, que cayeron bajo la órbita romana. Poco a poco, la república avanzó hacia el sur y empezó a inmiscuirse en los asuntos de la Magna Grecia, donde ciudades como Crotona o Regio se convirtieron también en satélites de Roma. Por aquel entonces, la polis más poderosa de la zona era Tarento. Los tarentinos estaban preocupados por el avance de Roma, pero aunque eran descendientes lejanos de los partheníai espartanos, estaban muy lejos de poseer sus virtudes bélicas. Como preferían que otros hicieran la guerra por ellos, decidieron llamar en su ayuda a todo un personaje: Pirro, rey de Epiro.

Como miembro de la casa real de Epiro, Pirro era pariente de Olimpia y de Alejandro. Sus inicios no habían sido fáciles: aunque lo nombraron rey con doce años, fue derrocado poco después. Durante un tiempo luchó como mercenario a las órdenes de su cuñado Demetrio Poliorcetes, en cuyo bando combatió en la gran batalla de Ipsos cuando tenía dieciocho años. En 297 recuperó el trono, pero el gusanillo de la guerra se le había quedado en el cuerpo y no cesó de embarcarse en aventuras bélicas. Los tarentinos no podían haber elegido mejor a su paladín.

Tras una travesía procelosa en sentido literal, pues una tormenta se abatió sobre su flota en el mar Jónico, Pirro se presentó en Tarento con 25.000 soldados de infantería, 3.000 de caballería y, para no ser menos que otros soberanos helenísticos, 20 elefantes. Con ellos se dirigió a Heraclea, a un par de jornadas de camino de Tarento. Cuando vio de lejos el campamento romano, organizado con tanto orden, se sorprendió y preocupó hasta tal punto que le dijo a un amigo: «Este campamento de bárbaros no es de bárbaros, Megacles». Un comentario premonitorio para el destino de todos los griegos. Se habían topado con el peor de los enemigos, un rottweiler que cuando mordía algo ya no abría las mandíbulas.

La primera batalla entre Pirro y los romanos se libró en Heraclea. Las tropas griegas vencieron tras un combate muy duro en el que los elefantes consiguieron espantar a la caballería enemiga. Pero Pirro perdió a más del diez por ciento de sus hombres, una proporción más que considerable para un vencedor, y entre ellos a muchos de sus soldados y oficiales más valiosos. Además, cuando envió a Roma a

su embajador Cincas (un consumado orador que había estudiado con Demóstenes), se dio cuenta de lo obstinados que eran los romanos, que se negaron a aceptar cualquier propuesta de paz a pesar de la derrota.

Pirro intentó avanzar hacia Roma, pero tuvo que retroceder, pues incluso ciudades de origen griego como Néapolis y Capua le negaron su apoyo. Debió de empezar a comprender entonces, si no lo había hecho antes, que había dado con un hueso demasiado duro de roer. Al año siguiente volvió a derrotar a los romanos en Áusculo. Fue una batalla durísima que duró dos días. Pero aunque Pirro infligió 6.000 bajas al enemigo, él perdió 3.500 hombres. Es célebre su comentario: «Si ganamos otra batalla como ésta a los romanos, estamos perdidos», del cual procede la expresión «victoria pírrica».

Al año siguiente, frustrado por la falta de avances en su guerra contra Roma, Pirro aprovechó una llamada de los siracusanos, que insistían en su sempiterna lucha contra los cartagineses. En Sicilia combatió con más éxito, pero tampoco pudo expulsar a los púnicos de su enclave en la parte oeste de la isla. En el año 275 los tarentinos volvieron a reclamarlo a Italia, y Pirro se enfrentó contra los romanos por tercera vez en Benevento. En esta ocasión fue derrotado claramente, pero se le puede disculpar, ya que tenía menos soldados y menos elefantes que en Heraclea y Áusculo. Además, los romanos habían aprendido a combatir contra los paquidermos y consiguieron que éstos se desmandaran y causaran más daño entre las filas propias que entre las enemigas. Pirro decidió que aquella orilla del mar jónico no era buena para su salud y regresó a Grecia, a luchar por diversas causas perdidas.

Para los romanos, derrotar a Pirro supuso también una victoria propagandística. De pronto, el resto del mundo griego se dio cuenta de que había un chico nuevo en el barrio, y además bastante matón. En el año 273, Ptolomeo II Filadelfo¹⁰ envió una embajada a Roma y, en reciprocidad, varios enviados romanos visitaron Alejandría. El poeta Calímaco escribió un poema protagonizado por un romano, y el polifacético Eratóstenes redactó un tratado muy elogioso sobre el sistema de gobierno de la Ciudad Eterna.

¿Qué ocurrió con Pirro? Su final no fue tan heroico como le habría correspondido a un guerrero de su talla. En el año 272 estaba peleando en Argos contra las tropas de Antígono Gonatas, rey de Macedonia. La lucha pasó a las calles y se convirtió en un caos, agravado por sus propios elefantes (este hombre no escarmentaba con los paquidermos). En cierto momento Pirro se trabó en combate singular contra un ciudadano argivo, que obviamente llevaba las de perder ante un

adversario tan formidable como el rey de Epiro. Pero la madre del argivo en cuestión, una anciana, al ver a su hijo en peligro levantó una teja con ambas manos y la dejó caer sobre Pirro, con tan buena puntería que le rompió las vértebras y el rey se desplomó del caballo. Quedó inmovilizado y después un soldado le cortó la cabeza. Cuando se la llevaron a Antígono, éste lloró por aquel héroe caído que ahora era su enemigo, pero que antaño había combatido en el mismo bando de su padre.

La guerra contra Pirro fue el primer enfrentamiento entre falanges y legiones. Desde entonces, Roma empezó a mirar de otra forma al otro lado del Adriático, y no tardó muchas décadas en entrometerse en los asuntos del mundo helenístico en general y de Grecia en particular. No obró así porque tuviera un plan magistral para dominar el mundo (ahora vendría bien un efecto sonoro de carcajadas diabólicas). En realidad, era casi imposible que Roma trazase planes a muy largo plazo, pues el poder se hallaba muy repartido entre las diversas magistraturas -que además eran anuales- y los clanes de la nobleza, tanto la patricia como la de nuevo cuño. Debido a esto, la continuidad en las acciones de los romanos era muy relativa.

Sin embargo, aunque no podamos decir que los romanos llevaran inscrito en su programación genética el lema «tenemos que conquistar el mundo», podemos apreciar ciertas tendencias en su política que los llevaron a implicarse cada vez más en Grecia.

En primer lugar, los romanos querían garantizar su propia tranquilidad y seguridad. En el siglo iv habían visto cómo los galos de Breno saqueaban su ciudad. En el año 280 el ejército de Pirro había puesto en peligro su supremacía en el sur de Italia. En 217 sufrieron otra invasión desde el norte, y durante un breve y aterrador momento, tras el desastre de Cannas, la amenaza de que la propia ciudad de Roma volviese a ser atacada fue muy real. Desde entonces, a los romanos les quedó claro que era mucho mejor que fuesen ellos quienes invadieran otros países y mantuvieran intacto el suelo itálico. Así lo comprendió el cónsul Sulpicio cuando en el año 200, con ocasión de la Segunda Guerra Macedónica, advirtió a sus compatriotas: «No se trata de elegir entre la paz y la guerra, sino de saber si llevaremos nosotros nuestras legiones a Grecia o recibiremos al enemigo en Italia». Llegado el momento de decidir el escenario de una guerra, los romanos lo tenían claro: que sufrieran las ciudades y los campos del enemigo, no los suyos.

La seguridad no era la única razón para interesarse por el presente y el futuro de los griegos. Los romanos sentían admiración por Grecia, que con el tiempo se convirtió en un interesante destino de turismo cultural. Sus clases altas

empezaban a viajar, y pronto los hijos de los aristócratas se educarían en las escuelas de filosofía y retórica de Atenas o Rodas. Además, el amor por la cultura helénica podía adoptar una forma más codiciosa: los generales que combatían en Grecia aprovechaban para llevarse sus antigüedades, como harían otros occidentales muchos siglos después.

Aparte del expolio cultural, también estaba la razón del saqueo puro y duro. Cuando llegaban a lo más alto del *cursus honorum*, los magistrados podían obtener mandos en el extranjero, y el botín les compensaba de sobra por todo el dinero invertido hasta entonces en sus campañas electorales. Ciertamente es que la empobrecida Grecia no ofrecía grandes riquezas. Pero era la puerta de Oriente, donde sí las había en abundancia.

La primera ocasión de poner los pies (y las manos, sobre todo) al otro lado del mar se les presentó a los romanos en 229. Los piratas de Iliria, una región situada en la actual Albania, realizaban correrías por todo el Adriático con patente de corso de su reina Teuta. Las ciudades atacadas, como Epidamno o Apolonia, y también las islas de Corcira y de Isa, pidieron ayuda a Roma. Ésta mandó embajadores a Teuta, pero la reina los hizo ejecutar. Tamaña insolencia provocó la primera guerra ilírica ese mismo año, seguida por otra entre 221 y 219. Como resultado, las ciudades mencionadas se convirtieron en protectorado de Roma.

Apenas acabadas estas guerras, Roma se vio sumida en otra mucho mayor. En el año 218, Aníbal cruzó los Alpes con su ejército e infligió una derrota tras otra a las legiones de la república. La más estrepitosa fue la de Cannas, donde Roma perdió a más de 30.000 hombres. Aprovechando ese momento, el rey macedonio Filipo V firmó una alianza con Aníbal. Por el tratado, Filipo se comprometía a expulsar a los romanos de Iliria y a enviar sus falanges a Italia. Roma no podía permitirlo, pues estaba en juego su supervivencia, de modo que se alió con la Liga Etolia.

LA SITUACIÓN EN GRECIA A FINALES DEL SIGLO III

Antes de proseguir con los romanos, conviene saber en qué situación se hallaba la Grecia cuyo suelo se disponían a pisar. Hemos hablado de la Liga Etolia. Desde el siglo iv se habían formado confederaciones de ciudades que comprendían cada vez más miembros, ya que la única forma de enfrentarse a los poderosos estados helenísticos era que varias ciudades -y también tribus en el caso de los etolios- unieran sus recursos. La Liga Aquea dominaba el norte del Peloponeso, mientras que la Etolia ocupaba Grecia central, incluyendo Delfos.

En comparación con estas confederaciones, las grandes ciudades de antaño iban decayendo poco a poco. En Atenas, como ya comentamos, la democracia fue abolida en el año 322, y luego la ciudad disfrutó o sufrió, según sea el punto de vista, los diez años de la tiranía de Demetrio de Falero. Teóricamente la democracia se restableció en 307, pero cada vez se apartaba más de sus esencias y se parecía más a una oligarquía. Además, tenía que soportar de forma periódica el dominio macedonio, que se plasmaba en guarniciones militares: mal podía haber una soberanía del pueblo en Atenas cuando ésta no era soberana de sí misma. Aunque de vez en cuando los atenienses conseguían librarse de los macedonios, volvían a caerles encima como un pesado yugo. La asamblea se reunía y el consejo seguía funcionando, pero el senado aristocrático del Areópago, una reliquia del pasado a la que Demetrio de Falero había recurrido para reforzar la moral de la ciudad, recuperó competencias judiciales e incluso legislativas.

En cuanto a Esparta, durante el siglo iv conoció un breve resurgir con los reyes Agis IV y Cleómenes III. Cuando el primero llegó al trono en el año 244, sólo quedaban 700 espartiatas. El sistema social que relacionaba la posesión de la tierra con la participación en los banquetes comunales y el ejército se había roto. La mayor parte de la tierra que no pertenecía a los periecos estaba en manos de mujeres, una tendencia que ya había señalado y criticado Aristóteles un siglo antes. En concreto, la abuela y la bisabuela de Agis eran las mujeres más ricas de Esparta. Ahora la mayoría de los espartanos eran hypomeiones o «inferiores»; según Plutarco, una multitud de indigentes.

Tal vez el autor de las Vidas paralelas exagerara, pero la situación era grave. ¡Que nadie me salte al cuello antes de tiempo! No lo digo porque las mujeres poseyeran las tierras, sino porque eran muy pocas mujeres (y hombres) quienes las poseían y había una gran masa de pobres. Agis intentó llevar a cabo las reformas revolucionarias que los más humildes He vaban tanto tiempo pidiendo en muchas ciudades griegas: la abolición de las deudas y un nuevo reparto de tierras. Precisamente las medidas prohibidas por los estatutos de la Liga de Corinto aprobados en tiempos de Filipo de Macedonia.

Agis consiguió derogar las deudas, pero no pudo llevar a cabo la reforma agraria. Y no sería porque no lo intentó con todas sus fuerzas. Llegó al extremo de desterrar al rey Leónidas, su colega, e hizo algo aún más inaudito en Esparta al destituir a los cinco éforos nombrados aquel año. Pero mientras se encontraba fuera, combatiendo junto con sus aliados de la Liga Aquea, Leónidas regresó a Esparta y se hizo con el poder. Cuando Agis regresó, los éforos lo condenaron a muerte y fue ejecutado. Como ya sabemos, los lacedemonios no sentían el menor prurito por

cargarse a sus reyes. Para más inri, Leónidas obligó a Agiotis, viuda del difunto rey, a casarse con su hijo Cleómenes.

Pero cuando Leónidas murió y le sucedió Cleómenes, éste, que debía de ser una especie de hijo contestatario, volvió a insistir en las reformas de Agis. Tal vez influyó en ello su esposa, con la que se llevaba muy bien a pesar de aquel matrimonio tan irregular. Cleómenes siguió adelante con la reforma agraria y repartió 4.000 lotes de tierras entre los periecos y ciudadanos empobrecidos, lo cual creó automáticamente otros tantos espartiatas. Además, reinstauró el régimen educativo de Licurgo y los banquetes en común, y también reorganizó el ejército.

Todo aquello podía suponer un resurgir del poder militar de Esparta, algo que no interesaba a las otras potencias, de modo que la Liga Aquea y el reino de Macedonia se revolvieron contra ella. Aunque Cleómenes liberó a 6.000 hoplitas para engrosar las filas de su ejército, en la batalla de Selasia sólo pudo oponer 20.000 soldados a los 30.000 de Antígono III. Éste no se conformó con derrotar a Cleómenes, sino que avanzó hasta Esparta y la tomó. Ni siquiera Epaminondas se había atrevido a tanto, ya que en su incursión por Laconia se había limitado a saquear los alrededores de la ciudad. Ahora, Antígono obligó a Esparta a entrar en la Liga Helénica y la sometió a un gobernador macedonio.

Cleómenes no corrió el destino habitual de los reyes y generales derrotados, pues no murió en el campo de batalla. Tras la derrota, logró escapar a Egipto, donde se acogió a la protección de Ptolomeo III. Pero cuando éste murió, su sucesor Ptolomeo IV lo encarceló. El ex rey de Esparta logró huir e intentó organizar una revuelta en Alejandría, pero al no tener éxito se suicidó junto con sus seguidores, anticipando lo que hizo el escritor japonés Yukio Mishima en 1970. Antes de morir, Cleómenes declaró: «No es extraño que las mujeres gobiernen a unos hombres que renuncian a la libertad». El comentario suena machista, pero cualquiera que lea la biografía que le dedicó Plutarco comprobará el gran respeto que Agis sentía por su esposa Agiotis y su madre Cratesiclea. Quien, por cierto, fue ejecutada en Alejandría después de la muerte de su hijo y murió con gran dignidad, demostrando ser una madre lacedemonia a la antigua usanza. En cierto modo, la última, pues había dado a luz al hombre al que muchos consideraron el último espartano.

FINAL ROMANO

Entre los años 215 y 205 se libró la Primera Guerra Macedónica. Roma no pudo implicarse en serio, pues estaba combatiendo a la vez en Italia, Hispana

-ahora que hay romanos de por medio sí podemos llamarla así- y Sicilia. Pero su ayuda a la Liga Etolia bastó para que Filipo V no pudiera enviarle tropas a Aníbal. En el año 206 los etolios, quejosos de que los romanos no les mandaban tropas, firmaron la paz por su cuenta con Filipo. Roma hizo lo mismo en 205.

Apenas unos años más tarde la situación había cambiado radicalmente. Italia se verá libre de invasores y Siracusa había caído en poder de los romanos pese a los artefactos de Arquímedes, con lo que la principal ciudad griega de Occidente perdió definitivamente su independencia. En 202, con la victoria de Zama en suelo africano, Aníbal había dejado de ser un enemigo. En Roma debieron frotarse las manos pensando que era hora de cobrarse las deudas con personajes como Filipo V,, que había prestado su ayuda a los cartagineses cuando pintaban bastos para los romanos.

Aun así, Roma no se lanzó directamente a la acción, sino que realizó gestiones diplomáticas con otros estados, como Rodas, Atenas y el reino de Pérgamo; con este último entablaría una alianza duradera. Para ello, les vendió a todos la idea de que pretendía evitar el imperialismo macedonio tanto en el Egeo como en el resto de Grecia. La intención de Roma era aislar a Filipo V, y prácticamente lo consiguió.

La batalla decisiva de esta guerra, y tal vez la más importante de todos los conflictos entre romanos y griegos, se libró en Cinoscéfalas en el año 197. Al mando de las tropas romanas se encontraba el cónsul Tito Quinto Flaminio, un filoheleno que conocía muy bien los entresijos de la política griega. Traía con él cuatro legiones -dos romanas y dos de aliados, como era habitual-, más tropas de la Liga Etolia. En total, sus fuerzas sumaban unos 25.000 soldados de infantería y 2.600 de caballería. Por el otro bando, Filipo V mandaba unas fuerzas de infantería ligeramente inferiores, cuyo núcleo lo constituían los 16.000 macedonios formados en batallones de sarisas, y 3.000 jinetes.

La batalla empezó con enfrentamientos entre tropas ligeras y caballería en un terreno alto, la colina de Cinoscéfalas, donde la vanguardia de Filipo había llegado entre la niebla sin ver que más allá estaba el campamento de Flaminio. Al principio los romanos llevaron la mejor parte, pero después la caballería macedonia y las tropas mercenarias los desalojaron de las alturas, aunque sin causarles grandes daños. Filipo no quería luchar ese día, porque el terreno, bastante escarpado, no le parecía favorable. Pero sus hombres le insistieron en que los romanos estaban huyendo, de modo que mandó salir al grueso de sus tropas de la empalizada donde estaban acampados. No era raro en la Antigüedad que un general se viese obligado

a entrar en batalla por el excesivo entusiasmo de sus hombres.

El rey macedonio asumió el mando del ala derecha de sus tropas y subió la colina. En cuanto llegó a las alturas, ordenó a sus hombres que se desplegaran, mientras la otra mitad del ejército, dirigida por su oficial Nicanor, ascendía por el mismo sendero: esta descripción ya nos da idea de que eran parajes estrechos, poco aptos para esos despliegues.

Desde arriba, Filippo vio que sus mercenarios y sus tropas ligeras, que tan alegremente se habían lanzado a perseguir a los romanos, ahora habían chocado con la legión y estaban en apuros. Para auxiliarlos, antes de que llegaran los batallones que faltaban, ordenó a sus hombres que doblaran la profundidad de las filas, enristraran las sarisas y bajaran hacia los romanos. Por su parte, Flaminio recibió entre los huecos de sus manípulos" a sus tropas ligeras y se lanzó también a la carga.

Al principio, el ala derecha de Filippo llevó las de ganar. La cuesta por la que bajaban debía de ser más lisa, por lo que podían cerrar filas, y además se encontraban en terreno más elevado que los enemigos, algo que siempre supone una ventaja.

Mientras, el ala izquierda macedonia acababa de aparecer sobre lo alto de la colina, subiendo por unidades en orden de marcha. Flaminio, que veía perdido el combate en su propio flanco izquierdo, tomó a las legiones de la derecha y cargó colina arriba contra la falange de Nicanor, que aún no se había desplegado en orden de batalla y ofrecía muy poco frente de picas. El cónsul llevaba además algunos elefantes que pusieron en fuga a los macedonios. Lógicamente, los que todavía venían por el sendero de la cara norte de la colina, al ver que sus compañeros daban la vuelta y decían pies para qué os quiero, hicieron lo propio.

Tras desbaratar la (no) formación del flanco izquierdo macedonio, los legionarios del flanco derecho se lanzaron en persecución de los enemigos que huían. Hasta aquí, ambos bandos habrían quedado empatados, porque en el otro sector de la refriega Filippo estaba haciendo retroceder a los romanos y había puesto en fuga a unos cuantos. Pero un tribuno militar que estaba en el ala de Flaminio, aunque no demasiado lejos de la otra zona de combate, pensó que con los 20 manípulos (unos 2.500 hombres) que tenía a sus órdenes en aquel momento podría hacer algo más útil por la causa romana que unirse a la persecución. De modo que mandó a sus legionarios volverse hacia la izquierda, donde las falanges de Filippo, que se habían adelantado mucho, prácticamente les estaban dando la espalda. «Y,

como la operación de la falange macedonia no le permite girar sobre sí misma ni entablar combates individuales, el tribuno en cuestión fue acosando y matando a los que tenía a su alcance, que no podían defenderse, hasta que al final también aquí los macedonios se vieron obligados a tirar las armas y emprender la huida. Y los romanos que ya habían empezado a ceder delante de éstos se rehicieron y atacaron a su vez» (Polibio 18, 26, trad. de M. Balasch).

Filipo se apartó un poco del combate y, al ver lo que pasaba, reunió a todos los hombres que pudo y emprendió la huida en otra dirección. Por otra parte, Tito Flaminio siguió persiguiendo al flanco izquierdo del ejército macedonio, que había retrocedido hasta las alturas. Los macedonios levantaron las picas en vertical, tal como era su costumbre para indicar que se rendían o se pasaban al bando adversario. Pero los romanos no entendieron bien el gesto, o fingieron no entenderlo, y mataron a la mayoría. En la batalla perecieron unos 8.000 macedonios y cayeron prisioneros otros 5.000. Los romanos, por su parte, perdieron a 1.000 hombres. Como de costumbre, la mayor parte de las bajas se produjeron cuando un ejército, en este caso el macedonio, rompió la formación.

Después de describir la batalla, Polibio hace una digresión en la que compara el rendimiento de la falange y de la legión, y el armamento griego y romano. Como señala M. Balasch, el historiador concibe este enfrentamiento como la final de un campeonato copero: los macedonios se habían demostrado superiores a griegos y asiáticos, mientras que los romanos habían vencido a los africanos y europeos del oeste. A ambos les tocó jugar la final, y la habían ganado los romanos.

En su análisis, Polibio concede que ninguna formación posee el empuje frontal de la falange y que la legión no tiene posibilidades de derrotarla si la embiste directamente. Mas, por otra parte, para usar la falange se requiere un terreno muy concreto, completamente liso. Es difícil encontrar una explanada tan amplia, pero si una vez encontrada el rival se niega a combatir en ella, ¿qué puede hacer el comandante de la falange?

En cambio, Polibio señala que los legionarios pueden combatir de forma independiente y llevan un equipo completo y versátil que les permite luchar en terrenos más accidentados y romper la formación para desplegarse y volverse a unir.

Este texto de Polibio ha influido mucho en los historiadores posteriores, sobre todo en los expertos en temas militares, e incluso en los aficionados al arte de la guerra en el mundo clásico, que son de por sí una legión. El análisis del

historiador aqueo parece impecable, y seguramente lo es. Pero también hay que señalar que Filipo, arrastrado por sus hombres, cometió un error al combatir donde no debía, e incluso así pudo haber obtenido la victoria si el flanco izquierdo de su ejército hubiese llegado antes.

De todos modos, es cierto que la falange por sí sola no podía vencer a la legión a no ser en algún enfrentamiento concreto. La legión era una especie de herramienta multiuso que podía cerrar filas como una falange de hoplitas, aunque fuese con armamento de menos alcance, o luchar en espacios abiertos casi con tanta agilidad como la infantería ligera. Además, como cada legionario dependía en muchas ocasiones de sí mismo y no de los escudos de sus compañeros, no le quedaba otro remedio que desarrollar habilidades individuales de combate (sobre todo con la espada) si quería sobrevivir. Eso, y la protección que le brindaba su escudo, que tenía al menos el doble de superficie que el de un falangita, lo convertía en un contrincante muy peligroso y prácticamente invencible en un duelo uno contra uno con un macedonio.

La falange, por su parte, era una unidad hiperespecializada. Como los cuadros de piqueros de los tercios españoles, tenía sentido dentro de un ejército en el que existían otras unidades que suplían sus carencias de movilidad: caballería pesada y ligera, infantería ligera de calidad, como los agrianos, honderos, arqueros... En suma, un ejército flexible, como el de Alejandro. Con simples escaramuceros, la falange no podía ir muy lejos. Y, sin embargo, parece que los reyes helenísticos confiaban cada vez más en ella, hasta el punto de que llegaron a alargar aún más las sarisas (sobre esto último no hay acuerdo entre los expertos). ¿Por qué insistían en la misma fórmula? No hay que subestimar la capacidad del ser humano para aferrarse a las tradiciones y no cambiar de opinión. Hay mil ejemplos, pero se me ocurre el de las autoridades educativas que, al ver que la enseñanza no funciona, se empeñan en reforzar las mismas fórmulas que han originado el fracaso; es como un médico que, al ver que su paciente de úlcera no mejora con dos aspirinas al día, le subiera la dosis a cuatro y luego a seis.

Al año siguiente, como resultado de Cinoscéfalos, Filipo no tuvo más remedio que firmar un tratado en Tempe por el que Macedonia quedó reducida a las fronteras de su propio territorio, pagó una indemnización y se vio obligada a reducir sus tropas. No obstante, los etolios aliados de los romanos estaban muy enojados con Flaminio, que era un hombre dialogante y se había mostrado muy amable con Filipo, por lo que ellos interpretaban que el rey macedonio lo había sobornado. Ese mismo año, en los Juegos Ístmicos, Flaminio declaró la libertad de todos los estados griegos. Es posible que el cónsul, tan amante de la cultura helena,

creyera lo que decía. En el año 194 todas las tropas romanas evacuaron Grecia, y cuando Flaminio llegó a Roma pudo celebrar un apoteósico triunfo de tres días.

Durante esta primera fase de su intervención en Grecia, como vemos, los romanos aún no incorporaron estados a su territorio. Más bien buscaban debilitar a los que ya existían para que ninguno llegara a ser tan poderoso que pudiese suponer una amenaza para ellos. La prueba se vio enseguida, en la Segunda Guerra Macedónica.

En Asia reinaba por aquel entonces Antíoco III, un tipo dispuesto a emular las hazañas de Alejandro (de hecho, también pasó a la historia como «el Grande»). Durante los últimos años del siglo iii se había dedicado a reconquistar el terreno perdido en el este, y así añadió a su reino las satrapías de Armenia y Comagene, convirtió Bactria y Partía en reinos vasallos y renovó los pactos con la dinastía Maurya que gobernaba en la India. Una vez arreglados los asuntos orientales, su ambición hizo que volviera la mirada al oeste, y en el año 196 empezó a atacar las posesiones de los Ptolomeos en Asia Menor y también Tracia, que pertenecía a Macedonia. Hay que añadir que en aquel momento tenía a un asesor militar excepcional: Aníbal, que se había refugiado en su corte después de la derrota de Zama.

Roma le exigió que no pisara Europa, pero los etolios, ofendidos con Flaminio porque consideraban que no habían salido ganando nada tras la victoria de Cinoscéfalos, se arrojaron en brazos de Antíoco (lo cierto es que el cónsul había prometido entregarles ciertas ciudades y luego no cumplió su palabra). Los etolios aseguraron al rey seléucida que, en cuanto pisara Grecia, conseguirían que todo el país se levantara contra los romanos. Como era de esperar, en esta ocasión la Liga Aquea se puso de parte de Roma. No porque existiesen vínculos ancestrales entre dicha liga y los romanos, sino por el típico cainismo que reinaba entre vecinos. Para esta guerra, Roma se alió con Macedonia y juntos consiguieron detener a Antíoco en las Termópilas: en esta ocasión el desfiladero sí funcionó como barrera natural y frenó a los invasores. Antíoco se retiró a Asia, convencido de que los enemigos no lo seguirían.

Pero no conocía bien a los romanos. Lucio Escipión, asesorado y acompañado por su hermano el Africano, cruzó a Asia. Con la ayuda de Eumenes de Pérgamo se enfrentó a Antíoco en Magnesia del Sipilo. El rey seléucida combatió al estilo oriental: tenía carros falcados (otro que se empeñaba con la aspirina para las úlceras), jinetes acorazados denominados «catafractos», elefantes y arqueros montados en camellos. Por supuesto, también falanges de sarisas. Pero, pese a todo

ello, perdió la batalla.

Al año siguiente se firmó la paz de Apamea. Antíoco el ya-no-tangrande tuvo que ceder casi toda Anatolia al norte y al oeste de los montes Tauro, lo que significaba que sólo le quedaba Cilicia. Tampoco podía mantener ya una flota en el Egeo ni reclutar mercenarios en Grecia. Además, se vio obligado a entregar barcos y elefantes y a pagar 12.000 talentos de indemnización. A su costa ganaron terreno el reino de Pérgamo, premiado por su ayuda, y también la isla de Rodas, que obtuvo Licia y Caria, en el suroeste de Asia Menor.

La Liga Etolia también fue derrotada y hubo de aceptar condiciones muy duras. Entre ellas, una indemnización de 1.000 talentos, la mitad pagadera al contado. Hay que tener en cuenta que Etolia no era un país tan rico como el reino de Antíoco: de hecho, había sido hasta hacía poco tiempo una de las regiones más atrasadas de Grecia.

Después de la Paz de Apamea, Roma había humillado ya a dos de los grandes estados helenísticos, Macedonia y el reino de los Seléucidas (los Ptolomeos parecían abstenerse de entrar en liza, sabiamente o porque sus intereses no llegaban tan lejos). Lo que procuraba Roma era favorecer a estados pequeños, como Pérgamo, Bitinia o el Ponto, dejando claro que quienes se ponían de su parte como acababa de hacer Pérgamo obtenían ganancias territoriales.

Pero en Macedonia se fraguaba otra guerra. Filippo V fue fiel al tratado que había firmado con Flaminio y no volvió a salir de sus fronteras. Sin embargo, dedicó el resto de su reinado a reorganizar el ejército macedonio, buscar alianzas en el exterior y arreglar las cuentas de su reino. Respetando la paz, pero preparando la guerra, como habría aconsejado Epaminondas.

Filipo murió en el año 179. En cuanto subió al trono, su hijo Perseo empezó a rearmarse, a contratar mercenarios -hasta 10.000-, a negociar con Antíoco, con el reino de Bitinia, con Rodas e incluso con Cartago. En cuanto al resto de Grecia, al ver que los aristócratas en general apoyaban a los romanos, él se convirtió en paladín de la causa democrática en lugares como Etolia y Tesalia.

En 172 Eumenes de Pérgamo denunció los manejos de Perseo y logró convencer a Roma de que era un peligro para la estabilidad regional, una especie de Sadam Husein de la época (salvando las distancias: no consta que Perseo fuera un genocida ni gaseara poblaciones enteras). Además, a los romanos no les hacía la menor gracia que Perseo se presentara como campeón de los desfavorecidos, pues

ellos, como antes los espartanos, tendían a beneficiar siempre a los oligarcas y a los terratenientes. También le guardaban rencor porque había convencido a Filipo de que hiciera envenenar a su otro hijo, Demetrio, por su actitud pro romana. De modo que no les hicieron falta muchas más excusas para declararle la guerra.

La Tercera Guerra Macedónica se libró durante cuatro años, entre 172 y 168. A pesar de las alianzas que tanto se había trabajado, todos sus supuestos socios abandonaron a Perseo, que tuvo que luchar prácticamente solo contra los romanos. Al principio cosechó algún éxito, como la victoria de Calinico, en una batalla en que la caballería desempeñó el papel principal. Pero en el año 168 Roma decidió emplearse a fondo en la guerra y envió a Lucio Emilio Paulo para combatir contra Perseo.

El 22 de junio de ese mismo año, después de un eclipse de luna, los dos ejércitos se enfrentaron en Pidna, sobre una llanura situada al norte del monte Olimpo, en plena Macedonia (la localización exacta de Pidna se desconoce). Se produjeron diversos choques entre las tropas auxiliares que ambos bandos tenían en los flancos, pero la batalla se decidió en el centro. Allí estaba la falange con sus picas. «El cónsul Lucio Emilio no había visto en su vida a la falange macedonia: la vio entonces por primera vez, en la guerra de Perseo, y en Roma confesó a algunos amigos no haberjamás contemplado algo más terrible ni espantoso que ella, siendo así que no sólo había presenciado muchos combates, sino incluso tomado parte en ellos como el que

Estoy convencido de que tenía razón: la visión de esas picas debía de poner los pelos de punta al más templado. No obstante, sus soldados eran romanos, tan bravos en el combate como los espartanos y con tanta iniciativa como los atenienses. A la orden de Emilio, los soldados de las legiones I y II cargaron contra la línea de sarisas arrojando sus venablos, los temibles pila.¹³ Después se estrellaron contra el muro erizado de sarisas sin conseguir nada, pues esta vez el terreno era más liso que en Cinoscéfalas. Pero la falange macedonia empezó a adelantarse en ciertos puntos, lo que, unido a pequeñas irregularidades del terreno, provocó que se abrieran pequeñas brechas y huecos en su formación. El cónsul Emilio ordenó a los centuriones que manejaran los manípulos de forma independiente (los centuriones, oficiales profesionales, eran la auténtica espina dorsal del ejército romano). Una vez que los romanos conseguían introducirse por los huecos, abrían más espacios moviendo sus escudos a uno y otro lado para apartar las sarisas enemigas, mientras que otros soldados se colaban directamente por los espacios entre unidades y atacaban por los flancos. Una vez llegados al cuerpo a cuerpo, los romanos, parapetados tras sus grandes escudos, estoqueaban sin piedad a los falangitas

gracias a su superior dominio de la esgrima. Poco a poco, la batalla se decantó del lado romano. Al final del día, miles de macedonios habían muerto o caído prisioneros.

Tras la batalla de Pidna, Perseo se rindió y se entregó a los romanos. Cuando regresó a Roma, formó parte del cortejo triunfal de Paulo Emilio. Murió algunos años después, en cautividad. Roma declaró abolida la monarquía en Macedonia y dividió el país en cuatro regiones, procurando aislarlas entre sí para que no volviera a surgir conciencia nacional. Todos los que habían colaborado con Macedonia directa o indirectamente recibieron su castigo. Se habían acabado las contemplaciones y el equilibrio entre los pequeños estados de la zona: a partir de ahora se trataba de reducirlos aún más o absorberlos directamente. Los romanos partieron Iliria en tres trozos y la convirtieron en la provincia del Illyricum, arrasaron el Epiro y vendieron a 50.000 habitantes como esclavos. Roma ni siquiera respetó a sus socios, de los que sospechaba que habían pensado en aliarse con Perseo. En particular, a Rodas le quitó sus territorios en el continente, y al declarar Delos como puerto franco en el año 167 arruinó su economía.

Después de todo aquello, el ejército romano evacuó Grecia. Llevaba mil prisioneros de la Liga Aquea, entre ellos Polibio, un noble nacido en Megalópolis que andaba en la treintena. Paulo Emilio, lo tomó como tutor de sus hijos. El más joven, adoptado por los Escipiones, se convirtió en Paulo Emilio Escipión, que combatió en Cartago, donde lo acompañó Polibio, así como luego en Hispania. Polibio es un historiador de gran altura, comparable a Tucídides. Fue testigo de cómo, en el espacio de no muchos años, Roma se convertía en la gran potencia mundial, y en sus Historias trató de dilucidar las causas. Él fue el primer teórico del choque legión-falange: los antiguos se tomaban estas cuestiones de táctica con tanto fervor como los hinchas que discuten en el bar sobre el 4-4-2 o el 4-3-3 de su equipo.

Todavía, como era de esperar, se produjeron conatos de levantamiento en Grecia. En el año 149, un aventurero llamado Andrisko se hizo pasar por hijo de Perseo y se proclamó rey de Macedonia con el nombre de Filipo. Andrisko llegó a aliarse con Cartago -a la que le quedaba muy poco para ser destruida de modo infame en la Tercera Guerra Púnica- e invadió Tesalia. Pero Cecilio Metelo lo derrotó en la segunda batalla de Pidna y convirtió Macedonia en provincia.

Aprovechando que en 151 el senado había permitido que los rehenes volvieran a Grecia (Polibio se quedó con Escipión), la Liga Aquea también se sublevó, pero sin ponerse de acuerdo con Andrisko. Cambiando el refrán, podríamos decir «éramos pocos... y encima desunidos». Tras acabar con los

macedonios, Metelo bajó hacia el sur y venció a los rebeldes griegos en la batalla de Escarfea. Pero el Peloponeso siguió resistiéndose un tiempo, hasta que el sucesor de Metelo, Lucio Murrio, derrotó de nuevo a los aqueos en Leucopetra en el año 146.

En aquel momento acabó definitivamente la independencia de Grecia. Corinto fue saqueada y destruida, se disolvió la Liga Aquea y se instauraron oligarquías por todas partes. A todos los efectos, Grecia se convirtió en una prolongación de la provincia romana de Macedonia. Tan sólo las ciudades que no se habían levantado contra Roma mantuvieron estatus de ciudades federadas.

Entre esas ciudades privilegiadas se encontraban Atenas, Esparta y Delfos, que no llegaron a sufrir saqueos. Con el tiempo, la Grecia conquistada se convirtió para los romanos en un lugar de peregrinación cultural, y con el objeto de servir de guía a esos turistas de la Antigüedad se escribieron obras como la Descripción de Grecia de Pausanias. En Atenas podían admirar la Acrópolis, pasear bajo los plátanos del Ágora, contemplar a los oradores y a los filósofos, y aprender griego con acento elegante. En cuanto a Esparta, mantenida bajo los romanos como una especie de reserva india, podían admirar la forma de vida de aquellos bravos guerreros que en una época ya remota detuvieron durante varios días a millones de bárbaros en las Termópilas. Sin duda, el espectáculo más esperado era el de la flagelación de los jóvenes espartanos ante el altar de Ártemis Ortia. Me imagino a los potentados romanos de vuelta en la urbe contándose a sus amigos; al menos, en esa época no había vídeos ni cámaras de fotos.

Grecia no volvería a ser independiente hasta 1830. Aunque a los griegos les quedaba un consuelo. Su cultura influyó tanto en la de los romanos que Horacio pudo decir con razón: *Graecia capta ferum victorem cepit* («La Grecia vencida conquistó a su fiero vencedor»). Cuando el Imperio romano se dividió en dos, el idioma griego se convirtió en la lengua oficial de su parte oriental, que duró casi mil años más que la mitad occidental. El Imperio bizantino daría para un relato largo y apasionante. Pero, como diría Michael Ende, «ésta es otra historia que debe ser contada en otra ocasión».

1. La Creta minoica

' Por suerte para él, provenía de una familia adinerada, porque se calcula que al final de sus excavaciones en Creta se había gastado un millón de dólares. De la época, por supuesto: una auténtica fortuna.

2 Se cree que los egipcios se referían a los cretenses como «el país de Keftiu».

Básicamente, que los borrachines enfermaban menos.

4 La cerámica suele utilizarse para fechar acontecimientos y establecer periodos históricos, porque tanto la forma de las vasijas como su decoración son muy susceptibles a las modas temporales. Lo mismo podría decirse de otros objetos del ajuar cotidiano, pero los muebles y la ropa, al estar fabricados con materiales orgánicos, se pudren con el tiempo. Por su parte, los objetos de hierro se corroen y los metales preciosos o incluso el bronce atraen la voracidad de los saqueadores, que acaban fundiéndolos. La cerámica, en cambio, no es un objeto tan codiciado y se conserva casi a la perfección; por eso se encuentra en tantos yacimientos. Todavía tiene otra ventaja, sobre todo en el caso de la cerámica griega: la costumbre de sus fabricantes de decorarla con pinturas que nos suministran muchísima información sobre el vestuario y las costumbres de la gente que la utilizaba.

5 Curiosamente, las bañeras no estaban unidas a los desagües, de modo que habría que vaciarlas manualmente.

o ella, no se sabe. Más de un autor ha dado por supuesto que fue el sacerdote varón, claro.

'Y que algunos autores relacionan con la explosión del volcán de la isla de Tera. Hablaremos de ello enseguida, pero ya adelanto que no parece muy verosímil en fecha tan temprana.

esta escritura pertenecería el célebre disco de Festos, que presenta en ambas caras unos misteriosos signos estampados con una especie de tipos de imprenta.

'Antes se subía por ellos en burro, pero ahora hay un funicular que lleva al

pueblo de Tera.

''' Seguramente, de haberse producido hoy día habría causado muchísimas más víctimas directas, pues la población se ha multiplicado varias veces.

11 La película Remando al viento de Gonzalo Suárez es una magnífica ilustración de toda esta historia, aunque sin mencionar, lógicamente, al Tambora.

II. La Grecia micénica

1 Zeus tenía la costumbre de transformarse para seducir a diosas o mujeres mortales. Así, en diversos momentos adoptó forma de toro, águila, oso, cisne o cuclillo. Llegó a transformarse en el marido de Alcmena -una escena que recuerda a Uther Pendragón convirtiéndose en el esposo de Ygraine en el mito artúrico, y en concreto en la película Excalibur- y, en el colmo de la rareza, en una lluvia de oro líquido. Malpensados abstenerse.

2 La tradición de que Aquiles era invulnerable salvo en el talón es bastante tardía y no aparece ni en Homero ni en el resto de poemas tradicionales del ciclo troyano.

3 Sólo se olvidó a su esposa, lo que puede dar lugar a muchos comentarios malintencionados.

la Ilíada Helena habla de sí misma con palabras muy duras: «[...] por causa de esta perra de mí y de la obcecación de Alejandro [=Paris] a los que Zeus asignó el funesto destino de convertirnos en argumento de poemas para los hombres futuros» (6, 357). Es muy llamativo aquí el metalenguaje de Homero.

la hermana «menos guapa» de Helena, no desempeña un papel simpático en el mito. Pero tenía sus razones para odiar a Agamenón: éste, cuando partió a Troya, sacrificó a la hija de ambos, la joven Ifigenia, para conseguir que los dioses le enviaran a la flota vientos propicios.

6 Del mismo modo, el tesoro que Schliemann atribuyó a Príamo pertenece al estrato denominado Troya II, unos mil años anterior a la guerra de Troya. Ésta se correspondería con los estratos VI o VII.

Aunque Schliemann se apresuró a hablar de «tesoro de Príamo», en este caso la denominación de «máscara de Agamenón» no procede de él.

8 En realidad, las sílabas posibles son muchas más de 90. Ya veremos que el lineal B tenía sus limitaciones.

9 Normalmente, el indoeuropeo se fecha en el cuarto milenio a.C., y no en el séptimo ni el sexto. Los detalles son bastante más complicados -hoy no suele creerse en un solo indoeuropeo-, pero no entraré aquí en ellos.

10 Muchos griegos también debían pensar que eran originarios de allí, como se ve por un pasaje de Aristóteles: Meteorológicos, 1, 352 b.

«digamma», una especie de «w», se perdió en griego durante el primer milenio. De hecho, lo más probable es que aún se pronunciara en la época en que se compuso el material base de los poemas homéricos. Así, la coincidencia entre el wanax micénico y el wánax anárón de Homero sería total.

12 Se puede ver una buena panorámica de 360 grados del Tesoro de Atreo y de otros monumentos griegos en www.vgreece.com.

13 Hay algunas representaciones micénicas de jinetes a caballo, pero son escasas.

en un país más llano, como Mesopotamia, mil años después el emperador persa Darío hizo alisar una enorme explanada en Gaugamela para preparar el terreno a sus carros, con la intención de utilizarlos para arrollar a Alejandro Magno.

15 El nombre de la letra correspondiente a la «w», que ya no existe en la Grecia clásica, era «digamma». Si se restaura en ciertas palabras, se parecen mucho más a sus correspondientes latinas: así, el nombre de la oveja en griego arcaico era owis (luego ois) y en latín ouis. O sea, la misma palabra.

ha llegado ni un solo verso escrito en lineal B. Eso quiere decir que los aedos que componían y recitaban los poemas épicos no debían de tener ningún miedo de olvidarlos. Que no se les pasara por la cabeza la posibilidad de recurrir a un escriba de palacio dice mucho de la confianza que tenían en sus propios recursos memorísticos y en su oficio. (Por supuesto, si aparece alguna tablilla de lineal B con versos épicos, me apresuraré a borrar esta nota).

lo mismo que ocurre con las historias del rey Arturo, que con el tiempo han ido mezclando personajes de orígenes diferentes, como el propio Arturo, Merlín o incluso Tristán.

III. La catástrofe final de la Edad de Bronce: un misterio sin resolver

1 Muchas madres de hoy día se quejan de lo mismo y de que no hay manera de que los hijos se larguen de casa. ¿Viviremos en la edad de plata sin saberlo?

2 Para obtener hierro hace falta una temperatura mucho más alta que para forjar bronce. La ventaja es que los minerales ricos en hierro son mucho más abundantes. Ya hemos visto que minoicos y micénicos tenían que buscar el cobre en Chipre y el estaño en lugares remotos. El hierro, una vez dominada su tecnología, se podía obtener prácticamente en cualquier lugar.

3 La tragedia tuvo al menos una consecuencia positiva. La ayuda que prestó Grecia a Turquía tras el primer terremoto, que fue luego correspondida, sirvió para aliviar las tensiones que siempre han reinado entre ambos países.

a En la novela ucrónica *Tiempos de arroz y sal*, de Kim Stanley Robinson, la civilización occidental sucumbe a la plaga, y son la china y la árabe las que dominan el mundo.

autores piensan que no provenían de Sicilia ni Cerdeña, sino que «después» de esta guerra se instalaron en esas islas y les dieron su nombre. Robert Drews defiende la opinión contraria (Drews, 1993).

autores que proponen la traducción «tierras costeras» mejor que «islas».

IV. Intermedio: el estudio de la cronología y una hipótesis provocadora sobre la Edad Oscura

1 La verdad es que, tal como está el panorama educativo, a menudo nos conformamos con que no se equivoquen por más de dos siglos.

2 El propio prologuista de la obra, Colin Renfrew, dice que sí, que es una teoría muy interesante..., pero que sus argumentos no le impresionan, y que en realidad no hay que adelantar la cronología, como proponen sus autores, sino «atrasarla» mucho más. Está claro que cuando se encarga el prólogo o la presentación de un libro, hay que tener mucho cuidado con quién se elige para evitar las puñaladas traperas.

V. La identidad de los griegos

última que oí en las noticias fue «unas lluvias fuertísimas». Como dirían mis

alumnos: «¡Qué fuerte, qué fuerte!».

cual hace pensar que debían dedicarse sobre todo a la ganadería.

3 El error, achacable como digo a una tradición oral condensada y confusa, se comprueba poco después, cuando Tucídides confunde la primera oleada de colonizaciones, que llevó a los griegos al otro lado del Egeo en torno al siglo xi -suponemos-, con la segunda, que a partir del siglo viii los llevaría por buena parte del Mediterráneo.

'También había pueblos que les hacían sentir complejo de inferioridad cultural, como los egipcios. Gordon S. Shrimpton señala que, como para compensar este complejo, cuando describían aquel vasto país y sus increíbles monumentos, utilizaban términos que lo encogían. Las enormes estelas de piedra eran para ellos «obeliscos», es decir, «pequeñas brochetas», y las colosales tumbas funerarias eran «pirámides», nombre que también recibían unos pastelillos de trigo y miel (Shrimpton, 1997, p. 13). Una interpretación con un toque freudiano que no deja de ser curiosa.

la mitología hitita hay un paralelo más antiguo en el que Kumarbi hace lo mismo con su predecesor Anu... , sólo que en lugar de una hoz utilizó los dientes.

6 El examen de los huesos encontrados en las tumbas de Atenas revela que la edad media de los varones al morir era de cuarenta y cuatro años, y de las mujeres treinta y cinco. Esta diferencia de nueve años, que en nuestra sociedad actual prácticamente se invierte, se debería tanto a las muertes al dar a luz como a los efectos negativos del parto en la salud posterior de la madre. Los espartanos, en reconocimiento de este riesgo, permitían que las mujeres que morían en el parto tuvieran lápidas con su nombre, mientras que las tumbas del resto de la gente eran anónimas.

¿Había muchos más viudos que viudas en Grecia? No. La diferencia en las expectativas de vida se compensaba porque, en promedio, las mujeres se casaban con hombres diez años mayores que ellas, de modo que era matemáticamente más probable que ambos esposos muriesen casi a la vez o con poco tiempo de diferencia.

VI. Innovaciones de la Época Arcaica

' También escrito abjad. Término que se refiere a un consonantario, una especie de alfabeto en que sólo se escriben las consonantes.

2 El mismo nombre de *élektron* le daban los griegos al ámbar, de donde, por la propiedad que tiene de magnetizar pequeños materiales, proviene el término «electricidad». El ámbar y el electro tenían en común el brillo entre amarillento y rojizo -parece que el electro usado en Lidia tenía parte de que es difícil saber si el ámbar le prestó el nombre a la aleación o viceversa. Probablemente ambos provengan de la raíz *(h)él-, la misma que la de *hélíos*, «sol». Observando el brillo del sol cuando se acerca el crepúsculo puede comprenderse la razón.

s Para situar cronológicamente a estos primeros filósofos se suele utilizar el término latino *floruit*, «floreció», o el griego *akmé* (no, no se trata de la fábrica que suministra productos al Coyote para que acabe con el Correcaminos). Ese florecimiento o plenitud lo atribuían los antiguos a los cuarenta años, y nos sirve de eje para situar en el tiempo a estos personajes.

VII. Problemas sociales y soluciones: tiranos y colonizadores

' Hoy día ambos golfos, el Saronico y el de Corinto, están unidos por un canal, construido a finales del siglo XIX, que permite el paso a barcos de poco tonelaje.

2 Literalmente «ciudad madre». Si los dorios hubiesen sido más cultos que los jonios, tal vez utilizaríamos su dialecto y diríamos «matrópolis», y para ir al centro de la ciudad tomaríamos el «matro».

s También escrito *Hamílcar*, nombre que encontramos frecuentemente en la historia de Cartago, pues es un compuesto formado con el nombre del dios fenicio *Melkart*.

quien *Plinio el Viejo*, coleccionista de anécdotas sobre el mundo natural, cuenta que murió precisamente en Sicilia de la forma más absurda. Estaba sentado en la playa cuando pasó sobre él un águila que llevaba entre las garras una tortuga. Al confundir la calva de *Esquilo* con un pedrusco, la rapaz soltó la tortuga con la intención de romper el caparazón contra la roca y así poder comerse la carne. Obviamente, lo que se rompió fue el cráneo del infortunado *Esquilo*. Aunque cosas más raras se han visto, los que tenemos poco pelo preferimos pensar que es una anécdota inventada.

s Aunque hay opiniones discordantes. Extrapolando a partir de los actuales datos de pluviosidad, *Peter Garnsey* calcula que en la zona de Odesa la cosecha de trigo fallaba uno de cada dos años, y la de cebada uno de cada seis o siete (*Garnsey*, 1988, p. 11).

que se atribuye la célebre paradoja de Epiménides, que podría enunciarse así: «Epiménides el cretense dice: Todos los cretenses dicen siempre la mentira». ¿En este caso también? Se supone que es el típico truco lógico que en una película de ciencia ficción fundiría los circuitos de un ordenador.

VIII. La guerra en Grecia

1 En realidad, he comprobado personalmente que el escudo puede tapar todo el cuerpo hasta las rodillas, pero si se quiere manejar la lanza con cierta soltura no hay más remedio que desplazarlo un poco hacia la izquierda. De esa forma sí queda al descubierto el costado derecho.

2 Por eso no nos han llegado restos de trirremes naufragados, mientras que sí los tenemos de otro tipo de barcos.

a Los espartanos tenían por costumbre seguir avanzando despacio, al son de sus agudas flautas, lo que debía suponer un espectáculo incluso más escalofriante para los rivales.

n Bien es cierto que el estudio de Marshall, *Men Against Fire*, tiene muchos detractores.

IX. Ciudades arcaicas: Esparta

1 Mientras escribo estas líneas, el gobierno español desaconseja viajar a Tailandia por su inestabilidad política, se ha producido una carnicería en Bombay que sin duda desanimará a los turistas, y las autoridades de Estados Unidos han dictado nuevas normas para los aeropuertos que se lo pondrán más difícil a los viajeros. Si todo sigue así, el mundo volverá a hacerse más pequeño. No quisiera pensar que para nosotros se ha pasado ya la época de los Antoninos y se acerca la de los bárbaros.

2 La ciudad apenas merecía el nombre de tal, pues se componía de casas dispersas, no tenía murallas y los edificios públicos de su ágora no podían competir con los de otras ciudades. Hoy día, el lugar más pintoresco que se visita en Esparta es la iglesia-fortaleza de Mistra, de época bizantina, situada en pleno monte Taigeto, al oeste de la ciudad.

s En su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, Karl Popper pone a Esparta justamente como ejemplo de sociedad cerrada, y habla de la fascinación que todos los regímenes totalitarios, como por ejemplo el nazi, han sentido por esta ciudad.

Puedo imaginarme los ojos como platos que habría puesto Popper si hubiese oído a los espartanos de 300 defender la libertad de pensamiento frente al «oscurantismo». Dicho textualmente en la película, como si Leónidas y los suyos fueran antecesores de Galileo o de Newton.

de esto, alguien podría pensar que la escena de 300 en que se llevan a Leónidas niño a la agogé es un error, pero no: Leónidas no estaba destinado a ser rey, y llegó al trono de rebote. El error, eso sí, está en el actor escogido. Aunque Gerard Butler tiene una presencia imponente, es demasiado joven: Leónidas rondaba los sesenta años cuando combatió en las Termópilas.

También aparece en los textos como Demarato, pero la forma espartana del nombre tenía una alfa larga en lugar de una eta.

6 De nuevo encontramos un paralelo en Roma, con el duelo entre los tres hermanos Horacios, romanos, y los tres Curiacios, de la ciudad de Alba.

vino griego debía de ser tan espeso que se mezclaba con agua no sólo para rebajar su contenido en alcohol y suavizar su sabor, sino en cierto modo para «reconstituirlo».

X. Ciudades arcaicas: Atenas

otra versión del mito, los atenienses varones votaron por Poseidón y las mujeres por Atenea. Como éstas vencieron por un voto, Atenea se convirtió en patrona de la ciudad. Pero los hombres, para vengarse de su derrota, les retiraron el derecho a votar.

2 Eran sobre todo las tierras situadas al noroeste, donde se hablaban dialectos emparentados con el dorio: las comarcas de Acarnania, Etolia y el Epiro. Aquellos lugares gozaban un clima más húmedo y fresco que el resto de Grecia, y sus bosques eran más densos. Sus pobladores se dedicaban sobre todo a la ganadería trashumante, por lo que no se agrupaban en polis. Esta organización tribal habría sido la que tenían todos los griegos antes de asentarse en los territorios de la Grecia central y del Peloponeso.

s Ni siquiera está muy claro que este personaje, cuyo nombre significa «dragón», no sea más legendario que histórico, como sucede con el legislador de Esparta, Licurgo.

era un sophós, un sabio natural, una persona a la que los dioses habían

otorgado sentido común y ecuanimidad, y también el don de la inspiración, pues era un gran poeta. Algo distinto era un *philosophos*, «buscador o amante de la sabiduría», palabra que parece que acuñó Pitágoras. Tampoco era lo mismo un sofista o *sophistés*, con una terminación -tes que solía aplicarse a ocupaciones: los sofistas, por así decirlo, se dedicaban profesionalmente a la sabiduría. De hecho, cobraban por ejercerla.

me he equivocado contando sílabas. En griego, si-o no era diptongo, así que había dos sílabas.

la década de 560, las exportaciones de cerámica ateniense de figuras negras superaban ya a las de su vecina Corinto, que en el pasado había dominado ese mercado. En cerámica se suele hablar de «figuras negras» y «figuras rojas», estilos muy fáciles de distinguir. En las figuras negras el artista deja el fondo con el color natural de la arcilla, rojizo, mientras que rellena con esmalte negro a los personajes, y los trazos interiores los realza con líneas blancas. En la técnica de figura rojas, que apareció hacia el año 525, el pintor esmalta de negro el fondo y deja el interior de las figuras sin rellenar, salvo las líneas negras que representan los músculos, la ropa, etcétera.

puede parecer contradictorio, pues hemos visto a un Cronos violento, castrapadres y devorahijos. Pero en la mitología griega convivían muchas versiones distintas, pues los griegos eran gente ahorradora que no tiraba nada a la basura, ni costumbres ni leyes ni rituales religiosos. Existía una tradición según la cual el reinado de Cronos había sido una época de felicidad, una especie de edad de oro como la que menciona Hesíodo en Trabajos y días.

8 La forma completa de nombrar a un ateniense era añadir el nombre de su padre, y más tarde de su demo.

9 Los dorios, en cambio, se organizaban en tres tribus.

curioso es que una vez hecho este primer censo, los descendientes de quien se hubiera inscrito en el demo de Colargo seguían registrados en él, aunque vivieran a 20 kilómetros de distancia o en una colonia del Egeo.

" Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntide, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipotóntide, Ayántide y Antióquide, nombradas según el orden oficial.

12 Aquí adelanto acontecimientos, pues el thólos se construyó después del año 470.

XI. Las Guerras Médicas

1 Hasta en la ropa se notaban esas diferencias. Para los griegos, llevar pantalones era un signo de afeminamiento. Paradójico, ¿verdad?

2 «Humanitario: que es solidario y benévolo con los demás». ¿Cómo se puede aplicar ese adjetivo a una catástrofe?

3 en griego. Como algunos empleaban ese tiempo libre en actividades intelectuales, skholé ha dado en inglés términos como scholar, «erudito, estudioso», y en español «escuela». Así que la escuela proviene del tiempo libre... ¡Que me lo hubieran dicho a mí cuando iba al colegio de los frailes!

4 su interés por descubrir nuevas rutas comerciales, Darío promovió diversas expediciones. Una de ellas, en la que viajaba el griego Escílax de Carianda, recorrió el Golfo Pérsico y las costas de Asia Central hasta llegar a la India.

5 s Décadas después, los atenienses obligaron a sus aliados de la Liga de Delos a aceptar un mismo patrón monetario y de pesos y medidas. Aunque impopular, sin duda aquella medida fue muy práctica, como sabemos los que vivimos en la Zona Euro y utilizamos el sistema métrico decimal.

6 Hay una pequeña dificultad en esta historia. Eran los éforos quienes decidían la política exterior de Esparta. Tal vez en el relato de Heródoto haya que entender que Aristágoras, a la vez que trataba con los éforos, se reunía en privado con Cleómenes para tratar de ganarse su influencia. Como fuere, la jugada no le salió bien.

7 del otro Milcíades que mencionamos en relación con la tiranía de Pisístrato.

8 La isla era tan sagrada que, décadas después, durante la Guerra del Peloponeso, se decretó la curiosa prohibición de nacer o morir en ella para no mancillar su pureza.

9 Durante la Guerra del Peloponeso, cada vez que los espartanos y sus aliados invadían el Ática, toda o prácticamente toda su población se refugiaba tras las murallas. Pero hay que tener en cuenta que Pericles había hecho unir la ciudad con el Pireo mediante los llamados Muros Largos, lo que dejaba un amplio pasillo protegido de varios kilómetros de longitud en el que podían acampar los refugiados. En 490 no existía esa posibilidad.

10 En la tradición aparece también con el nombre de Filípides.

Otros historiadores la fechan en agosto.

12 Algunos tan posteriores como la Suda, una enciclopedia bizantina del siglo x d.C. Bien es cierto que el hecho de que esté más cerca de nuestra época que de las Guerras Médicas es un problema para tomar en serio lo que dice.

13 Si la caballería persa, o parte de ella, actuó, debió de ser en esta zona. El uso de la caballería en los flancos es de una época posterior. Quizá incluso la carga ateniense dejó sin espacios a los jinetes persas y anuló su ventaja táctica (Shrimpton, 1980).

'4 Suele atribuirse la creación del ostracismo a Clístenes. En tal caso, la ley habría dormido el sueño de los justos durante veinte años. Esto parece extraño, ya que los atenienses solían legislar ad hoc, para conseguir un fin concreto en un momento concreto. Es más fácil suponer que el ostracismo se introdujo después de Maratón y que más tarde, como solía suceder, se atribuyó su creación a un tiempo más antiguo y, por tanto, más prestigioso.

en esta cita como en la siguiente he utilizado las traducciones reducidas que usé en Salamina. Las profecías, tal como aparecen en Heródoto, son algo más largas, y tienen referencias más confusas para los lectores actuales.

16 Un diezmo que le intentaron cobrar a Tebas después de la guerra, sin el menor éxito. El asunto aún coleaba en 371, poco antes de la batalla de Leuctra.

se incorporaron otros 50 trirremes atenienses.

18 No hay que confundir a los focidios de la comarca de Grecia continental conocida como Fócide con los focenses de Focea, en la costa de Asia Menor.

" Quienes, según Heródoto (7, 211), llegaron a engañar a los persas con retiradas fingidas seguidas por contraataques. Muchos expertos actuales dudan de esta información: la falange era una formación eficaz, pero con muchas limitaciones, y una maniobra de ese tipo habría desordenado sus filas. Lo que está claro es que, si había soldados capaces de llevarla a cabo, eran los espartanos, que prácticamente no hacían otra cosa que instrucción militar.

20 En los años cincuenta se descubrió en Trecén, ciudad costera de la Argólida muy vinculada a Atenas, una estela de mármol blanco del Pentélico con

una larga inscripción. Por el tipo de letra, se ha fechado en el siglo in o, como mucho, a finales del siglo iv. El texto es una supuesta copia del decreto de evacuación general propuesto por Temístocles ante la asamblea. En realidad, la transcripción no parece muy fiel, pues emplea a menudo vocabulario que no se corresponde con el del año 480. Ahora bien, más que una falsificación de los atenienses del siglo in, podríamos calificarla como una copia del «espíritu» del decreto. El texto puede consultarse en Cortés, 1999, p. 239 y ss.

2' Aunque después de Artemisio, muchos de esos trirremes no estaban en condiciones de combatir.

Esquilo hace referencia a un desertor heleno, que comunicó a Jerjes que los griegos estaban dispuestos a huir al amparo de la noche.

23 Heródoto sitúa esta reunión del estado mayor persa en los días previos. Pero, puesto que la decisión final de combatir en Salamina queda en suspenso en su narrativa, creo que es más correcto colocarla aquí. Por no añadir que probablemente se celebrarían reuniones constantes, igual que en el campamento griego. ¿Qué hacen los que tienen autoridad en momentos de crisis sino reunirse una y otra vez? Gabinetes, comités, subcomités...

24 En todo lo que sigue combino la versión de Heródoto con la de Diodoro de Sicilia y la de Esquilo. Como señala el estudioso norteamericano Peter Green: «Paradójicamente, y pese a su trascendental importancia, Salamina debe considerarse como una de las batallas peor documentadas en toda la historia de la guerra naval» (Green, 1996, 186). Los relatos de la batalla son tantos como autores. De los incluidos en mi bibliografía, Burn, Hammond, Green y Munro (éste en AA., Cambridge, 1930) están de acuerdo con Diodoro en que Jerjes envió a los barcos egipcios para bloquear la salida oeste de Salamina. Strauss, Hignett y Lazenby no lo creen, y piensan que los persas sólo cerraron las salidas orientales.

25 Adaptado de Burn, 1984, 513.

26 Allí se juntaban los pastores trashumantes del Ática y Beocia, pero también los de la comarca de Corinto. Por eso fue en el Citerón donde el infortunado Edipo, para que no cumpliera el aciago destino de matar a su padre y casarse con su madre, fue abandonado por un pastor de Tebas y recogido por otro de Corinto.

27 Los acontecimientos relativos a la campaña de Platea se cuentan en el

libro 8 de las Historias de Heródoto, en la biografía de Arístides escrita por Plutarco y en Diodoro, 11, 27-39.

28 Green, 1996, 244. Aunque es evidente que el terreno puede haber cambiado muchísimo desde entonces.

29 Como les pasó a los atenienses en el año 413 en Sicilia, en un desgraciado ataque nocturno contra la ciudad de Siracusa.

XII. La Pentecontecia

parecido a lo que les pasaba a los funcionarios soviéticos en Ninotchka de Lubitsch, que se dejaban corromper alegremente por el decadente capitalismo occidental.

2 Polieno, *Estratagemas*, 8, 51. También en Diodoro, 11, 45, pero sin dar el nombre de la madre.

a En Esparta se producían periódicamente expulsiones de extranjeros, conocidas como xenelasías, para evitar que los lacedemonios se dejaran corromper por el contacto con los foráneos.

cual significaba que entre los hoplitas había cada vez más ciudadanos partidarios de la democracia, y eso por dos motivos: primero, porque estos tetes ascendidos a zeugitas provenían del demos, el pueblo llano; segundo, porque le debían su mejora económica al imperialismo ateniense, que todos identificaban con la democracia.

5 Tucídides, 1, 137; Bryant, 2002, 563.

en Plutarco, *Temístocles*, 32. Todos los detalles finales de su vida están extraídos de la biografía de Plutarco, con algún añadido de Tucídides. Muchos expertos, como A.J. Podlecki (Podlecki, 1975, p. 43), creen que hay bastante de novelesco en todo este relato. Es posible, pero ya en tiempos de Tucídides había corrido el rumor de que se dio muerte porque no podía servir al Gran Rey tal como le había prometido (Tucídides, 1, 138).

Plutarco, como tantos otros autores antiguos, mostraba tendencias aristocráticas. Por eso, entre el demócrata Temístocles y los nobles Arístides y Cimón, sus simpatías se decantaban por estos últimos. Aunque hay que reconocer que siempre intentaba ser justo con sus personajes.

8 Como en tantos casos, el uso de una palabra griega otorga más prestigio a lo que se dice. Es la venganza póstuma de los griegos sobre sus conquistadores romanos: un helenismo siempre parece más técnico que la correspondiente palabra con raíz latina. ¿A que pagaremos más a un asesor que nos proponga «sin-ergias» en lugar de «co-laboraciones»? Pues ambas palabras significan exactamente lo mismo: trabajar juntos. Si el médico me ve hecho un trapo y lo achaca a una «caquexia» o «astenia», pienso que se ha ganado su sueldo, mientras que si me dice que tengo «malestar» o «debilidad» sospecho que para oír eso no tenía que haber esperado en la consulta. Si además la palabra griega es esdrújula, miel sobre hojuelas. ¡Perdón! ¿He dicho «esdrújula»? Quería decir «proparoxítona».

9 La batalla de Maratón, que se venció sin más ayuda que la de los plateos, fue cada vez más mitificada por las tres primeras clases que servían como hoplitas. Probablemente entre el pueblo, en su conjunto, la victoria de Salamina era más valorada, pero la mayoría de los testimonios literarios pertenecen siempre a las capas altas de la sociedad.

iu Casi al mismo tiempo que Esparta pactaba con Argos una paz de treinta años que los argivos respetaron escrupulosamente. Algo tan raro en aquellos tiempos como ahora.

XIII. La Atenas de Pericles

1 En cambio, las calles del Pireo eran más anchas y se cortaban en ángulos rectos, porque hacia el año 450 las remodeló el arquitecto Hipodamo de Mileto, el primer urbanista griego. Durante la segunda mitad del siglo v el Pireo se convirtió en el principal puerto del Egeo y casi en una ciudad por derecho propio. Era allí donde vivían más metecos -extranjeros domiciliados-, donde se llevaban a cabo las principales transacciones comerciales y donde actuaban los cambistas y banqueros en sus puestos conocidos como trápezai, «mesas».

2 Para los atenienses, las doce de la mañana más o menos era «la hora a la que se llena el mercado». Con una referencia tan vaga la puntualidad no podía ser precisamente suiza. El ritmo de vida en Atenas y el resto de Grecia, más parecido al de un país de Oriente Medio, nos habría sacado de quicio a los estresados occidentales de hoy, esclavos del reloj.

da nombre al único grupo de reconstrucción histórica de hoplitas que, por el momento, hay en España: Athena Promakhos.

4 Existe otro templo octástilo en la ciudad de Selinunte, pero nunca se terminó, y además se encuentra en un estado aún más ruinoso que el Partenón.

5 Para consultar los textos de Anaxágoras y otros filósofos de la época recomiendo *Los filósofos presocráticos*, de Kirk y Raven, publicado por Gredos en 1981.

e En realidad, ni siquiera queda tan claro que llegara a producirse ese juicio.

' Una excepción sería Sócrates. Su padre Sofronisco era escultor, y él mismo había empezado en ese oficio. Pero pronto lo dejó por considerarlo servil... o porque tal vez no tenía demasiado talento. Aunque se llamaba a sí mismo pobre, poseía suficiente patrimonio (sospecho que heredado del trabajo de su padre) para servir como hoplita y vivir de las rentas que recibía al año. Trabajar, lo que se dice trabajar, no debió de hacerlo prácticamente en su vida. De alguna manera renegaba de la clase media a la que pertenecía y buscaba más la compañía de los aristócratas, algo que no le debieron de perdonar sus conciudadanos.

8 El Sócrates de *Las nubes* de Aristófanes da clases a sus discípulos en un lugar llamado «Pensadero», colgado de una cesta, mientras los alumnos se sientan en otras similares para que sus ideas se eleven sobre este mundo. Lo que enseña este pseudo-Sócrates es a estudiar los cuerpos celestes, como si fuera Anaxágoras, o a convertir lo blanco en negro y lo negro en blanco utilizando la esgrima verbal, algo típico de los sofistas. El verdadero Sócrates no se dedicaba a eso.

9 También la suerte jugó a su favor. Ocho de esas obras se han transmitido sólo en dos manuscritos medievales, por lo que parecen remontarse a un único volumen que sobrevivió casi por azar.

` Alguien se preguntará por qué pongo como modelo de ultrapuritanismo un manual católico de los años cincuenta en vez de criticar ejemplos sangrantes de moral machista que se ven hoy día en otras religiones. La razón es evidente. Resulta más fácil meterse con los curas y los obispos porque no suelen dictar fatwas contra los escritores.

" Cf. Blundell, 1995, p. 145, donde la autora nos da los nombres de dos posibles médicas, Fanóstrata y Hagnódice.

12 Aunque el discurso se lo había escrito el logógrafo Lisias, Eufileto tenía que leerlo en persona, pues tanto los acusados como los acusadores se representaban a sí mismos.

13 También si ese hombre seducía a su madre, su hermana, su hija, o incluso su concubina en caso de que estuviera con ella para engendrar hijos libres (MacDowell, 1986, p. 124). La seducción se consideraba más grave que la violación, porque implicaba corromper la moral de una mujer libre.

14 Tomo 1 de los discursos de Lisias, editados por Alma Mater en 1953.

15 El sorteo se realizaba a diario por medio de una máquina bastante ingeniosa, y se hacía justo antes del juicio, para evitar que los encausados tuvieran tiempo de sobornar a los miembros del jurado. Había juicios especialmente graves que se resolvían en asamblea, como el de los generales que mandaban en la batalla de las Arginusas y que fueron acusados de no recoger a los náufragos atenienses.

XIV. La Guerra del Peloponeso

1 Por supuesto, es una visión simplificada. En Atenas había mucha gente apegada a la tierra, y muchos aristócratas que mantenían los viejos ideales y simpatizaban abiertamente con Esparta.

2 Con lo que no contó Pericles fue con que el Imperio persa, mucho más rico que Atenas, acabaría entrando en la guerra en su fase final.

3 La cifra de los 13.000 hoplitas es fiable, pero no tanto la de los otros 16.000 posibles soldados <Jóvenes y veteranos>. Para Alfred French, podría ser una forma convencional de referirse a tropas ligeras de alta calidad, que habrían bastado para defender fuertes y murallas (French, 1993, p. 45). Sin embargo, el especialista en la Guerra del Peloponeso Donald Kagan acepta las cifras de Tucídides tal cual (Kagan, 1990, p. 27).

señala una paradoja. Los campesinos podían enfurecerse viendo desde el parapeto cómo los peloponesios destruían -o intentaban destruir- sus cultivos, pero a cambio estaban a salvo: en ningún momento salieron a luchar, y tampoco parece que los enemigos se acercaran demasiado a las murallas de Atenas, pues tan sólo habrían conseguido que los acribillaran a flechazos desde arriba. En cambio, los tetes, supuestos beneficiarios y partidarios de la guerra, eran los que arriesgaban sus vidas remando en la flota para causar devastación en las costas del Peloponeso.

s Hay candidatos más exóticos, como la tularemia, el ergotismo, el ántrax o el virus Ébola (este último en Scarrow, 1988, con una detallada tabla de síntomas). Reconozco que de las dos primeras enfermedades he tenido la primera noticia en mi vida mientras rebuscaba en la bibliografía, y eso que no me pierdo un episodio

de House.

6 Tampoco puede decirse que toda Lesbos desertara de la Liga. La ciudad de Metimna, donde dominaban los demócratas, siguió siendo fiel a Atenas. Cuando se critica a ésta por su imperialismo, a veces se olvida que quienes más se oponían a dicho imperialismo eran las oligarquías locales, como ocurría en Mitilene. Pero los regímenes democráticos solían apoyar a Atenas, lo que significa que el «terrible» Imperio ateniense no debía de explotar tanto a los habitantes de la Liga.

' En la primera, Alcibíades resultó herido y Sócrates lo protegió con su escudo. En la segunda, Alcibíades servía en la caballería, pero cuando se produjo la desbandada ante los tebanos, se rezagó para ayudar a Sócrates, que se retiraba con la infantería.

s Una unidad aliada del ejército espartano.

' Unas cuantas décadas más tarde, el general tebano Epaminondas se atrevió a cambiar esta tradición. Hablaremos de él en su momento.

10 De hecho, los Mil de Argos dieron un golpe de Estado poco más tarde. Los demócratas no tardaron en desquitarse derrocando a los oligarcas y llamando en su auxilio a Alcibíades, quien les convenció de que construyeran una muralla para unir su ciudad al mar, igual que la de Atenas.

11 La transcripción más correcta sería «heterías» y «heteras». Pero ya que utilizo «hetaira», cuyo uso se ha popularizado en español, prefiero mantener también «hetairía».

12 El baño ritual era todavía en Atenas, antes de salir para Eleusis el día 19 del mes de boedromión.

13 Recomiendo a los lectores aficionados a temas militares que acudan a la descripción de esta batalla en Tiempos de guerra, de Steven Pressfield. Espectacular.

14 Para Victor Hanson, la principal razón de la derrota ateniense en Sicilia fue que no tenían suficiente caballería (Hanson, 2005, p. 231).

15 Stone, 1988, p. 155 y Manfredi, 2000, p. 252.

16 Como demostró años después, cuando intentó derrocar a su hermano

Artajejes con la ayuda de 10.000 mercenarios griegos. El espléndido relato de esta campaña se encuentra en la Anábasis de Jenofonte, que participó en ella como oficial.

Helénicas 1, 6, 24. La Historia de Tucídides se interrumpe en el año 411. A partir de ese momento, debemos recurrir a su continuación, las Helénicas de Jenofonte, mucho más condensada y menos rigurosa, y complementarla con Diodoro y con las biografías correspondientes de Plutarco.

18 No me resisto a la tentación de contar su final, aunque sea en una nota. «Lisandro, el general espartano, mandó al sátrapa persa Farnabazo la orden de llevar a cabo esta tarea [la muerte de Alcibíades]. Por aquel entonces Alcibíades estaba viviendo en una aldea frigia con la cortesana Timandra. Los hombres enviados contra él, que no se atrevían a entrar, rodearon e incendiaron la casa. Alcibíades, al darse cuenta, juntó casi todas sus mantas y colchas y las echó sobre el fuego; se rodeó la mano izquierda con el manto y, desenvainando la espada con la diestra, atravesó las llamas incólume antes de que el manto llegara a prenderse. Los bárbaros se dispersaron nada más verlo aparecer y, en vez de aguantar su acometida o llegar a las manos con él, empezaron a dispararle flechas y dardos desde lejos. De esta manera cayó Alcibíades. Después de que los bárbaros se hubieran alejado, Timandra recogió su cadáver, lo envolvió y cubrió con sus ropas y celebró, dentro de sus posibilidades, un funeral espléndido y honroso» (Plutarco Alcibíades, 39).

XV. El siglo iv: la lucha por la supremacía

En la asamblea ateniense se propuso cortar la mano derecha a los remeros del bando enemigo. Era algo parecido a lo que hacían los franceses con los arqueros ingleses que capturaban en la Guerra de los Cien Años, a los que les cortaban los dedos índice y corazón de la diestra.

2 En cierto modo, inauguró el look de filósofo que luego imitarían Diógenes y otros.

Plutarco, la palabra «sicofanta», literalmente «revelador de higos», podría provenir de la época en que Solón prohibió exportar del Ática cualquier producto agrario que no fuese aceite de oliva (Sol(5n 24). El sicofanta sería la persona que denunciaba a los exportadores clandestinos de higos -y tal vez de otros alimentos-, y a partir de ese momento el término se usaría para cualquier delator profesional. Aunque otros piensan que podría provenir del gesto grosero de cerrar el puño y

mostrar el dedo corazón, conocido como «hacer la higa».

4 El supuesto discurso de defensa que Sócrates pronunció ante los jueces. Aunque lo escribió Platón, es posible que haya en esa obra mucho de lo que realmente dijo Sócrates.

y su hermano Polemarco habían heredado la fábrica de escudos de su padre, Céfalo -que aparece como interlocutor en La república-. En aquel taller trabajaban 120 operarios, y gracias a él poseían una gran fortuna. Los Treinta, tan rapaces a la hora de incautar riquezas ajenas como algunos emperadores romanos, decidieron detener a los dos hermanos. Lisias escapó a Mégara, pero Polemarco fue arrestado y ejecutado. Sus bienes, por supuesto, quedaron confiscados. Aunque tras la caída de los Treinta, en la que él participó de forma activa, Lisias recuperó parte de su patrimonio, nunca llegó al nivel de riqueza anterior. Por eso tuvo que dedicarse a escribir discursos judiciales para otras personas.

6 Una prostituta célebre tenía este apodo, Clepsidra, porque utilizaba un reloj de agua para tasar el tiempo a sus clientes. Si la noticia es cierta, se trataba de una adelantada a su época.

' Esta última es una crítica a la sociedad ateniense, no a Sócrates, que además tuvo el detalle de lavarse para que no lo hicieran luego las mujeres.

era el dios de la medicina. O bien Sócrates consideraba que al morir se libraba de una pesada enfermedad, su propio cuerpo mortal, o bien por alguna razón era cierto que le debía un gallo al dios. Critón solía ocuparse de las finanzas de Sócrates.

'En un discurso de mediados de siglo, Demóstenes se queja de que, salvo los 300 más ricos de las *symmoríai*, los otros 900 sujetos a pagar las liturgias estaban empobrecidos y oprimidos por el sistema.

1' Un ejemplo que demuestra el alto aprecio en que a veces se tenía a los esclavos. En general, en Atenas recibían mejor trato que en otras ciudades. En un panfleto antiateniense de finales del siglo v (que antaño se atribuía a Jenofonte), el autor, al que suele denominarse «el Viejo Oligarca», se quejaba de que en Atenas era difícil distinguir a los hombres libres de los esclavos, y de que éstos a veces ni se apartaban por la calle para ceder el paso. Matar o maltratar a un esclavo podía conllevar penas severas, como se ve en el diálogo platónico

11 Parece que Aristóteles llamó a esta parte del saber que estudia el ser y la

realidad «primera filosofía». El nombre de «metafísica» vino de una clasificación posterior, hecha por Andrónico de Rodas en el siglo i a.C. Andrónico denominó a los libros que trataban de esta primera filosofía *tá metá tá physiká* *biblia*, «los libros que van después de los de física». Aunque enseguida se adoptó otro significado bastante apropiado para la palabra, «lo que está más allá de la física, lo que trasciende la física».

2 El poder de Dionisio se debía en buena parte a su superioridad militar. Se le atribuye a él, o más bien a sus ingenieros, la invención de las primeras catapultas, máquinas de guerra con mecanismos de torsión que disparaban piedras, flechas y otros proyectiles en llamas.

entrada, a Platón, que era un hombre más bien ascético, le desagradaba el lujo de la vida siciliana. En particular el de su comida, pues la cocina siracusana era la más elaborada y famosa del mundo griego, sobre todo por sus salsas cargadas de condimentos. Parece que el siciliano Miteco, que vivió entre los siglos v y iv, fue el primero en escribir tratados de gastronomía, y se le llamó «el Fidias de la cocina».

14 Éste había dejado un hijo, Leotíquidas. Pero, como vimos, existían sospechas fundadas de que su verdadero padre era Alcibíades, por lo que Leotíquidas nunca llegó a reinar. Uno de los que intrigó para que Agesilao se convirtiera en rey fue Lisandro. Se decía que ambos habían sido amantes en su juventud, y al parecer Lisandro pensaba que Agesilao sería fácilmente manipulable. Pero su antiguo amante le salió rana, pues demostró ser un hombre de carácter. A veces, incluso de mal carácter.

15 No obstante, los espartanos sufrieron un nuevo golpe en su orgullo en el año 390. Cerca de Corinto, un general ateniense llamado Ificrates atacó a 600 hoplitas lacedemonios con sus peltastas, soldados de infantería ligera, y consiguió matar casi a la mitad. Por supuesto, Ificrates no cometió el error de buscar el choque directo, lo que habría sido una locura, sino que acosó a los espartanos con sus jabalinas, sobre todo por la parte derecha, donde tenían el costado desprotegido. Poco a poco, se demostraba que ya no se podía dominar los campos de batalla sólo con infantería pesada.

16 La batalla de Leuctra aparece narrada en Jenofonte, *Helénicas* 6, 4; Plutarco, *Pelópidas* 23; Diodoro 15, 53 y ss.

Estratagemas 2, 3.

18 Ibid.

19 Pelópidas ya no lo acompañaba, porque había muerto dos años antes, durante una campaña en Tesalia.

20 Cornelio Nepote, Epaminondas 9. No es una fuente fiable, pero no podía prescindir de un final tan épico para un personaje como Epaminondas.

XVI. El ascenso de Macedonia

1 Los macedonios tenían fama de borrachos, al igual que les pasaba a los tracios. Al parecer, en muchas ocasiones bebían el vino sin diluirlo con agua, algo que se consideraba en Grecia propio de bárbaros. Existen numerosas anécdotas sobre Filipo que lo presentan embriagado. Más adelante contaremos lo que ocurrió en su última boda.

12,310-321. Me fijé en este pasaje, tan ilustrativo sobre la influencia moral de los generales antiguos, gracias al ensayo de Mary Renault sobre Alejandro (Renault, 1998, p. 54).

s Medio millón en Cartledge, 2004, p. 62. Un millón en Thomas, 2007, p. 175.

término «Compañeros» a veces es confuso, ya que los autores griegos no tenían ningún reparo en utilizar una misma palabra con diferentes significados. Algunas veces Compañeros se refiere a los poco más de cien amigos íntimos que rodeaban al rey, y otras a los miembros de la caballería de los Compañeros, mucho más amplia.

2008, p. 139; Thompson 2007, 26; Gaebel, 2002, p. 164. Alejandro Noguera me lo comentó personalmente.

los generales de Alejandro, varios provenían de las tierras altas, lo que demuestra que en poco tiempo se asimilaron perfectamente y demostraron su lealtad al rey de Macedonia. Perdicas y Crátero eran del cantón montañoso de Oréstide, Leónato de Lincéstide y Ceno de Elimea.

Aunque, al morir sus padres, los tutores de Demóstenes dilapidaron su herencia. Ésa fue una de las razones para que se dedicara a la oratoria judicial: recuperar su fortuna, meta que tan sólo consiguió en parte, y ganarse la vida con los discursos que escribía.

XVII. Alejandro Magno

supuesto, es lo que nos cuentan las fuentes griegas, habitualmente chovinistas. Hasta en el bando persa, el general más capacitado tenía que ser heleno. No digo que no fuese así, pero resulta sospechoso.

bien los trirremes tenían tres bancadas de remos, cuando se habla de cuadrirremes, quinquerremes, etc., no quiere decir que esos barcos estuvieran equipados con cuatro o cinco filas de remos, puesto que había limitaciones prácticas que impedían superar las tres filas. Un cuadrirreme probablemente tenía dos bancadas de remos, y en cada uno de ellos bogaban dos hombres. En un quinquerreme habría también dos filas, con dos y tres galeotes en cada remo, y así sucesivamente hasta llegar a los grandes monstruos de la Época Helenística.

historiador del Imperio persa Pierre Briant considera que dicha embajada nunca existió y que este relato es propaganda macedónica que llegó hasta los historiadores (Briant, 2002, p. 832 y ss.). Briant se pregunta cómo reconciliar la oferta de Darío con el hecho de que estuviera preparando un gran ejército en Mesopotamia para enfrentarse a Alejandro. La historia oficial siempre presenta un retrato de Darío como monarca débil y cobarde, y un problema de los autores antiguos era que, una vez decidido el perfil psicológico de un personaje (que en el caso de los enemigos, solía ser bastante tosco, en blancos y negros), tendían a aceptar todas las anécdotas, fidedignas o no, que cuadraban con dicho perfil.

'Arriano, Anábasis 3, 4; Plutarco, Alejandro 26; Diodoro 17, 51.

s Nonno, Dionisiacas 7, 127.

6 Así se demostró en la batalla de Carras, donde en el año 53 a.C. los partos derrotaron de forma humillante a nada menos que siete legiones romanas. Entre las 20.000 víctimas estaba el general Craso, socio de julio César en el triunvirato.

' Maniobra que todos los historiadores describen como si tal cosa, pero que nunca he visto demasiado clara, ya que las filas de las falanges solían estar bastante apretadas. De todos modos, es casi imposible que los carros falcados hubieran embestido de frente contra una falange, pues los caballos habrían rehusado cargar contra las picas. Más bien intentarían rodear las formaciones para utilizar las hoces en las líneas laterales.

8 En la película, Alejandro y sus compañeros desmontan y luchan un rato a pie. Es verosímil: era una táctica que usaba, por ejemplo, la caballería romana en

tiempos de la República.

9 No debía de tratarse del campamento fortificado que estaba a varios kilómetros de allí y donde se habían quedado los heridos con la impedimenta, sino el improvisado en el que habían dormido la noche antes de la batalla.

10 Se cuenta que cuando Jerjes aplastó la rebelión de Babilonia, hizo destruir entera Etemenanki, y que Alejandro proyectó reconstruirla en su segunda visita a Babilonia. Sin embargo, muchos autores opinan que esa destrucción no sería tan exagerada y que Jerjes debió limitarse a causar algunos estropicios en el colosal zigurat y, tal vez, a fundir la gran estatua de oro macizo del dios Marduk.

" Espíritu del mal en el zoroastrismo.

12 Tomado, con modificaciones, de Faure, 1990, p. 292.

13 Parmeni6n es el protagonista principal de dos estupendas novelas de David Gemmell, *Lion of Macedon* y *Dark Prince*, que mezclan historia y fantasía de una forma muy convincente. En ellas aparecen Alejandro, Filipo, Arist6teles, Epaminondas y Pel6pidas, e incluso Jenofonte, todos ellos tratados de una forma muy original. Las batallas son magníficas. Espero que alguien se anime a traducir esas novelas al español.

con recomendaciones literarias, la novela *La campaña afgana* de Steven Pressfield refleja con gran crudeza esta fase de la guerra. Por supuesto, con extrapolaciones y ciertos anacronismos: al no haber apenas informaci6n sobre c6mo eran y vivían las tribus iraníes de aquellas tierras, Pressfield las retrata basándose en las costumbres afganas de épocas posteriores.

15 Éste es el relato de Arriano (4, 8). Según otros, Clito abandonó la tienda furioso, o bien lo expulsaron de ella, pero después volvió sobre sus pasos e irrumpió en el pabell6n dando voces. En aquel momento, tal vez temiendo una agresión, Alejandro le habría asestado el lanzazo, sin darse cuenta de que Clito estaba desarmado. Así lo cuenta Plutarco (*Alejandro* 50), y el mismo Arriano menciona esta versi6n.

16 En realidad, Alejandro había entrado en la India con unos 75.000 combatientes, pues su ejército había crecido hasta proporciones casi monstruosas. Pero no llegó a utilizarlos todos juntos en combate, y ni siquiera marchaban juntos como una sola unidad, sino divididos en varias columnas.

1'Arriano 5, 17, traducción de Antonio Guzmán para Gredos.

18 Como señala Paul Cartledge, Alejandro aparece en la literatura nacional de más de ochenta países (Cartledge, 2004, p. 38).

19 Green, 1991, p. 476; Cartledge, 2004, p. 215.

XVIII. Los Diádocos y Roma

1 De la que, se decía que había estrangulado con sus propias manos a Estatira, la otra esposa de Alejandro. Como se ve, es difícil encontrar entre todos estos personajes alguno en el que recaigan nuestras simpatías. Tal vez eso explique que la novela *Juegos funerarios* de Mary Renault, que trata de esta época, no sea precisamente la favorita de sus lectores.

2 En el año 323, al conocerse la muerte de Alejandro, Aristóteles abandonó Atenas y se instaló en la isla de Eubea por temor a las represalias contra el partido pro macedonio. Al parecer, comentó: «No quiero que los atenienses cometan un segundo crimen contra la filosofía», refiriéndose al juicio y ejecución de Sócrates. Falleció al año siguiente, pero de muerte natural.

3 Quesada, 2008, p. 196; Warry, 1980, p. 90; Campbell, 2003, p. 9. En todos ellos hay ilustraciones a color con reproducciones hipotéticas de la Helépolis.

hablar de conflictos pasados, como las Guerras Médicas, normalmente no he tenido en cuenta a la infantería ligera. Pero su papel empezó a cambiar a partir de las guerras del Peloponeso y no dejó de crecer en importancia desde entonces: recordemos la derrota que infligió el ateniense Ificrates a los espartanos en el año 390 con sus peltastas.

5 El padre del primer Seleuco se llamaba Antíoco. Por eso, puso el nombre de Antioquía a la ciudad que fundó en el año 300 a orillas del río Orontes. Al estar situada en un cruce de caravanas, llegó a ser una ciudad muy rica. Antioquía es popular sobre todo por la famosa carrera de cuadrigas de Ben-Hur, que se celebra en su estadio.

6 Polibio 36, 17. La traducción es de Manuel Balasch para la editorial Gredos.

' El término más preciso para esta práctica es «exponer», de donde proviene el apellido Expósito.

8 En una ocasión, Dioniso y Afrodita se fueron a la cama juntos. Evidentemente, la combinación entre ambos tenía que ser explosiva, y así nació el dios Príapo, al que podría aplicarse el soneto de Quevedo «Érase un hombre a una nariz pegado», pero sustituyendo la nariz por otro apéndice.

9 El nombre hace pensar que los primeros papiros de Grecia debieron importarse de la ciudad de Biblos (Gubla en fenicio).

` El mote viene de filéo, «amar», y adelfüs, «hermano». Aunque a quien amaba este Ptolomeo era a su hermana Arsínoe. Tanto, de hecho, que se casó con ella. En su descargo hay que decir que contrajeron matrimonio por razones políticas, ya bien talluditos, y que en Egipto no era escandaloso que se casaran dos hermanos (de padre y madre, no hermanastros) de la familia gobernante.

" Unidades de unos 120-150 hombres que podían actuar de forma independiente.

29, 17,1, con traducción de M. Balasch. El texto en realidad es un fragmento de la enciclopedia bizantina Suda (comentado en Walbank, 1999, vol. 3, p. 388).

13 En singular pilum. Este venablo pesado tenía, además del asta de madera, una larga vara de hierro de dos o tres palmos de longitud, más fina que la punta piramidal. Su poder de penetración era considerable, y al quedar clavado en un escudo resultaba muy difícil extraerlo, por lo que muchas veces el enemigo atacado no tenía más remedio que tirar el escudo al suelo. La idea de que estaban diseñados para doblarse es un error comúnmente extendido.

AA.VV., El mundo de Atenas. Introducción a la cultura clásica ateniense, PPU, Barcelona, 1988.

AA.VV., The Cambridge Ancient History. Volume IV. The Persian Empire and the West, Cambridge University Press, Cambridge, 1930.

ADRADOS, E. R., GIL FERNÁNDEZ, L. y LASSO DE LA VEGA, J. S., Introducción a Romero, Guadarrama, Madrid, 1963.

ADRADOS, F. R., La dialectología griega, hay: 1952-1995, Ediciones Clásicas, Madrid, 1998.

Historia de la lengua griega, Gredos, Madrid, 1999.

AITCHISON, L., A History of Metals, 2 vols., MacDonald and Evans, Nueva York, 1960.

ALLEN, L., Die Persian Empire, The University Chicago Press, Chicago, 2005.

ASIMOV, L., Los griegos. Una gran aventura, Alianza, Madrid, 1981.

AURA JORRO, E., «Escrituras y documentos en el Egeo del II milenio a.C.», en Carrasco Serrano, G., Oliva Mompeán, J. C., Escrituras y lenguas del Mediterráneo en la Antigüedad, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2005, pp. 241-88.

BARBER, E.W. y BARBER, P. T., When They Severed the Earth from Sky, Princeton University Press, Princeton, 2004.

BAR-CELÓ, P., Breve historia de Grecia y Roma, Alianza, Madrid, 2008.

BARING, A. y CASHFORD, J., The Myth of the Goddess, Viking Penguin, Nueva York, 1993.

BIANCHI BANDINELLI, R., Historia y civilización de los griegos, 10 vols., Icaria, Barcelona, 1983.

BINTLIFF, J., «Solons reforms: an archaeological perspective» en Blok, J. H., Lardinois, A. P. M. H. (eds.), *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*, pp. 321-333, Leiden, 2006.

BLUNDELL, S., *Women in Ancient Greece*, Harvard University Press, Harvard, 1995.

BOARDMAN, J., *Los griegos en ultramar*, Alianza, Madrid, 1986.

BOER, J. Z. y SANDER-S, D. T., *Volcanes in Human History*, Princeton University Press, Princeton, 2002.

BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire* (trad. del original francés por Peter Daniels), Eisenbrauns, Winona Lake, 2002.

BRYCE, T., *El reino de los hititas*, Cátedra, Madrid, 2001.

BURKERT, W., *Greek Religion* (traducción del alemán de John Rallan), Blackwell, Harvard 1985.

BURN, A. R., *Persia and the Greeks. The Defence of the West, c. 546-478 B. C.*, Stanford University Press, Stanford, 1984.

CAMP, J. y FISHER, E., *El mundo de los antiguos griegos*, Art Blume S.L., Barcelona, 2004.

CAMPBELL, D. B., *Greek and Roman Siege Machinery*, Oxford, 2003.

CARLIER, P., *Homero*, Akal, Madrid, 2005.

CARTLEDGE, P., *Spartan Reflections*, University of California Press, Berkeley, 2001.

Sparta and Lakonia. A Regional History 1300 to 362 BC, Routledge, Nueva York, 2002.

-, Alexander the Great, Woodstock, 2004.

Termópilas. La batalla que cambió el mundo, Círculo de Lectores, Barcelona, 2007.

COHEN, E. C. y FOXHALL, L., Money, Labour, and Land. Approaches to the Economies of Ancient Greece, Routledge, Londres y Nueva York, 2002.

CASSIN-SCOTT, J., The Greek and Persian Wars 500-323 BC, Osprey Publishing, Londres, 1997.

CASSON, L., Travel in the Ancient World, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Ships and Seamanship in the Ancient World, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.

CASTLEDEN, R., Minoans. Life in Bronze Age Crete, Londres y Nueva York, 1993.

Atlantis Destroyed, Londres y Nueva York, 2001.

-, Mycenaeans, Nueva York, 2005.

CAWKWELL, G., The Greck Wars. The Failure of Persia, Oxford University Press, Oxford, 2006.

CERAM, C. W., Dioses, tumbas y sabios, Destino, Barcelona, 1995.

CHADWICK, J., El enigma micénico, Taurus, Madrid, 1973.

CHAMOUX, E., La civilización griega, óptima, Barcelona, 2000.

CHRIST, M. R., *The Bad Citizen in Classical Athens*, Cambridge, 2006.

CLUBE, V. y NAPIER, B., *El invierno cósmico*, Alianza, Madrid, 1995.

COHEN, E. E., *Athenian Economy & Society. A Banking Perspective*, Princeton University Press, Princeton, 1997.

CONNOLLY, P., *Los ejércitos griegos*, Espasa Calpe, Madrid, 1986.

-, *Greece and Rome at War*, Londres, 1998.

y DODGE, H., *The Ancient City. Life in Classical Athens & Rome*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

CORNELL, T. y MATTHEWS, J., *Atlas cultural de Roma. Legado de un imperio, óptima*, Barcelona, 2000.

CORTÉS COPETE, J. M. (ed.), *Epigrafía griega*, Cátedra, Madrid, 1999.

CRESCENZO, L., *Historia de la filosofía griega*, 2 vols., Seix Barral, Barcelona, 1989.

DAVIDSON, J., *Courtesans and Fishcakes. The Consuming Passions of Classical Athens*, Nueva York, 1998.

DAVIS, W. S., *A Day in Old Athens*, Hawai, 2004.

DELBRÜCK, H., *Warfare in Antiquity* (trad. del original alemán por Walter J. Renfroe Jr.), University of Nebraska Press, Nebraska, 1990.

DEVELIN, R., *Athenian Officials 684-312 BC*, Cambridge, 2003.

DIAMOND, J., *Armas, gérmenes y acero*, Debate, Barcelona, 1998.

DICKINSON, O., La Edad del Bronce egea, Akal, Madrid, 2000.

DILKE, O.A.W., Greek and Roman Maps, Londres, 1985.

Donas, E. R., Los griegos y lo irracional, Alianza, Madrid, 1997.

DOMÍNGUEZ, A. J. y PASCUAL, J., Atlas histórico del mundo griego antiguo, Síntesis, Madrid, 2006.

DOUMAS, C. G., Viera. Pompeii of the Ancient Aegean, Thames and Hudson, Nueva York, 1983.

DREWS, R., The Coming of the Greeks, Princeton University Press, Princeton, 1989.

-, The End of the Bronze Age, Princeton University Press, Princeton, 1993.

ENGELS, D.W., Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army, Berkeley, 1980.

ESLAVA GALÁN, J., Amor y sexo en la antigua Grecia, Temas de hoy, Madrid, 1997.

FAGAN, B., The Long Summer. How Climate Changed Civilization, Nueva York, 2005.

FARROKH, K., Shadows in the Desert. Ancient Persia at War, Oxford University Press, Oxford, 2007.

FAURE, P., Alejandro, Edaf, Madrid, 1990.

FIELDS, N., Ancient Greek Warship. 500-322 BC, Oxford University Press, Oxford, 2007.

Thermopylae 480 BC. Last Stand of the 300, Oxford University Press, Oxford, 2007.

FLACELIÈRE, R., La vida cotidiana en Grecia, Temas de Hoy, Madrid, 1993.

FONTENROSE, J., Python. A Study Delphic Myth and its Origins, Berkeley y Los Ángeles, 1959.

FORNIS, C., Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico, Crítica, Barcelona, 2003.

Fox, R. L., El mundo clásico, Crítica, Barcelona, 2007.

FRENCH, A., «A Note on the Size of the Athenian Armed Forces in 431 B.C.», en Die Ancient History Bulletin, 7.2, 1993, pp. 43-48.

FRIEDRICH, W. L. et al., «Santorini Eruption Radiocarbon Dated to 1627-1600 B. C.», en Science 28, abril 2006, vol. 312, p. 548.

FROST, F. J., Plutarch's Themistocles. A Historical Commentary, Princeton University Press, Princeton, 1980, Chicago, 1998.

FULLER, J. E C., The Generalship of Alexander the Great, Nueva Jersey, 1960.

GABRIEL, R. A. y METZ, K. S., From Sumer to Rome. The Military Capabilities of Ancient Armies, Greenwood Press, Connecticut, 1991.

GAEBEL, R. E., Cavalry Operations in the Ancient Greek World, University Oklahoma Press, Oklahoma, 2004.

GARCÍA IGLESIAS, L., Los orígenes del pueblo griego, Síntesis, Madrid, 2000.

GARCÍA ROMERO, F., Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia, AUSA, Sabadell, 1992.

GARCÍA SOLER, M. J., El arte de comer en la antigua Grecia, Biblioteca Nudeva, Madrid, 2001.

GARDINER, R. (ed.), The Age of the Galley, Londres 1995.

GARNSEY, P., *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

GOETTE, H. R., *Athens, Attica, and the Megarid. An Archaeological Guide*, Londres y Nueva York, 2001.

GoLDEN, M., *Children and Childhood in Classical Athens*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.

GoLDDswORTHY, A. K., «The Othismos, Myths and Heresies: The Nature of Hoplite Battle», en *War in History*, 1997, 4 (1).

GÓMEZ ESPELOSÍN, E J., *Introducción al mundo griego*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1995.

Historia de Grecia antigua, Akal, Madrid 2001.

Los griegos. Un legado universal, Alianza, Madrid, 2003.

GONIME, A. W., *A Historical Commentary en Thucydides*, vol. 1, Oxford, 1986.

GRANT, M., *A Guide to the Ancient World*, Barnes & Noble, Nueva York, 1997.

GRAVES, R., *Los mitos griegos*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1985.

GREEN, P., *Alexander of Macedon 356-323 B. C.*, Berkeley, 1991.

-, *The Greco-Persian Wars*, Berkeley, 1996.

GRGURIC, N., *The Mycenaeans, c. 1650-1100 BC*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós, Barcelona, 1997.

HALE, J., *Ethnic identity in Greek antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

HAMMOND, N. G. L., «The Battle of Salamis», en *Journal of Hellenic Studies*, 1956, vol. 76, pp. 3-54.

«The Campaign and the Battle of Marathon», en *Journal of Hellenic Studies*, 1968, vol. 88, pp. 13-57.

-, *A History of Greece to 322 B.C.*, Oxford University Press, Oxford, 1989.

The Macedonian State, Oxford University Press, Oxford, 1989.

-, *El genio de Alejandro Magno*, Ediciones B, Barcelona, 2004.

HANSON, V. D., *The Western Way of War*, University of California Press, Berkeley, 1989.

(ed.), *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience*, Londres y Nueva York, 1993.

-, *A War Like No Other*, Random House, Nueva York, 2005.

HEATH, T., *Aristarchus of Samos. The Ancient Copernicus*, Nueva York, 2004.

HECKEL, W y JONES, R., *Macedonian Warrior. Alexander's Elite*

Infantryman, Nueva York, 2006.

HIGGINS, M. D. y HIGGINS, R., A Geological Companion to Greece and the Aegean, Nueva York, 1996.

HIGNETT, C., Xerxes' Invasion of Greece, Clarendon Press, Oxford, 1963.

HORNBLLOWER & SPAWFORTH, The Oxford Classical Dictionary, Oxford, 1999.

HOUSTON, M. G., Ancient Greek, Roman & Bizantine Costume, Nueva York, 2003.

How, W. W. y WEEES, J., A Commentary on Herodotus in Tino Volumes, Oxford, 2002.

ISAGER, S. y SKYDSGAARD, J. E., Ancient Greek Agriculture. An Introduction, Routledge, Londres y Nueva York, 1995.

JAMES, P. (ed.), Siglos de oscuridad: desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo, Crítica, Barcelona, 1993.

KAGAN, D., The Outbreak of the Peloponnesian War, Cornell University Press, Ithaca, 1989.

The Archidamian War, Cornell University Press, Ithaca, 1990.

-, The Fall of the Athenian Empire, Cornell University Press, Ithaca, 1991.

The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition, Cornell University Press, Ithaca, 1991.

KINGSLEY, P., Reality, California, 2003.

KIRK, G. S., Los poemas de Homero, Paidós, Barcelona, 1985.

- y RAVEN, J. E., I~ts filósofos presocráticos, Gredos, Madrid, 1981.

LATAcz, J., Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma, Destino, Barcelona, 2003.

LAZENBY, J. E., The Defence of Greece, 490-479 BC, Oxford, 1993.

LENDON, J. E., Soldiers & Ghosts. A History of Battle in Classical Antiquity, Yale University Press, Yale, 2005.

LESKY, A., Historia de la literatura griega, Gredos, Madrid, 1982.

LOZANO VELILLA, A., El mundo helenístico, Síntesis, Madrid, 1992.

LucE, J. V., El fin de la Atlántida, Destino, Barcelona, 1975.

Homero y la edad heroica, Destino, Barcelona 1984.

MACDOWELL, D. M., The Law in Classical Athens, Nueva York, 1986.

MAJNO, G., The Healing Hand. Man and Wound in the Ancient World, Harvard University Press, Harvard, 1991.

MANFREDI, V. M., Akropolis. La historia mágica de Atenas, Grijalbo, Barcelona, 2000.

MATAix, J. y BAIBAINCHO, F. J., Hortalizas y verduras en la alimentación mediterránea, Universidad de Almería, Almería, 2007.

MAUR-ICE, E., «The Size of the Army of Xerxes in the Invasion of Greece 480

B. C.» en *Journal of Hellenic Studies*, 1930, vol. 50, part 2, pp. 210-235.

MAYOR, A., *Greek Fire, Poison Arrows and Scorpion Bombs*, Nueva York, 2004.

MCGREGOR, M. E., *The Athenians and their Empire*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1987.

MEIGGS, R., *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford University Press, Oxford, 1982.

MILLER, M. C., *Athens and Persia in the Fifth Century BC*, Cambridge, 2004.

MONTANELLI, L., *Historia de los griegos. Historia de Roma*, Plaza y Janés, Barcelona, 1980.

MORRISON, J. S., CORTES, J. E. y RANKOV, N. B., *The Athenian Trireme*, Cambridge, 2000.

MURCIA OI~TUÑO, J., *De banquetes y batallas: la antigua Grecia a través de su historia y de sus anécdotas*, Alianza, Madrid, 2007.

OBER, J., *Mass and Elite in Democratic Athens*, Princeton University Press, Princeton, 1989.

OLIVA, P., *Esparta y sus problemas sociales*, Akal, Madrid, 1973.

OLÍMSTEAD, A. T., *History of the Persian Empire*, University of Chicago Press, Chicago, 1959.

OSBORNE, R., *Demos. The Discovery of Classical Attika*, Cambridge, 1985.

-, *La formación de Grecia a. C.*, Crítica, Barcelona, 1998.

OWENS, G., «The Structure of the Minoan Language», en *The Journal of Indo-European Studies*, vol. 27, 1999, pp. 15-56.

«Pre-Hellenic Language(s) of Crete: Debate and Discussion», en *The Journal of Indo-European Studies*, vol. 28, 2000, pp. 237-254.

PELLEGIUNO, M., *Unearthing Atlantis*, Nueva York, 2001.

PHILLIPS, G., Alexander the Great. Murder in Babylon, Virgin Books, Londres, 2004.

PLÁCIDO, D., La sociedad ateniense, Crítica, Barcelona, 1997.

PODLECKI, A. J., The Life of Themistocles, Montreal y Londres, 1975.

POMEROY, S. B., Xenophon Oeconomicus. A Social and Historical Commentary, Oxford University Press, Oxford, 1995.

Spartan Women, Oxford University Press, Oxford, 2002.

QUESADA SANZ, E., Armas de Grecia y Roma, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

RACHET, G., Diccionario de la civilización griega, Larousse, Barcelona, 1996.

RENAULT, M., Alejandro Magno, Edhasa, Barcelona, 1998.

RENFREW, C., Arqueología y lenguaje, Crítica, Barcelona, 1990.

Arqueología. Teoría, métodos y práctica, Akal, Madrid, 1993.

ROBBINS, M., Collapse of the Bronze Age, Authors Choice Press, San José, 2001.

ROBERTS, E. A., PASTOR, B., Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española, Alianza, Madrid, 2007.

ROSTOVTZEFF, M., The Social and Economic History of the Hellenistic World, 3 vols., Oxford, 1972

RUSO, L., The Forgotten Revolution (trad. del original italiano por Silvio Levy), Springer, 2004.

SAINTE-CROIX, G. E. M. de, La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Crítica, Barcelona, 1988.

SALLARES, R., The Ecology of the Ancient Greek World, Cornell University Press, Nueva York, 1991.

SCARROW, G. D., «The Athenian Plague: A Possible Diagnosis», en The Ancient History Bulletin, 2.1, 1988, 4-8.

SEKUNDA, N., The Persian Army, 560-330 BC, Osprey, Londres, 1992.

Greek Hoplite 480-323 BC, Osprey, Londres, 2000.

From the Ancient Greeks, Osprey, Londres, 2000.

490 BC. The first Persian invasion of Greece, Osprey, Londres, 2002.

The Spartan Army, Osprey, Londres, 2004.

SHRINIPTON, G., «The Persian Cavalry at Marathon», Phoenix, 1980, vol. 34, pp. 20-37.

From History and Memory in Ancient Greece, Montreal, 1997.

SIGNES CODONER, J., Escritura y literatura en la Grecia arcaica, Akal, Madrid, 2004.

SIMON, E., Festivals of Attica, Wisconsin, 1983

SINCEAIR, R. K., Democracy and Participation in Athens, Cambridge

University Press, Cambridge, 1988.

SNODGRASS, A. M., *Arqueología de Grecia*, Crítica, Barcelona, 1990.

-, *Arms & Armor of the Greeks*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1999.

SOUVIRÓN, B., *Hijos de Homero*, Alianza, Madrid, 2008.

SPENCE, I. G., *The Cavalry of Classical Greece*, Oxford, 2001.

STOLL, H. A., *El sueño de Troya*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.

STONE, I. E., *El juicio de Sócrates*, Mondadori, Barcelona, 1988.

STRAUSS, B., *La batalla de Salamina*, Edhasa, Barcelona, 2006.

STRUVE, V. V., *Historia de la Grecia Antigua*, 2 vols., Akal, Madrid, 1985.

THOMAS, C. G., *Alexander the Great in his World*, Malden, 2007.

THOMPSON, M., *Granicus 334 BC*, Osprey, Nueva York, 2007.

THUBRON, C., *The Ancient Mariners*, Virginia, 1981.

TOVAR, A., *Vida de Sócrates*, Alianza, Madrid, 1992.

TRAILL, D. A., *Schliemann (fTroy)*, NuevaYork, 1995.

VANDENBERG, P., *El secreto de los oráculos*, Destino, Barcelona, 1991.

VERNANT, J. P (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Points, París, 1999.

VILLAR, E., *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Gredos, Madrid, 1996.

WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius*, 3 vols., Oxford, 1999.

WALKER, K. G., *Archaic Eretria. A Political and Social History from the Earliest Times to 490 BC*, Londres y NuevaYork, 2003.

WARRY, J., *Warfare in the Classical World*, Londres, 1980.

WHITNEY, M. (ed.), *Sparta*, Routledge, NuevaYork, 2002.

WIESEHÖFER, J., *Ancient Persia*, Londres, 2004.